

en su empleo ni en su profesión, y de los cuales el hombre no es responsable sino ante Dios y su conciencia, no prueban de modo alguno la ineptitud ni el demérito personal en la integridad del ministro, en el valor del general, en la justicia del gobernador, en la ciencia del médico, ni en el ingenio del poeta: sino la malignidad, la falta de lógica y la estupidez del escritor, que cree que la libertad de imprenta es la facultad de escribir necedades, insultos o calumnias, y que la crítica consiste, no en corregir los vicios generales que traen perjuicio a la sociedad entera, o a alguna de las clases de que se compone, sino en atacar las faltas individuales, que no pueden ser nocivas más que al individuo y que nadie tiene derecho para tildar, porque no están sujetas a más tribunal que al de la conciencia. En semejantes épocas, cada mes de esta anarquía literaria o política atrasa diez años la civilización de los pueblos y los adelantos de las letras, rebajando en la opinión pública la estimación de los que a ellas se dedican. En estas épocas, en las cuales todos se atreven a todo, nadie produce nada: porque en vez de servir la libertad de imprenta para difundir entre el pueblo las luces de la ilustración, no sirve más que para descarriar sus opiniones, viciar sus buenos instintos, e interesarle en mezquinas intrigas o en miserables odios personales; y no estando ninguna reputación al abrigo de la malevolencia o de la calumnia, nadie ni nada dura en favor más que un día; y los grandes, los sabios y los héroes caen en ridículo tras un pasajero momento de favor, y los que ayer eran ídolos coronados de flores y ensalzados por los escritores y los poetas y el pueblo, mañana son objetos de la befa y escarnio de la plebe y de los libelistas venales, que manchan con la baba de sus escritos la memoria de las épocas liberales, cuyas instituciones tienden a difundir la ilustración y a establecer en los pueblos la igualdad ante la ley, la tolerancia y la fraternidad, que son las que traen con el orden la prosperidad a las naciones. Al fin esta fiebre revolucionaria se calma; este género de publicaciones anónimas muere en el olvido, agobiada bajo el peso de desprecio universal; sus autores quedan en la misma oscuridad del anónimo del cual no se atrevieron a salir; el agua que revolviéron vuelve a serenarse, y las reputaciones por ellos difamadas, las obras atacadas por su bilis, su envidia o su ignorancia, vuelven a sobrenadar en la superficie límpida del mar de la opinión general; y cuando los nombres ilustres de los hombres de valer aparecen entre sus olas bogando hacia las riberas, como bajeles que se creían perdidos en la tormenta, son saludados desde la playa con los aplausos entusiastas de la nación, que reconoce por suyos aquellos nombres que la dan gloria, como reconocería los colores de su pabellón en los masteleros de las naves de su marina.

Tal es la historia de todas las revoluciones literarias y políticas de todos los tiempos y de todos los países, con la diferencia de accidentes con que las visten las varias costumbres de las épocas en que se efectúan. Por tales revoluciones ha tenido que pasar y aún está pasando la literatura mexicana; pero de las dos clases de ingenios que producen todas las revoluciones literarias, es decir: los hombres de fe y de independencia que hacen su profesión de las letras, y los de talento literario positivo, pero que aplicán-

dole a la política, ganan honrosamente por él merecida consideración y acomodada posición social, México sólo ha producido los segundos. Prieto, Lafragua, Carpio, Páino, Pesado y otros, han debido a su reputación literaria el haber llegado a ser ministros, diputados, embajadores, etc., pero ¿dónde está el poeta mexicano, que cantando con fe la hermosura, la gloria, la nacionalidad de su patria, se ha hecho en ella popular, y ha obligado a su pueblo a aplaudirle, a los editores a comprarle sus manuscritos, a los teatros a franquearle su escena y a los gobiernos a respetar su independencia, como Bretón y Larra en España, como Víctor Hugo y Dumas en Francia? Me dirán que las revoluciones no le han dejado brotar: pero yo digo que las revoluciones no ahogan al genio, sino que le fecundan y le hacen florecer; porque en las revoluciones es cuando las almas de genio, o buscando en la soledad y en el estudio abrigo contra sus tormentas, producen sus obras cantando como el fénix solitario en la inaccesible montaña, o hacen oír sobre el tumulto sus victoriosos cantares, como sus gritos el águila cerniéndose en medio de la tempestad. Además, cuando el talento se empeña en hacerse considerar y respetar por una sociedad, por muy deslocada que ésta se halle, como él sepa elegir el tiempo oportuno y trabaje con fe y tenacidad para plantear y lograr su intento, rara vez deja de conseguirlo. El talento es una palanca de la cual todos los gobiernos tienen necesidad; los gobernantes y los magnates no pueden desear poseer cosa mejor que talentos que celebren sus hechos gloriosos, que preconicen su justicia, que consignen en libros los anales del tiempo de su dominación, para que su pueblo y su posteridad les juzgue sabios, justos y civilizadores, que apoyen y sostengan sus atrevidas y útiles innovaciones, o que excusen, en fin, sus imprescindibles errores; y por poco que el talento haga comprender a los gobiernos la utilidad de que puede servirles, los gobiernos se apresuran a utilizarle, y los pueblos aprenden a respetarle. ¿A qué debe Augusto su fama eterna y su era el título de siglo de oro, sino a la protección dada por él a las letras y a las artes? ¿Quién, que haya estudiado su historia, ignora que Augusto no tuvo ni una sola virtud, y que su vida fué un tejido de cobardías y de infamias, de bajezas y de tiranías? ¿A qué debió Luis XIV, cuyos caprichos, cuya lujuria y cuyas dilapidaciones prepararon la ruina de la monarquía francesa y la revolución del 93, el sobrenombre de Grande? A la protección que tuvo buen cuidado de otorgar a las artes y a las letras: porque aquellos dos tiranos sabían muy bien que más brilla desde lejos el oropel que el oro, que más ruido meten veinte que gritan que veinte mil que callan, y que la posteridad suele leer la historia de los reyes y de sus reinados en las páginas que quedan escritas en los monumentos que dejan tras de su era, sin pararse a calcular lo que costaron; y tal vez la juzga por las alabanzas de los contemporáneos, protegidos entonces por su poder y exceptuados por consiguiente de su tiranía. Pero no ha habido época ni región alguna, en la cual el talento no haya preponderado, tomando la forma que el gusto o las exigencias de su siglo requerían. ¿En qué consistió la preponderancia del clero en la Edad Media? En que el clero era la única clase de la sociedad que esta-

diaba, y por consiguiente la única que sabía lo que entonces se conceptuaba digno de saberse; más claro: en que el clero era el talento, y todo el que lo tenía se adhería a él. Porque jamás es la fuerza la que domina, sino que siempre es el talento el que dirige la fuerza; porque una fuerza bruta y sin dirección no tiene más poder que el de la inercia: es como una inmensa montaña que se opone al paso; pero una inmensa montaña, que no puede trasponerse, ni horadarse, ni allanarse, se rodea por la falda y se deja atrás. La nación más guerrera con el mayor ejército en pie, pero sin generales y por consiguiente sin disciplina, será indudablemente vencida por un pequeño ejército disciplinado al mando de un buen general. ¿Por qué? Porque el ejército es la fuerza bruta y el general el talento que la dirige; y las innovaciones hechas en las costumbres y en las creencias de los pueblos modernos, por la aplicación de los descubrimientos científicos del siglo a la industria y a las necesidades sociales, les hacen enteramente diferentes de los pueblos antiguos y contribuyen cada día más evidentemente a entronizar en ellos el dominio de la inteligencia. Pero esta cuestión no es de este lugar: pues debo limitarme a la cuestión literaria, a la influencia de la literatura y de los literatos en Méjico. La extensión que han dado a los conocimientos humanos, la perfección de la imprenta y la aplicación del vapor a la industria, haciendo hoy que una fábrica pueda producir miles de resmas de papel por día y una prensa miles de pliegos impresos por hora, ponen los libros al alcance de todas las fortunas, y por consiguiente el saber al de todos los entendimientos. Esta generalización del saber, esta extensión de los conocimientos humanos, ha aumentado naturalmente la dignidad de los pueblos instruyéndolos, y ha coartado los abusos de los gobiernos despóticos, que no pueden gobernar ya a los pueblos por su capricho como manadas de ovejas, sino por la razón y por la justicia como a masas inteligentes, capaces de oponer la razón al abuso, y la resistencia a la injusticia: de modo que los gobiernos han ganado en decoro, lo que los pueblos han avanzado en dignidad y en conocimientos de sus derechos políticos y sociales; por lo cual, ciñéndome a los literatos, la protección que hoy reciben de los gobiernos ilustrados es muy diferente de la que les dispensaron los reyes pasados: porque hoy el trabajo protege a todo el que trabaja; y la producción del trabajo, ingresando en el capital universal de la sociedad, es estimada por la utilidad general que reporta al capital común, aumentando sus intereses: así que hoy no necesita ya el talento humillarse para ser protegido, ni los gobiernos humillar a los literatos con una protección otorgada con desdén y como de limosna: porque esta protección es el interés de su trabajo literario y el producto de su capital, más que el favor otorgado gratuitamente por el poder. Además, los reyes y los gobernantes de nuestro siglo, no son ya aquellos capitanes bárbaros, cuya sola ciencia era la guerra, cuya única virtud era el valor y cuya suprema gloria la de los combates: sino hombres en cuya educación entran las ciencias, la literatura y las artes como parte muy principal; y bajo el gobierno de tales hombres, necesariamente han de ocupar las letras y los literatos el honroso puesto que les corresponde. Así es que hasta

en los países más atrasados en civilización y sujetos todavía a las absurdas preocupaciones viejas contra los hombres de letras, la influencia del siglo los ha elevado al poder; y a pesar de sus tenaces preocupaciones, en México como en los demás, figuran en primera línea en todos los partidos los hombres distinguidos por su saber, y a quienes ha conducido a los altos puestos que ocupan su reputación literaria. Volvamos los ojos a nuestra España, que tiene fama de dejar morir a sus ingenios en la miseria como a Cervantes, o en el ostracismo como a Goya y a Moratín. Antes de 1833 valía a Bretón una comedia cincuenta pesos y regalaba el duque de Rivas su *Moro Expósito* al editor Salvá, por no poder arrancarle dos mil miserables francos que por el manuscrito de aquel poema le había prometido; pues bien: la tenacidad con que Bretón, el duque de Rivas, Gil y Zárate, V. de la Vega, Larra y otros persistieron en hacer de las letras una profesión, despertaron primero la codicia de los libreros y después la atención de los gobiernos; poco a poco fueron apareciendo editores, y el interés comercial exigió de los gobiernos la promulgación de leyes capaces de garantizar la propiedad literaria. Fundáronse liceos y ateneos, en cuyos salones y teatros leyeron sus versos los duques de Frías y de Rivas, y a cuyas cátedras subieron el marqués de Valdegamas y otros, que no mancharon sus blasones probando que tenían talento y educación literaria. S. M. doña Isabel II asistió al Liceo, no como reina, sino como socia artista de la sección de pintura, y se sentó a pintar delante de su caballete como los demás socios, e hizo caballeros de Carlos III y de Isabel la Católica a la mayor parte de los literatos, poetas y artistas de alguna fama, y el pueblo se acostumbró a leer en los carteles de los teatros los nombres de los grandes de España, de los ministros de la corona y de los altos dignatarios del Estado, que se dedicaban a la literatura; y al ver tratado al talento con estimación y respeto por el gobierno, comprendió que el talento era respetable y digno de estima. Reglamentáronse y se subvencionaron los teatros, fundóse un Conservatorio de música y declamación para formar la educación de los cómicos; y el público empezó a asistir al teatro, no sólo para divertirse en un espectáculo tenido por inmoral, pernicioso para las costumbres y tolerado no más por los gobiernos bajo una censura rígida, sino para conocer, estudiar y admirar las obras maestras de su antigua literatura nacional, y para aplaudir y animar a los ingenios modernos a seguir la huella de aquellos grandes maestros, cuyas producciones llenaron de gloria a su patria, en un espectáculo considerado útil y necesario en los pueblos civilizados, protegido vigorosamente por el gobierno, y honrado diariamente con la presencia de S. M.: quien recibía graciosamente en su palco, después de la representación, al autor de una pieza coronada con un éxito brillante, colocando tal vez con su propia mano una condecoración sobre el pecho del aplaudido poeta, como a Rubí, en presencia del pueblo, que rompía en vivas frenéticos a S. M.; porque comprendía que redundaba en honor suyo el que recibía de una manera tan ostentosa el ingenio de uno de sus conciudadanos. Esta es la posición actual de los literatos y la consideración de que goza hoy la literatura en los países civilizados: bajo la

protección, no del favor personal de los reyes o de los grandes como en otro tiempo, sino de las leyes amparadoras de la propiedad literaria, y a sombra de unas instituciones rechazadas hace treinta años como atentatorias contra la tranquilidad pública, perseguidoras de la religión, atropelladoras de la propiedad y destructoras en fin de las bases en que apoya la sociedad; porque hace treinta años creían nuestros padres que liberalismo y libertinaje eran una misma cosa, y el nombre de constitución era el coco de sus imaginaciones; suponiendo que una constitución era, no un código legislativo que marcaba los derechos y obligaciones de los ciudadanos para con los gobiernos y de los gobiernos para con los ciudadanos, sino una carta blanca para desencadenar a la plebe contra las clases altas, a los holgazanes y a los mendigos vagabundos contra los ricos y los trabajadores, a los pillos y a los revoltosos contra los hombres honrados y pacíficos, para dislocar, en fin, completamente la sociedad; pero nosotros nos dimos, como todos los pueblos modernos, una constitución, la cual fuimos reformando conforme lo fueron exigiendo las circunstancias; nos batimos siete años por sostenerla contra el partido absolutista, y al fin, establecida la constitución y el gobierno liberal, vimos que la nación se administraba y se gobernaba sin que las constituciones se hubieran trágado a la sociedad, y el pueblo empezó a sentir los beneficios de ciertas innovaciones que restringían ciertos abusos, y la utilidad general que reportaban las mejoras materiales; y se cambió la faz de la España de tal modo, que el que salió de ella en 1836 y volvió en 47, desconoció sus carreteras, sus campos y sus poblaciones, regeneradas visiblemente por el nuevo sistema de administración. En esta regeneración entraron, como todo, la literatura y las artes; y bajo el amparo de las nuevas leyes, las obras literarias produjeron rentas a sus autores, el talento penetró por sí mismo en las altas regiones del gobierno, que premió a los literatos con destinos más o menos análogos a su capacidad, y se han publicado en veinticuatro años cientos de obras de todas especies; muchas de ellas utilísimas y de no poca consecuencia, como la historia de la revolución del conde de Toreno, las obras literarias de Martínez de la Rosa, las filosóficas de Balmes y Donoso Cortés, y la Historia general de España de Modesto Lafuente (Fr. Gerundio); además de dos mil comedias, de las cuales el infatigable Bretón ha producido más de trescientas. ¿Por qué el árbol de la libertad no ha dado en México los mismos frutos literarios? ¿Por qué los poetas mexicanos no han producido obras de consecuencia y no han creado un teatro nacional (no un coliseo, sino un repertorio de obras dramáticas), limitándose a escribir composiciones líricas y poemitas de pocas dimensiones? Uno de esos escritores de mal humor, que tienen por sistema no hallar bueno más país que el suyo, capaces de sacrificar a su mejor amigo por decir un chiste y a una nación entera por dar importancia a su personalidad, y que pretenden decidir ex cátedra de una cuestión difícil con un axioma excéntrico, con una conclusión estrambótica y jamás enunciada, o con unas cuantas frases dogmáticas y campanudas, le diría a usted que México no ha podido producir genios dominadores ni obras literarias de grande conse-

cuencia, porque está todavía sometido a tres malas influencias: a la superstición del siglo xvi, a las preocupaciones del xviii y a la empleomanía del xix; pero es preciso juzgar los hechos por sus causas y examinar el origen de las que contribuyen a sostener los vicios políticos, administrativos, religiosos o morales de una sociedad o de una nación antes de echárselos en cara y de inculparla por ellos: y aunque semejantes cuestiones no pertenecen al poeta, es necesario tocarlas aquí someramente; porque además de que tratándose de naciones tan revueltas como la España, México y los demás pueblos que fueron españoles, a los cuales parece que las naciones que se llaman cultas se creen con derecho para tratar a cada paso de bárbaros y de salvajes, nunca está de más que haya un escritor que diga cuatro palabras en su abono aunque no sea más que un poeta, es imposible que al tirar de un cabo de tan enredada madeja, no vayan desprendiéndose muchos, pues todos los hilos están trabados unos en otros. Las supersticiones del siglo xvi y las preocupaciones del xviii, estuvieron alimentadas en México, como en España, de quien dependía, por su mismo sistema de gobierno, por su método exclusivo de enseñanza, vinculada entonces justa y naturalmente en una sola clase, porque ésta era la única que estudiaba, y ¿quién había de enseñar sino el que sabía? y por la coacción, en fin, con la cual restringía toda innovación y adelante en las ideas la preponderancia coercitiva de la Inquisición; influencias y coacciones de las cuales no podía emanciparse México, que dependía de nosotros, porque nosotros no empezamos tampoco a rechazarlas hasta principios de este siglo, después de la invasión francesa, de las revoluciones del año 12 y del 23, y después de reformar nuestros sistemas de gobierno y de enseñanza: porque la superstición y las preocupaciones de muchos siglos, no pueden desarraigarse de una raza en solos treinta años, y por solo el esfuerzo de una generación: pues se necesita que contribuyan a su desarraigo lo menos tres generaciones; una que, comenzando a no respetarlas, las ataque; otra que, encontrándolas ya débiles y fáciles de atropellar, las derroque; y otra, en fin, que las reciba ya como tales supersticiones y preocupaciones, en los principios fundamentales de su educación, reducidas a tradición de hechos y errores pasados y no constituidas en principios u opiniones influyentes todavía. México no ha tenido tiempo de corregir ciertos vicios ni de desarraigar ciertas preocupaciones, porque lleva apenas una generación de nacionalidad: y esa generación ha pasado en revoluciones continuas, las cuales no han podido producir los grandes resultados que las de otras naciones, porque más han sido disensiones y luchas de partido por divergencia de opiniones, guerras de intereses parciales y cuestiones de forma, que lucha de principios fundamentales, y que regeneración y establecimiento completos de su vitalidad nacional. La única revolución positiva de México, es su emancipación del dominio de España; se hizo independiente: éste es un hecho, cuya consecuencia fue la necesidad de constituirse, de darse un gobierno mexicano, puesto que dejó de ser colonia española; y determinó constituirse en república. Pero durando aún la generación mexicana que estuvo constituida en monarquía, necesariamente tiene que sufrir

todavía la influencia de las tradiciones, de las costumbres y de las preocupaciones monárquicas: así es que siendo México una república, es decir, el gobierno más eminentemente liberal, todavía presenta su pueblo la anomalía de que el mayor número de sus bandos políticos tienen odio o miedo al liberalismo y a los sistemas constitucionales, y en todas las revoluciones, casi todos sus partidos y casi todas sus clases reclaman fueros, privilegios y exenciones, incompatibles con las repúblicas: en las cuales no hay, ni puede haber, más que ciudadanos iguales ante la ley y gozando todos de unos mismos derechos, desde el presidente que baja de su silla presidencial cumplido el tiempo de su presidencia, para volver a ingresar en la familia nacional de los ciudadanos. Todos los partidos, todas las opiniones coinciden en una sola aspiración: la de la independencia mexicana, la de la conservación de su nacionalidad; pero cada cual la quiere bajo la forma que cree más conveniente: de donde resulta que mientras el transcurso del tiempo, o la aparición de un hombre de genio y prestigio suficientes para arrastrar en pos de sí las opiniones divergentes no las reasuman en una sola, las revoluciones parciales son inevitables, e inextinguibles las guerras de partido, que entorpecen o retardan el establecimiento de una homogeneidad nacional. Y como en tales situaciones de transición, los principios que son inconcisos para los unos son aberraciones paradójicas para los otros, y los hombres que son ídolos para un partido son objetos del encono o de la mofa de los contrarios, los unos se esfuerzan en ridiculizar lo que los otros divinizan: y los partidos como los individuos se acostumbran a no respetarse unos a otros, y todo concluye al fin por vulgarizarse o caer en ridículo. He aquí por qué la literatura mexicana, cuyo progreso no puede menos de ir íntimamente ligado con el de su política, no ha producido genios dominadores, poetas eminentemente nacionales, ni obras literarias de grande consecuencia; porque el ridículo es el enemigo más poderoso de lo sublime y de lo grande. Al aparecer un poeta ha tenido que pertenecer a algún partido, o la opinión pública le ha afiliado a la fuerza a aquél a cuyas opiniones mostraron más tendencia sus obras: y los demás partidos se las han juzgado severa e injustamente, se las han criticado con acritud o se las han silbado; y entonces él, no encontrando en su camino más que las amarguras del arte en vez de las satisfacciones de la gloria, se ha echado en brazos del partido que más propicio se le ha mostrado, para buscar la fortuna desesperanzado de alcanzar un laurel que veía tan escondido entre espinas. El teatro, que es el campo cerrado más a propósito para conseguir triunfos literarios y adquirir pronta popularidad, pareció naturalmente a los ingenios una arena muy resbaladiza y poco segura para combatir; puesto que el pueblo que había de juzgar la lid tenía tan mala idea de los poetas y de la poesía, y se convencieron de que no podía ser un terreno neutral aquel que podía tan fácilmente ser invadido por las pasiones, y cuyos jueces, dominados por las suyas, no estaban dispuestos y tal vez estaban absolutamente imposibilitados de juzgar con imparcialidad; y como hay muy pocos ingenios que se sientan con la fe de los mártires, y capaces de arrostrar una serie interminable de desaires

y de derrotas, por amor a la gloria y por cumplir concienzudamente con su destino sin recompensa ni utilidad de ninguna especie, los ingenios mexicanos dejaron abandonado el palenque de la escena, y se presentaron en el teatro de la política: y como éstos son en todas partes más útiles, y adelantan en todo más que la ignorancia y la rutinera estupidez, asaltaron pronto los puestos más elevados y más honrosos, en los cuales respetó y aplaudió el pueblo, el uniforme, el bastón con borlas o la autoridad de que vio revestido a aquel ingenio, cuyos esfuerzos heroicos por darle y adquirir gloria estuvo dispuesto a silbar y ridiculizar: no calculando que la esencia que estaba encerrada en aquel uniforme, la fuerza motriz que le había elevado a aquella autoridad, había sido el talento. Los ingenios y los talentos en tan singular país y en tan singular posición, no pudieron tener la necesaria fraternidad del arte ni el vigoroso espíritu de asociación necesaria para forzar la opinión pública; y, al apoderarse de la prensa, les fué preciso hacerla servir para el adelantamiento político de su opinión y la de su partido, y no para ventaja de las letras y de las artes, improductivas y mal acreditadas: y he aquí, mi querido duque, por qué los literatos y los artistas mexicanos no han podido todavía producir obras grandes y de importancia nacional: porque de un adolescente, por vigorosa que sea su constitución física, no pueden exigirse los mismos esfuerzos que de un atleta en el vigor de la edad; y he aquí cómo el pueblo ha conservado las antiguas ideas mezquinas y las viejas preocupaciones con respecto a las bellas letras, a los literatos y sobre todo a los poetas; porque de este adolescente, por precoz que sea su inteligencia, no puede exigirse el mismo juicio y rectitud de ideas que del adulto instruido y experimentado en el desarrollo completo de sus facultades intelectuales.

Sin embargo, el instinto poético del pueblo mexicano le arrastrá, a pesar de todas sus preocupaciones, a dar en su existencia vulgar un sitio más preeminente y una parte más activa a la poesía que ningún otro pueblo moderno. Francia, que es el país más culto del mundo actual, adora a Lamartine y a Béranger, su poeta religioso y su poeta popular, y los dos poetas del siglo que merecen más ser estimados de su pueblo; México, no adora a ninguno de sus poetas, porque no habiéndolos visto respetados ni protegidos por sus Gobiernos, no ha aprendido a divinizarles; pero México adora la poesía, que hace un gran papel y toma gran parte en todas las acciones de la vida del pueblo; puede que no haya otro sobre la tierra que tenga más afición a los versos, y en el cual se hagan más. La riqueza y flexibilidad de nuestra lengua, el ingenio natural de los mexicanos, su talento especial para el epigrama, su carácter un tanto burlón y decididor, hijo del de nuestros andaluces, y su oído musical, mantienen en el pueblo una decidida afición a la poesía; y acaso esta misma inclinación del vulgo y su facilidad de improvisar, contribuye a vulgarizarla y a que se la tenga en poco. No hay función religiosa, ni civil, ni particular, que no vaya acompañada de sus novenas en verso, de sus plegarias o de sus romances; no hay fiesta nacional, ni acontecimiento político, ni suceso social un poco extraño, ni publicación periódica, ni devocionario, ni calendario, ni inauguración, ni

examen de escuela, ni felicitación de dependientes a su principal o propietario, que no traiga consigo sus versos. Más todavía: hay individuos de las últimas clases, que se establecen en los parajes más públicos detrás de una mesilla sobre la cual tienen papel y rintero, a quienes las criadas de servicio, los aprendices de los artesanos y los indios de los ranchos, van a demandar por una cantidad ínfima, ya la décima para pedir a su amo los aguinaldos, ya la octava para dar los días a la novia, ya la canción para el bailecito del domingo, etc.; pues bien: estos Píndaros de mercado, producen, en general, unos versos perfectamente medidos, en los cuales chispean a veces pensamientos llenos de originalidad y de gracia; y estos trovadores a la intemperie, algunos de los cuales no tienen camisa, son conocidos por el apodo de *evangelistas*. Me dirá usted, con razón, que esto no es literatura; no se la doy a usted yo por tal, ni intento hacerla pasar por moneda buena, no; se la cito a usted primero, porque tiene el mérito de no pretender en su humildad remontar su vuelo rastroero más arriba de la copa del árbol silvestre, en cuyas ramas hizo su nido, y no saliendo nunca de la atmósfera plebeya en donde le tiene, llega muy rara vez, y sólo como vergonzante, a la puerta de las imprentas, no demanda más protección que la de un cajista, que a hurtadillas la compone y la echa a volar en medio pliego de papel, a la sombra y entre el campaneó de una fiesta religiosa o de un aniversario nacional; y se la cito a usted, además, porque tiene para mí otro mérito mayor que el de su modestia, mi querido Ángel, y es el de que prueba patentemente el grande instinto del pueblo mexicano para la poesía, y es una muestra viva de lo que podría esperarse de él, si llegara a alcanzar una época larga de tranquilidad y un Gobierno que se ocupara seriamente de su educación. Este pueblo emplea, estima y paga la poesía como sabe y puede, en los que él cree sus poetas populares, porque no conoce a los verdaderos poetas cuyas obras serán en la posteridad honra de su país; y no les conoce porque sus libros son aquí todavía muy caros y su adquisición no está al alcance de su miserable fortuna; y además, porque como la prensa en vez de encomiar y popularizar sus obras, se ocupa en general en criticarlas o desacreditarlas por espíritu de partido y enemistad política hacia sus autores de diferente opinión que la suya, rara vez llegan al pueblo sus composiciones ni sus nombres, sino como dos cosas dignas de censura; pero yo pregunto: ¿el pueblo que mantiene y reconoce como una profesión la de sus evangelistas, teniéndoles por poetas y hombres de ingenio, no haría vivir de su ingenio y de su ciencia a sus verdaderos talentos, si su sociedad y sus Gobiernos se los enseñaran a conocer, a respetar y a premiar, como dignos de fama, de respeto y de premio, por la honra y la fama que las obras de su ingenio han de dar algún día a su hoy mal apreciada patria? ¿Es decoroso, acaso, para los Gobiernos mexicanos que los extranjeros demos a conocer y a estimar en nuestras lejanas tierras los nombres y las obras de los ingenios que ellos olvidan, menosprecian o no protegen en la suya? ¿No les toca a ellos, primero que a nosotros, hacerles justicia?

Hay otro género de literatura indígena de este país, pues no la he hallado en ningun-

no de los que yo he recorrido, y de la cual voy a decir a usted cuantro palabras un poco duras: porque éste sí que tiene pretensiones literarias e influencia tal vez en las masas populares, y merece que se le juzgue conforme a sus pretensiones: este género de literatura es el de los calendarios.

Un editor, un impresor, no importa quién, se propone como base de una pequeña especulación hacer un calendario. Para darle interés y valor comercial, añade a las doce hojas que ocupan los nombres de los santos de los doce meses del año, cuarenta, cincuenta y hasta cien páginas, en las cuales reimprime lo que le parece más apropósito para llamarla atención, bajo los títulos y epígrafes más excéntricos que le ocurren para excitar la curiosidad, con todo lo cual amasa un folleto. Estos librejos, vendidos a precios muy bajos, únicos que están al alcance de la gente pobre, corren entre el pueblo y son llevados por los buhoneros ambulantes a los pueblos, ranchos y haciendas, y no hay casa en donde no halle usted tres o cuatro. Hay dos especies de calendarios: en la primera, el editor, con más o menos acertada elección, pero con intención sana de ser útil, inserta noticias históricas, estadísticas, geológicas, etc., del país, cuya lectura pueda ser instructiva para la multitud; estos calendarios y sus autores no sólo no los tengo por perjudiciales ni dignos de crítica, sino que creo que merecen elogio: porque tienen por fin la ilustración de la muchedumbre, una de las más sólidas bases de la civilización de un pueblo; pero lo que yo encuentro absurdo, inmoral y altamente estúpido, es la segunda especie de calendarios. En ésta, un poeta chirle o un impresor ignorante, reúnen en un folleto, con puntas y ribetes de libelo, una colección de poesías groseras, de parodias sin gracia de obras célebres que la tienen, o de artículos de costumbres escritos por gentes que ni las conocen ni pueden llegar a conocerlas, porque no pueden saber estudiarlas por su falta de mundo, de filosofía y de talento de observación, que ignoran hasta la lengua castellana; y en fin, que la mayor parte ni son mexicanos. En estos calendarios es donde aparecen sátiras y diatribas furibundas, en las cuales nombres propios van seguidos de adjetivos, apodos y epítetos injuriosos, y en donde se trata a los Gobiernos, a los gobernantes y a las reputaciones de todas especies como pudiera a unos pordioseros o salteadores de caminos; y ya supondrá usted que esto no lo dicen los tales calendarios sino de los Gobiernos y de los gobernantes caídos, no de los dominantes en el momento de publicarse. *Morto leone, lépores insultant.*

Creo haber hecho a usted una reseña clara, aunque breve, del estado de México y de su literatura, con la imparcialidad de un poeta en cuyos juicios y opinión no influye espíritu alguno de partido ni de nacionalismo, porque tiene por patria el universo, a los pueblos hispano-americanos por compatriotas y por hermanos a los hombres de todas las naciones, como manda el Evangelio; réstame ahora, para concluir con esta disforme carta, dar a usted una noticia de algunos poetas mexicanos, ya que no es posible hacerla de todos en este escrito, que ampliaré, Dios mediante, en mejor ocasión: corrigiendo entonces las inexactitudes que hayan podido cometer mi insuficiencia o

mi incapacidad; pero que no ha forjado mi mala fe, ni ha calculado mi interés, ni está aferrada en sostener ninguna de las mezquinas pasiones, de las cuales Dios guarda felizmente exento mi corazón.

III

POETAS MEXICANOS

ORTEGA, NAVARRETE Y TAGLE, de quienes he hablado a usted ya.

RODRÍGUEZ GALVÁN.—Nacido en 22 de marzo de 1816; muerto en la Habana el 25 de julio de 1842. El adalid más audaz y el más ardiente mantenedor de los principios de la escuela llamada romántica, con todos sus defectos y sus bellezas. Su vida fué un tejido espeso de las miserias, las pesadumbres y los desengaños, que anudan unos con otros los días amargos del hombre estudioso: de las delicias, las ilusiones y las esperanzas, que encantan las elucubraciones del ingenio que tiene conciencia de su valer; de los placeres y los pesares en que se abreva un corazón tiranizado por una pasión misteriosa, cuyo secreto no me es lícito romper, porque Galván no quiso jamás levantar con su propia mano el velo que debe cubrirla; de la desesperación del genio que se siente con alas para volar y que amarrado entre los escollos de una mala fortuna, de una época que no le comprenderá ni le hará justicia hasta después de muerto, y de una sociedad sin atmósfera para su alma, no puede desplegar el vuelo que se siente capaz de intentar. De todo esto se compuso la existencia sombría de Galván: y su mejor biografía se encierra en los siguientes pensamientos, suyos y de otros dos poetas que le cantaron después de muerto: Ramón Isaac Alcaraz y Guillermo Prieto. Dice Galván en una de sus composiciones:

Abrasa mi corazón  
la ardiente voraz pasión  
de la gloria.

¡Oh, si en mi patria querida  
durara más que mi vida  
mi memoria!

He aquí el suspiro más hondo, más tierno, más fervoroso de la esperanza del poeta. En otra parte dice:

De la ciudad la estrechura  
ardiente dejar ansío,  
y en un ligero navío  
surcar la inmensa llanura

de la mar;  
y sentado en la ancha popa,  
las ricas playas de Europa  
a lo lejos divisar.

He aquí el gemido del aura de la inquietud, en el corazón del genio desventurado mal apreciado en su patria. Dice de él Guillermo Prieto:

Su alma de rey, sus ansias de mendigo,  
huérfano atravesó por la existencia;  
daba luz a sus ojos la inocencia  
y el desengaño al corazón su hiel.  
Allá en la soledad del desamparo  
entonaba sus cantos de amargura,  
cual ave sola que en la selva oscura  
ignorada lamenta su viudez.  
¡Genio!, ¡genio inmortal!, tu patrimonio  
es la miseria y el eterno llanto:  
el estúpido mundo con tu canto  
se adormece con frívolo placer.  
¿Por qué la inteligencia será un crimen?

Alcaraz le dice en la composición que le inspiró su muerte:

Abandonado en la tierra,  
solo tal vez desde niño,  
quizá el maternal cariño  
jamás tu infancia arrulló:  
desde entonces tu mirada  
melancólica, abatide,  
en el festín de la vida  
nunca alegre sonrió.

Tú por el mundo vagaste  
despreciado y sin consuelo,  
mas tu genio alzó su vuelo  
y su ala hirió tu laúd:  
y amaste... tu primer canto  
fué tal vez de amor un trino,  
que ahogó el bárbaro destino  
de tu infausta juventud.

Jamás fué mejor caracterizada la existencia, ni mejor sentida la muerte, ni mejor cantada la gloria de un poeta. ¡Pluguiera a Dios que este recuerdo mío añadiera una hoja a la corona y un rayo a la aureola de la gloria de Galván!

FERNANDO CALDERÓN.—Nació en Guadalajara en 1809, murió en 1845. «Para apreciar el mérito de Calderón (dice Pesado en el prólogo de las poesías de este autor), es

menester juzgarle en sus circunstancias, en su país y en su tiempo. Es verdad: Calderón no le tuvo para ser lo que debía; no tuvo quien dirigiera sus estudios, ni quien fijara su gusto en su juventud. Los consejos de Heredia le sirvieron de mucho en la última época de su vida; pero murió joven y le faltó espacio para aprovechar las lecciones de la teoría y para amaestrarse con las dificultades de la práctica. Su juicio le impulsaba a seguir la senda clásica del gusto puro de Heredia; pero su afición y la moda le arrastraron al romanticismo de Espronceda. Su *Soldado de la libertad*, es una canción vaciada en el molde de *El Pirata*, de éste; su comedia, *A ninguna de las tres*, en el de *Marcela*, o *cuál de las tres*, de Bretón; sus dramas caballerescos, en el de los de García Gutiérrez; su romance *Adela*, en el de las leyendas que por entonces empezábamos a publicar varios; pero al marcar esta semejanza de las obras de Calderón con otras, no quiero dar a entender que no tuviera talento propio ni facultad inventiva; sino probar la docilidad de su carácter, su voluntad para el estudio, su deseo de elegir buenos modelos, y que su gusto vacilante no tuvo tiempo de fijarse. Calderón versificó más limpiamente y con mejor prosodia que la mayor parte de los poetas mexicanos; sus diálogos son fáciles y su dicción es, generalmente, poética, aunque sobrada de lirismo; y aunque su falta de técnica y de buenos teatros en que estudiar asiduamente el arte de la representación teatral, hizo adolecer sus dramas de escasez de movimiento dramático, de languidez en algunos diálogos, más largos de lo necesario, y de entorpecimiento en la marcha de la acción, sus piezas de teatro se leen y se oyen con gusto, y en todas sus escenas se revela el talento y la aptitud del poeta para salir airoso en el desempeño de sus tareas dramáticas, con más tiempo y más experiencia. Así es que en *El Torneo*, por ejemplo, esta falta de experiencia le arrastró a repetir cuatro veces la exposición, por temor de que el drama saliera falto de claridad: primero por los criados, después por la baronesa, más tarde por Pedro, el escudero, y finalmente por Alfonso, cuyo último relato no añade una palabra que no sepa ya el espectador. Los títulos solos de sus obras son la prueba más palpable de lo indeciso que anduvo en la elección del género para el cual creía más apto su ingenio. Muy joven escribió sus obras dramáticas o cómicas intituladas: *Zadig-Zeila o la esclava Indiana*, *Armandina*, *Los políticos del día*, *Efigenia*, *Ramiro*, *Conde de Lucena*, y *Ersilia y Virginia*, que fueron representadas en los teatros de Zacatecas y de Guadalajara y cuyos nombres de bautismo acusan bien claramente el origen de donde vienen, recordando los de las obras por las cuales fueron inspiradas. Más tarde dió a luz su comedia *A ninguna de las tres* y sus dramas, *El Torneo*, *Ana Bolena* y *Hermán o la vuelta del cruzado*. Su buen carácter y sus virtudes sociales le hicieron universalmente querido, y su memoria vive justamente en la estimación de los mexicanos, que han acordado a sus versos una merecida popularidad. Su *Rosa marchita* y *La vuelta del desterrado*, merecen particular mención entre sus composiciones líricas, porque están impregnadas de poesía y de sentimiento. He aquí unas estancias de la *Rosa marchita*:

—Ayer el viento suave  
te halagó cariñoso,  
ayer alegre el ave  
su cántico armonioso  
ejercitaba, sobre ti posando:  
—tú, rosa, le inspirabas  
y a cantar sus amores le excitabas.  
—La fiel imagen eres  
de mi infeliz fortuna:  
—¡ay!, todos mis placeres,

todas mis esperanzas, una a una  
arrancándome ha ido  
un destino funesto, cual tus hojas  
arrancó el huracán embravecido.

.....  
Ven, ven; ¡oh triste rosa!

Si es mi suerte a la tuya semejante,  
burlemos su porfía:  
ven, todas mis caricias serán tuyas  
y toda tu fragancia será mía.

CARLOS HIPÓLITO SERÁN.—De origen francés; nacido y muerto en Guadalajara. Primero, profesor de lengua francesa y de caligrafía en un colegio particular, adherido después voluntariamente a una compañía cómica, trabajó mucho para la escena, arreglando *vaudevilles* al teatro mexicano y escribió para él las comedias originales intituladas: *Ceros sociales*, *Restitución*, *Casualidad y calumnia*, las cuales revelan un grande instinto cómico y una profunda amargura de corazón, en sus diálogos causticos y satíricos: críticas ásperas de las costumbres y vicios de la sociedad moderna. He aquí el juicio que de él hizo, con mucho acierto, el anónimo autor de su artículo necrológico: «Hay en Serán, dice, dotes estimables en un autor dramático: fin moral, inventiva, facilidad en el diálogo, buen estilo y gracia cómica; pero incurre en exageraciones, recarga la sátira y parece respirar resentimiento y odio contra la sociedad entera. Tenía derecho a quejarse de ella al verse por ella desconocido, y degeneró casi en misántropo. Su misantropía tomó cada vez más incremento, y huyendo al fin de la sociedad, se encaprichó en aislarse al medio de ella, como sucede a los que sufren amargas decepciones. Murió no solamente pobre, sino en la mayor miseria; para que le visitara un médico en su última enfermedad, y para que su cadáver no quedara insepulto, fué necesario que le auxiliaran los señores Topete y Martínez, cuyos nombres merecen ser designados a la estimación pública en homenaje de agradecimiento. Tal fué la suerte de Serán. Tenía talento, era poeta, deja un nombre en la historia de la literatura dramática mexicana, y era, además, honrado y de excelente carácter. Sus pesares le hicieron misántropo y su país le dejó morir de hambre. ¡Gran estímulo para los ingenios! ¡Y luego el país se queja de que no tiene literatos!»

—Serán tenía positivamente un buen talento; y, en otro país y en mejores circunstancias, hubiera llegado a ser un buen poeta cómico. Desventuradamente, el público de México es escaso aun para sostener un solo teatro: todas las noches se compone poco más o menos de las mismas personas: todas se conocen y puede decirse que asisten a un espectáculo de familia. Es casi imposible poner en escena una comedia de costumbres, sin que los maldicientes señalen entre los espectadores a los aludidos, aplicando inme-

diata y malévola mente la crítica general de la comedia a personas determinadas. Las intrigas de bastidores y las miserias del arte, atraviesan pronto el telón de boca para caer en poder del público, el cual interesa más de lo que debiera la personalidad del cómico y del autor en el juicio de su talento y en el mérito y valor artísticos de la representación. Así es que Serán, cuya vida y opiniones eran conocidas del público, recibió siempre de él aplausos disputados en vez de merecidas ovaciones: y viendo que un pueblo que apenas cuenta media docena de autores dramáticos, recompensaba tan poco sus esfuerzos, que lograban sólo una mezquina retribución metálica, se fué a morir en la soledad, abrevado el corazón de pesadumbre y hastiado de una sociedad que no había arrojado a su paso ni una flor fresca sobre la senda áspera y angosta de su existencia.

PABLO VILLASEÑOR.—Murió joven en el año pasado de 56. La noticia de su muerte se dió al público en el mismo artículo necrológico de Serán; y las breves líneas que el anónimo articulista consagra a su memoria, son su más exacta biografía y el más acertado juicio hecho de su talento. Prefiero hablar a usted de los muertos, mi querido duque, por boca de sus mismos compatriotas, puesto que a los muertos generalmente les hace la sociedad justicia; porque no crea usted que influyen en mis opiniones respecto de los ingenios mexicanos y de sus obras ni una amistad apasionada en favor de los individuos, ni una injusta antipatía en contra de los hijos de un pueblo que se la tiene hoy al nombre español. He aquí, pues, las mismas palabras del necrólogo anónimo de Villaseñor:

«Villaseñor era uno de los jóvenes que en Guadalajara, solos y luchando con mil contradicciones, cultivan afanosos las bellas letras, sin más esperanza que un poco de ese humo que se llama gloria. Villaseñor era poeta lírico, y emprendió algunos ensayos dramáticos, que tuvieron buen éxito en su ciudad natal. Escribió también algunos tratados de moral consagrados a la niñez y algunos opúsculos defendiendo los principios salvadores del cristianismo. Villaseñor, en sus poesías, tenía bastante corrección, algunos pensamientos nuevos bien expresados; pero le faltaba pasión y sentimiento y su imaginación parecía no muy ardiente. Sin embargo, era poeta; ¿en qué consistía, pues, su frialdad? En que le faltaba esa prueba y ese estímulo del genio que se encuentra en el infortunio. Los hombres que no han probado la desgracia, que no han sufrido crueles decepciones, pueden ser poetas; pero rara vez logran conmover y enternecer. Las desventuras hacen más delicada la sensibilidad y es precepto viejo en el arte sentir para hacer sentir. Hay, sin embargo, en muchos versos de Villaseñor, cierta languidez, cierta melancolía, que no carecen de encantos. Para su fama le faltó la escuela del infortunio. ¡Triste destino del genio; la felicidad lo eclipsa a menudo! El vivo relámpago nace en medio de las tempestades. La vida tranquila y serena inspira bellos pensamientos, pero que no tienen tanto atractivo como la elegía por el bien perdido, como la lamentación y la duda del poeta que sufre... Villaseñor tenía bienes de fortuna, como probó la miseria, se encontraba en una buena posición social; como escritor encon-

»tró alabanzas y no tropezó con la crítica severa, que si bien disgusta, sirve de poderoso estímulo; se casó sin encontrar obstáculos, con la primera joven de quien se enamoró, »y la siguió amando como cuando era su novia. Pudo cultivar ese género de poesía que »pudiéramos llamar doméstico o de familia, género en que se pueden citar composicio- »nes sentidas y lindísimas de Klopstock, enamorado siempre de su mujer; de Víctor »Hugo, enseñando a rezar a su hija; de Lamartine, llorando sobre el cadáver de su Julia »en Getsemaní; del duque de Rivas, de nuestro Tagle, cantando himnos epitalámicos »en su hogar; de nuestro Prieto, llorando a su padre y hablando de amor y de infortu- »nio a su María... Villaseñor hizo mal en no dedicarse a este género. Recordamos, sin »embargo, que la segunda vez que vino a México, lo encontramos en un baile: estaba tri- »ste y pensativo, las mujeres más lindas no lo deslumbraban, no hablaba con nadie y se »encontraba solo, porque estaba ausente de su esposa. Al día siguiente nos traía versos »amatorios y apasionados, cantando la belleza y la virtud de su mujer, que también, »sea dicho de paso, cultiva la poesía con regular éxito.

»Villaseñor era franco, sincero, tenía mucha fe, fe juvenil en la gloria que proporci- »onan las letras: amaba a los escritores como a hermanos y gustaba mucho del trato de »nuestras notabilidades literarias, que lo animaban y le daban útiles consejos. Era »abogado, pero prefería los versos a los autos. En Guadalajara promovió siempre la fun- »dación de sociedades literarias, que producen los mejores resultados. Padeció del cora- »zón y una muerte prematura dió fin a su existencia, que fué feliz y tranquila. Su memo- »ria será siempre cara a sus numerosos amigos. Es triste que haya muerto tan joven; »pero no queda la amargura de haberle visto desgraciado. Existencia tranquila, pasio- »nes blandas y apacibles, no pueden darle gran celebridad; pero al menos lo libraron »de la duda, del tedio, del desencanto, de la desesperación, que son el lote de poetas y »escritores que conquistan más fama!»

FERNANDO OROZCO.—Poblano; empeñado en no transigir con los errores, abusos y preocupaciones del tiempo y la sociedad en que le cupo nacer, vivió y murió aislado, poco conocido y falto de protección. Su novela intitulada: *La guerra de treinta años*, es la expresión de su talento, de su carácter y de sus opiniones: es su verdadera biografía, el símbolo escrito de sí mismo. *La guerra de treinta años*, es un libro sobre cuyas hojas exprimió Orozco su corazón, sin más objeto que el de complacerse a sí mismo, derramando en él sus pensamientos, sin respeto ni temor de cuanto le rodeaba. Dice en él a la sociedad lo que piensa de ella, sin rodeos ni circunloquios, en un estilo franco y familiar, y en un lenguaje libre, a veces vulgar, a veces sublime, unas correcto y otras desaliñado. Desde las primeras líneas de su libro, revela Orozco su carácter y sus opiniones: a la cuarta línea dice: «al escribir me propongo todos los objetos posibles: divertirme y divertir a los otros; recibir una lección o darla, hasta arrancar un aplauso si no es excesiva mi pretensión. Yo no tengo modestia ni hipocresía; escribo para que me lean, para que me celebren si lo merezco, no para que me adulen y mucho menos para guardar mis borm-

«dones empolvados y contemplarlos en la soledad, como el avaro contempla su dinero, tomado ya con la humedad del pozo que lo oculta. Nadie me ruega que publique yo una obra, ni nadie me rogó que la escribiera: ambas cosas las hago por mi espontánea voluntad y entre los objetos que me propongo, uno de ellos es hacer una prueba de mí mismo.»

Dice Orozco un poco más adelante: «El paraíso del mundo quedó agostado el primer día de su eflorescencia; no hay que buscar flores ni juncos para tejer una corona, sino tomar un troneo viejo y ahuecado por los gusanos, para arrojarlos al mar de la vida y dejarnos llevar del viento que conduce a la playa desconocida de la eternidad.»

Un corazón frío y susceptible, desconfiado y crédulo, sublime y pervertido, afectuoso y misántropo, todo a la vez: éste es, en resumen, el carácter del protagonista, la idea desarrollada según mi intención.»

Y tal es positivamente la idea desarrollada por Orozco en su *Guerra de treinta años*; y en cada página de su obra se ve perpetuamente al autor, que no trata de ocultarse un solo momento, puesto que toda su narración la hace personalmente, con su yo individual por delante. Orozco coloca la acción de su novela en España; pero se apresura a hacer en su introducción esta advertencia: «Si ahora coloco la escena en España, a donde nunca fui, razones tengo para ello; pero más adelante, si Dios lo quiere, haré que mis hijos vivan donde yo he nacido, en México. Probaré, si es posible, hallar dentro de mi país la novela; y la novela original, indígena.»

«Hombres sin patria y patriotas sin nombre: mujeres divinas que se consumen en el marasmo de nuestra pereza social, o que se prostituyen en la ignorancia, almas sin vida, corazones sin afectos: calaveras ridículos, artistas sin gloria, ciudadanos sin porvenir; una época que se va y otra que comienza; dos generaciones que luchan sobre la tierra más florida y bajo el cielo más claro..., la Europa espíandonos; los hijos de Washington, queriendo hacernos felices a traición..., ésta es la mina inagotable que tienen los novelistas mexicanos. Yo no explotaré todas sus venas; soy demasiado perezoso para obra tan laboriosa; pero las denuncio para el que tenga más ambición que yo, o más habilidad. Por ahora me he conformado con matar el fastidio y soltar la pluma: más adelante tengo tiempo. Una última aclaración me resta que hacer. Nunca he visitado la península de nuestros conquistadores, y digo Burgos y Madrid como diría Constantinopla o Chihuahua; por eso no me detengo en pormenores topográficos ni astronómicos. Si digo que en Burgos hay un teatro, es porque a mi propósito necesitaba uno; si digo que en Madrid el sol sale por Antequera o por Cádiz, es porque para ser de día se necesita que el sol salga por alguna parte; con esto quedo autorizado para inventar un nuevo sistema de geografía al uso de los que sean como yo. Por último, si digo que

«los burgaleses o los madrileños son unos herejes o unos hotentotes, no me crean: yo sé de quien lo digo y no hago más que tomar un nombre prestado.»

¿Puede Orozco hablar más claro y revelarse mejor? Pero, ¿podía vivir querido por una sociedad cuyas costumbres y creencias criticó con tal osadía? Él mismo, en el centro de su novela, desarrolla en cuatro palabras el panorama de su existencia, identificando en la de Gabriel, su protagonista, que dice: «por último, completaré la idea de mí mismo y de mi conducta diciendo los epítetos que alcancé. Los frailes me llamaban «símpio, los hombres *honrados* «cínico, las mujeres «tonto, mis amigos me hacían más favor «y me llamaban loco: en fin, llegué a ser hombre de cosas, como dice Figaro, y éste fué «mi mejor escudo». Después de leer estos pensamientos de Orozco, no se necesita saber su biografía. Cuanto mayor fuera su talento, más amarga vida debió de alcanzar y más lejos de la sociedad de su tiempo debió de verse obligado a morir.

ORTEGA Y QUINTANA RÓO, contemporáneos de la emancipación mexicana, tienen composiciones bellas en el gusto clásico; a los dos, pero especialmente al último, puede decirse que les debe México la regeneración de la poesía y el gusto por la literatura, a causa de la buenas lecciones y ejemplos que dieron a la juventud, y con razón merecen ser mirados como maestros por sus extensos conocimientos y erudición.

Con sus nombres se cierra la lista de los poetas modernos mexicanos que ya no existen. No hablo a usted de Gorostiza, porque habiendo vivido entre nosotros, dado sus comedias a nuestros teatros e impreso sus obras en España, no hay ninguna suya que usted no conozca, ni hay literato español que no le aprecie ya en lo que valió.

De los vivos, diré a usted, en muy breves palabras, nada más que lo meramente necesario para que pueda usted formar idea de ellos y de sus obras; porque además de que no es mi objeto hacer aquí un juicio crítico de ellas, no quiero que usted ni nadie pueda creer que mi afecto hacia los autores me inspira los elogios prodigados a sus escritos, ni antipatía alguna personal las observaciones que pueda hacer sobre sus defectos, inherentes a toda obra humana. Comienzo por Pesado, porque es aquel cuyo nombre ha llegado con más celebridad hasta nuestra península, en alas de su fama en la Nueva España.

PESADO.—Su reputación literaria data de 1837, época en la cual fué electo diputado por el departamento de Veracruz, de cuyo Estado fué luego gobernador. En 1837, empezó a publicar sus composiciones en varios periódicos, y en 1839 dió a luz un tomo de poesías, del cual hizo segunda edición en 49. Pesado, buen latino, buen humanista, fuerte en historia, versado en jurisprudencia, cánones y teología, poseyendo las lenguas griega, francesa, italiana e inglesa, dotado de prodigiosa memoria y habiendo alimentado su espíritu con una asidua lectura, pertenece a la escuela clásica; pues aunque por los años de 37 a 42 se dejó arrastrar por el influjo de la revolución literaria, dando a sus composiciones líricas la variedad de metros y la división de números introducidos

por el llamado *romanticismo*, jamás cayó en los bárbaros desvaríos de aquella escuela, ni dió a sus obras *la informe forma* (si puede decirse así) que dimos a las nuestras muchos, a quienes el vulgo acordó por ellas fácil y rápidamente adquirida reputación. Su buen criterio y sus buenos estudios volvieron a encarrilarle pronto por mejor senda, y tomó sólo de la moderna escuela lo que le pareció racional y ventajosamente importado por los adelantos del tiempo y la observación. La inspiración de Pesado, siempre tranquila y suave, corre como un río manso por una llanura fértil sin tropiezos, barrancas, ni detrrumbaderos. Sus ideas apacibles se desarrollan en versos tan apacibles como ellas: sus pensamientos religiosos están basados en la filosofía escolástica y en la teología, de modo que a través de su poesía no deja nunca de columbrarse su ciencia; no admite en ciencias, en artes, en literatura, en política, en creencias sociales ni menos en las religiosas, idea ni teoría alguna exagerada: y su carácter, sus estudios, sus opiniones y sus creencias, se revelan en todas las páginas de sus escritos. Sus composiciones religiosas están modeladas por los salmos, y estrictamente encerradas en las opiniones de los SS. PP. con las cuales apoya todas sus razones, hasta las de los artículos de periódicos, en los cuales discute las cuestiones palpitantes de la política actual de su país. Pesado, ciudadano pacífico, padre de familia cariñoso, administrador íntegro, empleado incorruptible, amigo leal, admirador sincero de todo lo bueno y justo con todo lo acreedor a justicia, es uno de los pocos poetas existentes, cuyas obras son genuina expresión de su genio, y cuyos escritos están en completa connivencia con su carácter. Sus versos amorios participan de la reserva y el pudor del cristiano por convicción. En su *Rendimiento enamorado* dice:

¡Oh tú que eres hermosa a maravilla!  
Si supieras las dudas que me aquejan  
cómo estimaras mi pasión sencilla!

Si tus severos padres no te dejan,  
ni tu mismo recato te permite  
oir amores, que de ti me alejan;

siquiera por piedad, Elisa, admite  
que mis amantes ojos te veneren  
y que sólo a mirarte me limite.

Yo sé que mis miradas te refieren  
los íntimos secretos que a sus solas  
las entrañas y el alma les confieren.

Al contemplar las dotes que acrisolas,  
se conturba mi triste pensamiento,  
como en profundo mar las turbias olas,

cuando allá removidas de su asiento,  
por la tendida playa van sonando,  
agitadas del austro turbulento.

No hay palabras de amor, no hay verso  
[blando,  
que puedan mitigar el fuego ardiente  
que mi interior ¡ay Dios! está abrasando.

¡Qué triunfadora siempre, qué presente  
estás a mi memoria noche y día,  
numen de mis afectos y mi mente!

¡Portento de modestia y gallardía!  
 ¡Gloria de la región veracruzana!  
 ¡Lustre y decoro de la patria mía!  
 ¿Quién gozó de tu vista soberana,  
 que no quedase con placer rendido  
 juzgándote deidad en forma humana?  
 ¿Quién ante tus altares fué admitido,  
 que a tus vivos reflejos deslumbrado  
 el alma no rindiese y el sentido?  
 ¿Quién no se conoció todo abrasado  
 de inextinguible ardor? ¿Quién pudo verte  
 sin sentirse en un punto transformado?  
 ¿Y quién sin adorarte, conocerte?  
 ¡Criatura celestial! ¡Mujer divina!  
 ¡Cuán distante estoy yo de merecerte!

¿Dónde hallar un enamorado cuya pasión ardiente se sujete más a las reglas del decoro, ni respete más las conveniencias sociales? ¿Dónde poeta que expresa con más tranquilidad una pasión verdadera? ¿Dónde caballero que tenga más presente el honor de la mujer a quien ama, al declararla un amor en cuyo fuego siente abrasado su corazón? Tal es Pesado y tal su poesía.

Sus traducciones de los salmos son excelentes; en ellas es donde más campean su erudición, su conocimiento de las lenguas latina y castellana, y su dicción poética. Sus versiones conservan, en su castellano correcto, el bello sabor bíblico del original; y ciertas ideas primitivas, tan difíciles de transportar de las lenguas orientales a las modernas, están vertidas por Pesado en la nuestra con superior facilidad y pureza. En el cántico de Isafas, *super montem caliginosum levate signum*, dice:

Cual la mujer que diferir quisiera  
 el parto, y tiembla como débil hoja,  
 así esquivo el guerrero la lid fiera  
 y tiembla de congoja.

La idea de la comparación del miedo del soldado con el de la mujer en semejante situación, está felizmente expresada a pesar de lo arriesgada que es. Los orientales y los pueblos primitivos, a cuyos ojos la desnudez es más familiar que a los de los pueblos modernos civilizados, libres de la malicia de éstos, no necesitan velar ciertas ideas ni ciertas palabras, a las cuales no dan en su sencillez el maligno sentido que nosotros. Los árabes, cuya lengua es la más rica de las del Oriente y abundantísima en sinónimos, tienen más de doscientas palabras para designar al camello, según su edad, su tamaño, su empleo, su país, etc.; doscientas sesenta para designar al león, y más de trescientas para una arma de tajo o estocada correspondiente a nuestra espada o sable; y sin embargo, no tienen más que una para designar los pechos de la mujer. De aquí la dificultad de traducir el Cantar de los Cantares, y otros mil poemas de Oriente tanto antiguos

como modernos, en los cuales hallamos ideas y palabras que en nuestro idioma ofenderían el pudor. De estas dificultades sale briosa y felizmente Pesado en sus traducciones, aunque algunas veces son más que traducciones, paráfrasis. Pesado es el amigo de la juventud literaria; su parecer es la sanción bajo la cual van a patrocinar sus primeros ensayos todos los jóvenes que empiezan a escribir, y de él solicitan un prólogo la mayor parte de los que las publican. Pesado no da jamás un consejo, ni hace una corrección que no estén conformes con su conciencia; y éste es para mí el mayor talento de Pesado: el de apreciar en su edad madura las obras de la juventud de la generación que le sigue, animándola con sus consejos y protección, sin dejarse arrastrar por el torbellino de las innovaciones. De todos modos, Pesado es un poeta que merece su reputación y un erudito de grandes conocimientos, cuyas opiniones literarias son respetables, y cuyos consejos son dignos de ser tomados en cuenta. Es lástima que a veces caiga en defectos de forma y de armonía, excusables en otros poetas mexicanos cuyo único dote es el ingenio, pero imperdonables en un poeta de la escuela clásica, profundamente conocedor de la lengua y poesía castellanas. Por ejemplo: usa de asonantes en estrofas aconsonantadas, que requieren absolutamente consonantes perfectos, v. gr.:

En el núm. II de su Jerusalén, en la 1.<sup>a</sup> estrofa, el 4.<sup>o</sup> y el 8.<sup>o</sup> verso deben ir aconsonantados, y no lo van: lo mismo sucede en la 6.<sup>a</sup> *Corazón y amor* debían de ser consonantes, como también *libertad y reinará*: porque en este género de estrofas, o todos los cuartos y octavos versos deben ir asonantados, o aconsonantados; pues del uso simultáneo de unos y otros en una misma composición, resulta una desigualdad perjudicialísima para la armonía. Esta falta es general en las composiciones líricas de Pesado, y por ella podría creer quien no las estudie a fondo, que es un poeta desaliñado: cuando es al contrario, el más correcto de los poetas hispano-americanos.

Otra pequeña falta de observación de Pesado: los versos heptasílabos que se hacen para cantar, en estrofas iguales y del mismo compás musical, no admiten la libertad y amplitud en la colocación de sus acentos, que los que van mezclados con endecasílabos en la silva, sino que deben llevarlos todos sobre las mismas sílabas, so pena de no ser versos ni poderse marcar con notas sobre el pentagrama, sin forzar acento de la palabra, o sin salirse del compás.

Verbigracia, en las *Memorias de los muertos*, la primera mitad de la segunda estrofa, dice:

En la oculta espesura

no murmuran las fuentes,

yacen sin hermosura

los montes eminentes,

sin su verdor los árboles,

los pájaros sin voz.

En los tres primeros versos, el acento debía de cargar sobre la segunda sílaba y no sobre la tercera; aplíquese si no a un compás musical sobre el pentagrama, y habrá que decir: *En la ócultá espesura* no murmuran las fuentes, *no ymacén sin hermosura*, etc.

Otro descuido: en los romances, cuya armonía va suavemente sostenida por la asonancia de los versos pares, es preciso cuidar con esmero de que no la haya en los versos impares: porque el oído fino se apercibe fácilmente de aquella doble eufonía que resulta de los asonantes cruzados. Verbigracia: en *Mi amada en la misa de alba*, dicen la cuarta, sexta y duodécima cuartetas:

El recato y la modestia

la van siguiendo conformes:

dos iris lleva en sus cejas,

y en sus mejillas dos soles.

Un vienteillo ligero

atrevido descomponer

de sus profusos cabellos

los rizos puestos en orden.

Tras sus miradas camino

y luego a la iglesia, donde

arrodillada la miro

en el pavimento, inmóvil.

Estas bellas estrofas, modelos de descripción, de versificación y de lenguaje, están deslucidas por el mal efecto de la doble asonancia que hacen en ellas *modestia* y *cejas*, *ligero* y *cabellos*, *camino* y *miro*, que son tan asonantes entre sí como *conformes*, *soles*, *descomponer*, *orden* y las demás palabras que asonantan todo el romance de tan bella composición.

Le apunto a usted estos ligeros defectos de Pesado, tan sólo para probar a usted que no habiendo podido alcanzar la poesía mexicana un período de tranquilidad suficiente para establecerse con solidez, su poeta más correcto y de más clásicos estudios no ha tenido sin duda ocasión de encontrar quien le haga fijar la atención en tan nimias observaciones de prácticas, que hechas una vez no pueden olvidarse jamás: y con las

cuales, uno de esos eruditos a la violeta de nuestra corte, uno de esos sabios de enciclopedia, que estudian en ella por la noche la crítica que deben hacer al día siguiente, uno de esos mosquitos que se complacen en infiltrar el venenillo de sus picaduras en las reputaciones mejor adquiridas, una de esas arañuelas literarias que no pueden hacer más que cosquillas en el amor propio de los hombres de genio, hallaría ocasión de lucirse a los ojos de los tontos a costa de la reputación de Pesado, dándose a caza de semejantes pequeñeces. Yo se las marco a usted, porque ni usted que me conoce, ni Pesado que tiene talento, si llega a leer algún día esta carta, pueden imaginar que me delecto en roer vilmente la reputación de un hombre, de quien pocas líneas atrás le acabo de hacer a usted un elogio tan sincero como merecido, por el maligno y miserable placer de poner un *pero* a su justa fama.

El único defecto positivo de la versificación de Pesado, defecto que es común a la mayor parte de los poetas hispano-americanos, es el de empeñarse en hacer una sola sílaba de dos vocales unidas que no son diptongo, y que deben hacer dos: dejándose llevar de la viciosa pronunciación hispano-americana y haciendo sus versos incapaces de medida e insoportables para un oído poético. Los mexicanos dicen *país, maíz, raíz*, haciendo unisílabos estos vocablos, que tienen dos: dan dos sílabas a *poeta, oído*, y a otros que tienen tres, y tres a *destruido, construido*, etc., que tienen cuatro; y por eso cuenta Pesado por versos endecasílabos los siguientes, que no lo son en ninguna parte más que en México, porque tienen doce:

¡Criatura celestial! ¡Mujer divina!

Ese deseo de amar sin resolverse.

Si por dicha, mi bien, un día regresas.

Estrecha al mío tu corazón amante.

Es la melancolía, no la tristeza, etc.

En los cuales hay que dar a *deseo* dos sílabas, teniendo tres; a *día* y a *mío*, una, teniendo dos; a *criatura* tres, teniendo cuatro, y a *melancolía* cuatro, teniendo cinco; forzando además esta última palabra, pues para dar a este último verso la medida que debe tener, hay que decir *melancoliá*. Estos defectos de pronunciación, que a mí me caen tan en gracia en la conversación de los mexicanos que ya se me han pegado algunos en el tiempo que hace que vivo entre ellos, son insoportables en la poesía; porque además de que la lengua castellana no nació en México sino en Castilla, y no hay más remedio que seguir al escribirla las reglas de su Academia, es menester para no percibir con disgusto semejante falta de armonía, carecer absolutamente de oído poético, ignorar completamente los rudimentos de la música y no saber absolutamente vocalizar.

Contra este vicio se ha escrito en México repetidas veces inútilmente por personas de autoridad, como el conde de la Cortina en su periódico *El Zurriago*, en *El Imparcial*

y en la *Revista mexicana*. Y a propósito del conde de la Cortina, como es tan difícil escribir con imparcialidad de los amigos, especialmente de aquellos a quienes si se elogia puede parecer que se espera de ellos alguna recompensa, y si se les critica que se tiene intención de apocar su mérito; y como lo primero pudiera argüir baja y lo segundo envidia o malignidad, tres cosas de las cuales espero que Dios conserve siempre exenta mi dignidad de escritor, me limitaré a decir a usted de él muy pocas palabras. El conde de la Cortina es un literato cuya erudición es tan conocida en Europa como en México; y siendo usted amigo suyo y él individuo de la Academia Española, tengo por inútil detenerme mucho en dar a usted de él noticias que no han de coger a usted de nuevo; así que, mi querido duque, me circunscribiré a dársela a usted de las obras que aquí ha publicado o de las cuales se ocupa, después de su vuelta de nuestra Península.

1.º EL ZURRIAGO: periódico literario, que intituló *antipolítico y pacífico*, aunque algo *entremetido*, y cuyo carácter *crítico-satírico* no necesita de explicación, puesto que la lleva en los adjetivos con los cuales amplificó y calificó su título el mismo autor. Su crítica, aunque severa, no es áspera, sino justa, templada, decorosa y de una gracia y oportunidad notables; su lenguaje, aunque generalmente jocoso y familiar, es siempre puro, castizo y correcto; y sus artículos pueden servir de modelo a muchos periodistas de por acá, cuyas críticas rayan en diatribas, cuyos juicios suelen aparecer envueltos en inoportunas o insolentes personalidades, y cuyo lenguaje chocarrero y adulterado más parece de lavanderas y de lacayos, que de personas de educación y de estudios que, al declararse escritores públicos, pretenden ilustrar y educar a las masas populares.

2.º Un Diccionario de sinónimos. 3.º Otro de voces técnicas castellanas de bellas artes. 4.º Otro diplomático. 5.º Otro onomástico, español. 6.º Otro de voces técnicas castellanas de geología, geografía y topografía. 7.º Estudios ideológicos de la lengua castellana. 8.º Disertaciones sobre el origen y mecanismo de la misma. 9.º Prontuario cronológico mexicano. 10. Prontuario diplomático consular. 11. Cartilla social. Id. Histórica. Id. Moral-militar. 12. Disertaciones sobre los terremotos en la República mexicana. 13. Traducción anotada de la historia de la literatura española, de Bouterwek.

Estos son los títulos de los trabajos literarios del conde de la Cortina: la variedad de las materias por él tratadas prueba su erudición; la mayor excelencia de ellos es la corrección y pureza del lenguaje; el conde de la Cortina es uno de los mejores hablistas de nuestra época. Como poeta es menos conocido que como erudito, porque rara vez publica sus poesías, a pesar de haber cultivado desde su juventud este bello ramo de la literatura. Sus composiciones líricas, ya filosóficas, satíricas o amatorias, pertenecen al género clásico, por su gusto y forma. Ahí van dos de ellas en las cuales hallará usted corrección, sencillez, gracia y verdad en la expresión.

LOS RECUERDOS

¿No te acuerdas, le decía  
a su pastora un pastor,  
de aquel venturoso día  
en que los dos a porfía  
nos jurábamos amor?

¿Te acuerdas que a tu ventana  
suspendí un ramo de flores,  
que pintó aquella mañana  
la naturaleza humana  
con los más bellos colores?

¿Y tú luego lo llevabas  
sobre tu pecho prendido,  
y ocultarlo procurabas,  
porque por allí pensabas  
que acechaba yo escondido?

¿Te acuerdas que ya vecina  
la noche, te llegué a ver  
cerca de nuestra colina,  
junto a la frondosa encina  
que a los dos nos vió nacer?

¿Y que entonces témerosa  
de que yo te detuviera  
en la noche silenciosa,  
te lanzaste apresurada  
a correr por la pradera?

¿Y al punto que en la alquería  
cercana te ibas a entrar  
viendo que yo te seguía,  
hizo la fortuna mía  
que te llegase a alcanzar?

¡Oh! ¿No te acuerdas, querida,  
de aquel divino momento

en que, a mis ruegos rendida, Y  
iba a quitarme la vida  
el exceso del contento?

¿Y que a pesar del rigor  
que a mis ansias oponía  
tu inocencia y tu temor,  
luchando con el amor,  
que en tu casto pecho ardía,

logré en divino embeleso  
cual ningún mortal gozó,  
dejar en tu boca impreso  
aquel dulcísimo beso  
que en el cielo resonó?

Aún más iba a recordar  
el indiscreto pastor  
si ella no le hace callar,  
que no se han de revelar  
los misterios del amor.

EL DELIRIO

Pues al placer nos provoca  
la libertad del festín,  
deja que llegue mi boca  
a esa boca de carmín.

Verás que ningún sabor  
en dulzura se asemeja  
al que en el alma nos deja  
el beso que da el amor.

Quita esa gasa importuna,  
desnuda ese hermoso pecho,  
que hoy me dan este derecho  
el amor y mi fortuna.

Y ningún rubor te cueste  
quitarte ese azul tisú,  
de azul que llaman *celeste*  
tal vez porque lo usas tú.

Haz que tu semblante bello  
no me ofusque esa guirnalda:  
deja flotar a la espalda  
tu perfumado cabello.

Si tú sólo a ti te igualas  
y yo en ti mi placer fundo,  
no necesitas de galas,  
tú eres la gala del mundo.

.....  
Esparce en nuestro contorno  
esas flores que aquí ves:  
sirvan al suelo de adorno  
y de alfombra a nuestros pies.

Mira que una sola vida  
en el mundo se nos da,  
y que la deja perdida  
quien sin gozarla se va.

Esta vida es un vergel,  
y el placer es una rosa  
donde el alma se reposa  
a embriagarse con su miel.

Y al empezar su camino  
una suerte al hombre toca  
que muy rara vez revoca  
el caprichoso destino.

Y este déspota inclemente,  
de su poder hace alarde;  
pero teme al que es valiente  
y sólo oprime al cobarde.

Son sus armas el temor  
que al débil la muerte inspira;  
sus promesas son mentira,  
sólo es cierto su rigor.

Pues burlemos a la suerte

que en nosotros recayó.  
¿Acaso temes la muerte?  
¿Acaso la temo yo?

¿Qué es morir? Dejar de ser.  
¿Qué es vivir? Poder gozar.  
¿Y qué goce puede haber  
mayor que el goce de amar?

Si prometes otros placeres  
lo que llaman la razón,  
inciertos placeres son,  
o más bien son pareceres.

Deja que de esta moral  
se escandalice y asombre  
el que condena en el hombre  
todo lo que es natural.

Si en su doctrina de hiel  
es dichoso este censor,  
yo, en mi doctrina de amor,  
¿soy menos dichoso que él?

Todo al placer nos convida,  
démonos prisa a vivir,  
y verás cómo la vida  
se desliza sin sentir.

Esa amorosa ansiedad  
que arder en tus ojos veo,  
apenas es el deseo  
y ya es la felicidad.

Cede pronto de tu ardor  
al agudo llamamiento,  
que es de gran peso un momento  
en la balanza de amor.

Bien podrá hacer esta suerte  
que divida con su filo  
de tan dulce vida el hilo  
la guadaña de la muerte.

Cuando llegue a suceder,  
nunca temeré, querida,  
la pérdida de la vida,  
sino la de este placer.

Y al hombre que así hablaba en su de-  
 el tiempo vino al fin a despertar,  
 y de los desengaños el martirio  
 sintió por sus entrañas penetrar.

En el humilde lecho en que yacía,  
 con su trémula mano esto escribió,  
 y acaso no escribió cuanto quería  
 porque antes el aliento le faltó.

Las frecuentes emociones  
 gastan pronto el corazón,  
 ahuyentan las ilusiones,  
 y ponen a la razón  
 en lucha con las pasiones.  
 Entonces la santidad

dejó al campo sin verdor,  
 sin su perfume a la flor,  
 sin su brillo a la beldad,  
 y sin encanto al amor.  
 La memoria martiriza;  
 lo que se llega a la boca  
 es amargo y horrosa,  
 y todo cuanto se toca  
 se vuelve polvo y ceniza.

Y pasando el desvarío,  
 se ve el alma con dolor  
 en tan horrendo vacío,  
 que si el vivir causa hastío,  
 el morir causa terror.

Ya ve usted, mi querido Ángel, que el conde de la Cortina, tiene derecho a ser incluido en el número de los poetas actuales mexicanos, y que no sin razón halla usted su nombre en este lugar.

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDÓN.—Literato estudioso, erudito instruido y poeta moral; sus versos están en general bien contruidos, y se distinguen por el espíritu religioso de sus ideas y la moralidad de sus sentimientos. He aquí un fragmento de su composición a Gorostiza, publicada en su *Corona poética*:

No es premio de ambición afortunada  
 en la maldita fraternal contienda,  
 ni comprada con oro está la ofrenda  
 que veis en ese altar.

Es premio al alto ingenio concedido:  
 es tributo de amor a la memoria  
 de quien llenara a México de gloria  
 que nunca morirá.

Si a la perla de América guardase  
 días el hado de opresión y mengua,  
 si por extraña lengua nuestra lengua  
 fuese olvidada aquí,  
 con los rotos penates en la mano  
 atravesara los desiertos mares,  
 y orillas del augusto Manzanares  
 sentárame a gemir.

Arango y Escandón, siguiendo la corriente del gusto llamado romántico, publicó por los años 40 y 41 leyendas y fantasías, que adolecen de todos los defectos y ostentan todas las bellezas de las producciones de aquella escuela; pero cuya versificación es fácil y armoniosa, cuyos argumentos están desarrollados y conducidos a su fin con orden y lógica, y cuyos pensamientos están emitidos y desenvueltos con claridad. Su buen juicio y sus buenos estudios volvieron a Arango a mejor camino, y hoy puede decirse que pertenece a la escuela clásica. Sírvale a usted de prueba de mi aserción el siguiente soneto, el cual puede decirse que simboliza el carácter, el género de la poesía y las opiniones religiosas, políticas y morales de Arango.

## VOLTAIRE

De rosas coronó la altiva frente;  
y, al deleite sensual abriendo el seno,  
convidió del error con el veneno  
en rica taza de metal luciente.

Las santas aras derribó insolente;  
y, a la osada maldad quitado el freno,  
el orbe contempló de escombros lleno,  
bañado en risa el labio maldiciente.

Hierros, no libertad; tiniebla densa  
en vez de claridad, males prolijos,  
fueron a tanto crimen recompensa.

¡Quiera el cielo que aprendan nuestros hijos  
que ser libre y saber en vano piensa  
quien no tiene en la cruz los ojos fijos!

CARPIO.—Si es difícil escribir de los amigos, mi querido duque, lo es mucho más indudablemente juzgar a los que se nos muestran hostiles. No puedo hablar a usted hoy de este poeta, porque me dicen que se ha ocupado de la crítica de mis obras; no he leído sus artículos, que supongo dignos, justos y decorosos; pero, de todos modos, no quiero que al detener mi juicio sobre sus poesías, si encuentro en ellas algo acreedor a elogios, o digno de crítica, crea usted, el público, o el mismo Carpio, que elogio con baja y adulación para mitigar el rigor de la suya, o que critico con saña por espíritu de venganza. Esta es la primera vez de mi vida que me ocupo de las obras ajenas: y como usted ve, más es para alabar sus excelencias, que para censurar sus defectos. Por estas razones de delicadeza personal excusará usted que no me atreva a ocuparme de las poesías de Carpio. Carpio goza en Méjico de muy antigua reputación como poeta, y debe merecerla sin duda; porque si bien el favor popular acuerda fácilmente las reputaciones en

ciertas circunstancias, rara vez se sostienen éstas si no se apoyan en sólidos fundamentos. La de Carpio se sostiene, y yo no ataco jamás la reputación de nadie, ni juzgo por escrito su solidez y merecimiento; el público es quien la da, y yo la respeto. Una sola observación haré a usted respecto de las poesías de Carpio. Todas las publicadas por él se reducen a un tomito de 102 páginas: de donde yo deduzco que deben de ser muy buenas; porque no siendo ya joven su autor, si son escogidas entre muchas, deben ser las mejores: y si son todas las que ha hecho, no tienen disculpa de ser medianas; porque no puede alegarse en su favor ni la inexperiencia del poeta, ni la rapidez con que han sido escritas, ni la falta de tiempo para meditarlas.

JOSÉ MARÍA ESTEVA.—Veracruzano. Esteva tenía tal vez en su genio los dotes necesarios para llegar a ser el poeta mexicano más popular, y un talento a propósito para haber creado un género de poesía nacional: amor patrio bien entendido, instinto de observación, conocimiento de las costumbres de su país, facultad de versificar, imaginación poética, afición al estudio e ideas avanzadas conformes con la ilustración y adelantos del siglo; con cuyos elementos, una buena educación, una buena posición social, un exterior agradable y simpático y en la flor de su juventud, pudo y debió dar a su país por lo menos la *canción* y la *leyenda* mexicanas; pero México, devorado por las revoluciones y sumido en las tinieblas de la preocupación, ni veía a sus poetas, ni se curaba de la poesía de sus costumbres, y los ensayos de Esteva en este género nacional pasaron desapercibidos o menospreciados. Esteva, sin haber hecho más que probar sus fuerzas en él, abandonó la poesía y se entregó a los negocios, echándose, como todos, en brazos de la política. ¡Suerte miserable de todos los hombres de genio en este turbulento país! Se ganan rara vez para sus intereses, porque raro es el hombre de ingenio capaz de hacer grandes negocios: son inútiles para la política estéril y sin principios fijos de una nación que no sabe todavía lo que quiere, y se pierden para las letras, cerrándose a sí mismos el camino de la gloria.

Esteva publicó en Veracruz, en 1850, un tomo de poesías de 300 páginas. En él se aperciben los gérmenes fecundos de su talento, brotando a través de su inexperiencia, de la indecisión de su gusto vacilante todavía, sofocados por el afán de la imitación de nuestra poesía revolucionaria del 33 al 40, cuyas producciones empezaban por entonces a cobrar boga por las Américas Españolas. Las costumbres de las costas veracruzanas, que tienen tantos puntos de contacto con las de Andalucía, le inspiraron las leyendas y las canciones que dió a luz en los periódicos bajo el pseudónimo de *El Jarocho* (carácter comparable con el del majo bravucón andaluz). La lectura de sus romances de usted y de los de Rubí, de los versos de Espronceda, de mis cantos del Trovador y de los desventurados ocho primeros tomos de mis poesías, que han descarrado el ingenio y pervertido el gusto de tantos mozos de talento por estas tierras, le dieron la forma de sus composiciones: de la cual hubiera necesariamente desnudado sus argumentos más adelante, cuando su buen instinto y la práctica le hubieran hecho adquirir

fuerzas para arrojarla de sí y encontrar para ellos el atavío genuino de su ropaje nacional. Encontrada una vez esta forma original, se hubiera separado de la costa, terreno estrecho para su genio, se hubiera apoderado de las costumbres de tierra adentro, y sus cantos y sus romances le hubieran conquistado la popularidad que merecían sus creaciones; pero Esteva se detuvo al principio de su camino y hoy nos tenemos que contentar con los débiles ensayos de sus primeros pasos.

Tales como son, sus romances de costumbres nacionales *El Jarochó*, *Nor Ludovico* y *Quiñones* y *Nor Gorgoño*, encierran bellezas positivas en el género descriptivo. Esteva versifica limpiamente: sus períodos son en lo general flexibles y perfectamente redondeados: y algunas de sus letrillas y de sus canciones son modelos de gracia y de ligereza, que no pueden leerse sin que asome a los labios del lector una sonrisa de complacencia. *El arroyo y la flor*, es un juguete primoroso, en el estilo de lo que a Campoamor se le antojó llamar *Doloras*; todo su libro, en fin, está salpicado de pensamientos y de estrofas de singular frescura, llenos de vida, de carácter y de genio. Si no temiera prolongar demasiado este escrito, le copiaría a usted muchos versos de Esteva, cuya lectura le haría a usted pasar un agradable rato; pero tiene usted que darse por satisfecho con las siguientes, mi querido duque:

#### EL JAROCHO

Ya pasado Malibrán,  
camino de Medellín,  
del Espartal al confín,  
cabalga en manco alazán  
compadre Chico Crispín.

Natural del Novillero,  
tres mancos allí tenía;  
seis reses en el potrero:  
cerca de la Nevería  
hace oficio de vaquero.

Calzón de pana ajustado  
hasta media pantorrilla,  
con medios lleva abrochado:  
sombrero de medio lado,  
con espejos la toquilla.

Y un puro con tal esmero  
lleva en su boca el galano  
que, si no es tabaco habano,

es de las veces *veguro*,  
pues él no fuma *villano*.

A paso lento camina  
en su alazano trotón;  
y a los rayos de Lucina  
que los campos ilumina,  
comienza aquesta canción:

«Churripampli se casa  
con la torera  
y po eso le dicen Churripamplera:  
y ejto ej tan verdá  
como ver a un borrico volá  
por loj elemento;  
Churripampli de mij pensamientos  
¿dónde te hayaré?  
y en la ejquina tomando café,  
Y en la ejquina tomando café,  
«Si juerej a loj toroj  
cuando lo-jaya,  
no monte-jen la rusia  
sino en la baya.

Y si tienej dinero,  
tomaráj el asiento primero,  
con grande ternura;  
y veraj al negrito Ventura,  
con su ejcarapela:  
ese sí que la pava la pela.

Por una choza pasaba  
cuando su canto acabó,  
y al *manco* alazán paró:  
que algo de allí le gustaba,  
o alguno allí le llamó.

Al frente de aquella choza,  
de su pequeño jardín  
flores cortaba una moza;  
Jarochita que destroza  
el corazón de Crispín.

Levantada la cabeza  
mostraba al andar serena  
tanto garbo y gentileza,  
que si no fuera morena  
fuera romana belleza.

Súchiles blancos y olientes  
entre su pelo tenía,  
y cocuyos que cogía,  
en su cabeza, lucientes,  
con alfileres prendía.

Con su camisa de olán  
y con su celeste enagua,  
se fué acercando al galán  
que montado en su alazán  
tiene por pecho una fragua.

Y el galán que así la vió  
hasta la cerca acercarse,  
con ternura suspiró,  
hizo al sombrero ladearse,  
y así amoroso la habló:

«Oigajté ña Sacramenta,  
le diré ajté mi pasión:

y si uté ej crijtiana atenta,  
tiene, ujté aquí un corasón  
que con náa... se amedrenta.

«Soy cojtante en el querer,  
y en el amar dadivoso,  
si ujté no lo quiere crér,  
lo dirá ñor Cinforsoso  
que fué el que me lo hizo... ver.  
«Mi dinero no dejmembra;  
y si en gajtarlo me pulo,  
pueo darle un cachirulo  
como el que tiene la jembra  
mujer de ñor Cleto Angulo.

«Unaj naguañ le daré,  
y una banda de burato,  
y prendraj le compraré,  
que en amar no soy barato  
cuando se me ama... con fe.

«Y iremos a Meellín  
montando uté en güen andante,  
y si hay algún angulante  
que ofenda allí a ñor Crispín...  
sé manejar mi cortante.»

Crispín acabó de hablar:  
la moza su rostro esconde,  
y después de suspirar  
con dulce y tierno mirar,  
así al galán le responde:

«Ese amor que uté me jura  
no pueo ejucharlo, no;  
puej que me ama ñor Ventura  
y ejtoy de su amor sigura,  
y soy muy cojtante yo.

«El ej-jombre muy celano:  
tal vej ya pronto vendrá;  
camine alante, crijtiano,  
que si noj ve mano a mano  
jablando... se enojará.»

—«Querido ángel humanal,



de dir no me tengo, no:  
yo soy jombre muy cabal,  
y que venga mi rival  
que aquí verá... quién soy yo.»

En esto estaban los dos,  
cuando al oír de Ventura  
la seca robusta tos,  
ña Sacramento se apura  
y el galán le dice: «adioj».

Y luego de mal talante,  
mudando el color Crispín,  
saca el *moruno cortante*  
y... arrienda a su flaco andante  
camino de Medellín.

#### FRAGMENTO DE UNA SILVA A LA MUERTE DE CLARA MIGONI

¿Qué vale el hombre que feliz gozando,  
lleno su tierno corazón de amores,  
entre vistosas flores  
la senda cruce del vivir cantando,  
si en el escaño de la tumba fría,  
sin la ventura ni el amor mundano,  
del corazón inerte se desvía  
esa existencia que guardó lozano,  
y alegre, rica, tierna, bulliciosa,  
y a la mansión luctuosa  
entra el joven lo mismo que el anciano?  
¿Qué más da a los confines de la vida  
llegar triste y cansado o animoso,  
y en el árbol sombrío  
que cobija la humilde sepultura,  
dejar, ¡ay!, suspendida  
la espada del guerrero fratricida,  
el blanco velo de la virgen pura,  
la lira del poeta,  
el cetro del tirano  
o el báculo nudoso del anciano?

¡Ah!, pobre humanidad: el hombre nace,  
y en pos de honores, mísero, camina  
y le disfrazan rey, y rey le llaman:  
o le cubren con ricas vestiduras  
y le llaman señor. El potentado  
se sueña grande, y en la inmensa altura  
a do llevó su vanidad consigo,  
apenas mira al que nació mendigo...  
¡Ah!, pobre humanidad; gallardo el joven  
con vestidos de guerra se atavía,  
en su lozana juventud confía,  
y orgulloso y potente  
los peligros del mundo desafia,  
corriendo en pos de su pasión ardiente.

Riqueza, nombre, gloria, distinciones,  
títulos necios del orgullo humano,  
vestiduras de un día,  
de que en la tumba fría  
la humanidad, al encerrarse, muda,  
temerosa y humilde se desnuda.

Todos iguales son tras el sepulcro:  
del nacer al morir hay sólo un paso:  
nace el sol y se pone: como el hombre,  
se eleva a su cenit, baja a su ocaso.

#### LA VIEJA

Iba don Juan cierto día  
con María  
sirviéndole de galán,  
y al lado de la pareja  
una vieja  
que la cuida de don Juan.

Don Juan la mano tomaba  
y besaba  
de la cándida María,  
y María suspiraba  
y decía

a don Juan su ardiente queja.

¿Y la vieja?...

A María le asegura  
con ternura

don Juan la mano de esposo:

y abrazando su cintura,  
cariñoso,

su ardiente amor le bosqueja.

¿Y la vieja?...

Y le miraba María  
y decía

requiebros mil a su amante,

y don Juan le respondía  
que a galante

atrás ninguno le deja.

¿Y la vieja?...

Llegaron a una casita

donde habita

un amigo de don Juan;

don Juan al amigo grita,

y al zaguán

les abre paso una reja.

¿Y la vieja?...

Una candileja ardía

noche y día

en el oscuro zaguán;

don Juan fingió que caía,

y el truhán

apagó la candileja.

¿Y la vieja?...

La vieja no más decía:

¡Qué malo es este don Juan!

Me dirá usted, mi querido Ángel, que los romances de costumbres veracruzanas de Esteva no son más que imitación de los romances andaluces de Rubí, sus letrillas y sus endechas de las de Bretón y de Campoamor, y que sus ensayos son aún incorrectos; pero nadie podrá negar que en ellos se revela un grande instinto de originalidad y un feliz estudio de las costumbres de su pueblo: y es indudable que quien tan bien imitó en su edad primera, habría dado más tarde con el género de poesía nacional de su país, si no hubiera nacido en uno perdido por ahora para las musas y en una época de revolución literaria, en la cual era muy difícil que ningún joven pudiera fijar su gusto por sí mismo, sin rumbo en tal océano de diversos principios y opiniones, mal establecidos aun por tan diferentes escuelas.

Esteva, no sacando de sus versos utilidad ninguna metálica y sin esperanza de que le procuraran en vida ni estimación ni gloria, abandonó la poesía y se engolfó en los negocios. ¡Ojalá la fortuna le dé tanta prosperidad en éstos, como Dios le dió talento para cultivar aquélla!

FÉLIX MARÍA ESCALANTE.—De este joven, como de todos los poetas mexicanos que me hicieron o dedicaron versos a mi llegada a la capital de su República, diré muy pocas palabras: porque no parece que sus versos y mis elogios son los intereses producidos por el capital de una compañía de aplausos mutuos. Escalante es un poeta de corazón y de imaginación, cuyos versos son generalmente llenos y sonoros, cuyos pensamientos no carecen de elevación, cuya inspiración tiende continuamente al entusiasmo. El año pasado de 1856, publicó un tomo de poesías, del cual cito a usted los siguientes cuartetos, tomados de su composición *El Salvaje*:

¡Oh, quién me diera tu vivir salvaje!  
Yo, como tú, mis flechas afilara,  
y meciera en el viento ese plumaje  
con que, cual tú, mi frente coronara.

Tú al murmullo de arroyos trasparentes  
descansas en las grandes soledades:  
tú cantas al bramar de los torrentes,  
y duermes al rodar las tempestades.

Tú no enfrenas tus férvidas pasiones:  
libre es tu amor como en el llano el viento:  
sin conocer poder ni distinciones,  
vives bajo el dosel del firmamento.

Tiendes la vista al despuntar el día,  
y forma tu placer cuanto hay creado,  
el arroyo te brinda su agua fría,  
la palmera su fruto sazonado.

Persiguiendo a la corza en su carrera  
con tus flechas la das muerte segura:  
con el oso luchando y la pantera,  
abates con tu esfuerzo su bravura.

Duerme en paz en las grandes soledades,  
goza tu libertad en el desierto:  
ignora lo que pasa en las ciudades,  
en ese campo a tu placer abierto.

Desatados los raudos torbellinos,  
en columnas de polvo desde el suelo

Escalante es uno de los jóvenes de esperanza para el porvenir de la poesía mexicana.

CASIMIRO COLLADO.—Aunque español, debe de ser contado como poeta mejicano, por haber vivido desde muy niño en esta República, haber hecho en ella sus estudios y la publicación de todas sus composiciones. Collado se dejó arrastrar también en el principio por el mal gusto de nuestra poesía del 34 al 43, e insertó en *El Apuntador* y otras

se levantan, gigantes remolinos  
que tocan en la bóveda del cielo.

Son precursores de feroz tormenta:  
rueda la tempestad en sus regiones,  
y al retumbar del trueno que revienta  
se rasgan los espesos nubarrones.

La noche tiende su impalpable manto,  
retiemblan las montañas escarpadas,  
y las centellas giran con espanto  
y las nubes de fuego están preñadas.

Y crece más la furia de los vientos:  
recia la lluvia se desata luego:  
combatiéndose están los elementos,  
el viento asolador, el agua, el fuego.

¡Sublime tempestad! De tu fiereza  
¿quién no tiembla? ¿Quién burla tu coraje?  
¿Quién alza desdeñoso su cabeza  
en medio de su cólera? El salvaje.

Sí: tú, salvaje, el indomable, el fuerte;  
yo admito tu valor privilegiado,  
si al espantoso aspecto de la muerte  
tranquilo está tu corazón osado.

Y yo te canto; con tu voz potente  
quisiera que mi voz se levantara:  
al saltar en los riscos el torrente,  
al estallar el rayo, no temlara.

periódicos muchas poesías líricas y algunas leyendas (como *Tal agravio, tal venganza*, y otras), las cuales pertenecen a la *escuela romántica*; pero volvió a mejor senda posteriormente; y la lectura de Herrera, Rioja y los demás clásicos españoles, le hicieron ganar rápidamente en pureza y corrección. Libre además de los defectos de la pronunciación mexicana, su lenguaje es castizo y la medida de sus versos no adolece de la flaqueza y falta de armonía de la mayor parte de los poetas de este país. En todas sus composiciones, antiguas y modernas, se encuentran estrofas notables por su dicción poética, por su versificación armónica y numerosa, y por la perfección clásica de su forma; pero compárense los dos siguientes fragmentos, tomados al azar de la colección impresa y manuscrita de sus versos que tengo a la vista, y se conocerán al momento los dos opuestos géneros de las dos diferentes épocas y escuelas a que pertenecen. En 1841 escribía Callado estas estrofas, en una fantasía que intitulaba:

ORACIÓN

¡Vedla allí sobre el rico pavimento,  
bajo el tendido pabellón de grana, a lo  
cómo encomienda al adormido viento  
que levante a los cielos su oración!  
Vedla allí como virgen sin mancilla  
sus pestañas pintarse en su mejilla,  
al exhalar la lámpara amarilla  
trémula vibración.

Contemplad su contorno que, profundas,  
borran acaso pasajeras sombras,  
cuando tintas fantásticas, confusas  
sobre su rostro destacando van.  
Contemplad en su rostro su pureza,  
la devoción en su ideal cabeza  
y un misterio de amor y de tristeza  
que sus pupilas revelando están.

Vedla elevar a Dios el pensamiento  
en medio de la noche solitaria,  
y encomendar al adormido viento  
que guarde en sus dobleces su oración.

Todo esto es *romántico* de *aquel entonces*: pensamientos vagos, delirios en versos armoniosos y metro afrancesado con el martillo de sus tres consonantes seguidos, de los que importó Ochoa del otro lado de los Pirineos, introduciéndolos en España en el *Artista* en sus imitaciones de Víctor Hugo:

Contemplad al través de su hermosura  
una idea de tétrica amargura,  
que dicta al labio la plegaria pura  
de ardiente devoción!

¡Visión mundana sin terrenas galas,  
ven tu oración a dividir conmigo;  
ven: que las plumas de tus blancas alas  
me den a un tiempo pabellón y abrigo!

¡Ven a calmar este febril ensueño,  
que está rompiendo mi abrasada sien;  
ven a velar del moribundo el sueño,  
dulce ilusión de mis sentidos, ven!

Ven en las alas del callado viento,  
del harpa en la encantada vibración,  
para acallar mi cruel remordimiento  
con la voz de tu cándida oración.

Ven, y uniré a la tuya mi plegaria  
en tierra puesto cabe ti de hinojos:  
Dios la oirá en la noche solitaria  
y el triste llanto secará en mis ojos.

Visión mundana sin terrenas galas, etc.

Esas santas catedrales,  
esas legiones triunfales,  
esos lienzos inmortales  
del Correggio y Rafael,

¡Qué diferencia de las composiciones de Collado de 1841, a sus odas de 51 y 57 He aquí unos fragmentos inéditos de una oda a Méjico:

¡Con qué grandiosa majestad ostenta  
de hermosura y poder la doble pompa  
natura aquí, risueña y opulenta!  
En breve espacio abarca  
de opuestas zonas los distintos climas;  
desde la baja tórrida comarca  
que con lengua salobre el ponto adula,  
hasta la alta región en cuyas cimas,  
escoilo a los marinos huracanes,  
coronadas de témpanos de hielo  
llevan hasta las márgenes del cielo  
sus multiformes crestas los volcanes.  
De ellos las aguas límpidas descienden  
que en frescas ondas la planicie inundan:  
las fértiles cañadas do se extienden,  
los anchos valles que al pasar fecundan,  
tapizan flores de carmín y gualda,  
praderas de esmeralda,  
mieses de dulce caña o rubia espiga,  
las plantas todas que en perenne mayo  
el suelo de los trópicos prodiga.

En el lóbrego centro de la tierra,  
opresa en muros de luciente roca  
la rica vena de metal se encierra,  
que la codicia sórdida provoca.

En vano de sus hilos ramifica  
la extensa red del orbe en las entrañas,  
y a resguardarla el tiempo multiplica  
de basalto y de pórvido montañas.

Atrevido, tenaz, sediento de oro,

serán cenizas que el viento  
en remolino violento  
elevatorá al firmamento  
para dejarlas en él.

bárbaro el hombre las taladra o hiende,  
allí busca el magnífico tesoro,  
y con ávidos ojos le sorprende.

Recorre insomne, escualido y desnudo  
la cóncava extensión de aquella tumba,  
que del férreo martillo al golpe rudo  
o al ruido de la pólvora retumba.

Salta el peñasco y vuela con estruendo;  
el agua por las grietas se destaca,  
y entre humeante vapor, del antro horrendo  
la confusión alumbrá antorcha opaca.

Ni peligro, ni sueño, ni fatiga  
arredra al hombre, o su codicia doma;  
y aun salir del sepulcro que le abriga  
duda, si el grave techo se desploma.

Así bajo la inmensa pesadumbre  
tal vez perece en congojoso duelo,  
sin que, al morir, la fugitiva lumbre  
hallen sus ojos del radiante cielo.

De tus vastos confines en lo espeso  
cauteloso deslízase el salvaje:  
de su macana al formidable peso,  
de su traidora flecha al raudó silbo,  
de su alarido al oprobioso ultraje,  
tímidos ya sucumben  
los choznos de los héroes, que a la raza  
bárbara del desierto dominaron  
con la cruz, con la esteva y con la masa.  
Sus términos dilata en tus fronteras,  
precedida de estragos, la barbarie:

los pasos de natura creadora  
no endereza solícito el cultivo;  
robusta, triunfadora,  
se propaga la rústica maleza  
donde antes rubia mies y verde olivo;  
en donde pueblos hubo, hay aspereza  
de escombros sepultados bajo espinas;  
y el áspero nopal torcido crece,  
y el taciturno buho se guarece  
del viejo templo entré las pardas ruinas.  
Mientras en las brumas de hiperbórea playa,  
el pirata del Norte apresta el lino  
de las altivas naos, codicioso  
de amarrar a su remo tu destino.

Vuelve ¡oh México! en tí, que del abismo  
duermes incauta al resbaloso borde;

no más del interés y el egoísmo  
la envenenada copa se desborde.  
El valor, la virtud, el heroísmo  
de tu estirpe recuerda, la alta gloria  
con que del tiempo y del olvido triunfa  
su claro nombre en la severa historia.  
Nunca, yástago real del tronco hispano,  
tu noble origen ni su ejemplo olvides;  
con ánimo y esfuerzo sobrehumano  
el hierro blande en las gloriosas lides;  
y si del hado en el ignoto arcano  
es ley que cedas tras sangrienta lucha  
al número, a la astucia, a la perfidia,  
la voz solemne del honor escucha  
y hasta caer en el sepulcro lidia.

LUIS G. ORTIZ.—No sé cómo hablar a usted de este joven, uno de los mejores talentos de Méjico: pues estando destinada esta carta a formar parte del único libro que debo publicar en este país, los juicios que hago en ella de sus poetas, tienen que ser conocidos por éstos. Ortiz ha dado a luz en 1856 sus poesías en un tomo de 500 páginas; pero ¿cómo juzgar un libro dedicado por el autor a sus padres, en cuatro palabras tier-nísimas que le sirven de prólogo? En él dice: «Planta que he crecido al abrigo de mis padres, yo les consagro como el perfume de la flor, las primeras inspiraciones de mi mente: como los granos de la espiga, los frutos de mi pobre inteligencia. Obro, padre adorado, madre del alma mía, guiado por el impulso de mi corazón, que me manda pagar a quien todo lo debo, un tributo de amor, de respeto y de veneración. Al aparecer mi libro en el mundo literario, vuestros nombres al frente de sus páginas le servirán de escudo contra la maledicencia, y la crítica perdonará los yerros del poeta en favor de los sentimientos del hijo.»

En cuanto a la maledicencia, espero en Dios que jamás se mojará mi pluma en su emponzoñada tinta: por consiguiente Ortiz, como los demás poetas mejicanos, están libres de la mía; por lo que toca a la crítica, tengo para mí que una razonada y amistosa, que advirtiera fraternal y decorosamente a Ortiz los defectos de sus composiciones, haría de él un buen poeta; pero en verdad que no seré yo quien me empeñe en buscar flores silvestres, o mal abiertas todavía, o marchitas ya, en el ramillete sencillo ofrecido a sus padres por su cariño filial. No: yo temo que las observaciones de mi crítica marchiten alguna de estas flores, cuyo olor está destinado a ser ornato de su hogar domés-

tico y a perfumar los corazones amantes de sus padres, ya sean fragantes azucenas, o margaritas inodoras, orgullosas camelias o violetas humildes: no, las espinas que yo encontrara en ellas, punzarían mi corazón. Además, Ortiz me ha dirigido en un convite cuatro bellas estrofas que insertó en su tomo de poesías, y yo me he propuesto hablar muy someramente de las obras de los que elogian las mías o las miran a lo menos con ojos benignos; pero para que no piense usted, mi querido duque, que Ortiz es un niño, cuyas gracias no lo son más que para sus padres, voy a escribir a usted cuatro líneas sobre sus poesías.

Las de Ortiz abrazan dos géneros muy distintos: las unas en el gusto de la escuela clásica y el género pastoril, son buenas; las otras que tienden al gusto moderno de la escuela llamada romántica, como sus leyendas *Luz*, *El Adivino*, etc., son medianas. Su sano instinto le ha hecho comprender que Garcilaso, Rioja y Meléndez eran mejores maestros que Espronceda y que Víctor Hugo, y el estudio de los primeros ha excitado en él una inspiración fresca, graciosa, juvenil y pura, al paso que la lectura de los poetas románticos no le ha inspirado más que copias descoloridas de obras deformes, en versos limpios y sonoros, porque los de Ortiz son generalmente buenos. Ejemplo de su género romántico:

Hubo un tiempo mejor, cuando corría  
 más activa la sangre por mis venas,  
 en que el mundo a mis ojos se extendía  
 cual fuente de placer y ondas serenas,  
 en cuyo borde la ilusión fingía  
 entre mirtos y rosas, y azucenas,  
 vírgenes de alba tez y castas frentes,  
 bellas como las ninfas de las fuentes.

Y en medio de mis sueños de ventura,  
 y en medio de ese edén de frescas flores,  
 una doncella ví cándida y pura,  
 objeto primordial de mis amores.  
 Yo la adoré: con infantil ternura  
 la revelé mis íntimos ardores,  
 y ella a través de su virgíneo velo  
 me hizo ver en la tierra todo un cielo.

Era un ángel de amor: ensortijado,  
 blondo el cabello por su blanca espalda,  
 vagaroso bajaba y perfumado;

su sien ceñía virginal guirnalda,  
 era de nieve el seno delicado;  
 sus formas ocultaba leve falda,  
 que el céfiro amoroso estremecía  
 y entre sus pliegues con amor gemía.

Pasajera ilusión, sueño dichoso,  
 cuyo recuerdo el corazón adora  
 y avaro guarda con afán penoso  
 y el alma triste sin descanso llora.

Todo fué de la noche sueño hermoso  
 que se disipa al despuntar la aurora:  
 sólo fué realidad la horrible pena  
 que de mi ser las horas envenena.

Bello fantasma del placer perdido,  
 fantasma seductor ¿por qué resbalas  
 por mi triste aposento, y suspendido  
 sobre mi lecho, tus brillantes alas  
 ciernes sobre mi frente y un gemido  
 del blanco seno pesaroso exhalas,  
 si cuando voy a consolar tus quejas  
 huyes, te sigo, y sin rumor te alejas?

Más de la mitad de las composiciones que forman su tomo, son de este género, con más o menos incorrecciones, hijas de la inexperiencia y con todos los defectos de la escuela a que pertenecen; pero en cambio, la otra mitad está llena de las bellezas de forma, de dición y de armonía, propias de las producciones del gusto clásico (ya que nos entendemos con estas palabras calificadoras de ambos estilos). Vea usted unas sextinas de la composición que intitula: *Celo*.

No la cantéis, jilgueros;  
brisas, no la toquéis; sol, no la alumbres;  
y vosotros, luceros,  
no os elevéis tampoco de las cumbres;  
llevad vuestras antorchas y fulgores  
a alumbrar otro suelo, otros amores.

¿No tengo de sus ojos  
la suave luz, y el ámbar y el aroma  
de esos sus labios rojos,  
y arrullos con su acento de paloma  
y delicias y amor con su presencia  
que es el divino sol de mi existencia?

Dejadnos nuestros sueños,  
sueños de amor, tiernísimos delirios,  
en que vemos risueños  
cielos de oro y zafir, campos de lirios,  
aves, fuentes y luz, un paraíso  
donde la suerte colocarnos quiso.

### SONETOS

#### A SU RETRATO

Esta es tu imagen, celestial y pura:  
al través de mis lágrimas la veo,  
y cuanto más en ella me recreo,  
más siente el corazón su desventura.

Al contemplar tu lánguida hermosa  
ver tu sonrisa enamorado creo;  
pienso escuchar tu voz ¡vano deseo!...  
¡Oscurece tu faz triste amargura!  
¡Pobres flores de amor! se marchitaron

y han quedado tan sólo los abrojos  
que el triste corazón despedazaron;  
y me queda tan sólo por despojos  
tu imagen, que los años no borrraron,  
ni el triste llanto de mis tristes ojos.

#### ESPERANZA DIVINA

Cruza un desierto el triste peregrino  
entre el aura estival que lo sofoca;  
busca una fuente, un sauce, alguna roca,  
y sólo oye rugir el torbellino...

¡Le amenaza la muerte! En su camino  
el sol lo rinde, y su sedienta boca  
al Dios que adora en su oración invoca,  
y sigue resignado su destino.

De la Santa Ciudad al fin descubre:  
alguna triste y destrozada almena,  
y animada su fe rápido avanza.

Así mi negro porvenir se encubre:  
mas muerte y religión calman mi pena,  
porque al seno de Dios va mi esperanza.

#### A UNA FUENTE

Plácida corre, sonora fuente,  
bañando amante la feraz campiña,  
y retraten tus linfas de la viña  
el dulce fruto y el verdor luciente.

Festiva en tus orillas apacente  
blancas ovejas, mi preciosa niña.  
Y el bello Abril con amaranto ciña  
los arbustos que besa tu corriente.

Y si Elmira al murmurio de tus ondas  
se aduerme al pie del abedul frondoso  
pronunciando mi nombre, no respondas;

repite sólo mi cantar penoso:  
y si refresca en ti sus trenzas blondas,  
guárdame en tu cristal su rostro hermoso.

#### LAS GOLONDRINAS

Salud, salud, aligeras viajeras,  
amantes tiernas del abril florido,  
que cruzáis sobre el lago adormecido  
de la estación de amores mensajeras.

No abandonéis, ¡oh amigas! las riberas  
que cuando niño recorrí embebido;  
suspended en mi techo vuestro nido,  
y amorosas cantad, aves parleras.

Cantad, cantad entre las bellas flores  
que coronan sencillas mi ventana,  
y me haréis olvidar de mis dolores.

Arrulladme en mi lecho en la mañana  
mientras sueño con Laura y sus amores,  
dulces amores de mi edad temprana.

No más con los diamantes de Golconda  
ni las perlas de Ofir, ciñas tu frente,  
ni de Italia la gasa trasparente  
quieras que el cuello angelical te esconda.  
¿Qué ha menester tu cabellera blonda  
que en hilos de oro desparció el ambiente,  
ni la luz de sus ojos, más ardiente  
que el sol que nace iluminando el onda?

Deja esas joyas, que a tu faz divina  
¡cuánto más sientan los claveles rojos  
ceñidos en tu frente alabastrina!

Que ante tu luz, aunque les cause enojos,  
son los diamantes, Leila peregrina,  
sólo destellos de tus lindos ojos.

Me parecen hartas citas de Ortiz para que comprenda usted, mi buen duque, su talento, y el género y valor de sus poesías. En un solo defecto de ellas me pararé un momento, porque sólo mis correcciones pueden librar de él a su joven autor. Ortiz cae continuamente en el error de imitarme, ya porque me tome a sabiendas por modelo, ya porque llevado de la preferencia que dé en su juicio a mis obras, las imite sin apercibirse de ello. Desdichadamente para mí y para mis imitadores, mis obras deben su reputación y la boga que han adquirido entre el vulgo, no a su mérito positivo, sino al favor de la fortuna loca, a la época revuelta y descarriada en la cual empecé a darlas a luz, y a la asiduidad y rapidez con que las produjo en mis primeros años. El oropel del ropaje con el cual están vestidas, es tan débil y falso como brillante, y no puede ser tomado para vestir otras: porque al querer arrancarle de las mías se desgarran por su propia fragilidad. Ortiz se ha dejado seducir por el sonsonete, muchas veces vacío de sentido, y por la palabrería sonora de mis *orientales* y de mis *serenatas*, composiciones que generalmente no son más que *música celestial*; y es lástima que poetas como él, que tienen talento propio, imiten a nadie más que a los grandes maestros clásicos. El placer que me ha procurado el examen de las poesías de Ortiz, me ha hecho cobrarle cariño y estimación: y le hago aquí esta advertencia, porque sentiría verle algún día confundido entre los muchos poetas que parodian las obras ajenas sin comprenderlas, y después

de haber echado a perder un género cualquiera de composición, se quedan tan satisfechos creyendo que ellos le inventaron, o le mejoraron cuando menos. Ortiz es un ingenio valioso por sí mismo que no necesita de valor prestado: y cuando pierda las ilusiones juveniles, cuando se familiarice con los buenos estudios y con las dificultades de la práctica, puede llegar a ser uno de los primeros poetas mexicanos. Por desgracia, sus versos, cuanto mejores sean, no lograrán probablemente más recompensa que el aprecio de algunos pocos de sus compatriotas concededores y entusiastas por la gloria de su país, y el elogio estéril de algún extranjero de buena fe, que como yo se complazca en animar a la juventud al cultivo de las bellas letras.

MARCOS ARRONIZ.—Joven apasionado, entusiasta y melancólico, cuya historia y la de su poesía se encierran en la siguiente octava que Ortiz le dirige en una de sus composiciones:

Tú que has llorado la ilusión perdida,  
tú, que de una mujer frágil formaste  
una deidad, y cuyos pies rendida  
pusiste el alma, y con amor quemaste  
incienso puro, y que tu edad florida  
ante su bello altar sacrificaste,  
y que al ceñir tu sien con tu guirnalda  
ingrata y falsa te volvió la espalda.

Arróniz consagra toda su poesía a un recuerdo triste, torcedor eterno de su memoria, a un sentimiento enamorado, morador eterno de su corazón. Sus versos, como suspiros de una pasión tan verdadera como desgraciada, participan del desarreglo de sus pensamientos ya tiernos, ya melancólicos, ya desesperados, siendo a veces incorrectos, a veces robustos y armoniosos, a veces duros e incisivos, como su idea del momento se los inspira. Yo debí de escribir el prólogo de un volumen que de ellos pensó publicar; pero las revoluciones políticas y el aislamiento en que yo vivo en el campo, nos separaron: el manuscrito de su volumen no llegó a mis manos y no conociendo yo todas sus producciones y considerándome en la obligación de escribir más detenidamente sobre ellas, me abstengo de formular más razonadamente mi juicio hasta mejor ocasión.

FRANCISCO GONZÁLEZ BOCANEGRA.—Autor de un drama caballeresco, intitulado *Vasco Núñez de Balboa* y de varias composiciones líricas, que aún no han sido reunidas en colección. Las más notables son un *Himno nacional*, *El bautismo de mi hija* y *Juventud*, escritas con sentimiento y filosofía, en versos bien contruidos. Su *Vasco Núñez*, es un drama que pertenece a la escuela moderna, vaciado en el molde de los de García Gutiérrez y de mis dramas históricos: su plan está bien combinado, pero conducido a su fin con demasiada lentitud, a causa de la versificación más lírica que dramática,

que entorpece sus diálogos; sus personajes se entretienen continuamente en monólogos y trozos de versos demasiado largos, que sólo pueden tolerarse en una versificación excelente, declamada por excelentes actores y escuchada por un público literato. A Bocanegra me arriesgo a aconsejarle lo mismo que a Ortiz, que huya cuanto pueda de imitar mis escritos. García Gutiérrez y yo somos excesivamente andaluces en nuestros dramas históricos y caballerescos, y mi *Rey don Pedro*, mi *Sancho García* y mi *Don Juan Tenorio* dicen votos, juramentos y baladronadas inútiles a cada paso, en versos campanudos y rimbombantes que alucinan al vulgo, pero que dan a aquellos personajes un aire de perdonavidas que hace sonreír a los espectadores sensatos. De este defecto adolece el drama de Bocanegra: yo me creo en la obligación de advertírselo, porque he sido el introductor de este mal gusto en la escena española, y me pesa de ello. Hoy que viene al caso lo confieso y me lo echo en cara, porque esta confesión puede redundar en provecho de la juventud que se dedica a la poesía dramática; y lo hago, además, de mi propia voluntad y de buena fe, porque el verdadero valor y la verdadera dignidad de carácter, no consisten en sostener ciega y tenazmente nuestros errores, sino en reconocerlos oportunamente y en confesarlos con sinceridad.

PANTALEÓN TOVAR.—Periodista y poeta dramático. Ha dado al teatro varios dramas originales, en verso, de costumbres sociales modernas; en cada uno de ellos pretende exponer y corregir algún vicio de los que corrompen nuestra sociedad y en todos es la protagonista una mujer de virtud heroica que se sacrifica por algún sentimiento noble. El mayor mérito de los dramas de Tovar consiste que no pertenecen precisamente a un género determinado, ni imita en ellos servilmente a ningún autor; procura estudiar los caracteres de sus personajes en la misma sociedad, los pinta como los ve y los concibe y los hace hablar como más conveniente le parece. Su versificación es floja y descuidada; pero la falta de riqueza y de fuerza en su expresión, está suplida por Tovar con la verdad y el valor de las situaciones y con la concisión brusca de sus palabras, que expresan claramente sus ideas un tanto atrevidas e innovadoras. La circunstancia más recomendable de Tovar y de los pocos poetas dramáticos de este país, es la fe heroica con que presentan sus obras en la escena sin esperanza de recompensa de ninguna especie; porque además de que rara vez producen éstas a sus autores más que una cantidad miserable y algunas humillaciones, está siempre expuesto su mérito a ser juzgado por razones completamente extrañas a su valor literario: como las opiniones políticas del autor, sus antecedentes sociales, la mayor o menor simpatía del público por las empresas o los actores, la competencia de dos teatros y otras mil causas semejantes. Agregue usted a esto que no habiendo en México casas abiertas a diaria sociedad, es decir, familias que tengan costumbre de dar periódicamente convites, saraos y conciertos como en nuestras capitales, y siendo los únicos puntos de reunión un paseo y el teatro, el público que asiste a éste va a él más dispuesto a ocuparse de la sociedad que del espectáculo de modo que puede asegurarse que de quinientas personas que formen el público, las

trescientas cincuenta salen del coliseo sin saber lo que en él se acaba de representar; y, sin embargo, este público no sufre apenas tres representaciones de ninguna obra, como no sea de la *Pata de cabra* o de mi *Don Juan Tenorio*: obras cuyos exóticos desatinos divierten a la multitud; así es que las empresas, que no sacan gran producto de obras que apenas pueden repetirse tres o cuatro veces en el año cómico, no pueden tampoco emplear gran capital en el pago de sus manuscritos. Más: no hay editor que se ocupe de reunir un repertorio de las obras escénicas de los poetas mexicanos; por consiguiente, estas obras son desconocidas para el público de la capital que no va al teatro y para el de los Estados y poblaciones en donde no le hay; por la cual estas obras no adquieren reputación y no trae ventaja a sus autores imprimirlas por su cuenta; Tovar, que imprimió la suya, *Una deshonra sublime*, vendió de ella diecisiete ejemplares, a pesar de haber sido recibida con aplauso en su representación. Bajo estas condiciones dan al teatro sus obras los poetas dramáticos con la fe sublime de los mártires, pero sin la esperanza consoladora de ganar con ella el paraíso de una reputación en su país. Las obras dramáticas de Tovar, son: *La Catedral de México*, *Los hijos de H. Cortés*, *Una deshonra sublime*, *¿Y para qué?* y *La gloria del dolor*. Pero siendo Tovar amigo mío y habiéndome dedicado algunos versos, me abstengo de analizar más detenidamente sus obras y de añadir algunos elogios que merecerían de mi pluma.

FLORENCIO MARÍA DEL CASTILLO.—Novelista del género de Balzac; sus escritos son de agradabilísima lectura, porque los argumentos de sus novelas, impregnados de amor y de sentimiento, están desarrollados con una delicadeza que enamora y saturados de fantástica poesía. Amigo de analizar los sentimientos y las pasiones del corazón humano, filosofa y moraliza sobre ellos con una extensión y detenimiento que no cansan, y sus digresiones y razonamientos contribuyen a dar gran claridad a la explanación de sus teorías analizadoras y de sus concepciones fantásticas y espirituales. Los caracteres de sus amantes están suave y delicadamente delineados; especialmente los de sus mujeres, cuyos retratos se complace en acabar y pulir con la paciencia y perfección de un miniaturista. Su lenguaje es claro y sencillo, aunque no siempre correcto; pero el estilo, la dición y la forma de sus novelas llevan ese *no sé qué* que caracteriza las obras del talento con su sello particular. La mejor novela de Castillo es su *Hermana de los ángeles*, en la cual están hechas con el escápel de un anatómico, la disección y separación del amor espiritual y de la pasión carnal: aquel amor puro, sublime, íntimo, emanación de la Divinidad, dote exclusivo del alma humana, y de aquel apetito grosero, instinto animal, atracción material de un sapo hacia el otro, que viven al par en el corazón del hombre; disección y separación hechas por Castillo con la destreza de un hábil operador, limpia y castamente, sin que pueda el pudor ofenderse de presenciar tan difícil operación. Desgraciadamente para Castillo, el género de Balzac, como el de Hoffmann, está expuesto a ser poco comprendido por la generalidad de los lectores; y los partidarios de la moderna escuela pueden encontrar bello, nuevo, poético y sublime lo que los de la escuela

antigua pueden tener por extravagante y absurdo; pero de todos modos, Castillo está en camino de llegar a ser una especialidad literaria, que será doloroso que se ahogue en el mar revuelto de la política.

30. JUAN DÍAZ COVARRUBIAS.—Este joven acaba de dar a luz un tomito de poesías, las cuales no analizo porque me ha hecho el honor de dedicarme su publicación en una carta-prólogo con que la encabeza. Algún periódico, quisquillosamente patriota, le ha echado en cara el habérsela dedicado a un *gachupín* y no a un mexicano; positivamente la ofrenda de Covarrubias hubiera estado mejor hecha a un ingenio mexicano; pero seguramente no hubiera sido mejor agradecida que por un español. Covarrubias es todavía muy joven; su rica y exaltada imaginación, sus ilusiones vírgenes y sus esperanzas juveniles, inclinan su gusto hacia la escuela romántica: nadie puede forzar al tiempo, ni pensar en su juventud como en su edad madura; el tiempo y la experiencia conducirán a mejor camino el talento de Covarrubias, cuya fe en el porvenir es inmensa y cuya constancia en el estudio es tenaz e inalterable; y con fe y constancia se logra todo. Covarrubias es una de las plantas de buena esperanza del vergel literario mexicano; siento que el sistema que me he propuesto seguir en esta obra, no me permita hablar más detenidamente de él y de las suyas; pero aprovecharé la oportunidad de hablar a usted de su padre, don José de Jesús Díaz, a quien olvidé contar en el número de los poetas muertos después de la independencia.

31. DÍAZ.—Diputado a varias legislaturas de Veracruz y secretario del Gobierno de aquel Estado, comenzó a publicar sus versos en aquella ciudad. La mayor parte de sus composiciones pertenecen al gusto clásico, y revelan el estudio de nuestros buenos poetas; la lectura de sus romances históricos de usted, le inspiró posteriormente sus romances y leyendas sobre argumentos nacionales y patrióticos, dotados de notables bellezas en el género descriptivo, y algunos cuadros de costumbres trazados con mano firme. Las poesías de Díaz son ricas de verdad y de sentimiento, porque se inspiró en el estudio de la naturaleza y del corazón humano; pero su versificación es, en general, incorrecta y falta de armonía, por dejarse llevar de la pronunciación viciosa y de la mala prosodia mexicana. La impresión de sus poesías ha sido dos veces interrumpida por las revueltas políticas, y parece sujeta a la influencia adversa de una fatalidad: pues hasta un periódico político jalapeño, que comenzó a publicarlas en su folletín, murió a los pocos meses de su existencia sin haberlas podido concluir. Díaz, buen ciudadano y empleado íntegro, conservando hasta el fin su carácter dulce, moderado y religioso, víctima de las persecuciones políticas de partido, que le obligaron a abandonar el Estado de Veracruz, murió pobre, pero estimado, en Puebla en 1845. Sus hijos me honran con su amistad y yo me complazco en hallar una ocasión de pagar mi justo tributo al talento y la virtud del padre, consagrando estas breves líneas a su memoria.

32. GUILLERMO PRIETO.—El poeta mexicano de más inspiración y de vuelo más vigoroso en los arranques de su genio poético. Inculito, incorrecto, desaliñado; a veces subli-

me, a veces rastrero; remontándose a veces como el águila, rasando a veces el polvo como la golondrina; sin paciencia para llevar a cabo obras de largo aliento, desparramando sobre el papel sus pensamientos sin curarse de sus palabras, sin corregir jamás sus manuscritos, siembra en todas sus composiciones bellezas de primer orden, entre faltas de lenguaje, de versificación y de ortografía. Amante sincero de su patria, apegado con delicia a sus costumbres, adorador entusiasta de sus tipos nacionales, ha elegido mil veces los argumentos de sus cantares en los caracteres y costumbres del bajo pueblo, revisiéndolos con una poesía fresca, espontánea, bulliciosa, desordenada, como el carácter de su nación y como la inspiración excéntrica y el genio medio salvaje con que los canta. Los defectos de las poesías de Prieto las son necesariamente inherentes: y son excusables en él, en razón de la manera y la situación que se las han hecho producir; porque Prieto, obligado a sacar de su talento el mayor partido posible para acudir a su subsistencia, ha brotado sus escritos en las agonías de la escasez, o en la lobreguez prosaica de una oficina, o con la premura de llenar con ellos las columnas de un periódico, para satisfacer las exigencias de su impresor o de sus suscriptores; así es que su pluma se ha ensayado en todos los géneros de cortas dimensiones, según las urgencias del momento; a pesar de lo cual, no hay una sola de sus poesías en las cuales su genio no se revele de repente, en algunas estrofas notables o excelentes por su invención, por su originalidad, por su inspiración o por su sentimiento. Así dice en una canción de su María:

Era purísima nube  
que del aura al suave halago  
sale del límpido lago  
y reluce con el sol;  
del desierto de mi vida  
era sombreadora palma,  
era el ídolo de mi alma,  
era mi primer amor.

Era un sueño realizado  
que formó el anhelo mío;  
bañaba como un rocío  
de júbilo el corazón.  
Era una aurora de dicha  
tras noches mil de tormento,  
era mi primer contento,  
era mi primer amor.  
Dios, de mi orfandad doliente  
miró el luto, sintió el duelo,

y un arcángel de su cielo  
en ti, adorada, me envió.  
Era el astro que alumbraba  
mi mezquina inteligencia,  
era el sol de mi existencia,  
era mi primer amor.

Como dos aves cruzamos  
del mar del mundo el desierto:  
un faro brilla en el puerto,  
le enciende la religión.  
Cuando muera, a vuestra madre,  
hijos, mirad con ternura:  
porque es mi bien, mi ventura,  
porque es mi primer amor.

Recordad a vuestro padre  
que con llanto de contento,  
con vuestro primer aliento  
delicias mil respiró;

y si amaren mi memoria, | diciendo: era su María,  
 que te miren, ¡vida mía!, | era su primer amor.

El corazón de Prieto, abierto siempre a todos los sentimientos tiernos y encerrado en un cuerpo notablemente nervioso, se afecta profundamente como la sensitiva con las más ligeras impresiones exteriores; una despedida, una fausta noticia repentina, un espectáculo inesperado, una música brillante, un dicho oportuno e ingenioso, arrancan aplausos de sus manos y lágrimas de sus ojos, lo cual le pone en ridículo a los de los tontos, pero avalora la virgen sensibilidad de su alma a los de los que, saturados de las amarguras y desengaños de la vida, envidiamos la candidez infantil que conservan algunos corazones a través del tiempo y de la desgracia. Prieto escribe con una ingenuidad espontánea las ideas que le ocurren, en el lenguaje que le parece más cercano de la verdad, y dice generalmente las cosas como las siente; y ya sabe usted que los poetas de inspiración sienten siempre lo que dicen en el momento que lo dicen, aunque hablen contra sus mismas opiniones; porque su inspiración coloca su alma en la situación que requiere el asunto que les inspira; y esta flexibilidad es lo que constituye la originalidad de los verdaderos poetas, y Prieto es uno. En el *Museo mexicano* escribió bajo el pseudónimo de FIDEL artículos de costumbres, de viajes, de crítica y de historia, y algunas leyendas, en una prosa incorrecta, es verdad, pero llena de ligereza, sentimiento y picante verbosidad. Adherido al partido liberal, ha tenido que pasar por todas las vicisitudes políticas del país, ya desterrado, ya en el poder, ya aplaudido, ya vituperado, ya en la pobreza, ya en la holgura. Su talento y la popularidad que con él conquistó, le han elevado a un ministerio desde la oscuridad de una oficina; pero ni el favor de la fortuna, ni los cambios de su posición social, han podido cambiar ni su genio ni su individuo. Enemigo de toda especie de etiqueta y de ceremonia, trata los más arduos negocios con la misma llaneza y volubilidad con que escribe sus versos y conversa con sus amigos. Este carácter de Prieto ha valido a sus obras literarias, a sus acciones políticas y a su conducta social, críticas agrias, sátiras burlescas e invectivas de todas especies por parte de sus enemigos e sus detractores, lo cual le ha atraído asimismo elogios exagerados y partidarios acérrimos; prueba infalible de que tiene positivo talento y verdadero mérito, porque los tontos jamás llegan a tener detractores ni apasionados, y sólo se habla muy mal de quien se envidia mucho bien. Prieto no ha reunido todavía sus obras en colección, y es preciso para conocerlas andarlas buscando por los periódicos y las librerías en donde se dieron a luz; pero es acaso el poeta más popular, y en mi juicio, el que más merece el nombre de tal. Si sus obras le hubieran podido procurar una posición independiente, como a nosotros en Europa, a estas horas admiraríamos la fecundidad y la corrección de Prieto, que hubiera ido ganando en perfección, conforme hubiera visto crecer la utilidad y reputación de sus escritos; pero la mayor parte de sus obras son de *pane lucrando*, y obligado como todos a engolfarse en el piélago de la política y de las

negocios, no ha tenido tiempo, o valor y tenacidad, para emprender una obra de dimensiones, digna de su genio y de su reputación. Prieto merece ser considerado como el primer poeta mexicano: porque además de que las composiciones hechas por él en calma y por inspiración libre, sin necesidad de ganar con ellas o llenar con sus versos las columnas de algún periódico, son de lo mejor que se ha escrito en la República, es el poeta de más aspiraciones nacionales, y el que canta la hermosura, la gloria y las costumbres de su patria con más entusiasmo y con más verdad. Es lástima que en alguna de sus composiciones se ensañe contra nuestra nación, por halagar las opiniones del vulgo, y que se rebaje a brindar y hacer discursos en los festines populares, pagándose tal vez de los aplausos de la multitud y de una popularidad tan pasajera, acordada la mayor parte de las veces por un auditorio iliterato e incompetente. El verdadero talento no debe nunca vulgarizarse: el verdadero genio avasalla siempre a su siglo, y cuando el suyo no le comprende o no le hace justicia, la posteridad le vindica siempre. El sistema que me he propuesto seguir, y los cortos límites en los cuales debo encerrarme, me imposibilitan para hacer un juicio detenido de Prieto y de sus escritos: porque creo en conciencia que merecen ser conocidos de todos los aficionados a las bellas letras; pero habiendo Prieto saludado mi llegada a esta República en una bella poesía, que no cito aquí, no por modestia, sino porque ya la ha visto usted en los periódicos, mi querido duque, se encuentra Prieto en el mismo caso que otros de cuyas obras he suprimido a usted el análisis. Más adelante, y cuando ya esté fuera de la República, espero tener ocasión de probar a Prieto y a estos otros, que mi cualidad de español no puede impedirme jamás el reconocer, admirar y hacer justicia a su talento.

He aquí dos muestras de las poesías de Prieto:

### EL TÚNICO Y EL ZAGALEJO

La del cabelló encrespado,  
la de delgada cintura,  
la de sagaz travesura  
en el mirar seductor...  
La linda china poblana,  
más linda que las estrellas,  
¿quién quitó a sus formas bellas  
el insurgente castor?  
¿Quién la pérfida camisa  
que con descote alarmante  
era el cielo del amante  
y era anuncio del calor?  
¿Por qué en estrecho corpiño

tu libre talle se encierra?

¿Quién, sacrilego, destierra  
las enaguas de castor?

Era un bello firmamento  
de lentejuela de plata,  
era el manto de escarlata  
de las reinas del amor...

Era la china garbosa,  
la linda china poblana  
sobre la nube de grana  
de su enagua de castor.

¿Quién es esa mustia chica?  
¿Es vestido o es sotana?  
¿Es corpiño, o es aduana  
esa parte superior?

¡Maldita moda, maldita!

Rompan el corpiño, chinas,  
les va a dar unas anginas;  
venga el hermoso castor.

Use el túnico gazmoño  
sedentaria costurera...

O cuidadosa severa  
de celoso solterón...

Use el túnico el gran tono  
todo flaquezas y huesos,  
y revivan los traviesos  
zagalejos de castor.

Por Dios ¿quién sufre un embudo  
de lienzo? ¡Una linda china  
a quien el cielo destina  
al aire libre, al amor!

Esa cárcel de mangote  
que sirva a la aristocracia;  
pero a las chinas la gracia  
y la enagua de castor.

Ondas de púrpura ardiente  
los zagalejos formaban:  
con los vaivenes brillaban  
como la mar con el sol.

Hoy tétrica muselina  
echó al piececito un velo.  
¡Por Dios! que nos dé consuelo  
el regreso del castor.

En buena hora los telones  
para la pata extranjera,  
y una lancha cañonera  
para cada pie invasor...

Mas que bañe la luz pura  
los encantos soberanos  
de los piecitos poblanos  
por la enagua de castor.

¡Qué linda era una garganta  
de contornos celestiales

entre perlas y corales...  
proclamando insurrección!

¿Por qué un rostro peregrino  
sobre un saco penitente?

Vístase como la gente  
con la enagua de castor.

¿Y quién se arriesga a un jarabe,  
franco, resuelto, exabrupto,  
con un acólito enjuto  
de peineta y pañuelón?

¿Quién admira un zapato  
oculto entre bastidores?

¡Muera el túnico, señores!

¡Viva el garboso castor!

Quitad al cielo las nubes  
y a la mar su blanca espuma,  
quitad al ave la pluma  
y al sol su rico esplendor...

Mas si queréis que no emigre  
al Japón o a Palestina,  
que vuelva la hermosa china  
a su enagua de castor.

Túnico a las forlipoñas  
que hasta su instinto contienen,  
y en el baile van y vienen...  
Y andan de orden superior.

La china toda es franqueza,  
no es de bretañas archivo,  
que luce lo positivo:  
vuelva el querido castor.

¿Quién diablo sufre esas caras  
como en un confesonario  
dentro un gorro estafalarío  
con paredes de cartón?

¿Quién sufre esas tiasas golas  
que son hoy de moda artículo,  
y el miriñac y el ridiculo?...  
No, no, que vuelva el castor.

Vuelva el castor y el jaleo,

que es de placeres tesoro,  
la banda de flecos de oro  
y el dengue alborotador...  
Y al rasgar la jaranita  
sus canciones subversivas,  
pueblen el aire mil vivas  
por el triunfo del castor.

### ORGULLO Y MISERIA

¡Paso!... se lanza en raudo remolino  
de huracán y de llama  
mi espíritu inmortal: el ser divino  
que mi existencia inflama!

Como un sol reverbera el pensamiento,  
y tiende su ala, y mi existir sublima,  
y grita audaz: «el universo es mío»,  
imperando soberbio en el vacío!

¡Divina esencia! El universo inmenso  
con su corona de astros inmortales,  
es burbuja invisible concebida  
del poder del Eterno en los raudales,  
en su infinito manantial de vida.

¿Do está su valladar? El ancho cielo  
que en urna de cristal guarda la tierra,  
es el grosero velo  
que oculta astros sin fin, mundos sin cuen-

[to:

que en torrentes de luz y de armonía,  
que en sublime concerto,  
que en sempiterno día  
borran nuestro esplendente firmamento,  
que último esfuerzo del poder divino  
creyó la fantasía...

Así inundado en mágica grandeza  
¿hay algo más allá? gritó el orgullo  
levantando altanero su cabeza,  
y otro horizonte rompe su capullo,  
y otros cielos sin fin, y ardientes soles

a la vista abismada reverberan;  
y como depositan en la playa  
las olas sus arenas a millares,  
así despide el foco de la vida  
radiantes luminares,  
nidos de inteligentes criaturas  
que prorrumpen en cánticos de gloria  
al Dios de las alturas.

¿Hay algo más allá? Y en torbellino  
de nuevos seres se confunde el alma,  
como débil sonido  
entre fragor de tempestad perdido:  
como el átomo errante  
al resoplar el huracán pujante.

Así se pierde, al éxtasis se entrega:  
como un insecto en medio de los mares  
a la creación sublime  
contempla que en su torno se despliega.

¡Alma de la creación! Cuando del seno  
de tu poder salía,  
como del centro de la nube de oro  
tras la tiniebla el luminar del día,  
al himno de los pájaros cantores,  
al hossana soberbio de los mares,  
al brotar los fulgentes luminares,  
al volar el incienso de las flores,  
al proclamarte en su estampido el trueno,  
al ensalzar ¡oh Dios Omnipotente,  
retumbando magnífico el torrente  
tu misterioso nombre!...

Dijiste: nazca el hombre  
y con tu luz resplandeció su frente...

Hijo de Dios, arcángel humanado,  
espíritu inmortal, goza tu herencia,  
el verde campo y sus espigas de oro;  
la flor de seda con su dulce esencia,  
el duro pedernal con su tesoro;  
el mar inmenso con sus hondas bellas,  
el ave y el reptil que esmalta el suelo,

y el magnífico cielo  
con su dosel espléndido de estrellas;

Le gozaste a su mágico embeleso  
te adormecistes ebrio de ventura,  
y te sacó del sueño la hermosa  
al blando tacto de su ardiente beso.

Brotó el sol de su vasta inteligencia  
y todo lo alumbró; domó los mares  
con inseguro leño,  
en globo frágil lo miró el vacío,  
y sumiso a sus pies repitió el viento  
su poderoso acento  
al exclamar: «el universo es mío».

En el grano del ámbar su secreto  
le arranca el rayo; su poder quebranta,  
y ese monstruo dellama, horror del viento,  
dócil se humilla a su soberbia planta;  
dice el hombre: «serás mi confidente,  
lleva mi pensamiento en raudo vuelo».  
Tiende su hilo el telégrafo obediente,  
y vuela la palabra inteligente  
en el rayo del cielo...

¡Hijo de Dios! Alcázar de su gloria,  
¿podré considerarte vil gusano  
y lodo ruin, y miserable escoria,  
presa de crimen, fuente de pasiones  
y de los tuyos víctima o tirano?

¿Nos dirá ese huracán cuando retumba,  
nos dirán esos astros con su lumbré:  
Esta es arca de cieno y podredumbre...

*El fin de los mortales es la tumba?*

¿Quién fué ese Dios que se gozó en su  
[hechura

No puedo extenderme más, mi querido Duque. La materia es tan larga cuanto breve el espacio en que debo encerrarla; el libro en el cual ha de incluirse esta carta no debía de llegar a quinientas páginas, y ya pasa de ellas; aquí suspendo, pues, mi correspondencia, y las noticias de otros muchos poetas mexicanos, cuyos nombres me limitaré a citar por ahora: como Zarco, acaso el solo que ha hecho del periodismo su profesión; talento

para decirle atroz: «te doy la ciencia,  
lleva el veneno de la horrible duda?  
Encenderé en tu mente el pensamiento;  
pero entre nubes torcerá su giro,  
será pérfida luz que te extravié,  
falso imán que del rumbo te desvíe;  
Será efímera estrella

que seguirás con ambiciosa huella  
entre abismos sin fin, y en fugaz vuelo  
se perderá en el cielo...

Tu poder fué irrisión, fué honda ironía  
formar el mundo y encender el día  
al proclamarte el Dios, el grande, el fuer-

Tu promesa, implacable desmentía  
la mano de esqueleto de la muerte...

¡Blasfemo delirar, atroz mentira  
que robó al templo el ornamento de oro,  
y que sembrando decepción y lloro  
contra la triste humanidad conspira.

¡Grande inmortalidad! Tú vindicaste  
al hombre ¡hijo de Dios! tú le mostraste  
sin dardos de venganza:

tú, divino, en la tumba iluminaste  
la seductora faz de la esperanzal

¡Grande inmortalidad, creencia querida,  
vuelo del alma, amparo de la suerte!  
Tú convertiste el antro de la muerte  
en senda hermosa de la eterna vida.

Tú a la muerte tornaste en ángel tierno  
que el alma al separar de la materia,  
dice al mortal... *mentira es tu miseria*  
y conduce su espíritu al Eterno.

infatigable para ese trabajo sofocador de escribir uno o dos artículos diarios sobre todos los asuntos posibles: trabajo capaz de secar el cerebro de más jugo y de agotar los recursos de la más fecunda inteligencia, y para el cual Zarco no tiene rival en México; Roa Bárcena, periodista, crítico y poeta, cuya colaboración es perpetua en los periódicos; Argüelles, editor, y poeta tan de la escuela clásica, que es de los que pretenden sostener en castellano la prosodia latina, haciendo versos hexámetros españoles, con los cuales ya que no cobre popularidad, prueba al menos erudición; Antonio María Romero, escultor y poeta, cuyas poesías comienzan hoy a publicarse: las poetisas Dolores Cándamo de Roa y Dolores Guerrero, cuyas composiciones engalanan alguna vez las columnas de los diarios, de cuyas plumas he tenido el honor de recibir algunas estrofas, a cuya libsonjera galantería me tendré por agradecido mientras viviere; Juan Valle, poeta ciego a quien tiene su familia de leer los versos ajenos y escribir los que su ingenio produce; J. González, mozo de instrucción, dado al estudio, buen versificador castellano y conocedor de los clásicos extranjeros, y de quien pronto verán la luz las poesías; Cuéllar, Ordóñez, y otros varios, de quienes no me ha sido fácil adquirir todas las obras, por andar esparcidas por los periódicos.

Por el epígrafe del núm. II de esta carta (Literatura y Artes) habrá usted colegido que también era mi intento dar a usted mi parecer sobre el estado de las artes en México; pero tengo que dejarlas para mejor ocasión, con otras muchas cosas de las cuales quería dar a usted cuenta, porque le probarían a usted patentemente que, a pesar del atraso en que no puede menos de mantener a México en ciertos ramos su turbulenta situación política, encierra en sí gérmenes positivos de civilización y cultura, que fermentan bajo la influencia fecundadora del espíritu irresistible de progreso de nuestro siglo. Tales son por ejemplo: la Academia Nacional de San Carlos, cuyo fin es la enseñanza y cultivo de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, que mantiene abiertas de ellas cátedras gratuitas, con profesores extranjeros bien retribuidos y discípulos pensionados en Roma. Esta Academia fué fundada en 1781 por don Fernando Mangino, Ministro del Supremo Consejo de Indias, y Superintendente de Hacienda y de la Moneada del virreinato de Nueva España, dotándola de rentas suficientes para subvenir a todos sus gastos; y en verdad que por la tal fundación merece el tal Mangino bien de su patria, memoria honrosa y perpetua en las páginas de su historia y agradecimiento eterno de la posteridad mexicana. La Sociedad de geografía y estadística, la Academia de medicina y cirugía, que publican, aquélla un boletín mensual y ésta un periódico semanal; la Escuela de agricultura; la Academia de la Historia y la sociedad de beneficencia, que viste, alimenta y educa a miles de muchachos sin más fondos que las suscripciones y ofrendas voluntarias. De todo esto, y de mucho más, tenía pensado hablar en el libro en el cual incluyo esta carta; porque el preconizar y dar publicidad a lo bueno que encuentra en los países por donde viaja, es el único bien y el mejor obsequio que puede hacerles aquel que habiendo adquirido una reputación, tiene muchos que lean lo que

escribe y presten fe a sus palabras; pero, falto ya de espacio, no me queda más remedio, que coartar a pesar mío los buenos intentos de mi voluntad.

## IV

Después de leer estas apuntaciones, si Dios le ha dado a usted paciencia para ello, es posible, mi querido Duque, que le haya ocurrido a usted hacer la observación de que yo he encontrado en México muy poco malo para tanto bueno, al contrario que Lowestern y Chevalier, que hallaron tan poco bueno para tanto malo; acaso dirá usted que la reseña que le envié de su tierra, de sus habitantes, de sus costumbres y sobre todo de sus poetas, más es panegírico encomiástico que juicio imparcial: puesto que no apunta nada defectuoso y digno de crítica, sin traer al canto una disculpa para ello; conducta tanto más rara cuanto más cosquillosas y exaltadas andan hoy las *susceptibilidades* nacionales, con las circunstancias políticas de éste y de nuestro país. A esta observación le responderé a usted en primer lugar: que yo no soy de los que van a la casa ajena a ver lo que hallan que criticar, para dar a entender que tienen mejor gobernada la suya, ni acepto la hospitalidad obsequiosa de un extranjero, para intimar con él, enterarme de sus secretos y sacarlos después villanamente a relucir en un libro, como han hecho en todos tiempos muchos escritores que han preferido hablar mal de todo en sus escritos, calculando que su libro haría más fortuna halagando las ruines pasiones que producen y nutren la maledicencia en los corazones de los más, que no hablar de todo con cortesía y benevolencia, halagando solamente el recto juicio y la moderación de los menos. En segundo lugar: yo pertenezco a una nación, en la cual nos sucede con los escritores extranjeros punto menos que lo que a los mexicanos en la suya; y si no ahí están Dumas, Roger de Beauvoir, Teophile Gautier y otros muchos, que nos han puesto como nuevos; pero yo no soy de los que dicen: «da, que vienen dando»; y no porque otros nos traten mal me propongo desquitarme tratando mal a los demás: porque con semejante sistema no acabaremos nunca de conocernos unos a otros. Alguno ha de empezar a probar que nosotros estamos avanzados en civilización y conservamos nuestro antiguo espíritu caballeresco hasta el punto de hacer justicia a los mismos que no nos la hacen, y yo me honraría con ser ese *alguno*, porque en vano pretenderemos que nos tengan en más que al vulgo a los que nos dedicamos a las letras, si continuamos en la vulgaridad de halagar con nuestros escritos las pasiones villanas, los odios de partido, las aversiones nacionales, el orgullo de raza, las preocupaciones, en fin, del vulgo, de todos los pueblos, y la torcida política de muchos de sus gobiernos, que son los mayores diques que se oponen al progreso de la civilización y fraternidad universales. La misión del escritor, y especialmente la del poeta, es eminentemente civilizadora; y ellos son los que deben decir y hacer comprender a los pueblos, en vez de excitar los malos instintos de la perversidad humana, que Dios ha dado a los hombres la palabra para explicarse y la razón para

comprenderse, y no los dientes y las uñas como a los brutos para devorarse. Así que si bien el político, el diplomático, el hacendista, etc., pudieran hallar en México mucho que criticar, tomando sólo en consideración el desarreglo político del país para dar de él una desventajosa idea, el poeta no puede considerar del mismo modo esta tierra llena de poesía; porque la poesía nada tiene de común con la política, y sólo los necios y los fanáticos, dos clases de criaturas que no hacen honor al Criador y que van siempre dos siglos más atrás que su tiempo, pueden achacar a los juicios de la poesía la interesada malignidad de los del espíritu de partido político, o de los de un mal entendido amor propio nacional. La verdad y la justicia lo serán siempre, no importa la nación o el partido a que pertenezcan los que la demanden; y yo, que no espero vivir jamás a costa del erario de ninguna nación, ni adulando a ningún partido, ni vendiendo mi pluma a ningún gobierno, sino a costa de mi trabajo, diré siempre la verdad de todo el mundo en mis escritos y haré en ellos justicia al que mi conciencia me dicte que la tiene. Finalmente, le diré a usted, mi querido Duque, que mi educación y mi caballerosidad españolas, no me permiten corresponder a la hospitalidad obsequiosa que personalmente debo a los mexicanos, con relatos que falten a la verdad imparcial ni a nuestra proverbial e hidalga cortesanía, por halagar la opinión ajena, por seguir la corriente de la del vulgo, o por someter la mía, libre y jamás vendida a las exigencias del tiempo o de las circunstancias.

Respecto del juicio hecho por mí de la poesía y de los poetas mexicanos, si le parece a usted demasiado suave y casi parcial, le diré a usted, que yo no pretenderé jamás ejercer la crítica literaria por varias razones: una, porque yo, que no creo en la modestia y que estoy firmemente convencido de que todo hombre de algún talento tiene conciencia de lo que vale, sin cuya conciencia de sí mismo no concibo el talento, puedo decir sin temor de que lo achaque usted a gazmoñería, que conozco que mi saber es insuficiente para el ejercicio de la crítica; pues yo soy más hombre de acción que de teoría, y si algo sé y algo produzco, es más por instinto, costumbre y práctica, que por estudio y ciencia. Otra razón: tengo notado que los críticos concluyen generalmente por hacerse gente mal humorada y descontentadiza, cuyos fallos se encargan de corregir el tiempo y la posteridad, la mayor parte de las veces muy a costa de su amor propio; y cuando yo veo a un hombre de tan positivo talento y de tan buen criterio como W. Scott, juzgar a Byron poco menos que como a un coplero ramplón y tener a Hoffmann poco más que por un insensato, para que venga luego su propio siglo a declarar al uno su primer poeta inglés y al otro el primer novelista alemán y uno de sus primeros narradores, calculo yo, en mis adentros, que si así la yerran de buena fe o así se dejan cegar por la pasión genios tan brillantes como W. Scott, que era linfático y debía tener toda la calma de un inglés, ¿qué me sucedería a mí que soy bilioso, sanguíneo y un cascarrabias del mediodía? Además, el andar buscando los defectos ajenos no se aviene con mi carácter; y tengo el convencimiento de que no por morder los talones a los que van delante

de mí, subiré yo más aprieta ni ganaré más terreno en la opinión pública; ni con encontrar cincuenta defectos en las obras de mis contemporáneos, probaré yo que las mías están exentas de ellos; porque

¿Sabe usted lo que es fuerza que concluya del que se ocupa de la ajena vida y goza en censurar obras ajenas? Pues temo que jamás hubo en la suya ni una idea feliz que se atribuya, ni palabras corteses, ni obras buenas.

En cuanto a las mías ahí están: al publicarlas las sometí al juicio del público, y reconozco a todo nacido con derecho para hablar y escribir de ellas lo que más a cuento le venga, desde la corrección evangélica hecha por deseo caritativo y leal de mi aprovechamiento, hasta la diatriba apasionada hecha por animosidad personal; porque la misma injusticia de ésta contribuirá a procurarme amigos tan apasionados en mi favor como ella lo sea en contra mía y aquélla me servirá para corregirme. Sabido es que algún amigo mío que me aprecia en su corazón y a quien el mío no guarda por ello rencor alguno, me ha negado en un artículo crítico hasta el sentido común; y algunos enemigos míos personales, me han atribuido en sus escritos un mérito y un talento superiores con mucho a los escasos que recibí de la naturaleza. Tal vez éstos han temido descubrir su animosidad personal atacándome: tal vez aquél ha creído justificar la injusticia con que ha tratado a otros en sus agrias críticas y en sus sátiras mordaces, revolcándome en el fango, a mí, cuya reputación le echaron acaso en cara que respetaba por amistad; los unos han querido tal vez esconder su encono bajo sus exagerados e innmerecidos elogios, y el otro ha asaeteado sin piedad mi reputación literaria en un acceso de su atrabiliaria bilis; pero yo, que no dejo nunca derramarse la mía sobre las reputaciones ajenas, no tomaré jamás la revancha sobre la de sus obras, ni la pluma para defender las mías. La mayor torpeza que puede cometer un escritor, y sobre todo un poeta, es defender sus escritos contra la crítica, justa o injusta, porque es dar a conocer el exceso de su amor propio y el resentimiento de su vanidad ofendida; y además de que poner en discusión su propio talento y querer interesar al público en ella, no es más que dar que reír a los necios y en qué entretenerse a los desocupados, yo tengo mis ideas sobre la discusión y los discutidores, muy diferentes de las que sobre éstas y otras muchas cosas corren hoy por el mundo.

Porque la discusión no es más que ruido, música celestial, pura bambolla, que aunque siempre a los necios ha aturrido

jamás a ningún sabio convencido;  
 no aclara las cuestiones, las embrolla.  
 Id a las academias y congresos;  
 ¿qué es lo que sacáis de ellos en conciencia?  
 Nada: frío en los pies, ruido en los sesos.  
 Esto es lo que aprendí por la experiencia.

Respecto de la poesía y de los poetas mexicanos, éstos, como hijos de nuestros padres, y aquella, como hija de la nuestra, serán siempre caros a mi corazón; su recuerdo irá conmigo donde yo fuere, y sus versos sonarán siempre tan agradablemente en mis oídos, como los de todos los buenos poetas del universo cuyas lenguas pueda yo comprender, siquiera sean sus autores judíos, moros, paganos o enemigos de mi patria; porque, como dice nuestro refrán español: «no quita lo cortés a lo valiente», y las prendas más relevantes de los hombres civilizados son: la *justicia*, la *tolerancia* y la *caballerosidad*.

JOSÉ ZORRILLA.

Julio, 10 de 1857.

## CONCLUSIÓN

Aquí concluye la parte de LA FLOR DE LOS RECUERDOS, correspondiente a México. No se necesita ser un lince para ver que este libro no es el que yo me había propuesto escribir, ni el que ofrecí en mi introducción; pero las circunstancias políticas de este país no son para versos castellanos y me he limitado a publicar solamente estas páginas, en las cuales está no más ligeramente apuntado mi juicio sobre México y los mexicanos. Este juicio está muy lejos de ser completo, porque no he querido hacer un manual del viajero en México, sino un ilógico relato de las primeras impresiones recibidas por mí en esta ciudad; por consiguiente, si he hablado de algunas cosas y no de otras, es porque no me he creído en la obligación de tratar más asuntos que los que me vinieren a cuento. En mi juicio, pues, puede haber error; pero no mala fe, ni animosidad.

Este libro tiene un APÉNDICE, en el cual van contenidos varios artículos que, como los de *El Delator*, *La Maledicencia*, *Cuatro palabras sobre los álbums* y *Una composición a don Guillermo Prieto*, me interesa publicar antes de abandonar la República; pero no creyendo justo obligar a mis suscritores a recibirles en este libro, ya demasiado voluminoso, prefiero abrir al Apéndice una nueva suscripción, bajo las mismas condiciones que las de este tomo, para no tirar más ejemplares que los necesarios. <sup>51</sup>

Porque la discusión no es más que ruido,  
mucho palabrería, pura palabrería,  
que siempre atropone a los necios la verdad.

## LA FLOR DE LOS RECUERDOS

Ofrenda que hace a los pueblos hispano-americanos don José Zorrilla.—ISLA DE CUBA. 62

A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA MARQUESA DE LA HABANA

VIZCONDESA DE CUBA

### SERENATA

Si no os dignáredes ser  
Con él benigna, advertid  
Que a mí me basta saber  
Que no le debo ofrecer  
A otra persona en Madrid.

(L. F. de MORATÍN.)

### PRELUDIO

Tres años ha que un día de tu isla en-  
[cantadora

sobre rugiente nave las playas abordé;  
como átomo del viento llevábame, señora,  
un huracán del alma: como huracán pasé.

Mi espíritu traía preñado de pesares,  
mi corazón escaso de inspiración y fe,  
y fui a llevar más lejos mi duelo y mis can-

[tares,  
porque tus dulces horas acibarar no osé.

Por puertas y balcones brotaba tu pala-  
[cio

luz, música de danzas y ruido de festín:  
su luz y su armonía cruzar por el espacio

sentí, de costa a costa, del mar hasta el  
[confín.

Yo, dentro de mi alma, sobre la mar sonora  
sintiendo deslizarse mi raudo bergantín,  
«¡sé tú feliz!, te dije: yo voy llorando ahora,  
mas volveré sin penas o consolado al fin».

Y he vuelto: no sin penas porque en la  
[tierra el duelo  
la herencia de los hombres desde que nacen,

[es;  
mas vuelvo con alientos para elevar mi  
[vuelo

a la región excelsa donde feliz te ves,  
Yo vuelvo el homenaje que tributarte

[debo  
de lejos a traerte, como español cortés;

y vuelvo, porque a todo como español me  
[atrevo,  
a echar, en ver de flores, mis versos a tus  
[pies.

Mis versos son las flores del huerto de  
[mi alma,

y he hecho un ramillete con ellas para ti;  
de inmarcesibles lauros y triunfadora pal-  
[ma  
quisiera habértelo hecho: mas no los hay  
[en mí.

Yo vengo de una tierra donde el laurel no  
[crece  
para el que nace y canta donde canté y nací,  
y alguno que en mi patria poseo, ya enve-  
[jece,  
y allí he abandonado para quemera allí.

Por eso te le he hecho de campesinas  
[violas,

de acuáticos jacintos, de motas de zarzal,  
de humildes margaritas, de simples ama-  
[lillas

polas y algún que otro capullo caído de un rosal.  
Yo vengo de una tierra en donde no hay  
[jardines  
de alcázares, ni cortes con aparato real:  
y allí habité de un campo silvestre los con-  
[finés,  
bajo de techo ajeno y al sol de un magueyal.

Yo vengo de una tierra en donde todo  
[sobra  
mas todo yace estéril como en perdido  
[Edén;  
allí de Dios en todo se ve la inmensa obra,  
pero se ve del hombre la obstinación tam-  
[bién.

Allí nacieron todos para vivir felices  
y está por donde quiera desparramado el

[bien,  
Yo adoro aquella tierra, do el bien dejó  
[raíces,  
yo quiero a aquellas gentes porque en el  
mal se ven.

Sí: porque aquella tierra, do siempre  
[se conspira,  
do suenan confundidos las harpas y el ca-  
[ñón,

los férvidos aplausos y el grito de la ira,  
do engendra el nuevo triunfo la nueva re-  
[belión,

es tierra a la que el cielo con complacencia  
[mira:  
y en medio de su eterna febril revolución,  
el ámbar del deleite con su aire se respira...  
¡Un aire que del cielo trae algo al corazón!

La casa en que se mora, la luz con que  
[se mira,

el suelo de inmarchita feraz vegetación,  
lenguaje, tradiciones, costumbres, todo ins-  
[pira  
molice, poesía, delirios y pasión.

Yo vengo de esa tierra donde de amor de-  
[lira  
en medio de combates entera una nación.  
¿Qué hacía allí un poeta? Allí colgué milira  
porque el tumulto ahogaba de mi cantar  
[el son.

La capital inquieta dejé, y otros parajes  
en que para hoy recuerdos atesorar busqué:  
monté caballos como los de África salvajes  
y a Dios por los breñales buscando me  
[lané.

¡Qué auríferas montañas, qué fértiles pai-  
[sajes,  
qué cielo tan salubre, tan límpido encontré!  
Jamás veré más ricos y espléndidos celajes:  
jamás tierra más bella donde habitar veré.

Allí mi alma, hastiada del mundo, ir en  
[bonanza  
por los espacios vagos de la ilusión dejé;  
allí volví a mis ojos la luz de la esperanza,  
y allí nuevos alientos para cantar cobré.  
Allí al compás lejano de campesina danza,  
en aguas cristalinas mi cuerpo refresqué:  
allí he alcanzado cuanto con la quietud se  
[alcanza,  
y un mundo de recuerdos dorados me labré.

Allí cantares nuevos de nuevos instru-  
[mentos  
al son y en tono nuevo y original oí:  
y, en las veladas, miles de deliciosos cuen-  
[tos  
de labios juveniles y alegres aprendí.  
Y allí cuando a hombres rudos, mas de do-  
[blez exentos,  
a cambio de consejas mis cántigas leí,  
de amor y poesía llené mis pensamientos  
con átomos más frescos que los que había  
[en mí.

Por eso traen las notas de mi garganta  
[ahora.  
de sus extrañas aves el eco musical,  
y trae mi poesía, en otro tiempo mora,  
el germen de ternura de un pueblo tropical  
Por eso en este libro te voy a dar, señora,  
recuerdos de aquel bello país original.  
y cuentos, impregnados de fe consoladora,  
de amores infelices de origen ideal.

Mi libro es una hoja del corazón caída,  
semillas de mi alma sus pensamientos son,  
sus páginas numeran las horas de mi vida,  
sus versos los latidos que da mi corazón.

LA FLOR DE MIS RECUERDOS no es más  
[que una violeta  
que de elevarse a rosa no trae aspiración;  
en ella va la esencia del alma del poeta:  
del alma es en mi libro de lo que te hago  
[don.

### SERENATA

No la dejes perdida;  
que es el perfume  
de la flor de mi vida  
que se consume.  
Junto a ti paso,  
y de tu alma la dejo  
puesta en el vaso;

y al salir de la mía,  
que sepas quiero  
que es flor de la hidalguía  
de un caballero:  
que a ti se atreve,  
porque sabe que darla  
sólo a ti debe.

De los revueltos mares  
crucé el espacio  
por traer mis cantares  
a tu palacio.  
De tus salones  
no hagas cerrar las puertas  
a mis canciones.

Mi pensamiento leve  
como una nube,

hasta el cielo se atreve  
y hasta ti sube.  
Deja que aliento  
tome un punto a tus plantas  
mi pensamiento.

Insectillo extraviado  
de loma en loma,  
al pasar a tu lado  
libé tu aroma:  
fué en mi osadía:  
mas fué ley de española  
galantería.

A saludarte amigo  
vine, y me alejo;  
de tu amparo al abrigo  
mi libro dejo.  
En él se encierra  
la esencia de cuanto amo  
sobre la tierra.

Hallarás mis leyendas  
algo sombrías:  
siempre cosas horrendas  
cuento en las mías;  
mas lee mis cuentos,  
que, aunque negros, son humo  
mis pensamientos.

Y como el humo pasan  
rápidamente,  
golondrinas que rasan  
la haz de una fuente.  
Lee: los colores  
de sus hojas son negros,  
pero son flores.

Consérvalas, señora,  
por si el destino

divide desde ahora  
nuestro camino.  
Yo con mis rimas  
voy lejos, y tú partes  
a opuestos climas.

¿Nos saldremos al paso?  
Nunca, señora.  
Yo voy hacia el ocaso,  
tú hacia la aurora.  
Si allá me pierdo,  
en el libro de tu alma,  
dame un recuerdo.

## UNA REPETICIÓN DE LOSADA<sup>53</sup>

### CUENTO FANTÁSTICO

Lasciate ogni speranza ioh voi che intratef  
(DANTE.)

## CAPÍTULO PRIMERO

### INTRODUCCIÓN

Luz era un lirio que brotó en la Habana  
más bien que una mujer. La llamo lirio,  
no por satisfacer mi necia gana  
de abrir mi narración con un delirio,  
de esos que con placer y audacia insana  
los poetas románticos apilan  
y a los clásicos viejos horripilan;  
sino, porque su rápida existencia,  
el perfume de amor y poesía  
que exhalaba de sí mientras vivía,  
y de virtud la espiritual esencia  
que dejó tras de sí, me dan derecho  
de compararla aquí, como lo he hecho,  
con un lirio, que es flor que dura un día,  
y cuyo olor suavísimo embalsama  
el campo por do el aura le derrama.

Luz tenía en su cándida figura  
 y en su alma angelical, el suave aroma,  
 la gracia y la frescura  
 de esa flor campesina. Su hermosura,  
 del tipo de la de Ática y de Roma  
 en perfección de formas, difería  
 de aquél en robustez: pues la dulzura  
 virginal de sus ojos de paloma,  
 la ondulante esbeltez de su cintura,  
 el tornátil del cuello y de los brazos,  
 el lánguido y sereno  
 movimiento gentil de su cabeza,  
 el desarrollo escaso de su seno  
 y un aire de poética pereza  
 revelado en su calma y andar lento,  
 haban a su belleza  
 más flexibilidad, más ligereza  
 y espiritualidad y movimiento  
 que los que dió la antigüedad pagana  
 de Atenas y de Roma a las figuras  
 de sus deificadas esculturas,  
 que admira con rubor la edad cristiana,  
 Luz era, pues, una mujer hermosa:  
 no de esa beldad clásica y completa  
 que amó la antigüedad libidinosa,  
 sino de esa hermosura vagarosa  
 con que sueñan el niño y el poeta.  
 Luz era una hermosura de Occidente  
 de la raza latina,  
 en cuya blanca frente  
 desaleyó un rayo de su luz caliente  
 la luna que la América ilumina.  
 Luz era una hermosura verdadera  
 de tipo griego y perfección romana:  
 mas con la gracia lánguida, hechicera,  
 de las pálidas hijas de la Habana.  
 Su cuerpo virginal había crecido  
 cerniéndose en sus frescos *meceadores*:  
 sus manos de marfil no habían cogido

nunca más peso que batista y flores;  
 sus nacarinos pies no habían hollado  
 más que pulidos mármoles y alfombras,  
 nunca un rayo de sol había tocado  
 su tez, y de la noche entre las sombras  
 había nada más en su *volanta*  
 salido a los teatros u otra fiesta,  
 sin verse nunca a aventurar expuesta  
 sobre las calles húmedas la planta.  
 Rica, feliz, mimada y atendida  
 de cuantos la cercaron, su persona  
 se nutrió lentamente con la vida  
 de aquel que a la molicie se abandona.  
 Pero, en cambio, su espíritu, a la altura  
 de la moderna educación, nutrido  
 con escogido pasto de lectura,  
 por instintivo gusto dirigido  
 y por los grandes dotes naturales  
 ayudado de su honda inteligencia,  
 llegó a ser en la música y pintura  
 profesora, y nociones generales  
 y claras a adquirir en arte y ciencia;  
 y comprendiendo bien en la lectura  
 las lenguas europeas y orientales,  
 con natural deleite y complacencia  
 con corrección leía  
 en su lengua y valor originales  
 la extranjera y la patria poesía.  
 Luz era rica: su familia escasa:  
 sus padres no existían: un pariente  
 viejo, que de la Audiencia fué regente,  
 es su tutor, cabeza de su casa  
 y de sus pingües rentas intendente.  
 Noble, rica, feliz, bella y querida,  
 para Luz era plácida la vida.  
 Luz daba ser, animación y encanto  
 a los aristocráticos salones  
 con su conversación y con su canto,  
 con su gracia y sus raras perfecciones.

Mas Luz no era ni altiva ni coqueta: su porte era sincero y sin aliño, y a la sencilla candidez de un niño la exaltación unía de un poeta. Era el astro viviente del buen tono: su noble dignidad aristocrática del sillón que ocupaba hacía un trono; pero Luz, en su cándido abandono, a todos superior, era simpática a todos; siendo en ella tan innato tan natural, tan fácil, tan sencillo lo que en otra, sin duda, fuera ingrato, a todos cautivaba con su trato y a nadie daba enojos con su brillo. Sólo una extraña circunstancia había en aquella mujer: Luz no bailaba: si al baile alguna vez se la impelia a dos vueltas de vals palidecía; y cuando en noches húmedas cantaba, alguna vez al concluir tosía.

Por este tiempo apareció en la Habana un mancebo galán y cortesano, que en misión oficial la soberana enviaba al continente americano. Y era, en verdad, el mozo más cumplido y más gentil don Luis de Altamirano que había a las Américas venido desde el paterno territorio hispano. Entroncado con más de una familia de blasón titular, rico en hacienda y con un tío que a medrar le auxilia, de quien dicen que nada hay que pretenda que no logre en la corte, tan mozo, y de Santiago caballero, rayó don Luis en posición, en porte y en fortuna social donde el primero. Su edad frisaba en los veintiocho años;

siempre a las españolas Legaciones por decoro agregado, las naciones recorrió y los países más extraños. Por ajenos o propios intereses con nuestra compañía Filipina viajó a Calcuta y penetró en la China, visitó el Indostán con los ingleses: en la tierra argelina por Francia se batió con los franceses, y venía, empezando por la Habana, a recorrer la tierra americana. Don Luis era galán; para buen mozo le faltaba una línea de estatura: era de aristocrático talante; su barba negra: su bigote el bozo primero que hubo en él, cuya finura juvenil contrastaba en su semblante con su expresión viril, y su figura masculina y de músculos pujante. Don Luis tenía numerosos álbums en cuyas ricas páginas traía cuadros y planos mil, apuntaciones curiosas, datos amplios, raras notas sobre cuanto encontró por las regiones extrañas y remotas que recorrió en sus viajes. Allí había relaciones y vistas de mil puntos, en todos los idiomas, bajo todas las formas, sobre todos los asuntos, desde la religión hasta las modas, desde legislación y astronomía hasta la más pueril manufactura empleada en cabañas o en pagodas: mil cuadernos de música y pintura, manuscritos, impresos, dibujados, al lápiz, al pastel, en miniatura, en cobre, acero y en marfil grabados; y allí había un curioso cancionero de bailes y cantares

y de aires nacionales populares,  
colección hecha del gentil viajero  
por la curiosidad, en los lugares  
de donde origen traen; conjunto raro  
de todos los lamentos y armonías,  
de los diversos modos  
con que en sus desventuras o alegrías  
se expresan con la voz los pueblos todos  
en sus gloriosos o funestos días,  
recogidos por él en su camino  
por cultas cortes y salvajes playas,  
en industani, en árabe y en chino,  
en coro, a varias voces y a una sola:  
desde la veneciana barcarola,  
hasta las tristes kásidas malayas;  
desde el cantar trinado y peregrino  
del pastor del Tirol y el Apenino,  
hasta la bereber jota española  
y el monótono canto del beduino.  
Don Luis, a la nobleza de la Habana  
presentado una noche en su palacio  
fué por el General: y es cosa llana  
asaz de comprender, tras de lo dicho,  
que se instaló don Luis en breve espacio  
entre la franca sociedad cubana,  
y que pudo instalarse a su capricho.  
Y no hay pueblo tal vez sobre la tierra  
que reciba mejor al extranjero  
que en sí renombre o méritos encierra,  
como el pueblo habanero.  
Una celebridad, propia o extraña,  
no importa cuáles sean sus condiciones,  
puede segura entrar en sus salones  
de que la grave educación de España  
no ha de serla importuna  
con altanera sequedad hurañá,  
ni con curiosidad inoportuna.  
Noble, grata, sencilla, mesurada,  
su cortés hospitalaria expresa

con no tenerla en nada coartada;  
de admirar ni aplaudir no tiene priesa  
la fama que precede al que es famoso;  
no se le cuelga nadie de la oreja  
para serle en vez de útil enojoso;  
doquier se le recibe cariñoso,  
mas vivir a su gusto se le deja  
para que elija a espacio, como es justo,  
sociedad y amistades a su gusto.  
En esto, ¡vive Dios!, está la Habana  
colocada a la altura  
de la nación más culta y cortesana;  
el Gobierno, las damas, la nobleza,  
el clero y el comercio,  
reciben al de fuera con mesura,  
con franca y española gentileza,  
y todo el mundo a hacerle se apresura  
en sus empresas o negocios tercio.  
Así fué que don Luis de Altamirano  
mozo, rico, español y caballero,  
se halló al mes en el círculo cubano  
como si en él no fuese forastero;  
y al mes, hacía ya catorce días  
que en la casa de Luz y en su piano  
cantaba las exóticas canciones,  
las salvajes y extrañas melodías  
que trajo de las índicas regiones:  
y traducía a Luz las poesías  
que aprendió del Oriente en las naciones.  
Luz, cercada de espíritus vulgares  
que a ella se conocieron inferiores,  
no halló almas nunca que a la suya pares  
movieran sus resortes interiores.  
Luis, en el universo forastero  
y en todas las regiones pasajero,  
no había hallado un alma femenina  
que en su cerrado corazón de acero  
infiltrara el amor: chispa divina  
que cuando menos él se lo imagina,

incendia y rinde el corazón más fiero. Luz, acostumbrada a concentrarse sola con sus adormecidos sentimientos, y a no ver de su mente la aureola alumbrar los ajenos pensamientos, su corazón abría dulcemente al cariño de Luis, que en él nacía y al torrente de amor y poesía que en él derrama su palabra ardiente. Luis, hecho a no hablar más con las mu-

[Jeres que de frivolidades o placeres, grande opinión del sexo no tenía; y asombrábase en Luz sinceramente encontrar aquella alma inteligente que a su alma y sus palabras respondía. Luz, inocente, cándida, sencilla, siente arder en su alma oculta hoguera: y aunque sentirla arder la maravilla, calor la juzga de amistad sincera. Luis que, al calor de la pasión no hecho, sintió en su corazón la hoguera inmensa encenderse y crecer, vió que su pecho para el volcán naciente era ya estrecho: pero su fuego en extinguir no piensa. Le alimenta al contrario y le acaricia, y en su creciente llama que se abrasa percibe con delicia; y ver quiere en el fuego que a él le inflama arder el corazón de la que ama.

Y era una noche límpida y serena, de esas noches azules de la Habana, en que de amor la atmósfera se llena que de la luz del firmamento emana. Luis dejaba correr su diestra mano cabizbajo, callado y pensativo, sobre las suaves teclas del piano arpegiando al azar; del gas brillante

la luz que se quebraba en el espejo, con su vivo reflejo alumbraba de lleno su semblante, con su esplendor fantástico y radiante una aureola ciñendo a su cabeza de inteligente y varonil belleza.

Luz, cruzada de brazos, y apoyada en el respaldo del sillón dorado en que estaba sentado, contemplaba arrobada bajo el aspecto tan radioso y nuevo la luminosa imagen del mancebo sobre la tersa luna reflejada. Y he aquí que Luis, cediendo de repente a uno de esos impulsos del instante, en que del arte el entusiasmo ardiente arrastra al profesor del suyo amante, y en que viendo, inspirado y entusiasta, que su emoción vehemente a contener su corazón no basta, y que de él se desborda el sentimiento; y a contener su impulso sin ser parte, bajo la forma que le presta su arte lanza fuera de sí su pensamiento; aplicó al instrumento las dos manos y, con vibrante voz, lanzó en el viento uno de esos cantares italianos que hoy aquel pueblo rey lanza sediento de amor y libertad al firmamento. Al son de las robustas vibraciones, de aquella limpia voz, de notas llenas y simpático timbre, sus sentidos por el poder magnético invadidos sintió Luz, y el fluido misterioso correr del entusiasmo por sus venas. Luis, fijando sus ojos encendidos de inspiración en el espejo, donde los de Luz, por los suyos atraídos, a su mirada límpida y magnética

trémula de emoción le corresponde con su mirada lánguida y poética, cambio de su canción el estribillo, y donde dice el pescador sencillo de Nápoles al mar: «mare, io bramo teo la libertà: io son tuo figlio!», dijo don Luis con «sfogatto» brillo sosteniendo su voz: «Luz, yo reclamo todo tu corazón: Luz, yo te amo!» Abandonó el piano bruscamente Luis, y tomando la gentil cabeza de Luz entre sus manos, la terneza de una inmensa pasión más que él potente, con un beso de amor selló en su frente. Como el fuego, que oculto se alimenta bajo del combustible sofocado, rompe voraz en llama violenta al soplo de huracán inesperado, Luz, al contacto cálido y vivífico de aquel beso de amor, sintió en su seno desarrollarse rápido y prolífico el germen de pasión de que está lleno. Luz, al sentir su alma devorada por el incendio que jamás había creído alimentar, miró espantada levantarse su llama inesperada inextinguible, indómita, bravia, dentro del corazón; porque esas gentes de un colosal artístico talento suelen ser unos entes de alma tan distraída, tan cándidos, en fin, tan inocentes en las cosas comunes de la vida y en cuestiones de simple sentimiento, que necesitan años para dar en cualquiera fruslería que desde el primer día aperciben muy bien propios y extraños; y a veces la ocurrencia más sencilla,

el más sencillo y natural afecto, producen en su espíritu un efecto cuya imprevista acción les maravilla.

Así Luz, que jamás había mirado su propio corazón por entre el prisma del amor, que jamás había sondado la sima de pasión que hay en sí misma, de su pasión se apercibió asombrada, y delante de Luis, que de hito en hito la contempla en su amor hondo, infinito, roja de amor y de rubor turbada inmóvil se quedó sin decir nada.

Mas desde el punto aquel todo fué dicho: Luz y don Luis se amaban: era un hecho, y era el amor que reventó en su pecho una pasión voraz y no un capricho.

Luis, al tutor de Luz el sentimiento reveló de los dos una mañana; sancionólo el tutor, y en un momento su amoroso secreto por la Habana cundió como impulsado por el viento.

Desde este punto los que a Luz tuvieron por un ser superior a los pueriles caprichos y flaquezas mujeriles, con despecho tardío comprendieron que aquel genio de luz y de armonía, aquel ángel de amor y poesía, aquella gran mujer, mujer cual todas, era preciso que cayera un día en la prosa casera de unas bodas.

Y los que en otro tiempo reverentes llevaron a sus pies ramos de flores, los poetas y músicos que ardientes la dirigieron cánticos de amores, comprendieron, al fin, que era preciso que un día en sus domésticos hogares fueran a hacerla ofrenda, previo aviso, de sus epitalámicos cantares,

El verdadero amor huye y detesta la gran publicidad; y quien bien ama a los ojos del vulgo manifiesta poner no gusta de su amor la llama. Luz tenía una quinta; a aquel retiro fueron Luz y don Luis nuevo incremento a dar a su pasión, y nuevo giro tomó en su soledad su pensamiento. Luz anhelaba ver aquella Europa que dió vida a don Luis: él, que veía la nave de su amor y viento en popa, quiso que allí su Luz luciera un día: dijeron, pues, que allí se apuraría de su ventura conyugal la copa.

Cinco meses después, cristianamente, como todos los novios se casaron, en la Habana, en palacio, entre la gente ilustré que a sus bodas convidaron. El galán general les dió una fiesta por convite nupcial y despedida, con gran baile, gran cena y doble orquesta; mientras para su próxima partida la nave estaba en la bahía presta. Amanecía apenas: del palacio salieron con no poca compañía; cruzaron en un bote el corto espacio

del muelle al buque: andaban muy des-  
[pacio; había algo de mar, neblina había húmeda y la mañana estaba fría. Luis iba satisfecho, Luz galana con su rico albornoz de armiño y grana: pero a pesar del albornoz, tosía. Partió el vapor que les conduce a Europa; volvieron sus amigos la bahía a cruzar; Luz y Luis desde la popa con sus blancos pañuelos de batista les enviaron al par su adiós postrero; traspuso el Morro su vapor ligero,

y en un punto perdiéronse de vista tras él. Entonces el doctor Zambrana, que la fué a despedir por deferencia a don Luis, que amó a Luz como a una [hermana, y que es hombre que ejerce con conciencia su profesión, que por sondar se afana los secretos más hondos de su ciencia y sin cesar doquier los escudriña, de su bote al saltar, dijo: «Esa niña hizo mal en casarse esta mañana: pero hace bien en irse de la Habana.»

¿Por qué diría esto el buen doctor Zambrana? Pasa ¡oh caro lector! a la otra llana y de una en otra lo verás muy presto.

## CAPÍTULO II

### LOSADA

#### CONSTRUCTOR CRONOMETRISTA

Calle del Regente, N.º 181

#### LONDRES

Famosísimo es Losada en la América española: su firma es allí la sola garantía de un reló. Allí desde French abajo, comparados con Losada, son aprendices y en nada reló de ellos se estimó.

En parangón con los suyos, nadie que uno poseyera, cambiar por otro cualquiera su Losada consintió.

Mas no intento hablar tan pronto  
del Losada relojero,  
porque debo hablar primero  
del Losada hidalgo yo.

Losada es un gran mecánico  
que adquirió inmenso renombre:  
y, no obstante, vale el hombre  
más que su reputación.  
Aunque seco, cejijunto  
y algo brusco en sus modales,  
leal entre los leales,  
tiene de oro el corazón.

Ni pobre ni desdichado  
llegó jamás a su puerta  
a quien no le fuera abierta  
de su corazón a par;  
establecido entre ingleses,  
jamás de española tierra  
llegó ninguno a Inglaterra  
que de él se pueda quejar.

Liberal por convicciones  
y por circunstancias luego,  
jamás ha atizado el fuego  
de nuestra guerra civil;  
ni en su opinión ni en su vida  
hay nada que le avergüence:  
jamás su carácter vence  
temor ni codicia vil.

Un español, sea carlista  
o liberal, a él bien llega:  
pues Losada no reniega  
de ser español jamás;  
y entiende por españoles  
y recibe como a hermanos,  
a cuantos americanos  
lo fueron tiempos atrás.

Losada, que nunca niega  
un favor ni un beneficio,  
es hombre de recto juicio  
y de leal intención.  
Si un consejo se le pide  
o se le fía un secreto,  
da aquél: y a su fe sujeto  
muere éste en su corazón.

Por cien remotos países,  
que jamás ha visitado,  
su reputación de honrado  
bien establecida está;  
y en su sencillez modesta  
tiene él solo más amigos,  
que envidiosos y enemigos  
el poder a muchos da.

Mi padre, ministro un día,  
puso a precio su cabeza:  
él con hidalga nobleza  
salvó más tarde mi honor:  
hoy, sin temor ni baja,  
del mundo a la faz lo digo:  
él es mi mejor amigo  
y no le tuve mejor.

Tal es Losada. Si un día  
llega este libro a sus manos,  
sobre esta página mía  
verterá llanto quizás.  
Este libro y esta historia  
podrá devorar el tiempo:  
mas de mi alma y mi memoria  
borrar su nombre, jamás.

Basta del hombre; el artífice  
es un ser muy diferente:  
su espíritu inteligénte  
de él se revela en redor.

Cuanto compone su casa tiene un singular aspecto: todo en ella tiene efecto de movimiento y rumor.

En su casa todo vive, todo susurra y se mueve, y parece que recibe de su genio aire vital: por doquiera que se pase, por uno y otro aposento se percibe el movimiento y el sonido del metal.

Mil cronómetros colgados y mil relojes tendidos, sus movimientos y ruidos atraen a oír y a mirar; mil volantes se columpian y mil péndolas se mecen, que por doquiera aparecen moviéndose sin cesar.

Todo es allí rico, bello, útil, perfecto y sonoro: todo es allí plata y oro, nácar, marfil y cristal. Ocupan los anaqueles mil estuches primorosos, mil instrumentos curiosos el mostrador principal.

Las mesas están cubiertas de cajas, dentro las cuales a través de sus cristales muestran su pálida faz miles de blancas esferas, cuyos negros minutereros parecen los pies ligeros del tiempo inquieto y fugaz.

Y aquellas fisonomías variables de las esferas que las horas venideras menguando a minutos van; y aquellos mil minutereros de segundos, que incesantes de la vida los instantes señalándonos están;

las mil músicas extrañas que, sordinas o sonoras, dicen ¡adiós! a las horas que caen en la eternidad, y nos anuncian, cantando su armoniosa despedida, las que mengua nuestra vida, las que pierde nuestra edad,

son de un efecto fantástico, febril y vertiginoso; allí nada hay en reposo, nada hay en silencio allí: y al parar en ello mientes comienza el cuerpo al momento el ruido y el movimiento a sentir dentro de sí.

Yo, en una relojería, siento mi ser trastornarse y al vértigo apoderarse del sistema cerebral, y produce en mi cabeza el balumbo del mareo el incesante golpeo galvánico del metal.

Y no sé que misterioso y siniestro fatalismo hallo yo en el mecanismo y el objeto del reló.

Personificar al tiempo  
en su aparato mecánico,  
fue un pensamiento satánico  
que siempre me amedrentó.

Cuando abría en mi presencia  
Losada una de esas cajas  
en que suspensos en fajas  
sus mil relojes están,  
se me antojaba que abría  
otra caja de Pandora,  
que el mundo a llenar traidora  
iba de duelo y afán.

¿No habéis nunca imaginado  
cuánto irreveleable cuento  
de crimen y sufrimiento,  
de virtud y abnegación  
encierra una de esas cajas,  
en cuyo centro reside  
el compás con que se mide  
del tiempo la duración?

Pues yo sí lo he calculado;  
y no hay vez que en ello piense,  
que el corazón no me preñe  
una angustia honda, mortal.  
¿Sabéis lo que en esas cajas  
encerrado en oro viene?  
¿Sabéis lo que se contiene  
en su cavidad fatal?

Allí está el reló empeñado  
que servirá al usurero  
para esperar su dinero,  
sangre quién sabe de quién:  
allí el reló que el amante  
hará regalo de bodas,  
cuyas horas sueña todas  
llenas de dicha y de bien.

Allí el de un rico avariento  
que, puesto a la cabecera  
del lecho, su hora postrera  
por segundos marcará:  
mientras extraño heredero,  
para heredar su tesoro,  
siguiendo su minuterero  
con ojo impaciente irá.

Allí el reló en que la hermosa  
que espere al galán ausente,  
los dulces minutos cuente  
que pase en habla con él;  
y allí el que al vendido esposo  
marcará la infame hora  
en que su esposa traidora  
con el galán huya infiel.

Allí el reló en que el político  
sacrificado a una idea,  
minuto a minuto lea  
los que tarda el confesor:  
allí el en que el fin espere  
de su vida la novicia  
víctima de la codicia  
de un hermano o de un tutor.

Allí el en que quien de un pleito  
hizo su caudal materia,  
las horas de su miseria  
sin su caudal contará;  
y allí, en fin, el en que cuente  
la mujer desventurada  
por interés mal casada  
las del infierno en que está.

Un reló es sólo una máquina  
sin vida y sin pensamiento,  
mas que momento a momento  
tras de cuanto vive va.

Nada hay que cause más ansia que estar mirando a su esfera: siempre hay alguno que espera la hora que próxima está.

Al que nace y al que muere, aquella hora se le marca, pues entre las dos se abarca su nacimiento y su fin.

Y he aquí lo que tiene siempre mi alma preocupada, al visitar de Losada la tienda y el camarín.

Este es un gabinetillo tan estrecho y tan sencillo, como el camarín que tiene en su buque el capitán.

Allí en tres o cuatro armarios y en otros tantos secretos, los más valiosos objetos de su propiedad están.

Y desde aquel gabinete que se abre sobre su tienda, vigila sobre su hacienda con ojo escudriñador:

mientras aquellas mil máquinas que creó su inteligencia, marchan a una en la presencia del genio su creador.

Cuando de aquel gabinete abre algún escaparate o algún escondite, y mete la mano Losada en él, siempre saca sonriendo de su fondo misterioso algún objeto precioso o algún valioso papel.

Allí están aquellos sólidos cronómetros reforzados, hasta el asa cincelados con extraña perfección; aquellas máquinas ricas mezcla de platino y oro, cuyo volante sonoro jamás sufre alteración.

Y allí están aquellas cajas y aquellos pliegos sellados, que a Losada confiados suelen dejar los que van a empeñar su honra o su vida en alguna empresa o viaje, en cuya empresa o paraje creen que perderlas podrán.

Era una hermosa mañana de abril; en Londres no hay muchas que lo sean: la sultana del Támesis no es a fe rica en luz ni en alegría, ni el sol en ella es diario; pero alguno que otro día suele salir, y se ve.

Este era *uno* de esos pocos, y por caso este *uno* era un día de primavera en que hacía en Londres sol: lo cual sacaba a las calles a los zancudos britanos, como a sus primos hermanos la hormiga y el caracol.

Llenaba las dos aceras de la calle del Regente grande reunión de gente

que iba del sol a gozar;  
y al pasar por la portada  
de la casa de Losada,  
se paraba embelesada  
tanto reloj a mirar.

Él, desde su gabinete,  
veía el tropel confuso  
de seres a quienes puso  
en movimiento el calor,  
lo mismo que a sus cronómetros  
la cuerda que movimiento  
les infunde: pensamiento  
que hace a Londres poco honor.

Y es que hay mucho papanatas,  
muchas máquinas vivientes,  
que menos inteligentes  
que sus cronómetros son,  
porque discurren y yerran;  
y éstos nunca se equivocan,  
pues cuando las tantas tocan  
es porque las tantas son.

Losada, arrobado en uno  
de esos perdidos momentos  
en que nuestros pensamientos  
dejamos ir al azar,  
pasar veía ante sí al mundo  
del mundo entero olvidado,  
cuando apercibió a un criado  
en el almacén entrar.

Traía un papel con sello;  
era una carta de Francia  
que le enviaba con instancia  
el embajador francés.  
Abrió Losada la carta  
que en aquel pliego venía,

y de este modo decía:  
«París—abril—veinte y tres.

«Querido amigo: con honda  
«pena y sentimiento vivo,  
«voy en las letras que escribo  
«a dar a usted un pesar.  
«Luz va peor cada día;  
«ya no hay remedio para ella;  
«ni el calor de Andalucía,  
«ni los aires de la mar

«han podido mejorarla;  
«la ciencia trabajó en vano  
«con ella: el americano  
«clima dicen ahora que es  
«su última esperanza. Vamos,  
«pues, a Londres; tomaremos  
«ahí reposo, y veremos  
«de ir a América después.

«Necesito una casita  
«sola, en un barrio tranquilo,  
«donde tener un asilo  
«cómodo, y un propio hogar.  
«Llegaremos a tres días  
«de la fecha de esta carta,  
«y cuando de Francia parta  
«le haré a usted aviso dar

«por el telégrafo. Sólo  
«le recomiendo el secreto;  
«deseo no estar sujeto  
«a recibir sociedad.  
«Con usted basta; yo tengo  
«casi hastío al trato humano.  
«Adiós.—Luis de Altamirano.  
Espartana era en verdad

esta carta en lo concisa;  
se conocía que estaba  
escrita con mucha prisa  
y con grande agitación.  
La letra era tendidísima;  
muchas no estaban cabales,  
y los blancos desiguales  
entre renglón y renglón.

De don Luis de Altamirano  
con la epístola en la mano,  
quedó Losada sumido  
en sombría reflexión;  
y Losada no es persona  
que medita o reflexiona  
sin llevar sus reflexiones  
a final resolución.

Arrancó al fin un suspiro;  
y al levantar la cabeza,  
que el peso de la tristeza  
sobre el pecho le dobló,  
en su morena mejilla  
mostró una furtiva lágrima  
que a su alma tierna y sencilla  
aquella carta arrancó.

«¡Pobre Luz!, dijo; sin duda  
»que algún espíritu malo  
»me impulsó a hacerla el regalo  
»de aquella repetición.  
»¡Quién me dijera que habían  
»de marcar sus minuterios  
»los latidos postrimeros  
»de su herido corazón!

«¡Ojalá la haya perdido,  
»ojalá se la haya roto!»  
Y al elevar este voto

Losada en su alma leal,  
sintió en ella el pesar vivo,  
ese pesar instintivo  
que atribula al alma buena  
con la previsión del mal.

Porque es preciso que sepas,  
lector, que Losada es hombre  
que teme asociar su nombre  
con el ajeno dolor;  
y al hacer a algún amigo  
de un reló suyo la ofrenda,  
anhela que sea prenda  
de placer sólo y de amor.

Así que, cuando él a alguno  
un cronómetro regala,  
el voto que al darle exhala  
puede formularse así:  
«¡Plegue a Dios que los momentos  
»que esa máquina te cuente,  
»no marquen perpetuamente  
»más que placer para tí!»

Y al buen Losada le pesa  
de que a quien uno regala,  
jamás una suerte mala  
le ponga en tribulación:  
pues cree que esas malas horas  
con su nombre unidas vienen.  
¡Los grandes talentos tienen  
alguna superstición!

Losada, que en una extrema  
situación tendió la mano  
a don Luis de Altamirano,  
que de ella por él salió,  
vino a ser depositario  
de sus secretos más hondos,

y de sus rentas y fondos  
que don Luis le encomendó.

Cuando casado a Inglaterra  
volvió don Luis de la Habana,  
a la hermosa americana  
Luz hizo Losada don  
del reló más primoroso,  
de más valor y más lujo  
que su fábrica produjo:  
que era una repetición.

Repetición cincelada  
por adentro y por afuera,  
cuya máquina y esfera,  
cuya forma y dimensión,  
eran lo más extremado  
en solidez y elegancia  
que de Inglaterra y de Francia  
creó la rica invención.

De sus dos tapas ceñían  
las cinceladas labores  
dos orlas bellas de flores,  
de trabajo tan sutil,  
y entre la labor del oro  
tan limpiamente esmaltadas,  
que parecían miniadas  
sobre el más puro marfil.

En su interior, con objeto  
de colocar un retrato,  
había oculto un secreto  
en cuyo fondo, a buril  
y en microscópicos signos,  
estaba escrita la fecha  
del día en que a Luz fué hecha  
aquella ofrenda gentil.

Luz, que venía instruida  
del carácter de Losada,  
de la amistad acendrada  
que Luis tenía por él,  
juró llevar esta prenda  
perpetuamente consigo,  
en memoria del amigo  
a su marido más fiel.

Losada, que no vió entonces  
más que amor, gloria, riqueza,  
juventud, dicha, belleza  
y esperanzas en los dos,  
fió en que las dulces horas  
por aquel reló marcadas,  
estaban predestinadas  
a la ventura por Dios.

Pero al recibir la carta  
en que don Luis le decía  
que ya Luz de día en día  
iba de mal en peor,  
la idea supersticiosa  
de que aquella triste vida  
por su reló iba medida  
a ser, le infundió pavor.

«¡Ay!, exclamó; si la máquina  
de su cuerpo se pudiera  
arreglar como la esfera  
y máquina de un reló!  
«¡Si encerrar su alma pudiese  
de un reló en el mecanismo,  
y pudiese por mí mismo  
arreglar su marcha yo!»

A este extremo de delirio  
lleva a veces su alma honrada  
en su pesar a Losada,

de cuyo buen corazón la compasión se apodera que le causa el mal ajeno, agriándosele el veneno de su preocupación.

Al fin encerró la carta de don Luis en su bufete, bajó de su gabinete, por su tienda atravesó taciturno y cabizbajo, y tomando calle abajo la del Regente, en la esquina de la de Oxford se perdió.

### CAPÍTULO TERCERO

LASCIATE OGNI SPERANZA JOH VOI CH'IN-  
TRATE!

En una de las calles solitarias que, más allá del parque del Regente, dan a Londres carácter diferente del que tiene en su centro, con las varias construcciones y formas caprichosas de sus casas aisladas y dispares, que parecen ya quintas deliciosas modernas, ya castillos seculares de goda y de normanda arquitectura, ya kioskos de arabescos alminares, hay una que, encerrada en la verdura de un arbolado umbroso parquecillo, tiene visos de quinta y de castillo. Un muro irregular de escasa altura, fabricado de cárdeno ladrillo, al estilo morisco recortado en estrellas, polígonos, triángulos, y losanges, formando *alicatado*, cerca en redor el parque, cuyos ángulos

unos pilares dobles aseguran, que sirven a la luz de pedestales a chinoscos y etruscos macetones casados dos a dos; desde los cuales, cual de la India oriental en los balcones de los palacios reales y en los de cuentos de hadas y hechiceras cuelgan cortinas de bordados chales, se tienden ondulantes, olorosas, frescas, movibles, verdes y ligeras cortinas de jazmín y enredaderas, que cubren descarriadas y viciosas las paredes enteras.

Cuadros de yerba exuberante y larga, prados en miniatura artificiales, que no Dios, sino el hombre allí se encarga de crear, visten el ameno suelo; en medio, ramilletes de rosales, de espesos y pajizos retamales y otros arbustos mil de flor amarga y propiedades mil medicinales, dan vista, aroma y sombra a aquellos pra-

cortados al capricho por caminos limpia y exactamente enarenados y que forman dibujos peregrinos. A través de las verdes praderillas, en torno de los árboles copados, bosquetes de retamas amarillas y ramilletes de rosales, plantas, y arbustos en macetas y en jarrones, dan estos caminillos vueltas tantas y hacen tantos recodos y rincones, que tornan aquel parque en laberinto: pero sus sendas a la vista sueltas y por doquier partidas, con distinto destino y fin al parecer tendidas y unas en otras por doquier revueltas, todas a un mismo punto conducidas,

de la casa a parar van al recinto después de tantas caprichosas vueltas.

Para esto de alojarse, los ingleses tienen don especial, y nadie sabe amalgamar como ellos cuanto cabe a un tiempo en bienestar y en intereses. Nosotros, gente audaz del Mediodía, raza inquieta enemiga del reposo, inclinada al tumulto de la guerra, que tenemos la ardiente Andalucía con su brillante sol esplendoroso y su feraz y productiva tierra, dejamos a la mano providente del Supremo Hacedor omnipotente el cuidado de darnos existencia feliz, con nuestros sanos alimentos, clima benigno, alegres pensamientos, y cómoda y barata residencia en el jardín que, en nuestro rico suelo, bajo su azul y saludable cielo, nos tocó en este mundo por herencia; y habiendo sin afán frutos opimos y vida dulce y regalona hallado, en nuestro aire jamás emponzoñado y de la tierra fértil do nacimos en las frutas, las mieses y racimos, del grande afán con que el inglés se aloja hacer burla tal vez se nos antoja, y de él sin fundamento nos refimos. El inglés, que ha nacido en una tierra que escasísimos gérmenes encierra de fructificación y bajo un cielo tan triste como estéril es su suelo, trabaja sin cesar, infatigable, porque tiene que dar a su sustento, a su vida social y alojamiento lo cómodo, superfluo o agradable que negó a su país el firmamento. Así que, en los más mínimos pedazos

que forman de su tierra los confines, al poder de su ingenio y de sus brazos lo que Dios hizo erial torna en jardines; el agua que las lluvias hacen lago con poderosos mecanismos vacía, sus derrames más lejos aprovecha, en sus terrenos áridos los echa, y a merced de su afán y pertinacia, en lo que ayer fué erial frutos cosecha, y donde ayer hervía la inmundicia, hoy miran nuestros ojos con delicia elevarse con gracia de un campanario la elegante flecha; y lo que Dios no le otorgó, lo adquiere, y lo que el suelo no le da, lo crea, y de comodidades se rodea: y como él se procura cuanto quiere y a sí mismo se da cuanto desea, cómodo vive y satisfecho muere; y así es hombre el inglés de tal estofa que más merece aplauso que no mofa: porque todo país civilizado debe de hacer de su existencia el viaje, no en un asno o a pie como el salvaje, sino como a quien Dios el mundo ha dado con cuanto existe en él por hospedaje; es decir, con espléndido equipaje, por el genio o la fuerza arrebatado en un vapor o cómodo carruaje, y en una casa cómoda alojado.

Y esta casita aislada y pintoresca de la que voy hablando, rodeada de arboleda sombrosa y yerba fresca, era una elegantísima morada de esas que nada más tiene en la tierra la capital soberbia de Inglaterra.

Su pórtico, italiana columnata a cuya ancha meseta se subía por cómoda y tendida escalinata,

sobre extensa antecámara se abría que a un lado el paso del salón franqueaba, y por el otro al comedor se entraba del cual a los jardines se salía.

En el piso del centro se halla todo cuanto preciso es de cualquier modo a la vida social, pública, externa; rico salón con música y piano, comedor, sala de armas, biblioteca, camarín de reposo, y a la mano el jardín con columpios y con juegos, flores, paseo, luz y ambiente sano. La existencia doméstica e interna, la vida extraña al turbillón mundano, la vida del amor, íntima y tierna, está modestamente retirada al piso superior; los dormitorios, el baño, el tocador, el gabinete de labor de las damas, el bufete de trabajo del dueño, están arriba; la existencia social ocupa el centro, y según es de Londres la costumbre (y es la costumbre que mejor encuentro) bajo de todo y de la casa dentro los oficios, hogar y servidumbre. Los muebles de la casa pocos, ricos y útiles son; no hay nada que no sea necesario; allí está la chimenea surtida de pantallas y abanicos; las ventanas y puertas con mamparas, los suelos con alfombras; los estantes llenos de ropa blanca; entran por varas las telas de las amplias colgaduras que decoran los lechos, necesidad que el clima trae consigo; cortinajes de pródigas anchuras a propósito hechos para el nocturno y necesario abrigo. Están aparadores y bufetes

de plata, china y de cristal colmados; mas no de esos inútiles juguetes con que en Francia se tienen decorados, sino de esos mil trastos que, aunque varios y de rara invención, son necesarios. Todo es allí comodidad, limpieza y orden; nada hay de más, nada de menos, nada sin un objeto en cada pieza; casa, muebles, criados están llenos de decoro; y allí respira gracia todo; allí anuncia todo la riqueza y el *confort* de la inglesa aristocracia. Esta casita, en fin, a donde ahora conducir al lector nos interesa, es una habitación encantadora como en su rica capital las mora hoy solamente la nación inglesa.

La mañana está clara, el aire puro, el cielo azul, la atmósfera serena, Londres alegre; del laurel oscuro entre el follaje canta filomena; empiezan a venir las golondrinas de África; empiezan a brotar las flores y y su botón de rosas purpúras empiezan a romper; jugo y colores toma cuanto vegeta, y el aura impregnan ya con sus olores el lirio fresco y la gentil violeta. Del Támesis las lóbragas neblinas el sol desgarran con caliente rayo, toda la tierra, en fin, se regenera al influjo vivífico de mayo y al soplo de la fértil primavera.

Iban a dar las diez de la mañana; el portero que guarda el parquecillo de esta casa con humos de castillo, de la cual descripción amplia y lozana

acabamos de hacer, engalanado con su librea azul, está plantado a cuatro pasos del umbral afuera, mirando atento entre la doble hilera de edificios que forman la calzada si viene alguno a quien sin duda espera. En la mesa del pórtico, que entrada da a la casa y remate a la escalera, se pasea con paso medurado un hombre ya de edad, condecorado con la Legión de Honor, de rigurosa etiqueta vestido, y de lustrosa bota y guantes blanquíssimos calzados. Su cabellera es blanca: su cabeza de cabello en el centro despojada, su faz severa, perspicaz mirada, posado continente, serio traje y todo el exterior de su persona lleno de dignidad y de nobleza, le dan por importante personaje a quien su propia dignidad abona. En sus ojos se ve la inteligencia del hombre acostumbrado de la ciencia a engolfarse en el piélago profundo, y en toda su presencia la buena educación y la experiencia del hombre familiar con el gran mundo. Benevolente, la bondad se marca en aquel ojo que tranquilo mira bajo una ceja que jamás se enarca; este hombre, en fin, que confianza inspira, tiene, aun en nuestro siglo de mentira, la digna sencillez del patriarca. Es el doctor John Lees, que ha recorrido del mundo la mitad y ha atesorado cuanto el mundo científico ha sabido y lo que su experiencia le ha enseñado. Y es hombre que del uno al otro polo ha recogido de la ciencia frutos

grandes, que más secretos sabe él solo que muchas academias e institutos, y que más moribundos ha salvado que Broussais y comparsa han entrado. Tras él y por la puerta de par en par abierta, se ven en la antecámara, parados y en librea de gala, dos criados de servicio interior y una doncella de esas que hay sólo en Londres en servicio, y que por joven, elegante y bella, nadie la diera en tan humilde oficio; aunque decirse a la verdad pudiera que de la noble dama su señora es, más que servidora, compañera; pues que tiene a su vez su servidora que a su turno sus órdenes espera. A la derecha de la casa, a sombra de unos frondosos olmos y sentada de un prado artificial sobre la alfombra, se eleva independiente la cochera con su cuadra y establo, a cuya entrada un jockey irlandés y un africano negro, a su vez, esperan la llegada de quien viene, las gorras en la mano, con aquella paciencia y aire grave en que tranquilo mantenerse sabe cual ningún otro el servidor britano; todo, por fin, demuestra que se aguarda en este alojamiento cortesano a alguien que ha de venir y en llegar tarda. De repente el doctor, cuyos sentidos hizo la observación más perspicaces, se paró y tendió al aire los oídos para coger mejor unos sonidos que erraron por la atmósfera fugaces. Y un minuto tal vez no pasó entero, cuando vió que solícito el portero abrió de par en par el enverjado,

y un abrigado faetón de viaje, por seis caballos húngaros tirado y atestado de senos de equipaje, entró por el sendero enarenado que, en curva suave y ascensión ligera, conduce del cancel a la escalera.

Salió fuera el doctor de la techumbre del pórtico, y tras él la servidumbre; abrió la portezuela blasonada del carruaje magnífico un lacayo, y saltó a la escalera embaldosada un hombre envuelto en elegante sayo de viaje: era don Luis. Tras él otro hombre bajó del faetón: era Losada.

¿Necesitas, lector, que yo te nombre la mujer por los dos acompañada? Era Luz, la hermosísima habanera: pero ¡cuán diferente, cuán mudada de cuando Luz de los salones era!

De aquella Luz que conociste un día tan hermosa en la Habana, parecía la imagen material vaciada en cera; envuelta en pieles la infeliz venía, y en su extenuado cuerpo no tenía influencia vital la primavera.

Bajó ayudada por don Luis, y el suelo al pisar exhaló un ligero grito... de sorpresa tal vez, como persona que habituada al reposo, en el momento de ponerse en acción, el movimiento la causa sensación y cree un instante que su extinguida fuerza la abandona al emprender su marcha vacilante. Repuesta empero al punto, enderezóse: y como aquel que a voluntad ajena va con resignación, sino con pena, adonde al fin su voluntad inmola, melancólicamente sonrióse:

y mirando en redor con desconsuelo dijo: «hermosa ciudad, mas triste suelo». Y empezó la escalera a subir sola, mas del ascenso a la mitad paróse; a ella Losada entonces acercóse y hasta llegar arriba el brazo dióla. «Dejadla que un instante se repose», dijo el doctor John Lees, que con anhelo subir la contemplaba de hito en hito, con la fija y recóndita mirada del sabio que su ciencia ve con celo. Y aquí de ella apartándose Losada, en el pórtico mismo presentóla, con la solemne gravedad precisa de ceremonia tal en Inglaterra, al doctor Lees, que atento saludóla. Ella, con melancólica sonrisa, sacó con lentitud su mano helada de bajo de su abrigo y al doctor la tendió, con voz quebrada diciendo: «estoy, doctor, muy fatigada.» «Dadme el brazo; al salón venid conmigo» y allí amistad haremos: y si acaso, «doctor, mi vida en sus extremos frisa, «seréis mi último amigo.»

Casi una hora retirada estuvo Luz con el doctor Lees; mientras Losada la cómoda morada por él para su amigo preparada con él a solas visitando anduvo. Por fin, del comedor al peristilo del jardín asomó con Luz del brazo John Lees; ella risueña y él tranquilo, del jardín recorrieron un pedazo hasta dar con don Luis y con Losada, que sentados al borde de la fuente hacían a su vez tranquilamente dulces recuerdos de la edad pasada. Hubo entonces por una y otra parte

ofrecimientos de amistad sincera, perdurable y cordial, hechos sin arte; y establecióse pronto entre los cuatro, no una franqueza falsa y de teatro, sino de corazón y verdadera.

Lees estuvo en sus pláticas ameno, Luis de verbosidad y gracia lleno, Losada original, Luz hechicera; quedaron unos de otros encantados: verse todos los días prometieron; y Losada y John Lees, que ocupaciones tienen en sus diversas profesiones, de Luz y de don Luis se despidieron.

Y cuando aquéllos al cancel llegaron, y éstos a entrar en el salón volvieron, dentro y fuera este diálogo entablaron: a un tiempo, dos a dos, de esta manera: la dicha fué que platicar no oyeron los que estaban adentro a los de afuera.

### DIÁLOGO PRIMERO

Luz y Don Luis en el salón

DON LUIS

¿Y qué tal el doctor?

LUZ

Es un bravo hombre, de muy buen tono e instrucción extensa.

DON LUIS

¿Qué dice de tu estado?

LUZ

Que te asombre en fuerza su opinión.

DON LUIS

¿Por qué?

LUZ

No piensa como los otros él.

DON LUIS

¿Cree que te sana?

LUZ

Sola me curaré.

DON LUIS

¿Cómo?

LUZ

Con poco trabajo y sin tomar ni una tisana.

DON LUIS

O es muy sabio John Lees, o está muy loco.

LUZ

Dice que, si Dios quiere, es cosa llana sanarme con sus gotas, alimento, buen aire, buen humor y movimiento.

DON LUIS

¿Y podremos al fin ir a la Habana?

LUZ

Dependerá de ti.

DON LUIS

Por mí, mañana.

LUZ

Necesito curar radicalmente  
para volver a clima tan caliente.

DON LUIS

Mas fuerza será que éste abandonemos  
antes que en él en el invierno entremos.  
Para ponerte en síntomas mejores  
¿qué tiempo ha menester?

LUZ

Si no hay reveses  
imprevistos, o causas exteriores  
que me agraven, será de aquí a tres meses,  
cuando caigan las hojas y las flores;  
porque entonces en Cuba nos espera  
el invierno de allá, que es primavera.

DON LUIS

¡Dios misericordioso!  
Si te sana John Lees...

LUZ

No tengas duda;  
yo en la palabra de él con fe reposo.

EL POETA

¡Feliz quien su esperanza  
de ciega fe tras el baluarte esuda!  
Su esperanza a nutrir la fe le ayuda,  
y espera al menos, si jamás alcanza.

## DIÁLOGO SEGUNDO

LOSADA, EL DOCTOR, *en la puerta del parque.*

LOSADA

¿Cómo está Luz?

Muy mal: de muerte herida.

LOSADA

¿No hay esperanza alguna  
de salvarla?

EL DOCTOR

Ninguna.

Tres meses, cuando más, tiene de vida:  
las hebras que a ella la atan son tan flojas  
que caerá en el otoño, con las hojas.

LOSADA

¿Tan pronto?

EL DOCTOR

Esta es su tumba: y es tan cierta  
su muerte que, con Dante, de esa puerta

podisteis escribir en el remate:  
*Lasciate ogni speranza joh voi ch'intrate!*

EL POETA

Luz y don Luis quedaron arrobados  
 bañándose en la luz de la esperanza;  
 Losada y el Doctor desesperados,  
 al fondo de *New Road*, del brazo dados,  
 se fueron a perder en lontananza.  
 El Doctor, en los duelos ya curtido,  
 caminaba en silencio y distraído;  
 mas el pobre Losada, a quien abate  
 el porvenir de Luz, en la alma herido,  
 su pena en vano con afán combate  
 y le va resonando en el oído  
 aquel verso del Dante tan sabido:  
*Lasciate ogni speranza joh voi ch'intrate!*

ENTRE CAPÍTULOS

DIGRESIÓN LOCA DE UN POETA CUERDO

Todo esto es joh lector amabilísimo!  
 triste hasta reventar, lastimosísimo,  
 lúgubre hasta los tuétanos sin duda;  
 y si el Dios de Israel piadosísimo  
 a los dos a la par no nos ayuda,  
 para escribir y leer esta obra mía,  
 (sea dicho *inter nos* en paz y en calma)  
 éste va a ser un cuento pesadísimo,  
 capaz de hacer dormir al mediodía,  
 y de secarnos a los dos el alma.  
 Mas como le llamé cuento fantástico,  
 y en esto que se llama fantasía  
 una de las más locas es la mía,  
 en su poder omnimodo y elástico  
 puede muy bien meter mi poesía  
 lo mesurado al par con lo sarcástico,

a par con lo científico lo empírico,  
 y el libelo mordaz, acre y satírico  
 a par del panegírico encomiástico.  
 Y como según voy llegando a viejos  
 los estudios más serios más me aburren,  
 y como no tengo hecho ningún pacto  
 ni de estar serio, ni de ser exacto  
 hasta que dé a la tierra mi pellejo,  
 aquí mi narración cortada dejo,  
 aunque luego mis críticos me zurren,  
 para hacer a manera de entreacto  
 algunas reflexiones que me ocurren.

Me ocurre, pues, que en esta historia mía  
 no es, lector, lo más triste todavía  
 que el cuento sea triste; lo más triste  
 y lo que más en él se me resiste,  
 es el género atroz de poesía,  
 este género negro, alemanisco,  
 como el cielo de Hamburgo nebuloso,  
 como de origen montañés arisco,  
 que cultivamos hoy los que escribimos  
 en un país risueño y delicioso  
 y en el alegre siglo en que vivimos.  
 Hace ya algunos años  
 que los poetas melencólicos  
 en lamentar los negros desengaños,  
 las penas, decepción, adversidades  
 y otras noventa mil calamidades  
 que, a decir la verdad, jamás sufrimos;  
 y entonces en estilo gembundo,  
 con aquellas sombrías necedades  
 apestamos al fin a todo el mundo.  
 Pasó aquella epidemia de miserias,  
 mas como fuimos siempre enciclopédicos  
 los poetas, entramos en materias  
 más graves, más científicas, más serias,  
 y hoy somos anatómicos y médicos.  
 Nos dimos a estudiar el magnetismo,  
 a la magia, a la ciencia cabalística

de la adivinación y al mesmerismo; y con vena estrambótica, humorística, y atropellando a veces la gramática, fuimos a dar en la visión estática y en el espiritual sonambulismo; y logramos crear en prosa y verso una literatura aerostática, y sonambulizar al universo. Y si no ahí están Bálamo y Lorenza con Gilberto y Andrea, con los cuales, partiendo un mismo asunto en tres ramales, el buen papá Dumas hizo una trenza. Aquel género atroz, patibulario, que murió en *Buridán* y la *Lucrecia*, y que poco hoy nuestra inconstancia aprende al menos a veces divertido, porque con tanto salto y peripecia el atroz espectáculo era vario. Allí en medio de un drama funerario podía aparecer algún bandido (fuese de sociedad o de montaña), que rezara el rosario y cantara la caña; y después de uno que otro sacrilegio venial, como ir con oro o con lisonja a ganar la portera de un colegio y a robarse del claustro alguna monja, o envenenar en un convite regio a su madre con un enjuagatorio, en un vaso de agraz o una toronja, como Sancho García y Juan Tenorio, se base al fin el criminal muy serio a encerrar santamente a un monasterio si Dios no le llevaba de los santos al excelso y divino consistorio, en donde en medio de eternos cantos gozara su alma de eterno jolgorio. La cosa era moral, y cuando menos al

al débil pecador daba la idea de que piadoso Dios para sí crea a los malos lo mismo que a los buenos. Esto hicimos ayer, y todavía hay hoy quien lo haga por amor de escuela y esto es lo que yo hacía, y bogaba mi fama a toda vela; y aunque me dicen hoy que esto a mi nombrado mucho brillo, nadie puede impedirme que me asombre, y de haber hecho tal me maravillo.

El género llorón y melancólico, a lo menos en sí también tenía la ventaja que el clásico bucólico: que cuando uno dormirse no podía, y nuestros versos tristísimos cogía, y pronto, a no impedírsele algún cólico, con nuestros tristes versos se dormía. Aunque en verdad, lector, también es justo decir que los que el género estropean, no son los que le inventan y le crean con más o menos perfección y gusto; sino los que a través le manosean con parodias y plagios que dan susto. Ahí está Campoamor con sus *doloras*, que no tienen de malo más que el nombre, y que son a mi ver encantadoras poesías, flexibles y sonoras, y que puede firmarlas el más hombre. Que él, por extravagancia o por capricho, «éstas son mis *doloras*» haya dicho y haya *Doloras* hecho, fué una excentricidad, más buen provecho puesto que buenas son, sean *doloras*, y hágalas Campoamor a todas horas. Pero que haya poetas mentecatos que se den y nos den tan malos ratos por escribir *doloras* insensatas, kásidas y africanas serenatas,

sin haber comprendido el mecanismo oculto, la razón y el pensamiento de unas composiciones tan galanas que Campoamor aún hoy guarda en sí y sin saber el *crístus* del lenguaje, del origen, las reglas ni el intento con los que yo mis serenatas traje de los adores de África salvaje, es cosa que tal vez a algún amigo de Campoamor y mío dé coraje. Pero a mí, que jamás me he dado prisa para poner mis obras al abrigo de extraños o rapaces reimpresores, ni del patrio turbión de imitadores, en lugar de coraje me da risa. Y cuando en libro alguno o en diario, de nosotros amigo o enemigo, encuentro una rapsodia de un plagiario, leo, y al fin en mis adentros digo riendo: «este poeta perdulario, así al escribir *dolora* y *serenata* sobre esta literaria patarata, «lo que es *dolora* o *serenata* sabe, «que en la niña de un ojo me la clave». Lo cual quiere decir que no hay estilo ni género, sea inculto o cortesano, que no pueda tejerse con buen hilo, si cae en tejedor de buena mano; así como los géneros mejores de impaciencia han de hacer sudar el quilo en manos de plagiarios copiadotes. Pero este nuevo género sonámbulo de Dumas, padre, hijo y compañía, en que estamos metidos hoy en día, necesita en verdad algún preámbulo, antes de entrar en lleno. Sin saludar a Nasse ni a Galeno, en tal curso de amor y anatomía.

Sabrás, lector querido, que el que quiere puede morir de amor, como se muere de mal de corazón y pulmonía; y tal es hoy la literaria crisis: para morir en dramas y en novelas, en lugar de morir de parálisis, de cáncer, zaratán, hidropesía o de otras semejantes bagatelas, se mueren nuestros héroes de *tisis*.

No extrañara, lector, que sospecharas que estas extemporáneas reflexiones son hijas de las miserables pasiones que las almas pequeñas, hoy no raras, encierran en mezuquinos corazones. Ni extrañara tampoco que pensaras que me huelgo en roer reputaciones y que las de Dumas, o padre o hijo, de ver en boga y en favor me alijio. Yo sé la sociedad que el mundo puebla, que la murmuración es comidilla hoy sabrosa, y que aquí como en Castilla la calumnia se extiende cual la niebla de las grandes lagunas por la orilla; sé que calumnia no hay que en mejor cama caiga por donde quier, ni mejor pegue que la que en nombre cae de alguna fama, como al famoso la calumnia llegue. Pensar mal es común; no es muy cristiano; pero en ciertos momentos ¿quién puede refrenar sus pensamientos y más teniendo al prójimo a la mano? Un pensamiento malo no respeta nada que sobre el vulgo sobresale, y en tal calamidad no hay quien iguale a la mujer bonita y al poeta. Así que, de mis actos y opiniones puedes juzgar, lector, como quisieres, pues para eso mi libro a leer te pones, para hablar de mí y de él como te cuadre,

porque al cabo y al fin ni eres mi padre, ni responsable de mis actos eres. Por eso al decir yo que viento en popa boga la tisis hoy y el mesmerismo, no ha sido a nadie por tentar la ropa, pues la tierra en la faz me eché a mí

[mismo. En boga está la tisis; es un hecho:

lo consigno; está en boga el magnetismo, gracias al gran Dumas, que abrió su abis-

[mo: es otro hecho también: y en mi provecho al consignarlo, estoy en mi derecho.

Estos son hechos: y aunque no es mi

[fuerte andar en literarias contumelias, deben bastar, lector, a convencerte

los milagros de Bálamo y la muerte de la dama infeliz de las camelias.

Éste es el gusto que al presente priva y en él es necesario que se escriba:

no hay otro medio ni moral ni físico para andar en favor como estar tísico.

Yo, pues, que como tanto rapsodista tengo a los otros que seguir la pista

y al público ofrecer obras en masa, que parezcan cosecha de mi casa,

y que, aunque no sean mías, sean buenas para el que no conozca las ajenas;

arrastrar me he dejado por la moda; y siendo en planes de obras económico

y pescar las de los otros me acomoda; y como tengo puntas de anatómico,

abau y soy un tanto cuanto terapéutico y un poco farmacéutico,

me he procurado un caso de hemotisis para hacerte con él una leyenda que, si no te divierte, te sorprenda.

Conque, ¡oh lector!, apecha con la crisis.

Estamos en un siglo de invenciones: no todas son felices, y ésta es una; mas mi pluma no sufre parálisis; hoy se encuentran las tisis en fortuna, y allá voy *yo también* con esta tisis.

## CAPÍTULO CUARTO

### EL CANTO DEL PÉNIX

O el buen doctor John Lees hombre [muy ducho es en su facultad y sabe mucho,

o su ciencia va errada y de Luz en el mal no entiende nada.

La estación del estío va ya muy avanzada:

dentro de un mes en Londres hará frío, y si Luz no mejora,

se mantiene en su ser y no empeora. Con el carmín de la salud no brilla

la nacarina tez de su mejilla; mas Luz ni cuando sana

salud y robustez allá en la Habana rebosaba, fué nunca muy subida

de color; porque Luz tuvo la vida siempre en su corazón reconcentrada:

su sangre, al corazón siempre llamada, jamás hacia la piel fué repelida.

La hermosura de Luz no pertenece a la beldad carnal y antipoética,

cuya sangre en el cutis aparece y a quien la robustez sola embellece:

esa muere o ahita o apoplética; sino a esa otra hermosura que parece

modelada en marfil, nácar o cera, y cuya piel la sangre no enrojece.

Esa mujer ardiente y hechicera, toda vida, toda alma, que a sí misma

se da calor vivífico y que abisma dentro del corazón su vida entera; esa muere de tisis o aneurisma. John Lees preparó a Luz una bebida que toma a cucharadas, y con ella si su faz decaída la salud juvenil aun no destella, Luz no sufre, está alegre, está animada: aunque siempre está pálida, está bella; y si enferma está aún, no siente nada. El doctor y Losada visitaron a Luz el mes de mayo, día a día, y poco a poco entre los dos lograron disipar la sombría tenaz melancolía que en su oscuro aislamiento alimentaron Luz y don Luis. Entrambos se negaron a buscar sociedad en casa ajena ni a admitirla en su casa: El mas Losada y John Lees con poca pena les reunieron sociedad escasa y del doctor para el intento buena. John Lees, cuyas extensas relaciones alcanzan del gran mundo a las regiones y al mundo de las ciencias y las artes, y Losada, que en todas condiciones las suyas extendió por todas partes, fueron su casa abriendo a algunos hombres a quienes recomiendan en Europa, no el lujo de su empleo o de su ropa, sino el valor de sus famosos nombres. De esos a quienes Dios desde su infancia infunde la conciencia de su propio valer, y que importancia al mérito que Dios les dió en herencia, no dan con hiperbólica jactancia; pero de esos que siempre sobre el mundo, con su genio vivífico y fecundo, conservan inmortal preponderancia.

De esos la sociedad apetecible es siempre y la amistad indestructible; porque, de ingenio y tolerancia llenos, de alma leal y corazón sensible, para el amor y la amistad son buenos. Entre ellos dos franceses escritores de *espiritual* conversación amena, un egregio poeta, cuya vena no inspira con románticos horrores pesar y escepticismo, dos pintores célebres italianos, y dos compositores alemanes, se hicieron sus asiduos tertulianos. Muy pronto se empezaron a echar planes para hacer en tal dulce compañía agradables las horas de la noche y del día: comenzaron a ser encantadoras las de Luz, de ilusión, de poesía y amor llenas: se hicieron excursiones, por la ciudad primero, visitando sus monumentos, parques y paseos, poco a poco alargando tales expediciones, conforme la ocasión y sus deseos. Se llenaron los *álbums* de caprichos durante las *soirées*: se improvisaron con familiar deleite y entre dichos chispeantes de talento, que inundaron las almas de placer, ricas sonatas alemanas, canciones españolas, y aquellas venecianas serenatas y las napolitanas barcarolas, que cantan en la mar, a voces solas o al son de un pobre y bárbaro instrumento solamente en sus playas conocido, el gondolero pálido del Lido y el pescador de Amalfi y de Sorriento. En cuya grata sociedad, risueña

comenzó la hermosísima cubana la existencia a mirar más halagüeña y la hora de su muerte más lejana. Luz tomó, al fin, un palco de proscenio en la ópera italiana, do con su sociedad, rica de ingenio, iba a pasar tres noches por semana: gozando al par la inspiración del genio creador del maestro, y el encanto de la maestra perfección del canto. El público a la vez y los actores fijaron su atención en la figura de la mujer que, falta de colores, parecía una pálida escultura de nácar, con dos ojos brilladores como diamantes negros brasileños, a su palco entre blondas asomada, a la cual la imagen poética del hada que impera en el alcázar de los sueños o su alcázar de nubes extraída, o su visión de un alma desterrada que mora en los confines de la vida. Poco a poco Lablache, Mario y la Alboni, de uno en otro entreacto, de boca de Ronconi que de su vida dió relato exacto, aprendieron quién era aquella palidísima habanera que, cubierta de blondas y a pesar del calor envuelta en pieles, al ven salir de su palco cada noche, a la cual Venus de la espuma de las ondas, para subir a su elegante coche seguida en pos de sus amigos fieles. Pronto excitó la admiración de todos Luz, y empezó a correr de boca en boca, contado y comentado de mil modos, cuanto a su nombre y su existencia toca. Hicieron para serla presentados

insistencia no poca los leones de todos los estados: mas Losada y John Lees se mantuvieron firmes y sus ataques resistieron; siguiendo la mansión de la habanera vedada a inútil juventud ligera. Permaneció en su círculo encerrada Luz, y su sociedad privilegiada gozó, noche por noche y día a día, la escasa y escogida compañía expresamente para Luz formada por el doctor John Lees y por Losada. Luz, extender su voluntad podía hasta donde el capricho la impulsara, con tal que la hermosísima habanera sus caprichos al orden sujetara, el exceso menor no cometiera, y sobre todo, en fin, que no cantara. El canto era la fruta prohibida del jardín de su vida; abandonar el canto o la existencia de la mísera Luz era sentencia; cuya importancia nadie comprendía, al ver a la simpática habanera pálida, sí, mas viva y hechicera; pero sentencia irrevocable era que John Lees inflexible mantenía. Permitido la estaba en el piano acompañar a Flavio, el noble ibero que por éste dejó su nombre hispano, de quien no hay quien se atreva a negar la doble honra con que lleva Flavio el tenor y Flavio el caballero del teatro y del mundo el doble nombre y a Enriqueta Sontag, que de condesa fué la fortuna por salvar de un hombre a ofrecer sus talentos a una empresa; porque Enriqueta y Flavio, semejantes en la doble existencia con que viven

de nobles a la par y de cantantes, no solamente al público se exhiben en la escena: los nobles les reciben en sus salones hoy lo mismo que antes. Y Luz, que por su raza y su riqueza humos aristocráticos tenía, en el suyo a su vez les recibía. Luz, para distraerse en la tristeza en que su mal a veces la sumía, podía ocupación a su cabeza para dár a sus manos de alabastro, volver las hojas y el difícil rastro seguir sobre el papel, de nota en nota, a aquella ejecución mil veces rota por floreos y escalas imposibles para dedos y afanes que no sean de cuerpos alemanes, y en la cual los dos músicos germanos solían empeñarse a cuatro manos; mas eran con su mal incompatibles los acentos más leves, los compases más breves ejecutados con su voz; con eso John Lees no transigia: era un mandato positivo y expreso, la única condición de su contrato con Luz: en cuya cura aún esperaba, bien entendido, si jamás cantaba. Y es lo cierto que Luz, con la bebida del buen doctor John Lees y sus cuidados, mantener parecía de su vida los hilos otra vez asegurados. Luz se desesperaba alguna vez: mas el doctor la hacía notar que no cantando no tosía, y que si no tosía se curaba: y Luz se convencía y no cantaba. Una noche (era la del quinto día de agosto y ya la luna en su creciente,

como aro róto de metal lucía, alumbrando la tierra tibiamente en su cámara Luz estaba sola y no había llegado todavía su sociedad; abrióse de repente la mampara, y Losada presentó a Moriani, el tenor que mejor muerde sobre la escena, y cuya voz más hiere el alma con el tierno *madre mía* de *Lucrecia*. Moriani ya no cantaba en la escena, mas queda todavía voz en el corazón y en la garganta del tenor de *Stradella* y de *Lucía*. Luz no había alcanzado a Moriani: doquier que había ido para oírle en Italia, había llegado tarde, y el gran tenor había partido y Losada, el cual con paternal cariños los antojos de Luz de cumplir (y antojos hay de la mujer y el niño, que cumplidos por ser cuestan la vida) se dió por venturoso en poderla cumplir aquel capricho; y de Luz el estado peligroso al tenor complaciente habiendo dicho, fueron los dos a la casita aislada do está Luz a extinguirse condenada.

Para un alma de artista el arte es todo; Luz y Moriani plática trabaron y con el tono cortés y urbano modo de la alta sociedad: pero se hartaron pronto de las vacías insulseces con que la sociedad aristocrática Y se aburre por decoró muchas veces Luz, fué la que primero dió a la plática un giro familiar: de frase en frase fué la conversación, cual si viajase llevando diestramente de Inglaterra a Francia y luego a Italia; y era llano y

que una vez de la música en la tierra metidos, la cuestión concluiría por ir Luz a sentarse en el piano, y abrir ante Moriani la *Lucía*. Moriani comprendió desde el instante a qué Luz musical cantar debía, y quiso de ella sostener delante su gran reputación de buen cantante. El nombre de Moriani vive unido a tres piezas finales: de *Stradella*, de *Lucrecia* y *Lucía*; y se revela en lo que son las tres lo que él ha sido; el tenor de más hondo sentimiento que ha lanzado jamás su voz al viento. Luz preludió unos rápidos compases, cual maestra los da para un maestro, y entró Moriani en las primeras frases con aquel entusiasmo y aquel estro poético elevado hasta el delirio, llevando al estertor de la agonía, que al alma que le escucha da martirio, que ataca al corazón y que convierte en lamento mortal la melodía: por el cual le llamó la Italia entera «el tenor de la muerte», la divisa de Moriani todavía. Luz sintió de Moriani el entusiasmo introducirse en su alma, y sacudiendo el mórbido marasmo con que su mal la hundió en forzosa calma, con el alma siguió, no con la mano, de Moriani la voz sobre el piano. Y jamás el tenor cantó en la escena con más inspiración ni más ternura para una sala de entusiasmo llena, ni Luz acompañó con más ventura su propio canto cuando estaba buena. Ya Moriani callaba y de ambos la emoción se prolongaba

más que la última nota de *Lucía*; después de seis minutos aún temblaba Moriani, y Luz febril se estremecía.

MORIANI

¿La señora no canta?

LUZ

Ya no puedo.

MORIANI

¡Es lástima!

LUZ

El doctor me lo ha vedado.

MORIANI

¡Lástima!, un dúo hubiéramos probado.

LUZ

Lo probaremos.

LOSADA

No.

LUZ

Cantaré quedo.

LOSADA

No, Luz: os va a hacer mal.

LUZ. — Yo lo quiero.  
 Una vez sola  
 poco mal puede hacerme.

LOSADA. — ¡Yo os requiero  
 por vuestra propia vida!

LUZ. — Yo lo quiero.

LOSADA. — Sois muy tenaz.

LUZ. — Soy española.

LOSADA. — Dijo Luz, y a Losada repeliendo  
 sentóse en el piano:  
 y en el atril otra ópera poniendo,  
 (alma que más que la existencia aprecia  
 su existencia en el arte  
 y sin el arte su existir desprecia),  
 puso con gesto triunfador y ufano  
 ante Moriani absorto la *Lucrecia*  
 y en el teclado de marfil la mano.

Lanzóse Luz en el final brillante,  
 gloria de Donizetti; arrebatado  
 por Luz metióse el célebre cantante

en el dúo tras ella; y encantado  
 de su órgano vocal con el sonido,  
 su espíritu sentía, avasallado,  
 de su garganta música arrancado  
 para escuchar, pasársele al oído.  
 La voz de Luz, que se nutrió en su pecho  
 sin ejercicio en su pulmón guardada,  
 brotó encontrando el aposento estrecho  
 para el vigor con que brotó inspirada;  
 y al decir *era desso il figlio mio*,  
 dió a su voz tal coraje, tanto brío,  
 que vencido el prosaico Losada,  
 se quedó con el alma embebecida  
 oyendo aquella voz tan bien timbrada,  
 sin ver que con la voz iba la vida,  
 como con una hoz, a ser segada.  
 Mientras Luz derramaba por el viento  
 el magnético timbre de su acento,  
 Moriani, concluida ya su parte,  
 cantar su aria final la oía atento  
 con la atención hondísima del arte;  
 y con su voz celeste e inspirada  
 Luz abría un Edén en su aposento,  
 al alma de Moriani y de Losada.

Era el cantó del Fénix que en la cumbre  
 de la montaña ve sin pesadumbre  
 llegar su muerte: sus alientos mide,  
 y del último sol que le da lumbre  
 con su cantar postrero se despide.

Luz atacó con fe su última nota,  
 y la dió limpia y con vigor herida;  
 mas, como fuente que el temblor agota,  
 el vigor de su voz secó su vida.  
 Tosió: de sangre cárdena una gota  
 a su boca brotó descolorida,  
 y de sentido se plegó privada  
 en brazos de Moriani y de Losada.

«Miserable de mí, dijo éste al punto.  
»¡Bien decía el doctor: la culpa es mía!»  
Y pálido, a su vez, como un difunto,  
de Luz los broches con afán rompía;  
Moriani, arrodillado de ella junto,  
trémulo de terror la sostenía:  
pero su turbación cuanto más crecía,  
su solfrito afán más entorpecía.

Sus vestidos al fin rasgó Losada,  
y del corsé al tirar de la ballena,  
en el cuello de Luz, dos vueltas dada,  
de su repetición vió la cadena;  
la asió en la turbación que le enajena,  
y su repetición sacó colgada  
de sus argollas de oro: Luz tenía  
su regalo en su seno, y su existencia  
por su infalible máquina media.  
Luz su repetición no había perdido,  
descompuesto, ni roto,  
durante el largo tiempo de su ausencia  
y su tiempo por ella había medido  
siempre, leal de su amistad al voto.  
Iba, pues, la hora extrema de su vida  
por su repetición a ser marcada:

que era la idea atroz siempre temida  
por el alma aprensiva de Losada.  
Quedó un instante el infeliz, sombrío,  
su reló señalando con el dedo  
y a sí mismo diciéndose: «es el mío!»  
Y en su esencia vital sintió del miedo  
de la superstición correr el frío.

Entretanto a la vida no volvía  
Luz: Losada embargado continuaba  
por su superstición: lo cual miraba  
Moriani, que la escena contemplaba  
sin poder comprender lo que veía.  
En esto, en la antesala de repente  
voces se oyeron y rumor de gente:  
abrióse la mampara

y el doctor y don Luis, que se encontraron  
con Losada y Moriani cara a cara,  
un grito, viendo a Luz, al par lanzaron.  
No osó ninguno en el primer instante  
dar ni pedir explicación del hecho:  
mas don Luis, dando un paso hacia ade-

lante,  
dijo, de lo más hondo de su pecho  
arrancando la voz: «¡Luz ha cantado!»  
—Y se ha suicidado!

Dijo el doctor:—llevémosla a su lecho.

EL DON LUIS

¡Dios mío, qué decís? ¿Muerta está acaso?

EL DOCTOR

No: mas debo decirlo en mi conciencia;  
de su estado a la muerte hay sólo un paso:  
Luz cuenta por minutos su existencia.

EL DON LUIS

¿No hay remedio, doctor?

EL DOCTOR

Era sentencia  
de Dios; yo se lo había revelado:  
NO CANTAR, O MORIR.

TODOS  
Luz ha cantado!

Era el canto del Fénix que decide  
morir su fin cantando, y en la cumbre

del monte secular donde reside,  
del postrimero sol que le da lumbre  
con su cantar postrero se despide.

CAPÍTULO V

FIN DE TRES MUJERES

I

Septiembre empieza: pasaron  
del esto los calores:  
árboles, yerbas y florés  
empiezan a amarillear;  
no hay ya planta en cuyos tallos  
apunte un nuevo retoño,  
y empieza el viento de otoño  
por las tardes a soplar.

Aún no llueve, mas ya empieza  
el cielo azul a aplomarse,  
y empiezan a aglomerarse  
nubes oscuras en él;  
y empiezan a prevenirse  
para dejar la Inglaterra,  
los que no osan de su tierra  
sufrir el invierno cruel.

Luz, al parecer, no sufre  
visible empeoramiento;  
mas ya dejar su aposento  
no la permite el doctor  
sino sólo al mediodía,  
después y antes de las ráfagas  
con que ya el aire se enfría  
al salir y al caer el sol.

El doctor ha prohibido  
el mal estado en que se halla

revelaria; don Luis calla  
más sombrío en su dolor  
cada vez; desde la noche  
en que Luz sufrió el ataque  
primero, no hay quien le saque  
de aquel sombrío estupor.

Luz, como todo el que llega  
a su situación, se engaña  
respecto de ella y extraña  
que con tanta precaución  
se la trate; y como todo  
el que de su mal padece,  
conforme su riesgo crece  
menos de él tiene aprehensión.

Y cuanto más de su alivio  
disminuye la esperanza,  
Luz mucho más lejos lanza  
la suya en el porvenir;  
y despertándose en ella  
sus mal dormidos afectos,  
la alimenta con proyectos  
ya imposibles de cumplir.

«Ya pronto, dice a Losada  
»que es quien la hace compañía,  
»ya pronto llegará el día  
»de volver a aquel país  
»delicioso en que he nacido,  
»a aquella Isla perfumada  
»con la cual no tienen nada  
»comparable esto y París.»

Esto llama Luz a Londres,  
con cuyo cielo sombrío,  
luz tibia y pálido estío  
no se ha avenido jamás.  
Luz repugna por instinto

la Inglaterra, porque en ella  
abrió Dios ante su huella  
su sepulcro nada más.

Y ahora que sus facultades  
mentales se van haciendo  
más claras, según perdiendo  
va existencia material:  
ahora que su alma está próxima  
de su cuerpo a desprenderse,  
del cielo para volverse  
a la patria espiritual,

van brotando sus memorias  
en su mente más poéticas,  
y visiones va proféticas  
evocando su ilusión;  
de su ser se va despojando  
de todo instinto terreno,  
sólo lo bello y lo bueno  
conservando el corazón.

Así que ahora se complace  
Luz a solas con Losada  
la poesía pasada  
de su vida en evocar,  
y despliega ante él el rico  
panorama de esperanza,  
que en sus delirios alcanza  
su ilusión a divisar.

«Ved, Losada»,—le decía  
mirando a su parque un día  
por la ventana—, «ved esa  
yerba que creéis que igual  
no la brota tierra alguna:  
»pues eso es un musgo enano  
»allá en el campo cubano;  
»eso en Cuba es un erial.

«Allí no nace una yerba  
»que a sus vivientes felices  
»no dé en tallos o en raíces  
»suculenta nutrición;  
»allí el árbol más estéril  
»que a Dios hacer brotar plugo,  
»está de sabroso jugo  
»henchido hasta el corazón.

«Las yerbas allí son yuca  
»fresca, ñame nutritivo,  
»el tabaco productivo,  
»la caña rica de miel,  
»el cañete aristocrático  
»y la piña perfumada,  
»que nace ya coronada  
»como reina del plantel.

«Los árboles allí ofrecen  
»al hombre ya prevenida  
»la nutrición, la bebida,  
»en su fruto natural:  
»el rojo mamey, el mango  
»suave, el plátano abundante,  
»y la esbelta, la elegante  
»cimbradora palma—real.

«Quien de los campos de Cuba  
»no conoce la riqueza,  
»que vió la naturaleza  
»no puede decir jamás.  
»Los poetas entusiastas,  
»cuando cantarla han querido,  
»jamás pintarla han podido,  
»siempre se han quedado atrás.

«Venid allá con nosotros,  
»Losada, y haréis conmigo  
»por esos campos que os digo

una tras otra excursión;  
 «y en aquella tierra pródiga  
 de deleites y de frutos,  
 las horas serán minutos  
 en vuestra repetición.»

Losada oía arrobado  
 la descripción hechicera  
 que le hacía la habanera  
 de la Antilla en que nació:  
 mas del cielo de ilusiones  
 donde le elevó su cuento,  
 el último pensamiento  
 de Luz le precipitó.

«Venid conmigo, Losada,  
 «venid a tierra tan bella»...  
 Como si pudiera ella  
 volver a Cuba jamás!  
 «Las horas serán minutos  
 en vuestro reló...» ¡y debía  
 contar los de su agonía!  
 su repetición no más!

Losada se puso pálido:  
 la esperanza en que se goza  
 Luz, el alma le destroza;  
 y presa su corazón  
 de la fe supersticiosa  
 por Losada en él nutrida,  
 tembló oyéndola a su vida  
 unir su funesto don.

Él callaba; como siempre  
 pálida, pero risueña,  
 con su mirada halagüeña  
 Luz, en silencio también  
 le contemplaba, a su modo  
 su silencio interpretando,

y de Cuba imaginando  
 que sueña con el Edén.

¿Os halaga el pensamiento  
 de ir a Cuba?

LOSADA

¡A Dios, pluguiera!  
 Diez años de vida diera  
 por ir a Cuba con vos.

LUZ

Vámonos, pues.

LOSADA

¡Imposible.

LUZ

Seis meses allá estaremos.

LOSADA

¡Ojalá! mas no podemos,  
 Luz.

LUZ

¿Quién nos lo impide?

LOSADA

Dios.

A su pesar de la lengua  
 y el corazón a Losada

se le fué el «Dios» Luz, turbada, y  
con asombro le miró;  
él, viendo al punto el peligro  
de que a penetrar llegase  
el sentido de su frase,  
a añadir se apresuró:

LOSADA

«Dios cuna, hogar y familia  
me dió en este continente;  
intereses tengo y gente  
que en él dependen de mí;  
Dios me prohíbe de Europa  
salir: aquí está mi cuna,  
mi familia y mi fortuna:  
mi tumba ha de abrirse aquí.»

LUZ

¡Moriremos separados!

LOSADA

¿Quién sabe?

LUZ

«Sí: ya está escrito  
mi sino; yo necesito  
mi luz y mi aire natal.  
En el paquete de octubre  
volveremos a la Habana;  
yo, cual la palma cubana,  
vegeto al sol tropical.»

LOSADA

«Más vale, Luz, no hablar de eso;  
mas cómo ha de ser preciso,

Luz, que sea el paraíso  
el sitio do vayáis vos;  
solamente os recomiendo  
que me tengáis en memoria  
doquier que esté vuestra gloria,

LUZ

Siempre: no permita Dios  
que yo jamás os olvide;  
a más que imposible fuera  
aunque yo misma quisiera.

LOSADA

¿Por qué?

LUZ

«Porque siempre va  
conmigo quien hora a hora  
a mi memoria os recuerda;  
no hay miedo de que yo pierda  
vuestro recuerdo: aquí está.»

Dijo; y sacando del seno  
la repetición colgada  
de su cadena, a Losada  
risueña Luz, la mostró.

Él, de su mano tomándola,  
con su reló confrontándola  
y exacta con él hallándola,  
dió un suspiro y continuó:

LOSADA

¿Marcha bien?

LUZ

«Veni, veni. Con los cronómetros  
un minuto no discrepa.»

¿Nunca varió?

—LUZ: Jamás le faltó la cuerda?

—LUZ: Jamás, por el día que me llevo siempre en el pecho: de noche, al cerrar mi lecho.

—LUZ: Porque muy supersticiosa soy, y a veces imagino que va unido mi destino con vuestra repetición. Mientras su volante siento de mi corazón encima, que su movimiento anima el de mi corazón.

—LUZ: ¿La estimáis mucho?

—LUZ: Por ella y por vos; es una prenda de la cual sólo haré ofrenda a mi marido o a Dios.

Mis días conté por ella; doquier que Dios tumba me abra. Aquí de Luz la palabra cortó un acceso de tos.

Y ya cuando, al caer la noche o al rayar la luz del día, a la desdichada tosía, quedaba en cansancio tal sumida, que era preciso darla un punto de reposo; el punto más peligroso de las crisis de su mal.

Y ella sola lo ignoraba: en uno de esos instantes, un ataque de tos, un síntoma más alarmante debían aparecer; por cuya razón Losada y el doctor, que lo sabían, a darlo auxilio acudían cuando la oían toser.

Don Luis y el doctor entraron al cuarto en que con Losada estaba Luz: mas, pasada la tos, repuesta otra vez la hallaron; sólo tenía, del esfuerzo que había hecho, un poco agitado el pecho y un poco roja la tez.

Pasó septiembre: el otoño va con el sombrío octubre corriendo; el cielo se cubre de nubes: ciñe en redor el horizonte la niebla.

que en llovizna se resuelve,  
y el aura fresca se vuelve  
vendaval asolador.

Está expirando el crepúsculo  
de un día opaco: se cierra  
la noche sobre la tierra  
amenazando huracán:  
El cierzo va ya los árboles  
desnudando hoja por hoja,  
y al espacio las arroja  
por donde perdidas van.

Luz reposa en su aposento,  
después de haber arrojado  
un ataque muy violento;  
de los que tuvo, el mayor.  
Don Luis, John Lees y Losada  
están torvos y callados  
en el salón agrupados  
en torno del velador.

Losada tiene los ojos  
húmedos fijos en tierra:  
el doctor John abre y cierra  
un libro que ante él está,  
sin conciencia de lo que hace:  
mientras a algún pensamiento  
que le está dando tormento  
vueltas en su mente da.

Don Luis, el semblante lívido,  
los ojos desencajados  
sobre la mesa clavados,  
y una mano en cada sien,  
por coger está luchando  
sus pensamientos perdidos:  
y todos tres, distraídos,  
ni se miran, ni se ven.

El viento zumba por fuera  
rasgándose en las persianas  
de las cerradas ventanas,  
y, con la lluvia que cae,  
en remolinos sonoros  
lanza contra las vidrieras  
puñados de hojas ligeras  
que de los árboles trae.

Don Luis alzó de repente  
su cara desencajada,  
soltando una carejada  
entre histérica y feroz;  
y encarado bruscamente  
con el doctor y Losada,  
dijo con vista extraviada  
y descompasada voz:

«Creo que éste es el momento  
de que yo os cuente una historia,  
que atormenta mi memoria  
y me prensa el corazón;  
tanto más cuanto que espero  
que esta historia, que envenena  
mi corazón, de esta escena  
os daré una explicación.»

Losada y Lees, con asombro,  
las palabras escucharon  
de don Luis, y no acertaron  
su sentido a penetrar;  
mas él añadió, cobrando  
su aire mesurado y serio  
habitual: «Es un misterio  
cuya llave os voy a dar.

«Escuchadme.—Por un doble  
e instintivo movimiento,  
adelantaron su asiento

para oír Losada y Lees:  
y de tener satisfecho  
su curiosidad atenta,  
en voz baja, triste y lenta,  
contó esta historia don Luis:

«Era yo mozo: mi padre,  
muerto hacía pocos meses,  
de cuantiosos intereses  
me dejaba sucesor.  
Mi débil madre, en el pecho  
por el mal de Luz herida,  
cifraba en mí de su vida  
la esperanza y el amor.

«Mi padre fué un hombre duro,  
virio, inflexible y severo,  
que creado el mundo entero  
para servirle creyó.  
Mi madre fué siempre esclava  
de su voluntad de hierro:  
un verdugo y un encierro  
fué lo que en mi casa halló.

«Consumida su alma débil  
por su eterna pesadumbre,  
vivió por fuerza y costumbre  
en una eterna ansiedad:  
y aquella angustia perpetua  
en que a vivir se había hecho,  
germinó, al fin, en su pecho  
su mortal enfermedad.

«Dios nos dejó un día libres;  
yo que, desde que era niño,  
nunca a mi padre cariño  
engendré, sino temor,  
val entierro de mi padre  
asistí casi sin pena:

«mi madre era una alma buena,  
y lloró por su señor.

«Mas las almas buenas nacen  
para arrostrar en la tierra  
una vida que no encierra  
para ellas más que pesar.  
Yo había visto a mi madre  
querida, mas no estimada,  
sujeta y nunca acatada:  
no la supe respetar.

«Hijo único, de carácter  
indómito a todo yugo,  
de mi madre no me plugo  
soportar la autoridad;  
y sin resistencia abierta,  
mas con firmeza heredada,  
la suya fué dominada:  
al fin por mi voluntad.

«La infeliz, al quedar viuda,  
sólo cambió de verdugo:  
pudo aligerar su yugo,  
mas no le pudo romper.  
La sociedad tendrá un día  
que dar cuentas al Eterno,  
de este vasallaje interno  
con que humilló a la mujer.

«Y los padres que a su esposa  
a que respeten sus hijos  
no acostumbran, con prolijos  
pesares lo pagarán  
en su raza: de su madre  
los que la ley no respeten  
y a ella no se sujeten,  
infelices morirán.

«Yo fui mal hijo: no importa  
 «que mi padre sea el culpado  
 «de mi falta; mi pecado  
 «su castigo ha de tener.  
 «Mi padre habrá respondido  
 «por sí; de su mal ejemplo  
 «no puedo yo inmune templo.  
 «para mi delito hacer.  
 «Yo era mozo, y de una herencia  
 «pingüe poseor hallándome,  
 «me eché al mundo presentándome  
 «con un espléndido tren.  
 «De mi estirpe la nobleza,  
 «mi educación, mi riqueza  
 «sobre todo, al mundo hicieron  
 «que me recibiera bien.  
 «Aunque no olvidé en el mundo  
 «de mi hacienda los negocios,  
 «en sus criminales ocios  
 «todas mis rentas gasté:  
 «me apegué a sus vanidades,  
 «sus deleites y artificios,  
 «y al fin de todos los vicios  
 «del lujo necesité.  
 «Mas yo era joven: mi alma  
 «no estaba aún corrompida,  
 «y en el juego de la vida  
 «la arriesgué sin precaución,  
 «y la perdí. Fui una noche  
 «a un teatro, y en su escena  
 «cantar oí a una sirena  
 «que encantó mi corazón.  
 «Del poder de las pasiones  
 «mundanas, la mayor parte

«le ejerce el poder del arte  
 «y el poder de la ilusión.  
 «Hombre de arte; amé a Almerinda  
 «bajo el poder del encanto  
 «de su gracia, de su canto  
 «y de su reputación.  
 «Los frenéticos aplausos  
 «de dos mil espectadores,  
 «las coronas y las flores  
 «que llovían a sus pies,  
 «embriagaron mi alma virgen;  
 «tomé el oropel por oro,  
 «y busqué en su alma un tesoro,  
 «con mi honor dando a través.  
 «Seguí y perseguí a Almerinda,  
 «la envié magníficos dones:  
 «debajo de sus balcones  
 «cien serenatas la di.  
 «Las puertas de su casa ella  
 «abrió a la opulencia mía;  
 «y yo, ¡insensato!, creía  
 «que me la abría a mí.  
 «Yo la di con todo mi oro  
 «mi corazón todo entero;  
 «ella, actriz, por mi dinero  
 «representó una pasión;  
 «y en un año de delirio,  
 «me dió... los viles placeres  
 «que pueden dar las mujeres  
 «que nacen sin corazón.  
 «Del año al fin, de un invierno  
 «crudo en una noche fría,  
 «me asaltó una pulmonía  
 «de su mansión al salir.  
 «Luché más de tres semanas

«brazo a brazo con la muerte;  
«al cabo fui yo más fuerte  
«que el mal, y torné a vivir.

«Curé de mi pulmonía,  
«mas no de mi amor funesto;  
«apenas me vi repuesto,  
«volví a mi amor con afán.  
«Busqué a Almerinda: ya había  
«partido: ¡me quedé yerto!,  
«partió, dándome por muerto,  
«con otro feliz galán.

«Yo estaba ciego y demente  
«por mi pasión; de tal modo,  
«que atropellando por todo  
«seguirla determiné.

«Los celos me devoraban:  
«nadá más que a ella veía  
«en el mundo. Al caer el día  
«a partir me preparé.

«Mi madre infeliz, a fuerza  
«de velar junto a mi lecho,  
«sintió hacérsela en el pecho  
«su antigua tisis mortal:  
«lloró, rogó, mandó: inútiles  
«fueron el mandato, el ruego  
«y el llanto: yo estaba ciego  
«por mi pasión criminal.

«Lancéme en pos de Almerinda;  
«dejé en su lecho postrada,  
«a mi madre abandonada,  
«y hacia Nápoles corrí  
«desatinado. Conciencia,  
«honor, todo lo inmolaba  
«a ella. ¡Satanás estaba  
«apoderado de mí!

«Llegué a Nápoles. El público  
«allí a Almerinda aplaudía,  
«y allí con ella tenía  
«a mi dichoso rival.  
«Les vi salir del teatro,  
«él ciego, ella descuidada;  
«les seguí, y de su morada  
«tras ellos pasé el umbral.

No sé lo que hice: el insulto  
«debió ser grande; un momento  
«después, detrás de un convento,  
«nos hallábamos los dos  
«espada en mano. El combate  
«duró un punto..., acaso nada;  
«yo le dejé, con mi espada  
«cruzado, a merced de Dios.

«Subí a casa de Almerinda,  
«y de ira y de celos negro,  
«Le maté, dije. —Me alegro,  
«respondió con frialdad:  
«Ya no le quedaba un céntimo,  
«y estaba ya decidida  
«a darle una despedida  
«como la tuya. Maldad

«semejante, sangre fría  
«tan bárbara, heló la mía:  
«y cuánto amor la tenía  
«sentí cambiarse en horror.  
«Ella añadió: «Si habéis muerto  
«a ese hombre, dejad mi casa  
«antes que de lo que pasa  
«se entere el gobernador.»

«Desgarróseme la venda  
«que hasta allí me había cegado:  
«de mi posición horrenda

«comprendí la realidad;  
 «enamorado de un monstruo  
 «a quien juzgué ángel divino,  
 «iba a ser por asesino  
 «preso en extraña ciudad.

«Se me agolpó a la memoria  
 «toda mi vida pasada:  
 «mi hacienda dilapidada  
 «por tan infame mujer,  
 «mi honor manchado, mi madre  
 «abandonada... y hubo un punto  
 «en que creí que era asunto  
 «para mí de enloquecer.

«Miré a Almerinda: la infame  
 «me miraba sonriendo,  
 «tal vez mi angustia leyendo  
 «con placer sobre mi faz.  
 «Yo, sintiendo de repente  
 «horror de ella y de mí mismo,  
 «me libré de aquél abismo  
 «que iba a sorberme voraz.

«A aquella mujer malvada  
 «de mi amor vi tan indigna,  
 «que ni aún la tuve por digna  
 «de mi venganza. Volví  
 «a embosarme, avergonzado  
 «de mi amor y mi demencia,  
 «y a paso precipitado  
 «de su casa me salí.

«Volví a entrar en mi posada,  
 «pagué al huésped mi hospedaje,  
 «y volviendo mi equipaje  
 «en mi maleta a encerrar,  
 «aguardé la luz del día:  
 «y en el vapor que salía

«para Marsella a las siete,  
 «me hice en silencio a la mar.

«Volaba sobre las ondas  
 «el vapor; mas mi conciencia  
 «me quemaba de impaciencia  
 «y de miedo el corazón.  
 «Mi tragedia de Almerinda  
 «había sido mi escarmiento,  
 «e iba en mi arrepentimiento,  
 «a volverme a la razón.

«Me resolví a consagrarme  
 «de mi madre a la ventura,  
 «y a convertir su amargura  
 «en calma y felicidad  
 «mientras viviera. ¡Insensato!  
 «¡Como si Dios no existiera,  
 «o impune dejar pudiera  
 «en la tierra mi maldad!

«Llegué a mi casa de noche.  
 «Ni luz, ni rumor de gente  
 «percibí en ella: indolente  
 «dormía en su habitación  
 «el portero; llamé airado  
 «dos veces: con desagrado  
 «contestó, y abrió turbado  
 «al conocerme, el portón.

YO

«¿Mi madre está ya acostada?

ÉL

«Y no hay miedo que despierte.

YO

«¿Por qué?

ÉL

«Porque está enterrada

diez y siete días ha.

«Aquel golpe era muy fuerte:

«a su atroz sacudimiento,

«caí sin conocimiento.

«Así Dios sus golpes da!

«Mi madre murió llamándome:

«y no faltó quién la dijo,

«que la abandonaba su hijo

«por ir tras una mujer.

«Entonces aquel espíritu,

«que en perpetuo sufrimiento

«una vida de tormento

«pasó sin ningún placer,

«dejó escapar de su vida

«por las pesadumbres rota,

«de hiel una amarga gota...,

«y sobre mí la vertió!

«Mi madre dijo impaciente:

«Permita Dios que esa infame

«y cuantas mujeres ame,

«mueran como muero yo!

«Dios la escuchó, y a su fallo

«es forzoso que me rinda:

«así se murió Almerinda,

«y así Luz se morirá.

«No es el momento oportuno

«de traerlo a la memoria?

«El misterio de mi historia

«habéis comprendido ya?

«Fui mal hijo: de mi estirpe

«solo soy; no hay esperanza:

«en mí ha de caer la venganza

«de mi madre y de mi Dios.

«He amado a dos mujeres;

«fuerza es que para ambas haya:

«fuerza es que arrastrada vaya

«la virtud del vicio en pos.»

Dijo don Luis: y dejando

el velador bruscamente,

fué a la ventana de enfrente,

abrióla con rapidez,

y sacando el busto fuera,

con afán calenturiento

se puso el húmedo viento

a aspirar con avidez.

LOSADA

Doctor, ¿no teméis que ese hombre  
tenga el juicio trastornado?

JOHN LEES

Si es verdad lo que ha contado,  
que enloquezca es natural.

LOSADA

¡Dios mío! Entonces...

JOHN LEES (*interrumpiéndole*)

Es claro:

ya veis que él mismo lo dijo:

Dios es justo, y el mal hijo

no es feliz y muere mal.

Quedó Losada espantado  
del doctor viendo la calma,

y en el fondo de su alma sintiendo la exactitud de su observación terrible. En esto, un soplo de viento asaltando el aposento desgarró del gas la luz.

El vendaval comenzaba a hacerse huracán bravo: don Luis con el viento frío templaba su ardor febril en la ventana de pechos, y sin ver que el viento a que abría paso, le descomponía el aposento gentil.

Flotaban los cortinajes de sus pabellones sueltos, y los papeles revueltos comenzaban a volar arrancados de las mesas, y del gas las llamaradas, espiraban sofocadas y volvían a brotar.

Losada y John Lees, absortos con la lúgubre memoria de aquella tremenda historia que acababan de escuchar, o tienen su pensamiento fuera de alcance del viento, o a don Luis dejan de intento con él su fiebre calmar.

En la espectación fatídica de este silencio anhelante de una iglesia protestante situada en la inmediación se oyó al reló dar las siete;

cuyas siete campanadas fueron a perderse ahogadas del vendaval entre el son.

Mas una furiosa ráfaga, lanzándose por la abierta ventana contra la puerta del cuarto de Luz, la abrió del quicio desencajándola con estrépito violento, y de Luz al aposento revoltosa penetró.

Losada y Lees por afuera, y de Luz la camarera por dentro, se abalanzaron a cerrarla: mas fué ya tarde; la ráfaga helada mató la vela y, el lecho sofaldeando, azotó el pecho de Luz que dormida está.

Sintió la enferma, del viento por la fría bocanada, desaparecer cortada su febril transpiración, y sintió que, al ser por ella de muerte en su cuerpo herida, su postrer soplo de vida se la iba del corazón;

y exhaló un hondo gemido que resonó en las tinieblas de todos en el oído con un terrifico son. «¡Luz! ¡Luz!»—dijeron a gritos todos los que al aposento llegaban, y hubo un momento de angustia y de confusión.

Dejó don Luis la ventana abierta al  
y entró con una bujía encendida y  
el último: Luz tosía, y se cubrió  
pero con esfuerzo tal, que se cubrió  
con crispación tan violenta, que  
con tan seca y convulsiva respiración  
tos, que por momentos iba  
desfalleciendo mortal.

Al fin del acceso, exánime  
dijo: «ese viento me ha muerto!»  
Y Luz el semblante yerto  
sobre su pecho dobló.  
Ya era cadáver. Entonces  
don Luis con cóncavo acento  
dijo: «¡la ha matado el viento,  
y abrí la ventana yo!»

Y sobre Luz sin sentido  
doblándose hacia adelante,  
pareció por un instante  
que estaban muertos los dos.  
Lees dijo quedo a Losada:  
«Si ahora le quitara el juicio,  
era el mayor beneficio  
que podía hacerle Dios.»

Audió a don Luis el médico:  
y acercándose Losada  
a Luz, al cuello cogida  
la halló su repetición.  
Teníala entre sus manos  
enclavijadas asida,  
y con ella comprimida  
encima del corazón.

Sacóse la, y con asombro  
vió que se había parado  
cuando Luz había expirado.

Notar se lo hizo a John Lees,  
y éste dijo: «¿quién acierta  
«los juicios de Dios? Parada  
«la repetición, Luz muerta.

«Y... ¡mirad!... loco don Luis,  
«Y era así: pasó el letargo  
por el cual fué acometido  
don Luis, mas volvió sumido  
en insana insensatez.  
Le hablaron, mas no obtuvieron  
respuesta de él; le pusieron  
ante Luz, y contemplóla  
con profunda estupidez.

Ante esta doble catástrofe  
sintió Losada espantado  
su cuerpo paralizado  
por el frío del terror:  
al fin, volviéndose al médico,  
el cual como hombre de ciencia  
lo ve con indiferencia,  
dijo: «Y ahora, doctor,  
«¿qué hacemos?»

LEES

Tiene muy poco  
que discurrir: dar al loco  
una jaula en Bedlam, y a ella  
un sepulcro en el panteón.

LOSADA

¿Y su hacienda?  
Lees

Administradla  
vos, por si él vuelve en su acuerdo,  
y de ella como recuerdo  
guardad la repetición.

## CAPÍTULO VI

## LAS SIETE

Cuando en su tumba Luz quedó ente-

[rrada,

cuando a Bedlam don Luis fué conducido y se volvió John Lees a su morada, solo a la suya se volvió Losada

en el silencio y el dolor sumido, y encerrando sus penas en su pecho volvió a ocupar su camarín estrecho. Mas ya no abrió el balcón que da a la

[tienda:

se negó a recibir cartas, amigos y compradores: encargó su hacienda a un dependiente fiel, y sin testigos un día y otro se pasó encerrado, o a su dolor recóndito entregado, o dado a algún trabajo misterioso, en cuya ardua labor nadie le ayuda y que exige sin duda

misterio, soledad, calma y reposo. De la casa el rumor durante el día que se oyera el rumor de su trabajo por fuera de su cámara impedía; mas de su oculto camarín debajo trabajar por la noche se le oía.

Alguna vez la gente de su casa, que en la impaciencia y la inquietud se

[abraba

la causa por saber de tanta pena y el misterioso afán de tal faena, venía en la alta noche de puntillas a escuchar desde el pie de la escalera apoyada en las verdes barandillas: por el doble interés, a lo que creo, de afección natural y verdadera, y porque a todos hace en el deseo

la natural curiosidad cosquillas, y allí en la oscuridad, hombro con hombro, reteniendo el aliento,

oían con asombro arriba, en el recóndito aposento de Losada, el metálico sonido por su trabajo oculto producido.

El son del esmeril y el torniquete no les extraña al alma ni al oído, pues es un son para ellos conocido: mas lo que miedo al corazón les mete es oír un reló que da las siete, y después un tristísimo gemido que dan en el cerrado gabinete, siempre tras de la siete repetido.

Al principio juzgaron que el lamento tras de los siete golpes exhalado, era un rumor que producía el viento por los tubos del gas encañonado o metido en la hueca chimenea;

pero después que repetir le oyeron una vez y otra vez, se convencieron, (con el terror que la ignorancia crea de lo que no se sabe lo que sea), que era un gemido lúgubre, profundo, de un ser humano que se va del mundo, y que, al partir, con el dolor pelea.

La voz era tristísima: el lamento más vital que el gemir del vago viento: era de una mujer, que el mundo deja, la postrimera y temerosa queja: era la voz de un alma que, arrancada por fuerza de su cuerpo, lastimada parte, y de él despidiéndose se aleja: el son era fatídico, hondo, interno, triste como el graznar de la corneja, y présago tal vez de un mal eterno, no era de voz por el mortal creada;

tenía algo del cielo o del infierno y salía del cuarto de Losada. El artifice torvo, cada día cuando a comer del camarín salía, más sombrío más y más preocupado, más pálido y más flaco parecía. Su familia asombrada enflaquecer con miedo le veía cada vez más curiosa y asustada: mas si le preguntaban «¿qué tenía?» respondía no más: «no tengo nada», y cabizbajo al camarín volvía. La historia comenzaba a traslucirse de su casa por fuera, por entre los amigos a esparcirse y en la murmuración a introducirse, y pasto ya de las calumnias era. Porque en la sociedad en que vivimos, aunque cristianos por bautismo somos, si entre manos a un prójimo cogemos, al punto en que con él en tierra dimos, o le rompemos con placer los lomos o echamos sobre la honra que le vemos injurias y calumnias en racimos. Y así es la sociedad: asombradiza de aquello que no sabe ni conoce, ciega anatematiza toda acción de infeliz que vida goce y que con ella en misterioso roce presente al parecer o faz postiza o en penumbra al pasar su faz emboze. No se toma el trabajo de sondar la verdad, no profundiza las apariencias; al que cae debajo, como vea algo en él que no comprenda, lo interpreta de modo que le ofenda, por hecho se lo da, le satiriza, por ello, cae sobre él, le martiriza, no le deja tenaz que se defienda,

con cobarde placer le descuartiza y la reputación le pulveriza. Tal es la sociedad. ¡Vamos andando! Así por lo que el vulgo a hablar comienza, la sociedad tomándolo a vergüenza de Losada a hablar mal va comenzando. Se comienza a decir que una habanera hermosa y mal casada por él a su marido fué robada; y en una quinta, de la villa fuera, la hizo vivir como en su harén Losada; que volvió de la Habana su marido y que, habiendo celoso descubrió de la hermosa criolla su morada, él fué en un duelo por Losada muerto y la hermosa infeliz envenenada. Los más caritativos dicen que el habanero estaba loco y la habanera física: por lo cual de su muerte los motivos jugos no fueron a su ser nocivos, sino que la mató dolencia física: y que el marido, enloqueciendo a poco por voluntad de Dios, no por horrenda pócima venenosa administrada, de la ocasión se aprovechó Losada para cargarse de ambos con la hacienda. Mas la murmuración no sabe nada: quien dice la verdad es mi leyenda, que es quien está del tiempo en la memoria de consignar los hechos encargada; vamos, ¡ pues, adelante con mi historia! Losada dejó al fin su gabinete, si no gordo y rollizo, con color rubicundo y gran moffete, porque siempre fué flaco y Dios le hizo con cara de color algo cobrizo, con sereno semblante, como el que tiené de su Dios delante

su conciencia tranquila y con segura planta el mundo cruzar puede arrogante; como quien, tolerante, no se cura de lo que hace sin él su semejante, ni orientarse procura al de lo que de él la sociedad murmura. El hombre de arte en su trabajo vive: sus pesares y afán con él olvida, y en el placer que al trabajar recibe regenera su ser, nutre su vida. Losada así, después de concluida alguna obra difícil, cuyo empeño soledad y silencio le ha exigido, de él alejando el apetito y sueño, salió del camarín con faz serena y de satisfacción el alma llena, y volvió a su almacén a ver en calma si en sus máquinas guardan sus relojes la misma rectitud que él en su alma. El día aquel, para las cuatro en punto, había el doctor Lees sido invitado a comer: como inglés, por decontado que la puntualidad era un asunto de honor para John Lees; cuando faltaba un minuto no más para las cuatro, John Lees el picaporte levantaba lo mismo que en las citas del teatro. La comida fué simple; Lees se asoció continuamente a su festín diario, y Losada con Lees nada negocia mesa para ostentar de millonario. Pulcritud, buen jerez, salmón de Escocia, buen roastbeef, pan francés, marisco vario, café, azúcar y puros de la Habana, decoro inglés, franqueza castellana, esto fué lo que hubo en la comida, que es lo que da Losada a quien convida. Eran las seis, y en plática sabrosa con el tabaco y el café seguían

aún Losada y John Lees de sobremesa los dependientes iban y venían: la noche se iba haciendo más espesa: los criados el gas les encendían. «Doctor, ¿tenéis por iros mucha prisa?» Tras un espacio a Lees dijo Losada: Lees respondió: «no tengo que hacer nada».

LOSADA  
Pues luego os llevaré a mi gabinete.

LEES  
Cuando queráis.

LOSADA  
Más tarde: subiremos pocos momentos antes de las siete.

LEES  
Pues fumemos en tanto.

LOSADA  
Pues fumemos.

Y encendiendo otro puro, y aspirando del café y del tabaco la aromática esencia, reanudaron esperando Losada y Lees la interrumpida plática. En el reló que el comedor decoraba se oyeron dar de la marcada hora los tres cuartos al fin: y levantándose, cuando gustéis, doctor—dijo Losada— el doctor le siguió sin decir nada, y al camarín subieron, encerrándose.

Mas entremos, lector, porque el poeta no tiene para ti puerta cerrada, cuarto sin luz, ni habitación secreta; su pluma es una luz que arde constante para ti nada más iluminada: sígneme, yo te alumbró por delante.

II

Sobre un aparador de palo-rosa mostró a John Lees Losada, una caja de sándalo olorosa de incrustaciones de marfil orlada y con un velo de crespón tapada. Su tamaño sería de media vara en cuadro, y apretando se abría un botón que a su tapa se veía pasar desde una faz por un taladro. El conductor del gas que el cuarto alumbró prendió y puso Losada de manera que de lleno en la caja su luz diera, que es como a colocársele acostumbra cuando un reló, que con afán se espera y para el cual el día no ha bastado, por la noche a montar se ve obligado. Quedó la caja misteriosa entera por el gas alumbrada por encima, mientras John Lees para que se abra espera a que Losada su botón oprima. Lees sin trabajo adivinó al instante que en la caja un reló se contenía, porque el rumor medido de un volante sonar adentro y a compás se oía, mas, como inglés, inmóvil no mostraba curiosidad alguna ni impaciencia, mientras en excitárselas gozaba con gran placer el hombre de la ciencia. Éste apretó el botón: saltó la tapa,

y al percibir lo que su tabla cubre, con un ¡oh! que del pecho se le escapó el buen inglés su admiración descubre; y es digno a fe de admiración tan franca lo que al doctor su exclamación arranca.

Es un paisaje de marfil como esos que nos vienen en cajas de la China, y que el saber de Europa no imagina cómo pueden llevar hasta allá, iberos en su fragilidad tan peregrina. Aquel paisaje ebúrneo representa la gótica catedral por su fachada principal: en su pórtico se ostenta la preciosa labor filigranada, graciosa y complicada, con que el gótico estilo se ornamenta. Sus estatuetas mil, sus mil pilares rematados en dobles capiteles, sus ligeros y arqueados botareles y construidos al aire: sus dispares y torrecillas y esbeltos chapiteles calados: las guirnardás y festones de frisos, arquitrabes y repisas, de mascarones, arcos y cornisas, vidrieras y estrellados rosetones, todo está con primor de alto relieve hecho, mas todo al aire, todo levanta cual la espuma que el mar alza en sus

pliegues, cual el matinal celaje, cual los pliegues flotantes de las blondas de una mantilla de flamenco encaje. De aquella catedral en el labrado muro, que representa el diestro lado de la sagrada nave, hay una fuente en nácar esculpida, extremada en adornos cuanto cabe en obra por mortales concebida.

El dibujo sutil de aquella fuente, y

que forman solamente un caño abierto en la pared, que mana y una cóncava taza, recipiente del líquido sonoro y transparente, es de un gusto ideal y de galana ejecución: entre un festón de flores microscópicas de oro hechas de esmalte verde, morado, azul, carmín y grana para que la orla en el marfil resalte copiando de sus hojas los colores, el frontis de la fuente que murmura un primoroso medallón decora que encierra una preciosa miniatura cuya vista los ojos enamora; concluida y suavísima pintura en cuya carnación no se percibe la huella del pincel ni de la mano, y que parece que respira y vive y que interior vitalidad recibe de un genio por el soplo soberano. Y esta bella y valiosa miniatura de una guirnalda de oro guarnecida y en la fuente de nácar embutida, es la imagen perfecta y hechicera, es el retrato fiel de la hermosa de Luz, la melancólica habanera, cuando en su fresca juventud florida en Cuba luz de los salones era. Bajo ella el agua de la fuente corre pintando la corriente de su vida por manantial oculto mantenida y de la iglesia gótica en la torre, sobre el calado pórtico elevada de aquella ebúrnea catedral, presenta su rubia esfera de oro esmerilada dentro del rosetón la cincelada repetición, que, para hacer la cuenta de sus horas de afán, dió a Luz Losada. Y es cuadro a fe de ejecución perfecto,

feliz idea y oportuno efecto: porque el agua borbota cristalina, el minuterio del reló camina, todo en torno de Luz vive y se mueve, y que moverse Luz y vivir debe quien contempla su imagen imagina. No era, empero, el paisaje todavía lo más curioso que en el cuadro habia; aunque precioso el exterior sin duda, es nada más decoración que emplea Losada como campo de su idea, y que su idea a realizar le ayuda. John Lees lo contemplaba con asombro y Losada tras él se sonreía mirando por encima de su hombro, y aguardando tras él que el reló diera. Tocó la aguja negra de las horas en el número siete de la esfera: se oyó saltar el pasador ligero del muelle retentor: el minuterio llegó a las doce, y dieron con sonoritas las siete de la noche: todavía retumbaba en el aire el sòn postrero de su postrero golpe, cuando lentas a voltear comenzaron las campanas de oro del chapitel: y en lejanía la tembladora vibración del hierro imitando, empezaron las cristianas campanadas que anuncian un entiero a doblar en la atmósfera; entretanto dentro del templo resonar se oía del sordo *de profundis* en el coro la triste Gregoriana salmodia, cuyo fúnebre canto con la sordina cóncava seguía de sus bajos el órgano insonoro. Cesó todo sonido de repente: se abrió la torre de marfil erujendo

y desde ella sus alas extendiendo  
 la Muerte se lanzó, sobre la fuente,  
 el retrato y el templo lentamente  
 un velo negro de crespón tendiendo;  
 quedando en vez del templo y la pintura  
 un cementerio frío y solitario,  
 y de contemplación por solo objeto,  
 sentado en una aislada sepultura,  
 de la desnuda muerte el esqueleto  
 mal envuelto en los pliegues de un sudario.

El efecto del cuadro era completo:  
 mas faltaba lo más extraordinario.  
 Del centro de aquel túmulo, el oído  
 y el corazón llenando de pavora,  
 salió un hondo y tristísimo gemido  
 que abrió a su son la eternidad oscura.  
 Era el gemido lúgubre y profundo,  
 era la temerosa, última queja  
 de un alma triste de mujer, que deja  
 su amante corazón muerto en el mundo  
 y de su muerto corazón se aleja.  
 Era el último ¡ay! que oyó Losada  
 lanzar del pecho a Luz cuando a la fría  
 impresión de la rágafa moría:  
 cuya impresión mortal él todavía  
 siente en su corazón como una espada.  
 Él en su corazón conserva impresa  
 la triste voz de Luz en su agonía,  
 y así lo fiel de su memoria expresa  
 en aquella obra de arte, monumento  
 que a Luz Losada consagrado había:  
 ofrenda del dolor y del talento.

LOSADA

¿Qué tal?

LEES

Tal haber visto no me acuerdo

jamás. ¡Ingeniosísimo artificio  
 y de Luz sentidísimo recuerdo!

LOSADA

¿Creéis que podrá a don Luis volver el  
 su posesión? [juicio

LEES

Dios le hizo un beneficio  
 quitándosele, y creo que no es cuerdo  
 ir contra Dios por ciencia ni por vicio.

LOSADA

Probémoslo. ¿Queréis?

LEES

De buena gana;  
 mas creo que ha de ser empresa vana.

LOSADA

¿No tenéis esperanza?

LEES

Ni un resquicio:  
 mas lo hemos de intentar.

LOSADA

¿Cuándo?

LEES

Mañana.

Apagaron el gas, y el cuarto estrecho dejaron a la luz de una bujía; y absorto Lees, Losada satisfecho, se fueron el artifice a su lecho, Lees a ver los enfermos que tenía.

## III

Don Luis sin duda morirá demente si Dios no lo remedia: contra su mal la ciencia francamente se declaró impotenté, por lo cual felizmente no le asedia la docta facultad con sus ponzoñas, ni le atacan su mal por esos medios que entre las gentes sandias o bisonas pueden sólo pasar como remedios. Más que loco don Luis está alelado: cuando perdió el sentido fué, como un hombre por el rayo herido, de facultad intelectual privado: Dios no envió a su cerebro la locura, sino que apagó en él la inteligencia. Don Luis no tiene ni pesar ni goce: todo con la mayor indiferencia lo ve: nada recuerda, ni conoce a nadie: ni repugna, ni apetece: llámanle y va: le mandan y obedece.

Las casas de dementes de Inglaterra no ofrecen espectáculos de duelo, de tormento y horror no son mansiones, nada en ellas repugna, nada aterra: castigo no se da sino consuelo al infeliz que cae en sus regiones. Bedlam es un magnífico paseo, cuyas verdes y añosas alamedas conducen a una quinta de recreo cercada de jardines y arboledas. Al que encierran allí falto de juicio,

en lugar de querérsele a porrazos volver y a latigazos, le inclinan la atención hacia un oficio: y en vez de dominarle por un pánico terror, van con destreza y artificio obligándole a entrar en ejercicio de algún trabajo corporal, mecánico, de su cuerpo y su alma en beneficio. Después que le acostumbran y habilitan siempre en acción para tener las manos, la memoria y las fuerzas le ejercitan: le dan buen aire y alimentos sanos, sus manías le tuercen o le quitan con paciencia y constancia, y poco a poco de la razón la vuelta facilitan ideas dando a su cerebro loco.

Y aciertan los ingleses: nada tiene al hombre, cuerdo o loco, más contento que tener ocupado el pensamiento; la ocupación asidua es ley de higiene; sus locos están, pues, entretenidos y con cosas alegres distraídos. Bedlam tiene de locos una orquesta que en fiestas y saraos públicos tañe, pero cuestión o relación es ésta de la que a los filántropos atañe disertar; mi misión es más modesta, no raya tan allá mi poesía; si entretiene no más, si no es molesta, por satisfecha asaz se da la mía; y como esta lectura a su fin toca, fuera extenderla más torpeza loca.

Era una tarde de diciembre helada: había dado ya las seis y media de Bedlam, el reló, cuando Losada con el doctor John Lees hizo su entrada en el salón extenso, que promedia un ala del espléndido edificio de la locura alzado en beneficio.

Allí los que no pone su demencia fuera de estado de guardar decoro, de los que les dirigen en presencia fuerzan a la atención su inteligencia; en tanto que el estrépito sonoro de la orquesta en su afán les acompaña, y atrae su distracción si no la engaña. Y es curioso de ver cómo en tan grave reunión cada cual cumple su oficio, cuando a ninguno de ellos en el juicio de lo que haciendo está razón le cabe.

Don Luis, cuya manía no ha podido fijarse todavía y que nada exterior comprender sabe, es dueño de andar libre y de ir ocioso por donde más le place noche y día, para ver si de hastiado o de curioso en algo con placer su atención fija, y si algo encuentra en que ocuparse elija, o halla de los doctores la destreza en una inclinación una rendija por donde entre la luz en su cabeza. Cuando Losada entró, don Luis estaba vueltas de dar por el salón cansado, en un rincón sentado, mirando sin saber lo que miraba, contemplándolo todo indiferente, de cuanto tiene en torno enajenado y mirando, sin ver, maquinalmente. A su lado se puso Losada a contemplarle enternecido: él, en su mudo arrobamiento iluso, no dió señal de haberle conocido y en su honda estupidez siguió sumido. El doctor puso de don Luis delante un velador: Losada de debajo de su gabán su caja, cuyo efecto para probar sobre el demente trajo, sacó y la puso ante él; de luz brillante

la inundó con el gas porque la viese: se la abrió poco a poco, circunspecto la impresión precaviendo que pudiese hacerle el ver a Luz y que el afecto del corazón tal vista removiese. Don Luis continuó inmóvil: ni de aspecto cambió viendo de Luz la miniatura, ni mostró conocer de su semblante la representación en la pintura; miró aquellos objetos distraído y sin fijarse en ellos... y fué todo con él inútil: su mirada errante no se pudo atraer: no había modo de fijar su atención un solo instante. Un minuto faltaba solamente para las siete ya: Lees, prevenido habiendo al director, dió de repente la señal en que habían convenido, y cesó de repente todo ruido y en torno de ellos se agolpó la gente. Lees se sentó junto a don Luis: Losada permaneció de pie, de ambos en frente, teniendo ante él la caja colocada del velador encima y de manera que todo el mundo con don Luis la viera; y en esta situación, viendo excitada la universal curiosidad, ansioso esperó a que las siete el reló diera.

Saltó la balancilla de reposo del muelle retentor: la hora entera dió la repetición: doblaron broncas las campanas a muerto: oyóse el coro que con las trompas de sus bajos roncás guía en sordina el órgano insonoro: corrió la muerte su crespón de luto sobre el rostro de Luz, y su esqueleto en su lugar quedó: todo sin fruto: ante todo, don Luis se estuvo quieto. Mas al oír el lúgubre gemido

de Luz, asió la caja de repente  
y diciéndole en cólera encendido:  
«Miserable juglar, tú la mataste!  
»¡Muere, pues, por la voz que la robaste!,  
a Losada cogió desprevenido,  
y con la caja le asestó derecho,  
con las hereúleas fuerzas de un demente,  
golpe mortal en la mitad del pecho.  
Cayó hacia atrás Losada: y con la frente  
bañada de sudor, abrió los ojos,  
miró en redor... y se encontró en su lecho.  
¡Del sueño cuanto vió fueron antojos!

### CONCLUSIÓN

Y este afanoso sueño rechazando,  
dijo un día Losada despertando:

«¡Válgame Dios! ¡Qué historia tan horrible!  
[renda!

»¡Gracias que no fué más que pesadilla!  
»Mas tengo de contársela a Zorrilla  
»para que de ella escriba una leyenda.»

Y Zorrilla, en memoria de Losada,  
la leyenda escribió por él soñada.

(Habana, febrero 3 de 1859).

### A PAZ

#### EN SUS BODAS

Paz, dicen bien los cuentos populares  
que hay algo de divino en los poetas:  
pues desde la familia en sus hogares  
hasta la religión en sus altares,  
creen sus solemnidades incompletas  
si no las prestan voz nuestros cantares.  
Si no suben a Dios sus oraciones  
en alas de la dulce poesía,

si prez a sus heroicas acciones,  
si a sus festejos, triunfos y ovaciones,  
celebridad, impulso y alegría  
los poetas no dan con sus canciones,  
no hubo jamás un pueblo que creyera  
completo su placer, su gloria entera.

Ilíon en sus homéricos festines,  
Roma en sus gigantescas bacanales,  
en sus justas los Godos paladines,  
en su guardado harén los orientales,  
lo mismo Babilonia en sus jardines  
que Fez en sus salvajes arenales,  
fieron a la voz de sus poetas  
su fe, su honor, su gloria y sus amores:  
y heraldos del placer, del bien profetas,  
la sien ceñida de laurel o flores  
y al compás de la cítara o la trompa,  
hicieron de los siglos vencedores,  
de sus fiestas espléndidas la pompa  
admirar a los siglos posteriores;  
y por eso al poder de un solo verso  
vive acaso inmortal una belleza,  
y hoy contempla extasiado el universo  
coronada de gloria su cabeza:  
y la que siglos ha que es ya ceniza,  
viva en un himno al universo hechiza.  
¿Quién sabe si los míos algún día,  
remontándose en alas de esa gloria,  
lograrán más allá de la edad mía  
hacer vivir tu nombre y tu memoria?

Mas yo que te amo ¡oh Paz! como un

[hermano,  
verter no puedo en tu festín de bodas  
flores, que por doquier vierte mi mano  
como holocausto de costumbre y vano  
sobre la mesa de las fiestas todas.  
No es el sonoro ruido de mi acento,  
ni de mis rudos versos la armonía,  
ecos livianos que devora el viento,

los que te han de explicar el sentimiento del amor fraternal del alma mía; el poeta esta vez no habla contigo: es tu postrero y tu mejor amigo.

Yo, que adoro la gloria y la hermosura, que de entrambas en pos crucé los mares, que doquier que mi planta se asegura las canto audaz y las elevo altares, sobre tu porvenir, paz y ventura pido a Dios, no a mi cítara cantares; y este voto que a Dios con fe se eleva, favor le pido por la fe que lleva.

He aquí por qué el poeta vagabundo a quien abres tu hogar cuando ante él pasa, de darte en vez lo que prodiga al mundo, su poesía ruin de precio escasa, pide no más de su alma en lo profundo la bendición de Dios para tu casa.

Yo no puedo tu sien ceñir de flores porque, en mi alma sombría, solitaria se está elevando a Dios una plegaria por la felicidad de tus amores.

¿Y sabes lo que a Dios para tí pide mi alma, a quien cree feliz la humana gente porque en su fondo penetrar la impide el lauro estéril con que ornó mi frente?

Que cuando yo abandone tus hogares, y a arrostrar las tormentas de la vida vuelva a salir por selvas y por mares, el bien y el mal entre los dos divida, dando a mi alma en el pesar curtida de las almas de entrambos los pesares: ¡y ojalá, hermosa Paz, que tú sin ellos no cuentes nada más que días bellos: y mientras yo de entrambos los dolores me llevo, y su cicuta convertida devuelvo al mundo en himnos y cantares de espinas coronado y no de flores,

permita Dios, en tu dichosa vida, que no sufras jamás, que nunca llores! Méjico, 1856.

## A PAZ

DESDE LA HABANA 1858.

Paz, mi primer recuerdo será tuyo; mi corazón el último te debe que al umbral de tu hacienda a mi partida me dió tu cariñosa despedida, y aquel postrer ¡adiós! te restituyo de este errante papel en la hoja leve, que fía al mar mi alma agradecida. ¡Pronto a tus manos el azar la lleve!

Esta página dulce de mi historia, este recuerdo triste y delicioso, ni en la inquietud de la mundana gloria, ni de una alta fortuna en el reposo se borrará jamás de mi memoria. ¡Lirio gentil del huerto mejicano, alma infeliz, hermana de la mía! Aun de tu fría y temblorosa mano siento en mi mano la presión postrera; delante de mis ojos todavía permanece indeleble la hechicera imagen de tu rostro soberano, que recatarme tu emoción quería; y aún siento de tu pecho la agonía que luchaba tus lágrimas en vano por tragar en silencio, y no podía. Tengo aún en la mente y el oído tu última frase y su tremenda idea: y, ¡ojalá de tu mente se haya ido y ya de tu alma torcedor no sea! Corza de la floresta mejicana, ahuyenta el genio malo que te inspira

esa fatal tristeza  
 que aja tu juventud y tu belleza;  
 tu cabeza gentil levanta ufana,  
 por tus praderas saludable gira,  
 y de tu valle espléndido respira  
 la vivífica luz y el aura sana.  
 Enjuga, Paz, tus ojos de gacela,  
 en cuyo globo la serena luna  
 del cielo azul de Méjico riela,  
 como sobre la faz de esa laguna  
 que tiende su cristal movable y fresco  
 en medio de su valle pintoresco.  
 Mata esa idea que en tu contra vela,  
 desecha esa aprensión que te importuna,  
 tu llanto enjuga y tu dolor consueta.  
 Es verdad que en el alma estás herida  
 por el pesar: mas tu robusto pecho  
 no es al aliento que te da la vida  
 sino a tu ardiente corazón estrecho.  
 ¡Que esa idea mortal no te trabaje  
 el espíritu, Paz, como en la hora  
 de darme tu amistosa despedida!  
 Decírtelo a mi vez puedo yo ahora:  
 de tu hacienda al partir, ¡Dios me es tes-  
 tigo!,  
 ya rodaba en los llanos mi carruaje,  
 y aún tuve impulso de romper mi viaje  
 y volver de tu hogar al dulce abrigo.  
 ¡Ojalá que ese impulso me arrastrara,  
 y como lloro ahora no llorara!  
 ¡Dios me perdone la inquietud salvaje  
 que me arrastró a partir!... ¡Dios y el  
 amigo  
 que a perecer aquí conmigo traje!  
 ¿Ves, Paz, lo que es la vida? Nunca lidies  
 contra el sumo poder del que reparte  
 el placer y el pesar; jamás envidies  
 de pesar o placer la ajena parte;  
 aquel cuyo semblante más tranquilo

felicidad más íntima aparenta,  
 lleva en su alma un puñal de doble filo,  
 que de su vida miserable al hilo,  
 las hebras corta y las que faltan cuenta.  
 Vuelve tus ojos hacia mí un instante.  
 ¿Ves, Paz, lo que es la gloria? Es un castigo  
 que nos impone Dios; la más brillante  
 lleva el humo y el ruido por delante,  
 la agitación y la inquietud consigo,  
 cuando no es un dolor hondo y punzante,  
 y tras de sí una estela de amargura  
 que admira como luz la edad futura.  
 ¿Qué es lo que deja, Paz, en tus hogares  
 el trovador errante y vagabundo  
 que os encantó tal vez con sus cantares?  
 ¿Qué es lo que él en su alma saca de ellos?  
 Sólo un recuerdo melancólico: una  
 memoria triste de los días bellos,  
 cuya feliz, más fugitiva historia,  
 ignoramos aún si a la memoria  
 nos es carga halagüeña o importuna.  
 He aquí lo que me traigo y lo que os dejo:  
 honda amistad entre pesar profundo.  
 ¿Y qué es lo que a buscar salgo yo al mundo  
 a través de peligros y de azares,  
 hoy que a mi vez de vuestro hogar me  
 [alejo?  
 Entre dudoso bien, ciertos pesares.  
 Mas dejemos, ¡oh Paz!, hermana mía,  
 de recuerdos tan tristes y esperanzas  
 tan negras la letal filosofía.  
 ¿Para qué nace el ave en la enramada?  
 Para cantar: y al canto destinada  
 en la infelicidad y en la ventura,  
 canta lo mismo libre en la espesura  
 que entre hierros espesos enjaulada.  
 Yo así también: para cantar nacido,  
 no es justo que con torvas reflexiones  
 atribule tu espíritu afligido.

Mi deber es cantar: voy con canciones,  
serenatas y amenas narraciones,  
hermosa Paz, a regalar tu oído.  
Apacéntese el alma en su amargura:  
revente el corazón con sus pesares;  
¿qué importa al mundo al fin mi desven-  
tura?

¿Qué le debe el poeta a la hermosura  
más que flores, historias y cantares?

Tú no has visto la mar. Es de la tierra  
un ceñidor azul y transparente  
que ha puesto el Criador a su cintura.

Tú no has visto una isla. Algún ardiente  
y entusiasta poeta del Oriente

te dirá que es una isla una esmeralda,  
que el schal azul del mar que nos encierra  
plega en su derredor graciosamente:

y yo te digo que es un canastillo  
de flores, colocado airosamente  
sobre mil cerros, cuya verde falda

rodea el turbio mar con el anillo  
de filigrana de su espuma hirviente.

Una isla es el nido de las aves,  
es el vivero fresco de los peces,  
el abrigo amoroso de las naves,

y el cariño del sol que, en el espejo  
de las aguas templando su reflejo,  
ilumina su faz con tintas suaves.

Una isla es un kiosko delicioso  
que brinda con la sombra, la frescura,  
el placer, el misterio y el reposo.

Es un edén henchido de placeres,  
cubierto de plantíos y jardines,  
lleno de son de música y festines,

poblado de bellísimas mujeres;  
donde place el deleite mas no hastía,  
donde el temor del porvenir no afana;

una isla de los trópicos, Paz mía,  
es todo eso a la vez, y eso es la Habana.

Yo no gozo su encanto todavía:  
la muerte al arribar llamó a mi casa,  
y envenenó traidora mi alegría,  
y en mi alma derramó la hiel sin tasa  
llevándose al amigo a quien quería;  
así que todo ante mis ojos pasa  
cual sueño: todavía estoy mareado;  
el placer y el pesar a un tiempo mismo  
el corazón me tienen asediado;  
y ando cual si entre el cielo y el abismo  
viera oscilar mi corazón colgado.

No importa: cada día, de hora en hora,  
de momento en momento,  
mi pobre corazón más libre siento  
de la pena mortal que le devora.  
Siento cada vez más que necesito  
aire, luz, libertad, ruido, emociones:  
ahora echo menos el continuo grito  
de guerra, el retumbar de los cañones  
de tu revuelta patria: yo me agito  
solo aquí donde no hay nada que agite,  
nada que el sueño ni el humor me quite;  
porque vengo a agitarme acostumbrado  
de ese país de tiros y alborotos,  
en el cual hasta el suelo está agitado  
sin cesar por continuos terremotos.  
Y sin duda eso es, Paz, lo que yo tengo:  
es la intranquilidad de estar tranquilo,  
la falta de costumbre con que vengo  
de ver en paz de la existencia el hilo  
correr: y con la calma no me avengo,  
todavía a mi vez: porque esta tierra,  
en donde los espíritus no abrasa  
el espíritu inquieto de la guerra,  
donde cada familia en cada casa  
gérmenes sólo de ventura encierra,  
y en envidiable paz soñando pasa  
en oro y en placer, tiene un aspecto  
distinto de la tierra mejicana,

en donde el pueblo sin cesar se afana  
 en saber por las noches el efecto  
 de la revolución de la mañana.  
 Aquí, donde en los bancos y en las tiendas,  
 no se habla de saqueo, y las campiñas  
 brotan en paz las cañas y las piñas,  
 sin que haya quien asalte las haciendas,  
 ni su siembra y sus árboles desmoche,  
 aquí, Paz, todo es lujo y armonía,  
 movimiento y comercio por el día,  
 música, luz y fiestas por la noche.  
 ¡Cuán bellas son las noches tropicales!  
 ¡Cuán poéticas, Paz, las de la Habana!  
 No te hablo de la pompa soberana  
 que las dan las antorchas celestiales;  
 del mismo cielo su esplendor emana,  
 y sé bien que las tiene, Paz hermana,  
 el limpio cielo de tu patria iguales.  
 Yo te hablo de la luz y la hermosura  
 con que en su capital las engalana  
 en su regia opulencia y su cultura  
 la Antilla del Atlántico sultana.  
 Yo te hablo de la luz, de la alegría,  
 de la voluptuosa poesía,  
 que en esta ardiente población derraman  
 los conductores mil que por do quiera  
 el gas esplendoroso desparraman,  
 y por doquier profuso reverbera  
 por paseos, cafés, tiendas, bazares,  
 teatros y mercados. Te hablo ahora  
 del aspecto feliz, que me enamora,  
 que dan a esta ciudad las familiares  
 escenas que sus calles nos ofrecen  
 a través de ventanas y de puertas.  
 que a la nocturna sociedad parecen  
 con cortesía hospitalaria abiertas,  
 y que a la calle arrojan con franqueza  
 sobre los transeuntes ciudadanos  
 el casero perfume de la pieza,

las palabras de amor de la belleza,  
 y el múltiple son de los pianos.  
 Esta vida interior hecha en la calle,  
 esta familia que en su umbral recibe  
 y que sus goces íntimos exhibe,  
 fuerza es, ¡oh Paz!, que encantadora la  
 mi alma, que sólo en la familia vive. <sup>[halla]</sup>  
 Porque aquí el sol y ocupación del día  
 hacen que sólo con placer vivamos  
 de noche, y por doquiera compañía  
 de amena y franca sociedad gozamos  
 con libertad, llaneza y armonía  
 patriarcales; y en verdad, Paz mía,  
 que para este solaz y este reposo  
 nocturno, hay aquí un sitio delicioso.  
 Figúrate una plaza cuyo espacio,  
 acotado por férreo barandaje  
 y sombreado en redor con el ramaje  
 de tilos y de palmas, da a un palacio  
 aire fresco del mar y emanaciones  
 de plantas de un vergel por sus balcones.  
 Figúrate que en medio de esta plaza,  
 tranquila de alma y al placer dispuesta,  
 hay una multitud que se embaraza  
 el paso por doquier, y en tren de fiesta  
 enfrente del palacio hay una orquesta  
 que bulliciosa, desatada y loca,  
 para placer de los ociosos toca.  
 ¿Comprendes, Paz hermosa, un pueblo  
 tranquilo y rico, que su bien interno <sup>[fuerte,</sup>  
 gozando sin zozobra, se divierte  
 a expensas y a placer de su Gobierno?  
 Y en esta fresca plaza, compañeros  
 y sociedad hallando los banqueros,  
 las artistas gentiles y coquetas,  
 los yankees de hiperbólicos sombreros,  
 los marinos de cómodas chaquetas,

los *politiqueadores* vocingleros,  
cuantos aquí en navíos o en corbetas  
arriban, nacionales o extranjeros,  
y, en fin, hasta nosotros los poetas,  
nos damos cita en las primeras horas  
de la noche en redor de estos jardines,  
y escuchamos las músicas sonoras,  
los hombres en la plaza, y las señoras  
tendidas muellemente en sus *quitrines*.

Pero tú no conoces la palabra  
ni la cosa, y fuerza es que yo a la idea  
con una descripción paso te abra.

¡Ojalá clara mi palabra se!

Oye, pues. Un *quitrín* es un carruaje  
de varas, tan ligero como rico,  
entre cuyas dos ruedas va una caja  
pequeña, leve, suspendida y baja,  
cuyo fuelle se plega entre el rodaje  
graciosamente, en forma de abanico.  
La librea del negro, azul de cielo,  
grana, verde o turquí, va de oro henchida,  
y va la caja en su interior vestida  
de raso perla o blanco terciopelo.

Es, en fin, la carroza más lucida  
que en tiempo alguno ni país produjo  
la caprichosa ostentación del lujo.  
Pues oye ahora, Paz, con qué talento,  
para la gracia que el *quitrín* tenía  
por sí, buscó un feliz refinamiento  
la cubana y gentil coquetería.

El *quitrín* lleva siempre en su testero  
dos señoras, en traje tan ligero,  
tan fresco y esmerado  
como las flores que ornán su tocado,  
pues no cabe en *quitrín* francés sombrero:  
y en un asiento entre ambas colocado,  
invisible y apenas delantero  
al que va por entrambas ocupado,  
va expuesta de las tres la más graciosa:

punta de aquel triángulo hechicero,  
a quien llaman *la Rosa*.  
Añade que el *quitrín* es un carruaje  
donde luce una hermosa  
toda la donosura y la riqueza  
de su persona y elegante traje,  
desde la pudorosa gentileza  
de la risueña juvenil cabeza,  
el cuello esbelto y las ebúrneas manos,  
al hasta, por bajo del costoso encaje  
de la falda sutil de su ropaje,  
lo primoroso de sus pies enanos. ...  
Mas tus esfuerzos, Paz, serán en vano  
por querer figurarte, desde luego,  
lo que es este carruaje cortesano:  
te lo compararé para que puedas  
formar idea del *quitrín* cubano.

Es un ramo de flores, que se arrastra  
de alas de mariposa sobre un suelo:  
es la concha de Venus sobre ruedas,  
cuya concha, traidor, su hijo el dios ciego  
contra las almas de los hombres lastra  
de amor, belleza, poesía y fuego.  
Al pasar un *quitrín* de esta manera  
de juventud cargado y poesía,  
mi alma salvaje en pos se lleva entera:  
y excusa de mi loca fantasía  
los delirios, aquella pasajera  
trinidad viva de hermosura y gala,  
estas tres flores vivas, de las cuales  
la ardiente esencia del amor se exhala,  
y a quienes doy los nombres ideales  
de Luz, Paz, Almerinda, Aurora o Delia,  
me parecen tres rosas de Bengala  
llevadas sobre una hoja de camelia.

Dirás que es demasiada poesía:  
mas deja que delire mi cabeza,  
y ahogue en sus delirios la alma mía,  
su inmenso amor y su mortal tristeza.

¿Puede hacer más tu desdichado amigo  
que llorar solo por reír contigo?

Pero ya basta, Paz; ves que las llaves  
del corazón te di; ya mis placeres,  
penas, secretos y delirios sabes:  
ahora, ¡adiós! ¿Hasta cuándo? No hay  
[seguro  
nada en la tierra: Dios acota y tasa  
la voluntad de los humanos seres.

¡A Él encomienda el porvenir oscuro!  
El llanto siento que mi vista arrasa.  
¡Adiós!... y alguna vez piensa en tu herma-

[no.  
En cuanto a mí, Paz buena, ¡te lo juro!,  
ni un sólo día sin que pida pasa  
mi corazón al cielo soberano  
la bendición de Dios para tu casa,  
y la paz para el pueblo mejicano.

### A ANA

#### SERENATA

#### PRELUDIO

Niña hermosa, me preguntas  
que quién soy, de dónde vengo,  
dónde voy y por qué tengo  
lastimado el corazón.  
Si alegre estoy, ¿por qué lloro?  
Si estoy triste, ¿por qué canto?  
De mis himnos y mi llanto  
saber quieres la razón.

¡Alma ingenua! Me diriges  
a la vez tantas preguntas,  
que no sé si a todas juntas  
soy capaz de responder;  
y son tales todas ellas,

que de hacerlas frente a frente,  
todas juntas, solamente  
es capaz una mujer.

Mas tú ignoras que es mi alma  
de tinieblas un abismo,  
y que dentro de mí mismo  
no osé nunca penetrar.  
¿Quién soy? ¿Do voy? ¿De do vengo?  
¿Por qué canto y por qué lloro?  
Pregunta al viento sonoro  
dónde va sobre la mar.

Pregunta a sus verdes ondas  
de dónde vienen; pregunta  
al agua por qué se junta  
para hacer un nubarrón:  
pregunta quién es al astro  
que radia en el firmamento,  
pregúntale al sentimiento  
por qué hierde el corazón.

Ana hermosa, ¿por qué tu alma  
saber todo eso desea?  
¿Qué te importa quién yo sea,  
de do vengo y dónde voy?  
Yo soy un ave de paso  
a quien Dios dió una voz suave.  
¿Te gusta el canto del ave?  
Escucha: cantando estoy.

Pero así como a las aves  
ricas de voz o de pluma,  
para que agraden, en suma,  
se las labra una prisión,  
así a mí pídeme cánticos,  
ya que a pedirme te ponés:  
pero al tomar mis canciones  
deja en paz mi corazón.

¿Te dice quién es la tórtola  
a quien tienes enjaulada?  
No; pero si, preguntada,  
te pudiera responder,  
te diría: «¿Qué te importa  
oír o no oír mi acento?  
«Yo soy una hija del viento:  
«déjame al viento volver.»

Niña curiosa, en tu vida  
preguntas quién es a nadie;  
deja a la estrella que radie,  
déjale al viento vagar;  
deja que el mar en la playa  
rompiendo sus ondas siga,  
sin que sus ondas te diga  
de dónde vienen el mar.

Deja alzarse a la neblina  
que por la atmósfera sube,  
sin preguntar a la nube  
por qué revienta en turbión;  
deja al poeta y al pájaro  
que canten bajo tus rejias,  
sin preguntarles si quejas  
o himnos sus cánticos son.

No busques la causa a nada:  
la causa de todo es triste:  
tú hace poco que naciste  
y no lo sabes aún.  
Goza con todo, y de todo  
deja la causa ignorada;  
todo viene de la nada:  
todo va a su hoya común.

Yo he girado por la tierra  
con afán de saber mucho,  
y con mi memoria lucho

por olvidar lo que sé;  
yo amé lo que mi deseo  
hizo mi ídolo, y ahora  
conmigo mismo peleo  
por olvidar lo que amé.

¿Y osas, niña, preguntarme  
quién soy y de dónde vengo,  
dónde voy y por qué tengo  
lastimado el corazón?  
¡Ay! yo vengo de la tierra  
de la luz y de las flores,  
del jardín de los amores,  
del país de la ilusión.

Yo vengo, Ana, de la tierra  
de las tiernas confianzas,  
de una tierra de esperanzas  
para mí sin porvenir;  
de una tierra donde todo  
de mi alma a la voz responde:  
pero de una tierra a donde  
no he debido jamás ir.

Pasa, pasa, hermosa niña,  
sobre estas tristes memorias:  
no son esas las historias  
que tú debes escuchar;  
deja que sufras, que tengas  
harto el corazón de acibar,  
y tal vez serás almíbar  
que su hiel pueda endulzar.

De miserias y pesares  
mis memorias están llenas:  
historias sólo de penas,  
de misterios de dolor:  
y si en vez de mis cantares  
te contara sus leyendas,

mis relaciones horrendas  
te darían de mí horror.

Pasa, niña, no las llagas  
de mis recuerdos revoques:  
al corazón no me toques,  
porque herido en él estoy.  
Pídemme, niña, cantares,  
delirios y poesía,  
y entonces puede, alma mía,  
que averigües lo que soy.

### SERENATA

Soy un átomo amante  
que voy sonoro  
por la atmósfera errante,  
do canto y lloro:  
pero mi canto  
no se sabe si es nunca  
cantar o llanto.

¿Quién soy? Lo ignoro. Tengo en mi ser  
tinieblas tales, tal confusión,  
que a un tiempo siente pena y placer,  
ansias y hastío mi corazón.  
Hoy desdichado, feliz ayer,  
jamás descifro mi condición,  
y mi voz nunca puedo saber  
si es un lamento o una canción.  
Misterios deben del alma ser:  
pero yo de ellos, en conclusión,  
sólo averiguo que por doquier  
pedazos dejo del corazón.

Yo soy como el arroyo:  
desde que brota,  
por do va, en cada hoyo  
deja una gota;  
que es mi destino

dejar gotas del alma  
por mi camino.

Yo soy el poeta que canta las flores:  
yo cuento a las niñas que mueren de amo-  
las tiernas historias de tiempos mejores,  
en una y en otra gentil narración. [res  
Yo cuento a los viejos los casos extraños  
que en lóbrego olvido caer con los años  
dejaron las almas de nuestros mayores,  
escasas de fuego, de vida y pasión.

Yo soy el poeta, viajero del mundo,  
que va recogiendo doquiera que pasa  
la historia o conseja que, en campo o en  
[casa,  
contar oye al paso donde hace mansión.

Yo soy como la hormiga:  
doquier recoge  
el granillo y la espiga  
para su troje:  
mas el sendero  
deja marcado al paso  
de su hormiguero.

Yo hago una historia de una patraña  
que oigo a la ciega superstición  
contar al fuego de una cabaña,  
de un aguacero de invierno al son;  
convierto en tiernos cuentos sencillos  
de los pastores la relación,  
y a los palacios y a los castillos  
voy a hacer luego su narración.  
Mas por doquiera voy anudando  
con almas tiernas honda afección,  
y por doquiera que voy pasando  
dejo pedazos del corazón.

Yo soy como la abeja,  
que en los rosales

toma la miel que deja  
 luego en panales;  
 y a su colmena  
 del dulce de las flores  
 siempre va llena.  
 Doquiera que un día mi espíritu mora  
 yo soy el consuelo del alma que llora;  
 yo cierró las llagas que el tiempo no cura  
 con bálsamo suave de amor y ternura;  
 yo riego la herida que encona la ausencia  
 de dulces recuerdos de amor con la esen-  
 cia;  
 y a mí me confían su afán y sus duelos  
 las almas que abrigán pasiones secretas  
 a eterno silencio y misterio sujetas,  
 y a quienes devoran rabiosos los celos;  
 las almas que viven con esa esperanza  
 que sólo en el cielo muriendo se alcanza;  
 las almas que, fuertes, sonríen al mundo,  
 y víctimas caen del duelo profundo  
 que en ellas infiltra profunda pasión.  
 Yo vivo con esas; yo sé sus azares;  
 yo lloro con ellas su afán y pesares,  
 yo parto con ellas su oculta aflicción;  
 y cuando abandono por fin sus hogares,  
 la hiel de sus penas las vuelvo en can-  
 tares,  
 y mi alma las mando bajo una canción.

Yo soy como las nubes que los vapores  
 derraman hechos lluvia sobre las flores;  
 mi alma es un vaso  
 que miel vierte en las almas que encuentra  
 [al paso.

¿Comprendes, Ana, por qué razón,  
 átomo amante que voy errando,  
 por donde quiera que voy pasando  
 pedazos dejo del corazón?

¿Comprendes, Ana hermosa, por qué mi  
 [canto  
 unas veces es himno y otras es llanto?  
 ¿Comprendes, alma mía, que son las penas  
 que lamento y que canto mías y ajenas:  
 que el amor acendrado que en mí atesoro  
 no puede decir nunca si canto o lloro:  
 y, en fin, que cuando al aire tiendo los  
 [brazos  
 mi alma en él hacia otra se va en pedazos?  
 ¡Adiós! Ya de la mía tienes las llaves:  
 de mi lloro y mi canto la causa sabes;  
 de hoy más no me preguntes quién soy, qué  
 [tengo,  
 dónde voy, ni de dónde cantando vengo.

Yo vengo del Oriente  
 do nace el día:  
 yo traigo al Occidente  
 mi poesía:  
 y a tus hogares  
 traigo gloria y ventura  
 con mis cantares.

Habana, enero de 1859.

## HISTORIA DE TRES AVE MARÍAS 54

Quien con una fe profunda  
 A María se encomienda,  
 En su fe tiene la prenda  
 De segura salvación.  
 Yo; que en ella mi fe puse,  
 Con esta santa leyenda,  
 Le consagro en pobre ofrenda  
 La fe de mi corazón.

### PRÓLOGO DEL AUTOR

*Nada de lo que tuvo principio dejará  
 de tener su conclusión. He venido a las  
 Américas expresamente para poner los  
 puntos sobres las íes.*

## PRIMERA PARTE

## MAESE ADÁN Y SU HIJA

## CAPÍTULO PRIMERO

CON EL CUAL COMIENZA NATURALMENTE  
ESTA FANTÁSTICA Y MISTERIOSA HISTORIA

## I

Quien no ha visto nunca a Aurora la gitana de Sevilla, no ha visto la maravilla mayor del Guadalquivir. Es la flor de Andalucía, es la perla de Triana; con un alma, aunque gitana, pura cual oro de Ofir.

La negra y rica madeja de su cabello abundante corona de su semblante el puro contorno oval, como la toca de plumas con que ornó naturaleza de la garza la cabeza y la del águila real.

Su cintura se cimbraba cual los tallos de las palmas, su mirar roba las almas, las hechiza su cantar: no tiene par en el garbo de puntear una vihuela, ni hay quien una castañuela con las suyas lleve al par.

Cuando sale de Triana conduciendo su cuadrilla, a ganarse por Sevilla

de su errante vida el pan, se asoman a los balcones las damas más principales, y sobre ellos llueven reales por donde quiera que van.

¡Mas es muy justo a fe mía!  
Pues más ágil bailadora ni más diestra tañedora no se vió ni oyó jamás: de su baile con los pasos, con el son de sus canciones, se lleva los corazones embebecidos detrás.

Por doquier que se presenta en paseo, calle o plaza, el camino la embaraza la curiosa multitud; y en las casas más severas se la llama y se la admite, porque dicen que compite con sus gracias su virtud.

Ni livianas, ni incentivas, las posturas y mudanzas de sus pasos y sus danzas decorosas siempre son: ni en su boca de corales, en lo que ha que es conocida, se oyó torpe ni excedida resonar una canción.

Sus cantares son distintos de los cánticos vulgares: cuentos son más que cantares, y la forma original de sus giros y cadencias, los delatan por hermanos

de los cuentos africanos  
de un país más oriental.

De sus metros musicales  
la dulce melancolía,  
que su lenta melodía  
se complace en prolongar,  
recuerda a quien las ha oído  
las cadencias familiares  
de los árabes adoares,  
y de las tribus de Agar.

Ni en los vestidos bizarros  
resaltó jamás de Aurora  
desnudez provocadora  
ni libertad femenil:  
los contornos de sus formas  
mantienen siempre velados,  
los pliegues multiplicados  
de su atavío gentil.

Pide y gana su sustento  
con sus danzas y cantares,  
pero nunca sus hogares  
hombre alguno visitó:  
la moneda aceptó siempre  
del galán o el generoso:  
pero nunca sospechoso  
papel ni oro recibió.

Tal vez escudero astuto,  
tal vez hipócrita dueña,  
con carta, convite o seña  
la intentaron abordar:  
mas con humos señoriles  
y fiereza soberana,  
y despachóles la gitana  
sin deseos de tornar.

Tal vez viejo disoluto,  
o audaz y rico mancebo,  
de sus gracias tras el cebo  
embozado la siguió:  
mas esquivia y ofendida  
la bellísima gitana,  
a las puertas de Triana  
con desdén le despidió.

En vano los más galanes  
mancebos más seductores,  
quienes los leves favores  
preconizan de su amor,  
de sus locas seducciones  
en las redes la envolvieron:  
en sus redes no cogieron  
el más mínimo favor.

Tal es Aurora: su raza  
nada más se reproduce  
que al sol ardiente que luce  
sobre el ámbito andaluz:  
en aquel rincón del mundo  
do en las costas españolas  
rompe el mar azules olas,  
vierte el sol rosada luz.

Mas ¿qué virtud no fué nunca  
por la malicie atacada,  
por la envidia maltratada  
o por la calumnia vil?  
No falta quien su modestia  
acuse de hipocresía,  
y recele hechicería  
en criatura tan gentil.

Las malas lenguas que embaban  
y calumnian por doquiera  
la virtud más verdadera

y el mérito más cabal,  
no hallando tacha de Aurora  
en el porte y la figura,  
dieron en que su hermosura  
tenía algo de infernal.

Dijeron que era imposible  
que una mozá de su clase  
a la par embelesase  
a la culta sociedad  
y al populacho villano,  
si su gracia no tuviese,  
como el mirar de Maese,  
diabólica potestad.

Dicen que su viejo padre,  
de su tribu el más anciano,  
en las rayas de la mano  
lo futuro sabe leer:  
y tiene, por sus egipcios  
conjuros y sortilegios,  
amistad y privilegios  
con el mismo Lucifer.

Hay quien cree que la muchacha  
no es un ser humano y vivo,  
sino mágico atractivo  
de diabólica ilusión,  
a quien su autor el demonio  
adornó con el encanto  
de aquel baile y aquel canto  
con que hechiza el corazón.

Hay quien dice, aunque lo dice  
solamente en confianza,  
que los pasos de su danza  
se los pone Satanás,  
y la escribe sus cantares  
por la noche en la vidriera,

y de los vidrios le espera  
la gitanilla detrás.

Y hay quien dice que su padre  
(a quien llama *Adán el mago*  
maldiciente el vulgo vago  
y su tribu *Maese Adán*)  
tiene en su cuarto un espejo  
tras cuya luna presentes  
aparecen los que ausentes  
y los que muertos están.

Fábulas del necio vulgo.  
mas que en las almas vulgares  
escrúpulos familiares  
engendran de la aprensión;  
hablillas que sordamente  
con influencia traidora  
fueron minando de Aurora  
la buena reputación.

Recelosa la justicia  
la espío muy cautamente;  
la acechó secretamente  
la severa Inquisición:  
mas hallada su conducta  
sin misterios y sin tacha,  
salió libre la muchacha  
de su rígida inspección.

Hoy repica libremente  
por paseos y plazuelas  
sus sonoras castañuelas  
con pácor universal,  
y prosigue con sus gracias  
la dichosa gitanilla,  
siendo encanto de Sevilla  
que las paga liberal.

Y cual ser privilegiado,  
descuidada, libre, ufana,  
vaga alegre la gitana  
recorriendo la ciudad,  
por su tribu idolatrada,  
por sus nobles protegida,  
sonriéndola una vida  
de ventura y libertad.

¿Mas qué bien hay en el mundo  
que con mal no esté mezclado?  
¿Qué placer acibarado  
nunca fué por la aflicción?  
¡Tras el rostro más sereno,  
bajo el pecho más tranquilo,  
al pasar más hondo asilo  
da tal vez el corazón!

II

Aún dura en el horizonte  
el fulgor del sol poniente:  
del espacio de occidente  
en el cárdeno confin,  
cual reflejo de un incendio,  
temblorosa reverbera  
su llamarada postrera  
tras un velo de carmín.

Sin una nube en el viento,  
de luz y de calma llena,  
es una tarde serena  
del pintado mes de abril.  
Vaga el aura perfumada  
con los vírgenes olores,  
que da a las tempranas flores  
la primavera gentil.

A su vivífico soplo  
reverdecen las praderas,

y florecen las laderas  
del fresco Guadalquivir:  
hace el ruiseñor su nido,  
y empiezan las golondrinas  
de las playas tunecinas,  
en bandadas a venir.

Es una tarde apacible,  
de esas que en Andalucía  
ponen con el fin del día  
principio alegre al placer.  
La luna llena, impidiendo  
que el crepúsculo se espese,  
hace que el día no cese  
sin dejarle anohecer.

En esta tarde suavísima  
que abril de perfumes llena,  
y en que ensaya Filomena  
su primer himno de amor,  
junto al puente de Triana  
la linda gitana Aurora  
tiene al pueblo que la adora  
apiñado en su redor.

Para oírla y verla atenta  
abre círculo la gente:  
en su centro gravemente  
cuatro mancebos están,  
y otras tantas gitanillas  
que, de Aurora compañeras,  
con los pitos y panderas  
parejas y son la dan.

Sobre un tapiz africano  
de abigarrados colores,  
se sientan los tañedores,  
mozos de cetrina tez:  
las mozas, maestras ágiles

de su danza tentadora, y ejecutan con Aurora sus mudanzas a su vez.

Sin duda porque la fiesta, por mozos no más trabada, aparezca autorizada por persona más formal, el viejo padre de Aurora está del plato al cuidado, centinela avizorado de su honor y su caudal.

Y aquí, ¡oh lector complacientel, pareceme muy del caso que yo te presente al paso al viejo maese Adán; personaje a quien su tribu da humilde el lugar primero, y a quien puntas de hechicero los murmuradores dan.

Maese Adán es un hombre descaderado y zancudo, pero más suelto y forzado que aparenta su vejez. Tipo original, genuino, fiel de la raza gitana; vieja encarnación humana de la astucia y la doblez.

Su edad, su patria y su origen son como sus pensamientos, como el mar, como los vientos, imposibles de sondar. Unos dicen que anda en cálculos infernales abismado, otros que, algo trastornado, anda próximo a chochar.

Debe, empero, el viejo astuto saber más que el mundo todo, pues no tiene el mundo modo de sondar su corazón: ni la justicia poniéndole en los más oscuros casos, ni contándole los pasos de la profunda Inquisición.

En su cara, en la cual tiende la luz incopiable tinta, ni el pensamiento se pinta, ni la intención se prevé. Su expresión tiene algo, empero, de satánico y maligno, que él modifica benigno con dudosa buena fe.

Sólo un diabólico rasgo hay en su fisonomía, que ni oculta ni varía su siniestra intensidad: su mirada, que fulgura como el fuego de una hoguera; por sus ojos se creyera que se ve la eternidad.

Si existe, a fe, tal fenómeno, los que a estudiarle se aplican supersticiosos no explican su luminosa virtud; diz que el tiempo, menos fuerte que su ser salvaje y rudo, de los ojos no le pudo arrancar la juventud.

Ello es que, horrendo o ridículo, sin una expresión precisa,

su rostro a veces da risa  
y otras infunde terror.  
De su voluntad a veces  
cualquier rapaz se hace dueño:  
otras con sólo su ceño  
da al más valiente pavor.

Sin prueba alguna patente,  
vagos rumores circulan  
que al viejo Adán acumulan  
hechos de infernal poder;  
todos nombran los ausentes  
con quienes han sucedido:  
mas nunca con los presentes  
hubieron de acontecer.

Es verdad que en muchos casos  
de fracturas y de heridas,  
con cuatro yerbas cocidas  
dió al paciente la salud.  
Mas quién de ellos no conoce  
para un lance necesario  
como el mejor herbolario  
de las yerbas la virtud?

Su tribu a su edad y ciencia  
rinde sumisa tributo,  
y es juez árbitro, absoluto  
de la gitanesca grey.  
Legista, absuelve y condena  
juez a un tiempo y patriarca:  
su poder todo lo abarca  
y él es en Triana el rey.

Sus palabras son las leyes  
en Triana obedecidas,  
sus recetas son tenidas  
en muy grande estimación:  
hecho, empero, de su raza

a la nómade existencia,  
vive casi en la indignancia  
aunque rey de su nación.

Y hombre que ya en puesto alguno  
ni se envanece ni asombra,  
ama el silencio y la sombra  
y busca la soledad.  
Y disgustado, insensible  
para cuanto no es Aurora,  
sólo su amor atesora  
de su alma en la frialdad.

Sólo con ella risueño,  
con ella sólo expresivo,  
tal vez sólo está ya vivo  
para ella su corazón:  
y dijeran que su espíritu,  
que a otro mundo pertenece,  
sólo en éste permanece  
porque ella está en su región.

Por eso a pesar del tiempo  
que su viejo cuerpo encorva,  
su larga edad no le estorba  
para seguirla doquier:  
o para dar con sus canas  
decoro a su humilde estado,  
o por velar avisado  
el honor de la mujer.

Tal es el rey de Triana:  
tal es el padre de Aurora;  
y si hay quién desee ahora  
con los nombres que le dan  
saber por qué le apellidan,  
le responderé en conciencia  
que MAESE por su ciencia,  
y por sus años ADÁN.

Tal es, ¡oh lector benévolo!,  
maese Adán el gitano,  
el cual, teniendo en la mano,  
el plato en que echando van  
los dineros que recogen,  
está en el tapiz sentado  
presidiendo aquel estrado  
con gravísimo ademán.

Mas he aquí a Aurora, que un punto  
después de tomar aliento,  
con paso gracioso y lento  
el círculo recorrió:  
y contemplando la gente  
entre halagüeña y arisca,  
en una guzla morisca  
a preludiar empezó.

Con aquel lento paseo  
y aquel preludio anunciaba  
que en un momento se hallaba  
de oportuna inspiración,  
y que iba a dar a los vientos  
una de esas cantilenas  
que hacen salir a las venas  
la sangre del corazón.

Paróse luego en el centro,  
y sonriéndose Aurora  
dijo con su voz sonora  
de fresco y plateado son:  
«Voy a tener la fortuna  
de entonar a sus mercedes  
una cántiga moruna,  
aborto de mi invención.»

A cuyo anuncio, ganosa  
de oírla, ligeramente  
agitándose la gente

un poco el cerco estrechó;  
y aprovechando el momento  
en que revuelta se apila,  
hasta la primera fila  
un militar penetró.

Un mancebo hermoso y pálido  
en sus veinte y seis abriles,  
gentil entre los gentiles,  
y de porte varonil.  
Los ojos en su semblante  
fijó la gitana hermosa,  
y un punto la tez de rosa  
se la tornó de marfil.

Repuesta, empero, al instante,  
y acaso más animada  
con la vista inesperada  
del misterioso galán,  
entonó, el rostro volviendo  
al resplandor de la luna,  
esta cántiga moruna  
escuchada con afán:

### CANCIÓN MORISCA

#### NOTE

Yo soy Aurora—la gitanilla,  
a quien adora—toda Sevilla;  
yo con mi oculta—ciencia gitana,  
soy pájaro en Sevilla,  
flor en Triana.

#### Estrofa primera

Nadie conoce de mi existencia  
ser ni principio, forma ni esencia.  
Floto en el aura cual los vapores,

duermo en capullo como las flores;  
 tengo invisibles dos alas bellas,  
 y a ver los astros subo con ellas.  
 Mujer y ave, vapor y hada,  
 yo lo soy todo, yo no soy nada.  
 Mas ¿cómo en nada y en todo existo?  
 Nadie lo sabe, nadie lo ha visto.

Por su parte más ancha  
 cruzo el vacío,  
 y sin puente ni lancha  
 traspongo el río:  
 porque yo juego  
 con la tierra y el aire,  
 la agua y el fuego.

¿Quién es Aurora? Nadie lo sabe,  
 yo de mí sola tengo la llave.  
 Soy maravilla—con forma humana:  
 soy pájaro en Sevilla,  
 flor en Triana.

*Estrofa segunda*

Nací entre juncias en Alfarache  
 donde una loba fué mi nodriza:  
 cual su lustrosa piel de azabache  
 peino una trenza sedosa y riza.  
 Yo aprendí en medio de aquellas lomas  
 la habla trinada de los jilgueros,  
 y la habla amante de las palomas,  
 de las abejas y los corderos.

¿Hay gracia alguna que en mí no quepa?  
 ¿Hay cosa alguna que yo no sepa?

Guardarme su secreto  
 no puede un alma:  
 tengo al mundo sujeto  
 bajo mi palma:  
 y ante mis ojos  
 se me arrodilla esclavo  
 de mis antojos.

¿Quién es Aurora? Nadie lo sabe,  
 Yo de mí sola tengo la llave.  
 Soy maravilla con forma humana:  
 soy pájaro en Sevilla,  
 flor en Triana.

*Estrofa tercera*

Mis ojos tienen en su alegría  
 la luz del cielo de Andalucía:  
 mis ojos radian en mi coraje  
 de los del lobo la luz salvaje.  
 Mi voz es dulce como el son lento  
 con que las palmas susurra el viento:  
 ronco es mi aullido de ira o de queja,  
 como el graznido de la corneja.

De tan extrañas dotes señora,  
 ¿quién no me teme?, ¿quién no me adora?  
 Mi madre fué hechicera,  
 mi padre mago:  
 de su ciencia heredera  
 prodigios hago.  
 Dadme las palmas,  
 y os diré los secretos  
 de vuestras almas.

Yo soy Aurora, de quien se sabe  
 que de las almas tiene la llave.  
 Yo, maravilla con forma humana,  
 soy pájaro en Sevilla,  
 flor en Triana.

*Estrofa cuarta*

De todos dicen que soy querida,  
 todos me dicen que soy hermosa;  
 mas un misterio guarda mi vida:  
 de quien le explique seré la esposa.  
 Bravos hidalgos, mozos gentiles,

¿quién quiere el alma de una gitana  
dentro de un cuerpo de veinte abriles,  
que es absoluta reina en Triana?

¿No hay quién se prende de mi persona?

¿Quién me da su alma por mi corona?

Un alma solicito

para un conjuro:

un pecho necesito

firme y seguro.

Busco y no encuentro

un corazón que pueda

llevarme dentro.

Mas ¿qué es Aurora sin quien la quiera?

Falso arco iris de primavera:  
mariposilla ciega y liviana,

que se quema en Sevilla,

y arde en Triana.

#### MOTE

Desdichadilla—de la gitana,  
mariposilla—ciega y liviana,  
que hoy maravilla,—polvo mañana,  
será nada en Sevilla,  
nada en Triana.

Cesó de cantar Aurora:  
rompió en aplausos la gente,  
estremeciendo el ambiente  
de las palmadas el son:  
conviniendo en que hasta ahora  
jamás produjo Triana  
ni más hermosa gitana,  
ni más hermosa canción.

Por eso, asiendo el platillo,  
con la más encantadora

sonrisa comenzó Aurora  
a pasarle en derredor,  
y empezó entre aclamaciones  
a recoger su belleza,  
de cada mano una pieza,  
de cada boca una flor.

Llegó al lugar en que mudo  
el recién llegado mozo,  
mal velada en el embozo  
la descolorida faz,  
a que a él llegase esperaba:  
y al presentarle el platillo  
la dejó en él un anillo  
y desapareció fugaz.

Quedó la muchacha un punto  
hasta las pestañas roja,  
dudando si le recoja  
o le arroje con desdén;  
cuando una mano, adornada  
de encaje con un vuelillo,  
puso una onza en el platillo  
y desapareció también.

Ésta fué, empero, a esconderse  
bajo una capa de grana,  
sobre la cual la gitana  
su mano airada posó:  
mas el semblante mostrando  
el que en la capa se emboza,  
un paso hacia atrás la moza  
y un grito de espanto dió.

Remolinóse la gente,  
y acudió su padre al punto;  
pero todo ello fué asunto  
de instantánea rapidez:  
y ver no pudo el curioso

sino que en aquel instante  
cubre de Aurora el semblante  
una mortal palidez.

Mas una de esas miradas  
que del vulgo los antojos  
atribuyen a los ojos  
del viejo Maese Adán,  
inundándola un momento  
con llama fosforescente,  
disipó instantáneamente  
su palidez y su afán.

Volvió a colorar la púrpura  
sus mejillas virginales,  
y en sus labios de corales  
la sonrisa a aparecer:  
y con el platillo dando  
fin del círculo a la rueda,  
le volvió con la moneda  
sobre el tapiz a poner.

Guardólo el viejo, y tornándose  
«muy buenas noches, señores»,  
dijo a los admiradores  
que aún en torno suyo están:  
respondieronle unos cuantos:  
«buenas las tenga, Maese».  
Y el tapiz alzando, fuése  
con los suyos Maese Adán.

Siguieronles con la vista  
los curiosos un momento,  
hasta que con paso lento  
cruzaron el Arenal:  
y cuando al puente de barcas  
llegados ya les perdieron,  
saludáronse y se fueron  
a su quehacer cada cual.

Y he aquí que al tomar el puente  
para meterse en Triana  
con su cuadrilla gitana  
el viejo Maese Adán,  
vió al pie de los malecones,  
en la baranda apoyados,  
dos sombríos embozados  
que de centinela están.

El uno enfrente del otro,  
dan la espalda a la corriente,  
y tienen tomado el puente  
de consuno al parecer:  
mas el uno al otro extraños,  
tal vez esperando a alguno,  
ocúpase cada uno  
a los que pasan en ver.)

El de la derecha muestra  
aires de soldado y mozo,  
y por cima del embozo  
los bigotes se le ven.  
Del otro nada se acecha:  
pues, a no dudar, se afana  
bajo una capa de grana  
en desfigurarse bien.

Mas sin duda a nuestros mozos  
no esperan: porque serenos  
les contemplaron, ajenos  
de la menor intención,  
ni de salirles al paso,  
ni de hacerles el saludo  
más lacónico o más mudo,  
siquiera por atención.

Pasó por en medio de ambos  
Maese Adán con su gente,

y en Triana, allende el puente,  
la sombra les ocultó.

El mozo entonces, tomando  
del río la opuesta orilla,  
metióse en una barquilla  
y al agua se abandonó.

El de la capa de grana  
permaneció sobre el puente  
mirándole atentamente  
bajar el Guadalquivir;  
y, al perderle, hacia Sevilla  
alejándose del río,  
comenzó lento y sombrío  
sus pasos a dirigir.

## CAPÍTULO II

DE CÓMO, POR ARTE DEL DIABLO, UNA  
MUJER TIENE AL FIN QUE ABRIR LA PUERTA  
AL HOMBRE POR QUIEN ABRÍO LA VENTANA

Ya toca en la mitad de su carrera  
la noche de aquel día en cuya tarde  
con su voz y su guzla llenó Aurora  
de melodiosa música los aires.  
No hay en la limpia atmósfera una nube:  
la luna en el zenit señoreándose,  
entre el vapor azul del aura diáfana  
vierte su luz por montes y por valles.  
Es una de esas noches que aparecen  
en los climas no más meridionales;  
de esas noches que brillan solamente  
en las costas de España, Grecia y Nápoles,  
que aroma con el ámbar del deleite  
un misterioso encanto inexplicable.  
Noches cuya benéfica influencia  
penetra hasta en el fondo de las cárceles,  
en alas de su ambiente perfumado

y de sus astros en la luz radiante;  
en las que el mal se aplaca del enfermo,  
se adormecen del triste los pesares,  
y halla el desesperado una esperanza  
que brilla en las tinieblas de sus males.

Noches pobladas de delirios vagos,  
en las que su existencia miserable  
olvidan el esclavo y el mendigo  
de su pasado bien con las imágenes:  
y en las cuales, en dulce arrobamiento,  
fabricando castillos en el aire,  
en pereza febril delira el hombre  
su porvenir incógnito dorándose.

De esas noches espléndidas, alegres,  
cuyo sueño interrumpen agradables  
el son de las lejanas serenatas  
y la animada música del baile.

Una de esas veladas de domingo  
que emplea el artesano en las ciudades  
en festejar contento sus amores,  
del porvenir incierto sin curarse:  
en las que tras el disco de la luna  
del Supremo Hacedor se ve el semblante,  
y su poder adoran y bendicen,  
en calma universal y en su lenguaje  
misterioso, los átomos vivientes  
que componen el mundo inmensurable.

Noche solemne, majestuosa, espléndida,  
en la cual, de los fúlgidos fanales  
que tachonan el limpio firmamento  
al resplandor vivísimo, elevándose  
de la contemplación sobre las alas,  
concibe el hombre pensador y grave  
todo el placer que en su existencia puso  
la mano del Altísimo al crearle.

Mas ¡ay! que todo en ella está mezclado:  
 contra ella velan, en su mal tenaces,  
 enemigos que tornan pestilentes  
 sus balsámicas auras saludables.

Esas noches preñadas de delicias,  
 también del hombre el corazón combaten,  
 y en lugar de la calma del deliquio  
 la exaltación del vértigo le traen.

Germina en esas noches la funesta  
 fiebre del corazón, mal incurable  
 que con lenta y mortal melancolía  
 roe en silencio su existencia frágil.

Fiebre que, los sentidos disponiendo  
 y el corazón a los deleites, hace  
 que se harten y no gocen los sentidos  
 y el corazón se hastíe y no se sacie.

Fiebre de los quiméricos amores,  
 fiebre de los instintos criminales,  
 que inspira a los fogosos corazones  
 grandes empresas y delitos grandes.

Fiebre que les hechiza y enamora  
 con lo maravilloso y lo admirable,  
 y van tras lo fantástico, y anhelan  
 lo imposible tal vez de realizarse.

Noches en que los santos, los fanáticos,  
 los poetas, los héroes, los amantes,  
 la gran resolución acometieron  
 que a fin condujo sus ardientes planes.

En la mitad de noche tan poética,  
 mientras que todo en el reposo yace  
 del majestuoso río de Sevilla  
 por la extensión de las floridas márgenes,

una ligera lancha, que atracaba  
 por bajo de San Telmo, en los rosales  
 silvestres que las orlan encontrando  
 cómodo abrigo u escondite fácil,  
 apareció impulsada por dos remos  
 que mueven con vigor dos brazos ágiles,  
 y comenzó, a pesar de la marea,  
 por el Guadalquivir a remontarse.

Si el que emprende esta lancha a tales  
 [horas  
 es misterioso y necesario viaje,  
 o caprichoso y plácido paseo,  
 los que la montan nada más lo saben.

Dos hombres son: aquel que la conduce  
 es un robusto remador que la hace  
 volar sobre las aguas, y que muestra  
 su profesión en su destreza y traje:  
 es el otro un incógnito embozado,  
 de quien no dejan ver faz ni talante  
 los revueltos dobles de la capa  
 en que pretende acaso recatarles.

Brilla a su lado el cincelado pomo  
 de un toledano acero, que del talle  
 o por comodidad se ha deseñado,  
 o por no ser empresa en que ha de usarle  
 a la que va: en el banco se percibe  
 un veneciano bandolín, de mástil  
 largo, de caja oval y dobles cuerdas,  
 que remedan del arpa el son suave.

De estos dos instrumentos a la vista,  
 no puede en realidad adivinarse  
 quién sea el embozado a quien acusan  
 por familiar de tan distintas artes;  
 aunque, en verdad, en el país y el tiempo  
 en que pasa la acción de mi romance,

para el nocturno bandolín la espada  
fué siempre compañera indispensable.

Quien quier que fuese, empero, ni el em-  
del rostro aparta, ni los labios abre, [bozo  
y río arriba conducir se deja  
por quien sin duda conducirle sabe.

Ambos así callados, como sombras  
bogando continúan: y alejándose  
de la Torre del Oro, cruzan rápidos  
de los desiertos muelles por delante.

Llega hasta sus oídos en las auras  
el apagado son de los cantares,  
que desvelada la oriental Sevilla  
alegre entona en sus morunas calles.

Tal vez al son de sus lejanos ecos  
con perdido piar responde el ave,  
que el eco extraña que su sueño turba,  
mas que viene pacífico a halagársele:  
y acaso al ruido de los anchos remos  
en árbol más lejano va a posarse,  
ante la aparición amedrentada  
de la fugaz y misteriosa nave.

Ésta entretanto silenciosa sigue  
por la corriente turbia remontándose  
hasta donde las huertas y edificios  
al agua obligan a estrechar su cauce.

Aquí del río abandonado el centro  
que ilumina la luna, y amparándose  
del ceñidor opaco que en las ondas  
proyectan los umbríos arrabales,  
en la orilla tocó: saltó el barquero  
en tierra: el embozado dijo: «Aguárdame».

Y arrojando la capa y a los remos  
mano echando a su vez, siguió alejándose,  
solo ya, conservando cuidadoso  
la sombra de las casas y los árboles,  
pasó como un relámpago ante el barrio  
de Triana rasando en los pilares  
de su macizo muro: cruzó el puente:  
y a favor de las sombras tutelares  
detuvo su fantástica carrera  
de una ventana al pie que al río cae.

Una ventana arábica que entolda  
con su verde y balsámico ramaje  
un pie de capuchinas, que en un tiesto  
asegurado por de fuera nace.

Un ajímez morisco, cuyos arcos  
cierran con sus calados orientales  
las hojas de una espesa celosía,  
del interior recóndito guardianes.

Única, solitaria, esta ventana  
del pardo muro en la extensión se abre.  
libre de observadores indiscretos,  
libre de vecindad desagradable.

Ventana misteriosa, cuyo objeto,  
cuya correspondencia, del alcance  
de la sutil curiosidad escapa,  
y del dominio del supuesto sale.

Ventana abierta en el macizo muro,  
el cual teniendo en el pretil remate,  
a ningún edificio pertenece  
al parecer para hombres habitable.

Mas ventana gentil, linda, coqueta,  
tocada con el cándido follaje  
de la guirnalda fresca de sus flores,  
que orla movable sus contornos árabes.

Ventana a cuyo hueco perfumado  
sólo una linda faz puede asomarse:  
do solamente aposentarse puede  
un silfo triste que las ondas ame,  
que en las tinieblas de la noche en ellas  
su cuerpo puro y trasparente bañe,  
y que al rumor de su cristal sonoro  
su amor inútil a sus ondas cante.

Algún hada tal vez, alguna ondina  
víctima de un amor irrealizable,  
para velar al ser a quien adora,  
habitación allí vino a labrarse.

Un serafín del cielo desterrado,  
un infernal espíritu... ¿quién sabe?  
Algo tan sólo que mortal no sea  
tras de aquel ajímez debe encerrarse.

Bajo él la barca misteriosa vino  
a atracar en la sombra, en los sillares  
del muro asegurando el caballero  
un arpón que a su pie la sujetase.  
Esperó un punto inmóvil, y en su torno  
todo hallándole en calma, levantándose  
así con natural desembarazo  
su bandolín, y comenzó a templarle.  
Alzó la vista al ajímez: y viendo  
que a él no acude a su prelude nadie,  
para que a la ventana se la lleve,  
esta dulce canción confió al aire.

SERENATA MORISCA

MOTE

Bécaro fresco—lleno de flores,  
vaso chino—lleno de aromas,  
fuente escondida—de ruiseñores,  
sombra querida—de las palomas,

ídolo casto de mis amores,  
si oyes mis quejas  
¿por quién me dejas  
que no te asomas?

*Estrofa primera*

De todos sabes que eres querida:  
por todos sabes que eres hermosa;  
cual tú un misterio tengo en mi vida  
que saber debe sólo mi esposa.  
El pecho firme que solicitas,  
el alma entera de tu alma hermana,  
el ser amante que necesitas,  
yo te los traigo, linda gitana.

Sin bien, sin nombre, con fe y espada,  
yo lo soy todo, yo no soy nada.

Azucena es mi madre  
del paraíso:

réprobo fué mi padre

que Dios no quiso;

yo fuí engendrado

por el amor de un ángel

y un condenado.

El mundo entero quién soy ignora:  
yo soy el alma que a ti te adora.

Yo, maravilla—con faz humana,

soy tu sombra en Sevilla,

tu alma en Triana.

*Estrofa segunda*

Yo, de mi estirpe miembro postizo,  
nacé en el odio de quien me hizo:  
tronco sin ramas, sin deudos hombre,  
no tengo raza, ni hogar, ni nombre.  
Ni soy villano, ni caballero:  
ni nada tengo, ni nada espero.

Sólo a ti amo: tú eres mi suerte:  
en ti se cifran mi vida y muerte.

¿Quién soy, Aurora? Nadie lo sabe:  
réprobo u ángel: todo en mí cabe.

De la luz que reflejas

soy mariposa,

de la miel que en pos dejas

abeja ansiosa:

y es tan profundo

mi amor, que sin ti encuentro

vacío el mundo.

Viviente enigma, yo soy, Aurora,  
la alma que buscas, la que te adora.

Yo, a quien humilla pasión tirana,  
soy tu sombra en Sevilla,

tu alma en Triana.

*Estrofa tercera*

Esclavo ciego de tus antojos,  
cuanto tú no eres tengo en olvido:  
cuanto tú no eres me causa enojos  
y no sé cómo sin ti he vivido.

Dios puso en ambos la misma esencia:  
tu alma se alberga de mi alma dentro,  
y, ambos con una sola existencia,  
tu alma a la mía guarda en su centro.

¿Quién soy, Aurora? Nadie lo sabe,  
mas si me amas, todo en mí cabe.

Como tú busco un alma

firme y segura;

como la mía en calma,

como ella oscura.

Un alma fiera

que cual yo al universo

su amor prefiera.

Si esa alma tienes que mi alma ansía,  
dame tu alma, toma la mía;

y maravilla—de dicha humana,  
tendré un alma en Sevilla  
y otra en Triana.

MOTE

Búcaro fresco—lleno de flores,  
jarro chinesco—lleno de aromas,  
fuente escondida—de ruiseñores,  
sombra querida—de las palomas;

Ídolo casto de mis amores,

si oyes mis quejas

¿por quién me dejas

que no te asomas?

II

Expiró del mancebo enamorado  
el armonioso cántico, y el viento  
no había aún el eco devorado  
de su postrer acento,  
cuando se abrió la arábica ventana  
y aparecióse en medio de sus flores  
la reina de Triana,  
la flor de los amores

del misterioso rondador, Aurora:  
que el ser amante que escondido mora  
en aquel ajímez es la gitana.

Tendió el mozo los brazos hacia ella  
diciéndola: ¡alma mía!

Mas ella con acento de agonía  
dijo, una mano temblorosa y bella  
tendiendo al que su acento dirigía:

¡Huye, infeliz: te trae tu mala estrella!

EL CABALLERO

¡Que huya me dices e infeliz me llamas,  
cuando yo por tu amor todo lo dejé!

¿Qué es esto?

AURORA

Huye de mí: te lo aconsejo.

EL CABALLERO

¡Tal consejo me das! ¡Ay!, no me amas.

AURORA

Porque te amo, ¡infeliz!, de mí te alejo.

Oye, mi solo bien, mi único amigo:

es la primera vez que te lo digo,

porque será la última: te adoro:

tu amor, lo juro, morirá conmigo,

Félix: y a Dios imploro

que si perjura soy me dé castigo.

Mas es forzoso que de mí te alejes

y que de mí te olvides.

Huye, Félix, te ruego que me dejes.

EL CABALLERO

¿Sabes lo que me pides?

¿Sabes que he conservado mi existencia,

que arrostré sus afanes y mis duelos

sólo porque esperaba que los cielos

me dejaran volver a tu presencia?

¿Sabes que te amo, en fin: que en mi amor

honor, patria, conciencia, [loco

todo lo tengo sin tu amor en poco;

y que al oírte hablar, con los recelos

de que tu amor me roban, en mi esencia

se derrama el veneno de los celos,

y que al partir con ellos en el alma

será la muerte para mí la ausencia?

AURORA

Óyeme, Félix, tu delirio calma.

EL CABALLERO

No: no te canses, pérfida, en probarme con reflexiones frías

lo poco que te cuesta el olvidarme,

lo que cambió tu amor en pocos días,

que jamás, ¡ay de mí!, pudiste amarme,

y que al jurarlo desleal mentías.

Yo en el dolor profundo

de esta mi triste y misteriosa vida

para mi corazón aborrecida,

otro bien no tenía en este mundo,

otra esperanza más, otra ventura

que el escondido bien de tu cariño;

mas reconozco ahora mi locura:

veo que fuí engañado como un niño.

AURORA

¿Y si el cariño, Félix, que ambicionas,

si ese cariño de que audaz blasonas,

fuera indigno de tí?

EL CABALLERO

¿Por qué?

AURORA

Tú eres

un mancebo leal, noble, sin tacha:

y yo soy...

EL CABALLERO

La mejor de las mujeres,

si me amas.

AURORA

Ni soy noble, ni soy rica  
mi raza es vil, infame, deshonrada.

EL CABALLERO

Amor es Dios, Aurora,  
y todo el Dios Amor lo santifica.  
¿Qué soy yo mismo, dime, desde ahora?  
Todo lo abandoné, no tengo nada  
más que el amor que en mi alma se atesora.

Tierra hay en donde vivas ignorada  
y feliz con el hombre que te adora.

Mas callas..., no respondes, ¡ay!, sin duda  
un nuevo amor, acaso la riqueza,  
la vanidad o la ambición te muda.

AURORA

¡Miserable de ti, si crees que el oro  
ni la opulencia y vanidad mundana  
pueden mudar mi alma! No hay tesoro  
que compre en su humildad y su pobreza  
la fe del corazón de una gitana.

EL CABALLERO

Explica, pues, de tu conducta oscura  
las razones, y parto y me someto.

AURORA

No puedo: es un secreto.

EL CABALLERO

No, Aurora: es un pretexto, una impostura.

AURORA

Un secreto fatal, en cuyas letras  
escrita encontrarás tu desventura  
si por tu mal un día le penetras.

EL CABALLERO

Mas un secreto que a partir me acosa,  
secreto para ti de dulce arcano,  
que sin duda sin mí te hará dichosa.

AURORA

No, que sin ti me sume en la amargura.

EL CABALLERO

Pero que tú de mí guardas gustosa.

AURORA

¡Félix!

EL CABALLERO

¡Mujer al fin, falsa y perjura  
como todas! Mas oye: en vano esperas  
libertarte de mí: será preciso  
que me quites la vida; te lo aviso:  
de hoy más, vayas, Aurora, donde quieras,  
te seguiré: en la calle y en el templo,  
lo mismo en la ciudad que en despoblado,  
me hallarás a tu lado,  
como Macías de constancia ejemplo,  
como la aparición de tu conciencia,  
como el espectro mudo de los celos,  
hasta que plegue a los piadosos cielos  
acabar a tus pies con mi existencia.

AURORA

Caiga, pues, sobre ti la culpa toda.  
 Con que mis labios abra,  
 con sólo que oigas mi primer palabra,  
 sé que huirás de mí: que eternamente  
 maldecirás mi amor: que mi memoria  
 odiosa te será perpetuamente  
 y a verme nunca volverás: mas quiero  
 que al recordar mi desdichada historia,  
 sepas que, al revelártela, prefiero  
 débil perderte a pérfida engañarte:

porque te amo y para mí es primero,  
 Félix, tu estimación, que el mundo entero,  
 y nunca, nunca, dejaré de amarte.

EL CABALLERO

Habla: me haces temblar; por vida mía:  
 habla y concluye de una vez, Aurora.

AURORA

No aquí, Félix, ni ahora.  
 Toma: con esa llave  
 un postigo abrirás que hay en el huerto  
 de mi casa contigo: está desierto;  
 nadie en la vecindad que se usa sabe  
 porque jamás de día ha sido abierto.  
 Toma: veo una lancha que se acerca;  
 cuando la luna de ocultarse acabe,  
 yo del huerto estaré dentro la cerca.  
 ¡Huye, Félix!, tal vez te han espionado.

EL CABALLERO

¿Y a quién le importa nuestro amor?

AURORA

¿Quién sabe?  
 ¿No ves aquel lanchón que lentamente  
 se ha venido acercando hacia esta orilla  
 mientras hemos la plática alargado?

EL CABALLERO

Pescadores tal vez.

AURORA

Otra es la gente  
 que la tripula, no; son de Sevilla.  
 Los que pescan jamás pasan del puente  
 ni atracan a la sombra de Triana;  
 porque temen la mágica influencia  
 de la raza gitana.

EL CABALLERO

¿Tienes razón, a fe! Rasando el muro  
 se vienen poco a poco deslizando,  
 y creo que me acechan en lo oscuro.

AURORA

Huye, por Dios, y ten,  
 Y así diciendo  
 echó Aurora la llave en la barquilla,  
 Quitó el arpón que la sujeta el mozo  
 galán, y haciendo remos de repente  
 se alejó en un momento de la orilla.  
 Entonces sin rebozo  
 de aquel lanchón la recatada gente,  
 partió a fuerza de remos  
 lanzándose tras él abiertamente.

Hizo el mancebo de vigor extremos maravillosos y surcó las olas como una ave marina: mas no puede luchar con tantas con sus manos solas, y por momentos al cansancio cede.

Ocho robustos brazos acrecientan la rapidez de la enemiga lancha y la distancia va, según la aumentan, siendo entre los dos botes menos ancha.

Buscó el galán con rápida mirada, de la intención de sus contrarios cierto, donde poder hallar amparo o puerto en esta situación desesperada: mas todo en derredor lo halló desierto y la lancha a abordarle preparada: nadie valerle, aun a querer, podía.

La luna, que dejando descendía en pos de sí las sombras, por doquiera la sombra por las aguas extendía hasta la otra ribera, y al ojo más sagaz imposible era ver lo que sobre el agua sucedía.

Soltó entonces el remo y metió mano a la espada con brío: mas apenas pudo esgrimirla: su valor fué vano.

Arpones de virar, armas ajenas de hidalgos, por doquier le acometieron, y mientras que por alto le amagaron las unas, otras de los pies le asieron con los ferrados ganchos, y falseado su equilibrio, con él de espalda dieron.

En su barca saltaron, en una red, traidores, le envolvieron

que por las cuatro puntas anudaron, y en el fondo del líquido elemento inerte sin piedad le sepultaron; siendo todo negocio de un momento.

Del cuerpo del mancebo al golpe rudo partió de la ventana un ¡ay! desgarrador, íntimo, agudo.

Un hombre que en la lancha presenciado todo lo había, inmóvil, torvo y mudo, en una capa de flotante grana hasta los mismos ojos embozado, tomó con ademán sombrío y grave la abandonada llave que dió al galán Aurora, y volviendo a los suyos, dijo: «ahora desplegad vuestras fuerzas y volemós».

A impulso de ocho brazos vigorosos cayeron a la vez los ocho remos al agua, y a favor de la corriente aquellos asesinos silenciosos deslizaron veloz por bajo el puente la voladora barca, que desapareció rápidamente sin dejar sobre el agua trasparente del paso huella, ni del crimen marca.

Entonces, por las aguas repulsado, surgió a la superficie del mancebo el cuerpo agarrotado, y a la merced del agua abandonado surgía y sumergiase de nuevo.

Su barca, que vacía no lejos dél flotaba entre el balumbo de la marea inquieta que aún subía, giraba sobre sí y se revolvió sin cejar ni avanzar, fuera de rumbo.

Una voz de mujer desesperada imploraba socorro desde el muro, mas la voz por el viento devorada iba por la región del aire puro a expirar en la orilla abandonada.

Y he aquí que de repente, tal vez por estos gritos mujeriles atraído, asomóse a los pretilles un hombre: el cuerpo vió, y al punto mismo a las aguas lanzándose valiente, se sumergió en su abismo.

Robusto buzo, emperó, y vigoroso nadador, gran pieza bajo del agua recorrió y certero fué a alzar junto a la barca la cabeza.

La asió con mano firme, la detuvo, y sobre entrambos brazos con destreza elevándose, de ella apoderóse, y cuando dentro estuvo hacia el flotante cuerpo dirigióse.

Era Maese Adán: dos puntos rojos que como dos carbunclos en la hondura se veían brillar, eran sus ojos.

¡Era en verdad extraña criatura y eran verdad del vulgo los antojos: en las tinieblas su mirar fulgura!

Llegó al mancebo y hacia sí le atrajo, y logró, de las aguas retirándole, sin esfuerzo a la vista ni trabajo, de pechos sobre el borde asegurándole con auxilio de un remo vuelta dándole arrojarle en la barca boca abajo.

Remó en seguida y rápido pasando por bajo de la arábiga ventana, a un cargadero el rumbo enderezando ganó la orilla y atracó en Triana; y en los hombros cargándose con brío al asfixiado inerme caballero, saltó del muelle el escalón primero, dejó la barca a la merced del río, y se hundió tras el ángulo primero de un callejón del arrabal sombrío.

### III

Derramóse la sombra de improviso sobre el haz de la tierra, al ocultarse la luna por detrás del horizonte, y fué todo tinieblas un instante.

Poco a poco las pálidas estrellas fueron esplendorosas destacándose sobre el velo turquí del firmamento extendido entre Dios y los mortales.

Cuando al fulgor escaso de los astros comenzaron, al fin, a señalarse los objetos, logrando distinguirse el que se mueve del que inmóvil yace, la tapia desigual de un huertecillo siguiendo silencioso y una calle tortuosa de Triana, un bulto móvil empezó entre la sombra a dibujarse.

Poco a poco su forma verdadera en contornos exactos revelándose, cual es mostróse: un hombre que, cargado marcha con otro, al parecer cadáver.

El vivo, cuyos pasos no se sienten y de quien las tinieblas el semblante

velan, va lentamente del terreno donde fija los pies asegurándose.

Y, acaso la ilusión de las tinieblas o la aprensión tal vez del miedo lo hacen, mas parece que un cárdeno reflejo brilla movable de sus pies delante.

Dijeran que en el sitio do su rayo visual se quiebra, o que las piedras arden, o la luz de sus ojos reverbera cual si un foco en sus niñas se encerrase.

Ello es que a la verdad este reflejo, que o va con él o de sus ojos sale, su misterioso bulto esclareciendo sobre él la vista con asombro atrae.

Y si un vecino de su casa fuera llegara en las tinieblas a encontrarle, de él se esquivara, de pavor transido, por temerosa aparición tomándole.

Él, en la densa oscuridad fiado, o de ser descubierto no curándose, llegando ante un postigo, en su cerraja con tino singular metió la llave.

Su muéllé rechinó con son tan triste como si de sus huecos en la cárcel habitara algún ser, a quien sus guardas al girar dentro de ellas torturasen.

Atravesó el umbral, dejó la puerta por su maciza gravedad cerrarse, cruzó sin deponer su horrible carga un huertecillo sin labor, salvaje.

Doquier en él parásitos crecían el hinojo, la rubia y los zarzales,

en medio de una yerba verdinegra de indefinible olor, bravío y acre.

Al afirmar sus plantas aquel hombre sobre el loco, infructífero follaje que en el inculto suelo vegetaba, cual si tuvieran voz para quejarse, de sus ramas y troncos, parecía que al quebrantarles él salían ayes: y un resplandor fosfórico quedaba encima de sus huellas un instante.

El jaramago inútil y el vil hongo a su contacto esquivos apartábanse, doblegando sus troncos mohecidos, para que con su pie no les tocasse, ¡Quimérica ilusión! Su movimiento causó sin duda revoltoso el aire que, al cerrarse con ímpetu el postigo formó una onda y agitó el ramaje. Llegado ante un portón que sobre el huerto en la alta casa que rodea se abre, llamó el cargado, abrióse, y en su quicio de una mujer apareció el semblante.

—«¿Vive?», con ansia preguntó en voz baja.

—«¡Bah! ¿Pues no ha de vivir? En cuanto

[largue  
«el agua que ha tragado, dijo el hombre, «quedará como nuevo: mas apartate «y déjame pasar, porque a fe mía «que pesa y tengo ganas de soltarle.» Se apartó la mujer, entró el cargado, y el portón detrás de él volvió a cerrarse.

Ahora, lector, reparo en que no he escrito de mi nocturna acción los personajes: la mujer es Aurora: es el traído don Félix, y es Adán el que le trae. Mas perdona, lector: no te los nombro porque a suplirles tu saber no basta,

sino porque yo sé que te los debo  
y nada quiero que por mí te falte.

### CAPÍTULO III

EN EL CUAL ES CUESTIÓN DEL ESPEJO  
DE CORNELIO AGRIPA DE NETHESSEIM,  
Y DE CÓMO UN HOMBRE QUE MURIÓ,  
SIGUIÓ VIVIENDO

#### I

Secretos hay que de la ciencia cabe  
rasgar el velo al pertinaz empeño:  
mas existen misterios cuya llave  
Dios nada más posee del mundo dueño;  
Él nada más los de la muerte sabe,  
Él nada más los de su hermano el sueño;  
el hombre cuando expira y cuando duerme,  
en los brazos de Dios se entrega inerme.

Para el dormido y para el muerto, el  
mundo  
no es más que un negro caos, un abismo  
en cuyo seno lóbrego y profundo  
pierde el ser toda idea de sí mismo;  
del sueño y de la muerte en un segundo  
nos rinde el repentino parasismo:  
mas ¿quién del punto se apercibe nunca  
que su vigilia o su existencia trunca?

Al que por un azar torna a la vida  
suprema intervención inesperada,  
a la persona ya desvanecida,  
por el gas o las aguas asfixiada,  
por ejemplo, que cuenta se la vida  
del momento postrer, ¿qué sabe? nada:  
lo más que cuenta de su breve historia  
es que perdió de sí toda memoria.

Se le acuerda tal vez que hubo un mo-  
mento  
en el cual vino a ensordecer su oído,  
o descendió a envolver su pensamiento,  
densa tiniebla o cóncavo zumbido:  
mas vuelve del mortífero elemento  
de lo pasado en el completo olvido,  
pues sólo Dios, que crea y anonada,  
penetra los misterios de la nada.

Así don Félix, el galán mancebo,  
de las ondas exánime arrancado,  
los ojos a la luz abrió de nuevo  
en olvido total de lo pasado.  
Fué su curiosidad el primer cebo  
que atrajo a su recuerdo descarriado,  
y el primer movimiento el de tornarse,  
cuenta de dónde se halla para darse.

Miró en redor y con asombro hallóse  
sobre cómodo lecho, en aposento  
desconocido de él; incorporóse  
con esfuerzo febril por un momento;  
mas inerme otra vez caer dejóse,  
pues a este repentino movimiento  
su cerebro sintió desvanecido  
girar en el mareo de un vahido.

Volvió, pues, en la almohada a recos-  
tarse,  
y al volver su cerebro a entrar en calma,  
comenzó poco a poco a acostumbrarse  
a entrar el cuerpo en el poder del alma.  
En lucha desigual sintió trabarse  
su espíritu y su cuerpo; mas la palma  
llevó al fin el espíritu, y vencidos  
en su dominio entraron los sentidos.

Tornaron sus mentales facultades  
a ejercer lentamente sus funciones:

del cerebro sintió las cavidades abrirse a las ideas, las visiones del vértigo partir, las realidades de la vida volver, y en las lesiones del cuerpo dolorido y fatigado, leyó la historia de su mal pasado.

Recordó su paseo por el río, su canción bajo la árabe ventana, su enemigo traidor, su inútil brío, el ¡ay! desgarrador de la gitana que oyó al surgir del elemento frío que le volvió a sorber, y la tirana fuerza del agua, por la cual ceñido sin poderse valer perdió el sentido.

En sus manos aún entumecidas de la encogida red halló la marca, con cuyas cuerdas mil entretejidas le ataron a traición los de la barca. A estas memorias de baldón, traídas a su imaginación, el ceño enarca y bendice el favor de su destino por vengarse no más de su asesino.

Al recóndito impulso de su ira, en dejar otra vez piensa su lecho, e incorporado en él en torno mira cuanto decora su aposento estrecho, y en su adorno estrambótico le admira, ningún mueble para él estando hecho, mezcla extraña de sórdida pobreza y de ostentosa y oriental riqueza.

Sobre pared dismantelada asienta un primoroso cincelado armario, que esculturas miríficas ostenta en su rica labor y adorno vario. En un rincón se tiene una osamenta

humana, cuyo espectro funerario duplica su fantástico reflejo en el cristal de veneciano espejo.

Alumbra el aposento una ventana por cuyos rotos vidrios atraviesa la frescura y la luz de la mañana; y un viejo libro sobre hendida mesa, unas cortinas de rasgada indiana, y dos sillas de enea y paja gruesa juntas a un catre de roído pino, completan en total su ajuar mezquino.

Vago temor el corazón brioso embargó, del mancebo, contemplando tan extraño mueblaje, del medroso lugar donde se encuentra recelando. Vistióse y dejó el lecho, el pie dudoso a la ventana angosta enderezando, y examinó la vecindad de fuera: mas todo en su redor soledad era.

Un huertecillo inculto, una calleja sucia, tortuosa, y la desierta orilla del río, es sólo lo que ver le deja la angosta y elevada ventanilla, sobre unos techos de encarnada teja donde el rocío aún húmedo brilla: y mal hallado en tal alojamiento, pensó en dejarle sin perder momento.

Dirigióse a la puerta, mas su mano llegado había al picaporte apenas, cuando al dintel se presentó el gitano Maese Adán, quien con las manos llenas de fresco pan y vino añejo y sano, antídoto sin par de frío y penas, díjole: «Libre es de irse o de quedarse, pero no sin sanar y alimentarse.»

Iba el mancebo a responderle, cuando se presentó la gitanilla Aurora, con sus manos de nácar alargando un manjar que el olfato corrobora. Quedó un punto don Félix contemplando la aparición de la mujer que adora, absorto y de sí mismo sin ser dueño como quien goza la visión de un sueño.

Puso Aurora el manjar sobre la mesa que preparó su padre en un momento, y sin tornar aún de su sorpresa él seguía en mitad del aposento. Entonces dijo el viejo: «Daos priesa, caballero, aceptar ese alimento, y cruzaremos a través del vaso dos palabras que vienen muy al caso.»

Así invitado el mozo, y distraído de sus vagas y amantes ilusiones por la voz de Maese, que servido tenía ya el licor en dos tazones: sentóse, aunque turbado, decidido a otorgar la razón a estas razones: pues aunque en tal momento le avergüen-  
[cen,  
hambre y amor con ellas le convencen.

Sentóse, pues, y por la audaz mirada del misterioso viejo dominado, a comer empezó sin decir nada, cual del hambre voraz sólo ocupado. Repuesto, empero, a poco, y disipada esta fascinación, tendió al colmado vaso la mano, y con verdad sincera el diálogo entabló de esta manera:

DON FÉLIX

A mi libertador, quien quier que fuere:

y ojalá pronto en ocasión me vea de probarle que en mi alma nunca muere la memoria del bien.

MAESE

¡Bravo! Así sea.

¡Mal año para mí, si tal no hiciere otras mil veces con quien tal desea! A la ventura y bienandanza brindo de su segunda vida, mozo lindo.

DON FÉLIX

¡De mi segunda vida!

MAESE

Sí, por cierto:

quien al Guadalquivir lanzado ha sido envuelto en una red, es hombre muerto; el que yo de sus ondas he extraído, de una existencia nueva entró en el puerto. Hoy podéis suponer que habéis nacido: el don Félix se ahogó: ya sois otro hombre, si os place cambiaréis hasta de nombre.

DON FÉLIX

Tenéis razón, Maese: es una idea famosa.

MAESE

Como mía. Desde ahora podéis tomar el rumbo que más sea de vuestro gusto; ¿no es verdad, Aurora? No habrá nadie que en vos a vos os vea, si queréis; de vos mismo encubridora

máscara, en otro ser y en otro estado, nada tenéis que ver con lo pasado.

Aquí en otra mirada luminosa del mancebo gentil por un momento la noble faz y forma vigorosa el gitano envolvió: sacudimiento eléctrico, impresión vertiginosa estremeció y turbó su entendimiento, y en panorama nuevo de repente su nuevo porvenir se abrió en su mente.

La propuesta del viejo está bien clara, aunque cauto y político el gitano, hacérsela no quiso cara a cara en términos precisos; pero es llano que del galán la comprensión avara sondando en ella el escondido arcano, la abarca en el sentido en que está hecha; y pues calla sagaz, no la desecha.

Don Félix, a quien aun calenturienta turbación el cerebro debilita, la propuesta de Adán tomando en cuenta la trabaja en su mente y la medita. Entretanto en su espíritu fermenta y en él desenvolviéndose le agita: y aborto y en silencio reflexiona, mientras consigo mismo así razona.

Harto ya de él y muerto para el mundo a quien pesares nada más debía, mirando hastiado y con desdén profundo la sociedad, que estéril no podía ofrecer a su anhelo vagabundo paz, ni placer, ni calma, ni alegría, él, privado de todo por la suerte, iba a nacer del seno de la muerte.

Él, anoche en las aguas sumergido, en su fondo dejando ser y nombre, iba al mundo a volver juvenecido con existencia nueva, nuevo hombre. La idea de Maese ha comprendido bien: unirle a su raza. ¿Y qué hay que [asembre su altivez en propuesta tan osada? ¿Qué debe al mundo de que sale? Nada.

Sin hogar, sin familia, sin fortuna, víctima de implacables enemigos, la ocasión en verdad es oportuna para cobrar fortuna, hogar y amigos. ¿Dónde hallará otro asilo que reúna para probar su agravio más testigos, más misterio que encubra su esperanza, ni más fuerza que ayude su venganza?

Esclavo de un amor que le avasalla, de un amor imposible entre otra gente, la oferta de Maese abre la valla que a su amor se cerraba eternamente. Pobre, aunque noble, en la impotencia se [halla de ofrecer ni aceptar su amor ardiente; mas cambiando de ser, logra sin pena la prenda del amor que le enajena.

Única luz que su existencia dora con un rayo benigno de esperanza, único bien que anhela, en que atesora cuanta dicha futura y bienandanza conciben sus deseos es Aurora: luz, bien, deseo que dichoso alcanza con quedarse en las aguas sumergido, dejándose caer en el olvido.

Aborto en tal idea, y por el cebo de su venganza y de su amor tentado,

permanecía inmóvil el mancebo de su hambre y de sus penas olvidado. Dejábale Maese tras un nuevo pensamiento vagar embelesado, siguiendo con diabólica mirada los giros de su mente descarriada.

Y según sonreía o enarcaba su entrecejo don Félix, sonreía o le fruncía Adán que le miraba; dijeran que a su espíritu infundía la idea con los ojos, o que estaba a través de su cráneo, que hendía con la vista, leyéndole su idea antes que él mismo la conciba y lea.

Cuando acabó de meditarla el mozo y el viejo Adán de penetrarla toda, la cuestión abordando sin rebozo dijo el viejo: «Ea, pues, si os acomoda, del olvido dejemos en el pozo.»  
«¿al que don Félix fué: tengo una boda y que ofreceros: casaos con mi hija, y la tribu os adopta y os prohija.»

Estremecióse de placer oyendo tal propuesta don Félix: la gitana el semblante volvió, brotar sintiendo a sus mejillas del rubor la grana. Miróla el mozo, consultar queriendo su voluntad, y viendo que la allana su silencio el camino, su derecha tendiendo a Adán, le dijo: «es cosa hecha.»

—Hay una condición, dijo Maese.  
—Otra iba yo a poner, dijo el mancebo.  
—¿Cuál?—La de que al honor no me interese con que a mancharle no me atrevo.

Tenéis en vuestra tribu, aunque me pese decíroslo, uno en que caer no debo: noble he nacido, y conservar mis manos quiero limpias de vicios de villanos.

—Mozo, exclamó Maese, vicios tiene todo comercio y tráfico en el mundo: mas pararse en miserias no conviene con hombres como vos; en un segundo nos vamos a entender, y si se aviene vuestro honor con las bases en que fundo mi condición, se acepta: de otro modo de lo dicho no hay nada, es nulo todo.

—Veamos, dijo el mozo: y el gitano con una seña despidiendo a Aurora, quedóse con don Félix mano a mano: en la curiosidad que le devora preparóse éste a oírle, y el anciano sentado frente de él, díjole: «Ahora señor galán, entremos en materia y prestadme atención: la cosa es seria.»

II

DIÁLOGO

MAESE ADÁN.—DON FÉLIX

MAESE.

Leí yo, no sé dónde, ni sé cuando, un libro de un autor docto y profundo, que decía el discurso comenzando: «Nada se hace por nada en este mundo». Dígoos yo esto con quien esto dice, señor don Félix, porque yo al lanzarme a sacaros del río, no lo hice sólo por el placer de chapuzarme,

ni un deber de conciencia satisface, pues pude con mis años excusarme de ampararos: écheme, pues, al río por interés no vuestro, sino mío. El ceño no frunzáis. Voy a probaros que no puede ofenderos mi franqueza diciéndoos una cosa sin reparos; y es: que vos, blasonando de nobleza, menos franco que yo, pero tan diestro, vais como yo a jugar con juego doble, pues en gitano al transformaros, noble, de política dais golpe maestro; mas no miráis otro interés que el vuestro.

DON FÉLIX

¡Vive Dios!

MAESE

No juréis, y oíd con calma. Ya podéis suponeros que no en vano soy viejo y soy gitano; leo como en un libro en vuestra alma: sé mejor que vos mismo lo que en ella escondido guardáis; amáis a Aurora dos años hace... más: tres hará luego que esa pasión en vuestro pecho mora; la amáis en realidad, la amáis con fuego, con verdadero amor, casto y profundo; tres años hace que seguís su huella, olvidado de vos, fuera del mundo: dos años hace ya que la mañana vuestra faz melancólica ilumina en frente de su arábica ventana, que el puente de Triana, donde amanece para vos, domina. Dos años hace ya que de su casa al pasar los umbrales, ve que pasa

vuestra embozada sombra junto a ella, y por doquier que va, tras de su huella siente doquier que vuestro pie camina. La amáis, y vuestro amor correspondido todo por conseguirla lo atropella, y a la ocasión primera decidido, resuelto a todo por lograr su mano, bendiciendo la muerte que os ha hundido en el Guadalquivir, y en el olvido dejando vuestro ser como perdido, no sois quién erais y os hacéis gitano. Mas ¿todo eso es amor, señor mancebo? ¿Es sólo amor? ¿Abandonáis tan sólo la sociedad honrada tras el cebo puro de un puro amor? ¿No obráis con dolo al ofreceros noble y caballero y joven y valiente, al mundo entero renunciando por ella, a nuestra infame y vagabunda tribu? Vamos claros: en nuestra innoble raza al ampararos, ¿quién logra más ventaja, vos o ella? Vos: porque hoy os importa el ocultaros, hacer perder al mundo vuestra huella, ganar tiempo, y amigos procuraros contra esa sociedad que os abandona, contra ese mundo ruin que os desconoce, contra el ser que os humilla y os ultraja, y contra el hado que con vos se encuentra mayores fuerzas y mayor ventaja para que no os acabe y os destruya; porque ¿qué os resta ya sobre la tierra? Vuestro inútil amor, vuestra persona, blanco de ocultas iras, y ese traje que hubiera sido ayer vuestra mortaja sin mí, que de las aguas os extraje. Víctima de traidores enemigos, por secretos amaños deshonorado, os veis por donde quiera rechazado, sin hogar, sin dinero y sin amigos.

He aquí, don Félix, la verdad desnuda,  
 he aquí la posición en que os encuentra  
 mi protección y mi propuesta boda,  
 que en mis proyectos ofreceros entra:  
 oferta mía que redundá toda  
 en mi propio interés, no tenzáis duda;  
 mas también en el vuestro, pues os brinda  
 con misterioso amparo que os escuda,  
 con poder que a vengaros os ayuda,  
 y en fin, con el amor de la más linda  
 gitana que pisó la orilla amena,  
 en cuyo lecho de esponjosa arena  
 Guadalquivir, como en tazón chinesco,  
 o en mejicano búcaro, su fresco  
 raudal contiene y su cristal serena.  
 Echó el gitano exordio semejante  
 del mancebo a la faz de una manera  
 tan agria, tan audaz y extravagante,  
 mezclándose a la vez en su semblante  
 la calma del filósofo sincera  
 y la ironía fatua del pedante  
 con el cinismo bajo y el aplomo  
 del villano insolente, que no era  
 posible comprender su verdadera  
 expresión, ni era fácil saber cómo  
 recibir su filípica severa;  
 de modo que don Félix, subyugado  
 por la verdad tal vez, o sorprendido  
 por un descaro tal, o avergonzado  
 de ver así su corazón sondado,  
 respondió entre confuso y ofendido:

DON FÉLIX

Es verdad ¡ay de mí!, verdad, Maese:  
 y aunque no la miré por ese lado  
 jamás, lo reconozco aunque me pese;  
 tal es mi posición.

MAESE

Por decontado  
 que yo sé que jamás habéis fiado  
 ni aun a vos mismo lo que yo os expongo:  
 yo sé que no habéis nunca calculado  
 las ventajas del cambio que os propongo,  
 y que aun ahora dudáis avergonzado  
 cuando a la vista la verdad os pongo:  
 mas ello así ha rodado,  
 porque todo en el mundo es egoísmo:  
 todos en él nuestro interés miramos,  
 y a él nos arrastra nuestro instinto mismo  
 siempre, y aun cuando menos calculamos.

DON FÉLIX

Siento ¡ay de mí! que es la verdad; lo veo,  
 se oculta en todo un interés: lo creo;  
 mas no veo, Maese, todavía,  
 el oculto interés que a vos os guía.

MAESE

Es una historia triste: es una cosa  
 infame, repugnante, vergonzosa,  
 que debo, mas no sé cómo, deciros:  
 es un fatal secreto  
 que os debo confiar: que va a afligiros,  
 que va a romper acaso de repente  
 el hilo en que está apenas sostenida  
 nuestra amistad naciente;  
 pero debo advertiros  
 que quedáis a guardármele sujeto:  
 os lo exijo por precio de la vida  
 que os he salvado ayer.

DON FÉLIX

Vivid seguro  
 de que en mi pecho le daré guarida,  
 y jamás saldrá de él.

MAESE

Si cuando oído lo hayáis no os acomoda adelante llevar lo de la boda, libre sois: aún no hay nada concluido.

DON FÉLIX

Maese, me asustáis.

MAESE

Oíd con calma:

de decir acabáis que amáis a Aurora, que ese amor os ocupa toda el alma, y que os halláis dispuesto desde ahora a renunciar por ella al mundo entero; mas yo quiero una prueba: necesito que sea vuestro amor, hondo, infinito, tan superior en vuestro ser a todo, que no hayáis a él de sustraeros modo, que sea en vos el ímpetu primero.

DON FÉLIX

A daros esa prueba me acomodo, Maese: ¿qué exigís? La vida os debo; disponed de mí ser. Sí, yo amo a Aurora, la adoro: a todo por su amor me atrevo, y estoy pronto por ella desde ahora a renunciar a todo o a intentarlo todo, como queráis: hablad.

MAESE

Mancebo, no puede Aurora ser más que del hombre que sin mirar a más que a su cariño,

renunciando a su honra y a su nombre si es necesario, humilde como un niño mi condición acepte.

DON FÉLIX

Está aceptada.

MAESE

Mirad que es cosa fuerte que requiere valor; caso inaudito, tal vez más duro que la misma muerte, para quien ama como vos sincero con exclusivo amor, hondo, infinito.

DON FÉLIX

Mi mismo amor, por ser tan verdadero, sostendrá mi valor firme y entero; nada me espanta, hablad.

MAESE

¿Ni aún un delito?

DON FÉLIX

Si no es baja ruín o villanía torpe e infame...

MAESE

No, por vida mía: es un delito sobre el cual severos los tribunales echarán sus leyes pronto, si torpe vos o ellos mañeros, dan con él y os le prueban algún día: mas delito es ¡a fel de caballeros.

Y que más de una vez lo fué de reyes:  
he aquí por qué nosotros los gitanos,  
que siendo sólo míseros villanos  
necesitamos cometerle, habemos  
en vos puesto los ojos, pues queremos  
de un caballero encomendarle a manos:  
mas es empresa en que empeñarse debe  
quien de esposo de Aurora el nombre lleve;  
si después de saber nuestro secreto,  
juzgándola de amor aun digno objeto,  
delito y boda a consumir se atreve.

DON FÉLIX

Veamos: ¿qué hay que hacer?

MAESE

Matar a un hombre  
cómo y cuándo queráis: en desafío  
o a traición, es igual. ¿Qué hay que os  
[asombre?  
El ceño me fruncís. ¿Os falta brío?

DON FÉLIX

El riesgo ¡vive Dios! no me amedrenta.

MAESE

No me mentéis a Dios que es cosa santa,  
y no es del caso. ¿Qué es lo que os espanta?

DON FÉLIX

Que os atreváis a hacerme tal afrenta.

MAESE

Cómo puedo afrentaros, no imagino.

DON FÉLIX

Con el amor de Aurora, por mi cuenta,  
comprarme pretendéis como asesino.

MAESE

Raciocináis a fe muy torpemente.  
Os he dicho, don Félix, que esta empresa  
al marido de Aurora solamente  
se debe encomendar; bien claramente  
os indico a mi ver y lo bastante  
que al honor del marido le interesa  
sin duda, no al cariño del amante:  
porque el honor de la mujer casada  
para el marido, como suyo, es todo,  
para el amante, como ajeno, es nada.

DON FÉLIX

¡Por Cristo!

MAESE (*interrumpiéndole con ímpetu*).

Os dije ya que de otro modo  
me hablarais: no juréis, que es cosa fea.

DON FÉLIX

Perdonad: es un vicio de soldado.

MAESE

Pues perdedle; mas íbamos diciendo  
que con Aurora de una vez casado...

DON FÉLIX

Su honor me interesaba; lo comprendo:  
mas lo comprendo con temor. ¿Acaso...?

MAESE

No penséis mal.

DON FÉLIX

¿Aurora?...

MAESE

Es inocente  
como el niño que nace.

DON FÉLIX

En ese caso...  
si su honor está ileso...

MAESE

Es evidente;  
mas fué siempre el honor tan frágil vaso  
y de cristal tan puro, que un ambiente  
vaporoso no más le empaña al paso.

DON FÉLIX

¿Es decir, que el de Aurora?...

MAESE

Está sin tacha.

DON FÉLIX

Entonces no os comprendo.

MAESE

Ni yo tampoco sé cómo decíroslo;  
yo que su padre soy... ¡pobre muchacha!

DON FÉLIX

Temo, Maese, que os estáis burlando.

MAESE

Jamás me burlo yo, debo advertiroslo.

DON FÉLIX

Pues hablad de una vez, si os acomoda:  
porque ¡a fe mía! que me vais hilando  
con eso del honor, lo de la boda  
de una manera tal, que es imposible  
los cabos anudar de vuestro cuento.  
Acabad de una vez.

MAESE

Es que es terrible.

DON FÉLIX

Pues no haber comenzado.

MAESE

Estadme atento.

Volví de una feria con Aurora,  
ya tarde a mi pesar: la noche oscura,  
próximo el huracán, alta la hora,  
solitario el lugar... desoladora  
mi posición y grande mi pavora.  
Mirando ya la tempestad cercana,  
tomé un atajo por cortar camino,  
en un pueblo extraviado más vecino,  
a esperar decidido la mañana.  
Dijelo a Aurora y avancé el primero:  
mas no bien por el áspero sendero

nos hubimos metido, abandonando la carretera descubierta, cuando noté que nos seguía un caballero. Mi hija y yo caminábamos en mula: temo, y en baja voz dígola: «pical» óyeme, y obedéceme la chica: levantamos el tróte, mas es nula mi precaución; el caballero aplica a su montura espuelas y regula su paso al nuestro. El miedo me estimula: pico más, pica Aurora, mas él viene ganando tierra; párome un momento para dejarle paso, y se detiene. Vuelvo a partir y parte. Yo al fin siento, aunque viejo, que aun hay sangre en mis

[venas,

y con rubor de huir de un hombre solo, me decido a abordarle: mas, apenas me volví a él, apercibí su dolo. Cruzando los espesos olivares, y en la labrada tierra sus pisadas ahogando, de dos viles auxiliares vi llegar las figuras embozadas. Quise huir, mas hallé por cada lado contra mí dirigida una pistola por un recién venido enmascarado: entonces, «¿qué queréis?», dije turbado, y respondiome el jefe: «tu hija sola». Eché mano al puñal de mi cintura: mas pasándome un lazo de repente por el cuello y los brazos, reciamente lláronme en la cuerda, que segura cortó mi acción y me dejó impotente.

DON FÉLIX

¿Y Aurora?

MAESE

Entre sus brazos desmayada,  
iba ya por el jefe arrebatada.

¡Infame!

MAESE

¿Comprendéis? Me maniataron, me vendaron los ojos, en un coche prevenido por él nos encerraron, y corrimos así hasta media noche.

DON FÉLIX

¡Infames!

MAESE

¡Bien que infames! A la puerta de un cortijo, a mi ver, se detuvieron, me amordazaron, y sentí que a Aurora apartaban de mí: mas la volvieron a traer.

DON FÉLIX

¿Al punto?

MAESE

No: pasó una hora.

DON FÉLIX

¡Infames! ¿Y después?

MAESE

Volvió el carruaje con dos hombres no más, que nos guardaban [ban, a deshacer el misterioso viaje.

Ciego y mudo sentí que se paraban:  
del carruaje sacáronme, en el suelo  
me dejaron y of que se alejaban.

DON FÉLIX

¿Nadie os pudo acudir?

MAESE

¡No quiso el cielo!

Y al recordar el viejo en tal jornada  
cómo de él enemiga u olvidada,  
la voluntad del cielo abandonóle,  
la inflexión de su voz desesperada  
una rabia expresó tan concentrada,  
tan honda ira, que la voz faltóle.  
Tembló don Félix: el siniestro acento  
de Adán produjo un eco tan extraño,  
que al penetrar en él le hizo violento  
pavor al alma y a la oreja daño;  
cuya ingrata impresión apercibiendo,  
calmóse Adán y continuó diciendo:

MAESE

Revolquéme furioso como un loco,  
entre matas y peñas desgarrándome,  
y percibí por fin que poco a poco  
iba mi cuerda libertad dejándome.  
El pañuelo arranqué que me cegaba.

DON FÉLIX

¿Le conserváis?

MAESE

¡Inútil! Era el mío.

DON FÉLIX

¡Traidor!

MAESE

Aún sin sentido se encontraba  
Aurora junto a mí, y el viento frío  
de un alba de febrero nos helaba.

DON FÉLIX

¿Dónde?

MAESE

En el mismo sitio donde fuimos  
sorprendidos.

DON FÉLIX

¿Y Aurora?

MAESE

Entre mis brazos  
se echó al abrir los ojos desolada.  
¡Yo me sentía el alma hecha pedazos!

DON FÉLIX

Mas, ¿qué dijo de sí la desdichada?

MAESE

Ni yo le pregunté, ni dijo nada  
ella, pues cosas hay que no es preciso  
preguntar ni decir; pero robada  
por un hombre, a la quinta donde mora

por él llevada y cuanto tiempo quiso detenida por él... yo desde ahora, puesto que sois tan cándido, os lo aviso, debe la historia estar toda encerrada en sola una palabra: «Deshonrada».

DON FÉLIX

¡El miserable!

MAESE

Y aunque así no fuera, como por apariencias lo parece, el que sabe la historia verdadera tal como puede ser, muerte merece; y yo, que aquí soy rey, quiero que muera.

DON FÉLIX

¿Tenéis razón?

MAESE

Atado con los lazos de la red con que el pelo me ceñía, hallé que me dejaban los malvados un papel.

DON FÉLIX

¿Qué decía?

MAESE

Vedle (dándosele).

DON FÉLIX

(Leyendo). «Si habláis, morís asesinado. Dejame este papel. [dos.]»

MAESE

Guardadle. Ahora ¿se os alcanza por qué quien lleve el nombre de marido de Aurora tiene por fuerza que matar a un hombre?

DON FÉLIX

Y morirá. Mas...

MAESE

He ahí la duda que adivinar en vos me trae inquieto; ¿vuestro amor al honor prestará ayuda, o vuestro amor con el honor se escuda? Más claro: ¿hoy que sabéis ese secreto, a la palabra y boda convenida, señor don Félix, os creéis sujeto?

DON FÉLIX

Lo estoy a la venganza, y de mi vida os hago aquí la ofrenda: os lo prometo: mataré o moriré.

MAESE

Pero... ¿casado?

DON FÉLIX

Harto ya de mi ser, desesperado, abandonado ya de cielo y tierra; porque la fuerza de mi ser se encierra en el amor de Aurora, que es el único bien por mí anhelado, la única luz que me alumbró hasta ahora,

MAESE

¿Luz tras que ya no iréis?

DON FÉLIX

¡Pese a mi estrella!

¿Toda su relación no está encerrada  
en la sola palabra «Deshonrada?»

¡Se extinguió, pues, la luz que había en  
[ella]

MAESE

¿Mas no os dije que estuvo desmayada,  
falta de movimiento y de sentido?  
Ella ni vió, ni oyó, ni sintió nada;  
por eso el crimen más infame ha sido:  
pues supongo, aunque nunca se ha sabido,  
que la dejó el traidor sin ser culpada,  
cual si lo hubiera sido, deshonrada.

DON FÉLIX

Tenéis razón.

MAESE

Pesadlo, pues, con calma:  
que si la amáis y en ella no hay malicia,  
privaros de su amor es injusticia,  
y si ella os ama, como yo sospecho,  
la desesperaréis, perdéis su alma.

Calló un punto el gitano, y de hito en  
[hito]  
contemplando al galán, que parecía  
caso no comprender tan inaudito,  
continuó así: tal es la historia mía,  
señor don Félix. ¿Comprendéis ahora  
para qué un caballero necesito?

Don Félix, con un poco mofadora  
sonrisa respondió: a lo que parece  
para vengar el deshonor de Aurora.  
Una mirada luminosa el viejo  
lanzó y le dijo: Aurora no merece  
ni pensamiento tal ni tal sonrisa  
que en el desprecio o el insulto frisa;  
no hay deshonor en donde no hay delito,  
donde no hay voluntad no existe crimen  
La venganza que ansio es de su ofensa,  
no de su deshonor, pues de él la eximen  
la razón y la ley, y no lo admito.

DON FÉLIX

Llevad a un tribunal vuestra defensa.

MAESE

Jueces no habrá que nuestra causa es-  
en justicia. [timen]

DON FÉLIX

¿Por qué?

MAESE

Porque él tiene oro  
es un noble y nosotros unos viles  
vagabundos. Atentos al decoro  
de su clase los jueces, como lobos  
de una misma camada, en las sutiles  
argucias de la ley, como a unos bobos  
nos enmarañarán nuestra justicia:  
y al fin nosotros, tras de hacer la fiesta,  
tendremos que pagar los tamboriles.  
No: sé ya mucho para dar tal piedad.  
sé la justicia humana lo que cuesta.

De silencio otra vez hubo aquí un trecho;  
 Don Félix sin color, medítábundo,  
 la cabeza inclinada sobre el pecho,  
 la mirada feroz, clavada en tierra,  
 presa de afán desgarrador, profundo,  
 y con su honor su corazón en guerra,  
 permaneció como de mármol hecho,  
 ajeno de sí mismo, extraño al mundo.  
 El misterioso viejo en él posaba  
 su mirada diabólica y sombría,  
 y tal vez en su ser profundizaba,  
 y su idea en la mente perseguía,  
 y su pupila torva fulguraba  
 siniestro resplandor, y sonreía.  
 Alzó al cabo, don Félix, la cabeza,  
 sonrió y dijo luego con firmeza:

DON FÉLIX

Tenéis razón.

MAESE

¿Amáisla todavía?

DON FÉLIX

Si.

MAESE

¿Manteneis vuestra palabra?

DON FÉLIX

Entera.

MAESE

¿Con ella os casaréis?

Zorrilla.—Tomo I.

DON FÉLIX

de la boda. Marcad el día

MAESE

Mas... ¿él?

DON FÉLIX

¡Por vida mía!  
 Él morirá; nombradle.

MAESE

Bien quisiera  
 en verdad; mas nombrárosle no puedo.

DON FÉLIX

¿Me diréis el por qué?

MAESE

Sí; porque ignoro  
 a quién he de acusar; ningún testigo  
 puedo llamar contra él; ni aun sé su nom-

[bre,

DON FÉLIX

¡Diablo! ¿Pues para qué contáis con-

[migo?

MAESE

Pues claro está: para matar a ese hom-

[bre.

DON FÉLIX

¡Si no le conocéis!

MAESE

Mas puedo hacérosle  
conocer... si es que de él no tenéis miedo.

DON FÉLIX

¿Creéis, tal vez, que a traición ma-  
[tarle puedo  
como un *bravo* italiano?

MAESE

No me incumbe  
saber el cómo muera, ni me importa;  
me doy por satisfecho si sucumbe.  
A vosotros, los nobles, se os adiestra  
de matar en el arte desde niños:  
al que mata mejor más se le estima,  
y yo sé que tenéis mano maestra  
vos en el noble arte de la esgrima.  
Tomad, pues, el camino que primero  
se os presente: de Aurora al ser marido  
su honor os cumple conservar entero:  
para vengaros vos habéis venido  
en gitano a parar: por verdadero  
dais el que muerto sois, y estáis hundido  
en la callada eternidad; infiero  
que no os injurio en suponer que, acaso  
mañana que salgáis de este mal paso,  
para vengar a vuestra esposa fiero  
queráis volver a ser lo que en el mundo  
erais, y de gitano vagabundo  
resucitéis, como antes, caballero.

Y todo esto a don Félix le decía

Maese con un tono tan extraño,  
mixto de sencillez y de ironía,  
de duelo y de placer, de ira y de gozo,  
y con una mirada que atraía  
tan poderosamente la del mozo,  
que por su magnetismo se sentía  
dominado: y su voz y su mirada,  
sin poder resistir, dócil seguía  
su alma por la del viejo fascinada.  
De este poder magnético cediendo  
al misterioso influjo, y su alma entera  
arrastrada a su vórtice sintiendo  
el mancebo, anudó de esta manera  
diálogo con el viejo.

DON FÉLIX

No os comprendo,  
Maese; pero siento que en mí mismo  
germina un nuevo ser, que a vos me atrae  
yo no sé qué poder, como a un abismo  
me atraería un vértigo. Acabemos:  
siento que mi alma en vuestros brazos cae.  
¿Queréis matar a un hombre?

MAESE

Sí.

DON FÉLIX

Corriente:  
mas me decís que ni sabéis su nombre,  
ni una seña podéis darme del hombre  
a quien queréis matar.

MAESE

Mas puedo enfrente  
del que tome a su cargo su castigo

ponerle: y al marido solamente  
de Aurora a presentársele me obligo.

DON FÉLIX

Tenéis que verle, pues, para mostrarle,

MAESE

No.

DON FÉLIX

No os puedo entender.

MAESE

Es un secreto  
vinulado en mi raza: si os lo digo  
quedaréis a guardármele sujeto  
y a casaros con mi hija. Todavía  
estáis a tiempo: hablad. Si amáis a Aurora,  
de lograr vuestro amor ésta es la hora:  
si vengaros queréis, éste es el día  
de saciar ese anhelo que os devora,  
y esa es la condición: porque, os repito,  
que es un honor sin tacha el que atesora  
mi hija: no hay deshonor do no hay delito.  
¿Rehusáis o aceptáis?

DON FÉLIX

Acepto.

MAESE

¡Bueno!

DON FÉLIX

Mostradme al hombre: ¿dónde está?

MAESE

Esperaos  
un momento, y decid. ¿Podréis sereno  
ver una evocación que tenga visos  
de sobrenatural?

DON FÉLIX

No sé: explicaos  
más.

MAESE

Voy a hacerlo en términos precisos.  
¿Sabéis la historia de Cornelio Agripa  
de Nethesseim?

DON FÉLIX

¿Un alquimista o brujo  
alemán?

MAESE

De alquimista y de hechicero  
la fama injustamente participa,  
de la superstición bajo el influjo.  
Yo creo que era un sabio verdadero;  
mas no nos hace al caso  
que fuera sabio o charlatán: ahora  
se trata de servirnos de su ciencia  
buena o mala, cual fuere, la presencia  
para evocar del robador de Aurora.

DON FÉLIX

Pero acabad en fin: a cada paso  
extraviáis mi atención con digresiones  
y me pierdo escuchándoos.

MAESE

Paciencia:  
yo no me pierdo nunca ni divago,  
porque sé lo que digo y lo que hago.

DON FÉLIX

Seguid.

MAESE

¿Sabéis que el alemán Agripa  
debió celebridad, oro y fortuna,  
a una encantada veneciana luna  
sobre la cual aparecer hacía  
la persona evocada, viva o muerta,  
que el que le consultaba ver quería?

DON FÉLIX

Es una historia apócrifa.

MAESE

Es muy cierta.  
Yo poseo ese espejo: si se atreve  
a arrostrar el efecto del conjuro  
vuestro valor, en él os aseguro  
que a quien llaméis apareceros debe.

DON FÉLIX

¡Vamos! Siento al demonio de los celos  
roerme el corazón: y en la esperanza  
de saciar los diabólicos anhelos  
de una infernal y próxima venganza,  
soy de todo capaz.

MAESE

Vamos: mas antes  
miradlo bien: la evocación es cosa  
fuerte, e interrumpirla en los instantes  
que dura, exposición muy peligrosa.

DON FÉLIX

¿Evocarme podéis a un tiempo mismo  
las dos personas?

MAESE

¿Cuáles?

DON FÉLIX

La que a Aurora  
torpemente ultrajó y la que traidera  
me lanzó de las aguas al abismo.

MAESE

Sí.

DON FÉLIX

Pues vamos.

MAESE

Delante de ese espejo  
colocaos.

DON FÉLIX

¿Este es...?

MAESE

El que fué un día  
del gran Cornelio Agripa. Una bujía  
voy a encender ante él: a su reflejo,  
de la luna el cristal hará en su fondo  
parecer ante vos, a quien deseo  
tengáis de ver en él.

DON FÉLIX

¿Aunque haya muerto  
a la vida tornar podéis hacerle?

MAESE

Aunque estuviera oculto en el abismo,  
y aunque cadáver fuera ha ya diez años,  
del sepulcro salir podría hacerle  
y podría mostrárosle lo mismo.

Y estas palabras al decir el viejo,  
del mozo ante la vista deslumbrada  
cruzó un torvo fulgor, como el reflejo  
que da desenvainándola una espada.  
Era del viejo la infernal mirada.  
El frío de un pavor desconocido  
dejó del mozo el corazón transido.  
Maese, empero, sus palabras dijo  
con calma imperturbable, con acento  
de firme convicción, sin movimiento  
alguno, en clara voz, con mirar fijo:  
de modo que al salir del parasismo  
pasajero, don Félix encontróle  
grave y sereno, y tan tranquilo al verle  
no pudiendo, espantado, comprenderle,  
con sus mismas palabras, preguntóle:

DON FÉLIX

¿Conque aunque se ocultara en el abis-  
[mo

y aunque cadáver fuera hace diez años,  
salir pudiérais del sepulcro hacerle  
lo mismo y enseñármelo?

MAESE

Lo mismo.

DON FÉLIX

Maese, me espantáis.

MAESE

Es una cosa  
muy sencilla en su esencia,  
aunque sus procederes algo extraños  
os la harán parecer maravillosa.  
Un fenómeno aún desconocido  
para la multitud, que un sortilegio  
parece mientras obre dirigido  
sólo por mí que hoy gozo el privilegio  
de hacer su aplicación; un hecho claro  
cuando sea común y conocido.  
Siempre lo mismo ha sido:  
ayer era fenómeno muy raro  
lo que es hoy cosa simple, convertida  
al uso y bienestar de nuestra vida.  
¿Qué son todas las grandes invenciones?  
Maravillas como ésta, que primero  
causan la admiración de las naciones,  
traen en agitación a un siglo entero,  
y a las que da el siguiente aplicaciones  
al servicio más simple o más grosero.  
Y, ¡hay tantas invenciones todavía  
que no han podido ver la luz del día!  
Ésta, empero, Don Félix, de que os hablo,  
y con la que asombraros me prometo  
ni aún el mérito tiene de ser mía.

DON FÉLIX  
¿Quién es el inventor?

MAESE

Es un secreto;  
mas puede atribuirse...

DON FÉLIX

¿A quién?

MAESE

Al diablo,  
mecánico muy digno de respeto.

DON FÉLIX

Estáis, Maese, hablando  
de un modo tan extraño y misterioso,  
os estáis tan sardónico chanceando  
con cosas que hasta hoy fueron objeto  
de honda fe ó de pavor supersticioso,  
que si no me estuviera amedrentando  
el esperar de vos algo espantoso,  
sospechara...

MAESE

Veamos: francamente,  
sospechariais ¿qué?

DON FÉLIX

Que estáis demente.

MAESE

¡Siempre del genio así piensa la gente!  
Pero vais a juzgar. A vuestra vista

voy a evocar el héroe de mi historia  
en la faz de ese espejo. Es de un artista  
veneciano obra extrema, cuya gloria  
por empañar, a magia se atribuye:  
porque, sabedlo, con tan viles modos  
el sabio, o envidioso, o egoísta,  
siempre el mérito ajeno disminuye.  
¡Destino ruin de los ingenios todos!

DON FÉLIX

¡En la faz de ese espejo!

MAESE

Preparado  
para ello: secreto portentoso  
al saber académico aún velado.  
Es el espejo en que Cornelio Agripa  
sus prodigiosas experiencias hizo,  
infundiendo en su siglo asombradizo  
miedo, que del presente participa  
la ciencia imbécil y el valor postizo;  
obra cuyo secreto misterioso  
hoy, en mi tribu vil depositado,  
está sólo en su jefe vinculado.

DON FÉLIX

¿Y me podéis mostrar en ese espejo...

MAESE

De una bñija mágica al reflejo,  
todo lo que queráis de lo pasado.  
El muerto hermano, el expatriado amigo,  
la madre ausente, la mujer amada,  
nadie se exime, ni resiste nada  
la poderosa evocación: os digo

que doquiera que esté, quien quier que  
[fuere,  
por mucho que le ampare o le enaltezca  
la suerte, aunque algún dios le favorezca,  
el hombre vil que en el honor nos hiere  
mi evocación es fuerza que obedezca:  
conque, si vuestro amor venganza quiere,  
le haré cuando queráis que se aparezca.

Había en las palabras del gitano,  
de su voz en el eco, de su acento  
en la inflexión incógnito elemento  
de origen infernal y sobrehumano  
desconocido del mancebo; insano  
y acre vapor henchía el aposento,  
producido tal vez por el aliento  
que exhalaba en la atmósfera el anciano.

La claridad del día se turbaba,  
y el aire, menos puro y transparente,  
tomaba cuerpo y en redor giraba  
como el sueño de un ebrio o de un demente.  
Parecía a don Félix que aspiraba  
como un vapor de sangre en el ambiente,  
que excitaba en su alma las pasiones  
más viles, las más torpes intenciones.

Su amor, hasta aquel día delicioso  
manantial de consuelo y de esperanza,  
se tornaba en su espíritu celoso  
manantial de furor, sed de venganza;  
y presa de un rencor vertiginoso  
que al ciego de los crímenes le lanza,  
su corazón en él con ansia hoza  
y en el ansia de crímenes se goza.

Un volcánico ardor su sangre enciende,  
una nube de sangre su sien ciñe,  
una alfombra de sangre ante él se tiende:  
todo de sangre en su redor se tiñe.

El fuego del infierno en su alma prende,  
siente que la virtud se le desciñe  
de ella cual velo inútil, y que impía  
brota en ella sacrilega osadía.

Poder inmenso, asolador anhela,  
venganza atroz, satánica, inaudita:  
y con voz en que su ira se revela,  
asiendo el brazo de Maese, grita:  
«A tu infernal evocación apela:  
»llámalos: quiero ver su faz precita,  
»robarles quiero hasta su eterna calma,  
»beber su sangre, condenar su alma.»

Dijo el mozo: diabólica alegría  
radió en la faz del viejo, que al momento  
sacando de un cajón una bujía  
encendióla. Al fulgor amarillento  
de su cárdena luz expiró el día,  
en tinieblas dejando el aposento;  
poco a poco la llama asegurándose  
fué en el pábilo negro acrecentándose.

La superficie tersa de la luna  
la imagen de don Carlos reprodujo  
un instante no más sin sombra alguna:  
mas poco a poco fué de su dibujo  
disipando las líneas una a una.  
Desvaneciósse al fin, y se introdujo  
como el turbio vapor de una laguna  
un móvil velo en el cristal, quitándole  
su transparencia y sin color dejándole.

Un momento después allá en el fondo  
del espacio vacío del espejo,  
comenzó a aparecer fijo, redondo,  
un débil punto claro: su reflejo.  
que apareció del cuadro en lo más hondo,  
empezó desde blanco hasta bermejo

por su campo incoloro a dilatarse y comenzó el espejo a iluminarse.

La luz que en hilos trémulos crecía y en círculos concéntricos, luchaba con la insegura luz de la bujía que en el haz del espejo reflejaba: mas comprender don Félix no podía cuál de las dos el cuadro iluminaba, dudando si el cristal tiene luz propia o si la luz de la bujía copia.

Pues de esta luz al infernal reflejo los objetos en su haz no retrataba: sólo el cristal del misterioso espejo su resplandor fosfórico alumbraba: y ni su imagen ya ni la del viejo en su mágica luna duplicaba, porque la claridad que en él lucía del mismo fondo del cristal nacía.

Poco a poco el cristal turbio, incoloro, que el fondo opaco del espejo llena disipándose fué; como en el foro de un teatro se ve nocturna escena en panorama inmóvil al son de un coro lejano aparecer, así serena en el terso cristal iluminándose la evocación impía fué aclarándose.

Comenzaron, al fin, de la dudosa luz los trémulos rayos a fijarse, y en el haz de la luna misteriosa otros nuevos objetos a aclararse. Apareció un paisaje y una umbrosa quinta vino en su fondo a dibujarse, puesta al fin de una senda pintoresca de un ancho río en la ribera fresca.

La puerta de esta quinta de repente dió paso a un ser humano, que el camino tomó avanzando hacia el cristal de frente. Cada paso a don Félix más vecino le trae y cada vez más claramente se le muestra. Es un cuadro peregrino, cuyo paisaje delicioso anima aquel movable ser que se aproxima.

De la sombría puerta, vacilante se arrancó como sombra: en la insegura bruma del cuadro comenzó oscilante poco a poco a fijarse su figura: su contorno más neto a cada instante se acusa, se destaca, se asegura, se desprende del fondo, se aproxima, avanza hacia el cristal, se viene encima.

Absorto el mozo contempló un instante el país fresco y la figura humana que se viene por él senda adelante; mas conforme hacia él espacio gana, echa de ver que emboza su semblante en una capa de color de grana: y aquel ser, que un prodigio ante él evoca, siente que todo su rencor provoca.

Seguía el embozado aparecido avanzando, y llegar le vía el mozo entre el terror y la ira suspendido, cuando su faz sacando del embozo le mostró su semblante contraído con expresión diabólica de gozo: y el mancebo en su faz provocadora vió a su asesino y al raptor de Aurora.

Aquel rojo fantasma que embozado del espejo a través se le aparece,

es su enemigo infame que, evocado al conjuro satánico obedece. Por atracción magnética arrastrado hacia el fantasma que se acerca y crece fué don Félix: miróle de hito en hito, y, «¿el es!», dijo furioso dando un grito.

Entonces de la imagen evocada hasta el haz del cristal llegó el reflejo; ciego el mozo dió en él una puñada: hizose mil pedazos el espejo: la aparición soltó una careajada que con mofa feroz repitió el viejo la luz matando, y cual del rayo herido, dió don Félix en tierra sin sentido.

### III

Abrió don Félix los pesados ojos con un esfuerzo trabajado y largo: la vista débil y los miembros flojos: siente, como quien sale de un letargo; aún cree que de la fiebre los antojos ve, y aún le angustia su recuerdo amargo: concibe que está en sí y que no delira: ya: pero no concibe lo que mira.

En limpio cuarto y en curioso lecho sorprendido se encuentra: una ventana morisca, a la que sombra da el estrecho calado de una arábica persiana, la alumbrá: cuelgan por pared y techo zorongos y atavíos de gitana; ve a un lado suyo a Adán y al otro a Aurora: aquél medita, la muchacha llora.

Un suspiro difícil exhalando moviése: al percibir su movimiento, sobre las puntas de los pies andando

se acercaron los dos, con grande tiento tocar su cuerpo débil evitando. «—¿Dónde estoy?»—preguntó con flaco y de su escasa voz flébil el eco [acento: fué a retumbar a su cerebro hueco.

Aurora, afable, respondió, en su frente apoyando su mano nacarina: «En mi aposento y con amiga gente: «la muerte habéis tenido muy vecina; «y aunque el riesgo pasó y visiblemente «cede ya el mal y la salud domina, «aún a silencio y a quietud sujeto «estáis: conque callad y estaos quieto.»

Dijo la hermosa y al quitar la mano grabó en su frente cariñoso beso; don Félix, que placer tan soberano creyó ser de su asombro en el exceso loca fascinación de sueño vano, sonrió con dulcísimo embeleso; pero juzgando aún que son antojos del delirio febril, cerró los ojos.

Sus puestos otra vez Adán y Aurora ganaron en silencio y de puntillas: oyóse el son del agua arrulladora que, lamiendo del río las orillas, murmura al pie de la ventana mora, y arrullado por él, las maravillas del delirio don Félix recordando, en sueño entró reparador y blando.

## CAPÍTULO CUARTO

### CONVALESCENCIA

#### I

Suspendido en el borde del sepulcro cinco días luchó con su dolencia

el mancebo infeliz: mas vigorosa triunfó al cabo del mal naturaleza. Al furor sucedió de sus delirios letárgico sopor, y la influencia de un benéfico sueño volvió al cabo al espíritu calma, al cuerpo fuerza. Cedió la exaltación de su cerebro ante el curso común de las ideas, y tornaron sus ávidos sentidos a entrar en posesión de la existencia. Despertóse, por fin, una mañana despejado y tranquilo: de su extrema debilidad quedábale tan sólo exquisita interior delicadeza. Sus nervios, más sensibles, acusaban la más escasa sensación externa: sus sentidos, más claros, percibían con más exactitud, con más pureza; regenerando, en fin, su ser entero, entrar le parecía en vida nueva y encerrar en un cuerpo más flexible un alma más capaz y más perfecta. Bienestar natural en que, al dejarnos vencida, al fin, la enfermedad, nos deja fresca el alma del mal tras el reposo, vuelto el cuerpo al vigor de él en ausencia. Despertóse don Félix, y fijando la vista en cuanto en torno le rodea, al ir reconociendo lo presente, se empieza a dar de lo pasado cuenta. La cámara en que se halla es una estancia limpia en extremo y por demás modesta: apenas cuatro sillas y una cómoda su pavimento enladrillado amueblan; mas resto siendo de palacio moro, su primitiva construcción espléndida resalta en los vestigios primorosos que aún ennoblecen su humildad moderna. Las paredes son blancas: mas un friso

de azulejos moriscos la rodea, cuya labor difícil los mosaicos y alicatados árabes recuerda. Una ventana cuyo hueco parte un ligero pilar en que las vueltas apoyan de dos arcos festonados con escrituras y orlas arabescas, da al aposento luz; y el sol naciente que por sus celosías atraviesa, en luminosas motas reproduce la calada labor por do penetra. Vigas antiguas que a través la cruzan sostienen la techumbre de madera, mas por cedro incorrupto las delata el rico olor de sus fragantes vetas. Suspendedas en simples alcajates y con cortinas de percal cubiertas, hay ropas mujerieles, cuyas franjas el escaso percal por bajo muestra. En la pared de enfrente, y adornadas con mil caireles y zorongos, cuelgan una guzla morisca y un pandero con dos pares de blancas castañuelas. Un espejo, por fin, que entre ellas luce encima de la cómoda, de perlas y de corales unos hilos, y unos chapines pequeñísimos de seda, de una mujer declaran a don Félix que alojado en la cámara se encuentra, abogando en favor de su señora el esmero y el orden que ve en ella. La ventana morisca que le alumbraba su aventura nocturna le recuerda: la guzla, los caireles, los vestidos y los chapines, su gitana bella. Poco a poco se aclaran sus recuerdos: uno a uno en su mente los ordena por el orden que tienen, y uno a uno poco a poco a su juicio se presentan.

La serenata al pie de la ventana,  
la misteriosa barca, su ligera  
fuga, su brío inútil, su caída  
en el agua, y después..., después le restan  
aún unos recuerdos que no envuelven al  
el lúgubre crespón de las tinieblas  
de la vacía eternidad, ni el paso  
marcan del alma a su región inmensa.

Unas memorias lúgubres, satánicas,  
que entre las otras a ordenar no acierta,  
y que duda si son sueños fantásticos  
o imágenes de cosas verdaderas.

Recuerda, y son acaso los delirios  
de su crisis febril, que ante una mesa  
con licor y viandas conversaba  
con el gitano Adán, y que halagüeña  
le sonreía Aurora: que más tarde  
con él a solas su pasión sincera  
le declaró por su hija: que su boda  
trató con el gitano, una sangrienta  
condición en sus cláusulas poniendo  
Adán..., y aquí por su cerebro ruedan  
un secreto de honor que le han fiado,  
de venganza y de muerte una promesa,  
una bujía mágica, un conjuro  
sacrilego, una imagen que se acerca  
a él tras un espejo, cuya luna  
las que tiene delante no refleja:  
todo esto en confusión, fuera de sitio  
flotando, en su memoria se aglomera;  
parte como recuerdos positivos  
de sucesos pasados y de ciertas  
impresiones, y parte como sueños  
de delirio febril: mas sin que él pueda  
los hechos apartar de los delirios,  
ni extraer la verdad de las quimeras.  
Sabe que se halla en casa del gitano,  
sabe que le es deudor de la existencia;

mas cómo ignora ni por quién lo sabe  
o si una intuición se lo revela.  
Ve bien que la cadena de sus horas  
aún eslabonada se conserva,  
puesto que vive aún: mas en su juicio  
falta algún eslabón en su cadena.  
En semejantes cálculos perdido,  
anhelando encontrar quién los resuelva,  
pensó don Félix en vestirse, pero  
no halló a la vista de su traje prenda.  
Ir quiso a la ventana: pero pronto  
vió que no ayudan su intención sus fuerzas;  
pensó en llamar: mas como a quién ignora,  
decidióse a esperar en la impaciencia.

Mas poco fué, porque al rumor que hizo  
en el lecho moviéndose, la puerta  
abriéndose sin ruido y lentamente,  
dió paso a una mujer: Aurora era.  
«¡Tú!»—rebotando de placer don Félix  
dijo, los brazos débiles tendiéndola;  
«yo».—con amor en ellos enlazándose  
repuso Aurora de alegría trémula;  
mas acotado su ímpetu primero,  
él comedido y ruborosa ella,  
de necesaria explicación entre ambos  
diálogo se entabló de esta manera:

DON FÉLIX

Bien los presentimientos de mi alma  
confirma, Aurora mía, tu presencia.  
¿Conque os debo la vida?

AURORA

De las aguas  
mi padre te salvó.

DON FÉLIX

¿Morada vuestra  
es la casa en que estoy?

AURORA

Sí.

DON FÉLIX

¿Y este cuarto  
el tuyo?

AURORA

Sí.

DON FÉLIX

¿Y este tu lecho, y esa  
la celosía do a mi voz te asomas,  
y esa la guzla mora cuyas cuerdas  
tus cantares moriscos acompañan:  
y todo, todo cuanto aquí me cerca  
te pertenece, en tu servicio sólo  
cuanto contemplo en derredor se emplea?

AURORA

Sí.

DON FÉLIX

¿Y en aquel espejo se retrata  
tu deliciosa imagen? ¿Son aquellas  
las basquiñas de pliegues ondulantes  
que en derredor de tu cintura vuelan,  
cuando en los giros de tu baile rápido  
cual mariposa con el aura juegas?  
¿Y aquellos los chapines que tirantes  
tus piecitos de marfil sujetan?

AURORA

¡Félix!

DON FÉLIX

¡Bendita la traición villana  
que al agua me lanzó! ¡Bendita sea  
la mano que, arrojándome a un abismo,  
al paraíso de tus brazos me echó!

AURORA

¡Ay Félix! Cinco días ha que en ellos  
contra la muerte pertinaz peleas.

DON FÉLIX

¿Cinco días?

AURORA

El sexto no le cuento,  
pues tu riesgo pasó y el día empieza.

DON FÉLIX

¡Cinco días!... Excúsame; mi mente  
mal segura me impide que comprenda  
con lucidez aún. ¿Ha cinco días  
que estoy en cama?

AURORA

Del delirio presa;  
tan espantosa fiebre te ha asaltado,  
que atarte antes de ayer ha sido fuerza.

DON FÉLIX

¿Sábase, pues, que en tu aposento ahora  
me guardas?

AURORA

¿Y quién quieres que lo sepa  
si no entró nadie en él?

DON FÉLIX

¡Nadie!

AURORA

Esta casa  
sólo para sus dueños tiene puertas.  
Mi padre, que no tiene más familia  
que yo, jamás a nadie la franquea.

DON FÉLIX

¿No tiene, pues, amigos?

AURORA

Nuestras leyes  
dan a mi padre autoridad suprema,  
única, indisputable y absoluta,  
contra la cual ninguno se rebela;  
porque es el cielo quien la da, y los hombres  
no osan ni discutirla ni oponérsela.  
El más viejo es el rey; toda la tribu  
sigue su voluntad: mi padre reina.

DON FÉLIX

Mi impertinencia excusa, mas permíteme  
que te haga una pregunta.

AURORA

Haz las que quieras.

DON FÉLIX

Dices que en el furor de mis delirios  
preciso ha sido atarme.

AURORA

Sí.

DON FÉLIX

Y en esas  
horas de exaltación ¿quién me velaba?

AURORA

Mi padre y yo no más.

DON FÉLIX

Contra la recia  
furia de mis delirios ¿cómo solos  
bastado habéis los dos?

AURORA

De la manera  
más sencilla; mi padre te cogía  
en sus brazos de hierro, y dos correas  
cruzando yo sobre ti, quedabas  
sin poderte mover.

DON FÉLIX

Si no tuviera  
tal confianza en ti...

AURORA

¿Qué?

DON FÉLIX

No podría  
creer sin vacilar lo que me cuentas.

AURORA

¿Qué interés a engañarte me llevara?  
Oculto era forzoso que estuvieras  
de todo el mundo, pues hacer tu rastro,  
perder a tu enemigo es lo que intenta  
cauto mi padre.

DON FÉLIX

Sí, ¿mas cómo él solo...?

AURORA

Mi padre tiene de titán las fuerzas,  
pertenece a una raza más pujante  
que la actual.

DON FÉLIX

Es preciso que así sea.  
Mas alguno a mi mal remedio puso.  
¿Quién me los recetó?

AURORA

Pues ¿de la ciencia  
de los doctores necesita acaso  
nuestra tribu? Mi padre fué unas yerbas  
a coger, las majó y te dió las gotas  
del líquido eficaz que extrajo de ellas.

DON FÉLIX

¿Y con ellas sané?

AURORA

Sin duda; entraste  
en un sopor letárgico bebiéndolas,  
y después en un sueño delicioso,  
del que sereno, como ves, despiertas.

DON FÉLIX

¡Todo eso es en verdad maravilloso!

AURORA

No, sino natural: nada hay que deba  
maravillarte en ello; hace dos años,  
que te acosa por mi fortuna adversa;  
por mí, un poder oculto persiguiéndote,  
doquier te ataja y por doquier te cerca;  
por mí, en fin, arrostrastes una muerte  
horrible; porque has muerto a la hora de  
para todos si quieres, pues ahora [esta  
muerto te creen los que tu mal desean.

¿No es justo, pues, que yo te recompense  
el mal que mi cariño te acarrea?

Mi padre te ha sacado de las aguas,  
te ha acogido en su casa, en tu dolencia  
te ha dado sus remedios, porque sabe  
mejor que yo lo que mi amor te cuesta;  
yo pidiéndole al cielo por tu vida,  
noches y días a tu lado en vela  
he cuidado de ti, porque te amo.

¿Qué hay en esto, mi bien, que te sor-  
[prenda?

DON FÉLIX

¡Oh Aurora de mi vida! Tus palabras  
acarician mi oído y mi alma alegran,  
como el rumor de repentina lluvia

que el fuego calma de abrasada siesta;  
y abren mi corazón y le estremecen  
de placer y de amor, como la fresca  
brisa del mar en el estío el cáliz  
de la soleada flor de sus riberas.

Aurora, único amor del alma mía,  
único bien que mi ambición anhela,  
única gloria a que mi orgullo aspira,  
única luz que alumbra mi carrera!  
Tienes razón: he muerto para todos;  
rica y feliz, o mísera y funesta  
tu condición; de hoy más será la mía.  
Donde voyas iré; lo que tú creas  
crearé; desearé lo que desees.  
Desde hoy tu tribu mi familia sea;  
yo viviré feliz donde tú vivas  
siguiéndote leal hasta que muera.

Hoy hablaré a tu padre: y pues le debo  
la vida por tu amor, voy a ofrecérsela.  
¿Por qué me la salvó si le era inútil?  
Bien sabía mi amor y mi miseria.  
Tómeme por esclavo: que me deje  
no más vivir en donde verte pueda,  
y si mi amor le ofende... que me mate:  
sí, que a las aguas a arrojarme vuelva.  
Yo perdía por ti feliz la vida;  
pues él la recogió, que él cuide de ella.

## AURORA

Félix, mi único bien, calma, te ruego,  
el loco frenesí que te enajena.  
Guarda tu vida, guárdala; mi padre  
te la salvó dichosa para hacértela.  
Sí, de tu amor y lealtad en premio  
preparate a escuchar alegres nuevas.  
La fortuna se torna y nos sonrío:  
tú desapareciste de la tierra;  
el don Félix odiado y perseguido,

cadáver es que al mar el río lleva;  
tus contrarios, tú muerto, satisfechos  
ya, ni te odian ni de ti se acuerdan.  
Ahora bien: ¿quién te trae así a mis brazos,  
quién nos une a los dos de esta manera  
tan misteriosa e íntima? El acaso  
no es: tiene que ser la Providencia.  
Tú, noble, rico y caballero un día,  
yo gitana infeliz, en tan opuestas  
regiones fuera hallarnos imposible;  
era preciso, pues, que a mi baja  
te hiciera descender, o hasta tu altura  
me hiciera a mí subir: esta barrera  
que la suerte no más romper podía,  
encargóse la suerte de romperla.  
Si hasta tu altura a mí me hubiera alzado,  
en la región banal de la opulencia,  
donde el placer al corazón hastía  
y en lugar de nutrirle le envenena,  
do el apetito vil de pasión noble  
el nombre toma y el honor se lleva,  
acaso nos hubiéramos hallado  
uno hacia otro sin mirar siquiera;  
mas destruyó tu dicha al arrojarte  
en la infelicidad y en la indigencia;  
en contacto poniéndote conmigo,  
te hizo en mí reparar, y entre las cuentas  
de barro en que la hallastes engarzada,  
de más valor te pareció la perla.  
La gitanilla ruin, que hubiera sido  
un capricho a lo más sin consecuencia  
para don Félix noble y opulento,  
fue para ti pasión, profunda, inmensa;  
y ella, que al capricho libertino  
ojos y corazón cerrado hubiera  
con altivo desdén, al pobre amante  
abrió del alma con afán las puertas.  
Mas admira los fallos del destino  
y adora a Dios en su bondad suprema,

Félix: mi padre, el corazón movido de una pasión en tí tan verdadera, tan necesaria a mi alma como el aire de la respiración a la existencia, consiente en nuestro amor, y protegiéndole nuestra ventura a completar se apresta. Porque tú no serás como los míos vagabundo gitano, que se emplea en un trajín innoble y que va humilde a ganarse su pan de feria en feria; Triana tiene sus misterios, Félix, y guarda más valor que el que aparenta: y huérfano encontrándote, te adopta por hijo suyo, como si hoy nacieras; mas por sí te repugnan sus costumbres, de conservar las tuyas libre quedas.

Nosotros viviremos ignorados muy lejos de Sevilla, en una hacienda en donde nadie buscará a don Félix, porque no dejará tras de sí huellas; donde la astucia y la maldad humana para reconocerle serán ciegas, y donde en brazos de tu amor, al mundo despreciarás y olvidarás tus penas.

Calló Aurora; don Félix, aun dudando si en el delirio de su fiebre sueña, la escuchó todavía unos instantes, como a quien, aguardando más completa explicación de enmarañados hechos, el hilo que le dan no le contenta, y en su trama enredándose, se afana por asir el mejor de su madeja.

Aurora, dijo al fin, de tu relato, absorto con el gozo y la sorpresa, no acierto a combinarle en mi cerebro, que acaso, Aurora, con mi mal flaquea. Negros recuerdos en mi mente flotan, y bajo su impresión muy mal se acuerdan

las albricias que piden tus palabras y el pavor que en mi alma se alimenta. De ese relato me parece, Aurora, que las palabras son lluvia benéfica que, en el erial del corazón cayendo, descubre que hay en él semilla nueva haciéndola brotar; mas la abundancia me asombra de tan rápida cosecha, y vacilo tal vez, su nuevo fruto desconociendo aún, en recogerla. Unos recuerdos lúgubres e ingratos, tus noticias alegres contrapesan en mi alma, y la tienen de la duda en la balanza desigual suspensa.

AURORA

Reconozco aunque tarde, Félix mío, mi torpe irreflexión: fué una imprudencia impresionarte el alma de repente con tal revelación, más fortaleza hasta que hubieras recobrado, pero contenerme no pude en mi impaciencia. Reposa un poco: a darte el alimento voy que mi padre te ha ordenado.

DON FÉLIX

Espera,

mi bien: mi mente se asegura oyéndote y mi mejor remedio es tu presencia. Responde y esclarecéme.

AURORA

Pregunta.

DON FÉLIX

Me has dicho que tu padre tiene ha-  
cienda.

AURORA

No es él solo en Triana que las tiene.

DON FÉLIX

Ni es lo que me sorprende que las tengan ni él ni muchas familias de Triana, sino la vida que lleváis teniéndolas. Me extraña que él y tú, que acomodados como me dices os halláis, deis fiestas por la ciudad saliendo, al vulgo indigno, como canalla vil que pordioseá, exponiendo a los ojos de la chusma el tesoro gentil de tu belleza.

AURORA

Tus palabras son dignas de un celoso: tus dudas tienen visos de sospechas y jamás te ocurrieron.

DON FÉLIX

Porque nunca se me ocurrió que por placer lo hicieras.

AURORA

Félix, tal es la ley de nuestra tribu: las muchachas más ágiles y diestras en el tañer y en el bailar, recogen de este modo del pueblo las ofrendas, que alivian de familias miserables, que ganarlo no pueden, la pobreza; y a lo que tú me imputas como falta, oponer no podría resistencia ni la pereza torpe y egoísta, ni una inútil e hipócrita modestia.

La virtud no riñó con la alegría y a la hermosura sin rubor se agrega, cuando, como en mi tribu, la hermosura a la desdicha y la vejez sustenta. ¿Le basta a su merced, señor celoso, esta satisfacción? ¿La encuentra buena?

DON FÉLIX

Perdona, Aurora mía.

AURORA

Sin embargo, confieso, Félix mío, con franqueza mi femeníl debilidad; tenía mi corazón en ello complacencia: primero, porque siempre te encontraba en el puente a la ida y a la vuelta; luego porque, aunque sean virtuosas, les gusta a las muchachas que las vean: y además, porque pasa en nuestra tribu a ser necesidad esta flaqueza del sexo entero: los gitanos somos como las flores, Félix; como aquéllas, necesitamos sol: nos agostamos cuando el aire y el sol no nos olean.

Y explicó su conducta la muchacha tan de doblez y de inquietud ajena, con tal ingenuidad, tal abandono, que no cabía duda en su pureza. El mozo contemplábala arrobado, siguiendo las imágenes poéticas de su oriental explicación, perdiéndose tras de las fantasías pintorescas de su voluble locución, que tiene de la pasión la mágica elocuencia, y de cuyo arte son únicamente naturaleza y corazón las reglas.

Volvió, empero, a tenderse ante sus ojos el velo de la duda que le inquieta, a través de su trama vaporosa, no viendo la verdad más que entre nieblas, y dijo a la gitana: óyeme, Aurora: después del Dios que adora mi creencia tú eres el solo ser a quien yo amo: acepto enajenado tu propuesta: mas extraño del tono en que me la haces...

AURORA

¿Qué?

DON FÉLIX

La seguridad y la presteza con que ese dulce porvenir preparas sola.

AURORA

¿Sola?

DON FÉLIX

Sin duda.

AURORA

Pues que aceptas la oferta de mi padre...

DON FÉLIX

¿Cuál?

AURORA

La boda que una alma debe hacer de las dos nues-  
[tras.

Y esto Aurora al decir, de sus mejillas en claveles tornó las azucenas.

DON FÉLIX

¡Oh, con toda la mía!—dijo el mozo, de su cariño en la efusión extrema.

AURORA

Entonces hice bien. Y pues conoces el secreto fatal de mi existencia...

DON FÉLIX

Uno me has dicho que hay: mas aún lo [ignoro.

AURORA

¿Podrá nadie decir lo que no sepa?

DON FÉLIX

No.

AURORA

Pues tú me le has dicho en tu delirio si lo ignoraras, pues, no lo dijeras.

Ante la exactitud de este argumento calló el mozo, incapaces sus potencias de guiarle en el loco laberinto en que débil su espíritu se enreda: mas preguntando continuó, queriendo salirse de él o conocer sus sendas.

DON FÉLIX

¿Mas de cuándo lo sé? ¿Quién me lo ha [dicho?

Yo lo ignoraba aún la vez postrera que te vi en tu ajimez la última noche.

AURORA

Mi padre te lo dijo: y fué la pena de tal revelación, pobre amor mío, lo que de tu razón te puso fuera.

DON FÉLIX

¡Dios! (exclamó don Félix, el espanto en su fisonomía cadavérica de repente pintándose)... ¡no ha sido delirio mío la visión horrenda!

Aquella evocación... aquel espejo...

A punto tal abriéndose la puerta, se presentó el gitano, y extendiendo su mano hacia don Félix, en su lengua las palabras heló, y sobre su almohada reclinó poco a poco la cabeza, como si a algún poder irresistible o a repentino síncope cediera.

¡Félix! ¡Félix!—gritó con ansia Aurora a su padre sin ver, de espaldas vuelta.

—Mira ahí (dijo el viejo aproximándose), de tu necio charlar la consecuencia.

—Es verdad ¡ay de mí!... mas socorrámosle

—No hay peligro: dejémosle que duerma.

Y sentándose el viejo junto al lecho del mancebo, añadió con mucha flemma:

el sueño es el calmante más benéfico: ya verás qué tranquilo se despierta.

II

Habló Maese con razón, Don Félix al cabo de unas horas de aquel sueño, que él produjo tal vez de su mirada

con el poder diabólico o magnético, se despertó tranquilo. La sonrisa apareció en su labio, el aposento al recorrer con apacibles ojos y a Adán y Aurora al ver junto a su lecho. No halló ya al despertar en su memoria rastro de aquellos lúgubres recuerdos, ni halló en su corazón aquellas dudas de su memoria y corazón tormentos.

Cuatro días después era el mismo hombre que fué antes de su mal. Volvió a su cuerpo la robustez con la salud, y a su alma el amor que fué siempre su alimento.

Quedóle, empero, en ella, como sombra casi invisible en el azul sereno

del cielo de su calma, una tristeza

vaga, un punto vacío, en cuyo hueco siente que se guarece incomprensible

el germen de un incógnito recelo,

un átomo de mal o desventura

que sofocar no puede, y que su bello

porvenir amenaza: una fantástica

aprehensión, un temor sin fundamento

tal vez, que ni atormenta sus viglias tenaz, ni turba con afán sus sueños;

pero que alguna vez allá en el fondo

del corazón, como un presentimiento

escondido, revela su presencia

por un instante y se le tiene inquieto.

Mas tal vez de la bilis de su fiebre

es consiguiente y natural efecto,

que se disipará cuando del todo

le restablezca en su quietud el tiempo.

Éste rápidamente va pasando

para el feliz galán, que sus deseos

con el amor de Aurora ve cumplidos,

y en el cual para él el universo

y el porvenir se encierra. Aurora le ama,

su amor sin cotos autoriza el viejo

Adán, y toda la gitana tribu su antojo acata con servil respeto. Don Félix vive entre la grey egipcia como huésped ilustre de su pueblo, como un hijo adoptivo de su raza, como un príncipe, en fin, vive en su reino. Libre, sin ley ni obligación alguna, sólo de amor y deferencia objeto, como si a tal amor y deferencia reconociendo todos su derecho, con honda convicción le sancionara tácito universal asentimiento, don Félix ha venido a ser gitano sin dejar de ser noble y caballero. El traje viste de la tribu, tiene su parte en el común repartimiento de bienes, de sus amplios beneficios goza: mas personales privilegios (que nunca ha alegado él, pero que todos unánimes le acuerdan), de groseros trabajos y de oficios de villanos, por voluntad común le hacen exento. Reconocida Aurora y acatada por superior al vulgo gitanesco, reconocido Adán como absoluto rey, de su haber y voluntades dueño, don Félix a su vez tomado ha sido como tomarle Adán les ha propuesto, como esposo de Aurora que requiere hombre distinto y superior a ellos. Así que destinados uno de otro para ser, uno y otro al mundo entero extraños, viven ya para sí solos a sus caprichos nada más sujetos. Aurora ya no sale por Sevilla espectáculo a dar al vulgo necio con sus bailes y cánticos: Triana goza ya nada más tal embeleso. El poder absoluto de Maese

como tirano, o su prestigio inmenso como sabio, ¿o quién sabe si su oculto diabólico poder es quien lo ha hecho? ha colocado a Aurora y a don Félix entre su tribu en tan alzado puesto, que consideran a ambos los gitanos como a seres acaso más perfectos que los seres humanos que la tierra pueblan: tal vez les ven como a dos genios benignos de su raza protectores que con ella a vivir ha echado el cielo; y en la superstición grosera, idólatra casi, de su creencia hecha de cuentos absurdos, de profanas impiedades, de conjuros, ensalmos, sortilegios y diabólicos ritos, creen acaso que poseen dos ocultos amuletos Félix y Aurora, con los cuales gozan el poder de encantar al universo, llevándose tras sí los corazones, en su favor tornando los afectos, y haciendo sus esclavas a las almas que su afecto les dan sin poder menos, ¿Y quién sabe si aciertan? De Maese son entrambos los hijos predilectos; y cuanto al viejo misterioso atañe del poder participa y del misterio que se revela en su persona extraña; cual de la luz en torno su reflejo se derrama y en rayos impalpables su color comunica a los objetos.

Bajo de esta diabólica influencia o a la influencia de sus gracias, fueron don Félix y la hermosa gitanilla del pueblo en el favor ganando trecho hasta que al fin idolatrados ambos de las gitanas tribus, y cediendo al ruego popular y al amor hondo

que ata sus corazones, resolvieron casarse; y un buen día ardió Triana y de día en fiestas y de noche en fuegos, y con placer de todos en la plaza sobre un tablado el cántaro rompieron, cuyos pedazos marcan cuántos años ha de durar su unión. Rompió en tremendos aullidos de entusiasmo el pueblo todo contando veinte los pedazos hechos, y al son de aquellos gritos que estridentes la atmósfera vacía estremecieron, de la boda acabó la ceremonia, se apagaron las voces y los fuegos, los gitanos entraron en sus casas, los novios con su padre en su aposento, y el barrio de Triana, de la noche, se sumió en las tinieblas y el silencio.

## CAPÍTULO QUINTO

DE CÓMO EL MISMO HOMBRE QUE SIGUIÓ VIVIENDO DESPUÉS DE MORIR, CONTINUÓ SIENDO SOLTERO DESPUÉS DE CASARSE

Hemos dicho que Maese era un hombre extraordinario, de cuyo carácter vario no se podía jamás formar idea, y que a veces el vulgo tenía antojos de que lucían sus ojos como los de Satanás.

Sin duda eran aprehensiones del miedo que a los gitanos mantiene entre los villanos la vulgar superstición; pero ello es verdad que había en su audaz fisonomía

y en su mirada voluble una siniestra expresión.

A veces en su voz cóncava, más vigorosa y segura, había extrema dulzura de ondulación musical: pero llegaba momento en que vibraba su acento con un timbre tan ingrato cual si fuera de metal.

Y éste son áspero y agrio, cuyo sonido estridente del silbo de la serpiente tenía la rigidez, de su pecho cabalmente se huía en las ocasiones en que eran sus expresiones más cariñosas tal vez.

Y aquel extraño contraste que hacía su pensamiento cariñoso de su acento con el repugnanté son, producía algunas veces pavora o antipatía del que en tal punto le oía en el mortal corazón.

Así es que cuando la fiesta de las bodas acabada, con Aurora a su morada y con don Félix entró, cuando vió que era en conciencia importuna su preseñcia, y cuando ya de su cámara nupcial posesión les dió,

con sonrisa encantadora  
mas de expresión incopiable,  
con una mirada afable  
pero de ambigua expresión,  
al dejar Adán a Aurora  
y al mancebo en su aposento,  
les dijo con un acento  
dulce, mas de ingrato son:

«Buenas noches, hijos míos:  
«amaos y sed dichosos.»  
Y abandonó a los esposos  
la nupcial habitación;  
dejando con su sonrisa,  
con su mirada y su acento,  
del miedo por un momento  
el frío en su corazón.

Quedáronse los esposos  
con asombro contemplándose,  
cuenta a sí propios no dándose  
de aquella extraña impresión,  
sin atreverse uno a otro  
a fiar su movimiento  
de terror, en un momento  
de tan feliz situación.

Mas tal impresión fué rápida;  
su amor, que era más violento  
que todo otro sentimiento,  
se la comenzó a ahuyentar:  
y Aurora, que se sustrajo  
de su poder la primera,  
la de don Félix vió que era  
necesario disipar.

Empero el puñor innato  
en toda honesta doncella,  
le advierte que no está en ella

bien el silencio romper,  
y que, en la ley del recato,  
les toca en aquel instante  
hablar al marido amante,  
y escuchar a la mujer.

Don Félix a su vez siente  
que a pesar de su amor ciego  
y de la pasión vehemente  
que hacia su esposa le atrae,  
una repugnancia extraña  
de osar al placer extremo  
de aquel cariño supremo  
misteriosa le retrae.

Consideró su cariño  
tan virginal y tan puro  
siempre, que amó como un niño  
no más con el corazón:  
y en su amor casto y poético,  
único bien de su vida,  
no hizo objeto a su querida  
jamás de carnal pasión.

Su amor infantil e ingenuo,  
tan veraz como profundo,  
no imaginó que en el mundo  
hubiera mayor placer,  
mayor bien, mayor ventura,  
que el amor casto de Aurora:  
porque como ángel la adora,  
no la ama como mujer.

Jamás en el largo tiempo  
que siguió amante su huella,  
se atrevió a tomar con ella  
una libertad su amor;  
jamás en el abandono,  
la soledad y embeleso

de sus citas, la dió un beso  
que avizorara al pudor.

Jamás cuando enamorado,  
desde el alba al caer el día,  
por las calles la seguía,  
de admirarla sin cesar,  
al embriagarse sus ojos  
con su gracia y movimiento,  
vino en él ruin pensamiento  
su hermosura a despertar.

Atentar a su pureza,  
aun con derecho de esposo,  
le parece hasta injurioso  
para su amor virginal:  
y ahora que ya como esposa  
la posee, que es sólo suya,  
teme que su amor destruya  
un deseo material.

Su hermosura le parece  
una de esas frescas flores,  
que su aroma y sus colores  
pierden al tacto no más;  
gozar su vista y su aroma  
ansió su cariño ardiente,  
poseerla eternamente:  
pero agostarla, jamás.

Comprende que son escrupulos  
de un amor en demasía  
henchido de poesía,  
y necia idealidad:  
ve bien que en amor humano  
no cabe este idealismo,  
que el amor cae por sí mismo  
en la materialidad;

ve bien que el pudor secreto  
que sus impulsos contiene,  
mal con su pasión se aviene  
y con el momento aquel;  
mas ve que la repugnancia  
de aquella aprehensión secreta,  
que sus instintos sujeta,  
es más imperiosa que él.

Calla Aurora y no comprende  
lo que por don Félix pasa:  
mas comprender no pretende  
la indecisión del galán,  
porque su amor, aunque grande,  
puro y virginal, sincero,  
tampoco sintió grosero  
jamás ímpetu ni afán.

Ella amó siempre a don Félix  
cual de oculto magnetismo,  
libre de materialismo,  
arrebatada tal vez:  
su amor es limpio y sereno,  
como destilada esencia,  
cuya limpia transparencia  
jamás ha enturbiado hez.

El silencio en que don Félix  
se ha abismado la sorprende:  
acaso, mas no la ofende:  
porque no tiene el valor  
a sus ojos de un desprecio  
hecho a su amor y hermosura;  
pues no tiene de hez impura  
ni un solo átomo su amor.

Don Félix medita absorto  
olvidando su presencia,  
pues aun bajo la influencia

se siente de la impresión de las palabras del viejo: de cuya impresión ingrata en vano de darse trata racional explicación.

Don Félix nunca ha podido vencer una antipatía misteriosa que ha sentido siempre hacia Maese Adán: mas ve que es una injusticia de su corazón ingrato, pues su conducta y su trato por él abogando están.

Le debe salud y vida: de acechanzas misteriosas salvóle: en sus amorosas empresas por él está: le dió su hija y prohijóle: en fin, se lo debe todo, ¿por qué ofenderse del modo con que su amparo le da?

Maese es un hombre rudo de unas costumbres groseras, y que sean sus maneras ásperas es natural. Manda y está acostumbrado al tono altivo y despótico: nada hay en ello de exótico ni de sobrenatural.

No importa: a pesar de tanta razón, un presentimiento siente a su agradecimiento hacer ruda oposición: Adán se ha hecho de su alma dueño, y a aquella tutela

por instinto se rebela del mancebo el corazón.

A veces siente humillado del viejo Adán en presencia vencida su inteligencia por misterioso poder: alguna vez le parece que el gitano se apodera por fuerza de su alma entera, y que hasta cambia su ser.

Parécele algunas veces que, por un fatal misterio que no comprende, el imperio del viejo sobre él es tal, que a su capricho avasalla de tal modo su memoria, que ni aun de su propia historia conserva idea cabal.

Y ahora se halla en uno de esos inconcebibles instantes: a sus recuerdos amantes llamando está con afán, y siente desesperado que, cuanto más los evoca, más su memoria se apoca y más de ella se le van.

Recordar en tal momento desea hasta los menores detalles de su amor, la razón para sondar de aquella pasión tiránica por quien se siente sujeto, y aquel instinto secreto que la ataja sin cesar.

Su honor, su nombre, su vida  
 dió por el amor de Aurora:  
 siente que el fuego devora  
 de este amor todo su ser.  
 ¿Por qué ahora que ha logrado  
 todo su amoroso anhelo,  
 un misterioso recelo  
 se alza entre él y su mujer?

Mas sondemos ya el misterio  
 de esta historia: no es bien hecho  
 sostener tan largo trecho  
 tan difícil situación.  
 Don Félix y Aurora al punto  
 van a hacer que se nos abra  
 su arcano, y va su palabra  
 a dar de él explicación.

PLÁTICA CONFIDENCIAL

Don Félix, de sus ideas  
 no pudiendo el loco giro  
 seguir, exhaló un suspiro  
 y de atarlas desistió:  
 volvió los ojos a Aurora,  
 que en silencio embebecida  
 le miraba, y a la vida  
 real volviendo, sonrió.

Y al escabel en que Aurora  
 está acercando su asiento,  
 con el suavísimo acento  
 de la más tierna pasión,  
 y en su frente nacarada  
 un beso depositando,  
 así la dijo, entablando  
 con ella conversación:

DON FÉLIX

Perdóname, vida mía,  
 mi silencio intempestivo:  
 para ti jamás esté,  
 mas temo que el mal pasado  
 me ha dejado en la cabeza,  
 momentos de tal flaqueza  
 que divago.

AURORA

Ya lo sé.

DON FÉLIX

Pierdo a veces la memoria.

AURORA

Ya ha días que lo he notado:  
 porque ya me has preguntado,  
 Félix, dos veces o tres  
 la misma cosa, y has vuelto  
 a poco tiempo a olvidarla  
 y tal vez a preguntarla  
 vuelves al fin.

DON FÉLIX

¡Ya lo ves!

Y tú habrás pensado acaso  
 que hago de ti poco aprecio  
 porque creerás que desprecio  
 tus palabras, o atención  
 no pongo a lo que me dices.

AURORA

No me hagas, Félix, tan necia: la memoria no desprecia lo que estima el corazón.

Yo conozco bien el tuyo.

¿Piensas que yo no he seguido los períodos por que ha ido pasando tu enfermedad? Además mi mismo padre que, aunque no lo sabes, cuida de ti, me tiene advertida de tu actual debilidad.

DON FÉLIX

¡Tu padre!

AURORA

Sí; pero dice

que no es síntoma alarmante y yendo el tiempo adelante te se ha de fortalecer la memoria.

DON FÉLIX

¡Es hombre extraño

tu padre, a fe! Su presencia ejerce en mí una influencia rara.

AURORA

¡Pues no ha de ejercer!

Te ha dado sus medicinas, y tu delirio y tu sueño ha velado con empeño solícito y paternal.

Entre el enfermo y el médico siempre, Félix, se establece tal dominio: uno obedece y otro manda: es natural.

Luego, mi padre es muy sabio, muy poderoso, y se crea sobre cuanto le rodea pronta influencia; ya ves, él es rey de nuestras tribus: todo en ellas lo avasalla su voluntad: todo calla ante él: todo está a sus pies.

Como rey y como viejo, al que mira con cariño considera como niño inferior a él en edad y en dignidad: la influencia que adquiere en todos, le presta sobre todos manifiesta y precisa autoridad.

DON FÉLIX

Puede ser.

AURORA

Y así en ti influye de mi padre la presencia.

DON FÉLIX

Es que en mí obra su influencia de una manera infernal. Yo creo que los sentidos y potencias me fascina de tal modo, que domina hasta mi esencia inmortal.

AURORA

Ese es uno de los síntomas de tu enfermedad pasada; tienes la mente afectada de febril exaltación: y esas alucinaciones y manías que padeces, y esos olvidos que a veces sufres, sus efectos son.

Pero escucha, Félix mío; esos restos del pasado mal, causarte ya cuidado no deben: porque soy yo tu remedio; mi cariño, mi presencia y compañía, los han de ahuyentar un día; mi padre me lo advirtió.

De esos trastornos mentales la impresión calenturienta, fácilmente se la ahuyenta con otra impresión mayor; y si tú me quieres, Félix, como yo llegué a quererte, no habrá una impresión más fuerte que la de mi tierno amor.

A mi lado debes todo de olvidarlo: tu existencia está en mi amor, y la esencia de tu ser se encierra en mí.

DON FÉLIX

Tienes razón: tú eres todo mi ser, mi universo, Aurora; mira, vida mía, ahora sólo me acuerdo de ti.

Desde que tu padre solos nos dejó aquí, no he podido dos ideas con sentido en mi mente coordinar; y eso es lo que hizo sin duda que al irse él, se me ocurriera que tu padre se pudiera con él mi juicio llevar.

AURORA

Fué uno de esos vaporosos accesos del mal pasado.

DON FÉLIX

Mi memoria ha trastornado momentánea confusión.

AURORA

¿Qué importa si libre deja tu corazón al acceso?

DON FÉLIX

Es verdad: ¿qué importa el seso si me queda el corazón?

Sí, tienes razón, Aurora: tú eres mi vida, mi esencia: tú la mayor influencia que dominar puede en mí. Tu presencia, Aurora mía, el remedio es de mis males: mis desvaríos mentales se disipan ante ti.

Tienes razón: olvidemos el pasado y el futuro:

pues el presente tan puro  
placer nos da, sólo en él  
pensemos; su miel bebamos;  
todo recuerdo e historia  
que fermenta en mi memoria  
no puede dar más que hiel.

AURORA

Tienes razón, Félix mío:  
amémonos y vivamos.  
¿De qué más necesitamos?

DON FÉLIX

De nada, de nada más.  
No puedes imaginarte  
cómo halaga al alma mía  
esa aura de poesía  
que a nuestro cariño das

con tus palabras. Escúchame,  
Aurora: en este momento  
el tuyo y mi pensamiento  
están en íntima unión.

¿De qué más necesitamos,  
me has dicho? ¡Bendita seas!

¿Tú más placer no deseas  
que el placer del corazón?

AURORA

¿Puedes dudar un instante?  
El amor que es verdadero  
existe solo y entero  
en el corazón no más.  
Para ser dichosa, sólo  
tu corazón necesito.

DON FÉLIX

¡Qué placer tan infinito  
con tus palabras me das!

Yo temía que el silencio  
en que mi cerebro loco  
me hizo caer hace poco  
en su enferma distracción,  
con justicia, Aurora mía,  
pudiera haberte ofendido.

AURORA

Nunca a desprecio u olvido  
te lo achacó mi razón.

Comprendía la influencia  
de tu mal en tal momento,  
y ansiaba tu pensamiento  
leer de tu faz a través.

DON FÉLIX

Y le leíste sin duda,  
puesto que el mío y el tuyo,  
según oyéndote arguyo,  
son uno mismo.

AURORA

¿Y cuál es?

DON FÉLIX

Óyelo. Te suponía  
yo como una de esas plantas  
virginales, casi santas,  
cuya frescura y olor

se marchitan con el tacto:  
que, como la sensitiva,  
plega sus alas esquivando  
sintiendo el vital calor.

Imaginábame que eras  
como un oriental perfume,  
que se disipa y consume  
tan sólo con destapar  
el frasco en que contenido  
está; y gozaba mi mente  
pensando perpetuamente  
tu perfume en conservar.

AURORA

Pensabas bien: yo concibo  
que a un amor tan acendrado  
como el nuestro, da más vivo  
placer, más satisfacción,  
y debe su objeto amado  
mucho más precioso hacerle  
el poder de poseerle,  
que la misma posesión.

DON FÉLIX

Pues bien: una vez, Aurora,  
que nuestras dos opiniones  
y nuestros dos corazones  
van en connivencia tal,  
demostramos nuestro amor puro  
más quilates todavía  
de ilusión, de poesía,  
de deleite espiritual.

Conserva, pues, tu frescura  
todavía, sensitiva  
virginal, al tacto esquivando;

conserva tu rico olor,  
esencia pura encerrada  
en vaso de oro: conserva  
como rocío entre yerba  
la pureza de tu amor.

AURORA

Y tú conserva, bien mío,  
la ilusión virgen, entera  
de mi amor: la verdadera  
pasión no estriba jamás  
en vil y torpe deleite;  
conserva tu ilusión casta:  
a mi amor tu alma le basta  
y no necesita más.

DON FÉLIX

Tu vista y tu compañía  
satisfacen mis sentidos:  
se embelesan mis oídos  
con tu acento musical:  
mis ojos se satisfacen  
con tu perenne presencia:  
de ella sólo la influencia  
disipa todo mi mal.

Y en un amoroso abrazo,  
y en un cariñoso beso,  
de este amor el embeleso  
poético se exhaló;  
y en mil tiernas confianzas,  
y en mil coloquios sabrosos,  
a los felices esposos  
al fin les amaneció.

Entonces dijo don Félix:  
—«Reposemos, que ya es hora».

—«Reposemos»,—dijo Aurora, y aquí una escena pasó, de la cual, como aplazada por la misma Providencia, de su alma y de su existencia el porvenir dependió.

La cámara de los novios era la misma de techo de cedro, con aquel lecho mismo y aquel mismo ajuar, donde a la luz hemos visto de su morisca ventana, no hace mucho, una mañana a don Félix despertar.

Aquél es el mismo lecho a los novios destinado por Maese, que no ha hecho en el cuarto variación: y aquel lecho, de manera en él está colocado, que sólo la cabecera toca al muro; situación

que deja sus lados libres, en cada uno de los cuales hay dos sillas con brazales y un tapiz para los pies; y, por capricho sin duda de Maese, está marcado cuál del esposo es el lado y el de la mujer cuál es.

El lecho es un mueble enorme desgraciado y gigantesco, que el gusto churrigueresco pudo tan sólo abortar

del décimo octavo siglo; la centuria para España más rica, y la más extraña y ridícula en su ajuar.

El lecho, pues, es un catre cuya inmensa cabecera desde el piso al techo, entera cubre toda una pared, y en cuyos pies salomónicos y traviesas con botones, se sostienen los colchones en una estirada red.

De aquel mueble babilónico el titánico testero, en el cual sin duda entero se empleó todo un nogal, y que hasta el techo se eleva, si no gracioso, seguro, divide un paño del muro en dos partes por igual.

A la derecha panderos enzorongados, vihuelas caireladas, castañuelas de ébano, concha y marfil y femeniles vestidos en la pared suspendidos con orden, marcan el lado de la gitana gentil.

A la izquierda su capa, su galoneado sombrero y el ancho cinto de cuero del cual se mira colgar su espada de gavilanes, que extrajo Adán de la barca cuando a él de las aguas, marca de don Félix el lugar.

Hecho ya desde el principio semejante arreglo hallando, y ambos a dos encontrando a su gusto arreglo tal, ambos a dos le aceptaron sencilla y tácitamente, su lado instintivamente ocupando cada cual.

Sus guantes puso y vuelillos don Félix sobre su silla, sus lazos la gitanilla sobre la suya dejó; y cada cual, de sí mismo ocupado y satisfecho, a tomar del nupcial lecho su lado se preparó.

Pero antes de desnudarse, con un movimiento mismo, que de oculto magnetismo pareció ser impulsión, a la cual sus dos personas a la par obedecieron, consiguiente al par hicieron los dos una misma acción.

Los dos en un punto mismo se pusieron de rodillas, en los brazos de sus sillas apoyándose a la par: y a un mismo tiempo sacando un relicario del pecho, cada uno a un lado del lecho se pusieron a rezar.

A un mismo tiempo se hincaron y el relicario sacaron: el mismo tiempo emplearon

entrambos en su oración; y precisión tan extraña en su acorde movimiento, de ponerse en pie al momento llamó de ambos la atención.

Miráronse ambos un punto con asombrado semblante, el relicario delante cada cual teniendo aún: y en aquel común asombro, que de entrambos manifiesta la expresión, vieron expuesta la curiosidad común.

El lecho estaba por medio de los dos: la gitanilla dobló encima una rodilla y en él se dejó caer sentada, con el voluble abandono delicioso del niño voluntarioso y de la hermosa mujer.

Hizo lo mismo el mancebo por su lado: y en la mano teniendo ambos su cristiano relicario oculto al par, quedáronse hombro con hombro mirándose sobre el lecho, la impaciencia de su pecho vacilando en revelar.

Sonrióse la primera Aurora, y por consiguiente también él: mas impaciente ella, al fin, como mujer, ansiando razón entera tener de la escena, el diálogo

entabló de esta manera  
sin poderse contener:

AURORA

Yo soy muy curiosa, Félix.

DON FÉLIX

¿Qué quieres saber?

AURORA

¿Qué has hecho?

DON FÉLIX

¿Y tú?

AURORA

Ya lo ves: del pecho  
saqué ante él para rezar  
mi relicario.

DON FÉLIX

Y yo el mío.

Costumbre es, cuya observancia,  
mi madre, desde la infancia,  
me inculcó.

AURORA

¡Vaya un azarl!

Yo no guardo de la mía  
más que este santo recuerdo.

DON FÉLIX

¿De tu madre?

AURORA

Todavía

no había en mí comprensión,  
conciencia de mis acciones  
para tener, mas memoria  
de esta parte de mi historia  
conservo en mi corazón.

Al escuchar de su madre  
hablar a la gitanilla,  
sintió el mozo su mejilla  
enfriar la palidez:

y al corazón en su pecho  
sintiendo sobresaltarse  
sin alcanzar a explicarse  
la razón, dijo a su vez:

DON FÉLIX

Yo también soy muy curioso,

AURORA

¿Qué quieres saber?

DON FÉLIX

Entera

esa historia.

AURORA

¡Es tan ligera

la idea que queda en mí  
de ella!

DON FÉLIX

No importa: relátame  
tus recuerdos: porque siento

no sé qué presentimiento  
que me inquieta.

AURORA

Oye, pues.

DON FÉLIX

Dí.

AURORA

Yo me acuerdo de mi madre,  
que era una mujer muy bella  
pero muy triste.

DON FÉLIX

¿Con ella

has vivido mucho?

AURORA

No:

la perdí siendo muy niña  
todavía.

DON FÉLIX

¿Era gitana?

AURORA

¡Oh, no! Adoptada en Triana,  
como tú has sido, fuí yo.

DON FÉLIX

¡Dios mío!, ¿a la tribu egipcia  
no perteneces?

AURORA

No.

DON FÉLIX

¿Tienes familia?

AURORA

No.

DON FÉLIX

¿Algunos bienes  
trajiste al adorar?

AURORA

No sé.

Lo que sé de mí es tan poco  
que está dicho en un minuto;  
no te fatigues sin fruto  
en preguntas; te diré

todos mis breves recuerdos  
en cuatro palabras.

DON FÉLIX

pues.

Dílos,

AURORA

No tengo muchos hilos  
en mis memorias que atar;  
como una luz que a Dios place

que arda en ella eternamente,  
sólo un recuerdo en mi mente  
luce claro sin cesar.

Como si un poder maléfico  
todas las memorias más  
podido hubiera en sombras  
densas tinieblas sumir,  
pero otro poder más fuerte  
una en mi mente alumbrara,  
así ésta en mí vive clara.

DON FÉLIX

¿Cuál? ¿Me la puedes decir?

AURORA

Sí. Por las noches teniéndome  
mi madre contra su pecho  
abrazada, sobre el lecho  
me hacía devota hincar:  
y un relicario, que al cuello  
llevaba siempre, delante  
poniéndome, con constante  
afán me enseñaba a orar.

Mas como ella preveía  
sin duda nuestra futura  
separación, y temía  
que olvidara con la edad  
aquella oración, las mismas  
siempre sus palabras eran,  
para que en mí se esculpieran  
con mayor seguridad.

Todas las noches me dijo  
lo mismo: el mismo consejo  
me dió siempre. ¡Así tan fijo

quedó en mí! De la oración  
con las palabras las suyas  
fui en mi memoria imprimiendo,  
y las está siempre oyendo  
resonar mi corazón.

DON FÉLIX

¿Y qué es lo que te decía  
tu madre?

AURORA

Hélo aquí: «Hija mía,  
«tú pobre y desventurada  
«sobre la tierra serás;  
«mas a la Virgen María  
«de darte a luz desde el día  
«te ofrecí yo, y amparada  
«por la Virgen vivirás.

«Nuestra familia fué siempre  
«infeliz: pero de padres  
«a hijos se ha trasmitido  
en ella una tradición.  
«Todas sus hembras sus hijos  
«a María han consagrado,  
«y siempre les ha librado  
«del crimen su protección.

«Todos nos hemos nutrido  
«de llanto y de pesadumbre:  
«mas todos una costumbre  
«en el doméstico hogar  
«hemos conservado siempre;  
«una costumbre sagrada  
«por nuestra madre inculcada  
«desque rompemos a hablar.

«Y a esta costumbre, que es casi  
 en nuestra familia un voto,  
 y que nadie en ella ha roto  
 desde que a hablar empezó,  
 debemos que en ella nadie  
 haya en el crimen caído:  
 desdichados hemos sido,  
 pero criminales, no.»

«Yo te la inculco, hija mía,  
 en mi vez hoy que me toca.  
 Que no la pierda tu boca  
 ni tu corazón jamás!  
 Haz, pues, costumbre diaria  
 de hacer ante el relicario  
 que te doy, esta plegaria  
 que aprendiendo de mí estás.»

Don Félix, que oyendo a Aurora  
 había ido en su semblante  
 revelando a cada instante  
 más profunda agitación,  
 púsose de pies y enfrente  
 de ella, descompuesto y pálido,  
 y dijola de repente  
 cortando su narración:

DON FÉLIX

Espera. ¿Con la plegaria  
 que dices todos los días  
 rezas tres Ave Marías  
 al dormir y al despertar?

AURORA

Sí.

DON FÉLIX

El relicario que atado  
 traes al cuello, ¿tiene a un lado

un Lignum Crucis y al otro  
 una Virgen del Pilar?

AURORA

Sí.

DON FÉLIX

¿No tienes una marca  
 grabada en tu hombro derecho?

AURORA

Sí: una cruz.

DON FÉLIX

Yo te la he hecho:  
 mira un relicario igual  
 al tuyo.

AURORA

¿Quién te le ha dado?

DON FÉLIX

Mi madre, como a ti un día  
 la tuya.

AURORA

¡Virgen María!

Tú eres...

DON FÉLIX

Tu hermano carnal.

AURORA

¡Mi hermano!

AURORA

DON FÉLIX

¡Es horrenda historia!

AURORA

Cuéntamela.

DON FÉLIX

Antes, hermana,  
a la Virgen Soberana

que por nosotros veló  
demo las gracias; ante ella  
oremos arrodillados;  
nos hizo desventurados,  
pero criminales; no.

Postráronse ambos hermanos  
junto a su lecho de hinojos,  
las lágrimas en los ojos,  
y la dicha en el corazón; al orar  
y como el primer perfume  
de dos lirios que abre mayo,  
del sol en el primer rayo  
subió al cielo su oración,

## DOS ROSAS Y DOS ROSALES

LEYENDA EN DOS PARTES

# DOS ROSAS Y DOS ROSALES

LEYENDA EN DOS PARTES

Por Sr. D. CARLOS BOGARD.

TOMO I.

Muy señor mío: Sin la carta que de usted recibí a bordo del *Paraná*, tal vez mi flagra memoria no hubiera todavía recordado su nombre, si la presentación que de usted se hizo en París Madama de M.; y aun el manuscrito que con su escaja me fué entregado si hubiera sabido nombre que sus leyendas que empezó a publicar en un periódico de Europa era la historia del origen de su familia. Lejos de agradecerle, como usted refiere, por las observaciones y presentas que en su carta me hace, agradezco a usted infinito las epítetos que me brinda para completar mi leyenda con una segunda parte que contenga los sucesos de la vida de usted, historia de la segunda Rosa, continuación de la primera bajo el título de

### LAS ALMAS ENAMORADAS.

Puede usted contar con que esto será el primer libro que dé a luz, y de él reunire un ejemplar a la Hermana Rosa de la Soledad, en el convento de Santa Clara, de Valladolid, como me suplica usted que lo haga.

Perdóneme usted por más mundano de lo que soy, y perdone usted que se le diga por más de lo que mis escritos le dan motivo para escribirme, teme usted que me burle de la resolución que lleva de encerrarse en un convento de la América del Sur; y en verdad, que además de juzgar mal mis opiniones religiosas, es usted en un error del cual



DOS ROSAS Y DOS ROSALES <sup>55</sup>

## LEYENDA EN DOS PARTES

## PRÓLOGO

SR. D. CARLOS ROSALES.

*Lima.*

Muy señor mío: Sin la carta que de usted recibí a bordo del *Paraná*, tal vez mi flaca memoria no hubiera todavía recordado su nombre, ni la presentación que de usted me hizo en París Madama de M.; y sin el manuscrito que con su carta me fué entregado, no hubiera sabido nunca que una leyenda que empecé a publicar en un periódico de Europa era la historia del origen de su familia. Lejos de ofenderme, como usted recela, por las observaciones y preguntas que en su carta me hace, agradezco a usted infinito las apuntaciones que me remite para completar mi leyenda con una segunda parte que contenga los sucesos de la vida de usted, historia de la segunda Rosa, continuación de la primera bajo el título de

## LAS ALMAS ENAMORADAS.

Puede usted contar con que éste será el primer libro que dé a luz, y de él remitiré un ejemplar a la Hermana Rosa de la Soledad, en el monasterio de Santa Clara, de Valladolid, como me suplica usted que lo haga.

Teniéndome usted por más mundano de lo que soy, y (perdone usted que se lo diga) por más de lo que mis escritos le dan motivo para creerme, teme usted que me burle de la resolución que lleva de encerrarse en un monasterio de la América del Sur; y en verdad, que además de juzgar mal mis opiniones religiosas, da usted en un error del cual

quiero sacarle. No sólo apruebo la resolución de usted, sino que le declaro a usted formalmente que si algún día llegara yo a verme en el caso en que usted se halla, mi resolución sería la misma que la que usted hoy toma. El Criador dió a los brutos el instinto de la propagación para conservar su especie; pero dió al hombre y a la mujer la noble, poderosa y sublime pasión del amor para que juntos y emparejados saliesen de la tierra por las puertas del sepulcro, y llamasen a las del Paraíso, dejando en lugar suyo hijos que se amaran como ellos, y como ellos devolvieran sus almas amorosas al Criador, que es todo ternura y cariño, y cuyo amor es el alma del universo. Yo creo, como usted, que el hombre, no corrompido aún con los vicios de la sociedad egoísta y especuladora que se llama civilizada, no puede tener más que un solo amor; si éste es feliz, vive con él venturoso y tranquilo; si es infeliz, con él muere sin tener más bálsamo con que cicatrizar las llagas que su desventurada pasión deja en su alma, que el rocío fresco del amor divino, el más puro de todos los amores. La historia del de usted es de ello un palpable ejemplo: yo voy a escribirla, y si el leerla escrita de mi mano puede servirle de consuelo en la soledad del claustro, me tendré por feliz y me daré por satisfecho al saber que esta gota de miel ha sido vertida por mi mano sobre el acibar de su corazón. Dos palabras más y concluyo. Por lo tocante a las dudas que usted me manifiesta, a propósito de la interrupción de varias de mis obras, sólo le diré que voy expresamente a continuarlas y concluir las todas a América, donde corren tan sobradas de reputación y favorecidas de la fortuna cuanto escasas son en sí mismas de mérito y de valor; y que no teniendo yo por justo, ni por conveniente a mis intereses, dejar que especuladores extraños se lucren con los productos de mi ingenio en perjuicio mío, ni desaprovechar yo el favor del público en ventaja suya, haré de hoy en adelante dos ediciones simultáneas de ellas, una en América para este Continente, y otra en Europa para mis editores europeos, sin que la edición americana sea remitida a Europa, ni la europea venga al Continente americano. En consecuencia, tendré el honor de remitirle a usted todas mis obras concluidas al monasterio de L., donde me anuncia usted que va a fijar su residencia, y donde ruego a usted que me encomiende a Dios en sus oraciones, contando desde allí con un amigo sincero mientras ambos vivamos sobre la tierra.

J. ZORRILLA.

J. ZORRILLA.

## PRIMERA PARTE

## HISTORIA DE LA PRIMERA ROSA

## CAPÍTULO I

## I

¿Existe sobre la tierra  
ese amor firme y sincero  
por el cual el mundo entero  
en un corazón se encierra?

Acaso no, en el gran mundo  
que de vanidades vive,  
y en el cual no se concibe  
ese amor ciego y profundo;

mas yo sé de corazones  
cuya esencia este amor fué,  
y porque su historia sé  
la escribo en estos renglones.

Tendido a los pies de un risco,  
y a entrada de un valle fresco  
que corona pintoresco  
un castillejo morisco,

estaba a poca de un valle ormoso  
y a sombra de un castillejo morisco

Ciento cincuenta años ha que  
que al mundo se acordaba de  
la rosa que yo sé en este un  
del infiel no existe ya en estos

Dioses el imperio de los reyes

de sus servicios en punto  
a un castillejo morisco  
famoso detallado

a quien alguno un proceso  
en Alemania y que en poco  
de Carlos había en Dios  
y en él vino a ser testigo

en territorio andaluz,  
y a la orilla de la mar,  
hay, inundado en la luz  
del sol de España, un lugar.

Su nombre está ya perdido  
en el mapa y en la historia.  
¿Para qué, pues, mi memoria  
le ha de sacar del olvido?

Nada hace a la historia mía  
su nombre, ni el del castillo;  
pues pasa en un lugarcillo  
de la hermosa Andalucía.

Sin duda debe de ser  
a propósito lugar  
para lo que hoy a contar  
voy al curioso lector.

Era, pues, un lugarejo,  
cuyo nombre no hay quien halle,

sentado a boca de un valle  
y a sombra de un castillejo.

Ciento cincuenta años ha  
que al moro se conquistó:  
la raza que le ganó  
del infiel no existe ya.

Diósele el Emperador,  
de sus servicios en premio,  
a un caballero bohemio,  
famoso batallador,

a quien arruinó un proceso  
en Alemania, y que en pos  
de Carlos, fiado en Dios  
y en él, vino a su regreso

de aquel país a Castilla,  
donde a fuerza de trabajos,  
dando y recibiendo tajos,  
logró al cabo esta haciendilla.

Casóse con una dama,  
tan noble como gazmoña,  
que le trajo de Borgoña  
con poco haber mucha fama;

la cual, de su amor en prenda,  
le dió un hijo a quien no vió,  
pues al dárselo murió,  
dejándole en él su hacienda.

Al mismo tiempo que el luto  
vistió por la esposa cara,  
pagaba a la muerte avara  
Carlos en Yuste tributo;

y más que vasallo fiel  
fanático adorador

del difunto Emperador,  
dió por difuntos con él  
la prez y el valor del mundo;  
y en su admiración suprema  
lloró la imperial diadema  
rota en Felipe segundo.

Para él acabó la gloria  
y el honor en Carlos quinto:  
construyóse un laberinto  
con las de él en su memoria,

y acusando de fatales  
a sus tiempos, vivió huido  
en su torre, mantenido  
de recuerdos imperiales.

En honra de su señor  
decidió por buen acuerdo  
ser un viviente recuerdo  
del bizarro Emperador.

Dió su nombre a su heredero,  
con la precisa exigencia  
que en toda su descendencia  
fuese el nombre del primero,

y que si el mayor finare,  
aquel que le sucediere  
sucederle no pudiese  
si el de Carlos no tomare.

Conservó toda su vida,  
contra las modas airado,  
el gabán acuchillado,  
gorguera y barba crecida;

ni dejó al sombrero plaza  
su alemana caperuza,

ni al colete de gamuza  
la milanesa coraza;

y como Dios le otorgó  
larga existencia, su siglo  
por evocado vestigio  
le tuvo del que pasó.

Idólatra de lo antiguo,  
la edad sin tener en cuenta,  
vivió de la escasa renta  
de su patrimonio exiguo.

Él mismo, en la soledad  
educando a su heredero  
hizo de él un caballero  
de su ya olvidada edad;

y éste, que es al que los días  
alcanzan de mi leyenda,  
siguiendo su misma senda  
siguió sus propias manías.

Educado por su padre  
en la vanidad tudésca  
de su era caballeresca,  
no halla cosa que le cuadre.

Nutrido con las historias  
del tiempo en que aquél vivió,  
del suyo desconoció  
las hazañas y las glorias;

de modo que al fenecer  
(obra de su afán prolijo),  
pudo decirse que en su hijo  
tornaba el padre a nacer.

Todo de la misma suerte  
continuó en el castillejo

sombrio, sin que del viejo  
se echara de ver la muerte;

pues su primer sucesor,  
el castillo al heredar,  
ni un clavo en él alterar  
tomó por punto de honor.

Y salva la diferencia  
que entrambos la edad ponía,  
que duraba parecía  
del buen viejo la presencia.

Porque de él copia leal  
en su persona y su traje,  
guardó el hijo su equipaje  
a la manera imperial.

Rapado a lo Carlos quinto,  
luenga la barba conserva,  
como sus patios la yerba  
conservan en su recinto:

y así como no trocara  
por el del rey su linaje,  
ni mudó nunca su traje,  
ni desembarbó su cara.

Una boda desigual,  
no en nobleza ni en fortuna,  
sino en edad, oportuna,  
le acrecentó su caudal.

Una condesa que, viuda,  
con sus timbres campanudos  
y medio millón de escudos  
sus ocho lustros escuda,

se unió a él en matrimonio,  
y a la vanidad tudésca

su vanidad quijotesca, y ale, oídmos allegó, y su patrimonio;

y atados con el torzal, de iguales genios y gustos, vivieron como dos bustos en un mismo pedestal.

Mas probando su largueza y una de esas bizarrías en que da todos los días la rica naturaleza,

hizo, mostrando el poder de sus caprichos extraños, que al conde al fin de dos años diera un hijo su mujer;

y no queriendo dejar su obra incompleta, le dió un hijo que no dejó nada en sí que desear;

pues robusto, hermoso y sano se desarrolló con brío aquel capullo tardío del amor del castellano.

No hay placer cabal, empero, en la tierra: la condesa descendió a poco a la huesa, y quedando el caballero

solo otra vez, y sumido en soledad y dolor, concentró todo su amor en su vástago florido.

Criarle pensó en su casa como a él su padre; mas es

locura intentar los pies atar al tiempo que pasa.

Don Carlos mientras fué niño sus viejos gustos siguió, porque al suyo no dejó brotar el filial cariño;

mas cuando llegó a ser mozo, comprendió que la clausura de aquella vivienda oscura semejaba un calabozo;

y entendió cuán temerario fuera aquel que en la corriente permanecier de un torrente pretendiera estacionario.

Declaró al anciano adusto que era imposible seguir en tal modo de vivir contra su tiempo y su gusto.

Resistió el viejo, insistió el mozo, y fué no sin pena alargando su cadena hasta que al fin la rompió.

Pajarillo que del nido por primera vez se lanza, ver ansiando hasta do alcanza por sus alas sostenido,

bajó al valle, vió sus flores, y encontrándolas tan bellas, comenzó a saltar entre ellas respirando sus olores;

y haciendo atrevido alarde de su vuelo aun inexperto,

en los rosales de un huerto  
entretenido una tarde.

picando sin precaución  
una rosa campesina,  
la rosa con una espina  
le picó en el corazón.

Quedósele en él metida,  
y, aunque la quiso ocultar,  
empezándose a enconar  
dió su padre con la herida,

quien queriendo su dolencia  
atajar con prontitud,  
ensayó en él la virtud  
del bálsamo de la ausencia.

Le envió a Nápoles de un vuelo,  
y allí del virrey al mando  
le defiende contra el bando  
del pescador Masanniello.

Su padre se hace sin él,  
roído por el dolor,  
tan tosco y agrio de humor  
como si bebiera hiel:

y del peñón en la cresta  
su vieja torre morando,  
asoma de cuando en cuando  
su catadura indigesta.

Dejémosle en ella, pues,  
y abandonando el castillo,  
bajemos al lugarcillo  
que está tendido a sus pies.

II  
En una casita blanca,  
que a sombra de un verde sauce  
se mira en la agua de un cauce  
que va un molino a mover,  
vive un doctor extranjero  
del país muy estimado,  
porque su amor le han granjeado  
su rectitud y saber.

Diez años hace que vino  
a establecerse en la tierra,  
y en esto sólo se encierra  
cuanto el vulgo sabe de él:  
independiente y discreto  
curiosidad no provoca;  
mas sellada está su boca,  
y cerrado su cancel.

Rara vez tiene en su casa  
convidado ni visita:  
en su piso bajo habita  
con modestísimo ajuar.  
Allí tiene establecidos  
su estudio y recibimiento,  
y de libros hasta ciento  
sobre el arte de curar.

Allí el patán y el hidalgo,  
que a consultar su dolencia  
van, le aguardan en ausencia,  
o para su entrada vez:  
él los llama a su despacho  
por el turno en que ellos vienen,  
guardándoles el que tienen  
con estricta rigidez.

En su ministerio exacto  
jamás niega su asistencia

ni al dolor ni a la indignencia  
con excusa o dilación;  
ni le han impedido nunca  
que llenara su destino,  
ni el exceso del camino  
ni el rigor de la estación.

En la cámara del rico  
que en holandas se reboza,  
igualmente que en la choza  
o abrigo del pastor,  
se le mienta con respeto,  
se le ve con esperanza,  
se le acuerda confianza,  
se le paga con amor.

Idólatra de la ciencia,  
recorrido ha en largos viajes  
los más remotos parajes  
de sus secretos en pos;  
la África, el Asia, la India,  
de ellos su ciencia han provisto,  
y en sus desiertos ha visto  
las maravillas de Dios.

Por eso igualmente viendo  
por donde quiera las leyes  
infringidas por los reyes,  
mal cumplidas por su grey,  
el mundo tiene por patria,  
errante cosmopolita:  
mas de los pueblos que habita  
respeto y cumple la ley.

Como hombre que ha visto mucho,  
sus opiniones extrañas  
califican de patrañas  
cosas en que el mundo cree:  
y pospone los principios,

y la ley de los Góbiernos,  
a los principios eternos  
y a las leyes de la fe.

Hombre de arte, tiene en poco  
los blasones de nobleza,  
y no estima por grandeza  
más que la del corazón:  
y al juzgar a los humanos,  
sin mirar a sus blasones,  
sólo acuerda a sus acciones  
su imparcial estimación.

Observador reflexivo,  
tiene del hombre y del mundo  
conocimiento profundo  
y comprensión perspicaz:  
y en sus sólidos principios  
firme, es en sus opiniones  
como breve de razones  
en sus dictamen tenaz.

Y una vez que él ha abrazado  
resolución o proyecto,  
hasta que le lleva a efecto  
ni duda, ni vuelve atrás.  
Lo mismo trata los males:  
medita, observa, registra,  
y en las drogas que administra  
no se equivoca jamás.

Iniciado en los secretos  
y las lenguas orientales,  
sus yerbas medicinales  
conoce con perfección:  
y en una caja de cedro  
con labores damasquinas,  
guarda en frascos medicinas  
que extrañas a Europa son.

Mil veces le ofreció el mundo  
 interés y dignidades,  
 cortes y universidades  
 ansiando su posesión:  
 mas él rehusó modesto  
 el honor de sus favores,  
 por razones superiores  
 que guardó en su corazón.

Tal es el doctor severo  
 que en el piso bajo habita  
 de aquella alegre casita  
 que al pie de la torre está.  
 Su piso elevado, a estilo  
 de los pueblos del Oriente,  
 es un santuario que asilo  
 sólo a su familia da.

Compónenla dos mujeres;  
 la mayor, de edad pròvecta,  
 a su cargo tiene afecta  
 la economía interior:  
 la más joven goza en ella  
 de libertad absoluta,  
 sin que acote ni discuta  
 su autoridad el doctor.

En la posición de entrambas  
 la diferencia es notoria,  
 y su línea divisoria  
 bien fácilmente se ve:  
 la mayor rige, dispone,  
 gobierna, administra, ordena;  
 deberes tiene que llena,  
 la menor manda y posee.

El poder de la primera  
 tiene cotos: ésta alcanza  
 del doctor la confianza:

la más joven el favor:  
 pero en entrambas apoya  
 el poder y valimiento  
 en el sólido cimiento  
 del decoro y del honor.

El tipo de ambas es puro,  
 y acusado netamente:  
 la mayor es diligente,  
 reflexiva y perspicaz;  
 sin bajeza cariñosa,  
 complaciente con prudencia;  
 por su celo y experiencia  
 de su empleo muy capaz.

Aunque raya en nueve lustros, in  
 su raza transteveriana  
 ver su belleza romana,  
 deja de ellos a través:  
 sus clásicas proporciones  
 del pueblo rey la matrona  
 recuerdan en su persona,  
 y lleva el nombre de Inés.

La menor es una rosa  
 que al bello sol de la vida  
 abre fresca y aromosa  
 su capullo virginal:  
 mas flor de orientales climas,  
 su tipo, mucho más bello,  
 que perfecto, tiene el sello  
 de su origen oriental.

Diez y ocho abriles sus rosas  
 sobre su faz deshojaron,  
 y en memoria le dejaron  
 su carmín primaveral;  
 mas temprana cual las rosas  
 que al sol de África florecen,

ya sus formas aparecen en desarrollo total.

Es una de esas mujeres a quienes naturaleza hace tipos de belleza en su hermosa imperfección: cuyas formas expresivas en sus líneas incorrectas, mil veces más atractivas que las más perfectas son.

Su beldad no constituyen las exactas proporciones, ni se dan sus perfecciones a analítica inspección: su hermosura está en la gracia que no miden los compases, don múltiple de fases incapaz de descripción.

¿Qué es la gracia? Es un encanto misterioso, indefinible; una luz improducible por las tintas del pincel: es algo al poder rebelde de la lengua y de la pluma; es un don de Dios en suma: pero, ¿quién da razón de él?

¿Qué es la gracia? La de Rosa es la airosa gentileza con que se alza su cabeza de su cuello en la esbeltez: es el aire voluptuoso de su talle, que cimbreo, que se comba y que se arquea como el junco y como el pez.

La sonrisa embriagadora que hoyos hace en su mejilla, los cambiantes con que brilla rica en luz su pura tez, la caída de sus párpados, el ondear de sus cabellos, las cascadas que hace entre ellos de la luz la esplendidez.

Es la marcha seductora de aquel pie menudo y leve, que parece que en la nieve ni hace huella, ni alza son: el acento cuyo timbre hasta el alma profundiza, y el mirar que magnetiza con la luz de la pasión.

Este tipo de hermosura, que al análisis resiste, y al discurso, sólo existe bajo un sol meridional; y jamás le reprodujo del ingenio el poderío, ni del mármol en lo frío, ni en lo duro del metal.

Tal es el tipo de Rosa, la admirable criatura que da ser con su hermosura a la casa del doctor: Rosa es uno de esos seres cuyo germen, cuya esencia, animó la Omnipotencia con el fuego del amor.

¿A qué raza pertenece?  
¿Qué hemisferio le dió cuna?

¿Qué derechos, qué fortuna  
la reserva el porvenir?  
Del secreto de su vida  
el doctor tiene la llave,  
¿y quién va de hombre tan grave  
los secretos a inquirir?

Mas, lector, ¿cuál es el nudo  
del hilo oculto que corre  
desde la casa a la torre  
en donde conmigo estás?  
Escúchame un doble diálogo  
que en este momento pasa  
en la torre y en la casa,  
y el nudo desatarás.

## CAPÍTULO II

Una tarde, el sol de mayo  
en las torres del castillo  
quebrando el trémulo brillo  
de su postrimeró rayo,

a su postrer resplandor  
ganando el enhiesto risco,  
del castillejo morisco  
llamó a la puerta el doctor.

Ya no existe la de hierro  
llantada: la de hoy en día  
es de roble, y del vigía  
el lugar ocupa un perro.

Su ladrido respondió  
a la recia aldabonada  
con que el doctor su llegada  
a los de dentro anunció.

Sacó por una tronera  
su semblante amojamado  
un decrepito criado,  
el cual, haciendo visera

de la mano, y hasta el hombro  
la cabeza adelantando,  
conoció al doctor, mostrando  
de verle no poco asombro.

Dejó al punto el ventanillo,  
acalló al mastin, quitó  
los pasadores, y entró  
el doctor en el castillo.

Adentro ya, emprendió el viaje  
del laberinto que corre  
desde la primera torre  
hasta la del homenaje:

que el castillo, aunque pequeño,  
tiene aire de fortaleza,  
cual conviene a la grandeza  
de su vanidoso dueño.

Dos patios, un corredor  
y una desierta crujía  
detrás de su viejo guía  
cruzó en silencio el doctor;

luego un caracol torcido  
pasó; cruzó un descubierto  
y extenso adarve que en huerto  
ha poco que han convertido,

y es uno de esos pensiles  
de la mora Andalucía  
donde al sol del mediodía  
brotan las rosas a miles,

y un postiguillo pequeño  
abierto sobre el jardín  
atravesando, dió en fin  
en la cámara del dueño.

Aquel (en su señorío  
Carlos primero) salióle  
a recibir y franqueóle  
un salón alto y sombrío,

cuyas proporciones grandes  
llena mal el pobre adorno  
de diez sillas que hay en torno  
de unos tapices de Flandes.

Sobre un velador de encina  
tiene el barón un resumen  
de heráldica, y un volumen  
de la Vulgata latina;

de lo que el doctor deduce  
que es el barón buen católico,  
puesto que el rito apostólico  
signe, y el latín traduce.

Una enorme chimenea  
llena el principal testero  
de aquel salón todo entero,  
y en su inmenso hogar humea

(porque la humedad le impide  
arder) un tronco de roble  
que, por su tamaño doble  
rebelde al fuego, despide

por las heridas que hizo  
la hacha en él su savia y zumo,  
cuyo humor ahoga en humo,  
su poco fulgor pajizo.

Con gravedad señorial  
dió el barón silla al doctor,  
quien con gravedad igual  
se arrellanó en la mejor;

Calló el barón como aquel  
que va a entablar cuestión grave,  
y el doctor como quien sabe  
que escuchar le toca a él.

Al cabo, tras breve punto  
de preciosa reflexión,  
trabó diálogo el barón:  
yendo derecho al asunto.

Siendo, empero, de los dos  
el carácter tan altivo,  
el diálogo fué tan vivo  
que es difícil irle en pos.

Puso a los dos en un potro  
la precisión de escucharse,  
y lucharon por quitarse  
la palabra el uno al otro.

Mas para que nos ahorremos  
el martilleo importuno  
de aquello de: «dijo el uno,  
y «añadió el otro», pondremos

a la margen simplemente  
de los interlocutores  
los nombres, y los lectores  
nos leerán más fácilmente.

## EL BARÓN

Os he llamado, doctor.

EL DOCTOR

Abreviad: sé para qué  
este amor, por  
al vanidad mudanzas

BARÓN

¿Quién os lo dijo?  
¿os supondréis y  
que yo este amor, al  
porque vos esto  
a mi Rosa, si  
a su amor, a

DOCTOR

que puse por avizor,  
Mas a pique de enojos  
avis a vel como  
vuestra ilusión sin  
a vuestro honor  
que si deshonro  
Rosa...

DOCTOR

Todo lo sé.

Vuestro hijo vuelve.

BARÓN

Le espero

de un momento a otro.

DOCTOR

Pues

ya supondréis, caballero,  
que yo en mi casa no quiero  
que ponga jamás los pies.

BARÓN

Es el consejo mejor

que yo le daré.

DOCTOR

Mandad,  
y no aconsejéis.

BARÓN

Doctor,  
la ley le da ya favor,  
pues vuelve mayor de edad.

DOCTOR

Siempre somos los mayores  
los padres; por más que crezcan  
nuestros hijos son menores  
que nosotros, y mejores  
nuestros juicios: que obedezcan.

BARÓN

Porque hacerme obedecer  
pienso yo de él mientras viva,  
quise vuestro parecer  
sondear; y no es poco hacer  
tomar yo la iniciativa.

DOCTOR

Gracias.

BARÓN

Bien nos estuviere  
ponernos ambos de acuerdo  
antes que mi hijo volviera,  
y a mi pesar se metiera  
en un lance poco cuerdo.

Yo creo que, pues, mi hijo  
ama a Rosa, y que este amor,  
al decirlo me aflijo...

DOCTOR

Sed franco, y no andéis prolijo;  
creéis que aja vuestro honor.

BARÓN

Cabal: Carlos era un niño  
cuando la cobró cariño:  
la chica, eso sí, es muy bella,  
y pura como el armiño;  
mas Carlos no es par con ella.

Mi hijo es único heredero  
de mi nombre y de mi casa.  
Le armó el virrey caballero  
en Nápoles; mensajero  
le envió a Madrid: del rey pasa

por bien querido, circunstancia  
de no pequeña importancia  
en su venidero porte.

DOCTOR

Permitid a mi arrogancia  
que vuestro discurso corte,

pues con mi paciencia lucho  
cuando vuestros circunloquios  
inútiles os escucho,  
y yo el tiempo tengo en mucho  
para perderlo en coloquios.

Oíd: yo voy a ponerlos  
la cuestión tan en su punto,  
con puntos tan asideros,  
que no tengáis que volveros  
a ocupar más del asunto.

Vuestro hijo ama a mi Rosa;  
vos tenéis a deshonor  
este amor, porque os acusa  
la vanidad ambiciosa  
de riqueza y de favor.

Vos suponéis, y la erráis,  
que yo este amor alimento,  
porque vos ennoblezáis  
a mi Rosa, si otorgáis  
a su amor asentimiento.

Mas a pique de enojaros  
vais a ver cómo destruyo  
vuestra ilusión, sin reparos  
a vuestro honor, con probaros  
que el deshonor será suyo.  
Rosa...

BARÓN

Antes de que pasemos  
más adelante...

DOCTOR

Después.

BARÓN

Antes.

DOCTOR

Sea.

BARÓN

Aún no sabemos  
si es hija vuestra. ¿Podremos  
preguntaros de quién es?

Es lo que os iba a decir,  
si me dejarais seguir.

BARÓN

Pues continuad, porque es cosa  
que ha tiempo que anda curiosa  
mucho gente por oír.

DOCTOR

Pues tal vez no satisfaga  
a esa gente ociosa y vaga  
mi respuesta: y ¡por quien soy!  
que temo que mal os haga  
el trago que a daros voy.

Rosa, a quien habéis creído  
honrar con vuestro favor,  
en tal stirpe ha nacido  
que no podrá con honor  
aceptar vuestro apellido.

Rosa, en fin, a quien acaso  
regateáis vuestras rentas,  
puede arrojaros al paso  
lo que vuestro haber escaso  
no suma en todas sus cuentas.

Mas oíd lo que no alcanza  
vuestra razón: mi hija Rosa,  
para quien es la esperanza  
de una probable alianza  
con don Carlos poca cosa,  
con hombre se ha de casar  
que lleve por solo bien

al santuario de su hogar,  
lo que con honra a ganar  
sus propias manos le den:

mas hombre cuyo decoro,  
desprecie el favor y el oro,  
y no tenga más tesoro  
que su honor y su pasión.

Un hombre cuya existencia,  
cuya patria, cuya ley  
sea Rosa, que en conciencia  
puede tener la exigencia  
de casarse con un rey;

y vuestro hijo don Carlos  
ni es rey, ni tiene de tal  
los derechos: y a lograrlos  
no supiera conservarlos,  
pues le educasteis muy mal.

¿Cómo a su vida atendiera  
si sus haciendas perdiera?  
Como los nobles: vendiéndose  
a un rey cualquiera, y batiéndose  
sin saber por qué siquiera.

Rosa un hombre ha menester  
que ya que pueblos no mande  
no sirva a ningún poder,  
y donde esté sepa ser  
libre, independiente y grande.

Ahora bien, señor Barón:  
si en ello paráis las mientes,  
veréis que en la condición  
de seres tan diferentes  
no es posible que haya unión.

Conque si el orgullo os dijo  
que Rosa vuestro honor aja  
lo erró: y, tenedlo por fijo,  
si ama Rosa a vuestro hijo  
es ella quien se rebaja.

Dijo el doctor, y el sillón  
abandonando en el acto,  
salió apresada del salón,  
dejando al pobre barón  
corrido y estupefacto.

La sorpresa y el sonrojo  
le pusieron amarillo:  
hasta lo negro del ojo:  
jamás creyó tal arrojo  
del rey mismo en su castillo.

No cabiendo en su cabeza  
semejante atrevimiento,  
ni del caso la extrañeza,  
quedó absorto larga pieza,  
sin voz y sin movimiento.

Mas viéndose tan mal puesto  
echó por el corredor  
con desencajado gesto,  
y en además descompuesto,  
al alcance del doctor.

En el impulso primero  
de la rabia que a embargarle  
fué el corazón altanero,  
asíó el barón de un acero  
con intención de matarle.

Cruzó el adarve desierto,  
y uno y otro corredor,  
y uno y otro patio abierto;

pero, con gran desconcierto  
suyo, no halló ya al doctor.

Llevábale gran ventaja,  
y como el viejo barón  
ve que corre y no le ataja,  
la cólera se le cuaja  
al frío de la razón:

porque como el movimiento  
del cuerpo paralizar  
no puede el del pensamiento,  
el barón pudo un momento  
a solas reflexionar.

Y la arenga estrepitosa  
del doctor dándole vueltas  
en el cerebro, y de Rosa  
en la historia misteriosa  
cogiendo las hebras sueltas,

paró en recapacitar  
a impulsos de su codicia,  
y su ambición de medrar,  
que era bien con tiento andar  
antes de dar una pica.

A las mientes se le vino  
que si el doctor no es un loco  
que cayó en un desatino,  
no es su cólera tampoco  
para ganarle camino.

Y si es Rosa por acaso  
lo que él dice, y cosa obvia  
que a Carlos ama, no es caso  
de perder por un mal paso  
tal ocasión y tal novia.

Todo lo cual bien pesado,  
jugó por mejor aviso  
disimular lo pasado,  
y ganar de fuerza o grado  
al doctor lo más preciso.

Alcanzóle ya en la puerta:  
mas por pronto que acudió  
ya aquél la tenía abierta,  
y afuera en salvo y alerta  
viéndole ya le llamó.

Calmóse, pues, como pudo  
mejor, y al doctor llegando,  
que esperaba frío y mudo,  
le dijo, el ceño sanudo  
cual supo desenarando.

BARÓN

Una palabra, doctor.

En tanto que de la torre  
pajar al doctor, pajaros  
a Rosa y a los ojaros.

Pero sed breve.

BARÓN

¿Estáis hoy  
en vuestro juicio?

DOCTOR

Lo estoy.

BARÓN

¿Conque es cierto?

DOCTOR

Como soy  
hombre.

¿Palabra?

DOCTOR

De honor.

BARÓN

Y es Rosa?

DOCTOR

Lo que es ni más  
ni menos que lo que he dicho.

BARÓN

¿Y ama a mi hijo?

DOCTOR

Quizás  
de sobra.

BARÓN

¿Entonces?

DOCTOR

¡Jamás!

¿Mas si Rosa en su capricho se encastilla, y se resiste a ceder, y temeraria en esa pasión persiste?

DOCTOR

Entonces vivirá triste y morirá solitaria.

BARÓN

Pero ¿y si en su amor mi hijo vuelve más que nunca fuerte?

DOCTOR

Entonces tened por fijo que entre su amor y la muerte es la muerte lo que elijo.

BARÓN

¡Le matarais!

DOCTOR

Parecer tomaré; mas de razones basta: si él se obstina en ser marido de tal mujer, la muerte va a sus talones.

BARÓN

¿Tanto le odiáis?

DOCTOR

¡Pesiamí!

¿Queréis que os declare aquí por qué a vuestro hijo muestro tanta repugnancia?

BARÓN

SÍ.

DOCTOR

Pues bien; por ser hijo vuestro.

Dijo el doctor, y la mano teniendo en la aldaba puesta cerró la puerta de plano sobre el viejo castellano, y empezó a bajar la cuesta.

### III

En tanto que de la torre bajar al doctor dejamos, a Rosa y a Inés oigamos; mas porque el lector se ahorre

el sonsonete prólijo y tenaz repetición de «dijo ésta», «aquella dijo», en esta conversación

el método seguiremos de vuestras dos anteriores, y a sus interlocutores a la margen nombraremos.

El método no es, a fe, ni nuevo ni original:

mas para método tal  
tenemos nuestro porqué.

Rosa sobre un almohadón,  
levantada la arabesca  
celosía, el aura fresca  
goza sentada al balcón.

Inés, a su lado puesta,  
sigue una plática viva  
con Rosa, la cual la esquivo  
por inútil o molesta;

y según insiste Inés,  
y según resiste Rosa,  
la cuestión es sobre cosa  
de muchísimo interés.

Grave Inés, casi severa,  
Rosa altiva, casi airada,  
en la plática trabada  
decían de esta manera:

ROSA

No vayas, por Dios, Inés,  
con tal discurso más lejos:  
contra el amor no hay consejos.  
Yo amo: déjame, pues.

INÉS

Pues ya que tu obstinación  
no haya consejo que venza,  
al menos que te convenza  
el poder de la razón.

Dos años ha que no escribe:  
conque o es muerto o te olvida.

No ha pasado un día  
sin que me escriba una línea.  
Mientras dura en mí la vida,  
él me ama y en mí vive.

INÉS

Mira, pues, cómo me explicas  
el silencio en que se encierra:  
vivo, desde cualquier tierra  
supieras de él.

ROSA

Mortificas  
tu ingenio en vano, y tus pruebas  
no prueban nada; sé yo  
que el doctor las recibió,  
aunque de él no me dais nuevas.

INÉS

Mas contra el mismo doctor  
¿por qué tan tenaz portías?

ROSA

Esas son razones mías.

INÉS

Son excesos de tu amor.

ROSA

Que acabarán por vencer.

INÉS

Que no tienen fundamento.

ROSA

El amor, el amor me ha hecho vivir  
 el amor, el amor me ha hecho vivir

INÉS

Es como el viento,

Mira, pues, como me explicas  
 el silencio en que se encierra

ROSA

Tiene el viento gran poder.

ROSA

INÉS

¿Y en el viento, Rosa mía,  
 vas a fundar tu esperanza?

ROSA

Son razones que no alcanza  
 tu razón austera y fría.

Las cosas del mundo doctor  
 por mí tan bien se entienden

INÉS

No las hay con que me arguyas:  
 son delirios de tu amor:  
 si las tuviera el doctor  
 ¿no me diera nuevas tuyas?

Cuatro años ha que partió  
 y escribió sólo el primero.  
 ¿Sabes, Rosa, lo que infiero  
 de los cabos que ató yo?

Su padre le envió a la guerra  
 de Italia porque sabía  
 lo que contra amor podía  
 el tiempo en aquella tierra.

Tú figurarte no puedes  
 aquel cielo azul, sereno,  
 que cobija un suelo lleno,  
 para las almas, de redes.

Rosa, no enemigos quiso  
 su padre enviarle a matar,  
 sino su amor a dejar  
 muerto en aquel paraíso.

Su padre, de convivencia  
 con el doctor, le envió allí  
 a que te olvidara a ti;  
 porque tienen la experiencia

que dan los años, y saben  
 que no existe en este mundo  
 amor tan fiel y profundo  
 que ausencia y tiempo no acaben.

Y la consecuencia ves:  
 el primer año guardó  
 puro tu amor; y escribió:  
 entibiósele después:

o pudo tal vez morir  
 de la guerra en un azar,  
 cuando no volvió a escribir.

ROSA  
 No te tienes que cansar.

Contra mi fe no hay razón;  
 contra mi amor no hay poder:  
 es la esencia de mi ser  
 la fe de mi corazón.

Él juró que volvería  
 al salir de su tutela.

INÉS  
Hoy sale, y el día vuela.

ROSA

Aún no ha concluido el día.

INÉS

Ya anochece.

ROSA

No en mi alma,  
de mi amor arde constante;  
y cuya antorcha brillante  
su centro ilumina en calma.

Carlos vive, pues yo vivo;  
volverá, pues yo lo espero.

INÉS

¿Tu amor, Rosa, es tan entero?

ROSA

Único, eterno, exclusivo.

El fuego de esta pasión  
la torpeza no oscurece;  
Inés, mi amor esclarece  
celestial intuición.

Para juzgar ni creer

no ha menester los sentidos,  
sin ojos y sin oídos  
sabe oír, y sabe ver.

No ha menester fundamento  
buscar en causa o razón,  
que la fe del corazón  
le da perenne alimento.

Mi amor es la llama pura  
que el Criador hizo arder  
en el hombre y la mujer  
al formar la criatura.

No es esa torpe pasión  
que amor la sociedad llama,  
y cuyo fuego no inflama  
la esencia del corazón;

no es esa pasión mortal  
que se extingue y satisface,  
sino es otro amor que nace  
sin apetito carnal.

Es ese otro amor divino  
que da a algunos seres Dios,  
identificando a dos  
con solo un ser y un destino.

Estos dos seres se encuentran  
sin buscarse; se adivinan;  
uno de otro se avecinan,  
y uno en otro se concentran.

Ni el tiempo ni la distancia  
a estos dos seres desune;  
que doquiera los reúne  
en solo un ser su constancia.

Y aunque vivan divididos  
desde la cuna a la huesa,  
van de allí con su fé ilesa  
a la eternidad unidos.

Este es amor verdadero; al oír éste el que mi alma atesora; no me preguntes ahora ni en qué fío, ni en qué espero.

Carlos y yo con tal fe nos amamos, y este lazo no le rompa ningún plazo, venga, o no, le esperaré.

Calló Rosa, y calló Inés, sabiendo que no hay razón que convenza a una pasión; y la de Rosa lo es.

Y como para ayudar a la pasión contra el juicio, y no dejarle resquicio por do al alma penetrar,

por el estrecho sendero que fuera del valle guía, vieron que aprisa venía, y a caballo, un forastero.

La luna que ya platea el azul del horizonte, y la brisa que del monte baja errante y juguetea,

las hicieron a la par ver de lejos su figura, y sentir de su montura el sonoro galopar.

Asaltó el alma de Rosa un leal presentimiento, y alzóse Inés de su asiento del que llega recelosa.

«Quitémonos del balcón», dijo Inés: mas como quieta continuó Rosa, sujeta al poder de su atención,

una absorta y otra incierta de lo que hacer convendría, dejaron al que venía llegar a la misma puerta.

Y un poco bajo el balcón, y el corcel de mucha alzada, no era ya la retirada de fácil ejecución;

puesto que él, que las ha visto, en los estribos alzado, las ha un paquete arrojado, en caso de ambas imprevisto.

Cierto él de qué recibió, Rosa en la falda su ofrenda, volvió al caballo la rienda, y a galope se alejó.

Enciende una luz, Inés.

INÉS

Entregar fuera mejor ese paquete al doctor.

ROSA

Quando vea yo lo que es.

INÉS

Mira, Rosa...

ROSA

Basta ya:

pues a mí se dirigió  
es para mí: antes que yo  
ningún otro lo verá.

Fuése por la altanería  
de su tono avasallada,  
o a obedecer obligada,  
encendió Inés la bujía;

y abriendo Rosa el paquete  
halló en él una preciosa  
cajita de palo rosa  
y un perfumado billete.

Roja y trémula de amor,  
llegándose a la bujía,  
leyó el papel que venía  
escrito en este tenor:

«Un amor y una palabra  
no más, Rosa mía, tengo:  
hoy ésta a cumplirte vengo,  
y a ratificarte aquél.  
Yo soy uno de esos seres  
que sólo un amor conciben:  
con él nacen, con él viven,  
y se sepultan con él.

«Por ti mi padre se opone,  
por ti yo pierdo mi herencia,  
porque un día la indigencia  
no se asiente a nuestro hogar,  
a la par de un gran maestro  
aprendí y profeso un arte  
que nos pueda en cualquier parte  
paz e independencia dar.

«Adjunta va en esa caja  
de mi saber una muestra:  
pasó por obra maestra  
doquiera que la mostré:  
por obra la dan del genio,  
y del arte por hechizo!  
mas ¡oh Rosa! quien la hizo  
no fué el genio: el amor fué.

«Hombre de arte, o caballero,  
seré siempre esclavo tuyo:  
yo mi dueño te instituyo:  
tus mandatos cumpliré.  
Esta noche, como hace años,  
me dirás por la ventana  
si aún me amas, y mañana  
al doctor te pediré.

«Tras de mí en Italia y Francia,  
dejo un nombre ya famoso:  
mas si juzgas más honroso  
el servicio de algún rey,  
en dos cortes a altos cargos  
puedo optar; ve lo que eliges:  
tú gobiernas, tú diriges:  
tus caprichos son mi ley.

«Nuestros padres de consuno  
llevan mal el amor nuestro:  
el doctor, más que yo diestro,  
se ha interpuesto entre los dos,  
y sin cartas uno de otro  
por cuatro años estuvimos;  
mas si me amas, pues vivimos,  
fía en mí, que fío en Dios.»

Leyó Rosa, y el billete  
dejando sobre la mesa,  
curiosa a abrir se dió prisa  
la cajita del paquete.

Entre felpa acomodada,  
de labor maravillosa,  
halló de plata una rosa  
en su capullo cerrada.

Por el tallo la tomó  
para bien examinarla,  
y de la caja al sacarla  
todas sus hojas abrió:

y en su centro colocada  
apareció una figura,  
microscópica escultura  
con gran primor cincelada.

De sorpresa exhaló un grito  
Rosa, y alzando en su diestra  
aquella prueba maestra  
de arte y trabajo infinito,

púsola de la luz junto,  
y al mirarla con cuidado  
en el metal cincelado  
reconoció su trasunto.

Era otra Rosa, otra ella:  
una estatueta preciosa  
de labor tan primorosa,  
tan diminuta y tan bella,

que el caprichoso juguete  
hiciera honor a la mano  
de Arfe y de Alonso Cano,  
de Cellini y Berruguete.

Ante maravilla tal  
absortas por la atención,  
con igual admiración,  
y con complacencia igual,

Rosa e Inés larga pieza  
estuvieron contemplando,  
y extasiadas admirando  
obra de tanta belleza:

y aún la examinaban mudas  
con sorpresa y con amor  
cuando a la puerta el doctor  
dió dos aldabadas rudas.

«¡El doctor!», exclamó Inés  
aterrada: «¿Y qué?» serena  
dijo Rosa, «¿A casa ajena  
viene acaso? Ábrele, pues.»

Fué Inés a abrir al doctor,  
y Rosa ante la buja  
signió absorta todavía  
ante su carta y su flor.

Un cuarto de hora después  
frente a frente en su sillón  
cada cual, y del salón  
mandada salir Inés,

Rosa y el doctor a solas  
la escultura contemplaban,  
y de su emoción saltaban  
hasta su rostro las olas.

Mal asentado el doctor  
en su poltrona de cuero,  
su ser absorbía entero  
el examen de la flor.

Mirábala con un lente  
de grande fuerza y aumento,  
y en cada nuevo accidente  
digno de encarecimiento.

que en su trabajo encontraba,  
su labio se contraía,  
su entrecejo se fruncía,  
su pupila centelleaba.

Pálida de incertidumbre  
miraba Rosa su faz,  
do penetrar incapaz  
su gozo o su pesadumbre;

pues aunque el doctor semeja  
ceder a ingrata emoción,  
no es la primera ocasión  
en que el arco de su ceja,

con las nubes de su ceño  
su mirada al entoldar,  
le sirvió para ocultar  
un pensamiento halagüeño.

Los suyos Rosa á esconder  
menos que el viejo avezada,  
muestra en sus ojos tomada  
su resolución tener:

y aunque callada y modesta  
aguarda que hable el doctor,  
libre aguarda de temor  
y a dar su opinión dispuesta.

Pálida, pero tranquila,  
está al doctor contemplando,  
sus facciones devorando  
con avarienta pupila.

La flor al fin con gran tiento,  
como hombre que su valor  
conoce, puso el doctor  
en la mesa; y un momento

fijando en su compañera  
su mirada luminosa,  
la conversación con Rosa  
entabló de esta manera:

DOCTOR

Don Carlos dice en su carta  
que esta flor es obra suya.

ROSA

Y yo confío en que arguya  
en su favor.

DOCTOR

Prueba es harta  
para abrir a quien la hizo  
el alcázar del favor:  
quien la niegue un gran valor  
será descontentadizo.

ROSA

Pues ya veis que es una ofrenda  
que me hace.

DOCTOR

Antes que la admitas,  
reflexionar necesitas  
si es admisible tal prenda.

ROSA

¿Por qué?

DOCTOR

Porque puede hacer  
inmortal al escultor,

y no debe sin su amor  
aceptarla una mujer.

ROSA

No fuera ni generoso,  
ni amante si diera menos.

DOCTOR

Sus proceder es buenos:  
mas puede ser mentiroso.

ROSA

Es muy noble para eso.

DOCTOR

¿Quién de apariencias se fía?

ROSA

Fiad vos en la fe mía.

DOCTOR

¿Conque le amas?

ROSA

Con exceso;

y os lo debo de advertir,  
doctor: está mi pasión  
tan honda en mi corazón  
que con ella he de morir.

DOCTOR

Y que mueras valdrá más  
que no que yo te envilezca,

dando a quien no te merezca  
tu noble mano jamás.

ROSA

Inquirirlo os toca a vos:  
yo, si le encontráis indigno,  
a ser muerta me resigno;  
o esposa suya, o de Dios.

DOCTOR

Pues fía en mí.

ROSA

Y en él fío  
que nunca mi corazón  
dará en vil inclinación.

DOCTOR

No, mientras que lata el mío.

Flor que la escarcha no arruga  
y abril de miel llena deja,  
su cáliz abre a la abeja,  
mas se le niega a la oruga;

Rosa, yo te cultivé,  
y escucha bien mis palabras:  
antes que a la oruga te abras,  
del tallo te cortaré.

ROSA

Vuestra soy.

DOCTOR

Basta: a otra cosa  
y que se cumplan dejemos

de Dios los juicios supremos.  
Guarda esa escultura, Rosa,  
Y que nos sirvan la cena.

ROSA

¿Puedo ya tener por mía  
esta flor?

DOCTOR

No, todavía;  
mas tenla por prenda buena.

IV

Con el son de las auras rumorosas,  
con el oro de su aliento fresca,  
con la luna en su lleno iluminada,  
con el primer olor de las violetas  
tempranas perfumada, majestuosa  
con la sublimidad que da a las selvas  
el solemne silencio que produce  
del hombre inquieto y de su voz la ausencia,  
límpida, nacarada, trasparente,  
era una noche azul de primavera  
de esas que rivalizan con el día;  
menos fúlgidas que él, pero más bellas.  
Era una de esas noches deliciosas,  
de paz, de amor y de misterio llenas,  
que echan sobre la hermosa Andalucía,  
su el lóbrego capuz de las tinieblas,  
como la gasa azul del aire diáfano  
que sobre sus provincias se despliega,  
como sobre su dormida favorita  
del berberisco Amir la blanca tienda,  
de la nocturna calma bajo el peso,  
y a la templada claridad serena

que el estrellado firmamento radia,  
muda reposa la dormida tierra,  
El húmedo rocío, que en los árboles,  
las flores y los céspedes comienza  
a congelar sus gotas cristalinas,  
que caprichoso de las hojas cuelga,  
se complace en tocar del bosque espeso  
la verde y enramada cabellera  
como la de una etíope sultana  
con hilos mil de luminosas perlas.  
¡Cuán solemne la calma de la noche  
es en la soledad de la floresta!  
¡Cuán gratos los rumores y las sombras  
que sus espacios silenciosos pueblan!  
Los bosques son los templos en que culto  
da a su Hacedor la gran Naturaleza;  
y entre los mil pilares de sus troncos,  
bajo su verde bóveda, que ondea,  
a la serena luz que el rico velo  
de su hojarasea rumorosa templea,  
brotan los piadosos pensamientos,  
y los recuerdos mil de la creencia.  
¡Cuán graciosas del diáfano vacío  
parecen a nuestra alma las quimeras,  
y con cuánto placer en la memoria  
nuestra imaginación las aposenta!  
¡Cuán agradables son las sensaciones  
del viajero que cruza la arboleda  
del fresco valle que al lugar conduce,  
donde un día pasó de su existencia,  
donde dejó escondido algún recuerdo,  
tesoro que con gusto a hallar volviera,  
rastros del paso de su ser... porque algo  
del hombre siempre por do pasa queda.  
Algo que hallar ansía cuando vuelve,  
algo que siempre que lo busca encuentra  
con amargura... ¡flores de la vida  
que brotan con un sol, y otro las seca!  
Tal es empero el hombre: siempre aguarda

flores hallar en donde espinas siembra;  
 siempre va tras la dicha, y atrás siempre  
 mira, creyendo que tras sí la deja.  
 Por eso los recuerdos de su alma,  
 amargos o sabrosos, le atormentan  
 siempre; y su corazón presentimientos  
 lúgubres o siniestros alimenta.  
 En la silvestre soledad por eso  
 nos asaltan el alma las quiméricas  
 imágenes del miedo, aunque valiente  
 nuestra razón las atropelle y venza.  
 Los seres mil fantásticos que bullen  
 en sus vacíos ámbitos impregnan  
 de miedos vagos su región, hiriendo  
 nuestra imaginación, la cual les presta  
 forma distinta y diferente causa  
 de las que les revisten y les crean,  
 hasta tornar en monstruos colosales  
 del campesino polvo las moléculas.  
 Los ruidos mil que forman el silencio,  
 que no interrumpen su quietud, ni alteran  
 su soledad, mas que el vacío mundo  
 de su quietud y su silencio llenan,  
 se vienen a estrellar en los oídos  
 del que, solo, los bosques atraviesa,  
 y el son imperceptible de sus átomos  
 estruendoso en su tímpano resuena.  
 ¡Cuán naturales causas, sin embargo,  
 producen estas locas apariencias,  
 y con cuánto placer las descubrimos  
 después de haber tenido pavor de ellas!  
 Allí susurra la ondulante rama  
 do columpia su nido la oropéndola,  
 y su movible sombra nos parece  
 de un espectro fugaz el ala negra.  
 Allí una triste tórtola suspira  
 a quien una hoja que se cae despierta,  
 y su perdido arrullo nos parece  
 de un alma errante la angustiada queja.

Allá, al murmullo de escondido arroyo  
 que su cristal en las raíces quiebra,  
 el paso de los gnomos desvelados  
 nos parece sentir bajo la tierra;  
 allá el sordo y monótono ruido  
 de un gusano, que roe la corteza  
 de un caduco abedul, creer nos hace  
 que algún gigante los peñascos sierra.  
 Allí el ahogado y postrimer chirrido  
 de un topo a quien sofoca una culebra,  
 el silbido de alarma nos parece  
 de oculto salteador que nos acecha.  
 Allá, en el son de la continua lágrima  
 con que el oculto manantial gotea,  
 de la invisible máquina del mundo  
 sentir creemos trabajar las ruedas.  
 Sueños, delirios, aprehensiones hijas  
 de la imaginación y la conciencia,  
 cuyas causas, que ocultas nos espantan,  
 después de comprendidas nos deleitan.  
 Atravesad un bosque por la noche,  
 y en la enramada soledad desierta  
 saborearéis la dulce poesía  
 de que colmó el Señor las arboledas.  
 Mas ¡ay! vienen momentos en que el hombre  
 de su placer o de su angustia presa,  
 cruza la augusta soledad del bosque  
 su soledad sin percibir siquiera.  
 Así a través del valle innominado  
 donde pasa la acción de esta leyenda,  
 un embocado cabizbajo sigue  
 de la mansión de Rosa la vereda.  
 Sobre él susurran las móviles hojas,  
 bajo su pies el manantial gotea,  
 silba en su torno el pájaro, el gusano  
 roe el almés, se arrastra la culebra,  
 suenan en fin y vagan los rumores  
 y sombras de los bosques sin que puedan

despertar su atención, que adormecida  
 en su abstraído pensamiento lleva.  
 Sus ojos no se apartan de un objeto,  
 sus pies no se desvían de su senda:  
 rápido y recto va... sobre su línea  
 la aislada casa del doctor blanquea,  
 Brilla una luz en el balcón de Rosa,  
 e irresistible imán, su llama trémula,  
 al embocado al parecer atrae,  
 pues sus ojos tenaz no quita de ella.  
 Por el fulgor de su fanal guiado  
 a la casita sin dudar se acerca:  
 abandona la sombra de los olmos  
 y en el cercado de sus tapias entra.  
 Llega al pie del balcón iluminado;  
 escucha, aguarda... nadie; hace una seña,  
 convenida tal vez, y permanece  
 inmóvil largo tiempo, la presencia  
 de alguno de la suya prevenido  
 acechando; mas... nadie. ¿No le esperan?  
 ¿Habrá rendido el sueño a quien debía  
 estar atento a su señal? A hacerla  
 vuelve... El mismo silencio: la luz arde  
 detrás de las cortinas; pero reinan  
 dentro del aposento que ilumina  
 hondo silencio, soledad completa.  
 Da un paso más hacia el balcón; escucha...  
 ¡Nada! Silencio y soledad: reitera  
 cuando la señal... inútilmente:  
 aguarda, escucha... nadie; se impacienta.  
 Vuelve a apartarse y a mirar: devora  
 con sus miradas lo que ver le deja  
 el abierto balcón... Brillando sigue  
 en el cuarto la luz, mas cual si fuera  
 lámpara de un panteón que de la vida  
 sirve no más para mostrar la ausencia.  
 Espera aún unos momentos... ¡Nadie!  
 El gusano voraz de la sospecha  
 me su corazón: a su cerebro

se agolpan mil imágenes siniestras;  
 torna a mirar, torna a escuchar; mas siem-  
 pre en vano... ¡Aquella luz le desespera!  
 ¿Qué es lo que alumbra aquella luz? ¿Qué  
 aguarda de aquel balcón la cavidad abierta?  
 Aquella soledad, aquel silencio,  
 que oponen a su afán una barrera  
 de misterio, que atajan, que aniquilan  
 sus planes y esperanzas, que envenenan  
 su corazón con el vapor mortífero  
 de la afanosa incertidumbre, es fuerza  
 profundizar al fin: él necesita  
 saber al menos de quien busca nuevas,  
 al menos ver lo que la luz alumbra,  
 lo que se opone a lo que hallar desea.

El balcón está bajo: entre él y el suelo  
 hay un respiradero cuya reja  
 puede dar a su pie seguro apoyo;  
 calcula las distancias: casi llega  
 con la mano al balcón: duda: es indigna  
 intención de un hidalgo; la desecha  
 ¡Asaltar una casa! ¡Ir los secretos  
 a violar de la mansión ajena!  
 ¡Profanar el retiro de una dama!  
 ¡Ofender el pudor de una doncella!  
 ¡Imposible! Es audacia de villanos:  
 es acción que repugna a la nobleza  
 de su alma. ¿Mas volverse? No es posible:  
 en aquel aposento manifiesta  
 de todo está la explicación acaso;  
 duda... mas es forzoso: lo que arriesga  
 sabe; pero decide: resuelto  
 la capa tira, y por la vez primera  
 a la luz de la luna sus facciones  
 y lo gentil de su persona muestra.  
 Es un mancebo vigoroso y ágil,  
 cuyas formas, robustas cuanto esbeltas,

cuya soltura y traje cortesano nobleza acusan, y valor revelan. Afirmo el pie derecho sobre el hierro de la saliente cruz de la lucerna; elevóse: cogió con ambas manos dos barras del balcón, y en sus muñecas poderosas fiando, suspendido dejó su cuerpo sin temor en ellas. Mas cóncelas bien: en dos brazadas de la alta barandilla se apodera, en el macizo rodapié se afirma, aparta el cortinaje con la diestra, e introduciendo el busto, por el cuarto sus miradas atónitas pasea.

Es un cuadrado camarín: los muebles de su interior le acusan por vivienda de una mujer: mas lo que al mozo asombra no es que de una mujer morada sea (lo que, si aún ignoraba, presumía ya), sino la sultánica opulencia, la riqueza oriental de aquella cámara, que él esperaba hallar simple y modesta, y que más que de estancia campesina de kiosko de Estambul tiene apariencia. Lo es en verdad: su ambiente está aromado con esencia de rosa: una arabesca alfombra azul de rosas salpicada cubre el suelo; cojines que carelan flecos de Fez orlan las paredes están forradas de damasco persa salpicado de rosas; las cortinas que adornan los balcones y las puertas, son chales de la India, recogidos con guirnalda de rosas, y las grecas que dividen los frisos de los paños, figuran zarzas de rosal en trenzas. El techo forma pabellón: su centro, desde el cual los mil pliegues de la tela parten alrededor, es una rosa

de Alejandría, misterioso emblema que se ve por doquier reproducido, como divisa del blasón o empresa heráldica del dueño a quien sin duda la prodigada rosa representa; sobre todo lo cual su luz derrama el globo de una lámpara chinesca que una cigüeña de marfil calado tiene en su pico de coral suspensa. Esta oriental estancia, que el mancebo desde el balcón estático contempla, tiene una alcoba que en su fondo se abre, cuyo opaco interior defiende apenas el encaje sutil de una cortina que la brisa tal vez descorrió a medias. En el girón de luz que desgarrado por la cortina en su interior penetra, se ven los pies de un lecho, cuyas ropas sobre el tapiz que le circunda cuelgan; y en él, mal apareadas y vacías, yacen abandonadas dos chinelas de raso azul forradas en armiño, y abotonadas con menudas perlas. La sultana invisible a cuyos regios pies pertenecen duerme tras aquella cortina, o preparada para el sueño la solitaria cámara la espera? Las chinelas vacías atestiguan que ya reposa en su interior su dueña, mas el hondo silencio de la estancia que está vacía de vivientes prueba. Ya ha diez minutos que el mancebo escucha con profunda atención; pero concentra todo su ser en vano en sus oídos. Percibe sólo en su atención intensa el latido violento y desquiciado con que su pecho el corazón golpea,

enviando el flujo de su sangre en olas  
de su sien y su pulso a las arterias.

No pudo más el angustiado mozo:  
saltó de la baranda la barrera,  
avanzó hasta la alcoba, a la cortina  
su mano adelantó, y al recorrerla  
con el doctor hallóse cara a cara,  
quien alzando el capuz a una linterna  
hizole ver a Rosa sobre el lecho,  
cual arrancada flor sobre la yerba,  
inmóvil cual inánime escultura,  
pálida mate cual de mármol hecha,  
materia inerte, polvo cuyos átomos  
puede acaso voraz la madre tierra.

Una vez y otra vez pasó los ojos,  
con la verdad el mozo andando a tientas,  
desde Rosa al doctor, desde éste a Rosa,  
el mudo y torvo, inanimada ella;  
hasta que al fin el viejo, de hito en hito  
mirándole tenaz, la mano seca  
extendiendo hacia él, y con voz sorda,  
y de inflexión acentuada y lenta,

le dijo estas palabras:—«Llegáis tarde:  
cuando he cerrado a vuestro amor la puerta  
destrás del balcón a la deshonra abierto,  
a la muerte aposté de centinela.»

Tal el mozo al oír tendió las manos  
al cuerpo virginal de la doncella,  
y por primera vez en él posándolas  
hallóla fría y concibióla muerta.  
Al contacto glacial del cuerpo exánime,  
y al comprender la realidad funesta,  
cual de sulfúrea exhalación tocado  
por el fulgor y conmoción eléctrica,  
se trastornó su ser: desparramóse  
por su cerebro herido sus ideas:  
convulsáronse sus nervios: extraviadas  
revertieron sus pupilas negras:  
convulsiva tensión desencajóle

la descompuesta faz, y de la hueca  
cavidad de su pecho desprendióse  
ronco estertor de carcajada histérica;  
Contemplóle el doctor, cambiando al punto  
de su semblante la expresión severa,  
en curiosa primero, en asombrada  
después, y al fin en compasiva y tierna:  
y dió un paso hacia él; mas esquivándole  
como quien cree pisar una culebra,  
dando el mancebo un salto, y la baranda  
asiendo del balcón, lanzóse fuera.

Corrió el viejo a tenerle; mas ya el mozo  
cuando él llegó al balcón tocaba en tierra,  
y sólo pudo contemplarle atónito  
desatinado huir por la pradera.

### CAPÍTULO III

#### EL DUELO

Tres meses han transcurrido:

la casita del doctor,  
tan alegre antes, tan llena  
de flores, de luz y son,  
está respirando duelo.  
Habitan en su interior  
la soledad y el silencio:  
no hallan el aire ni el sol  
por sus cerrados balcones  
paso; no queda una flor  
en las incultas macetas  
que retirar se olvidó  
de ellos; trabajan su tela  
en el ángulo exterior  
de sus marcos las arañas;  
exhala, en fin, la mansión  
del doctor no sé qué ambiente  
de tristeza, qué vapor  
de misterio, qué comienza

de su triste habitación  
 a hacer para la comarca  
 un objeto de pavor.  
 Ante esta falta absoluta  
 de movimiento y de voz,  
 de aquella casa dijeran  
 que la vida se ausentó.  
 Y como sólo de noche  
 y en los cuartos que el doctor  
 habita en el piso bajo,  
 se ve luz hasta que Dios  
 ahoga su fulgor mezquino  
 de su faz con el fulgor,  
 parece que aquella casa  
 se ha convertido en panteón  
 de un melancólico genio  
 llora un oculto dolor,  
 en vez del genio benéfico  
 que otro tiempo la habitó.  
 Ya no encuentra el campesino  
 al volverse a la oración  
 a sus hogares, a Rosa  
 sentada en el mirador,  
 cuya sonrisa pagaba  
 su tosca salutación;  
 ni el mendigo vagabundo,  
 ni el ciego errante cantor  
 de romances, ni el santero  
 postulante a su balcón  
 se paran a bendecir  
 el rostro consolador  
 de aquel ángel generoso,  
 que cual blanca aparición  
 salía el paso a atajarles  
 con su sonrisa de amor,  
 sus palabras de consuelo  
 y su generoso don.  
 Ya no tiene aquella casa  
 aquel risueño exterior

de las casas en que moran,  
 cual flores en un jarrón,  
 la juventud, la belleza,  
 la alegría y el amor,  
 cuatro esencias que no pueden  
 sujetarse a tal presión,  
 que de sí no desparramen  
 su perfume en rededor.

La Rosa que vegetaba  
 como en chineco tazón  
 en esta blanca casita,  
 sus hojas no abre ya al sol,  
 y el vaso vacío de ella  
 todo su encanto perdió.

Ahora se ve solamente  
 al anciano servidor  
 del médico, a los que vienen  
 introducir al salón  
 del piso bajo, en que sigue  
 caritativo el doctor  
 dando al dolor medicinas  
 y consuelo a la aflicción.

Mas ya no sale de casa:  
 y aunque hace él oír la voz  
 de que allí preso le tiene  
 una morbosa afeción,  
 se ve en su torvo semblante  
 y en su atrabiliario humor  
 que el mal de que está atacado  
 reside en su corazón.

Hondo pesar se le roe  
 y continuo torcedor  
 se le atormenta. ¿Quién sabe  
 lo que sus tormentos son?  
 Extraña inquietud le agita.  
 ¿Espera o teme? El rumor  
 del misterio que hay de Rosa  
 en la desaparición

cunde, y ya habla mucho de ella  
 el vulgo murmurador.  
 ¿Y quién no lleva curiosos  
 si no enemigos en pos?  
 ¿Y quién sabe lo que minan  
 del hombre sabio el honor  
 la curiosidad ociosa,  
 la envidia y la emulación?  
 Alguno que vió a don Carlos  
 tal vez su vuelta observó,  
 que coincide de Rosa  
 con la desaparición;  
 que reina al par desde entonces  
 un misterio acusador  
 en la casita del médico  
 y en la torre del barón;  
 que el mozo está enamorado,  
 goza en la corte favor,  
 y es tan audaz como Rosa  
 es constante en su pasión;  
 y que atropelló, pues, todo  
 lo atropella un grande amor,  
 la voluntad de sus padres  
 la voluntad de los dos.  
 Otros suponen al médico  
 de un carácter tan feroz,  
 tan celoso de su Rosa,  
 y de tal resolución,  
 que si él los ha sorprendido  
 habrá sido en su furor  
 capaz de matarlos a ambos;  
 y se afirma esta opinión  
 tanto más, cuanto que dicen  
 los médicos que el doctor  
 de los más fuertes venenos  
 posee una gran colección,  
 y que como allá entre idólatras  
 la medicina aprendió,  
 sus drogas sólo son filtros

en cuya composición  
 además de las sustancias  
 ponzoñosas que él le dió  
 a conocer, entra el diablo,  
 de sus drogas inventor.  
 Y así en tres meses el viento  
 vil de la murmuración  
 el polvo de la calumnia  
 de tal modo levantó  
 que anduvieron los anónimos  
 revoloteando en montón,  
 comenzó el vulgo a extraviarse,  
 y en enquina comenzó  
 a tornarse contra el médico  
 lo que antes fué estimación  
 y gratitud a su ciencia,  
 con cuyas drogas sanó  
 el ingrato que ahora juzga  
 que es un envenenador,  
 empírico y charlatán  
 que se las administró.  
 Y esta opinión, amparada  
 por la ruin superstición,  
 fué tomando tanto vuelo  
 que hubo, al fin, quien estimó  
 necesario dar con ella  
 en la Santa Inquisición.  
 ¡Así siempre la ignorancia  
 juzga al hombre superior!  
 Y así pasaron tres meses,  
 durante los cuales no  
 se dieron por entendidos  
 castellano ni doctor  
 de las fábulas que inventa  
 la vulgar suposición,  
 ni de los viles anónimos  
 que al aire la envidia echó,  
 ni del polvo que levanta  
 el viento calumniador,

y el acecho que contra ambos no está ya la Inquisición. Si oyen, si ven y si saben lo que pasa en su redor, lo disimulan; y el uno como pájaro sin voz y el otro como un tejón enterrado en su casita, siguen, sin dar exterior señal de cambio en costumbres, el médico y el barón.

Y una mañana en que el médico con la sol que se elevaba sobre la campiña contemplaba de su vidriera a través, vió al barón que por su senda se adelantaba renqueando, con un bastón ayudando sus entorpecidos pies.

Frunció el doctor un instante al percibirle, las cejas, pues pesadumbres añejas renueva en su corazón su presencia; mas resuelto con decoro a recibirle fué él mismo la puerta a abrirle cuando asió de su aldabón.

Llamado por él un día pudo, en su propio castillo, del barón la altanería afrontar con altivez: mas hoy que él viene a su casa a pesar de lo pasado,

se la va a abrir de buen grado, olvidándolo a su vez.

Apenas tocó el anciano en el umbral de su puerta por el doctor la vió abierta ante sí de par en par: quedóse el barón suspenso en el umbral un instante, como quien aún adelante duda si debe pasar.

El doctor, con el aplomo de un hombre al mundo avezado, ni halagüeño ni estirado, y el barón, que ve y comprende que el doctor no abre su boca porque a él comenzar le toca, así el diálogo entabló:

Al fin tengo yo el primero que ser: mas veis que en reparos no ando, y yo mismo a buscaros vengo: conque ¿cómo va, doctor?

DOCTOR

No tan bien como antes, señor barón, pues se pasa mala vida en una casa donde no hay mujeres ya.

BARÓN

¡Cómo, doctor! ¿Vuestra hija...?

**DOCTOR**  
Partió el día que don Carlos vino; fuerza separarlos era: ¿no tuve razón?

**BARÓN**  
¡Ay de mí! Doctor, sin miedo podéis ya tenerla en casa. ¡Pobre Carlos!

**DOCTOR**  
¿Qué le pasa que así os aflige, barón?

**BARÓN**  
Pues, ¿no sabéis...?

**DOCTOR**  
Nada; pero entremos, barón, si os place a mi aposento, que hace aquí mal aire.

**BARÓN**  
Es verdad: mas tengo ida la cabeza y hasta olvidé dónde estaba.

**DOCTOR**  
Pasad, pues: yo voy la aldaba a correr.

**BARÓN**  
Id.

**DOCTOR**  
Dispensad.

Metióse el barón renqueando del doctor al aposento, y en un sillón tomó asiento mientras cerraba el doctor. Éste a muy poco siguiéndole, en otro sillón sentóse y entre los dos anudóse la plática en tal tenor.

**DOCTOR**  
Hablad, barón: ¿qué tenemos?, porque, sin temor de errar, jurara que algún pesar hay que os pone a los extremos.

**BARÓN**  
Uno muy grande, doctor; y aunque con rubor lo diga, a acudir a vos me obliga para pedir os favor.

**DOCTOR**  
Barón, otro en mi lugar viera este punto propicio, grande valor al servicio que me pedís para dar; mas no importa qué razón os obligue a mí acudir:

si en algo os puedo servir,  
contad conmigo, barón.

BARÓN

A deciros la verdad,  
doctor, tras de lo pasado,  
conmigo os creí enojado;  
mas la generosidad  
con que os brindáis a servirme...

DOCTOR

Lo que pasó ya se fue:  
tengo mal genio, y a fe  
que quisiera corregirme.  
Vos no le tenéis tampoco  
mucho mejor; mas, ¡por Dios  
que si lo olvidasteis vos  
lo pasado importa poco!  
Y pues hoy a mí acudís  
barón, no volvámos más  
nuestros ojos hacia atrás,  
y decidme a qué venis.

BARÓN

De vos me vengo a amparar,  
fiado en que en un mal serio  
favor vuestro ministerio  
nunca me ha de rehusar.  
Doctor, mi última esperanza  
sois vos, pues no os negaré  
que el último a quien llegué  
sois.

DOCTOR

Pues bien; más confianza  
para daros, en conciencia

y antes que os oiga, os haré  
la exposición de mi fe,  
de mi conducta y mi ciencia;  
pues quiero que penetréis  
las opiniones que abrigo,  
para que nunca ignoréis  
a qué ateneros conmigo.  
Barón, yo hé estudiado el mundo,  
y aunque poco en su virtud  
creo, y en su gratitud  
nada, obro con profundo  
convencimiento, y el bien  
hago con fe y por bondad,  
con cristiana caridad,  
y no por lo que me den.  
Por eso jamás me pego  
por obtener preferencia  
sobre nadie: obro en conciencia  
con el pobre y con el rico.  
Si una vez no me pagaron  
los que una vez asistí,  
siempre a asistirles volví  
cuando otra vez me llamaron.  
Si alguno se aconsejó  
de otros médicos primero,  
no por llamarme el postre  
dejé de auxiliarle yo.  
Querer quitar el derecho  
al enfermo de elegir  
con quién sanar o morir  
a su gusto, es muy mal hecho.  
Yo, en mi ciencia profesor,  
para todos por igual  
la profesé, y cada cual  
viene a mí cuando mejor  
le cuadra, antes o después  
de otros: cuando auxilio exige  
se le doy: no me dirige  
ni soberbia, ni interés.

Yo a ninguno me antepongo: es  
 quien después de otro a mí viene  
 bien hace; y siempre supongo  
 que quien no paga no tiene.  
 Y, en fin, os diré, barón,  
 una opinión; y os la digo,  
 aunque puede dar conmigo  
 un día en la Inquisición.  
 Mientras que sea un oficio  
 nuestra noble profesión,  
 y empleo y no vocación  
 el religioso servicio;  
 mientras que la sociedad  
 de un modo mejor no dote  
 al sabio y al sacerdote  
 en pro de la humanidad,  
 ni habrá caridad cristiana,  
 ni ciencia, ni religión,  
 y la civilización  
 será una palabra vana.  
 Pues llamarse *ser humano*,  
 plantear una sociedad  
 basada en la caridad,  
 y apellidarse cristiano,  
 para decir a su hermano  
 en su última enfermedad:  
 «Yo no te curo tus llagas  
 si no me pagas primero;  
 o sepultarte no quiero  
 si tu entierro no me pagas,  
 me parece a mí una mofa  
 de la humanidad entera,  
 una imprudencia grosera  
 y una fe de mala estofa.  
 Quien esto al mundo le espete  
 cara a cara, en un encierro  
 vendrá a morir como un perro  
 como cinco y dos son siete;  
 pero es la pura verdad,

y no hay quien me la levante  
 aunque de uñas se me plante  
 todita la cristiandad.  
 Yo sé que es justo que viva  
 de su oficio cada cual,  
 y paga legal reciba  
 el trabajo personal;  
 mas de todo en la nociva  
 aplicación está el mal,  
 que nunca el bien es legal  
 si en el mal ajeno estriba;  
 pues del mundo a la concordia  
 más que leyes infinitas  
 contribuyen las benditas  
 obras de misericordia,  
 y aquel que las considera  
 cual leyes obligatorias,  
 ése hace obras meritorias  
 y tiene fe verdadera.  
 Más bien hace un buen ejemplo  
 que la más brillante homilia;  
 pues se alberga en la familia  
 la virtud más que en el templo.  
 Yo sé que esta opinión mía  
 y la creencia en que la fundo  
 ha de rechazar el mundo  
 muchos siglos todavía;  
 sé que no hay Gobierno actual  
 que predicarla me deje  
 sin que me tache de hereje  
 todo humano tribunal;  
 porque en todo está enlazado  
 el vil interés; de modo  
 que nada ser reformado  
 puede sin herirlo todo.  
 Y por eso sé, barón,  
 que estas opiniones mías  
 insensatas teorías  
 de un loco, nada más, son;

y que me costará caro  
 decirlas más que a un amigo,  
 por eso a vos os las digo,  
 pues yo soy un hombre raro,  
 barón, un hombre salvaje,  
 criado en salvaje tierra,  
 que de entre bárbaros traje  
 la opinión que en mí se encierra.  
 Y como yo no he de hacer  
 ir al mundo de otro modo,  
 lo dejo a su gusto ir todo;  
 mas he aquí mi parecer:  
 Jesucristo es el más grande  
 legislador: no hay tirano  
 que con su ley en la mano  
 bien en la tierra no mande.  
 Su ley es la más perfecta:  
 es la ley de la igualdad  
 y de la fraternidad,  
 que al hombre cual es acepta  
 bajo de su patrocinio;  
 cuyos sencillos preceptos  
 van al par con los afectos  
 del alma y el raciocinio.  
 Yo tengo esta convicción:  
 no hay república, ni hay rey,  
 capaz de hacer mejor ley,  
 que la de Cristo, barón.  
 Y el Evangelio es la mía:  
 y yo mi fe nunca vendo,  
 ni mi ciencia, porque entiendo  
 que Cristo no las vendía.  
 Tal creo, y tal viviré:  
 y si el mundo me combate,  
 por mucho que me maltrate,  
 siempre lo preciso habré.  
 Y pues no me podrá quitar  
 ni fe en Dios con que vivir,  
 ni alma en que alzarle un altar,

ni aire con que respirar,  
 ni tierra donde morir.  
 Ya os abrí mi corazón:  
 yo obro conforme a mi fe.  
 ¿Pensáis que me ofenderé  
 de nada con vos, barón?

Tal soy: veis que os hablo en plata:  
 pues me conocéis, juzgad  
 si os serviré: con que hablad  
 ahora vos. ¿De qué se trata?

Dijo el doctor, y de oírle  
 quedar viendo estupefacto  
 al barón, tuvo en el acto  
 el médico que añadirle:

Perdonad, barón: todo esto  
 no tiene aquí que ver nada:  
 yo os he echado esta andanada  
 por ponerlo manifiesto  
 mi corazón; por mostráros  
 que en él no hay resentimiento  
 por lo pasado, y aliento  
 al presente para daros.

A mí nada hay que me ofenda,  
 ni que me espante, barón:  
 nada que en la condición  
 de los hombres me sorprenda.

Os dije lo que me vino  
 primero a la lengua; vos  
 tomadlo cual es, y Dios  
 me perdone el desatino.

Conque entremos en materia:  
 hablad.

BARÓN

Mi hijo está demente  
 rematado: es evidente,  
 doctor.

DOCTOR. Pues la cosa es seria.

BARÓN. Yo os ruego que le veáis.

DOCTOR. Y toma si le veré!

BARÓN. Como os empeñéis, yo sé que sanará.

DOCTOR. No os hagáis de esos males ilusión; la mayor parte no tienen remedio, y más si provienen de fractura o de lesión en el cráneo. ¿Ha recibido algún golpe?

BARÓN. No se sabe: no hay quien de él nada recabe. Desde que a casa ha venido de nadie se deja ver; ninguno le puede hablar ni en su habitación entrar.

DOCTOR. ¡Diable! Pues hay que poder.

Vamos despacio, barón; contadme punto por punto los de su mal, que es asunto que requiere explicación.

BARÓN. Pues oíd. Dejando el coche en no sé qué lugareillo, a la puerta del castillo se presentó a media noche, y en ella a dar comenzó tan recios aldabonazos, que hizo la aldaba pedazos y de alto a bajo la hendió.

Espantados acudimos, y quién era a ver: conociéndole, y perseguido creyéndole tal vez, a abrirle corrimos. Pálido, desencajado, apenas se abrió el postigo, por él dándose conmigo se entró desalentado,

sin que ninguno pudiera seguirle, y sordo a mi voz el patio cruzó veloz, y subió a saltos la escalera y dió en su cuarto: barrear le oí puertas y ventanas, y no hubo fuerzas humanas que le hicieran contestar. Doctor, ¡qué noche me dió! A su puerta no cesé de llamar: rogué, mandé; todo en balde. Ni chistó. Sin poder más con mi afán, ciego el suyo por saber, y llegándome a temer que cometiera un desmán,

o que a su vida atentara,  
 le amenacé con echar  
 la puerta al suelo y entrar  
 Mas nunca se lo anuncié  
 Espada en mano salió  
 y tras todos emprendiendo,  
 nos hizo salir huyendo,  
 y a encastillarse volvió  
 En esto sentí llegar  
 el coche con dos criados  
 de acompañarle encargados,  
 quienes hartos de aguardar  
 (pues les dejó en el camino  
 a las siete y no había vuelto),  
 a subir se habían resuelto,  
 a ver si al castillo vino  
 solo tal vez, y olvidado  
 de que les mandó esperar  
 a la entrada del lugar,  
 donde les había dejado,  
 Pediles inútilmente  
 explicaciones; venían,  
 porque perdido le habían,  
 a buscarle: concluyente  
 razón: ¿qué había que hacer?  
 Mandéles irse a acostar,  
 y a mi cuarto a cavilar  
 me fué hasta el amanecer.  
 Y suspendió aquí su relato  
 el buen barón un momento,  
 juzgando que o desatento  
 se distraía el doctor,  
 o que su faz, que más torva  
 a cada instante se tornaba,  
 de su opinión le auguraba  
 a cada instante peor.  
 El médico, que en la causa  
 del mal del hijo sabía  
 más que el padre, en su sombría

profunda meditación  
 de aquilatar se ocupaba  
 en el crisol de su ciencia  
 los grados de la demencia  
 que le consulta el barón.  
 Y como de aquel misterio  
 él solo tiene la llave,  
 y como él tan sólo sabe  
 cuán grave ser puede el mal,  
 en profundo arrobamiento  
 permanece enajenado,  
 cual por el peso agobiado  
 de alguna idea fatal.  
 Mas el barón que lo ignora,  
 desairado de él juzgándose,  
 su arrobamiento enojándose  
 resolvió cortar al fin;  
 y con la voz ronca y trémula  
 del amor propio ofendido  
 le dijo, el rostro encendido  
 de la ira en el carmin:  
 «Doctor, si no habéis de oírme,  
 excuso gastar saliva  
 en balde; y con faz esquiva  
 se puso el barón en pie;  
 a cuya agresiva frase,  
 y harto brusco movimiento,  
 fuerza de su arrobamiento  
 salir al doctor le fué.  
 Y risueño, «de apariencias  
 no os fiéis, barón, le dijo:  
 »pues si no sana vuestro hijo  
 »con lo que pensaba yo,  
 »Dios sólo sanarle puede;  
 »mas os lo juro en conciencia,  
 »si no curo su dolencia  
 »creeré que Dios me cegó.»  
 A tan solemne protesta  
 su amor propio satisfecho,

tranquilizado en su pecho  
 su paterno corazón,  
 a la luz de la esperanza  
 que en su alma a lo lejos brilla,  
 ya serenado, su silla  
 volvió a ocupar el barón.  
 El doctor, templado viéndole,  
 por ambas manos asiéndole,  
 y cariñoso atrayéndole  
 benignamente hacia sí,  
 preguntó: «Y ¿al otro día  
 en qué dió? ¿Fué todavía  
 brutal? ¿Cuál es su manía?  
 «Hablad, y fiad en mí.»  
 Rendido el viejo orguloso  
 por la cortés deferencia  
 del doctor, en cuya ciencia  
 desde aquel punto fió,  
 convirtiéndose en satisfecho  
 lo enojado y lo ofendido,  
 su relato interrumpido  
 de esta manera anudó.

BARÓN

Escuchadme: yo temía,  
 doctor, que no me escuchabais.

DOCTOR

Ya veis que os equivocabais:  
 conque, vamos: ¿qué manía  
 es la de nuestro demente?

BARÓN

Por lo que de ella os diré  
 juzgaréis. Al día siguiente,  
 al rayar el alba, fué

a los criados llamando,  
 quienes fueron poco a poco  
 viniendo, que estaba loco  
 ya todavía ignorando.  
 Yo, al sentir el movimiento  
 de la familia, salí  
 a mi vez de mi aposento:  
 y la escalera le vi  
 seguido de los criados  
 tomar: tras ellos eché  
 también, y por él guiados  
 fuimos al patio: allí fué  
 do me llegué de manera  
 indudable a conyencer  
 de que debía tener  
 perdido el juicio; porque era  
 torva y fija su mirada,  
 su acento bronco, violento  
 su andar y su movimiento;  
 estaba, en fin, trastornada  
 aquella fisonomía,  
 de expresión salvaje y dura,  
 tan contraria a la dulzura  
 natural que antes tenía.

Quedéme tras el cancel  
 lo que iba a hacer a observar,  
 y vi que mandó rodar  
 un enorme capitel  
 de una columna truncada,  
 que fué de mi padre en vida  
 no sé para qué traída,  
 y después abandonada.

DOCTOR

Que os interrumpa excusad.  
 ¿Cuál es de ese capitel  
 la dimensión?

BARÓN

Calculad y veréis que del pilar la mitad aún conserva unida a él.

DOCTOR

¿Y es buen mármol?

BARÓN

Yo en verdad ignoro su calidad: del mejor de Macael me han dicho que es.

DOCTOR

Continuad.

BARÓN

Los mozos obedeciendo pusiéronse a la faena, y el pilar no sin gran pena fueron rodando y trayendo hasta un morisco salón que tengo hoy abandonado, mas que fué en tiempo pasado la sala de recepción.

DOCTOR

¿Qué luz tiene?

BARÓN

Al mediodía caen sus ventanas; se ven desde las vuestras.

DOCTOR

Muy bien; seguid, barón: la manía de vuestro Carlos me empieza a agradar, y me parece que si Dios me favorece recobraré la cabeza.

BARÓN

¡Si tal hicierais, doctor!

DOCTOR

Con el afán más prolijo le cuidaré; por mi hijo no le tuviera mayor; creedme; pero seguid. Decíais que el capitel metió en el salón: ¿con él qué hizo don Carlos?

BARÓN

Oíd: su cama, armas y equipaje traer mandó a aquel salón, y sobre todo un cajón el cual durante su viaje no quiso apartar de sí, según después he sabido, aunque jamás he podido dar con lo que trae allí.

DOCTOR

Ya daré yo: continuad.

BARÓN

Mientras consigo no tuvo  
 todo su ajuar, se mantuvo  
 con torva tranquilidad  
 junto a la puerta de pie;  
 y en buen momento juzgándole  
 fui poco a poco aborrdándole.  
 Cuando frente de él llegué,  
 de hito en hito me miró  
 sin moverse del umbral,  
 ni dar la menor señal  
 de reconocermé; yo  
 al cuello le eché los brazos,  
 y con paternal cariño  
 como cuando aún era niño  
 le acaricié; mas los lazos  
 con los que Dios nos unió  
 desconociendo, la faz  
 tornando: «¡Dejadme en paz!»  
 me dijo, y me rechazó;  
 y a los criados venir  
 con su equipaje mirando,  
 el patio cruzó saltando,  
 y les salió a recibir.  
 Presenció tranquilo y grave  
 la colocación de todo,  
 y cuando lo halló a su modo,  
 pidió del salón la llave;  
 hizo que el pilar derecho  
 sobre una sólida base  
 la gente le colocase  
 bien a plomo; lo cual hecho,  
 atenta y prolijamente  
 de su equilibrio y firmeza  
 se aseguró, y de la pieza  
 mandó salir a la gente.  
 Entonces del capitel  
 poniendo al lado el cajón,

encerróse en el salón  
 y no ha vuelto a salir de él.

DOCTOR

¿Y nunca entrasteis?

BARÓN

Fué vano  
 intento: siempre está alerta,  
 y en tocándole a la puerta  
 se presenta espada en mano.

DOCTOR

¿Mas no hallasteis un resquicio  
 por donde ver lo que hace?

BARÓN

No, mas creo que deshace  
 cuanto hay: pues cual si su oficio  
 fuera el de picapedrero,  
 sospecho que a martillazos  
 hace el capitel pedazos,  
 por el ruido a lo que infiero,

A caer en su arrobamiento  
 volvió el doctor; mas no era  
 cual antes torva y severa,  
 su meditabunda faz.  
 La luz de un buen pensamiento  
 sus ojos iluminaba,  
 y a sus labios asomaba  
 una sonrisa fugaz.  
 Contemplándole en silencio  
 el barón, que a ver alcanza  
 un rayo azul de esperanza

en su faz resplandecer,  
por no turbar imprudente  
su segundo arrobamiento,  
contenía hasta el aliento,  
sin atreverse a mover.

Al fin el doctor alzándose,  
con el barón encarándose  
dijo, las manos frotándose  
cual satisfecho de sí:

Barón, Dios es sobre todo  
sabio mortal que de lodo  
nace; mas yo haré a mi modo  
lo que sé, y fiad en mí.

Decid: ¿qué alimentos toma  
don Carlos? ¿Tiene apetito?

BARÓN

No hay cosa de que no coma.

Yo mismo le pongo y quito  
ante su puerta los platos,  
y vacíos del revés  
me los vuelve todos.

DOCTOR

¿Y es  
goloso?

BARÓN

Más que los gatos.

DOCTOR

¿Y es al dulce muy afecto?

BARÓN

Sorberá un vaso de acibar

porque otro le den de almíbar.  
Es de familia defecto.

DOCTOR

Pues bien: en una conserva  
cualquiera le habéis de dar  
lo que os voy a preparar.

BARÓN

¿Es jugo de alguna yerba?

DOCTOR

¿Qué importa lo que sea? Es  
un remedio que yo tengo;  
mas mirad que os lo prevengo;  
andad con él cauto, pues  
si bien la demencia cura  
su misteriosa virtud,  
tomado en sana salud  
predispone a la locura.

BARÓN

¡Diablo!

DOCTOR

De él seis gotas dad  
por la noche a vuestro hijo.

BARÓN

¿Seis justas?

DOCTOR

Número fijo:

ni más ni menos.

BARÓN

Fíad

en mí.

DOCTOR

Pues esa poción

con su precisa instrucción

os llevaré al caer el día,

barón; y o pierdo la mía,

o le vuelvo a la razón.

Iba en acciones de gracias

a deshacerse el anciano

barón, cuando por la mano

el médico le tomó.

Cortés, mas resueltamente,

hasta la puerta llevóle,

sus promesas reiteróle

despidiéndole, y cerró.

Quedó el barón a la puerta

entre enojado y corrido

viéndose así despedido,

hasta que al fin exclamó

riéndose: «Tiene este hombre

a la verdad muy mal modo;

mas tiene después de todo

excelente alma.» Y partió.

## III

Tiene el doctor en su casa

detrás de su gabinete

un misterioso retrete,

cuya puerta, con primor

labrada, da oculto paso

a este escondido aposento,

donde vamos un momento

a introducir al lector.

En esta secreta estancia,  
de sus secretos tesoro,  
brilla un crucifijo de oro  
elevado en un altar,  
ante el cual arde una lámpara,  
cuyo aceite embalsamado  
tiene el aire perfumado  
con áloe y azahar.

El camarín, que reviste  
caoba ensamblada y tersa,  
tapiza una alfombra persa  
del tejido de Lahor:  
y el friso de sus paredes  
es una cajonería  
hecha de marquetería  
de primorosa labor.

En medio, y sobre una mesa,  
como la mejor alhaja  
después del Cristo, una caja  
de cedro oloroso está,  
en cuyas manillas de oro  
con rayos tibios destella  
la lámpara, que sobre ella  
resplandor perenne da.

Porque esta luz es perpetua,  
el doctor es el que cuida  
de su llama azul la vida  
sin cesar de mantener;  
y símbolo misterioso  
de la firmeza y la calma,  
de la honda fé de su alma,  
no cesa jamás de arder.

A su luz todas las noches  
ante Jesús se prosterna,  
y a él, que es la luz eterna,

para su alma pide luz;  
y a solas en el alivio  
de su enfermos medita,  
en la presencia bendita  
del que hizo santa la cruz,

Hombre de fe y de creencias,  
con fe y caridad cristiana,  
votó su existencia humana  
al bien de la humanidad;  
y hondamente convencido  
de que Dios sólo es la ciencia,  
busca en Dios su inteligencia,  
de las ciencias la verdad.

No como los falsos sabios,  
impío y materialista,  
cree que nada hay que resista  
al troquel de su razón;  
no: que al estudiar del hombre  
la estructura y la belleza,  
del Criador la grandeza  
admira en su creación.

Él ve que el hombre, creado  
para la paz y el cariño,  
trae instintos desde niño  
de odio y de destrucción;  
pero ve que las pasiones,  
de que el corazón trae lleno,  
torna en virtudes el freno  
de la dulce religión.

He aquí por qué de la ciencia  
que más útil creyó al mundo,  
hizo un estudio profundo  
de los hombres en favor;  
y por doquiera que ha ido,  
siempre en el dolor humano

vertió con pródiga mano  
bálsamo consolador.

Mas vió que la Europa, presa  
del espíritu sofístico,  
con su furor silogístico,  
y su afán de argumentar,  
en vez de llevar las ciencias  
a fin y verdades útiles,  
en mil controversias fútiles  
las perdía sin cesar.

Vió que sus sabios, en ellas  
con ceguedad empeñados,  
vagaban desatinados  
por laberintos de error;  
y que entre tantos partidos,  
y entre tantas opiniones,  
la ciencia tras mil cuestiones  
jamás quedaba mejor.

Cuando él audaz en su cátedra  
sus errores manifiestos  
les demostraba, con textos  
le salían a atajar;  
y en vez de echarle por tierra  
sus firmes proposiciones,  
sólo autores y opiniones  
le sabían alegar.

Mas él, no porque un sofístico  
en la controversia venza,  
cree que es bien que se convenga  
sin comprender la razón;  
ni aunque mil maestros digan  
«esto es verdad» sin probarlo,  
lo ha de creer sin sujetarlo  
a madura reflexión.

Dijose, pues, a sí mismo: «Esto no es ciencia, es abismo de teorías inútiles para la enferma humanidad; Dios es la ciencia infalible, la equidad suma: no hay medio, debió crear el remedio, pues creó la enfermedad.»

«Ahora bien: las discusiones de las universidades ayudan a las enfermedades con solo remedio más? No: sólo dan énergúmenos, que, por sostener sus temas, crean absurdos sistemas que traen la muerte detrás.»

«No quiero la inútil ciencia de esos sabios disputantes: yo quiero a mis semejantes ser de alguna utilidad. Contra la verdad, que es única, no hay argucia, ni sistema; Dios es la verdad suprema: buscaré en Dios la verdad.»

«En vez de atestarme de sofismas la cabeza, voy en la naturaleza a buscar sus secretos a estudiar; y si le sorprendo algunos, voy con caridad cristiana al bien de la raza humana sus secretos a aplicar.»

«¿A quién misión tan sublime como a nosotros le toca? Con el consuelo en la boca,

«y en la mano la salud, podemos dar a los hombres vigor a su cuerpo, calma a sus pesares, y a su alma la creencia y la virtud.»

Así discurrendo, cuando concluida su carrera del claustro el más joven era, y cátedra con honor obtenía en Salamanca, un día su borla y beca colgada en la biblioteca dejó para un sucesor.

Y de la ciudad partiendo, con un disgusto profundo por sus doctores, al mundo salió con sed de saber; y hombre de acción y de fuerza, no de teorías vanas, las comareas más lejanas se propuso recorrer.

Desde las cortes más cultas a las tribus más salvajes de Asia y África, en sus viajes determinó visitar, por ver si a fuerza de estudio, de observación y experiencia, algún bien para la ciencia logra en ellas recabar.

De su ciencia, acrisolándola, atesoró la sustancia oculta en Italia y Francia bajo su afán de argüir, y se embarcó para Oriente, cuna del hombre, do encierra

mejores jugos la tierra  
su raza para nutrir.

Aquella tierra, en que un día  
la voz de Dios resonaba,  
y donde el hombre moraba  
en el edén terrenal,  
aunque Dios en sus montañas  
con su gente ya no habita,  
todavía está bendita  
por la mano celestial.

Todavía de sus montes  
y de sus valles la yerba  
aquellos jugos conserva  
que conoció Salomón;  
y todavía sus hombres,  
que tenemos por salvajes,  
bajo sus sencillos trajes  
guardan más fe y más pasión.

Y allá fué el doctor sediento  
aquellos veneros vivos,  
manantiales primitivos  
de las ciencias, a beber.  
¿Y quién sabe con los hábitos  
orientales que contrajo,  
los secretos que se trajo  
del Oriente su saber?

Mucho ha visto y ha estudiado:  
recorrido ha el mundo entero:  
mas con juicio muy severo  
juzgó lo que viendo fué,  
y hoy tiene un rico tesoro  
de saber y de experiencia:  
mas al aumentar su ciencia  
no disminuyó su fe.

Vagado ha de polo a polo,  
y de polo a polo ha hallado  
a Dios sabio, justo y solo,  
y al hombre presa del mal;  
mas de polo a polo ha visto  
que del mal del hombre al lado  
el remedio ha colocado  
Dios con mano paternal.

Y a buscarlo decidióse;  
y encontró en yerbas y en sales  
tesoros medicinales  
de prodigiosa virtud;  
y estudiando al hombre en todos  
los países, a sus males  
físicos y espirituales  
se afanó por dar salud.

Verdadero humanitario,  
no soñador utopista,  
ni argumentador sofista,  
al bien de la humanidad  
consagrando su existencia,  
el bien del hombre es su ciencia,  
Jesucristo su creencia,  
su virtud la caridad.

Severo en sus opiniones,  
duro y breve en sus razones,  
ve y plantea las cuestiones  
con áspera rigidez;  
inflexible con el vicio,  
irreprensible en su oficio,  
en todo su fe y su juicio  
brillan por su solidez.

Para el bien suyo indolente,  
solicito en el ajeno,  
su pecho está de afán lleno

por el bien de los demás,  
y a los pies del Crucifijo,  
y a la luz de su conciencia,  
viene a consultar su ciencia,  
queriendo no errar jamás.

Por eso así que su casa  
dejó el barón, dirigióse  
al camarín y encerróse  
por dentro el doctor en él;  
mas tras él, lector, entremos.  
Porque las puertas secretas  
que fabrican los poetas  
están hechas de papel.

Abrió la caja que ocupa  
el centro de aquella estancia,  
y la exquisita fragancia  
que al abrirla se exhaló  
de ella, mezclóse a la esencia  
que la lámpara consume,  
y de un extraño perfume  
el camarín se llenó.

Era un olor, aunque suave,  
vivificador y activo,  
cuyo vigor progresivo  
era grato al respirar;  
un olor que producía  
sobre el sistema nervioso  
un efecto misterioso  
y difícil de explicar.

Al principio aquel aroma,  
que los nervios invadía,  
les crispaba y les tendía  
cual si les fuera a romper;  
mas conforme esta violenta  
sensación se iba calmando,

poco a poco iba cambiando  
su malestar en placer.

Parecía que al cerebro  
penetraba una aura pura,  
impregnada de frescura,  
esencialmente vital;  
y que desde él por las venas  
y los nervios esparcida,  
llevaba al cuerpo la vida  
más perfecta y más cabal.

Como el deliquio dulcísimo,  
irresistible y poético,  
con que el fluido magnético  
nos empieza a entorpecer,  
caer haciendo al espíritu  
en ese delirio místico,  
efecto característico  
del magnético poder:

así al influjo vivífico  
de esa balsámica esencia,  
flotaba la inteligencia  
en un círculo mayor;  
y del limo vil del cuerpo  
poco a poco libertándose,  
sentía que iba elevándose  
a una atmósfera mejor.

Y este olor, que parecía  
que aromaba las entrañas,  
al olor de las montañas  
y al ambiente de la mar  
se asemejaba, y henchía  
de dulce melancolía,  
de luz y de poesía,  
el corazón más vulgar.

Y este bienestar corpóreo que al espíritu infundía perspicuidad, y alegría pacífica al corazón, exaltaba el sentimiento y sumía el pensamiento en el dulce arrobamiento de estática inspiración.

¿Quién de este aroma salubre extrañará la influencia, siendo el aliento la esencia de la nutrición vital, siendo el cerebro el tesoro en que acción la vida toma, y existiendo en todo aroma una acción medicinal?

Dios, que no hizo cosa alguna desde el átomo a la luna, que no tenga para el hombre útil o preciso fin, ¿pudo encerrar en las flores salutíferos olores, para que su aroma inútil se perdiera en un jardín?

Ese ambiente que en los valles donde hay plantas odoríferas, y en las montañas auríferas, tiene una acción tan vital y tan regeneradora, prueba que Dios atesora virtudes mil salutíferas en la planta y el metal.

Dios, que nos abrió el olfato del cerebro como puerta,

¿la pudo hasta él abierta dejar sin suma razón? ¿No se hallará en el cerebro el centro de la existencia, siendo de la inteligencia el cerebro la mansión?

Le enferma un aroma, la salud le restituye, ¿esto del olor no arguye de la eficacia en favor? ¿Por qué, pues, desde el cerebro, por los miembros repartida, en la salud y la vida no obrará la del olor?

Acaso y pronto, algún día, robará el sabio a la tierra esos átomos que encierra su perfume universal; y al fin llegará la ciencia a curar una dolencia con un átomo de esencia de una aroma, o de una sal.

Tiempo ha que los orientales poseen imperfectamente secreto tal, y el Oriente cuna de las ciencias fue. Secreto es de que depende la raza de Adán acaso: tal vez tan gigante paso muy pronto la Europa dé.

Acaso le poseyeron nuestros padres; pero acaso por nuestro mal le perdieron en su fiera estupidez esas razas de bandidos

que han desolado la tierra; la profeta,  
suponiendo que la guerra iba a ser  
a los hombres daba prez.

¡Sanguinarios bandoleros! ¿Qué vale más?  
¿La memoria gloriosa de vuestra  
maldita de vuestra gloria y de  
que tantas vidas costó, o el feliz descubrimiento  
de una raíz o de un grano que a todo el género humano  
de una epidemia libró?

Tal opinando, su vida pasó experiencias haciendo,  
y estudiando y reuniendo en su caja el buen doctor  
esos granos y raíces, esas esencias y sales,  
que átomos medicinales encierran de gran valor.

Convencido de que sólo Dios, esencialmente bueno, pudo crear el veneno bien al hombre para hacerle bien al hombre para hacerle se dió a analizarlos todos, y a aplicarlos a los males, de sus átomos mortales la salud para extraer.

La baya, pues, ponzoñosa de la yerba más pestífera, y la baba más mortífera del más dañino reptil, transformáronse en sus mianos en remedios eficaces, que los males más tenaces dominaron veces mil.

Mas a la par convencido de que aquel que revelase tal secreto, y los usase contra la ciega opinión de su siglo, moriría por loco encalabozado, y o por hereje tostado en la santa Inquisición; determinó de su ciencia aprovechar la ventaja sin revelar de su caja el contenido jamás; y en un libro consignados sus felices resultados legar a los que vinieren de su centuria detrás.

No obstante, Y así lo hace, y en su libro lleva una exacta memoria del efecto y de la historia de los remedios que halló, explicando sin reserva el medio de prepararlos, y el método de emplearlos, y el caso en que él les usó.

Así es como solamente concibe su inteligencia que pudo lograr su ciencia útil a los hombres ser; y sólo así puede el médico cumplir su misión sagrada, y, en paz con Dios, a la nada de que lo sacó volver.

He aquí por qué el doctor (ido que fué el barón) presuroso al camarín misterioso

donde está su caja entró;  
y de entre las mil sustancias  
que en frascos conserva en ella,  
la que una enana botella  
de cristal guarda eligió.

Ante la luz un momento  
la alzó: examinóla atento,  
y en su seno acomodándola,  
volvió la caja a cerrar;  
y levantando sus ojos  
hacia el santo Crucifijo,  
de esta manera le dijo,  
postrándose ante su altar:

«Señor, el hombre es tan solo  
un miserable gusano,  
signorante, ciego y vano:  
la ciencia está sólo en vos:  
yo en mi estúpida soberbia  
quise labrar la ventura  
de una sola criatura,  
y destruí la de dos.

«Señor, yo anhelé su dicha;  
pero me cegó mi orgullo:  
por conservar el capullo  
me expuse a arrancar la flor;  
yo he juzgado mal del hombre  
la virtud y el sentimiento;  
alumbrad mi pensamiento  
para corregir mi error.

«Si hay en mi ser sólo un átomo,  
que en vuestra piedad influya,  
dejad que les restituya  
a su amor y a su razón;  
aceptad por la ventura  
de su juventud florida:

«todo el pesar de mi vida  
de estudio y abnegación.»

Dijo el doctor: y fiando  
del Señor en la clemencia,  
al par que de su conciencia,  
en la fe y la rectitud,  
cerró el camarín y fuése  
del barón hacia el castillo,  
del licor de su frasquillo  
pronto a ensayar la virtud.

Mas le entretuvo sin duda  
quehacer de mucha importancia;  
porque siendo la distancia  
tan corta como lo es,  
desde su casa a la torre,  
no llegó al pie de la cuesta  
en que está la torre puesta  
hasta la tarde a las tres.

## IV

Le esperaba el barón con impaciencia,  
ansiendo el curso acelerar del día;  
puesto que por la extraña conferencia  
que en él con el doctor tenido había,  
que se encerraba acaso comprendía  
la salud de don Carlos en su ciencia;  
pues siempre al fin la vanidad se humilla  
ante el saber, o la virtud sencilla.  
Su vanidad (que él funda en su nobleza,  
pero que ve que mantener no puede  
en la mediocridad de la riqueza  
de un patrimonio que al menor no excede  
de un labrador de la comarca),  
cede ante la idea en su memoria fija,  
de que dijo el doctor que su hijo Carlos  
era marido indigno de su hija.

porque alcanza en lo noble a una princesa,  
 y cuenta por millones  
 más oro del que pesa;  
 y el barón, que lo ve y lo juzga todo  
 a la luz de sus miserables pasiones,  
 cree que el doctor, cuyo caudal engruesa  
 a favor del poder de administrarlos,  
 no la quiere casar por no soltarlos,  
 y desde el día en que vibró en su oído,  
 y entró en su corazón de sus doblones  
 la dulce idea y el gentil sonido,  
 ansioso de atraparlos  
 el mezquino barón arrepentido  
 sintió no haber sabido adivinarlos;  
 y empezó a andar en cálculos perdido,  
 viendo cómo anudar sus relaciones  
 con una novia de tan buen partido.  
 Volvió en esto don Carlos; mas su estado  
 de alienación mental echó por tierra  
 las torres que en el aire había fundado;  
 y por mucho que al áncora se aferra  
 de la esperanza, cuyo cable asido  
 por su mano una vez nunca ha soltado,  
 el porvenir a su ambición se cierra  
 cada momento más, y anda sin norte  
 de sus discursos en el mar sumido;  
 sacando nada más en su conciencia  
 por única y precisa consecuencia  
 que, si mozo, galán, quisto en la corte,  
 y del rey estimado no le quiso,  
 porque aún juzgó muy poco  
 para Rosa a don Carlos, es preciso  
 que todo plan de diplomacia aborta  
 con el doctor sagaz, que ve hoy a su hijo  
 pobre, olvidado, sin favor y loco.  
 Mil veces el barón allá a sus solas  
 luchar dentro de su alma había sentido  
 de su arrogancia y su interés las olas:  
 mas su orgullo domar no había podido.

Digo de su interés, porque es sabido  
 que el hombre codicioso de dinero,  
 en todo cuanto emprende y se propone,  
 y en cualquier situación en que se encuentre,  
 el sentimiento al interés pospone; [tre,  
 y en todo cuanto intenta es fuerza que  
 su interés vil como motor primero.  
 He aquí por qué el barón, aunque adoraba  
 a su hijo, de vista no perdía  
 el interés que reportar podía  
 si con mujer tan rica se casaba;  
 y el matrimonio así considerado  
 como negocio mercantil, veía  
 que su hijo, loco, de valor menguaba,  
 puesto que era un efecto ya averiado.  
 No obstante, veces mil le había ocurrido  
 que aquel doctor excéntrico y severo,  
 mas según voz común caritativo,  
 por igual con el noble y el pechero,  
 al como el mismo barón diera la cara  
 y quisiera humillar su genio altivo  
 al doctor, era casi positivo  
 que de curar a Carlos se encargara.  
 Mas siempre que sobre esto discurría  
 bajo el influjo del amor paterno,  
 llevado al par por el influjo interno  
 del interés que sus acciones guía,  
 el barón a sí mismo se decía:  
 «El trato del doctor con el enfermo  
 debe engendrar entre ambos simpatía;  
 debe crear entre ambos un cariño  
 como el que cobra la nodriza al niño  
 que con la leche de sus pechos cría.  
 ¿Quién sabe si el doctor tratando a Carlos  
 le cobrará cariño?... Y si se estrecha  
 la amistad en los dos, lo de la boda  
 con un poco de tacto es cosa hecha:

mas la dificultad es amistarlos: en eso estriba toda; pues si al médico yo me bajo y cedo de un segundo desaire tengo miedo. Pero andaba muy fuera de camino el barón, que egoísta le creía, y el alma noble del doctor media de su alma ruin con el nivel mezquino. Aquel doctor incógnito, extranjero, que ni aun trazas de hidalgo manifiesta, que anda a pie como innoble perdiésero, empero que tan alta tiene puesta su vanidad, que con orgullo loco vino un día a decirle descarado que don Carlos, de su hija enamorado, para el amor de su hija era muy poco; aquel viejo tenaz, mal humorado, que en sus propios hogares insultado sin respeto le había, y de su hogar tal vez había arrojado la hija para quien poco les creía; aquel doctor, que sin oír razones, decidiendo a su antojo y bruscamente las más arduas cuestiones del mundo y de su gente tenía tan extrañas opiniones, que trataba de cosa ínfima o necia cuanto el hombre social en más aprecia, llamando ceguedad, supersticiones, ignorancia infantil, insuficiente vanidad, al saber más eminente, leyes, razas, costumbres, religiones con tachas señalando y correcciones; aquel doctor, en fin, que aunque ejercía su profesión curaba a los enfermos no de ciudades ricas, populosas, donde luera con su saber podían sino de las aldeas y los yermos, donde nada por ello recibía;

aquel doctor de incógnita existencia, modelo de salvaje independencia, que con la sociedad y con el mundo transigir no dejando a su conciencia, de ellas con el desprecio más profundo está pronto a morir si llega el día, mártir de su opinión y de su ciencia, cuando acudiera a él ¿qué le diría? A él, a quien antes con desdén le dijo que a su hijo don Carlos no quería, por la sola razón de ser su hijo. Tal pensaba el barón; pero juzgaba mal al doctor, que excéntrico, extranjero misterioso para él e incomprensible, era en sus opiniones muy severo; mas pronto y asequible a todo bien, cristiano y caballero, tiene opiniones en verdad extrañas, creencias en las cuales se le opone su siglo; pero cuál no cree en patrañas que él que le sigue como error depona, y de su crítica fría y concienzuda metiendo el escápel en las entrañas de los pasados tiempos y sus hombres, y escudriña el valor de sus hazañas y el poder y la fama de sus nombres; y a la luz de sus nuevos adelantos disipando la sombra de la duda, destila del crisol de su justicia la pura esencia y la verdad desnuda; y salen a la luz del siglo nuevo tal vez malvados los creídos santos, virtud tal vez la que creyó malicia. Y con miles de ejemplos no lo prueba por no ser de este libro y haber tantos. Y por eso el doctor, hombre nacido tres siglos antes que nacer debía, juzgaba la centuria en que vivía por la en la cual nacer había debido.

Y como suele a los que mucho avanzan  
acontecer, los que detrás se quedan  
viendo que con los pies no les alcanzan,  
les tiran piedras que alcanzarles puedan;  
así por avanzadas opiniones  
que en su siglo pasaron por quimeras,  
herejías, blasfemias y visiones  
diabólicas, y que hoy por verdaderas  
se profesan en todas las naciones,  
quemó la Inquisición en sus hogueras  
sabios que hubieran hecho con sus juicios  
a su edad y a la de hoy grandes servicios.

Tal era mi doctor, tras quien sin duda,  
el *susodicho* tribunal anduvo,  
y si no le quemó, ya se supone  
que fué porque a las manos no le hubo;  
pues aunque a nadie su opinión impone,  
no es la que el *santo tribunal* propone,  
y su noble conducta, consecuencia  
de sus exageradas opiniones,  
prueba que no las funda en cosa vana,  
pues aplica su fe, su oro y su ciencia  
al bien y alivio de la raza humana;  
según las exagera su creencia,  
es verdad: mas conforme a su conciencia,  
según la ley y caridad cristiana.  
Así es que al punto en que el barón, no  
[importa  
si de interés recóndito movido  
o del paterno amor se ha decidido  
a implorar su favor, de él ha olvidado  
el orgullo pasado  
y el interés presente;  
y a la afección en que lo encuentra atento,  
del mal del hijo se encargó al momento,  
sin alegar que al loco a quien auxilia  
su ciencia, acaso de ayudar le eximen  
la honda desolación, tal vez el crimen  
que introdujo su amor en su familia.

Porque la extraña soledad presente  
en que vive el doctor, y que delata  
un oculto pesar, es evidente  
que tiene, aunque a ninguno esté patente,  
del hijo del barón con la locura  
el mismo origen y la misma data:  
aquella noche cuya historia oscura  
con un misterio la de entrambos ata.  
He aquí por qué el barón, tan complaciente  
encontran o al doctor, a la esperanza  
volviendo a abrir su corazón, alcanza  
más halagüeño porvenir, y pone  
en el doctor su confianza entera,  
y alegre a recibirle se dispone,  
cual si su ciencia fuera omnipotente,  
y allanadora de imposibles fuera.

¡Oh, miserable condición humana,  
fácil en esperar lo que desea,  
por más que el fin de su esperanza sea  
antojo fútil o pasión villana!

Llegó a la torre el doctor,  
y saliéndole al encuentro,  
guióle el barón por dentro  
de su dédalo interior

hasta aquella galería  
en la cual el apartado  
salón do se había encerrado  
su hijo don Carlos se abría.

Al corredor al salir,  
aquel golpear continuado  
de que el barón le había hablado,  
comenzó el doctor a oír;  
y reteniendo el aliento,  
todo en oír absorbido,

el carácter de aquel ruido escuchó por un momento.

Al cabo de él, dilató sus labios una sonrisa; y hacia aquel rumor, gran prisa mostrando, se adelantó.

Tras él echando: «Aquí es», dijo el barón, señalando la puerta, a la cual llegando dijo el doctor: «Abrid, pues».

Oyó el barón con asombro del médico la propuesta y para atajarle, puesta una mano sobre el hombro, díjole: «¿Olvidado habéis, doctor, que furioso está?» «Connigo se amansará», dijo el doctor: ya veréis.

Dejadme entender a mí con él, que estoy con los locos hecho a tratar, y hubo pocos con quienes no me entendí.

Y puso el doctor la mano en la misteriosa puerta, la cual no aguardó a que abierta fuera el viejo castellano;

sino que haciéndose poco a poco atrás, visor, dejó con su hijo al doctor: que aunque era su hijo era loco.

Llamó el doctor, y al instante abriendo una de sus hojas pareció en la puerta, rojas las mejillas, el semblante descompuesto, la mirada vaga, la barba crecida, don Carlos, de la otra vida como fantasma evocada.

Fijó en el doctor los ojos,

quien con mirada potente comenzando los antojos a dominar del demente, inundóle las pupilas con el oculto fluido de las suyas desprendido, limpias, tenaces, tranquilas.

Y fuese que la influencia del doctor le avasallara, o que en su mente excitara su vista reminiscencia poderosa, quedó el loco ante el doctor fascinado, atraído y dominado siendo por él poco a poco.

Tomóle el viejo la mano sin que el mancebo opusiese resistencia alguna, o diese señal alguna de insano.

Alejóle de la puerta, de hito en hito le dejó contemplarle, hasta que vió que iba su mirada incierta

concentrándose, y calmando la expresión de su semblante ante el que le está delante sus recuerdos evocando;

y cuando no tuvo duda del poder que en él ejerce, llamó para que le esfuerce a la palabra en su ayuda.

Llevóle aparte buen trecho, cual queriendo recatar lo que le tiene que hablar del padre que está en acecho; y mientras el buen barón lo contempla hecho una pieza, metió el doctor con destreza al loco en conversaci6n;

y poco a poco un recuerdo  
tras otro el loco hilyanando,  
fué poco a poco trabando  
conversación con el cuerdo.

Pero dejemos, lector,  
la narración, y escuchemos  
su plática: así podremos  
hilar el cuento mejor.

EL DOCTOR.—DON CARLOS.

DOCTOR

Ahora que nadie escuchar  
nos puede, hablad: ¿qué queréis?

DON CARLOS

¿Yo? Nada.

DOCTOR

¿Por qué me habéis  
mandado, entonces, llamar?

DON CARLOS

¿Yo a vos? No, por cierto.

DOCTOR

¡Vayal

Y la he dejado por vos  
sola.

DON CARLOS

¿A quién?

DOCTOR

¡Sea por Dios!  
Si dais en tener a raya  
la lengua... Acabad: ¿no estamos  
solos? Lo sé todo.

DON CARLOS

¿Todo?

DOCTOR

Todo. Aún duerme: mas del modo  
con que golpeáis, recelamos  
que pronto no ha de poder  
dormir.

DON CARLOS

¿Quién?

DOCTOR

¡Pues es donosa  
pregunta! ¿Quién ha de ser?  
¿Acaso dos puede haber?  
Rosa.

DON CARLOS

¡Silencio!

DOCTOR

Es la cosa  
que necesitamos más;  
pero con vuestro martillo  
hacéis en todo el castillo

un ruido de Barrabás;  
de modo que por muy fuerte  
que sea su sueño, si así  
seguís dando, ¡pesami!,  
preciso es que se despierte;  
y como entienda el doctor  
que sois vos quien la despierta,  
cuando él la supone muerta,  
veréis la que arma.

DON CARLOS

Peor

para él.

DOCTOR

¿Por qué?

DON CARLOS

Porque fiel  
a mi secreto, primero  
que le sorprenda prefiero  
matarle a mi vez a él,  
como él a Rosa.

DOCTOR

¿Pues no  
os dije ya que la vi,  
y que dormía?

DON CARLOS

Sí, sí;  
pero esa es la que hice yo.

DOCTOR

¿Vos?

DON CARLOS

Yo; y su ira es inerte  
contra esa que visteis vos;  
él mató lo que hizo Dios;  
pero yo hice la que duerme.

DOCTOR

¿Con que hay dos Rosas?

DON CARLOS

Sin duda:

una que fué y que no es ya,  
y otra que pronto será  
por mí: mas la lengua muda  
tened, y que no lo sepa  
nunca el doctor; porque temo  
que haga con ésta otro extremo,  
pues no le hay que en él no quepa.

DOCTOR

Cierto: mas fiad en mí,  
que jamás se lo diré;  
pero nunca imaginé  
que eran dos Rosas.

DON CARLOS

Pues sí.

DOCTOR

Debe ser de una historia  
muy linda.

DON CARLOS

¡Vaya si lo es!  
Y una historia que después

alcanzará gran memoria  
 en los fastos de la tierra,  
 porque verá cuánto cabe  
 en poder de hombre que sabe  
 el que en su alma se encierra.  
 Será un milagro de amor.

DOCTOR

¿De amor?

DON CARLOS

Y de amor tan fuerte  
 que sobre la misma muerte  
 se ha de elevar triunfador.

DOCTOR

Contádmelo.

DON CARLOS

¿Y con qué objeto  
 queréis que os lo cuente?

DOCTOR

Yo

os lo diré luego.

DON CARLOS

No:  
 no os lo cuento: es un secreto.

DOCTOR

Guardadle; mas os diré  
 francamente que saber

quise esa historia por ver  
 si es la misma que yo sé.

DON CARLOS

¿Qué sabéis vos?

DOCTOR

Sé un portentoso  
 de amor, y de amor tan fuerte  
 que pudo más que la muerte.

DON CARLOS

Contádmelo.

DOCTOR

No os le cuento  
 si el vuestro no me contáis;  
 porque es un secreto mío,  
 y haré mal si os le fío  
 a vos, que no me fiais  
 el vuestro. Cuento por cuento.

DON CARLOS

Primero vos.

DOCTOR

¿Y después  
 vos?

DON CARLOS

Sí.

DOCTOR

¿Verdad?

DON CARLOS

Sí.

DOCTOR

Consiento

en ello: escuchadme, pues.

Amaba Carlos a Rosa

con un amor tan profundo,

que Rosa formaba el mundo

para Carlos.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Y a Carlos amaba Rosa

con pasión tan verdadera

que el mundo de Rosa era

sólo Carlos.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Carlos era casi un niño,

Rosa era mujer apenas:

mas nutrido su cariño

del campo en la soledad,

creciendo desde la cuna

en su aislamiento constante,

era ya un amor gigante

su amor de niño.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Mas Rosa y Carlos iguales

uno a otro no nacieron:

sus padres no comprendieron

tal amor a tal edad;

y juzgando que la ausencia

su pasión disiparía,

separáronlos un día

mal de su grado.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Mas en vano pretendieron

oponer tiempo y distancia

a la indomable constancia

de un cariño tan tenaz.

Aunque diez años pasaron,

uno y otro se esperaron,

y uno de otro confiaron

en el amor.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Cuando Carlos, hombre y libre,

volvió de reinos extraños,

exento ya por sus años

de la patria potestad,

antes que al hogar paterno

se fué a la mansión de Rosa,

a ver si a su vez la hermosa

le guardó fidelidad.

Rosa habitaba una quinta  
 en un bosquecillo aislada,  
 y por las tapias cercada  
 de su rústica heredad.  
 Era de noche: desierto  
 todo estaba en torno de ella;  
 mas por un balcón abierto  
 de una luz vió claridad.

Era el de Rosa: arrastrado  
 por su pasión que le aqueja  
 con los celos, por la reja  
 trepó al balcón. Escuchad  
 ahora. El padre de Rosa,  
 que de su honra andaba en vela,  
 detrás de él por centinela  
 puso a la muerte.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Penetró el mozo en la estancia  
 de Rosa; llegó a la puerta  
 de su alcoba...

DON CARLOS (interrumpiendo)

Y la halló muerta  
 sobre su lecho.

DOCTOR

Es verdad:  
 mas oíd ahora el portento  
 del sublime amor de Carlos;  
 por si es la historia que os cuento  
 la misma vuestra.

Y  
 Contad.

DOCTOR

Carlos, viendo a Rosa muerta,  
 perdió el juicio. Al ver tan fuerte  
 amor su padre...

DON CARLOS (interrumpiéndole)

Él la muerte  
 fué quien la dió.

DOCTOR

Es la verdad:  
 mas como era un doctor sabio  
 que imposible no halló cosa,  
 a traer el alma de Rosa  
 volvió de la eternidad;  
 y volvió a Carlos el juicio,  
 y encendiéndoles la pira  
 del himeneo...

DON CARLOS (interrumpiendo)

¡Mentira!  
 sólo yo sé la verdad.

Don Carlos, que siempre atento  
 del doctor escuchó el cuento,  
 señales de asentimiento  
 dando hasta el fin, cuando oyo  
 que Rosa, resucitada,  
 fué por el doctor casada,  
 soltando una carcajada  
 las espaldas le volvió.

Y yéndose hacia su padre,  
 que absorto llegar le mira,  
 le dijo: «Todo mentira:  
 »yo sólo soy quien lo sé.  
 »El doctor es un malvado  
 »asesino: él mató a Rosa:  
 »mas yo hice otra y su alma hermosa  
 »de los cielos robaré.»

Comprender no pudo el padre  
 las palabras de su hijo:  
 mas no tan pronto las dijo  
 como el doctor, que detrás  
 de él vino, comprendió, astuto,  
 que su tiro había derecho  
 ido a dar del loco al pecho:  
 pero era preciso más.

El médico había querido  
 trayéndole a la memoria  
 punto por punto su historia  
 hasta el momento fatal  
 de su locura, obligarle  
 a revelar la manía  
 que en ella le mantenía  
 para comprender su mal.

Mas viendo que sólo a medias  
 logrado había su objeto,  
 y decidido el secreto  
 de su demencia a apurar,  
 fuese tras él, y a la puerta  
 del salón que le da asilo,  
 del diálogo roto el hilo  
 volvió de este modo a atar.

DOCTOR

Si no fué el doctor quien pudo  
 volver la existencia a Rosa,

y sois vos quien su alma hermosa  
 puede a los cielos robar,  
 probádmelo: o creeré siempre  
 que el doctor sólo ha podido,  
 que sois vos quien ha mentado,  
 y que estáis loco de atar.

Cayó en el lazo el demente,  
 y cediendo a su amor propio  
 provocado, de repente  
 con la altiva majestad  
 con que del mundo la máquina  
 pudiera mostrarle abierta,  
 un genio, abriendo la puerta  
 del salón dijo: «Mirad!»

Tendió el doctor sus miradas  
 por la misteriosa pieza,  
 y fué a asomar la cabeza  
 curioso el barón tras él.  
 De aquel pedazo de mármol  
 en el salón encerrado,  
 un prodigio había brotado  
 del loco bajo cincel.

Aquel informe peñasco  
 tenía ya la figura  
 de una clásica escultura,  
 cuya acabada labor  
 revelaba el poderío  
 y el instinto soberano  
 del genio audaz y la mano  
 firme de un gran escultor.

Era la imagen de Rosa  
 sobre su lecho tendida,  
 no muerta, sino dormida  
 con un sueño encantador.  
 Todas las turgentes líneas

de sus graciosos contornos,  
de su ropa y sus adornos  
los detalles y el primor,

y la cándida sonrisa  
que en sus labios acusaba  
que su espíritu halagaba  
un sueño hermoso de amor,  
revelaban de consuno  
su amoroso pensamiento  
bajo el casto sentimiento  
de su virginal pudor.

Su movimiento era tanto,  
que cual obra de un encanto  
parecía decir: «Duermo,  
pero voy a despertar.»  
Y bien claro se veía  
que en tan móvil escultura  
el amor y la locura  
trabajaron a la par.

Permaneció unos momentos  
su triunfo el loco gozando,  
y el asombro contemplando  
del médico y del barón  
con la altivez del artista  
que prueba, en su obra perfecta,  
que el hombre es la predilecta  
del que hizo la creación.

Mas cediendo poco a poco  
el orgullo del artista  
a la insensatez del loco,  
a su demencia tornó,  
y asíndoles de repente  
por los brazos arrojóles,  
de la estancia bruscamen-  
te y por dentro la cerró.

Quedáronse ante la puerta,  
el barón estupefacto  
de la agresión de aquel acto  
tras de mansedumbre tal,  
y el buen doctor sonriéndose,  
a solas congratulándose,  
y mil parabienes dándose  
de ver remedio a su mal.

Al fin el barón, con la ansia  
de ese indecible cariño  
del padre para quien niño  
en toda edad su hijo es,  
¿qué opináis, doctor?, de dijo:  
y éste respondió: «Le curo.»

BARÓN

¿De cierto?

DOCTOR

¡Bah! Estoy seguro.

BARÓN

¿Cuándo?

DOCTOR

Pronto.

BARÓN

Empezad, pues.

DOCTOR

Pues tomad: dadle seis gotas  
del licor de este frasquillo  
cada noche; yo al castillo

cada día subiré para estudiar sus efectos; y cuando el remedio dado le tenga ya preparado para el último, le haré.

BARÓN

¡Ah, doctor!, y ¿cómo entonces recompensaros podría dignamente?

DOCTOR

Todavía

mejor de lo que creéis vos podéis hacerlo.

BARÓN

¿Decidme, con qué?

DOCTOR

Con solo una cosa.

BARÓN

¿Cuál es?

DOCTOR

La estatua de Rosa.

BARÓN

¿Con eso?

DOCTOR

Con eso; adió.

Y así diciendo, a la puerta ya el doctor se dirigía, cuando el barón, que aún tenía en el alma otro escozor que en ella habían excitado las palabras de su hijo, corrió a atajarle y le dijo: «Una pregunta, doctor.»

Detúvose éste, y mirándose uno a otro cara a cara, a que el barón se explicara esperó en calma el doctor. Mas hay preguntas difíciles que dejan al más osado al ir a hacerlas cortado, porque atacan al honor.

Y la que el barón sentía saltársele de la lengua, al ir a hacer preveía que iba al doctor a ofender, mas ya le había atajado, y ya el doctor escuchaba, y el buen barón ya no hallaba medio de retroceder.

Al fin, el doctor, mirando que andaba el barón confuso, vueltas a una idea dando sin poderla formular en palabras convenientes, y sospechando cuál era su idea, de esta manera volvió el diálogo a entablar.

DOCTOR

Vamos, barón: ¿qué tenemos de nuevo? Hablad: ya os escucho.

BARÓN

Es cosa que cuesta mucho decir.

DOCTOR

Decidla ¡párdiez! sin temor.

BARÓN

Va a sorprenderos.

DOCTOR

Nada hay que a mí me sorprenda, barón.

BARÓN

Puede que os ofenda.

DOCTOR

Sólo ofende la doblez, y en el modo con que a tientas andáis buscando un rodeo para decírmelo, veo

vuestra sana sencillez.

Conque plantead sin empacho vuestra cuestión, por muy fea

o muy difícil que sea, y acabemos de una vez.

BARÓN

Pues bien: oyendo la historia que habéis contado a mi hijo, y lo que él luego me dijo, brotóme en el corazón una sospecha, fundada en bien poco, lo confieso, mas que no dejó por eso de meterme en aprensión.

DOCTOR

¿En las palabras de un loco vais a fundar un misterio?

BARÓN

Es lo que dijo es serio.

DOCTOR

Dijo que a Rosa maté.

BARÓN

Perdonad; mas si en un hecho su acusación se fundara...

DOCTOR

Suponed que la matara,

BARÓN

¡Diablo! ¿cómo y qué? ¡Pues ahí es nada el negocio!

DOCTOR

No puede ser más sencillo: Pues barón, ¿en vuestro castillo el que manda no sois vos?

BARÓN

Sí.

DOCTOR

Pues yo mando en mi casa y en mi hija; y está enterrada mejor que no deshonrada por don Carlos.

BARÓN

¡Santo Dios!  
¿Confesáis que la matasteis?

DOCTOR

¡Bah! Barón, no tengáis miedo, que resucitarla puedo lo mismo que la maté.

BARÓN

¡Jamás podré comprenderos!

DOCTOR

Pues confesáis tal torpeza, no os calentéis la cabeza que yo me comprenderé.

Dad a don Carlos por gotas el elixir de ese frasco.

barón, y no os peguéis chasco creyendo sin reflexión cuanto oigáis: porque en la tierra cuanto se escucha y se mira suele ser una mentira, si no oye y ve la razón.

Dijo el doctor y partiose, dejando al buen castellano con el frasquillo en la mano diciéndose: «¡Pesiamí! por mucha razón que tenga, y por muy bien que la aplique, no habrá razón que me explique lo que está pasando aquí.

«Mas dice bien: en resumen vale más que hacer extremos reflexionar: razonemos pues. Que él la pudo matar por no casarla con Carlos es imposible; ni fuera tan audaz que se atreviera así de su muerte a hablar.

«En suma, ese es su secreto: y a más él manda en su casa como él dijo, y lo que pasa más allá de su cancel a nadie le importa: en ella hace él lo que le conviene, y ni me va ni me viene a mí nada en casa de él.

«Por otra parte, que anhela curar a Carlos es cosa que se ve bien, mas si a Rosa querrá vengar? Si será verdad lo que de él se cuenta.

que es de raza de agareños,  
 y no son más que venenos  
 de las medicinas que da?

«Tampoco es posible: sabe  
 que tiene en la corte amigos  
 Carlos: y es asunto grave  
 el dar con la Inquisición,  
 ¿mas quién demonios se metió  
 a romperme la cabeza  
 con semejante simpleza?  
 ¡Al diablo la reflexión!

«Ese hombre hace maravillas  
 con sus frascos, y en conciencia  
 no se le puede la ciencia  
 negar; y aunque yo no sé  
 qué es lo que hay en su carácter  
 de misterioso y exótico,  
 que yo a su genio estrambótico  
 jamás me acostumbraré,

si a Carlos devuelvo el juicio,  
 y por pago se contenta  
 con la estatua... de mi cuenta,  
 sus sortilegios no son,  
 Yo le busqué como médico  
 sin meterme en más dibujos:  
 luego, si lo es, con los brujos  
 quémele la Inquisición.»

Así piensa el necio, siempre  
 ciego, avaro y egoísta,  
 y en su mal a que le asista  
 la ciencia en que no cree val  
 Y así el barón, decidido  
 a aprovechar el ajeno  
 saber, duda si es veneno  
 lo que la ciencia le da.

VI  
 Tal vez era una historia  
 que completa le absorbia.

Y transcurrió una semana  
 durante la cual subía  
 al castillo cada día  
 el doctor muy de mañana,  
 y a don Carlos presentándole  
 su colación matutina.  
 iba de su medicina  
 los efectos observando.

El mozo se acostumbró  
 poco a poco a su presencia,  
 y el médico con paciencia  
 la voluntad le ganó.  
 Pasósele la manía  
 en que con furor insano  
 de su puerta espada en mano  
 las entradas defendía;

y al llamar a ella el doctor  
 salía tranquilamente,  
 y almorzaba mansamente  
 con él en el corredor.

Mentóle a Rosa una vez,  
 y él, siguiendo en su manía,  
 con la mayor sencillez  
 dijo: «Duerme todavía.»

Sentóse un día el barón  
 entre ellos dos a la mesa  
 sin que hiciera de sorpresa  
 la menor demostración;

comió en silencio y tranquilo  
 sin la señal más ligera  
 de que les reconociera,  
 mas no perdió nunca el hilo

de las continuas historias  
 que el médico le contaba  
 y con las cuales trataba  
 de despertar sus memorias.

Don Carlos, cuya demencia

tal vez era una manía que completa le absorbía la luz de la inteligencia; que habiendo todo su ser concentrado en una idea, le hace cuanto ella no sea incapaz de comprender,

presta a cada relación del médico oído atento, porque él echa en cada cuento un anzuelo a su razón.

Y del corazón humano conocedor, y de ciencia muy capaz cualquier dolencia de sondar, le va a la mano

con sus oportunos cuentos trayendo insensiblemente, haciéndole diestramente hilvanar sus pensamientos.

Pero nunca los asuntos y relaciones horribidas de sus sombrías leyendas tocaban más que dos puntos,

el amor y la locura, amor siempre contrariado, pero siempre al fin logrado por milagrosa aventura.

Locura siempre causada por un amor imposible, o por una escena horrible, mas por el amor curada.

Pues todas sus relaciones concluían venturosas con curas maravillosas, y hasta con resurrecciones.

El barón, que algunas veces tales historias oía, a sí mismo se decía: «¿A qué contarle sandeces

»semejantes? ¿No está ya bastante huero de seso, »sin venirle ahora con eso? »En fin..., él se entenderá. »¡Qué diablos! Este doctor »no hace como los demás »ninguna cosa jamás.» Y se iba de mal humor el barón a su aposento, dejando al doctor y a su hijo engolfados de algún cuento en el relato prolijo.

Mas el buen doctor, que paso a paso con sus intentos iba adelante, sus cuentos seguía sin hacer caso

del barón; y cada día con más atención don Carlos, distraído en escucharlos menos loco parecía.

Y así pasó otra semana; de noche apuraba el loco su frasquillo poco a poco, y el doctor por la mañana subía el efecto a ver del misterioso elixir, y tornábase a partir para tornar a volver.

Y siempre al irse, el barón al médico preguntaba si don Carlos mejoraba: mas nunca contestación

categorica obtenía; por lo que él daba por fijo que o no mejoraba su hijo, o el doctor no lo sabía.

Mas si razón de provecho jamás de él puede obtener,

siempre le ve parecer  
y marcharse satisfecho,  
lo cual tiene al buen barón  
tan ciego y desorientado,  
que vive como colgado  
entre una y otra opinión.

Resuelto, pues, a esperar,  
al tiempo deja que ruede,  
y hace no más lo que puede,  
que es ver, oír y callar.

Y así pasó la semana.  
El doctor en cada cuento  
más difuso, y más atento  
don Carlos cada mañana.

VII

Hasta que al veinteno día  
en que con método tal  
ya don Carlos parecía,  
si no en su juicio cabal,  
libre al fin de su manía,

el médico resolvió  
poner en planta un proyecto  
que con calma meditó,  
y cuyo seguro efecto  
con paciencia preparó.

Y en dulce conversación  
estando de sobremesa  
con don Carlos y el barón,  
de éste con harta sorpresa  
hizo esta proposición:

«Don Carlos, largo tiempo ha  
que hundido en vuestro aposento  
ni el aire ni el sol os da;  
y os hacen gran falta ya  
aire, luz y movimiento.

«Debéis, a mi parecer,  
salir del campo a gozar;

«su extenso horizonte a ver,  
«sus sanas yerbas a oler  
«y su ambiente a respirar.

«Oíd: al pie del castillo,  
«sobre una loma que alfombra  
«el ya espigado tomillo,  
«sentada a la doble sombra  
«de un huerto y un bosquecillo,

«hay una blanca casita  
«donde un amigo, a quien quiero  
«desde mi niñez, habita.

«¿Queréis ser mi compañero?  
«Le haremos una visita.

«No os pesará del paseo,  
«pues su casa es un museo  
«lleno de ricas pinturas,  
«armas, libros y esculturas,  
«que os llenarán el deseo.

«Mas lo que posee mejor  
«es la niña más hermosa  
«que engendrar supo el amor;  
«venid: veréis al doctor,  
«mi amigo, y a su hija Rosa.»

Don Carlos había escuchado  
lo de la casa-museo  
como artista enamorado  
de las artes, deleitado  
el corazón de deseo.

pronto a aceptar y a seguir  
consejo tan seductor  
y a aquella casita a ir;  
mas de Rosa y del doctor  
los dos nombres al oír,

púsose espantado en pie,  
y echando el cuerpo hacia atrás  
exclamó como quien ve  
un espectro ante él: «¡Jamás  
iré a su casa!»

DOCTOR

¿Por qué?

DON CARLOS

Ese doctor vuestro amigo es mi mayor enemigo; y os advierto que esa Rosa, que me decís que consigo tiene, será una engañosa imagen que él habrá hecho, y con su ciencia maldita le habrá metido en el pecho algún ánima precita.

«No; Rosa está allí, en su lecho;

«yo soy quien cuerpo la di;

«yo soy quien de su alma en pos subiré a los cielos, y

«el alma de Rosa a mi

«me la devolverá Dios.

«Pero la voy a tapar;

«porque si él llega a saber que yo la he vuelto a crear,

«en donde la alcance a ver me la volverá a matar.»

Dijo el mozo y se metió en su salón: de su amada Rosa la imagen cubrió con un lienzo y se encerró soltando una carcajada.

De asombro el barón estático dijo: «¿Qué es esto, doctor?» Y éste, continuando apático su misterio sistemático, dijo: «¿Y quién sabe, señor?»

Al ver semejante calma sintió el buen barón que el alma se le volvía veneno;

y de su izquierda la palma asentando sobre el seno

del doctor, y adelantando el puño diestro a sus ojos, uno en calma, otro temblando, dijéronse así, explicando su impaciencia y sus enojos:

BARÓN

Me revienta el corazón de ira, y me siento con gana de ahogaros.

DOCTOR

Tendréis razón

si no le euro, barón; pero aguardad a mañana.

¡Mañanal, exclamó el anciano, moderándose; y del pecho del doctor la osada mano quitó, como artojo insano considerando tal hecho.

El doctor, como si no hubiera visto y sentido la mano que él retiró, sin darse por ofendido, tranquilo le preguntó:

DOCTOR

¿Tiene el salón otra entrada por don Carlos no guardada que paso a él me pueda dar?

BARÓN

Sí; pero está condenada.

DOCTOR

Pues hacédmela franquear para mañana.

BARÓN

Mas no podrá ser sin que él lo sienta: a más de que es obra lenta.

DOCTOR

Eso corre de mi cuenta, si no os enoja que yo en el castillo me aloje por esta noche con vos.

BARÓN

No hay, doctor, por qué me enoje; obrad como se os antoje.

DOCTOR

Pues váime y vuelvo.

BARÓN

Id con Dios, Y aquí el médico volviendo las espaldas, echó a andar, y el barón quedó diciendo: «Lléveme el diablo si entiendo su manera de curar!»

VIII

Cumplió el doctor su promesa: apenas anocheceá cuando la cuesta subía.

De vuelta, al verle el barón, castillo mandó apresia aderezarle en una cámara antigua, y a la de su hijo contigua, previsoría habitación.

Y ganoso de probarle su deseo de obsequiarle, cortésmente a recibirle hasta la puerta bajó. Tendióle al llegar la mano que asíó el doctor francamente, y guióle alegremente al cuarto que le aprestó.

En posesión al ponerle de su aposento le dijo: aquí estáis junto a mi hijo, única comodidad que mi castillo os ofrece, pues esta estancia sombría os va a parecer tan fría como mi hospitalidad.

Mas no en vano el tiempo pasa por los hombres y las cosas, doctor: ya empieza mi casa como su amo a envejecer. Y si vos algún frasquillo no tenéis que les remoce, van mi raza y mi castillo a un mismo tiempo a caer.

DOCTOR

Barón, yo en mis medicinas tengo tanta confianza que aún abrigo la esperanza de volver a levantar

castillo y familia a un tiempo; pues como yo os cure al loco, vais a ver dentro de poco vuestra raza retoñar.

BARÓN

De vuestras palabras nunca penetrar puedo el misterio, doctor: mas habláis tan serio que será fuerza creer.

DOCTOR

Creed, barón; porque nunca mi fe engañó a mi esperanza; mas obremos sin tardanza que no hay tiempo que perder. ¿Qué es lo que bebe don Carlos por las noches?

BARÓN

Agua y vino.

DOCTOR

¿Los mezcla?

BARÓN

Suele mezclarlos, aunque no siempre.

DOCTOR

Decid que me traigan las botellas que contienen su bebida.

BARÓN

Mejor será que por ellas vaya yo mismo.

DOCTOR

Pues id.

Partióse el barón apresada y con los frascos volviendo púsolos sobre la mesa:

el médico derramó en cada uno algunas gotas de una esencia: revolvióles sacudiéndoles, miróles al trasluz, y continuó preguntando:

DOCTOR

¿Y a qué hora se recoge?

BARÓN

Muy temprano.

Pues despierta con la aurora y trabaja sin cesar.

DOCTOR

Pues pongámosle estos líquidos donde le vea y los pruebe, y vamos, si de ellos bebe, recatados a espiar.

En el corredor pusieron la mesa al loco; y se fueron a ocultar: pronto le vieron salir: sentóse y cenó

tranquilo; bebió del vino  
 una copa, y de agua un vaso;  
 volvió al salón paso a paso  
 y por dentro se encerró.  
 Y dijo el médico: «Ahora  
 cenemos también nosotros,  
 barón: dentro de una hora  
 la puerta que da detrás  
 del salón a abrir iremos  
 sin riesgo de que nos sienta,  
 y luego...

BARÓN

¿Qué?

DOCTOR

Por mi cuenta  
 dejad correr lo demás.  
 Y se hizo lo que él dispuso:  
 y quedó franca la entrada  
 de la puerta condenada;  
 y en su estancia al penetrar  
 vieron que el loco dormía  
 con un sueño tan profundo  
 que pudiera hundirse el mundo  
 sin poderle despertar.

Entonces a recogerse  
 envió a todos: despidióse  
 del barón, y retiróse  
 a su aposento también;  
 ocultó su luz, y abriendo  
 el balcón, desde su altura  
 buscó donde en la llanura  
 su pueblo y casa se ven.

La noche estaba serena  
 y azul: la luna menguante

colgaba su faro errante  
 de los cielos en mitad:  
 y se veía el paisaje  
 como a través de una gasa,  
 de su reflejo a la escasa  
 y plomiza claridad.

Allá a la boca del valle,  
 donde la vega termina,  
 abriendo al arroyo calle  
 que nombre a su pueblo da,  
 se ven sus primeras casas:  
 y por detrás de una loma  
 la torre del templo asoma,  
 que oculta tras ella está.

Más cerca, entre sus frutales,  
 de su casita blanquea  
 la fábrica, que campea  
 sobre el traspuesto encinar,  
 como la vela cuadrada  
 que el pescador de Sorrento  
 extiende llamando al viento  
 sobre su azulado mar.

De su balcón apoyado  
 en el moriseo antepecho  
 pasó el doctor largo trecho  
 en profunda distracción,  
 dejando gozar a solas  
 a su alma contemplativa  
 la nocturna perspectiva  
 tendida ante su balcón.

Absorta su inteligencia  
 por la divina influencia  
 de la invisible presencia  
 del Dios que cuanto es creó,  
 su exaltado pensamiento

por ese vago elemento  
que nos vela el firmamento  
vagar perdido dejó.

¿Quién sabe si las memorias  
que en su recuerdo surgieron  
en su corazón hicieron  
sus pesares revivir;  
o si su alma, asomándose  
al dintel de lo futuro,  
se atribuló ante el oscuro  
abismo del porvenir!

Ello es que por sus mejillas  
en aquel punto rodaron  
dos lágrimas que marcaron  
dos surcos sobre su tez;  
y el ambiente de la noche  
las devoró evaporándolas,  
más tarde caer dejándolas  
hechas rocío tal vez.

Mas ¿quién las causas inquiriere  
de una lágrima arrancada  
a un alma noble, exaltada  
por su solitaria fe?  
¿Hay alguna alma sensible  
que crea, que espere o ame,  
que a solas no la derrame  
por lo que ama, espera o cree?

Así el doctor de sus ojos  
dejó desprenderse aquellas,  
a la luz de las estrellas,  
desde el árabe balcón  
del castillo, contemplando  
la casita en que atesora  
cuantos recuerdos adora  
su insondable corazón.

Mas al secarlas el aire,  
volviendo su pensamiento  
a bajar del firmamento,  
volvió en la tierra a pensar;  
miró a su casita blanca,  
y en el balcón que caía  
de su cuarto, se veía  
perenne una luz brillar.

Contemplóla atentamente  
el doctor por un instante,  
y animóse su semblante  
con la expresión del placer.  
«Allí está», dijo; y cerrándola,  
puso tras de la vidriera  
la luz, porque desde fuera  
mejor se alcanzara a ver.

Mas en el balcón apenas  
brilló un punto su bujía,  
cuando la que enfrente ardía  
desapareció del cristal;  
volvió a ocultarla, y volvieron  
a encender la de su casa,  
y tres veces respondieron  
con la misma a su señal.

Entonces, bien satisfecho  
de que le habían comprendido,  
y de ser obedecido  
con la misma exactitud,  
acomodóse en su lecho,  
y matando su bujía,  
quedó el castillo hasta el día  
en tenebrosa quietud.

En el momento que se  
ta mesa al lado; y se  
a ocultar; amén; y se  
salir: la luna menguante:

## CAPÍTULO IV

Iba a teñir el alba arrebolada  
 con luz de nácar y ópalo los montes,  
 con cuyas crestas mil Sierra-Nevada  
 tierra los pintorescos horizontes  
 de la morisca vega de Granada...  
 Y antes de continuar será muy justo  
 que te advierta, lector, por si eres de esos  
 que en apurar las cosas tienen gusto,  
 y quieren que en los libros no haya nada  
 que su razón no tenga,  
 incluso los excéntricos excesos  
 que suelo dar yo, que soy el hombre  
 a quien menos importa que en sus obras  
 la razón por quintales se contenga,  
 o entre en ellas por faltas o por sobras,  
 y que me den o no me den renombre,  
 como el lector con ellas se entretenga  
 y yo las venda bien; porque a fe mía  
 que cuando a mí la muerte, como a todos,  
 allí en la eternidad me precipite  
 de lo que haga de mí y mi poesía  
 la edad futura se me da un ardite;  
 pues no hay libro, ni autor, feo o bonito,  
 que por diversos modos  
 no tengan a la par por malo y bueno  
 la ajena envidia o el favor ajeno.  
 Pero dejando aparte digresiones  
 que no tienen que ver con este escrito,  
 vuelvo a entrar, ¡oh lector!, en mis razones  
 y a mi presente historia me limito.  
 Justo será, repito,  
 que sepas que la vega de Granada,  
 bien o mal, como supo, por mi pluma  
 en otros muchos versos celebrada,  
 en este momento no la cito

porque al presente libro me presuma  
 que dé importancia, o que valor añada,  
 por añeja costumbre, o por capricho,  
 aunque no venga a cuento para nada,  
 sino porque, aunque arriba no lo he dicho  
 al comenzar mi historia,  
 la torre y el lugar innominados,  
 y del doctor la misteriosa casa,  
 donde la escena de mi cuento pasa,  
 según la tradición y la memoria  
 de los libros por ella consultados,  
 al pie de la Alpujarra están situados,  
 en uno de los valles pintorescos  
 que de esta hermosa sierra entre los riscos  
 se abren en los balsámicos confines  
 de la costa feraz de Andalucía,  
 que, triunfante rival de Berbería,  
 se aduerme al son de los traidores mares  
 que abrieron paso al africano un día;  
 el país aún hoy sembrado de alminares,  
 alquerías, castillos y lugares,  
 que blanquean en medio de jardines,  
 y bosques alfombrados de jazmines,  
 de lirios y rosales siempre frescos,  
 y que aún guardan sus nombres pintorescos  
 las tradiciones mil de los moriscos,  
 y la raza, costumbres y cantares  
 de sus antiguos dueños berberiscos;  
 que aunque vencidos a África volvieron,  
 el risueño país en que habitaron  
 con su genio oriental poetizaron  
 y de recuerdos mágicos le hinchieron.  
 Por eso, al empezar este capítulo,  
 que ha de ser el mejor por sólo el título  
 del último, y por ser el que se encarga  
 de llevar a su fin en esta hora  
 esta leyenda soñolienta y larga,  
 cristiana por mitad, por mitad mora  
 (lo cual si no le pone entre los buenos

le da opción al *accesit* cuando menos); por eso, digo, cuando en él la aurora comienza a despuntar, no es una pición esta declaración no hecha hasta ahora de que salía el sol sobre Granada; y tu extrañeza, lector, fuera fundada, y tuvieras muchísima justicia para llamarla intempestiva y necia, si el sol que este capítulo colora saliera por Pekín o por Bassora, o por Sebastopol o por Venecia. Pero pudiendo yo situar mi cuento en donde más a cuento me viniere, en su derecho está, si mal no siento, cuando a su escena mi capricho quiere al pie de la Alpujarra dar asiento; así que, cuando dije que salía el sol sobre las costas donde muere la ola del mar que nace en Berbería, lo dije porque el cuento lo requiere, y aun cuando tan a cuento no viniere, lo mismo que lo digo lo diría, porque a más que esta clase de leyendas, cuyo género a luz di y algún día, tienen la preciosísima ventaja de admitir todo estilo y todo invento, y que ninguno su valor rebaja, como esté cultivado con talento, quiero, lector carísimo, que entiendas que siendo yo quien mi leyenda cuento, aunque razón más obvia no tuviera, tengo yo por razón muy soberana la de querer contarla a mi manera, y como a mí mejor me dé la gana; siquiera me lo tachen de mal modo, y estilo y gusto bárbaro y perverso, y cuantas reglas acata el mundo todo, y cuantos sabios cuenta el universo; porque en obras de gusto y de capricho

que traen sólo placer y no provecho, todo se puede hacer, si está bien hecho, y se puede decir, si está bien dicho. Conque tenlo, lector, en la memoria, y vamos adelante con mi historia.

Iba a teñir el alba arrebolada con luz de nácar y ópalo los montes, con cuyas crestas mil Sierra-Nevada cierra los pintorescos horizontes de la morisca vega de Granada, cuando el doctor, abandonando el lecho, vistióse diligente y al árabe balcón se fué derecho; de codos se apoyó en el antepecho y se puso a mirar atentamente su casa, que a lo lejos se divisa a la luz del crepúsculo indecisa, y a la boca del valle alpujarreño, su casita gentil ve que blanquea a través del vapor turbio y calino, que al soplo del ambiente matutino resistiendo pesado lentamente para arrancarse de la tierra ondea entre su móvil velo cristalino, como un bécodo que al romper el sueño en que le hundió la pesadez del vino, no puede despertarse de repente, y por más que procura el sopor sacudir de su beleño, vacila y bambolea antes de ser de sus sentidos dueño, Poco a poco la trémula cortina de vaporosa y pálida neblina que de la tierra sobre la haz posada flotando se mantiene, resistiendo a la brisa del alba perfumada, su masa de vapores oponiendo a su luz purpurina,

comenzó a enrarecerse a la influencia del sol, del horizonte enrojecido ya próximo a saltar, y fué cediendo de la brisa creciente a la violencia, con la vuelta del sol fortalecida. Se dilató, osciló, cedió arrancándose de la falda del monte, y desprendida de la tierra una vez, conforme sube, en la atmósfera limpia disipándose se perdió entre las orlas de una nube; y libre, al fin, de su flotante gasa, apareció del médico a los ojos, del sol naciente a los fulgores rojos, entre los verdes árboles, su casa. Contemplóla el doctor un breve instante, fresca, sencilla, alegre, blanca y bella, destacarse en la falda del collado, a un corderillo blanco semejante tendido entre los céspedes del prado. Contemplóla tenaz, como un amante la mansión donde está su objeto amado, esperando tal vez ver su semblante por ventana o balcón inesperado parecer y ponerse delante. Contemplóla el doctor no corto trecho en sus recuerdos hondos embebido, silencioso, sereno y distraído; mas brotó de repente allá en su pecho un recelo tal vez en él dormido, y tan sola y pacífica al mirarla comenzó con afán a contemplarla; y su ojo penetrante de su pupila inmóvil y dilatada luz de impaciencia a su pesar destella, profundizar ansiando dentro de ella; por su quietud y soledad turbada; pues de ella inquieto aguarda ver alguno salir que en salir tarda. Y ya la faz, del corazón espejo,

la luz de su impaciencia reflejaba, y empezaba a fruncir el entrecejo, y a contraer los labios comenzaba, cuando su casa, de repente abierta, vió que salir dejaba por su puerta varias personas, cuya forma impide distinguir la distancia y el reflejo de la luz esplendente que las hiere, y que al darlas de lleno contribuye a cambiar sus contornos, que aunque determinar la vista no los mide. [quiere ni les aprecia bien; pues la influencia del exceso de luz y la distancia les dan una fantástica apariencia; y su forma real turba y destruye la ilusión que con trémula inconstancia la alumbraba a su capricho, y la avecina o la aleja, la aumenta o disminuye siempre; pero jamás la determina.

Mantúvose el doctor al antepecho pegado del balcón, los que salían de su casa mirando, y en acecho de quienes fuesen, aunque no podían reconocerse bien a tanto trecho. Mas fuéronse los que eran acercando, y su forma se fué determinando; de modo que al llegar del montecillo en que el castillo se alza a la ladera, que eran comenzó a ver distintamente dos criados a pie y una litera, que suben lentamente por la empinada senda del castillo. Dejóles el doctor que se acercaran y su presencia en el balcón notaran; y entonces el doctor por un pasillo excusado tomando la escalera bajó al zaguán y levantó el rastrillo, que aunque ya no se echaba por el día se bajaba de noche todavía.

Nuestro viejo barón, que nunca pudo comprender que ningún hombre sesudo, y cuanto menos un noble castellano, pudiera ni en invierno, ni en verano, por el sólo placer de ver la aurora levantarse temprano, cosa en que nunca halló ningún provecho, estaba en esta hora del sueño en lo mejor allá en su lecho. Y como por doquiera se aprovecha la baja y perezosa servidumbre de los defectos que en su amo acecha, y la guarida oculta de sus vicios de sus señores con los vicios techa, la del barón, tomando su costumbre, viéndose en la mansión de un perezoso, cuando se echa en los brazos del reposo como el barón a la bartola se echa. Así que a tales horas toda inerte la servidumbre del castillo duerme; de modo que el doctor abrió el postigo, dió a aquella gente en el castillo entrada, y a su aposento la llevó consigo, y la dejó en su cámara encerrada, sin hallar de su paso ni un testigo, y sin que nadie apercibiera nada. Y si hubiera tenido tal empeño del castillo el doctor se hiciera dueño. Mas es muy otra su intención sin duda, y no vienen tal gente y tal litera en tan villana acción a darle ayuda; pues una hora después, saliendo solo de su cuarto el doctor, y en él cerrados dejando su litera y sus criados, y mostró muy bien que no era capaz su alma de tan negro dolo, del barón a la gente despertando, con voz y acción de autoridad y mando

rompiendo la pereza de costumbre de aquella perezosa servidumbre. Saltaban los domésticos del lecho a la voz del doctor, que ante él derecho les afeó su vergonzoso vicio; y cuando estuvo ya bien satisfecho de que iba cada cual a hacer su oficio, y que en muy breve espacio iba a ser por él pedido, el matinal servicio, yendo a la habitación del castellano llamó atento a su puerta con la mano y así le dijo, con acento amigo y cortés, sí, pero con voz sonora: «Vamos, barón, arriba: que ya es hora. El buen anciano, que al sabroso abrigo de sus cajientes sábanas dormía, despertóse a su voz sobresaltado, sin comprender muy bien qué sucedía: e interrumpido a ser no acostumbrado hasta que bien entrado estaba el día, dijo: «¿Quién diablos es tan de mañana?» Y el doctor, de la puerta al otro lado dijo: «Yo soy, barón, vestíos presto, que todo está dispuesto.» Al conocer su voz, la blanda lana abandonando del mullido lecho de malísima gana, de la puerta a través por un estrecho resquicio, el buen barón de esta manera habló con el doctor, que estaba afuera.

BARÓN

¿Qué sucede, doctor?

DOCTOR

Que ya os espero

para dar a don Carlos el postrero  
remedio: y fío en Dios que será sano.

BARÓN.

¿Pues qué hora es?

DOCTOR

Las siete.

BARÓN

¡Qué temprano!

DOCTOR

Tengo mucho que hacer y he de partir-  
me que abreviad, barón. [me

BARÓN

Voy a vestirme.

DOCTOR

Pues a la puerta del salón aguardo.

BARÓN

Allá voy.

DOCTOR

No tardéis.

BARÓN

Id, no me tardo:

¡y el doctor a paso lento  
fue a esperar del loco al aposento.

Entretanto, el barón con mucha priesa se comenzó a vestir: mas como en caso tal suele acontecer que en priesa o fuga todo se traba, todo se atraviesa, y no puede a derechas darse un paso, así el pobre barón, por despacharse, ni prenda, ni útil a las manos halla; lavóse, mas el rostro al enjugarse no encuentra la toalla, y al cabo con la sábana se seca; se apura más, y cuanto más se afana y todo lo hace al revés y lo trabuca: busca medias de raya y son de greca, y las que cree de seda son de lana; cálzase, y los zapatos de pie trueca; va con ira a patear y en vagó pisa y por poco un tobillo no se enchueca; pónese con la prisa antes que la camisa la peluca, de modo que al ponerse la camisa el mechón del tupé plantó en la nuca. Desespérase, rabia, y con la ira todo lo toma mal, todo lo tira; equivoca los broches del justillo, rasga el jubón y la valona arruga; pero, resuelto de cualquier manera a acabar de una vez, ya sólo mira a que aguarda el doctor y échose fuera de su aposento al fin: por el pasillo lánzase a paso que parece fuga, y cruzando sin tiento su castillo va diciendo de cólera amarillo: «¡Demonio de doctor! ¡Cómo madrugal!»

II

Peró dejemos tan trivial estilo, supoportable no más por un momento: obrar dejemos al barón tranquilo

según su educación y su talento; y reanudemos el dorado hilo que enlaza las figuras de mi cuento con su historia gentil; porque es materia que merece, en verdad, conclusión seria.

### III

Lejos ya de su oriente el sol cruzaba el firmamento azul de Andalucía, y a su suelo poético auguraba limpio, templado y apacible día; y ya su luz espléndida doraba los arcos de la abierta galería donde espera el barón, aún soñoliento, a que vuelva el doctor de su aposento.

La mesa del almuerzo preparada tiene ante sí; mas fastidiado ahora de esperar, la cabeza reclinada tiene en la mesa, cuyo centro dora el sol con sólo un rayo; luz cortada en cuádruple losange por la mora labor de la estaláctita techumbre de la masa total de la áurea lumbré.

Sobre el agua y cristal de una botella este rayo de luz va a caer perdido, y un iris circular en torno de ella traza descomponiéndose: teñido en sus siete colores los destella sobre la plata y el metal bruñido de la vajilla, que, en reflejos rica, en derredor los quiebra y multiplica.

Y este fulgor, multiplique en reflejos, que brota de la mesa, y la circunda cual si le produjeran mil espejos, de extraño resplandor la estancia inunda;

y al sol opuesto, y de su foco lejos, no parece su luz del sol oriunda, sino que nace a iluminar dispuesta alguna extraña y misteriosa fiesta.

¿Quién sabe? He aquí que procurando [el ruido

cauto evitar, apareció en la puerta del salón el doctor, sin que sentido fuera por el barón, que no está alerta; antes, de pechos en la mesa, hundido el rostro entre los brazos, mal acierta el médico a entender si es que medita hondamente el barón, o si dormita.

Volvióse, pues, con él cuenta no haciendo sus cálculos astianos dormido, [de, y abrió de par en par: y levantando la cabeza el barón, y al doctor viendo, fuese hacia él la mesa abandonando; mas extraños tras él apercibiendo preguntó en alta voz: «¿Qué está pasando?» Y en la boca el doctor poniendo un dedo respondió: «A verlo vais; pero hablad [quedo»

Entonces los que a pie con la litera al castillo escoltándola subieron, dos industanis que poseen entera la confianza del doctor, salieron tras él, a brazo del salón afuera a don Carlos sacando, a quien pusieron tendido en un sofá que prepararon, y cerca de la mesa colocaron.

Con leve movimiento de cabeza su servicio el doctor agradeció, y en el dintel de la desierta pieza en su lengua oriental órdenes dió.

con digna autoridad, mas sin fiereza; ellos dijeron: «Bien», y despidiéndoles, y mientras él la puerta les cerraba, alínto el barón lo contemplaba.

Solos al fin los dos, el doctor, que ase de su sillón, que ante el sofá coloca, hizo seña al barón que le imitase; obedeció sin desplegar la boca, del doctor la conducta haciendo base de la suya: y aquél, que el pulso toca de don Carlos, su faz miró buen rato y aplicóle un espiritu al olfato.

Invadieron sus átomos vitales el cerebro del mozo: a su presencia se tendieron sus fibras cerebrales cediendo a su benéfica influencia; dió tensión a sus órganos nasales una ancha aspiración, y él de existencia señal con un suspiro profundísimo, al cual unió su voz un ¡ay! dulcísimo.

Luego asomó a sus labios una errante y halagüeña sonrisa: un carmín puro coloró su pacífico semblante, y roto al fin del sueño el velo oscuro, los párpados pesados un instante levantando, la luz miró inseguro: pero de esfuerzo tal como cansado, volvió a cerrarlos, y a caer postrado.

Entonces el doctor volvió a hacer uso de su vital espíritu, y con tiento otra vez al olfato se le puso; aquella el mozo despertó al momento; de lo que había en su redor se impuso con rápida mirada, y movimiento mostrando y vigor, incorporóse a la vida, y tranquilo en el sofá sentóse.

Quedaron contemplándose un instante los tres: el buen doctor se sonreía con el loco, mirándole al semblante, y él sonreír atento le veía; contemplábase a ambos vacilante el padre entre el afán y la alegría, y dueño ya de la impresión primera rompió a hablar el doctor de esta manera:

IV  
EL DOCTOR.—EL BARÓN.—DON CARLOS

DOCTOR

El sueño os ha vencido esta mañana.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Que durmiérais os dejamos porque... ¡Dormíais tan tranquilo!

DON CARLOS

—¿Qué hora es?

DOCTOR

Las nueve; tiempo ha que os aguardamos para desayunarnos: ¿tenéis gana?

DON CARLOS

No.

DOCTOR

No importa; debéis hacerlo ahora, porque es preciso alimentarse.

DON CARLOS Vamos.

DOCTOR

Sentaos a mi lado y hablaremos.  
¿Os molesta el hablar?

DON CARLOS

No.

DOCTOR

Pues hablemos.

¿Cómo está la cabeza?

DON CARLOS

Un poco vana  
la siento.

DOCTOR

¿Así como si fuera hueca?

DON CARLOS

Sí.

DOCTOR

¿Con dolor ligero en los oídos?

DON CARLOS

Sí.

DOCTOR

¿Calor en la piel? ¿La boca seca?

DON CARLOS

Sí.

DOCTOR

¿Y la memoria?

DON CARLOS

Creo que la pierdo  
a veces; otras veces se me trueca  
y andan mis pensamientos confundidos.

DOCTOR

¿Quiénes somos?

DON CARLOS

No sé: desconocidos  
creo que no me sois; mas no me acuerdo.

DOCTOR

¿Sentís hacia nosotros simpatía?

DON CARLOS

Sí.

DOCTOR

¿Por qué?

DON CARLOS

Porque estáis siempre a mi lado,  
me dais conversación y compañía.

me sentéis, me entretenéis, y cuentos me contáis que... no sé qué es lo que tienen que me traen sus historias pensamientos que a solas en el mío van y vienen como sueños de amor.

DOCTOR  
¿Habéis soñado?

DON CARLOS  
Mucho.

DOCTOR  
¿Qué?

DON CARLOS  
No lo sé: yo me mecía como se mece en el ambiente un ave noble... el cóndor... la garza... como un día, no sé cuándo, ni dónde, vi una nave mecerse dulcemente en la bahía.

DOCTOR  
En Nápoles.

DON CARLOS  
Tal vez.

DOCTOR  
Allí.

DON CARLOS  
¿Quién sabe!

DOCTOR

Yo lo sé; aquella nave era la mía: una hermosa galera.

DON CARLOS

¡Muy hermosa!

DOCTOR

Y que se llama la galera Rosa.

DON CARLOS

¡Rosal

DOCTOR

Sí. ¿Qué hay en eso que os asombre?

DON CARLOS

Nada: mas ese nombre no creía yo que de nave alguna fuera nombre.

DOCTOR

Pues ese el nombre de mi nao era; en ella vine yo de Alejandría: la nao más gallarda y más velera que fué a anclar en los puertos del Oriente; cuya historia gentil, si se escribiera, por fantástico cuento de los libros de Oriente se tuviera.

DON CARLOS

Contádmela.

DOCTOR

Os va a ser impertinente su narración.

DON CARLOS

¿Por qué?

DOCTOR

Porque es difusa.

DON CARLOS

No importa.

DOCTOR

Es complicada; es muy confusa.

DON CARLOS

No importa.

DOCTOR

En fin, si os empeñáis... consiento en ello: atended, pues.

DON CARLOS

Estoy atento.

DOCTOR

Hubo una vez un hombre muy extraño, que empezando a estudiar desde muy niño cobró a las ciencias especial cariño: mas a su siglo y sociedad hurafío

se hizo, porque al sonar su falso aliño tras uno y otro amargo desengaño, concluyó por juzgarles de otro modo de como les juzgaba el mundo todo. De ingenio claro, de carácter vivo, desde su adolescencia reflexivo, y a su edad juvenil más serio y grave de lo que en años tan pueriles cabe, afanoso emprendió, dominó activo aquellos fastidiosos rudimentos, necesarios preludios, precisos elementos de todos los estudios; mas que una vez vencidos facilitan la ardua ascensión hacia el saber, producen afición al estudio y habilitan para la comprensión la inteligencia, la alumbran, robustecen y ejercitan, y abren por fin las sendas que conducen al luminoso templo de la ciencia. Con su instrucción precoz y mente sana llegó, pues, a ser hombre antes de tiempo: su posición social, su cortesana urbanidad, su porte, su familia, su riqueza y carácter, cuanto auxilia para entrar en el mundo a un mozo im-

[berbe, abrió a sus pasos en edad temprana las puertas de ese mundo tumultuoso que se apellida sociedad humana; golfo azul y engañoso bajo cuya haz encantadora hierven la dicha, el duelo, la virtud, el vicio, el mal, el bien, la fe, la necia, el crimen: do fermentan, en fin, como en un homo cuantas miserias al mortal oprimen, desde el alma honradez hasta el soborno, desde la cobardía al heroísmo, desde el pródigo lujo de los reyes

de la mendicidad hasta el cinismo,  
 desde la caridad al egoísmo,  
 desde la estupidez de los villanos  
 a la ferocidad de sus tiranos.  
 Entró en el mundo con su fe evangélica,  
 su virgen corazón, su recto juicio:  
 el mundo alegre lo acogió propicio,  
 y fascinó un momento su alma angélica.  
 Abandonóse un punto a la corriente  
 social: negoció, amó, trabó amistades,  
 fué leal, y vendido bajamente,  
 y escarmentó... y del trato de la gente,  
 y de la tradición de las edades  
 pasadas, y su historia, pronto supo  
 extraer su razón inteligente  
 entre las ilusiones las verdades.  
 ¡Acto tan fino en su criterio cupo!  
 Halló que el mundo sin placer vivía  
 creándose sin fin necesidades,  
 ahogando sus quejidos de agonía  
 con excéntricos himnos de alegría;  
 llamando a mil mentiras y a mil males  
 conveniencias sociales;  
 dado en sustituir en mil maneras  
 al bien y a las virtudes verdaderas  
 un bien y una virtud convencionales;  
 de modo que en lugar del paraíso  
 que pudo hacer de la fecunda tierra  
 que darle Dios por patrimonio quiso,  
 vió que el hombre social hizo un infierno  
 donde vivir en sempiterna guerra,  
 dando a su corazón tormento eterno.  
 Vió que allí la doblez, la hipocresía,  
 la usura, la ambición y la falacia,  
 se llamaban talento, cortesía,  
 comercio, patriotismo y diplomacia.  
 En lugar de la fe vió al fanatismo,  
 al favor en lugar de la justicia,  
 y en la ingenuidad de la malicia,

y la fraternidad del egoísmo;  
 y hallando que sus vicios en su seno  
 tiene la sociedad tan arraigados  
 que es imposible hacerla separados  
 ver de una vez lo malo de lo bueno,  
 con disgusto profundo  
 abandonó la sociedad y el mundo;  
 mas teniendo a los hombres por hermanos,  
 y queriendo ser útil a su raza,  
 que para ser feliz no se da traza,  
 determinó adquirir cuantos humanos  
 conocimientos abarcar pudiera,  
 y en pro de aquella sociedad demente,  
 de aquella loca e insensata gente  
 en lo futuro emplear siquiera  
 su alma caritativa  
 con virtud evangélica y fe viva;  
 y volvió a sus estudios, decidido  
 a emplear filantrópico su ciencia  
 en mejorar del hombre la existencia,  
 el santo fin para que fué nacido  
 cumpliendo cual lo entiende su conciencia.  
 De todos los maestros a las cátedras  
 asistió con afán: con gran provecho  
 las universidades  
 cursó; se hizo en sus aulas conocido:  
 en teología, en artes, en derecho  
 discutió, ganó premios, y aplaudido  
 en todas las escuelas  
 bogó por suerte rápida impelido  
 por el mar de la fama a todas velas.  
 Mas cuando vió llegar sus opiniones  
 a ser autoridades,  
 cuando midió su ciencia con razones,  
 las varias facultades  
 en que se doctoró le parecieron  
 llenas de rutinarias bagatelas,  
 de inútiles o locas nimiedades,  
 en cuya espesa red las envolvieron

los que en vez de estudiarlas en conciencia, y en lugar de alumbrar de las edades futuras con su luz la inteligencia, con sutilezas mil las embrollaron. Vió que los ergotistas en abismo impenetrable y lóbrego tornaron la sencillez sublime de la ciencia, con un intolerable pedantismo llenándola de enormes comentarios; y con argucias mil y corolarios inútiles, y farrago fraileesco, falseando los principios y la esencia de la jurisprudencia, y los de la divina teología, los de la medicina y la farmacia, y la filosofía, hicieron de la ley un laberinto, de la ciencia de Dios una fe impía; de caer en las manos de algún médico la más fatal desgracia; de la farmacia un tiesto enciclopédico de todas las ponzoñas y brebajes dañosos; de la ciencia filosófica un campo de argumentos y cuestiones en el cual se llevaban la victoria, no la simple verdad, no las razones, no el sentido común, no la oratoria, sino la sutileza y la memoria, la audacia y el vigor de los pulmones. Él, que no concibió que siempre inútiles debieran ser las ciencias, entregadas a cuestiones tan sandias o tan fútiles, ni del sabio las fuerzas empleadas en probar con argucia falsos temas, y en sostener quiméricos sistemas, empezó a interponer su recto juicio como un antemural a sus errores, cual valla ante el abierto precipicio, y cual freno al furor de los doctores;

pero a los pocos días de enunciar sus sencillas teorías, volviéronse contra él todos los sabios, cayó sobre él diluvio de cuestiones, y no hallando sus aulas y sus labios suficientes a dar tantas respuestas a tantas lenguas a la suya opuestas, porque de su valor no se presume que cede, o que le faltan las razones, para evitar tumulto y discusiones ató la lengua y desató la pluma. Abandonó deber y obligaciones, encomendó su hacienda a su familia, y encerrado entre libros y centones leyó, estudió, indagó, puso en el peso de la exacta razón las objeciones que le hicieron... y en fin, hilóse el seso en perpetua vigilia analizando escritos a montones, hasta que del estudio en el exceso, y en el afán de sostener la lucha en pro de su razón, su fe y su fama, la carga grave, y su salud no mucha, la apoplejía le postró en la cama. No hay en la ciencia humana, aunque ra-  
[dique  
en la experiencia y convicción más puras, razón que más a fondo modifique la del hombre, que cambie y rectifique de vez sus opiniones más seguras, como una enfermedad. Allá en su lecho, en sus noches de insomnio, en ese estado de postración que queda tras la fiebre, suele, de tiempo viéndose sobrado, registrar los rincones de su pecho el enfermo a sus solas, sin cuidado de que el torzal de sus ideas quiebre, ni en la opinión de su conciencia inflaya, ni sus buenos propósitos destruya.

el mezuino interés no satisfecho,  
 la no saciada sed de las pasiones,  
 o el engaño de locas ilusiones.  
 Y cuántos sabios de opinión cambiaron,  
 y su modo de ver rectificaron,  
 tan sólo con dejar que les arguya  
 su conciencia en el tiempo que pasaron  
 en una enfermedad! Tuvo en la suya  
 el doctor de mi cuento tiempo largo  
 para juzgar su posición a solas;  
 y aunque se le hizo de tragar amargo,  
 y fluctuó mucho tiempo entre las olas  
 del mar de su amor propio, al fin, vencido  
 por la fría razón, se hizo este cargo:  
 «Yo no podré, por más que invente modos,  
 oponer mi razón a la de todos.  
 No he de poder en mi existencia breve  
 profesar a la vez todas las ciencias,  
 ni reformar el mundo. El hombre debe  
 profesar una sola, y que se cebe  
 dejar a su talento en ella sólo;  
 en ella procurar ser eminente  
 y extenderla con fe de polo a polo;  
 y ser útil con ella,  
 si a su centuria no (porque atropella  
 al que intenta oponerse a su corriente),  
 a los que busquen del saber la huella  
 de la pasada edad en la siguiente.  
 Disputar contra todos será bravo;  
 mas aunque sean por mí todos vencidos,  
 y me los traiga atados por los codos,  
 ni habré hecho más que disputar al cabo,  
 ni pasaré de ser un buscaruidos;  
 mi ciencia será inútil para todos,  
 y sólo me tendrán mis semejantes  
 por uno más de tantos disputantes.  
 De tantas controversias ¿qué he sacado?  
 La cabeza caliente y los pies fríos.  
 ¡Ay que he triunfado: con los triunfos míos

la sociedad humana ¿qué ha ganado?  
 «Reirse en nuestras barbas de nosotros,  
 creyendo al de más voz y de más bríos  
 con la mejor razón: por de contado,  
 sin comprender la de unos ni la de otros.  
 «Dejemos, pues, de discutir: la clave  
 de la ciencia y virtud de los cristianos,  
 es que con lo que puede y lo que sabe  
 sea útil cada cual a sus hermanos.»  
 Y este cálculo sabio a tiempo hecho,  
 determinóse a profesar la ciencia  
 que más útil creyó al género humano;  
 y conceptuando la de más provecho  
 la de la medicina, su existencia  
 decidió consagrarle cuando sano  
 pudiera al fin abandonar el lecho.  
 Sanó; y la consagró su vida entera:  
 y lleno del desprecio más profundo  
 por todos los sofistas de su era,  
 juró no discutir aunque viviera  
 un día más que el mundo;  
 y con el noble afán de hacer del hombre  
 de todas condiciones y parajes  
 un estudio profundo y verdadero  
 se propuso correr el mundo entero,  
 y atesorar el fruto de sus viajes.  
 Visitó, pues, las cortes de la Europa,  
 y las tribus del África salvajes,  
 la América; y con suerte viento en popa  
 acumulando ciencia y experiencia  
 se encaminó al Oriente,  
 cuna del hombre: enriqueció su ciencia  
 tratando con honor la medicina  
 en Siria, en el Egipto, en Palestina;  
 y después de vivir con opulencia,  
 descansando en Alepo algunos meses,  
 salió en unión de una familia indiana,  
 que él mismo convirtió a la fe cristiana  
 con dirección a la India, donde ha día

recogen los audaces portugueses gran cosecha de gloria y de intereses, sembrándola de sangre y de falsías. Llegó a Byr, embarcóse en el Eufrates, bajó a Bagdad, que es la Babel de ahora, descendió por el Tigris a Bassora, detúvose en Ormuz, que es el mercado más rico del Oriente; fué las perlas de mayor magnitud, y más quilates que joyeros jamás han apreciado, a pescar en Bahrain, donde el cogerlas tantas vidas de buzos ha costado, logrando al fin desembarcar en Goa, hoy llave del tesoro de Lisboa.

Allí tenía ya la ley de Cristo extendidas raíces: la memoria de Francisco Javier embalsamaba aquella rica costa, do bien quiso era el cristiano que a su edén llegaba. La santa cruz, el lábaro cristiano, se alzaba allí como pendón de gloria, sellando la victoria la audacia y la piedad del lusitano. Goa era del comercio y la fe centro; pero el tenaz doctor de mi leyenda, ganoso de otros triunfos, fué su tienda plantando cada noche más adentro de esas tierras espléndidas y extrañas, de suelo ardiente y áureas entrañas; y curando al enfermo, y consolando al triste, y amparando al desvalido, la luz del Evangelio propagando, un paso cada día fué avanzando dentro de aquel país desconocido.

Y sucedió que un rey de una comarca llamada Arungabad, que en sus fronteras un opulento territorio abarca del Golfo de Cambay a las riberas, tenía a su país de aflicción lleno

porque de tiempo atrás adolecía de enfermedad que le causó un veneno que por irreflexión tragado había. Y este rey, Idalkán, el cual era hombre de ley tan justa y corazón tan bueno, como sonoro y bárbaro su nombre, oyendo de aquel médico extranjero hablar como de un ser maravilloso (porque es muy hiperbólico, ampuloso y enfático el hablar del pueblo indiano), quiso ver por sí mismo el soberano si era el hablar del vulgo verdadero, y si el doctor de quien hablar oía tanto bien, de su mal le curaría. Al enunciar deseo semejante salió a buscarle un cortesano: hallóle y a la presencia de Idalkán le trajo. El monarca, al hallársele delante, con sonrisa benévola acogióle, sereno humor y plácido semblante. El doctor conoció que su futura suerte iba a depender de aquel instante, y fué con diplomática mesura, con la mayor dulzura, de su mal los detalles preguntándole; y el buen rey Idalkán iba explicándole sus síntomas, sus causas, sus períodos; y el atento doctor se iba de todos haciendo cargo, y esperanzas dándole. Y arreglóse tan bien que en la primera consulta, sin trabajo la simpatía de Idalkán se atrajo; y el rey se pagó de él de tal manera que aposento en su alcázar ofreciéndole mientras durara de su mal la cura; y el doctor aceptó; y el rey tratóle con liberal y espléndido agasajo; y el sincero doctor por cuantos medios pudo idear solícito cuidóle;

y a fuerza de cuidado y de remedios del veneno los gérmenes le extrajo. El rey sanó por fin, y cuando un día oficialmente el médico lo dijo a la corte y al pueblo, la alegría fué universal: y el pueblo, que quería bien a su rey, al médico bendijo. Entonces Idalkán, en cuyo pecho se germinó, con el afán prolijo del médico por él, una sincera amistad, que a su trato se había hecho, y que sintió que necesaria le era la amistad del doctor más cada día, más grata cada vez su compañía, se empeñó en detenerle al lado suyo y le hizo las más pródigas ofertas para ganar su voluntad: y ciertas debieron de salir, según arguyo, porque el doctor las aceptó; y las puertas del alcázar a abrirse ante las plantas del doctor para irse no volvieron, ni hacia él por el monarca se infringieron de la hospitalidad las leyes santas. Quedóse, pues, el médico contento de Arungabad en el palacio indiano, y debió de tener algún intento secreto tal favor del soberano para aceptar así; porque yo siento que fuera pensamiento muy villano, y hacer a su carácter injusticia, pensar que se quedara por codicia. Ello es que se quedó: y en el palacio del buen rey Idalkán establecido de él no se separaba ni un momento: y como el rey le estaba agradecido, y tenía alta idea de su ciencia, y para hablar con él sobrado espacio, comenzó mi doctor con mucho tiento mano a poner a su secreto intento.

Primero unas palabras fué soltando; después estableció proposiciones; con ejemplos después las fué afirmando; más tarde fué leyendas, tradiciones, historias y parábolas narrando: bíblicas y evangélicas lecciones se arriesgó al fin a hacer, con el objeto de ir minando su espíritu en secreto. El rey a sus palabras prestó oído, al principio por pura deferencia. A sus proposiciones sorprendió, a sus historias ya con complacencia; al fin su mismo espíritu atraído las pedía; y entonces dulcemente iba el sagaz doctor con gran paciencia, con interés y método prudente, inculcando en su alma la creencia de la cristiana fe, que siempre ha ido recta a alumbrar la sana inteligencia, y a hablar al corazón y al buen sentido, Y al fin de mucho tiento y muchos días de afanes, Idalkán, el rey indiano, renegando por fin de las impías creencias de su fe, se hizo cristiano; y el médico por fin logró el objeto que con cristiano afán labró en secreto.

Sus pueblos, que a su vez al rey amaban por su justicia y corazón benigno, y que el saber del médico juzgaban por el bien que les hace de fe digno, imitaron al rey. A su demanda envió al punto de Goa misioneros la asociación de *fide propaganda*, y a su predicación pueblos enteros de Marabuts y Brackmas energúmenos, desengañados de su fe nefanda pidieron la pelliz de catecúmenos.

Y he aquí cómo el doctor, por raro modo,

los caminos por Dios encontró abiertos para elevar su ciencia a grande estado, para franquear el Cielo a un pueblo todo, y a nuestra Europa comercial sus puertos, do nunca su Marina había fondeado: pues cuando el bien el hombre se propone, Dios todo para el bien se lo dispone.»

Aquí el doctor, que a su historia ya de suyo algo confusa, introducción tan difusa no puso sin su razón, cortóla: y quedó en silencio considerando un instante de don Carlos el semblante con la mayor atención. Y sin comprender don Carlos su interrupción, proseguía escuchando todavía, contemplándole a su vez con tan segura mirada, que de dudar no había modo de que estaba en el período de su mayor lucidez.

DOCTOR

Si os canso lo dejaremos: dijo el doctor frente a frente mirándole: y el demente replicó: «No me cansáis.»

DOCTOR

¿Comprendéis bien?

DON CARLOS

Os comprendo perfectamente.

DOCTOR

¿Os agrada mi cuento?

DON CARLOS

No pierdo nada de él: ¿por qué no continuáis?

DOCTOR

Porque temía que el hilo de mi cuento estrafalario habíais perdido.

DON CARLOS

Al contrario: le sigo con interés.

DOCTOR

¿Y en verdad os entretiene?

DON CARLOS

¡Sí, a fe mía!

DOCTOR

En ese caso sigamos, porque ahora viene lo mejor.

DON CARLOS

Pues proseguid. Quedó el doctor aún un punto con íntima complacencia

mirándole; y su experiencia percibir en él debió sin duda los buenos síntomas que espiala en su semblante, porque al cabo de un instante sonriendo, prosiguió:

Bautizado Idalkán fué buen cristiano: y atento al bien del pueblo y de su alma a cuanto creyó bien tendió su mano; protegió a los cristianos misioneros, que al abrir a la fe nuevos senderos iban de luz, prosperidad y calma abriendo en el país hondos veneros; y atento a sus terrenos intereses, y aconsejado del doctor, su amigo, sus puertas franqueó a los portugueses y dió en sus plazas al comercio abrigo. Dió protección al arte y a la ciencia, adelantos planteando y novedades, y derramó la paz y la opulencia y el placer por sus campos y ciudades. Iba, en suma, su reino viento en popa elevando al nivel de los de Europa. Pero nadie es feliz sobre la tierra: no hay bien que de algún mal no se acomode [pañe: no hay horizonte que vapor no empañe, y un germen siempre de pesar encierra. Y a algún secreto torcedor da asilo el corazón más recto y más tranquilo. Al tomar Idalkán nuestra creencia dió a las costumbres de la vida indiana el sello casto de la ley cristiana, y comenzó a llevar otra existencia de más virtud, y de moral más sana. Abandonó la corte y su palacio de Arangabad, y dando nuevo giro a su gobierno, se labró un retiro

en la ciudad de Ahmednaggur, situada de una vega feraz en el espacio, que de huertos y bosques alfombrada, regada por dos ríos, y por montes de límpidos y azules horizontes en torno circundada, se parece a la vega de Granada. Y abandonando a Arungabad en ella dejó los sibaríticos placeres de la vida oriental, siguió la huella cristiana, y adoptó los pareceres de su doctor, a quien consulta a solas; y dió la libertad a sus mujeres, y al abrirlas su harén enriqueciólas. Una entre ellas había de extremada beldad y gallardía a quien amaba el rey: la soberana del Serrallo: judía de fe y de raza: se llamaba Lía; pero que, asaz esquivada o virtuosa, jamás correspondió de buena gana a las caricias de Idalkán. A aquella la dijo al despedirla: «Sé cristiana: quédate y serás tú mi única esposa.» Mas Lía contestó con aire fiero y laconismo bárbaro: «No quiero», y le volvió la cara desdeñosa sin recoger su parte de dinero. Arrasáronse en lágrimas los ojos del rey amante al verla que partía; y por si fueran de mujer antojos lo que desdén o saña parecía, a un eunuco mandó seguir su paso; y cuando en sombra se cerraba el día envió al doctor a verla, todavía con la esperanza de que el sabio acaso la convenciera, y a su amor volvía. El doctor la buscó del rey dolido: mas ya de Ahmednaggur había partido.

Tomó un caballo rápido y siguióla  
 las huellas el doctor, y la vió al cabo  
 cruzar los arrabales: iba sola,  
 a caballo, y seguida de un esclavo.  
 Alcanzóla el doctor, y sin dureza,  
 antes bien con cariño: «Al fin os hallo,  
 la dijo: al rey volved, que su corona  
 os da y su amor; mas ella, su caballo  
 parando, replicóle con fiereza:  
 «Yo desprecio su reino y su persona  
 porque amo a otro: se lo dije un día,  
 y en lugar de apreciar como debía  
 de mi amor y carácter la entereza,  
 en el harén expuso mi belleza  
 desnuda, y ordenó que me azotara  
 en un eunuco: en mi espalda todavía  
 están rojas las marcas de la vara.  
 «Mi sangre no se paga con riqueza,  
 y un ultraje tan vil su amor no abona:  
 decidle, pues, que acepto su corona,  
 pero es si me la dan con su cabeza.»  
 Tal dijo: y con un salto repentino  
 partiendo a escape la feroz judía,  
 dejó al doctor plantado en el camino.  
 Volvió a palacio al despuntar el día:  
 por ella el rey a preguntarle vino;  
 mas cuando el rey le dijo: «¿Qué es de Lía?»,  
 dijo el doctor: «Partió; ¡y al cielo plegue  
 que no vuelva jamás y hasta ti llegue!»

Costó olvidarla al rey tiempo y trabajo,  
 y muchas veces distraído anduvo,  
 melancólico, triste y cabizbajo,  
 porque un amor hondísimo la tuvo.  
 Mas con el tiempo de olvidársele hubo,  
 pues de uno u otro modo  
 en esta ruín y deleznable vida  
 con el tiempo, a la fin, todo se olvida,  
 porque el tiempo voraz lo acaba todo.  
 Y corrieron los años tras los años,

y siete ya que gobernaba hacía  
 Idalkán; y feliz se mantenía  
 con los suyos en paz, y los extraños,  
 sin acordarse ya de la judía,  
 cuando un rey de Guzárate, a quien guerra  
 hacía Guir, adorador iluso  
 del fuego, una alianza le propuso  
 por salvar del idólatra su tierra,  
 y de lograr su fin con la esperanza  
 su apurado vecino proponía  
 dar a Idalkán en prenda de alianza  
 una hija muy hermosa que tenía.  
 De oro y de tropas Idalkán sobrado,  
 sin hijos, pues su harén ha suprimido,  
 y acaso aún presa del amor pasado,  
 echó sus cuentas y aceptó el partido  
 al fin, por el doctor aconsejado.  
 Envió al rey de Guzárate al instante  
 gran tren de guerra y numerosa gente,  
 y al doctor del ejército delante  
 mandó con un magnífico presente  
 para su hija; y mientras él pujante  
 del idólatra Guir la buena estrella  
 hace cambiar en su favor, y bravo  
 con el refuerzo aliado le atropella,  
 y le alcanza en la fuga, y le hace esclavo,  
 vuelto el doctor a Arungabad, triunfante  
 entró en Ahmednaggur con la doncella.  
 Y a fe que incomparable en hermosura  
 es la mujer que la alianza sella:  
 de mirada tan dulce y expresiva,  
 de sonrisa y de voz de tal dulzura,  
 que a quien habla, sonríe y ve, cautiva,  
 tan ágil y flexible de cintura,  
 cual rama nueva de jugosa oliva,  
 y con un nombre que la cuadra tanto  
 como si fuera cifra del encanto  
 que produce: se llama SENSITIVA.

La vió Idalkán y la adoró; el casido

del rey encendió pronto el amor de ella,  
y al verla tan sensible como bella,  
la rodeó de halagos como a un niño.

Su amor sencillo y virginal en la alma  
del rey echó raíces, como fresco  
tallo de nardos en jarrón chinesco,  
o en un oasis solitaria palma.

En vez de aposentarla en un palacio,  
en medio de un jardín, como conviene  
a la flor casta cuyo nombre tiene,  
la puso, y la dió luz, aire y espacio  
para vivir en libertad y holgura  
entre flores, rival de su hermosura.

Tenia allí en lugar de una áurea sala  
un kiosko que entoldaba, y que ceñía  
un tejido rosal de Alejandria  
y un cerco de rosales de Bengala;

que en árabe (al que son tan naturales  
las palabras compuestas, especiales  
para la propiedad y alegoría)  
se llamaba este kiosko Iwan-a-urdales.

es decir: *camarín de los rosales*,  
voz llena de expresión y poesía.

Pronto de aquel amor, de pasión lleno,  
botón de aquella flor de savia rica,  
un capullo crecer sintió en su seno  
que el amor de Idalkán solidifica.

Al acercarse el crítico momento  
de brotar de su amor aquel retoño,  
cual la flor de su nombre en el otoño  
debía sus tallos al sentir el viento,

las castas hojas de sus ramas plega  
y se estremece cuando a herirlas llega,  
la SENSITIVA real del modo mismo  
al peso del dolor dobló su frente

y del sepulcro se asomó al abismo:  
y en aquel punto de su amor ardiente  
la fe se abrió a la fe del cristianismo;

pues comprendiendo, al fin, que su fe  
será forzoso que al dejar la vida

de ella y el rey la eternidad divida,  
su alma para seguir, se hizo cristiana.  
Y Dios, que del amor por complemento  
a la virtud de la mujer dar quiso

el amor maternal, y al sufrimiento  
de la maternidad un paraíso  
de sus hijos abrió en el nacimiento,  
no la quiso negar placer tamaño;

y de nacer la hija en el momento  
pasó el peligro al disiparse el daño;  
y al primer ¡ay! de la recién nacida  
volvió la madre a recobrar la vida.

Y crecieron al par de salud llenas,  
vigor al par cobrando, sus dos vidas,  
como dos olorosas azucenas  
en un tallo no más al par nacidas.

Creció en edad la niña, y en belleza,  
y así por el lugar do había nacido  
como por heredar la gentileza  
del tallo de la flor de que ha salido,

pues tenía su tez alabastrina,  
su faz serena y su mirada franca,  
y la pusieron por nombre NASARINA,  
nombre que significa ROSA-BLANCA.

¡Cuán felices vivieron ambos reyes  
con la princesa y el doctor tres años,  
en tan bello país, con sabias leyes,  
con los suyos en paz y los extraños!

Más como dice el árabe «*Está escrito*»  
«*nadie será feliz sobre la tierra*»,  
un día fatal de la discordia al grito  
en medio de este edén surgió la guerra.

Fuertes ya los avaros portugueses  
dentro de aquella tierra hospitalaria,  
su ley, en pro de viles intereses,  
tornaron tiranía sanguinaria;

desde las minas de oro hasta las mieses, desde el templo a la choza solitaria, de todo contra ley se apoderaron, y hasta el honor de la mujer hollaron. Mas tiranía tal siendo insufrible, hízose el portugués aborrecible para el pueblo indostán; y ardiendo en ira, mas con la calma de su raza astuta, desde Coromandel a Cachemira, desde Cutch y Guzárate a Calcuta, sagaces en silencio conspiraron y maduro su plan se rebelaron. Cinco reyes entraron en la liga con oro y tropas y a Idalkán pusieron por adalid: sin perdonar fatiga él la campaña dirigió: rindieron en combate o asalto veces muchas plazas y guarniciones portuguesas; y vencedor en repetidas luchas extendió velozmente sus empresas Idalkán, por doquier teniendo escuchas, y por doquier haciéndoles sorpresas, hasta sitiárlas en la misma Goa a pesar del refuerzo que les trajo, y que en Goa metió con gran trabajo, el caballero Ataíde de Lisboa. Y tras un año de valor y afanes, y después de un bloqueo de tres meses, al punto estaban de lograr sus planes, e iban de la India ya los indostanes a echar a los rapaces portugueses, cuando a Dios plugo, ordenador de todo, concluir esta guerra de otro modo. Nezim, rey de Lahor y de los cinco que en la liga pusieron oro y gente, que por ser de Idalkán deudo y pariente fué el que mostró en la guerra más ahinco, a ir una noche le invitó a su tienda a cenar, cortesía inexcusable

en un país donde un convite es prenda de fe leal y de amistad estable. Fué Idalkán; y al cruzar el campamento del rey Nezim, en nombre de su amo sin decir quién, con grande acatamiento una esclava gentil le ofreció un ramo de flores: Idalkán iba al momento a compensar su ofrenda generoso, cuando rápida y ágil como un gamo huyó en la sombra y se perdió la esclava. Dió Idalkán a su wazir el oloroso ramillete a guardar mientras cenaba. Cenó, y a media noche satisfecho a su tienda volvió, pidió sus flores, las puso en un jarrón junto a su lecho de campo, y despidió a sus servidores. Entonces penetró, según costumbre de tiempo atrás, el médico cristiano en la tienda del rey, quien mano a mano consultaba con él la muchedumbre de negocios que a un rey sin tregua abra-

Cuando Idalkán con él se encontró a solas, le mostró aquellas flores que perfuman su pabellón: el médico tomólas y a la luz admirando sus colores preguntó al rey: «¿Leisteis el billete que os enviaron con este ramillete?» Y sacando un papel de entre las flores se le fué a presentar: mas en el punto de leerlo Idalkán, de espanto lleno, de horror ahogando en su garganta un tembló y palideció como un difunto; y el doctor colocándose junto, sin respeto a Idalkán, por sobre su hombro sin poder resistir leyó lo escrito, quedándose al leer yerto de asombro. Decía: «Huid, señor, os han vendido.

«Nezim, de las tinieblas en el seno  
 en Goa ha entrado ayer y prometido  
 vivo o muerto entregarnos: dar por bueno  
 todo y alzar el sitio, y en partido  
 nuestro reino le dan; y han admitido,  
 .Nezim, para mataros os convida,  
 de fe, de honor y lealtad ajeno:  
 como comáis ni bebáis: os va la vida:  
 cuanto os van a servir lleva veneno.»

DOCTOR

¿Y habéis comido?

IDALKÁN

—Sí; pero, ¡Dios santo!  
 Ahora que lo que recuerdo...

DOCTOR

¿Qué?

IDALKÁN

—Ella era!  
 Yo la miraba y ella sonreía,  
 pero reconocerla no podía  
 bajo de su disfraz, tras tiempo tanto.

DOCTOR

¿A quién?

IDALKÁN

A la que el vino me servía.  
 Es ella; sí.

DOCTOR

¿Mas quién es ella?

IDALKÁN

¡Lía!

Quedóse al recordar a la judía  
 el doctor como herido por un rayo,  
 e Idalkán apoyándose en la mesa,  
 dijo con débil voz: «¡Yo me desmayo!»  
 Acudióle el doctor; mas ya la marca  
 de la ponzoña rápida, patente  
 vió en su faz descompuesta: hízole apriesa  
 acostar; mas el rey sobre su lecho  
 exclamó revolcándose: «¡esto es hecho!»  
 Aún no; dijo el doctor.

—Sí: es evidente  
 que es la segunda vez que me envenena  
 (repuso cadavérico el monarca).  
 —Yo os salvé la primera. Voy...

—Detente;  
 todo es inútil hoy: mi muerte es fija.

Entre Lía y Nezim..., fuerza es que muera.  
 Mas, ¿quién sabe su plan a cuánto abarca?  
 Abandóname a mí. ¡Salva a mi hija!  
 Toma mi anillo real, coge la gente  
 que te parezca más leal y corre  
 a escape a Ahmednagur: abre la torre  
 del Norte, descerraja mi tesoro,  
 cárgalo en mis camellos,  
 y huye con NASARINA Y SENSITIVA.  
 Si te persiguen, y lidiar con ellos  
 no puedes, y salvarlas con su oro,  
 mátalas; que ni pobre ni cautiva  
 sea ninguna de las dos: ninguna  
 caiga jamás entre sus manos viva.  
 —¡Mas dejáros, señor!

—Es importuna  
 tenacidad. A Dios mi alma fía;  
 corre, y no dejes ir la hora oportuna,  
 porque siento llegar la última mía;  
 corre; no se te vuelva la fortuna,  
 y corran más que tú Nezim y Lía.»

Dijo Idalkán, y dando un gran suspiro se retorció como un reptil: sus ojos la luz perdieron, y sus miembros flojos dejando murmuró: «¡Corre..., yo expiro!» Vió el doctor que remedio no tenía, y que su reflexión era oportuna, y que la astucia y rapidez urgía: y abandonando al rey a su destino, montó de su mejor caballería el mejor escuadrón, hecho ya a empresas tales, y el alba al despuntar corría con él de Ahmednaggur por el camino.

Salvó a tiempo el tesoro y las princesas, y cuando detrás de él Nezim y Lia llegaron, figurándose en sus manos tenerlos, de las armas portuguesas y de ellos libre, con las dos partía a bordo de un bajel de venecianos. Mas nunca un mal va solo: los pesares, los eslabones son de una cadena; y siempre que se rompen son por pares lo menos. Había hecho a vela llena una navegación libre de azares el doctor, con buen viento y mar serena, y ya, traspuesto Suez, iba tranquilo del Cairo a vista descendiendo el Nilo, cuando cual ruiñón que en la estrechez de una jaula, echa menos la nativa selva do la crió naturaleza con aire, amor y libertad, esquiva el halago y expira de tristeza sin dar un vuelo ni exhalar un pío, así la bella reina SENSITIVA expiró de pesar en el navío. NASARINA asistió a sus funerales como a una fiesta, porque aún no podía comprender ella ceremonias tales: y el doctor encontrando a Alejandría centro de los negocios comerciales,

do emplear con ventaja lograría de su tesoro real los capitales, allí se estableció: e inteligente enviando a un tiempo a la India y a Venecia, a Egipto, a las Américas y a Grecia, allí un corresponsal, allí un agente activo, realizar logró en diez años, a fuerza de cuidados y de afanes, con la ayuda de Dios, y por extraños medios y hado feliz, todos sus planes. Y su cariño paternal, su fina penetración, su previsión experta, su fe, su ciencia y su virtud lograron, sobre su juventud viviendo alerta, hacer de la princesa Nasarina, instruída, opulenta y virtuosa cuanto sana y hermosa, una mujer perfecta y peregrina; de modo que a la vega granadina al trasplantar después aquella rosa, era una rosa sin ninguna espina.

Volvióse a interrumpir por un momento el doctor, y a observar a su demente, y encontrándole atento volvió a tomar el hilo de su cuento, llamando su atención expresamente con la mudanza extraña y repentina con que le dijo con marcado acento: Atended ahora bien, porque mi historia concluye, y de su fin se me imagina que debéis guardar algo en la memoria.

Quando el doctor su princesa trajo a tierra granadina, al nombre de Nasarina dar creyó que era esencial su traducción europea: Así es que la niña hermosa

cambió en el nombre de Rosa  
su bello nombre oriental.

Dióse el doctor por su padre,  
y en vez de abrirla la vida  
de la corte corrompida,  
la abrió una vida de paz  
en una casa opulenta  
por dentro, humilde y modesta  
por fuera, y situada en esta  
vega espléndida y feraz.

Y aquí en la cima de un cerro,  
a cuyo pie un río corre,  
tenía un barón su torre,  
y un hijo en la mocedad.  
Vió el mozo a Rosa: acercóse la  
juzgándola campesina,  
y ella le clavó una espina  
del corazón en mitad.

Y amó a Rosa entonces Carlos  
con un amor tan profundo,  
que Rosa formaba el mundo  
para Carlos.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Y a Carlos llegó a amar Rosa  
con pasión tan verdadera,  
que el mundo de Rosa era  
solo Carlos.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Mas pronto los separaron  
sus padres: a Italia enviaron  
a Carlos, y se quedaron  
aquí con Rosa.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Y como igual su constancia  
resistió a tiempo y distancia,  
Carlos en Italia y Francia  
se hizo hombre de arte.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Fué a la escuela de Cellini,  
y llegando a ser tan diestro  
como su mismo maestro,  
trabajó, en la soledad  
de su amor, una escultura  
de su saber para muestra:  
una rosa, obra maestra  
de su cincel.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Volvió y se la dió a su amada  
con una carta: ella al punto

carta y rosa todo junto  
mostró al doctor. Escuchad.  
El doctor, que amaba a Rosa  
más que a sí, pues no podía  
darla un príncipe, quería  
darla la felicidad.

Y como se había propuesto  
no dársela por esposa  
sino a aquel que amara a Rosa  
a par de su eternidad,  
expuso al mozo a una prueba  
tan fuerte, a un choque tan rudo,  
que resistirlo no pudo  
la frágil humanidad.

Él, con su ciencia, hizo a Rosa  
en una muerte aparente  
caer... ¡El Omnipotente  
castigó su vanidad!  
Porque al llegar a ella Carlos,  
creyó verdad la apariencia;  
perdió el juicio y... de su ciencia  
vió el doctor la ceguedad.

¿Sabéis en lo que dió el loco,  
don Carlos? En su castillo  
con el cincel y el martillo  
hizo otra Rosa.

DON CARLOS

Es verdad.

DOCTOR

Y ¿sabéis lo que hizo el médico  
para curar su locura?

Pues le robó su escultura  
y le dió a Rosa. Mirad.

A esta palabra su mano  
del salón hacia la puerta  
tendiendo el doctor, abierta  
cual de un conjuro al poder  
fué de repente, y don Carlos  
dió un grito al mirar por ella  
a Rosa cual nunca bella,  
sonriendo aparecer.

Era Rosa en cuerpo y alma:  
era Rosa, el complemento  
del maravilloso cuento  
de Idalkán y del doctor;  
Rosa, que al pecho prendida  
trae la Rosa hecha por Carlos,  
y su alba mano tendida  
al espantado escuchar.

En pie y convulso en sí mismo  
sintió éste un cambio violento  
viéndola que a paso lento  
acercándosele va;  
llegóse a él, y al contacto  
de su mano, como herido  
del rayo dió sin sentido  
de espaldas en el sofá.

Rosa, aterrada, a su lado  
precipitóse de hinojos,  
con el llanto de sus ojos  
queriendo darle calor;  
y el barón, que lo comprende  
todo al fin, muerto creyéndole  
quiso acudir: mas asiéndole  
del brazo a tiempo el doctor

le dijo: «No deis un paso:  
no le toquéis: su cerebro  
puede estallar, como un vaso

sobre el fuego, a otra emoción  
violenta: en breves instantes  
volverá en sí; mas no hay medio: él  
no vuelve en juicio, o remedio  
su mal no tiene, barón.»

Hubo un momento solemne  
de angustiosa expectativa  
al oír tal disyuntiva,  
que infalible saben que es;  
y en tal momento, a escucharse  
oírse hubiera podido  
el irregular latido  
del corazón de los tres.

Pasó la crisis: don Carlos  
va a volver a abrir los ojos:  
mas si vuelve en los antojos  
de su locura a caer  
no habrá remedio: demente  
morirá. Tras un suspiro  
los abrió al fin lentamente  
y en sí comenzó a volver.

Poco a poco fué cobrando  
seguridad su mirada,  
y según la fué posando  
poco a poco en su redor,  
fué en su boca una sonrisa  
inefable apareciendo:  
y al fin rompió a hablar, diciendo:  
«Rosa... ¡Mi padre!... ¡El Doctor!»

Prosternóse éste de hinojos  
al reconocerle en juicio,  
reconociendo propicio  
a su fe el favor de Dios;  
y al viejo barón llevándose  
al inmediato aposento

dijo: «Solos un momento  
dejémosles a los dos.»

De estos supremos instantes  
de felicidad completa,  
no podrá ningún poeta  
hacer jamás descripción.  
Yo ceso aquí: hay situaciones  
que por muy alto que pique,  
no hay pluma que las explique  
cual las siente el corazón.

Lector, si amas como yo amo,  
si vives como yo vivo  
para un amor exclusivo,  
tirano, avasallador,  
a obligarme a pintarte ésta  
injusto será que lleves  
tu empeño, porque tú debes  
figurártela mejor.

Mas, si por desdicha tuya,  
o maldición de Dios, eres  
uno de esos ruines seres  
que no creen en el amor,  
cual lo siento te lo digo:  
aquí rompo y no prosigo,  
porque no quiero contigo  
perder mi tiempo, lector.

## EPÍLOGO

Diez semanas después eran esposos  
Rosa y don Carlos. El barón habita  
con ellos la pacífica casita  
de campo del doctor, mientras los fosos,  
las torres, las murallas y salones

de su hendido y decrepito castillo vuelven a recobrar su antiguo brillo gracias de Nasarina a los millones. Y no se harta el barón de pavonearse de uno en otro aposento, desde cada ventana sin cansarse de mirar su castillo remozarse, volverse blanco y ostentar al viento, en vez del esqueleto carcomido que infundía pavor al pasajero, un frontispicio cándido y pulido cuya vista hace alegre el valle entero. Dos veces cada día sube y baja con su arquitecto a él, y cada día en su vieja mansión deja cambiado en gracioso balcón lo que fué raja, tornado en firme lo que ayer se hundía, limpio, gentil, esbelto y acabado lo roído, lo roto y lo combado. Los casados no se hartan de jurarse un amor tan eterno como apacible y tierno, de estar en soledad y acariciarse, y gozar del placer de verse unidos tras de tantos obstáculos vencidos, Carlos, del todo de su mal curado, sano del corazón cual de la mente, comprende con delicia lo pasado, porque su amante Rosa le ha explicado del doctor el excéntrico expediente, que para realizar su amor ardiente y la salud de su ánimo ha empleado. Y ya mil veces el barón ha oído de su risueña y sonrosada boca la explicación, que nunca habría podido comprender solo, de su historia loca. La vuelta de don Carlos una noche a la casita del doctor, dejando en el camino servidumbre y coche,

y su llegada al mirador de Rosa, y el rico don que la ofreció, pasando de una flor, escultura primorosa trabajada por él, gracioso emblema de su fidelidad, gentil alarde de su saber y amor; su doble vuelta la misma noche al mirador más tarde, y del doctor la osada estratagema de mostrarle a su amada sumergida en un sueño letal: cuya experiencia, del mozo ocasionando la demencia, le puso en riesgo de perder la vida. Este misterio al fin esclarecido no fué difícil cosa para la amable y seductora Rosa hacer al buen barón que comprendiera cómo ha permanecido oculta en su mansión; cómo ligera, crédula, y fácil de engañar con poco la muchedumbre, muerta la ha creído, y por un crimen a don Carlos loco: en tanto que el doctor pudo segura de su demencia preparar la cura. En el espacio así de los dos meses que desde aquel suceso han transecurrido, todos tres ocupados, Carlos y Rosa en su pasión constante, y el barón en su orgullo e intereses, exentos han vivido de cuidados, a un porvenir feliz en adelante juzgándose por Dios predestinados. Del doctor solamente no parece el alma en armonía con la dicha común y la alegría: y él solo con su faz las entristece, andando cabizbajo, silencioso, ceñudo y macilento, y sin obvia razón de mal talante; y entregado sin duda a algún trabajo

difícil, pasa el día en su aposento, del cual no sale más que lo preciso; y le anubla el semblante el afán de algún hondo sentimiento que le trae pesados e indeciso. Nadie da en la razón de la sombría pesadumbre que el alma le desola, de los demás turbando la alegría; mas una noche se explicó ella sola.

Al despuntar el alba de aquel día, con el negro que tiene a su servicio personal, el doctor salido había. Nadie extrañó su ausencia, pues por su profesión tal vez se pasa días de sol a sol fuera de casa, haciendo un ignorado beneficio, o aliviando del pobre la dolencia. Rosa y Carlos tal vez placer sintieron, pues del amor llevado de su ciencia que iba a volver a comenzar creyeron de sus visitas la excursión diaria, saliendo de la vida solitaria en que sumido con pesar le vieron. Mas ocultóse el sol, expiró el día, y se cerró la noche, y avanzada la hora de la queda iba pasada, y el doctor no volvía; y empezó la inquietud de su morada a apoderarse; y la azorada Rosa mirando sin cesar sobresaltada y a través de la sombra tenebrosa escuchando, sin ver ni sentir nada; y en una de las veces que afligida, azares mil a bulto recelando y del doctor temiendo por la vida, iba el estrecho corredor cruzando a salir a buscarle decidida, acertando a pasar ante la puerta

del gabinete del doctor, abierta vió que estaba su cámara y metida dentro la cerradura vió la llave; y como siempre de llevarla cuida consigo, y tal descuido en él no cabe, de una nueva sospecha acometida, del doctor en la ausencia que no acierta a explicar, receló causa muy grave. Conque en investigarla ya empeñada, y obstáculo no hallando que la entrada de la secreta cámara le impida, entró en su estancia; mas la halló desierta; y hallando franco al par aquel retrete donde a solas el médico se mete, donde tal vez encierra su tesoro, y ante un altar y crucifijo de oro arde una luz que aroma el gabinete, Rosa por él resuelta se adelanta; mas en el misterioso y solitario camarín al fijar su osada planta, aquel lúgubre aspecto de santuario que le da de Jesús la imagen santa, que sobre el ara del altar bendito en frente de la puerta se levanta, en su febril exaltación la espanta y en su terror fantástico dió un grito. Don Carlos y el barón que a él acudieron, pálida de terror allí la hallaron, y cuando a Rosa su valor volvieron y el camarín extraño registraron, al que buscaban con afán no vieron, mas esta carta del doctor hallaron.

## II

## DESPEDIDA DEL DOCTOR

«Rosa, más que hija para mí querida, mi mansión en Europa está acabada: mi misión a tu lado está cumplida,

pues te dejo feliz, rica y casada;  
mas el punto al llegar de mi partida,  
no ha de poder mi voz atribulada  
en el hondo pesar de mi alma tierna  
darte un ¡adiós! de despedida eterna.

Carlos, yo te he mirado desde niño  
con un sincero y paternal cariño.

Sólo yo comprendí desde tu infancia  
y aprecié en su valor tus sentimientos:  
yo supe con política y constancia  
conducir a buen cabo mis intentos  
sobre tí y logré hacer campo más vasto  
dar a tu educación, a tus pasiones  
pronta experiencia, a tu alma mejor pasto  
de los que en sus oscuros torreones  
te diera de tu padre la arrogancia,  
basada sólo en la nobleza rancia  
y el vacío esplendor de sus blasones.

Porque yo al fin con pertinacia artera  
trabajando mi plan, le obligué a enviarte  
joven a visitar tierra extranjera,  
do entre el bullicio del sangriento Marte  
supiste hacerte profesor de un arte  
que en cualquier tiempo y en país cual-

[quiera,

podría en vida independencia darte  
y gloria entre la gente venidera.

Yo te he seguido por la inquieta Galia  
y la clásica Italia  
con paternal solicitud: mi mano  
iba dando doquier a tu destino  
protección invisible, y veces hartas  
debiste el encontrar en tu camino  
oro, favor y amigos a mis cartas;  
hasta que digno hallándote de Rosa  
te la di satisfecho por esposa.

Mas no miento hoy el bien que ayer te hice  
para que de él me estés agradecido, im-

ni porque tú no le hayas merecido:  
pues yo propio con él me satisfice.  
Lleva en sí mismo el bien su recompensa  
en el placer de hacerle, y sólo el necio  
que es necesario que le muestren piensa  
por el bien que hace inextinguible aprecio.  
Lo he mentado no más para probarte  
que desde tu niñez al par de Rosa,  
no he cesado como hijo de mirarte  
en el fondo de mi alma cariñosa.  
El velar por los dos se hizo costumbre  
en mí: esta ocupación llenó mi vida:  
no me atrevo a arrostrar la pesadumbre  
de anunciaros yo mismo mi partida.

Y por eso escribíroslo prefiero.  
Leed: lo que al partir que sepáis quiero,  
mucho más fácil ha de ser en suma  
a vosotros oír y a mí deciros  
con las inertes cifras de la pluma,  
que con la voz ahogada entre suspiros.

Veinte y tres años ha que encomendados  
me fueron Nasarina, Sensitiva  
y los montones de oro atesorados  
por el rey Idalkán. Como no es viva  
la reina, y ya es casada la princesa,  
aquí mi encargo y mi tutela cesa:  
sin esperar a qué él me la exija  
las cuentas de su hacienda me interesa  
presentar al marido de mi hija.  
He sido su tutor: este es el giro  
de los negocios: esta mi conciencia:  
yo de vuestros negocios me retiro:  
no miréis a la forma de mi ausencia.  
Yo, así al obrar, a mi conciencia miro.  
Yo que pasé por todos los estados,  
sé lo que en todos los estados pasa:  
quiero que viváis solos: los casados  
quieren la independencia de su casa.

En el primer cajón de mi bufete están todas las llaves de las cajas y armarios de mi oculto gabinete, donde hallaréis completas las alhajas de Idalkán y su esposa. En un secreto, cuyo modo de abrir os dejo escrito de mi pupitre en el cajón chiquito, abierto en el altar con tal objeto, encontraréis los títulos legales que por dueños os dan de posesiones, y acreditan por vuestros capitales e impuestos sobre casas y en naciones distintas: con sus créditos y vales a mi exactitud os deja visorales las cuentas de sus réditos anuales, que administré hasta hoy. Obrad ahora como queráis; mudad de imposiciones: retirad o dejad vuestros caudales en las manos que están, que son leales. Si queréis realizar, tenéis millones, y pues todos vuestros fondos están prestos, y los banqueros a entregar dispuestos.

Yo parto. Está resuelto. Dios derrame sobre vosotros el placer sin tasa. ¡Adiós! Mas permitidme que os reclame un favor al partir. En vuestra casa dad un asilo a Inés su vida escasa hasta que corte Dios, y a sí la llame. Rosa, Inés es la esclava que dió aviso a tu padre Idalkán que de un veneno iba cada manjar de Nezim lleno cuando con él bajo su tienda quiso ir a cenar de su traición ajeno. Yo la compré después a fuerza de oro, y la di libertad: agradecida a tu servicio consagró su vida, y te amó y te veló como una madre en el casto sueño de tu edad temprana.

Dala tu estimación; dala decoro en tu casa, y el oro que la dejas deja que emplee cual mejor la cuadre. Fía en ella, sin miedo a un mal consejo: un alma tiene de virtud tesoro y un grande corazón: nació romana: fué robada en las costas de Sicilia, y hoy, que ya no la tiene, en tu familia quiero que la recibas como hermana; pues, si conmigo donde voy viniera, por ir conmigo deshonrada fuera por la social murmuración villana.

Otra súplica aún. Contar la historia de Rosa fuera hacer una imprudencia, de su estirpe una inútil vanagloria. Al casarse empezó nueva existencia, y a la mujer la basta el apellido, la fama, los recuerdos y la gloria de la raza y honor de su marido. Descubrir su pasado a la malicia, a la curiosidad o a la codicia europea, sandez fuera notoria, dar con la Inquisición o la justicia. ¿A qué de admiración hacerse objetos? La fama trae disgustos muy prolijos: en vuestra alma están bien vuestros secretos. Dadme pues un placer; si tenéis hijos, dad al uno aunque sea una alquería no más con cuatro tierras, a las cuales ponded por nombre y en memoria mía mi apellido paterno, que es ROSALES. Viniste entre ellos a la luz del día a tus hijos por mí pónsele, Rosa, cual si apellido de su madre fuera, y pues te consagré mi vida entera y quede de mí en tu sangre alguna cosa, viva en ti algo de mí cuando yo muera.

Hijos míos ¡adiós! Vivid y amaos. ¡En lágrimas la vista se me arrasa al daros este adiós! De mí acordaos siempre como de un padre; mas, que pena no os dé pensar lo que sin vos me pasa: aún tengo un capital, y en tierra amena una tranquila y cómoda alquería, donde esperar en paz mi último día y sin deber nada a la merced ajena.

Barón, puesto que sois, por vuestra raza antigua, generoso y caballero, daros satisfacción no me embaraza por lo pasado: que olvidéis espero mi conducta con vos. ¿Es necesario que os la explique, barón? No es ardua em-

[presa: yo vi que vuestro humor atrabiliario y pertinaz carácter altanero, al consejo mejor no harían plaza, y de hurtaros a Carlos me di traza, y de vos a alejarle me di priesa. Su educación me interesaba tanto entonces: cual su dicha hoy me interesa; pues por su genio y alma generosa le juzgué digno del amor de Rosa. Yo os obligué irritándoos a mandarle a extranjero país, donde se hizo hombre; y, excusadme, y saberlo no os asombre, barón, yo en nombre vuestro hice velarlo y nada le faltó: perdón si he errado; mas espero, barón, que al recobrarle ni os he su corazón enajenado, ni le hallaréis indigno de su nombre. Una palabra más, barón. Un día en que a verme vinisteis, arrastrado de mi bilioso humor creo que os dije algo que haberos dicho no querría, algo que ahora el corazón me aflige;

porque me temo que la lengua mía fué tal vez descortés, tal vez impía. Escuchadme, barón: yo me he criado entre gente más ruda y primitiva, cuya sencilla raza ha conservado corazón más sincero y fe más viva que vuestra sociedad civilizada; la cual, su prez divinizando altiva, y sus laureles de la edad pasada, la experiencia del siglo progresiva y sus impulsos rechazando esquiva por teorías falsas descarriada, a sus viejos errores aferrada, por la ley absoluta y abusiva de sus viejos gobiernos humillada, por sus vicios sociales gangrenada, y a todas las reformas agresiva, hoy bajo el nombre de derechos, de usos, de moral, de principios inconcusos, y de razón de estado, en las naciones diviniza tal vez supersticiones, respeta infamias y establece abusos. Barón, por lo que de ella llevo visto mientras hice en Europa residencia, temo que su saber y su existencia, de luz y error inconcebible mixto, en su forma de ser, si no en su esencia, de la virtud difieren y la ciencia de la sencilla ley de Jesucristo. Su sociedad actual tiene verdades y leyes de purísima justicia y alta necesidad; mas que de edades más atrasadas son: y ella las vicia con la doblez y error que las inicia para satisfacer necesidades nuevas; y por su error o su malicia en pro particular las beneficia. Y cuando una verdad, ya así viciada, imponer a la tierra se propone

por ley, a sombra de la fe sagrada  
la ampara, y a la tierra se la impone  
a la luz del cañón y de la espada.  
Mas Dios es uno: es una su creencia:  
una son la verdad y la justicia:  
cosas que, como solas en esencia,  
puestas por Dios del hombre en la con-  
[ciencia,

jamás pueden unir con la avaricia,  
con la superstición, con la injusticia,  
y con la fuerza bruta su existencia.  
Y todos los ejércitos del mundo,  
y todos los sofistas de la tierra,  
no arrancarán con discusión ni guerra  
la fe y la convicción de lo profundo  
del alma, donde Dios nos las encierra.  
El sofisma, el error, la fuerza armada,  
contra la convicción que el centro llena  
de nuestra alma inmortal no pueden nada:  
contra la fe por Cristo predicada  
son humo de vapor, polvo de arena;  
y la sangre en batallas derramada  
la fe no purifica: la envenena.  
Cristo vino a sellar su ley sagrada  
derramando la suya, no la ajena.  
Mas ¿a qué traer aquí disertaciones  
exocéntricas, ni utopías peregrinas?  
En el olvido echad mis opiniones,  
a la actual sociedad tal vez dañinas:  
juzgamde, nada más, por mis acciones.  
No me juzguéis, barón, por mis doctrinas

porque tal vez soy yo quien está loco,  
yo tal vez quien no entiende a Jesucristo,  
y acatando su ley como la sola  
buena, tal vez en la herejía toco  
cuando en hacer del Evangelio insisto  
la única del mundo, a quien provooco  
de mi fe en el error... Y me desola  
tal duda el corazón desde que existo.

Como quiera que sea me despido  
de vos aquí, barón, y a Dios le pido  
que os haga muy feliz. Si es que se aferra  
mi alma en el error, mientras decide  
el tiempo si mi juicio acierta o yerra,  
cual mi cristiana caridad lo pide,  
pienso ir haciendo el bien sobre la tierra.  
¡Adiós! Vuestro país no me conviene,  
pues mi fe con la suya no se aviene.  
En vuestra sociedad la moral mía  
de ser no pasará una teoría  
que gérmes de mal para ella encierra:  
la sociedad al fin me hará la guerra;  
y, como yo colgada no la deje,  
la Inquisición me colgará algún día  
si para convencerme de herejía  
no me quemara en la plaza por hereje.

Dios es libre, barón, de manos tales;  
y pues que me debéis, con sus caudales,  
que padre de una infanta os haya hecho,  
guardad mientras viváis en vuestro pecho  
buena memoria del Doctor Rosales.»

FIN DE LA HISTORIA DE LA PRIMERA ROSA



## LAS ALMAS ENAMORADAS

## HISTORIA DE LA SEGUNDA ROSA

## DRAMA-LEYENDA

## SEGUNDA PARTE

## DE LA HISTORIA DE DOS ROSAS Y DOS ROSALES

AL SR. D. ANTONIO X. DE SAN MARTÍN:

*Nos hemos estimado antes de conocernos: permítame usted que una su nombre a la obra que me ocupaba en escribir cuando nos conocimos.*

Habana, febrero, 7 de 1859. — JOSÉ ZORRILLA.

## CAPÍTULO PRIMERO

## INTRODUCCIÓN DE LA LEYENDA Y EXPOSICIÓN DEL DRAMA

En un bello lugar de Andalucía, cuyo nombre saber no importa nada, pero que está entre Córdoba y Granada, hace muy pocos años existía una antigua familia de Rosales, honrados y nobles, de los cuales mucho crecido la progenie había. Algunos en negocios comerciales habían engrosado sus caudales; y otros, por ostentar bizarro porte,

cercenado los suyos en la Corte: todos eran no obstante caballeros, y aunque unos eran pobres y otros ricos, de una familia histórica herederos, los grandes y los ricos a banqueros llegaron, y los pobres y los chicos no tenían su hacienda entre usureros ni debían a sastres ni a tenderos ruín cantidad en vergonzosos picos. Era, pues, la familia de Rosales, partida en dos ramales de ricos y de pobres, una rama cuya firma con crédito en la plaza corría, y en los círculos sociales eran bien recibidos en persona:

porque al que de ellos no le abona el oro en el mercado, en sociedad le abona su digna rectitud y su decoro. La historia de esta raza era un misterio: la tradición entre ellos suponía que fundado la había una Rosa, heredera de un imperio; mas la verdad de semejante evento bien ni por ellos mismos se sabía; historia o tradición, era ya un cuento que amparó en su región la poesía. Y como de esta tradición o historia la narración tiempo ha que llevo escrita, no hay para qué traerla a la memoria, porque de ella la de hoy no necesita. Mas de su historia o tradición quedaba en aquella familia una costumbre, que de esta descendencia cada rama en las suyas conservaba a la pasada edad por deferencia, lo mismo la que había hasta la cumbre llegado del poder y la riqueza, que la que vegetaba en la pobreza: y he aquí la costumbre que tenían: por yo no sé qué votos, o qué leyes, que ya de atrás impuestas les venían por su generación, como los reyes unos con otros siempre contraían lazo matrimonial: y al bautizarlos, por una pertinacia caprichosa todas las hembras se llamaban Rosa, y todos los varones eran Carlos. Mientras que fué su descendencia escasa, no fué difícil cosa nombrar y distinguir personalmente los Carlos y las Rosas, entre gente que de pequeño número no pasa; mas cuando la familia se fué haciendo cada generación más numerosa,

y se fueron sin fin subdividiendo, y con nueva familia en nueva casa separando a su vez y estableciendo se fueron uno y otro matrimonio, imposible fué ya diferenciarlos; y cuando era preciso para cualquier negociación citarlos, era una algarabía del demonio y se hallaba el más diestro en compromiso metido entre las Rosas y los Carlos. Esta costumbre, que por ley o voto, se les impuso en tiempo muy remoto, no falta quien pretenda que por razón de sucesión y hacienda, al fin se había atropellado y roto por algunos Rosales de la generación de esta leyenda; y entre los individuos de ella actuales había ya un don Juan, cuya fortuna estaba con grande éxito empeñada en brillantes negocios comerciales, y un don Gil, maestrante de Granada en el pueblo de que eran naturales, cuyo nombre saber no importa nada.

Y aquí creo, lector, que es oportuna la ocasión para darte unos precisos detalles personales, claros como concisos, de los Carlos y Rosas principales, mis héroes actuales, para evitarnos luego compromisos con personajes tales, y no perdernos hoy, por mi torpeza, en este laberinto de Rosales.

El don Gil era viejo, y la cabeza de la familia: por lo cual moraba en el palacio antiguo en que arraigaba el antiguo solar de su nobleza;

mas, aunque su palacio conservaba, im-  
emperaba a caer en la pobreza.  
Por una de esas muchas bizarrías  
que se han visto y verán todos los días,  
este don Gil, admirador sincero  
del capricho tenaz de su prosapia  
y de su nombre y timbres heredero,  
de todos los Rosales fué el primero  
que se echó al otro lado de la tapia;  
y encontrando estrambótica y molesta  
esta costumbre a su familia impuesta  
de usar sin variedad nombres iguales,  
con mengua manifiesta  
y desprecio de todos los Rosales,  
sin dárselo un ardite de enojarlos,  
por el nombre de Gil cambió el de Carlos.  
La verdad que entre todos  
los de familia tal no hubo ninguno  
de carácter más hosco e importuno,  
de peor genio ni peores modos.  
Aunque noble en el fondo y caballero,  
falto de educación y mal criado,  
no habiendo sido nunca coartado,  
era en su forma bárbaro y grosero.  
Tuvo en su juventud muchos amigos  
con quienes malgastó tiempo y dinero;  
mas, tenaz, agresivo y altanero  
se les cambió uno a uno en enemigos;  
y colérico al fin y pendenciero,  
por las causas más leves  
paró con todos en cruzar su acero.  
Dos de ellos con razón, mas con villanos  
procederes alevés,  
una noche por celos femeniles  
ambos con él vinieron a las manos;  
mas no fué el ser hermanos  
causa bastante para ser tan viles.  
El que iba detrás de él, desprevenido  
le cogió por la espalda, y por el talle

la espada atravesándole, tendido el mo-  
le dejaron y exánime en la calle.  
Don Gil, por la justicia recogido,  
logró sanar: pero quedó impedido  
para usar las armas. En su abono  
tuvo don Gil notable circunstancia,  
y fué que al agresor no guardó econo-  
y porque aquel traidor jamás se halle,  
se negó con estoica arrogancia  
a dar sobre él ni seña ni detalle.  
«Si manos y poder Dios me dejara»  
(dijo en una ocasión con aire fiero)  
«yo le hubiera obligado cara a cara  
a batirse y morir cual caballero;  
mas pues Dios me lo veda y lo prohíbe,  
la venganza que mi alma a Dios le cedo  
a juez humano encomendar no quiero;  
que viva con su crimen, si es que vive,  
y que muera tranquilo, si es que puede.»

Don Gil casó con hembra de su raza  
siguiendo de su estirpe la costumbre;  
mas para ser feliz, no se dió traza  
soltero ni casado;  
él vivió renegando de su estado,  
y henchida su mujer de pesadumbre  
llorando a solas su menguada suerte,  
al cabo de diez años de pesares  
entró en su alcoba a desatar la muerte  
el lazo que ató Dios en los altares.  
Quedó viudo don Gil con una niña,  
y su mansión encomió a una hermana  
que, tan hosca como él, la casa aliña,  
pero jamás se atrae ni se encariña  
con ser alguno de la raza humana.  
Don Gil, que cada vez más caprichudo  
y más en sus caprichos testarudo,  
de alma a la vez incrédula y devota,  
a veces reza y a las veces vota  
y la paciencia universal agota

con la impaciencia de su humor sañudo, más se malhumoraba cada día, porque a veces sufría rudos ataques de empuerada gota; y como en sus adentros preveía, viendo a menos venir su hacienda escasa, la época cada vez menos remota de la ruina completa de su casa, se despertaba a veces insufrible en su genio violento e irascible. Su hija, que era una niña muy graciosa, que por supuesto se llamaba Rosa, se fué desarrollando gradualmente y haciéndose mujer, no muy hermosa como hasta aquí lo han sido eternamente todas las heroínas de novela, sino de mucha gracia y atractivo, de genio dulce y de talento vivo: cuya alma cariñosa se revela en su semblante móvil y expresivo. No podía aplicarse a su persona el título de bella: su hermosura consistía en su gracia, en la dulzura y en el decoro casto que la abona, en un aire celeste en que la inunda su virtud, y que nunca la abandona; de sí misma exhalada, la circunda la luz que los ángeles corona. Mas al citar su gracia, no se crea que es decir por decir, porque era fea, y que al decir de Rosa que es buena y es graciosa, es porque fea no hay quien no lo sea: al contrario, de Rosa la figura atraía la vista como hermosa; mas, bien vista, era escasa de hermosura: sus ojos eran grandes, cristalinos, como los de la corza y la gacela; su frente tersa, sus cabellos finos,

su piel sin pecas, nacarada y lisa; su dentadura igual, limpia y enana, su voz plateada, dulce su sonrisa, sus labios de carmín, su boca sana, pequeña y suave su rosada mano, y su pie tan pequeño que, a no ser andaluz, por su paisano le pudiera tomar un mejicano.

Y sin embargo Rosa, a pesar de estas gracias y estos dones, no podía decirse que era hermosa.

Faltaba a su figura desarrollo y vigor, a su estatura tamaño, y perfección a sus facciones.

Tales eran las gracias corporales de la segunda Rosa de mis dos Rosas y mis dos Rosales: de sus dotes morales nos resta prevenir muy poca cosa: la narración las dejará cabales. Su alma sin hiel, su corazón ardiente percibe que en su centro se desarrolla una pasión naciente, cuyo fecundo germen lleva dentro: su corazón por eso, de ella herido, siente tan susceptible de impresiones que hasta hoy nunca ha

[sentido

y está tan exaltado, tan sensible, que a la emoción más leve comprimida, sube desde él a helar sus labios rojos un frío que jamás se le ha invadido, y una caliente lágrima a sus ojos. Sensible, apasionada, fiel, paciente, nació la triste Rosa de mi cuento para ser infeliz perpetuamente. Dios al mundo la envió por un momento para dar a la tierra corrompida

su cuerpo débil, al amor su vida,  
 su fe a Dios, y su alma al firmamento.  
 Rosa era con su padre complaciente,  
 cariñosa, sumisa y obediente;  
 le servía ligera como el viento,  
 y le cogía al vuelo el pensamiento:  
 don Gil, aunque la amaba ciegamente,  
 la daba con su amor siempre tormento;  
 ella era quien pagaba sus enojos,  
 la que aguantaba sus amargos dichos,  
 la que satisfacía sus antojos,  
 la víctima infeliz de sus caprichos.  
 Esta Rosa era, en fin, rosa entre abrojos;  
 mas la espina más honda que esta Rosa  
 en su apenado corazón tenía  
 clavada, era una tía fea y envidiosa,  
 que la quería mal porque era hermosa,  
 o al menos todo el mundo lo decía,  
 y porque con afán poco cristiano  
 deseaba la hacienda de su hermano.  
 De esto se ve en el mundo cada día.  
 La tía se llamó en sus verdes años  
 Rosa también: mas viéndose ya vieja,  
 y lleno el corazón de desengaños,  
 se llegó a convencer de que no hacía  
 con su virginidad un poco añeja  
 un nombre tan gentil buena pareja:  
 y de don Gil siguiendo los extraños  
 modos, cambió de Rosa en Rosalía.  
 Mas como nunca en los lugares faltan  
 murmuración y crítica, y en todos  
 por diferentes modos  
 desde la más humilde a la más alta  
 persona del lugar recibe apodos,  
 al verla tan escuálida y tan lacia,  
 tan flaca y tan enteca,  
 dieron en llamar, y no sin gracia,  
 sin exactitud, la Rosa-seca.

La verdad en su punto: de la tía  
 el oportuno aunque ofensivo apodo,  
 no era aborto del vulgo: otro tenía,  
 de quien no hemos hablado todavía,  
 la mayor parte en él, cuando no el todo.  
 Sabrás, pues ¡oh lector! que su autor era  
 un mózo muy galán y de talento;  
 pues de no ser así nunca pudiera  
 ser, como lo es, el héroe de mi cuento.  
 Como en la historia de él la mía estriba,  
 bueno será que yo te le presente,  
 y que en seguida de la de él te cuente  
 la mía; o, mejor dicho, te la escriba.  
 Y como este mancebo no es un hongo  
 que nace de por sí, y es evidente  
 que aunque sea en las pampas, o en el  
 Congo, ha debido tener padre, o pariente,  
 es justo que subamos más arriba,  
 y que sepamos algo de la gente  
 noble o plebeya de la cual deriva.  
 Preciso es confesar de cualquier modo  
 que esta manera clásica y pesada  
 de contar es, lector, la verdadera,  
 que todas las demás no alzan un codo  
 de ésta en comparación, ni valen nada;  
 porque aunque es infantil, impertinente,  
 y soñolienta, al fin es la manera  
 que está por la Academia sancionada;  
 y la Academia al fin lo sabe todo  
 porque es sin duda alguna omnisciente.  
 Así que yo, que en su saber me fundo,  
 y que debo tener por la Academia  
 un respeto muy cándido y profundo,  
 pues no temo decir una blasfemia  
 que en el reino de Dios entrar me impida  
 diciendo que por ser un vagabundo  
 he tenido el placer de ser en vida  
 el sólo ex académico del mundo,

me he resuelto a tomar sus buenos modos para escribir desde hoy mis libros todos. ¿Dónde hay cosa más lógica, y que pruebe mejor educación, ya que no sea la de más interés, ni la más breve, que empezar una historia, antes que la presentando por orden, uno a uno, los personajes de ella, y a su vista, haciéndoles formar como en revista, irlos citando sin dejar ninguno?

No hay método mejor: a él me acomodo: y desde hoy a partir a él me suscribo. ¡Mal año para mí si de otro modo lo que haya de escribir jamás lo escribo! Adoptado ya, pues, tan buen estilo, en la clásica forma, de mi cuento vuelvo a anudar, lector, el roto hilo, y a don Carlos Rosales te presento.

Era su padre de don Gil hermano: mas como no tenía muchos reales, y a dinero redujo sus caudales, y pasó al Continente americano, Dió en Lima, y en negocios comerciales haciendo asociación con un limeño, les sopló la fortuna muy en breve. Trabajando con honra y con empeño de un rico capital se encontró dueño: mas nadie en la fortuna fiar debe. Tenía aquel Rosales sólo un hijo: al verse con dinero se acordó de su estirpe, y como noble quiso tener un hijo caballero. En educarle puso afán prolijo, y por lograr su afán, sobre un velero bergantín le envió a Europa: privilegio del Gobierno sacó, como extranjero, y de la corte de la culta Francia obtuvo plaza en el mejor colegio: con que pudo decir con la arrogancia

del hombre rico y de nobleza rancia, que de París y su instituto regió saldría su hijo un hombre de importancia. Su esperanza era justa; porque el hijo, que se llamaba Carlos, por supuesto, en los principios de su padre fijo, y de su padre a secundar dispuesto la noble y justa pretensión, se dijo: «Salir de este país sin hacerme hombre de importancia en el mío, y de provecho, será, además de mancillar mi nombre,

no tener corazón dentro del pecho.» El mozo era tenaz, y el que con brío, con fe, constancia y juventud se empeña en la empresa más ardua, la domeña: y así lo hizo el galán del cuento mío. Estudió con fervor y con constancia, y en siete años que allí duró su estancia, cercenando horas del placer y el sueño, en el colegio principal de Francia dejó con honra el pabellón limeño. Mas he aquí de la suerte la inconstancia: cuando faltaban, nada más, dos años para tener su educación completa, y salir hombre al mundo, por extraños sucesos vino a desatarse el nudo con que tenía al parecer sujeta de la fortuna ruin la rueda inquieta.

¡Para la suya fué golpe muy rudo!

Su padre, por desfalcos mercantiles causados en su hacienda por las guerras civiles del Perú, en la política contienda víctima inerte de enemigos viles, tuvo su haber que presentar en prenda de un capital no habido, y reclamado por un amigo infiel como prestado: metido, al fin, por él en un litigio, aunque salió el contrario condenado.

él no halló entre las cuentas del Juzgado  
 de capital ni réditos vestigio: todo la hambrienta ley lo había tragado.  
 El infeliz murió desesperado en el Callao de Lima sin herencia  
 que dejar a su hijo, el cual en Francia  
 se creía los frutos de la ciencia pronto a alcanzar,  
 saliendo a la existencia de hombre con mucho honor casi en la  
 púes cuando sucedía esta legal tragedia allá en su casa,  
 la edad del joven Carlos rayaría en su veintiuna primavera escasa.  
 Don Gil, que a la verdad lo que tenía y  
 no era mal corazón, sino mal genio, heredó  
 la muerte de su hermano en Lima, porque era él a quien tuvo en más estima,  
 y al saber que del huérfano el ingenio  
 dar ofrecía una cosecha opima, como supo  
 mejor tendió la mano al hijo de su hermano,  
 y el cargo del sobrino se echó encima.  
 No le pesó: don Carlos era un mozo a quien  
 apenas apuntaba el bozo, mas le hizo Dios de suyo caballero,  
 de recto juicio y corazón entero: y contra lo que justo cree, no hay fuerza  
 que la indomable voluntad le tuerza.  
 Vio que su dignidad no permitía que en el colegio continuara un día  
 más, sin haber sus cuotas satisfecho; y aunque favor al rey pedir podía,  
 seguro de que airoso quedaría, no quiso: y renunciando a su derecho,  
 y al porvenir brillante que tenía, su profundo pesar guardó en el pecho  
 y se vino en silencio a Andalucía. Rudo fué el cambio, mas con bien fué  
 [hecho.

El mozo al encontrarse con su tío ganó su voluntad con su despejo. Carlos, en su interior era algo frío; mas al pasar desde París del viejo gotoso al destruido castillejo, solitario y sombrío, se portó como un hombre de talento, siempre a su tío a complacer atento, y siempre procurando manifestarse a sus antojos blando, y mostrar al favor que de él recibía noble agradecimiento; no servil sus caprichos adulando, sino con digna lealtad probando que sabe bien que por su tío vive. Desde el primer momento en que llegó a su casa se hizo cargo de su difícil posición en ella: mas no necesitó tiempo muy largo para sondear los varios caracteres: el tío regañón, la prima bella, la tía avarana se orientó de todo, y resolvió estudiar el mejor modo de conjurar allí su mala estrella con aquel ogro y con las dos mujeres. No le costó, en verdad, mucho trabajo con la brillante educación que trajo de Francia: su instrucción, su alma severa, la simpatía universal captáronle muy pronto, y todos necesario halláronle para alegrar su soledad y pena: y pronto la mansión cambió de escena, pues pronto, como dicen vulgarmente, don Carlos la volvió de arriba abajo del viejo tío la atención se atrajo con su social conversación amena: compañía le dió continuamente, sus enojos continuos evitando con su continua distracción: la tía

se pagó de la atenta deferencia de un tío de su galante y liberal sobrino, y moderó su avara impertinencia ante la gravedad y la decencia del noble mozo que de Francia vino. Rosa, en su compañero de paciencia hallando un auxiliar tan poderoso, vio ya lucir más claro su destino: todo, en fin, en la casa del gotoso y comen ó a entrar en calma y en reposo, entrando todos en mejor camino. Carlos compró un mediano y barato piano que al irse del lugar vendió un vecino y empezaron las noches a pasarse un tanto entretenidas: Rosa-Seca a don Carlos franqueó la bibliotéca que diez años pasó sin ventilarse y de cuyos estantes y cajones eran únicos dueños los ratones. Don Carlos, sus estantes registrando, halló infolios y viejos pergaminos con algunas curiosas narraciones de historias del país y tradiciones y empezaron de noche a deleitarse con lecturas de cuentos peregrinos; y más tarde empezaron a acostarse y otra vida a llevar más apacible que la que procurado les había el humor irascible del tío, y las cuestiones de la tía sobre su miserable economía. Tomó, pues, su existencia un nuevo sesgo que un porvenir tranquilo parecía augurar: solamente se corría en tan feliz transformación un riesgo.

Este don Carlos tan gentil, tan grave, amable tan sin par, nacido en Lima, y educado en París, hijo del clima

ardiente de la América, y que sabe cuanto en sus años juveniles cabe tan lleno de entusiasta idealismo, a quien tan fiero corazón anima, que con tan honda fe fía en sí mismo, que tiene ya, aunque huérfano y tan joven, ideas tan seguras y tan latas del mundo; que de Schubert y Beethoven de Kalkbrenner y Listz toca sonatas, que en siete lenguas habla y en tres rima; que, siendo bachiller en ciencias y artes, y profesor de equitación y esgrima, puede hablar y lucir en todas partes, y conquistarse universal estima; este intruso sultán que en un estúpido hacer que en el alma de su tío nuevo carácter su presencia imprima, que se hizo respetar con su aire frío de su avarienta tía, y nuevo sesgo dando a las cosas de la casa, íntima con todos a la vez, ¿no corre el riesgo de deslumbrar el alma de su prima, y de inspirarla una pasión de fuego que puede sólo Dios apagar luego?

Yo no lo sé; mas la leyenda mía sin este amor leyenda no sería.

## II

Yo conozco, lector, que otro en mi caso procuraría en la ocasión presente escribirte un capítulo en que acaso luciría su ingenio grandemente, contándote muy bien, paso por paso, todos los que avanzó su amor naciente. Las primeras y extrañas impresiones que sintieron sus tiernos corazones:

el rubor virginal de la muchacha  
 al percibir tan nuevas sensaciones;  
 el reprimido anhelo del mancebo,  
 que esquivaba de amor picar el cebo,  
 de Rosa osar, bajo el paterno techo,  
 a entrar audaz en el tranquilo pecho:  
 las dudas, el afán, las ocasiones  
 que a comprender su amor les ayudaron:  
 las miradas, las frases, las acciones  
 con que su amor al fin se declararon:  
 todo esto era, en verdad, lo muy bastante  
 para hacer un capítulo brillante;  
 yo soy, empero, de opinión contraria,  
 y esto por dos razones: la primera  
 porque esta descripción no es necesaria,  
 pues en el día de hoy sabe cualquiera  
 cómo naturalmente el amor nace  
 en dos almas simpáticas, aisladas  
 y en continuo contacto colocadas;  
 cómo aquel amor niño, grande se hace;  
 cómo en la soledad se robustece;  
 cómo en estas dos almas se entroniza  
 y, elevado a pasión, se fortalece,  
 las subyuga, y al fin las esclaviza.  
 Pero estas impresiones se reciben  
 en el alma, lector: jamás se escriben;  
 porque es de Dios la omnipotencia suma  
 quien en las almas grandes las inspira,  
 y en lo que inspira Dios, a Dios se admira:  
 pero no hay alma de tan fuerte pluma  
 que se alce al aire donde Dios respira.  
 Dios dió a los brutos el brutal instinto  
 de la procreación, el cual existe  
 en el cuerpo no más: pero dió al hombre,  
 cuyo cuerpo es corteza que reviste  
 su alma, un sentimiento muy distinto,  
 todo celeste, espiritual, con nombre  
 de amor: mas no carnal, vil y grosero,  
 como el instinto material del bruto,

sino de su alma noble, noble fruto  
 que su divino ser absorbe entero.  
 Quien por innobles vicios estragado  
 en el cieno social viviendo hundido,  
 este amor celestial nunca ha abrigado  
 en su alma espiritual, jamás ha amado,  
 siempre como los brutos ha vivido,  
 y es para mí un ser vil y degradado.  
 Es un hombre sin alma, un ser echado  
 del paraíso con Adán, proscrito  
 del celestial Edén, que no ha lavado  
 su alma de aquel original delito,  
 y para quien mi libro no está escrito.  
 Quien de este amor del alma no comprenda,  
 quien sólo pueda lúbricas pasiones  
 comprender..., al llegar a estos renglones  
 que no lea uno más de mi leyenda.  
 Una de estas pasiones Dios la enciende,  
 Dios en dos almas nobles la radica  
 y es eterna. ¿Por qué? Lo certifica  
 la existencia del hecho: lo comprende  
 el alma: la razón no nos lo explica.  
 Todo en el hombre es fútil, pasajero:  
 cuanto nace con él, perecedero:  
 todo es móvil en él: todo varía  
 en su naturaleza cada día:  
 forma, carácter, gusto, afán, instinto, y  
 todo en él por edades es distinto:  
 ¿por qué hay a veces hombres y mujeres  
 que nacen con un alma destinada  
 a una pasión voraz, única, eterna?  
 Si hay alguno a quien esto le concierna,  
 que te explique la esencia de estos seres:  
 yo de misterio tal no entiendo nada.  
 La pasión de que trata este relato  
 es una de esas únicas: su esencia  
 no pretendo explicar: tan sólo trato  
 de consignar los hechos, consecuencia  
 de esta pasión que a lo común excede.

Por eso de este amor paso por paso las situaciones mi talento escaso renuncia a describir: porque no puedo. Rosa y Carlos se amaron: es el hecho. ¿Cómo creció su amor? Dios, que lo hizo, de su amor la razón puso en su pecho. No sé causas: efectos garantizo.

La segunda razón que yo he tenido para no describirte uno por uno los pasos de su amor, es que he creído, además de ser cuento algo importuno, que no debo, lector, sin que te ofenda, suponerte tan falto de sentido que tu pobre cacumen no comprenda que don Carlos y Rosa, al presentarse como protagonistas de leyenda, tienen en ella precisión de amarse. Porque, ¿qué diablo de papel hacían si en esta situación no se querían? Y sin su amor, ¿cuál era el argumento? ¿Sobre qué iba a girar mi pobre cuento? Así, pues, buen lector, debe bastarte saber que al fin de un año (que voy a suprimir para no hartarte de amorosos coloquios, y tiernos soliloquios), no debes de encontrar nada de extraño en que, en su posición, Carlos y Rosa una mutua pasión se profesaran tanto más exclusiva y poderosa cuanto más cada vez la alimentaran su ardiente y juvenil naturaleza, su fe, su soledad y su tristeza. Y un año entero de pasión, nacida en soledad, y en soledad nutrida, puede ser en dos tiernos corazones una de esas tiránicas pasiones que duran de una vez toda la vida.

Era un año después. Don Gil, pagado de la formalidad e inteligencia de su sobrino Carlos, había puesto a su cargo el arreglo de su hacienda. Mas la de un viejo descuidado y prodigo como él, tan fácilmente no se arregla, y tardó un mes en ordenar don Carlos la enredada maraña de sus cuentas. El resultado general fué un *déficit*; porque como el cultivo de las tierras se da en arrendamiento; como en libros las necesarias notas no se llevan; como jamás al porvenir se mira, y de lo ya pasado se está a ciegas, las rentas cada vez son más escasas y empiezan a apuntar algunas deudas. Carlos mostró los infalibles números a la tía económica, pidiéndola un cargo y data de los gastos hechos por sí misma en la casa que gobierna, dándola por razón que era imposible que sus guarismos sin sumar se hiciera el balance total, ni cuenta exacta dar a don Gil de sus gastadas rentas. La tía respondió tartamudeando que jamás escribía: que el tío era quien guardaba el dinero, y que ella nunca cuentas daba a don Gil; cuya respuesta hizo palpablemente ver al mozo lo de que siempre tuvo una sospecha; que en la administración de Rosalia no entraban tantas sumas como restas. La tía era enemiga muy temible y era preciso transigir con ella; mas no era cosa fácil, porque el mozo no transigió jamás con su conciencia.

Fue preciso adoptar por buen arbitrio hacer un saldo general de cuentas. Carlos dijo a don Gil que lo pasado para volver atrás no había fuerza; que era preciso entrar en nueva vida, empezando a vivir con cuenta nueva; lo con lo cual Rosalía quedó incólume, mas a don Carlos por temor sujeta. Carlos administró desde aquel día los bienes de su tío con severa y asidua integridad: e independiente la tía continuó con la doméstica gobernación: y se empezaron pronto del orden a palpar las consecuencias. Todo marchaba bien, con la esperanza de que con justa economía interna, y orden en los negocios exteriores, y una administración llevada en regla, la casa de don Gil en pocos años volvería, no a entrar en la opulencia, sino en el bienestar de los que viven con sus necesidades satisfechas. Don Gil comenzó a ver a su sobrino como un ser necesario a su existencia intelectual y material, mirándose libre de pequeñeces y miserias enojosas por él: en otro círculo a girar empezaron sus ideas, y en otros pensamientos divertidos, cambió en tranquila calma su impaciencia. Se acostumbró a ver siempre a Rosa y al lado suyo en familiar franqueza, y él mismo poco a poco fué animándose a hacer su unión más íntima y estrecha. Si alguna vez imaginó que el tiempo su amistad en amor cambiar pudiera, alcanzó en tal hipótesis tan sólo una esperanza dulce y halagüeña.

La tía empezó a ver a sus sobrinos con maternal e insólita indulgencia, y Rosa se libró de aquella espina, que ya a su corazón no fué molesta. Estrecharon, en fin, Carlos y Rosa su intimidad en libertad completa, y empezaron castillos en el aire a hacer sobre su suerte venidera. Carlos, pasaba la mitad del día metido en la empolvada biblioteca, registrando sus libros y legajos, y haciendo apuntes mil en sus carteras. Algunos días, al rayar el alba, recorría la falda de la sierra, aplicado a botánicos estudios, y haciendo extraña colección de yerbas. Por las tardes un *álbum* que dió a Rosa en llenar se ocupaba de acuarelas, representando los paisajes frescos que el castillejo de don Gil rodea. Don Carlos, para hacer estas pinturas, ponía enfrente del balcón la mesa; Rosa, con su labor, se colocaba en frente de él, y en su sillón de ruedas don Gil tendido, en la penumbra, tranquilo hacía su diaria siesta. Los primos platicaban por lo bajo, y del dormido don Gil con la presencia autorizados; mas del todo libres, lo mismo que si solos estuvieran. Despertaba don Gil: aproximaba su sillón hacia ellos, y a la escena se añadía, en verdad, un personaje; pero la situación quedaba idéntica. Don Gil gozaba contemplando a Carlos avanzar en su artística tarea, con infantil placer reconociendo los sitios que el dibujo representa. Rosa se levantaba muchas veces,

y tras la silla de su primo puesta, miraba sus pinturas, avanzando por encima de su hombro la cabeza. ¿Qué faltaba a este cuadro de familia? Nadie en palabras su opinión secreta había reducido todavía: mas su unión parecía cosa hecha. Todo les sonreía: para todos era esperanza tal muy lisonjera; corría, pues, su vida, de placeres castos colmada, y de esperanzas llena. Pero no hay dicha alguna que en el mundo sea para los hombres duradera, bien que por algún mal no sea agriado, ni placer que no turbe alguna pena. Don Juan Rosales, el pariente rico que vivía en Madrid en la opulencia, llegó un día al castillo, de repente, sin anuncio anterior, ni carta previa. Don Juan es de una edad más avanzada que don Carlos; corteses sus maneras, gallarda su apostura; es un buen mozo, como suelen decir: mas se revela en su mirada suspicaz y en su aire reflexivo y taimado, la prudencia del que jamás de su interés se olvida, y que con todo con afán comercia. Don Carlos es más bajo: los estudios tuvieron su precoz naturaleza americana en la inacción, y a todo su desarrollo natural no llega. Don Juan es un hombre hecho que ha ya todo su vigor: flexible, esbelta y aun casi afeminada, su figura es elegante, cortesana y bella. Don Carlos tiene un cuello vigoroso, pecho y hombros robustos: su cabeza apoya en él como sobre una base

sólida un busto antiguo: no se eleva con flexibilidad y gallardía, sino que sobre el pecho se sustenta. No parece su busto de hombre joven: no revela esbeltez, sino firmeza: el resto de su ser no corresponde al vigor de su busto: a la primera ojeada se ve que aún tiene creces, que no ha alcanzado aún toda su fuerza. Don Juan afecta siempre la sonrisa: la expresión de don Carlos siempre es seria; don Juan tiene la voz dulce y sonora; don Carlos bien timbrada, pero seca. Don Juan es un mancebo calculista, frívolo y comercial, de nuestra época, de la incredulidad positivista, hijo de nuestra edad antipóctica. Don Carlos es un mozo concienzudo con todos los defectos y las prendas (salvo la ciencia que aprendió en los libros) de un caballero audaz de la Edad Media. Entre don Carlos y don Juan existe una grande y marcada diferencia interior y exterior: son dos figuras que no podrían a la par ser puestas por un mismo pincel del mismo cuadro sobre el lienzo: no casan: se despegan; son dos figuras de dispar dibujo, distinto siglo y diferente escuela. Gallardos son los dos: los dos son mozos de buena sociedad; mas de ver se echa que en don Carlos se alberga la hidalguía, la ruda lealtad y la fiera del caballero; y en don Juan se oculta el cálculo, la calma y la reserva del negociante: esto es: don Carlos siente, piensa don Juan: son dos naturalezas distintas: en don Carlos quien domina es siempre el corazón: don Juan refrena

siempre su impulso: en conclusión, no  
[pueden  
simpatizar dos almas tan opuestas.

Don Carlos, al oír de los caballos  
de don Juan las pisadas a la puerta  
del castillejo de don Gil, curioso  
al descanso salió de la escalera.  
En elegante traje de camino,  
y con aplomo familiar subiéndola,  
don Juan, cuando de Carlos se halló en-

[frente,  
le preguntó con la altivez atenta  
de un hombre superior: ¿Don Gil Rosales  
está?

DON CARLOS

¿Se puede el nombre del que llega  
saber?

DON JUAN

Don Juan Rosales, su sobrino.

DON CARLOS

Está en su cuarto, entrad. Dijo con  
civildad don Carlos e hizo paso [seca  
a don Juan, que se entró de pieza en pie-  
Don Carlos se quedó preocupado [za.  
con la visita de don Juan, las cejas  
fruncidas, la cabeza sobre el pecho  
inclinada, clavado ante la puerta  
unos momentos; tras los cuales Rosa  
saliendo del salón le dijo inquieta:

ROSA

¿Quién ha venido, Carlos?

DON CARLOS

—Nuestro primo  
don Juan. La faz de Rosa de la cera  
tomó la palidez: Carlos el frío  
sintió en su corazón de una sospecha  
penetrar, y fijando una mirada  
tenaz sobre la pálida doncella,  
la preguntó: ¿Conoces a ese primo  
de antes?

—Sí, respondió la niña trémula.

DON CARLOS

¿Ha venido otras veces a esta casa?

ROSA

Dos.

DON CARLOS

¿A qué?

ROSA

No lo sé.

DON CARLOS

¿Tiene influencia  
en la familia?

ROSA

Sí.

DON CARLOS

¿Por qué?

ROSA

Lo ignoro.

DON CARLOS

¿Y sobre tí?

ROSA

Ninguna.

DON CARLOS

te trata?

¿Con franqueza

ROSA

Como primo.

DON CARLOS

Y tú... ¿le quieres?

ROSA

No.

DON CARLOS

Mas... ¿Nunca?

ROSA

Jamás.

DON CARLOS

¡Bendita seas!

Carlos estrechó a Rosa entre sus brazos: entre ellos escondió su faz modesta la muchacha, y sus lágrimas mezclaron con amante efusión sus almas tiernas. ¿Por qué Carlos a Rosa estas preguntas

hizo? ¿Por qué palideció al hacérselas él, y por qué la palidez de Carlos blanqueó de Rosa las mejillas frescas? Porque los celos tienen su fluido como la vista y voluntad magnéticas, con el cual se transmiten los que se aman de sus almas amantes las ideas; porque sin celos no hay amor: porque delante sus ojos el amor su venda alza y a la luz de los celos lo futuro ve, y el cerrado porvenir penetra.

Salió don Juan del cuarto de su tía tras de dos horas de sesión secreta, y por él a sus primos presentado con humos de galán entró en escena. Dió a don Carlos excusas cortesanías sobre su harto impolítica manera de tratarle al llegar, no conociéndole le hizo cortés de su amistad la oferta, y le tendió la mano. Vió don Carlos que no corresponderle era una ofensa injusta, y dió a don Juan su mano fría, que de fría amistad pareció prenda. ¿Para qué aglomerar versos inútiles sobre tal situación? A comprenderla mejor que los detalles engorrosos nos servirá el saber las consecuencias. Don Juan estuvo de don Gil en casa diez días: lo que de esta permanencia salió, dicen los diálogos siguientes, que convierten en drama la leyenda.

IV  
ESCENA PRIMERA

Al volverse don Juan al castillejo de su tío una tarde, entre unas huertas

que forman callejón, halló a don Carlos  
que aguardaba a propósito su vuelta.

DON CARLOS

¿Don Juan?

DON JUAN

¿Qué hay?

DON CARLOS

¿Cuándo partís?

DON JUAN

Mañana.

DON CARLOS

Tengo con vos  
que hablar antes.

DON JUAN

¡Bah! ¿Salís  
del castillo a eso? Los dos  
vivimos allí.

DON CARLOS

Ha de ser  
a solas.

DON JUAN

¿No hay aposentos  
arriba?

DON CARLOS

Mis pensamientos  
aire libre han menester.

DON JUAN

¿Tan grandes son?

DON CARLOS

No son mucho:  
mas sólo para los dos  
son, y debéis sólo vos  
escucharlos.

DON JUAN

Pues ya escucho.

DON CARLOS

Os suplico que dejéis  
ese tono un poco altivo,  
pues tengo el genio algo vivo.

DON JUAN

¿Qué es lo que en mi tono veis  
que os ofenda?

DON CARLOS

¿Todavía  
nada: mas mi honor desea  
que vuestra palabra sea  
unisona con la mía;  
y como ésta es moderada  
y cortés, vuelvo a rogaros  
que la vuestra, al explicaros,  
sea cortés y mesurada.

DON JUAN

Está bien: procuraré  
entonarla por la vuestra.

DON CARLOS

De atención será una muestra,  
y yo os la agradeceré.

DON JUAN

Pues abreviad.

DON CARLOS

Pues, oíd.

¿Tendríais inconveniente  
en decirme lealmente  
para qué habéis de Madrid  
venido?

DON JUAN

¿Y vos lo tendréis  
en decirme sin rodeos  
con qué intento ó qué deseos  
esa pregunta me hacéis?

DON CARLOS

No: porque yo en mucha estima  
me tengo para mentir.  
Don Juan, antes de venir  
vos, amaba yo a mi prima.

DON JUAN

Me lo sospeché al llegar.

DON CARLOS

Y ahora que lo sabéis  
de mí ¿explicarme podéis  
vuestra intención al marchar?

DON JUAN

Mi intención está muy clara.

DON CARLOS

¿Cuál es?

DON JUAN

Casarme.

DON CARLOS

¿Con Rosa?

DON JUAN

He venido por esposa  
a pedirla. Mala cara  
me ponéis: pero es sencilla  
mi conducta, y no os enoje  
que aquí a observaros me arroje  
que en verdad me maravilla,  
y creo en vos muy mal hecho  
que no hayáis franqueado al tío  
vuestro amor, como yo el mío.

DON CARLOS

No osé.

DON JUAN

Pero yo sospecho  
que declarársele a ella  
habéis osado sin duda.  
Y amor que el padre no escuda  
no hace honor a una doncella.

DON CARLOS

Es justa la observación.

DON JUAN

Ya lo veis.

DON CARLOS

Pero sospecho  
que tal demanda no ha hecho,  
don Juan, vuestro corazón.

DON JUAN

¿Por qué?

DON CARLOS

Porque aunque es muy recto  
pedírsela al padre, acaso  
antes de dar este paso  
debe obtenerse su afecto.

DON JUAN

Don Carlos, el matrimonio  
debe hacerse por razón:  
los que anuda la pasión  
los enmaraña el demonio.  
La pasión es un capítulo  
muy breve: el interés rueda  
lejos.

DON CARLOS

Mas Rosa no hereda  
interés.

DON JUAN

Hereda un título  
de baronesa.

DON CARLOS

¡Ay, don Juan!

¿Un título de barón  
es a vuestro corazón  
lo que trae con tanto afán?

DON JUAN

¡Vaya! ¿Del título en vos  
nada influyó la esperanza?

DON CARLOS

Nada.

DON JUAN

Es cosa ¡vive Dios!  
que mi comprensión no alcanza.

DON CARLOS

Os puedo probar que no.

DON JUAN

Y os tendré, si hicieris tal,  
por el más original  
que en nuestro siglo nació.

DON CARLOS

Pues bien: si yo puedo hacer  
que ese título obtengáis,  
pues claro es que no la amáis,  
¿renunciáis a la mujer?

DON JUAN

No alcanzo vuestra intención.  
Pues no puedo concebir

a quién pueda convenir  
ser marido y no barón.

DON CARLOS

Ni yo puedo comprender  
que un título por lograr,  
se pueda un hombre casar  
sin amor a su mujer.

DON JUAN

Amor es fruto que dan  
tiempo, interés y costumbre;  
amor es como la lumbre:  
una chispa hace un volcán.

DON CARLOS

Pero cuando el corazón  
que esa chispa ha de incendiar  
está debajo del mar  
inmenso de otra pasión,  
caerá en el agua la chispa.

DON JUAN

El mayor volcán de amor  
no produce más calor  
que el aguijón de una avispa.

DON CARLOS

No habéis amado jamás.

DON JUAN

Como en las novelas no,

DON CARLOS

¿Y si amara a Rosa yo  
como en novela?

DON JUAN

Quizás  
sois capaz de ello.

DON CARLOS

Y muy bien:  
a Rosa dejad por mía  
y os cedo la baronía.

DON JUAN

¿Y con dinero de quién  
la mantendréis?

DON CARLOS

Eso es cosa  
que basta que sepa yo.  
Con que aceptáis, sí o no?  
La baronía por Rosa.

DON JUAN

No lo comprendo.

DON CARLOS

En verdad  
no hay mucho que comprender:  
yo amo sólo a la mujer,  
y vos vuestra vanidad.

DON JUAN

No os mordéis la lengua.

DON CARLOS

Estoy  
aprendiendo a negociar,  
y mi negocio adelante,  
derecho llevando voy.  
Yo amo a Rosa y la antepongo  
a cuanto la tierra cría.  
Vos amáis la baronía;  
hacer un cambio os propongo.

DON JUAN

Si las dos puedo obtener  
¿por qué a una renunciar?

DON CARLOS

Es que no podréis lograr,  
viviendo yo, la mujer.

DON JUAN

¿Me amagáis?

DON CARLOS

No todavía:  
os digo en la mayor calma  
que aun a costa de mi alma  
la mujer ha de ser mía.  
Vos nunca podréis, don Juan,  
comprender mi corazón,  
porque en distinta región  
nuestras dos almas están.  
Y os digo sin amenaza:

ni ira, que en mi amor tenaz,  
primo don Juan, soy capaz  
de acabar con nuestra raza.

DON JUAN

No es empresa ¡vive Dios!  
hoy ya muy dificultosa:  
no quedamos más que Rosa,  
don Gil y nosotros dos.

DON CARLOS

Aun puede arreglarse todo,  
de un modo fácil, don Juan,  
como queráis a mi plan  
adheriros.

DON JUAN

¿De qué modo?

DON CARLOS

Dadme palabra de honor  
de esperar hasta tres años  
a que de reinos extraños  
vuelva: respetad mi amor  
en mi ausencia: a nuestro tío  
esta noche propondremos  
nuestro pacto, y si uno hacemos  
de vuestro intento y del mío,  
lograremos nuestro afán,  
yo el de cumplir mi pasión  
y vos el de ser barón.  
¿Os acomoda, don Juan?

DON JUAN

¿Tres años os ausentáis?

Si.

DON JUAN

Si al cuarto no volvéis  
¿podré yo...?

DON CARLOS

Como gustéis  
obrar, si leal obráis;  
porque si por desventura  
vais con intento falaz,  
por vengarme soy capaz  
de dejar la sepultura.

DON JUAN

Bravo estáis: mas ¿dejaréis  
vuestra renuncia formal?

DON CARLOS

En la forma más legal  
que vos la necesitéis.

DON JUAN

¿Y si aquí no estáis de vuelta  
para el plazo?

DON CARLOS

Es que habré muerto.

DON JUAN

Está bien. Ahora os advierto  
que queda otra punta suelta  
que atar.

DON CARLOS

¿Cuál es?

DON JUAN

Que mi tío  
me es una suma en deber.

DON CARLOS

Si vuelvo, rico ha de ser:  
yo la tomo a cargo mío.

DON JUAN

Es que tres años están  
siempre de treinta y seis meses  
compuestos.

DON CARLOS

Los intereses  
también acepto, don Juan.

DON JUAN

Sois un mancebo gentil.

DON CARLOS

No os hago igual cumplimento,  
don Juan, porque nunca miento.  
Vamos a ver a don Gil.

Y uno tras otro emprendiendo  
la subida del cerrillo  
en que está alzado el castillo,  
iban entre sí diciendo:

DON JUAN

Este primo tan galán  
está fuera de razón  
tiene oculto algún plan.

DON CARLOS

O en Dios no cree este don Juan,  
no tiene corazón.

V

ESCENA SEGUNDA

Tras un ataque de su mal de gota,  
y en un acceso de su mal humor,  
hallaron a don Gil sobre su lecho  
cuando acertaron a llegar los dos.  
Con él estaban Rosa y Rosalía:  
el momento, pardiez, no era el mejor  
para don Gil: mas les urgía el tiempo  
y abordar era fuerza la cuestión.  
D. Gil frunció las cejas cuando entraron  
en su cuarto: don Juan se le acercó  
por un lado: don Carlos fué de frente:  
mas don Gil la palabra le atajó.

DON GIL

¿Qué mil demonios queréis?

DON CARLOS

Hablar con vos.

DON GIL

Más valía  
que me hicierais compañía  
esta tarde.

DON CARLOS

Hasta las seis  
he estado con vos.

DON GIL

¿Y ese otro  
vagabundo?

DON JUAN

Yo he salido  
por mis cartas.

DON GIL

Sí; te has ido  
dejándome a mí en el potro  
tendido. En fin, ¿qué queréis  
ahora juntos, pesiatal?

DON CARLOS

Tío, que si os deja el mal  
un punto nos escuchéis.

DON GIL

¡Mal año para los dos!  
Dedajlo para mañana:  
más que de hablar tengo gana  
de reposar.

DON CARLOS

Lo que vos

queráis se hará: mas siendo este  
el primer favor que os pido,  
no esperé que recibido  
fuera tan mal.

DON GIL

¡Mala peste  
para vuestro genio fosco!  
Afecto leal te tengo,  
Carlos; pero te prevengo  
que, si te amoscas, me amosco  
también, y no adelantamos  
nada: pues según estoy,  
soy capaz de reñir hoy  
con el Domingo de Ramos.  
Tu prima Rosa llevó  
dos o tres ráspeces ya.

DON CARLOS

Pues tal vez no os calmará  
mucho lo que os diga yo.

DON GIL

¡Válgame Dios! ¡Qué preámbulos!  
Y estáis tan descoloridos  
y tan cariacontecidos,  
que parecéis dos sonámbulos.  
¿Qué mil rayos os sucedé?  
Hablad.

DON CARLOS

Solos ha de ser:  
lo que os diga es menester  
que entre nosotros se quede.

DON GIL

¡Me estás metiendo en un caos!  
Vamos, Rosa, Rosalía,  
dejadnos. Por vida mía  
¿qué es lo que pasa? Explicaos.

DON JUAN

Como Carlos trae el modo  
y las costumbres de Francia,  
da, tío, más importancia  
de lo que ello tiene a todo.  
Yo os lo diré claro, tío,  
como cuestión de comercio.  
Yo no quiero hacer mal tercio  
a quien nació primo mío.  
Me teniais otorgada  
la mano de vuestra hija;  
pero, aunque oírlo os aflija...

DON GIL

¿Qué?

DON JUAN

De lo dicho no hay nada.

DON GIL

¡Vive Dios, Juan!

DON CARLOS

Sosegaos,

tío: don Juan se equivoca  
y a mí solo es a quien toca  
daros luz en este caos.

Don Juan piensa que es cuestión  
de comercio: mas se engaña,  
porque al comercio es extraña  
la fe de mi corazón.

Vos sois, don Juan, negociante,  
y yo presumo de hidalgo:  
no es porque más que vos valgo:  
mas dejadme ir por delante.

**DON JUAN**  
 Hablad, pues, enhorabuena.

**DON GIL**  
 Bravo, sobrinos: voy viendo  
 que cada vez va creciendo  
 el interés de la escena.  
 Preveo que en la cuestión  
 el honor vais a meter,  
 y me alegraré saber  
 si tenéis un corazón.

**DON JUAN**

Yo sí, tío.

**DON CARLOS**  
 Yo también:  
 y espero que mis propuestas  
 pruebas hoy bien manifiestas  
 de la fe del mío os den.

**DON GIL**

Di: más si al honor se toca  
 de la casa, tus palabras  
 mide bien antes de que abras  
 para decirlas la boca.

**DON CARLOS**

No temáis: hemos, don Gil,  
 mi primo y yo departido,  
 y en que soy ha convenido  
 un mancebo muy gentil.  
 Yo tengo mi vanidad

en ser, aunque un poco fiero  
 y tenaz, un caballero:  
 digo siempre la verdad.  
 Sabéis que en su fundación  
 nuestra familia fué rica,  
 y que en su solar radica  
 un título de Barón.  
 Multiplicada la raza,  
 se subdividió la hacienda,  
 y que cada cual atiende  
 a sí mismo, y se dé traza  
 de vivir, es necesario.

Vos, aunque rico no estéis,  
 por derecho poseéis  
 el título hereditario:  
 mas para que pase a Rosa,  
 es fuerza que vuestra hija  
 de sus parientes elija  
 uno de quien ser esposa.

**DON GIL**

Ley es de la fundación  
 de la baronía.

**DON CARLOS**

Es

justo que se cumpla, pues;  
 mas he aquí la situación  
 en que las cosas están:  
 cuando a veros ha venido  
 y a mi prima os ha pedido  
 para su esposa don Juan,  
 señor don Gil, no sabía  
 que yo a vuestra hija amaba.

**DON GIL**

¡Vaya una salida brava!

DON CARLOS

Pues os falta todavía lo más bravo, y es que Rosa corresponde meses hace a mi amor, de donde nace que se complica la cosa.

DON GIL

Si antes dicho me lo hubieras...

DON CARLOS

Lo pudisteis, desde luego ver vos mismo a no estar ciego, mas ya de todas maneras la cuenta es otra. Parece que os prestó una cantidad don Juan, que es en realidad por lo que a Rosa merece.

DON GIL

Sobrino, tienes un modo de decir las cosas tal...

DON CARLOS

Es agrio; pero es leal: la verdad es ante todo.

DON GIL

Adelante: no me ofendes con no ser adulator: que digas siempre es mejor las cosas cual las entiendes.

DON CARLOS

No ha de ser por falta mía si no es clara la cuestión;

dos partes tiene, que son la prima y la baronía. A las dos por consecuencia don Juan y yo, siendo primos, con derecho nos creímos: mas hay una diferencia. Don Juan quiere ser barón ante todo: yo prefiero a Rosa, porque la quiero con todo mi corazón. Don Juan vió a su prima hermosa, y presunta baronesa, y a prestaros se dió priesa una suma sobre Rosa.

DON JUAN

Don Carlos, vuestro insultante modo de contar me afrenta.

DON CARLOS

Son guarismos de mi cuenta, y estoy sumando.

DON GIL

Adelante.

DON CARLOS

Amor don Juan necesita que altos réditos le cobre: yo amo a Rosa, aunque sea pobre, y aunque no fuera bonita. Ahora bien, tío: a don Juan he hecho una proposición, y es que sea él el barón y yo vuestro hijo; mi plan

es mi secreto: yo os pido  
tres años para emprender  
un viaje que pienso hacer;  
si al fin de ellos no he venido  
con suficiente caudal  
para pagar, con el rédito  
que sea justo, su crédito  
contra vos, y si leal  
obra él en ausencia mía  
con Rosa y conmigo, puede  
suplantarme: que se quede  
con ella y la baronía.

DON GIL

Propuesta es a fe bizarra,  
y que merece benigna  
aceptación: porque es digna  
de los tiempos de Mudarra.  
¡Voto a Cribas que me place!  
Porque tal proposición  
prueba un grande corazón  
y todo lo satisface.

DON JUAN

Yo también la acepto, tío:  
aunque a la verdad, se alcanza  
que inclináis más la balanza  
de su lado que del mío.

DON GIL

No te piques: te confieso  
que a Carlos tengo afición:  
mas te diré la razón  
por que por él me intereso.  
Tú no has vivido jamás  
aquí: te debo un favor

de interés: pero a su amor  
le debo, Juan, muchos más;  
porque hace más de año y medio  
que está, con la abnegación  
de un mártir, la distracción  
procurándome en el tedio,  
la soledad y el fastidio  
de esta casa; y ¡por mi vida!  
que no fué hasta su venida  
mi casa más que un presidio.  
Él ha arreglado mis cuentas:  
él mirándome a los ojos  
para templar mis enojos  
ha estado siempre: él mis rentas  
ha doblado: y te lo digo,  
aunque yo mismo me asombre  
de ello; porque soy otro hombre  
desde que él está conmigo.  
¡Y a fe que cuando él se vaya  
no sé yo quién ha de ser  
el que me pueda tener  
en mis ímpetus a raya!  
Y me alegro esta ocasión  
de haber hallado propicia  
para probar la justicia  
que le hago en mi corazón.

DON CARLOS

No hice más que mi deber. Y

DON JUAN

Del amor obró ayudado.

DON GIL

En igual caso has estado:  
lo mismo pudiste hacer.

**DON JUAN:**  
Yo estoy fuera establecido.

**DON GIL:**

Bien: no hablemos más: por mí, sobrinos, digo que sí a lo que habéis convenido.

**DON CARLOS:**

Entonces partiré yo mañana.

**DON GIL:**

¿Por qué ha de ser tan pronto?

**DON CARLOS:**

Porque a correr mi primer año empezó desde este mismo momento, y no los debo perder.

**DON GIL:**

¿Y no se puede saber a dónde vas?

**DON CARLOS:**

No.

**DON GIL:**

Lo siento.

**DON CARLOS:**

Yo también: mas quiero fiel de mi secreto la llave guardar; porque si lo sabe don Juan, no me fio de él.

**DON GIL:**

Si en el secreto consiste el éxito de tu empresa...

**DON CARLOS:**

Es lo que más me interesa.

**DON GIL:**

Mi curiosidad no insiste más: haces bien.

**DON JUAN:**

Hace mal.

**DON GIL:**

¿Por qué?

**DON JUAN:**

Porque, si sujeto quedara a guardar secreto, lo hiciera.

**DON CARLOS:**

No creo tal de vos, don Juan: y que os diga perdonad con tal franqueza lo que siento.

DON GIL (a Carlos)

Tu rudeza  
es brutal.

DON JUAN

Mejor: me obliga  
menos.

DON CARLOS

Vuelvo a repetiros  
que me excuséis: yo prefiero  
ser brusco a ser embustero.

DON JUAN

Hacéis bien: sin temor iros  
podéis.

DON CARLOS

Gracias: me iré así,  
don Juan: más ya os lo advertí:  
si me engañáis estad cierto  
de que ni después de muerto  
estáis seguro de mí.

DON GIL

Ya basta, mancebo loco:  
en tu raza no hay traidores:  
¡mal haya vuestros amores  
si es que os tenéis tan en poco  
por ellos! No se hable más  
de eso.

DON CARLOS

Por mí se acabó.

DON JUAN

Y por mí.

DON GIL

Pues bien; que no  
queden rencillas detrás.  
Yo quedo aquí entre los dos.  
Mañana podréis partir  
y vamos ahora a dormir.  
Dejad lo futuro a Dios.

El viejo, a extinguir atento  
estos dos odios nacientes,  
atajó su rompimiento,  
y ambos fueron obedientes  
cada cual a su aposento.

Mas por buena precaución  
volviedo a Rosa a llamar,  
quitó a los dos la ocasión  
de entrar con ella en cuestión  
fuera de tiempo y lugar.

VI

ESCENA TERCERA

Entre dos que se aman bien  
sólo Dios puede meterse.  
Como se empeñen en verse,  
saltan por todo y se ven.

Rosa, que a Carlos amaba  
bien, salió del aposento  
de don Gil con mucho tiento  
cuando el día aún no rayaba.

Como amor es magnetismo  
que a los amantes inspira,

y de ellos en pro conspira,  
don Carlos hizo lo mismo:  
así que apenas ponía  
Rosa fuera de la puerta  
un pie, vió a Carlos, que alerta  
estaba, y a ella venía.

El caso era excepcional  
y extrema la situación:  
atropelló la pasión  
toda exigencia social.

Don Carlos la asió con tiento  
por la mano, y entreabierta  
dejando, no más, la puerta,  
la condujo a su aposento.  
Ciego pintan al amor,  
y es verdad: no mira a nada.  
La mujer enamorada  
es el ser de más valor.

Cuando llega una mujer  
a amar de veras a un hombre,  
ya no hay nada que la asombre,  
ni la haga retroceder.

Va hasta la temeridad  
de su amor en la defensa,  
y la da una fuerza inmensa  
su misma debilidad.

Lo que el hombre más valiente  
cavila en acometer,  
va a arrostrarlo una mujer  
firme el pie y alta la frente.

Sufre y ama hasta el delirio  
sin ceder: nada la abate:  
ama y sufre hasta el martirio,  
y hasta la muerte combate.  
Pero es fuerza convenir  
en que sólo la mujer  
es quien sabe distinguir  
a quién debe de temer,  
a quién debe de seguir,

a quién puede su fe dar,  
de quién fe puede esperar,  
y por quién debe morir.

Rosa entró, pues, sin recelo  
en el templo del honor,  
y vió a la luz de su amor  
Carlos su cuarto hecho un cielo.  
Ocupó Rosa la silla  
que Carlos se acercó a darla,  
y ante ella para adorarla  
hincó en tierra una rodilla.  
Mas como preciso era  
aprovechar los instantes,  
en plática los amantes  
entraron de esta manera:

DON CARLOS

Rosa, nuestro porvenir  
de esta entrevista depende:  
si me amas, por Dios atiende  
lo que te voy a decir.

Encierra bien mis palabras  
en tu corazón, bien mío,  
y ni a don Juan, ni a mi tío,  
nunca en mi ausencia se le abras.

ROSA

¿Te vas? ¿Qué va a ser de mí  
sin ti? Mi ser se desfallece.  
No te vayas. ¿Te parece  
que podré vivir sin ti?

DON CARLOS

Es fuerza, y resuelto estoy.  
Don Juan pidió ayer tu mano  
a don Gil.

ROSA

Es un villano!

DON CARLOS

Ya lo sé.

ROSA

¿Y te vas?

DON CARLOS

Me voy.

ROSA

¿Y a dónde?

DON CARLOS

A climas extraños,  
a las Indias orientales.

ROSA

¡Dios mío! ¿A regiones tales?  
¿Tardarás?

DON CARLOS

Tal vez tres años.

ROSA

¡Virgen Santa! ¿Y con qué objeto  
por tanto tiempo me dejas  
y tanto de mí te alejas?

DON CARLOS

Oye, Rosa, mi secreto.  
Yo soy pobre.

ROSA

¿Y qué te importa  
no ser rico? Yo te adoro;  
no vale una mina de oro  
tres años de amor.

DON CARLOS

Más corta  
puede ser mi ausencia, y mucha  
no es si me amas.

ROSA

¡Ay de mí!  
¿Son poco tres años?

DON CARLOS

Sí.  
Escucha, por Dios, escucha.

ROSA

¿Qué me puedes ya decir  
que si te vas me consuele?

DON CARLOS

Oye; en el alma me duele:  
pero tengo que partir.

ROSA

¡Dios quiera que me halles viva,  
si vuelves!

DON CARLOS

No desesperes  
jamás: en que tú me esperes  
todo nuestro bien estriba.  
Toma este anillo: del dedo  
de mi madre le saqué  
cuando murió: ten: yo sé  
que confiártele puedo.  
Dame tú una prenda tuya.

ROSA

Toma esta cruz: también era  
de mi madre.

DON CARLOS

Trae, y espera:  
mientras no te restituya  
esta cruz mantente firme.  
Mi amor sólo puede ser  
tuyo, y la muerte impedirme  
puede nada más volver.  
Mientras viva llevaré  
colgada tu cruz al cuello:  
será de tu amor el sello,  
y mi anillo el de mi fe.  
Temo que todo lo intenten  
contra mí: mas ten por cierto  
que aunque te digan que he muerto,  
si la cruz no te dan, mienten.  
No puede en mí haber mudanza:  
yo sólo un amor concibo  
que en mi alma quepa: yo vivo  
del tuyo con la esperanza.  
Yo puedo morir quizás  
en la empresa que a osar voy;  
mas la palabra que doy  
no puedo romper jamás.

Yo tengo un alma de acero:  
cuando yo emprendo una cosa,  
no lo olvides nunca, Rosa,  
o logro mi empresa, o muero.  
Ahora escúchame: las llaves  
te voy del secreto a dar  
para que puedas fiar  
en el porvenir. Tú sabes  
que nuestra raza descende,  
Rosa, de la estirpe real  
de una princesa oriental.

ROSA

La tradición lo pretende.

DON CARLOS

Y así es. La librería  
sabes que me encapriché  
por arreglar, y que un día  
y otro en ella me encerré.  
Pues bien; llevando adelante  
mi arreglo en una ocasión,  
me encaramé en un sillón,  
de lo alto de un estante  
por tomar un mamotreto:  
me así a una cornisa hueca:  
la madera estaba seca;  
se rompió y hallé un secreto:  
allí, entre el polvo que cuaja  
el tiempo en toda guarida  
que de airear no se cuida,  
encontré oculta una caja.  
La abrí, y su interior hallé  
partido en cuatro cuarteles,  
los tres llenos de papeles,  
y el otro ¿sabes de qué?

ROSA

¿De qué?

DON CARLOS

De monedas de oro  
y plata de sellos reales  
cuyos signos orientales  
descifré.

ROSA

¿Y ese tesoro  
te apropiaste?

DON CARLOS

Todo entero;  
mas no por lo que valía,  
sino por ser yo en el día  
su legítimo heredero.

ROSA

¿Pues cómo?

DON CARLOS

De los Rosales  
soy el último, y son de ellos  
los papeles y los sellos  
de la caja: son legales  
pruebas que de su derecho  
dan al mundo testimonio,  
de venir del matrimonio  
por una princesa hecho  
con un barón andaluz;  
como a nuestra descendencia  
probarían tu existencia  
ese anillo y esta cruz.

ROSA

Pero tu acción no es leal:  
tú no eres hoy el primero,  
ni nuestro único heredero.

DON CARLOS

Es verdad: en caso igual  
que yo está Juan, nuestro primo,  
y es fuerza que todo pase  
al que contigo se case.  
Mas yo tan sólo le estimo  
en lo que vale: y como él  
es avariento, y me temo  
que no lleve hasta el extremo  
su palabra, y sea infiel  
a su promesa en mi ausencia,  
guardar intento prudente  
lo que puede solamente  
probar mi amor y tu herencia.  
Porque aún hay más: entre aquellos  
dijes, que en su valuación  
son de escasa estimación  
por el solo valor de ellos,  
hay varias cartas que prueban  
que tiene cualquier Rosales  
ciertos derechos, los cuales  
son los que a la India me llevan.  
Y he aquí lo que te interesa  
saber: existió un doctor  
que con paternal amor  
a aquella oriental princesa  
la salvó honra, hacienda y vida;  
y uniendo a la real doncella  
con un barón, dejó en ella  
nuestra casa establecida.

ROSA

¿Y él?

DON CARLOS

Tan sólo les rogó  
que tomaran su apellido,  
y a las Indias se volvió.

ROSA

¿Y nosotros hemos sido  
Rosales por ser el suyo?

DON CARLOS

Sí: y oye por qué me voy  
a la India, y por qué hoy  
a don Gil no restituyo  
la caja. El doctor Rosales  
para nuestra descendencia  
vinculó otra nueva herencia  
en las Indias Orientales;  
y aquí tienes el billete  
que escribía en sus extraños  
climas, allá por los años  
seiscientos noventa y siete.

«Soy rico y feliz; mas viejo  
»mi ser a su fin declina;  
»cuanto tengo, Nasarina,  
»a ti y a tus hijos dejo.  
»Queda en las manos leales  
»de unos nobles portugueses  
»que capital e intereses  
»girarán por los Rosales.  
»La sociedad de quien queda  
»a cargo, indisoluble es:  
»si se disuelve la hereda  
»el erario portugués.  
»Tú eres rica: deja este oro  
»para que algún descendiente  
»de tu venidera gente  
»encuentre un día un tesoro.  
»He impuesto este capital  
»de modo que si algún día  
»enviaras de Andalucía  
»apoderado legal,  
»o andando el tiempo un Rosales

»viniera como heredero  
»a exigir este dinero,  
»mis condiciones son tales  
»que estos ricos portugueses  
»y los herederos suyos  
»tendrán que dar a los tuyos  
»el fondo y sus intereses.»

He aquí, Rosa, la razón  
de mi esperanza y mi viaje.  
Yo sólo a tu casa traje  
mi nombre y mi corazón.  
Dejé una carrera honrosa  
ya a punto de concluir:  
no tengo ya porvenir  
alguno y... te amo, Rosa;  
te amo con una pasión  
supersticiosa, exclusiva.  
Para ti es fuerza que viva  
tan sólo mi corazón.

Siempre entre gentes extrañas  
aislado viví; de modo  
que en ti he concentrado todo  
el amor de mis entrañas.  
Los que al ocio y diversiones  
se dan de la juventud,  
pueden tener multitud  
de afectos y de pasiones;  
yo, concentrado en mí mismo,  
sólo una puedo tener;  
pero esa tiene que ser  
profunda como un abismo.  
Esa tiene que llenar  
entero mi corazón:  
esa hasta mi salvación  
me hará tal vez arriesgar.  
Con esa resuelto estoy  
a morir: no hay ardua empresa  
que no acometa por esa:  
por ella a las Indias voy.

Si deseo poseer oro,  
es sólo para tener  
la certeza y el poder  
de conservar su tesoro.

Si tengo sed de dinero,  
es porque él me puede dar  
el poder para luchar  
con el universo entero;

mas no es su vil ambición  
lo que a las Indias me lleva;  
sino tu amor, que es quien ceba  
de fuego mi corazón.

No ir a la India es querer,  
sin luchar por ti, perderte;  
y yo prefiero la muerte,  
a tenerte que perder.

¿Comprendes por qué me voy?

¿No te convences, mi vida,  
de que debo ir?

ROSA

Convencida,

pero desolada estoy;  
de tu empresa el hondo afán  
te alentará siempre a ti.

Pero ¿que va a ser de mí,  
entre mi padre y don Juan?  
Tu fe se acrecentará  
con cada paso que avances,  
cada ventaja que alcances,  
tu esperanza aumentará.

En ti doblará tu aliento  
el mismo ardor del combate;  
pero a mí, Carlos, me abate  
un triste presentimiento.

Vete, si: te debes ir;  
no te lo intento estorbar;

pero déjame llorar  
al sondar el porvenir.  
¿Cómo sabré yo si vives?

DON CARLOS

Te escribiré.

ROSA

Y si recibo  
tus cartas ¿cómo te escribo?  
¿Cómo mis cartas recibes?

DON CARLOS

Encomendémoslo a Dios.  
Es lo mejor que hay que hacer;  
pues sólo él podrá vencer  
la voluntad de los dos,  
si eres firme.

ROSA

Lo seré;

mas yo quedo abandonada,  
por todos tiranizada,  
de todo esclava.

DON CARLOS

Ten fe.

ROSA

¿Si en la red de los amaños  
de Juan, incauto, te envuelves,  
si te matan, si no vuelves,  
Carlos mío, en los tres años?

¿Si mi padre más que en ti  
 fía en Juan: si le prefiere...  
 Si se arruina... Si se muere?

DON CARLOS

¡Rosa, ten piedad de mí!  
 ¿Crees que voy a tener pocas  
 dificultades que obviar  
 que las puedas aumentar  
 con las que tú me provocas?  
 Si pones entre los dos  
 el Poder Omnipotente,  
 doblaremos nuestra frente,  
 Rosa: mas sólo ante Dios.  
 Si la luz de mi esperanza  
 me apaga humano poder,  
 logrará sólo encender  
 el volcán de mi venganza.

ROSA

¡Carlos!

DON CARLOS

Perdona, alma mía:  
 me ciega la sola idea  
 de creer que posible sea  
 perder tu amor algún día.

ROSA

Nunca, Carlos.

DON CARLOS

Rosa, escucha:  
 si por voluntad de Dios  
 venimos al fin los dos

a caer en esta lucha;  
 si a través de tanto afán,  
 de tanto tiempo a través,  
 fuerza que cedamos es  
 al furor del huracán;  
 si ante nosotros se cierra  
 todo para separarnos,  
 y tenemos que arrastrarnos  
 por el fango de la tierra;  
 si el cuerpo, al cabo vencido  
 por la fuerza, la traición...  
 No importa por qué razón,  
 da al fin en tierra rendido:  
 si del martirio la palma  
 que aceptar, en fin, tenemos,  
 el cuerpo sacrifiquemos:  
 mas... guardémonos el alma.  
 Rosa, mi amor es tan casto  
 como el de un ángel, o un niño.  
 Jamás nutrió mi cariño  
 yerba vil de impuro pasto.  
 Júrame antes de partir,  
 aquí, en soledad y en calma,  
 guardarme la fe de tu alma  
 hasta después de morir.

ROSA

Te lo juro por el padre  
 que me engendró, por la luz  
 que me da Dios, por la cruz  
 que me dió al morir mi madre.

DON CARLOS

Pues bien: mi fe te lo jura  
 por la creación entera:  
 si muero mi alma te espera  
 en la eternidad oscura.

Ahora, Rosa, toma y vete:  
mis empeños con don Juan  
firmados dentro de él van:  
da a mi tío ese paquete.

ROSA

Adiós, Carlos.

DON CARLOS

¡Alma mía,

adiós!

ROSA

¿No me olvidarás?

DON CARLOS

Nunca, Rosa. ¿Y tú?

ROSA

¡Jamás!

Confía en mí.

DON CARLOS

Y en mí fía.

VII

Su despedida selló  
un ósculo: Rosa entró  
de don Gil al aposento:  
Carlos, el suyo con tiento  
cerrando, al patio bajó.

Y mientras él ensillaba  
su caballo con esmero,

del cuarto en que se hospedaba,  
al de Carlos medianero,  
pálido Juan se asomaba.

Carlos y Rosa olvidaron  
cuando al de Carlos entraron,  
que el tabique no subía  
hasta el techo; y cuanto hablaron  
don Juan desde el suyo oía.

Partió Carlos del castillo:  
y de él cuando iba saliendo  
don Juan desde un ventanillo  
le veía ir amarillo  
de envidia, entre sí diciendo:

«Te he escuchado y no me pesa.

»¿Compañía portuguesa

»de las Indias Orientales?

»Vete: cuanto me interesa

»me dejas en datos tales.

»Ve a la India, date prisa:

»tres años tienes cabales

»para cumplir tu promesa.

»Primo don Carlos Rosales,

»ya estás metido en tu empresa:

»pero ve por dónde sales.»

#### INTERMEDIO

La empresa de don Carlos y la mía  
son arduas a la par: los dos tenemos  
que hacer tres años esperar y un día,  
él a Rosa y yo al público.—Veremos  
de la empresa en que a tientas nos meti-  
mi don Carlos y yo cómo salimos. [mos,

El veinte de diciembre de ochocientos  
cuarenta y cinco comenzó su viaje  
don Carlos. ¡Quiera Dios que sus alientos,  
sus esperanzas y su pie no ataje  
el poder de contrarios elementos,  
mortal enfermedad, traición villana,

una en fin de esas mil calamidades que el hilo tuercen de la vida humana. Dejémosle por campos y ciudades, mares y soledades, ir cruzando con fe reinos extraños, acosado tal vez de adversidades, víctima de asechanzas y de amañes tal vez. Irle siguiendo día a día tarea larga y sin placer sería: pero llevemos cuenta con los años.

1846

Carlos escribió a Rosa el dos de enero desde Madrid, el diez desde Bayona y el treinta desde Londres. Con entero ánimo va, su fe no le abandona.

Un comerciante inglés, su compañero de colegio en París, es quien le abona su pasaje hasta Goa, y le abre un crédito, don de amistad sin término y sin rédito. Carlos era un mancebo precavido; el capitán Look-out, que había salido del colegio antes que él, y era seis años mayor, era un inglés serio y cumplido, pero capaz de comprender su idea, de arrostrar de un mal éxito los daños, y de aceptar el porvenir cual sea del paso más audaz que justo crea; y Look-out creyó justo el de Rosales. Guardó el original de aquellas pruebas en que Carlos se cree bien apoyado, de las cuales sacó copias legales. Look-out pertenecía en Londres a la rica Compañía de las Indias, y Carlos ha acertado dirigiéndose a él: Look-out, el día que partió, fué con él hasta el paquete y allí le dijo al despedirse: «Vete:

»aquí queda Look-out de ti al cuidado: «sabes que soy inglés, y soy tu amigo: «en cualquier ocasión cuenta conmigo.» Y todo el mundo sabe que esto en un buen inglés es cuanto cabe. Carlos partió, doblando su esperanza haber puesto en Look-out su confianza. En su postrera carta enviaba a Rosa tres sonetos, que a fe no son gran cosa, pero que es bueno que el lector los lea, porque aunque sus sonetos no son buenos están de amor y sentimiento llenos, y dan de su pasión completa idea.

A ROSA

EN SU ÁLBUM. (LONDRES).

I

Desde que pude amar adiviné que Dios iba a crearte para mí; desde que ser me dió, por donde fui, seguro de encontrarte te busqué.

Antes de ver tu faz, cuando te hallé mi alma sintió que estaba junto a ti: te amé desde la hora en que te vi: te amo y mientras viva te amaré.

Tu ser tiene la esencia de mi ser; mas en mi amor no hay átomo carnal, y si en lugar de hacerte una mujer

te hiciera Dios un ser espiritual, sin que jamás llegaras a nacer te amara en el no ser mi alma inmortal.

II

Nunca el arroyo al manantial volvió nunca los peces de la mar saldrán:

nuestras almas así: nunca podrán  
al destino faltar que Dios las dió.

¿Podrías tú dejar de amarme? No:  
pues como va el acero hacia el imán,  
una hacia otra nuestras almas van,  
y tú vienes a mí, y a ti voy yo.

Bien puede el tiempo entre los dos correr  
bien puede hervir entre los dos el mar,  
bien puede eterna nuestra vida ser;

mas nunca puede nuestro amor cambiar;  
no; ni puedo yo amar otra mujer;  
ni más hombre que yo puedes tú amar.

### III

Si un día ¡que nó vea yo jamás!  
mas quiero de ello hacer suposición,  
porque aunque hay cosas que imposibles  
[son alguna vez las hace Satanás:

Si un día a otro hombre de tu cuerpo das  
por engaño o por fuerza posesión,  
pues darle no podrás tu corazón,  
sin alma y sin amor se lo darás.

De él al llevarte tu deber en pos  
de mí te apartarás: yo moriré;  
mas Dios unió las almas de los dos,

y yo tu alma a reclamarle iré:  
y con la mía virgen, ante Dios  
a que muera tu cuerpo aguardaré.

Rosa, en diciembre, el dos, fecha de abril  
de Carlos otra carta recibió,

y supo que a las Indias arribó  
tras de vencer dificultades mil.

La empresa el primer año no iba mal;  
mas Rosa al fin del año comenzó  
miedo a tener, porque a saber llegó  
que don Juan había ido a Portugal.

### 1847

Don Gil tuvo de gota un fiero ataque,  
y su humor pasó de áspero a iracundo:  
ya no hay remedio que el dolor le aplaque.  
La pega en su furor con todo el mundo,  
y de su lecho ya no hay quien le saque.  
Rosa abriga de su alma en lo profundo  
dos infiernos que hiel le dan sin tasa:  
el de su corazón y el de su casa.

Al fin recibió carta el mes de octubre:  
pero a través de misteriosas frases le  
tan sólo en ella la infeliz descubre  
que empieza a presentar dudosas fases  
su porvenir oscuro: que se cubre  
la luz de su esperanza con un denso  
vapor de duelo: y lo que más la aflige  
es una poesía, despedida  
triste, expresión de su pesar inmenso  
que el infeliz don Carlos le dirige,  
y que viene en la epístola metida:  
y ya que sus sonetos conocemos,  
su despedida conocer podemos.

### ¡ADIÓS!—A ROSA

¡Adiós! Acaso más nunca me veas:  
pero graba en tu alma estas ideas,  
escritas solamente para tí:  
y cuando a solas mis palabras leas,  
sin mí, feliz o desdichada seas,  
acuérdate de mí.

¡Rosa, el mejor de los humanos seres,  
cifra de la virtud de las mujeres!  
Si pura como yo te concebí  
cual mártir vives, y cual santa mueres,  
cuando en presencia del Señor te vieres  
acuérdate de mí.

Si víctima infeliz de mis pesares,  
o presa de las ondas de los mares,  
Dios me envía a morir lejos de ti,  
mi alma vendrá a albergarse en tus hogares,  
y te dirá tenaz si me olvidares:  
acuérdate de mí.

No me olvides jamás: nadie en el mundo  
te amó con un respeto más profundo  
que el que te tuve yo mientras viví.  
Mi alma al dejar mi cuerpo moribundo  
de mi vida hasta el último segundo  
se acordará de ti.

Adiós, ídolo y luz del alma mía!  
En el amparo del Señor confía,  
y ora con fe porque me vuelva a ti;  
mas si de ti por siempre me desvía,  
si no vuelvo jamás, en mi amor fía,  
y de tu vida hasta el postrero día,  
acuérdate de mí.

Carlos tenía un corazón gigante:  
en sus cartas jamás se había mostrado  
triste o desanimado:  
en su esperanza y en su fe constante  
siempre había mirado adelante.  
¿Qué era, pues, lo que así le había mudado?  
¿Qué quería decir tal despedida?  
¿Temía por su vida?

¿La iba a exponer a inevitable daño?  
La desdichada Rosa no sabía  
cómo explicarse su lenguaje extraño:  
y atenta a si otra carta recibía  
contaba cada mes día por día,  
y en semejante afán se pasó el año.

1848  
El último del plazo. Ya corría  
el catorce de abril: desesperada  
Rosa los meses transcurrir veía  
y veía de angustia traspasada  
que carta de don Carlos no tenía.  
¡El quince! ¡El veinte! ¡El veinticinco!

[Nada.  
El veintiséis, sobre gallardo overo,  
potro aún, de la raza cordobesa,  
que pasó a su poder desde la dehesa,  
y que para él salió del picadero,  
se apareció don Juan por la llanura  
con paje y picador, haciendo fiero  
ostentación de ser buen caballero,  
y en su corcel ligero  
de jinete andaluz buena figura.  
Rosa, del sol poniente a los reflejos,  
viendo el plateado arnés brillar de lejos,  
el corazón latiente de esperanza,  
al balcón asomó, la barandilla  
hasta tocar, el busto... ¡Pobrecilla!  
Le tomó por don Carlos un momento.  
Vióla don Juan, que hacia el castillo avan-  
[ca,  
y saludóla atento:  
Rosa, al notar su error, volvió en su silla  
a dejarse caer con desaliento.  
Diez minutos después subió al castillo  
don Juan. Don Gil estaba insoportable:  
decía que don Carlos era un pilla.

un farsante, un hipócrita y un necio; un loco, un vagabundo, un miserable. Que bien lo había demostrado al irse, cuando de él se marchó sin despedirse; que escribir cuatro cartas en tres años era más que un insulto: era un desprecio, y uno más de sus muchos desengaños: que había obrado con baja y dolo; que sólo quiso al proponer su trato librarse de él, y abandonarle ingrato a que muriera despechado y solo. Y exaltándose más cada momento su dolor corporal, con el ausente se ensañaba, creyendo el sentimiento de su ausencia ocultar, precisamente cuando es prueba su enojo en tal momento de que le tiene a su pesar presente. Don Juan, que no anda a ciegas en el mundo, y que conoce el corazón humano, vio que el pesar del viejo era profundo aunque le trata de ocultar en vano; y comprendiendo bien que todavía su presencia no era para la hija ni el padre lisonjera, se detuvo en su hogar un solo día, mostrándose con él tan complaciente como galán con ella. Mas al siguiente, cuando el sol salía, montó en su overo, y se volvió prudente de su camino a deshacer la huella; y si traía oculto algún intento, lo suspendió para mejor momento. Don Gil volvió a rabiarse atormentado por su padre, la cuitada Rosa volvió a esperar, siempre constante. Pasó abril... pasó junio... iba adelante septiembre... Corrió octubre... esperó.

[¡Nada!

Llegó diciembre. El tres... el diez... podía llegar don Carlos en el mismo día del plazo. El quince... y el diez y nueve... [¡el veinte! Las dos... las tres... las seis... cerrado había la noche ya... las siete... no venía. Don Gil quedó en silencio... tristemente inclinó la cabeza sobre el pecho, despidió de su cuarto a Rosalía y se quedó sin luz. Era ya un hecho consumado. Don Carlos no volvía. Rosa con fiebre se metió en su lecho.

1849

Rosa estuvo a las puertas de la muerte. Pero su juvenil naturaleza fué, por fortuna, que su mal más fuerté. Al cabo de diez días, de su lecho se levantó sumida en la tristeza más honda; taciturna, casi inerte; siempre con su pasión dentro del pecho; siempre esperando a Carlos con firmeza, ya de verle volver sin confianza, mas de que vuelva aún con la esperanza, pues la esperanza en quien de veras quiere sólo muriendo quien espera muere.

Su padre, que jamás probado había, en su vida de joven borrascosa, ese infinito amor que Dios envía sólo a las almas predilectas, no osa turbar el duelo del amor de Rosa, y tolera su triste compañía porque él también a su manera siente honda inquietud por su sobrino ausente.

El trece de febrero se apeó ante la puerta del castillo Juan Diego de Astudillo, mozo de buen talante, tan diestro e intrigante

como audaz y valiente, criado de don Juan, y confidente que viene de don Juan por mensajero y portador de un pliego interesante. El pliego contenía de don Juan una carta y ejemplares de periódicos varios, portugueses, españoles e ingleses, sobre cuyas columnas se veía en distintos lugares, señalado a la margen con la pluma, un párrafo de triste contenido que en diferentes lenguas era en suma un artículo mismo traducido, y en distinta edición reproducido. Don Gil se avizoró cuando la vista al extender sobre papeles tales le saltó a ella el nombre de Rosales repetido en lo impreso; mas la pista al quererle seguir por los renglones, más pronto para ver de qué se trata, vió que la historia que el papel relata confirma sus secretas aprensiones.

Y como todavía

no ha entrado, que yo sepa, el universo en tan lata *poético-mania* que escriban sus artículos en verso de Lisboa y de Londres los diarios, y como puede haber lectores varios, gente de exactitud meticulosa, demasiado formal y escrupulosa, y capaz de tacharme de ridículos mis esfuerzos y afanes por reducir a versos en mi cuento el más indispensable documento, el trato epistolar de mis galanes y otros tales precisos adminículos, daremos aquí en prosa la carta de don Juan, y los artículos que enviaba adjuntos a don Gil y a Rosa. A más de que, si en verso los pusiera, pudiera ser muy bien que alguno hubiera capaz de suponer que yo lo invento; más claro: no faltara quien creyera que, al dar mi cuento por historia, mienta y que es falta esta historia verdadera; y pues que de mi crédito es asunto, quiero poner las cosas en su punto.

CARTA DE DON JUAN A SU TÍO DON GIL.

Madrid, 7 de febrero de 1840.

Mi querido tío: Adjuntos remito a usted varios periódicos, en cuyas columnas hallará usted marcada al margen con pluma la explicación del silencio y la ausencia de mi desventurado primo don Carlos, sobre cuya noticia excuso hacer a usted observaciones ni comentarios.

Trate usted de participárselas a Rosa del modo que juzgue menos peligroso para su nerviosa sensibilidad, y de reducirla, si le es posible, a conformarse con la voluntad de Dios. Mis negocios marchan prósperamente; en cuanto a la suma de la cual fué cuestión hace cuatro años, no se inquiete usted por ella; en el mes de setiembre haré a usted una visita; y si mi bella prima se ha resignado para entonces con su mala suerte, todo podrá arreglarse a satisfacción de todos.

De usted como siempre etc., etc. su sobrino,  
 Juan.

ARTÍCULO DEL «TIMES», REPRODUCIDO EN VARIOS PERIÓDICOS DE MADRID Y DE LISBOA.

Nuestro Corresponsal de Calcuta nos da los siguientes detalles sobre un caso de monomanía especial de nuestro siglo, que tiene tal vez su origen en la publicación y boga de ciertas novelas francesas, en las cuales se trata de millones y de tesoros, y que han engendrado ya algunos Dantes y algunos Reennepont. La historia de Carlos Rosales es una prueba patente de la mala influencia de semejantes lecturas.

Descendiente de una familia solariega de Andalucía, abandonó el colegio francés en el cual su padre le había puesto para pasar a las Indias Orientales, donde se le metió en la cabeza que debía de encontrar un tesoro legado a su raza por uno de sus antepasados. Sabido es que la mayor parte de las familias andaluzas tienen la pretensión de descender de príncipes, aunque sean moros; por consiguiente, en la de Rosales existía también la tradición de que había sido fundada por una princesa oriental. Carlos tomó la tradición imaginaria por historia verídica, y se lanzó a las Indias en busca de la herencia de la princesa; que, según la tradición, debía de estar en manos de una Compañía portuguesa, casi contemporánea nada menos que de San Francisco Javier. Llegado a Goa, empezó a importunar a cuantos ricos portugueses encontró allí establecido, empeñándose en que eran ellos los depositarios de su herencia. Rechazado por todos y amo-

nestado por las autoridades, se internó en las provincias de la India, en las cuales creía que sus ascendientes habían existido, y al cabo de algunos meses volvió a aparecerse en Calcuta pertrechado con nuevos documentos justificativos encontrados, o más probablemente inventados por él, en las comarcas de Delhi y de Arungabad, que acababa de reconocer. En Calcuta volvió a entrar en cuestión con cuantos portugueses tenían allí comercio o hacienda: unos le oyeron con indulgencia y otros se le esquivaron como pudieron, convenciéndose todos de que no estaba cabal de juicio; pero habiendo tropizado con un oficial de la Marina portuguesa, cuyo amor propio no pudo resistir las importunidades de Rosales, aceptó un duelo propuesto por éste en un café, y vino a caer miserablemente a manos de semejante maniático, quien le pasó el pecho de dos tocadas tiradas a fondo, según los testigos, con toda la rapidez y seguridad de la sala de armas de Grissier. Las autoridades se apoderaron de Rosales; pero de la sumaria que se le formó, y de las declaraciones de los médicos que fueron consultados, resultó el reconocimiento positivo de la enajenación mental en que se hallaba el heredero de los tesoros de la princesa, que fué por consiguiente absuelto, pero encerrado en la casa de dementes. El aislamiento de su encierro cambió la manía de su locura, y dió en llorar día y noche sobre una cruz que llevaba al cuello, que había defendido siempre desesperadamente, metiéndosela en la boca, y que él tomaba por un talismán capaz de sacarle con bien de todas sus aventuras. Esta tranquila manía le libró de que se usara con él de rigor alguno, y andaba libre por el establecimiento, ocupándose sin resistencia en lo de que sus directores le creían apto: él se presentaba todos los días en la dirección a pedir su libertad, tras de cuya negativa volvía en silencio a sus ocupaciones. Pero una noche, exaltándose de nuevo su cerebro y habiéndose descuidado con él los guardianes de servicio, se lanzó por una ventana, salió al muelle y quiso forzar a unos bateleros a conducirlo a bordo de un buque inglés, que debía hacerse a la mar al día siguiente. Los bateleros, ignorando su estado de alienación mental, y ofendidos de sus denuedos, pasaron con él a vía de hechos para quitársele de encima, y después de una lucha de algunos minutos, en la cual el Rosales, que era joven y robusto, hirió malamente a algunos y fué de los otros no poco maltratado, se arrojó al agua y desapareció. El capitán del buque inglés y los patronos de las demás embarcaciones surtas en el puerto declararon no haberle recibido a bordo. Puede, pues, tenerse por indudable su fin: pues no es probable que hubiera desistido de una de sus dos manías, o de la de embarcarse o de la de volver a pedir su herencia. He aquí los frutos de la lectura de las descabelladas invenciones de los poetas y novelistas modernos.

Pero aún no es esto todo. La historia del Rosales tiene una segunda parte más curiosa, si cabe, que la primera. A los cinco meses de la desaparición del desventurado maniático, se presentó en Calcuta el capitán Look-out, su amigo y compañero de colegio, provisto, según dijo, de los documentos originales, en cuyas copias apoyaba sus derechos el loco: y empeñado el inglés en no creer posible la muerte del español ha empe-

dido una exploración por aquellas costas salvajes para encontrar a su amigo, cuya presencia cree necesaria en Portugal; pero de cuya expedición volverá, si vuelve, como se ha ido; porque el fondo herbáceo de aquellas aguas no devuelve jamás la presa que tragan sus ondas. Todo el mundo hace, sin embargo, justicia a la lealtad del capitán Look-out, el cual ha demostrado en esta ocasión que le ha sido perfectamente aplicado el apellido que lleva.

He aquí, lector, tal cual es la rápida relación que de la historia en cuestión daba el periódico inglés.

Don Gil quedó taciturno, discurriendo cómo hacer para hacérsela saber a su hija Rosa a su turno.

Mas viendo que al cabo era que la supiese preciso, tuvo por mejor aviso que ella misma la leyera;

que los papeles la dió, prevenido a un accidente; mas Rosa, aunque ávidamente, con firmeza los leyó:

Rosa esta nueva cruel tomó al parecer con calma, porque tenía su alma tan saturada de hiel, que no podía una gota aumentar ya su amargura. Cuando acabó su lectura sintió que la fuente rota de su llanto desbordaba por sus ojos: donde al menos vio don Gil síntomas buenos, pues su dolor desahogaba.

Fué en verdad prueba muy ruda; mas no acabó con su vida; Rosa continuó sumida en una tristeza muda.

Don Gil espera con calma que su dolor se la pase con el tiempo.—¡Necia frase, pues Dios hizo eterna el alma! Llegó setiembre y don Juan vino... mas ya basta de esto: mejor de mi historia el resto ver sus héroes nos harán.

## CAPÍTULO PRIMERO

### CATÁSTROFE DEL DRAMA Y EPÍLOGO DE LA LEYENDA

1852

Había muerto don Gil el día treinta de julio de ochocientos cincuenta; noticia en prosa vil, baja y rastrera, como la puede dar mi lavandera; pero que no la dieran más exacta ni el mismo calendario ni la epacta. Los que viven creyendo todavía que siempre ha de mentir la poesía, de esta verdad de a puño tomen acta. Mas vamos adelante con los hechos. Fuera porque don Juan se dió a ello traza, fuera porque don Gil tomara a pechos que no se concluyera en él su raza, ello fué que a la hora de su muerte

de Rosa y de don Juan unió la suerte; y un padre que suplica en la agonía ¿qué promesa filial no rompería? Rosa llegó al altar como una estatua, sin corazón, sin sentimiento, fría, del que nunca fué amante a ser esposa; logró en ella don Juan su ambición fatua: don Juan era barón... y mártir Rosa. Al mes del matrimonio Rosalía encerró su vejez en un convento; Rosa en la sombra y soledad vivía de su antigua mansión de Andalucía; don Juan, a sus negocios más atento que a Rosa, puesto siempre en movimiento, de Granada a Madrid iba y venía: porque desde el momento de su desventurado casamiento, de barón con el nombre, y de marido, la maldición de Dios le había caído. Él, siempre tan feliz en sus empresas, no ponía ahora mano en cosa alguna en que no hallara adversa la fortuna; y en un año perdió sumas tan gruesas que para reponerse de los daños que en unos cuantos meses han hecho en su caudal tales reveses, iba a necesitar algunos años. Empezó a cavilar, y a andar sombrío: supersticioso y ruín, su mala suerte achacó a la influencia de su esposa, y un genio más tiránico y más fuerte, más airado y tenaz que el de su tío descubriendo por fin, dió contra Rosa, para cuya infeliz y triste suerte son remedio no más Dios y la muerte.

Y de esta vida interior

el perpetuo torcedor  
puede sólo imaginar

quien sepa lo que es estar  
mal casado y sin amor.

## II

El veinte y tres de abril llegó a Granada, volviendo de Madrid, don Juan Rosales, silencioso, sombrío, demudada la faz: no cual solía a grande costa en su silla de posta, cómoda y bien forrada, con paje, postillón y dos zagales, sino en las diligencias generales como la gente poco acomodada. ¡Cosas del mundo, y del destino vario! Don Juan, que hacía un año que en la corte era admirado por su tren y porte; que era dueño, accionista o empresario de cuanto banco o trata lucrativa estaba en alza o producción activa; que era en fin un banquero millonario, por una desventura inexplicable vino a dar en tan rápido descenso, que errando en sus empresas una a una había perdido un capital inmenso. Parecía que de él había apartado Dios su mano auxiliar y poderosa cuando por ser barón se había casado bajo un signo maléfico con Rosa. Volvía de Madrid desesperado para ver si unos meses de reposo podían conjurar su hado funesto, y salvar a lo menos cauteloso de su mermado capital el resto. Así que, habiendo vuelto de improviso con poco haber, y con maleta escasa, sin despedirse allá, ni dar aviso de su vuelta a la gente de su casa, turbado por fatal presentimiento

por la primera vez su pensamiento, solo, triste, hastiado, caviloso, en su futura decisión perplejo, inquieto, y sin motivo receloso, emprendió hacia su aislado castillejo antes de amanecer el corto viaje, sin criado, sin armas ni equipaje, y en un recién comprado caballo. Tal modo de viajar había sido por don Juan elegido por precisión y gusto juntamente: va así, en primer lugar, porque no deja la tierra desigual de aquel partido caminar por sus términos en coche: y, en segundo lugar, porque ha querido salir de propio intento por la noche para esquivar la vista de la gente: de manera que el alba todavía no apuntaba, pues él contado había con la luz suficiente de la luna tardía,

cuyo fanal brillaba en tal momento suspendido en mitad del firmamento. Salíó don Juan de la ciudad: metióse por las huertas del Darro, y en un grueso capotón embocado, entre lo espeso de los floridos árboles perdióse.

Cuando a lo lejos él en la arboleda se hundía, tras los anchos malecones de un aislado molino que a la derecha del camino queda, pareció poco a poco otro viajero en un corcel soberbio caballero, que tomando los curvos callejones de las huertas que forman la vereda única que a don Juan abre camino para ir a su castillo, tras su paso enderezó los suyos, de Rosales al mismo rumbo acaso

llevando; mas con una circunstancia extraña: que guardaba siempre iguales con los de aquél el paso, y la distancia, avanzando como él a paso lento a pesar del vigor y la arrogancia de su hermoso caballo, que impaciente iba tascando el freno tan violento, que el caballero su inquietud ardiente podía sosegar difícilmente.

De cortijo en cortijo, y huerta en huerta, hora y media después de la espesura saliendo, dió don Juan en la llanura inculca y descubierta

que a la Alpujarra indómita conduce, y cuya extensa soledad desierta un efecto fantástico produce sobre el viajero que a cruzarla acierta por la primera vez. Todo el terreno de accidentes extraños está lleno: caprichosos peñascos, torreones moriscos derruídos, que destacan sobre el cielo sus rotos paredones.

Robles añosos que sus ramas sacan como brazos de errantes esqueletos de sus ruinas informes por encima; zarzas tupidas y silvestres setos que ciñen como un árabe turbante de las colinas ásperas la cima: todo en aquel paraje poético y salvaje, presenta ese carácter misterioso y cerril, esa faz extravagante, mezcla de la aridez del arenoso páramo y de la fresca y ondeante vegetación del valle hondo y umbroso, carácter peculiar de toda tierra, donde acabando un llano exuberante comienzan las quebradas de una sierra. Mas hay en esta tierra todavía

otra causa especial por sí bastante para hacerla más triste y más sombría; todo en aquellos páramos encierra algún recuerdo de época distante cuya memoria o tradición aterra: todo ha sido teatro en algún día de actos horribles de venganza y guerra. Allí por más de un siglo se batieron con desesperación dos fieras razas que dominar la tierra pretendieron y de la asolación que allí trajeron con su guerra mortal aún quedan trazas. Aquella es una tierra de memorias sangrientas, y fantásticas historias.

Al salir a estos páramos desiertos don Juan, mezclaba el alba vacilante sus resplandores pálidos e inciertos con la luz de la luna rutilante, cuyos rayos de plata el sol, que el cielo al alborear colora, uno por uno al ascender devora su blanquecina luz hasta que mata.

Iba don Juan pasando por delante de una arruinada ermita, tristemente meditando en la rápida mudanza de su suerte inconstante, cuando sintió tras él distintamente, y no sin interior desconfianza, el galope seguro y resonante de un caballo que hacia él rápido avanza.

Don Juan no era cobarde, y evitando curiosidad, que parecer podía miedo, siguió tranquilo adelantando, mas aunque sobre sí, y alerta estando, sin volverse a mirar quién le seguía. A los pocos instantes el viajero, que su senda tomó cuando él se hundía en la espesura, le alcanzó: y su fiero caballo refrenando, con Rosales

mostró querer marchar de compañero y a través con él palabras tales: Buenos días, don Juan. Él, sorprendido, respondió.—Buenos días, caballero.

CABALLERO

Tiempo ha que una ocasión hallar quería para hablaros a solas.

DON JUAN

A fe mía

que más solo que aquí no habéis podido discurrir el buscarme en parte alguna.

EL CABALLERO

Por eso estos desiertos he elegido para ello.

DON JUAN

¿Y a quién tengo la fortuna de hablar, pues que de vos soy conocido?

EL CABALLERO

Al capitán Look-out, señor Rosales, que sólo para veros ha venido no ha mucho de las Indias orientales.

Don Juan palideció bajo el embozo y nada respondió: calló un momento también Look-out, y de camino un trueno hicieron sin chistar, y a paso lento. Look-out, cuando el silencio encontró la plática anudar tornó a su cargo. [5]

CAPITÁN

Creo que habéis tenido suficiente tiempo para buscar en la memoria de mi nombre el recuerdo. Es evidente que conocido os es, pues de mi historia habéis hecho escribir sucesos varios para darlos a luz en los diarios.

Don Juan siguió callando, fuera porque memoria de él no hacía, o porque responderle no quería.

CAPITÁN

¿No respondéis, don Juan? Aunque extranjero lo bastante vuestra lengua para citaros un refrán: *quien calla olorga*.

DON JUAN

No os conozco, caballero, ni os he visto jamás.

CAPITÁN

No quiero a mengua achacaros, juzgándola evasiva, vuestra seca y redonda negativa; porque no creo que seáis cobarde. Mas una vez que es fuerza que reciba vuestra respuesta tal cual es, dejemos al capitán Look-out para más tarde, pues no le conocéis, y recordemos a otro, don Juan, de quien hablar debemos. Vos teniais un primo, y lo que es ese sí que os es conocido, mal que os pese.

DON JUAN

¿De quién queréis hablarme?

CAPITÁN

De don Carlos: para vos de su parte encargos tengo: y como es buena la ocasión, quisiera a su satisfacción desempeñarlos, pues a eso sólo de su parte vengo.

DON JUAN

¡Vive!

CAPITÁN

—Pero es igual que si viviera, puesto que vivo yo. Conque sigamos hablando.

DON JUAN

Usáis un tono de ironía cuya oculta intención, según concibo, trae, capitán Look-out, por vida mía, un cierto no sé qué provocativo.

CAPITÁN

Si os parece mi tono algo ofensivo perdonad: mas don Carlos me decía que le usabais con él en algún día.

Don Juan calló, porque en aquel momento le ocurrió un espantoso pensamiento. El capitán siguió con cortesía:

CAPITÁN

Don Carlos era un mozo algo violento y el encargo que os traigo de su parte es preciso, don Juan, que ambos tengamos al recibirle y darle mucho tiento.

DON JUAN

¿Y cuál es?

CAPITÁN

Dispensad que no me aparte de sus propias palabras. No es muy largo su mensaje; pero es un poco duro de expresiones, de oírse un poco amargo, y difícil de dar, os lo aseguro, para un soldado como yo sin arte retórico.

DON JUAN

El preámbulo os estimo: mas cortemos inútiles coloquios: dádmele, capitán, sin circunloquios.

CAPITÁN

Pues oído: me dijo vuestro primo simple y sencillamente que os buscase, don Juan, y donde quiera que os hallara sin pararme a cruzar razón ni frase con vos, porque era inútil, que os matara.

Esto al oír, por natural instinto don Juan entre los dos alargó el trecho, y aunque inerte, la mano llevó al cinto. Del inglés el intento era distinto, y no hizo movimiento, más estrecho

para hacer el espacio establecido entre ambos por don Juan, sino que al llevándose la mano, dijo, erguido: [pecho hay gran trecho, don Juan, del dicho al hecho. De vuestro primo os repetí la frase; mas no temáis que de palabra pase: conque no os esquivéis: porque aunque en medio de un camino, [estamos en tomarme haréis mal por asesino. Un caballero soy: llegad y hablemos.

DON JUAN

Me he apartado de vos porque el partido no es para ambos igual.

CAPITÁN

—Pues escuchadme y veréis que soy hombre comedido, caballero y leal.

DON JUAN

Disimuladme: mas vuestra lealtad tiene aquí visos de una insigne traición: venís armado, y de mis movimientos con avisos, según pienso, seguros, embosado, y sin duda a intención muy bien montado, cuando yo voy de viaje descubierto, indefenso y descuidado. Ya veis que os hablo en términos precisos.

CAPITÁN

Y yo, porque veais en cuanto aprecio vuestra persona y lealtad, que ultraje

no os quise hacer, pues de leal me precio,  
voy a cambiar al punto de lenguaje.

DON JUAN

Y haréis bien, capitán; porque a fe mía  
que el que tuvisteis hasta aquí conmigo,  
un tanto fanfarrón me parecía.

CAPITÁN

Pues escuchad los cargos verdaderos  
que en nombre de don Carlos vengo a ha-

[ceros;

y si os justificáis, a Dios os juro  
que atrás me vuelvo y continuáis seguro.

¿Escuchasteis o no la despedida  
de don Carlos y Rosa? ¿Habéis pedido  
en Lisboa a una empresa establecida,  
como vuestro un millón de qué el Erario  
era cien años ha depositario?

¿Habéis puesto asechanzas a la vida  
de don Carlos, enviando un asesino  
de Portugal con orden de matarle,  
y con disfraz de capitán marino?

¿Habéis enviado o no a los tribunales  
ingleses de la India falsos datos,  
testigos falsos, y órdenes reales  
obtenidas por dolo o por dinero,  
contra Carlos Rosales?

¿Habéis sido leal a los contratos  
que teníais con él? ¿Le habéis artero,  
con ocultos amaños,  
y traidores manejos ilegales,  
obstáculos opuesto personales  
para que no volviera a los tres años?

¿Habéis, en fin, tomado por esposa  
por medios espontáneos y leales  
a vuestra prima Rosa,

que de Carlos estaba a la venida  
a casarse con él comprometida?

Responded si es o no todo eso cierto:  
porque todo eso es lo que os imputa  
vuestro primo don Carlos, loco o muerto,  
según vos y la prensa, allá en Calcuta.

DON JUAN

¡Según la prensa y yo! ¿No es, pues,  
seguro que haya muerto?

CAPITÁN

La cuestión no es esa:  
esclarecer vuestro pasado oscuro,  
justificaros es lo que interesa.

DON JUAN

¿Justificarme? Dios hasta ese paso  
puede sólo arrastrarme: a Dios le diera  
cuentas no más: a Dios... y en todo caso  
a mi primo don Carlos, si viviera.

CAPITÁN

Os repito, don Juan, que yo en su nom-  
[bre  
vengo con su poder, con su ser mismo;  
que podéis responderme en este día  
como si ambos formáramos un hombre  
solo; como si su alma fuera mía.

DON JUAN

No os quiero responder qué es de él  
[primero  
sin saber, y si miente el mundo entero.

**CAPITÁN** — que de Carlos  
 Pues lo vais a saber. Allá existía la herencia del doctor: mientras vivía allí, encontró don Carlos su tesoro, y yo giro con él por cuenta mía según las puestas y sumas enormes, porque nada en oro. Dos años ha que yo vuestras acciones espío cautamente, y os arruino en especulaciones según la prensa y en las que os hice al fin perder el tino. A mí es a quien debéis vuestra pobreza y vuestro deshonor; y ahora vengo a deciros, don Juan, que soy quien tengo, que llevo sobre mí vuestra riqueza: los créditos y títulos legales del inmenso caudal de los Rosales. Ahora bien; de don Carlos en el nombre, os debo de matar, no de hombre a hombre arriesgando mi vida en lid incierta, sino de cualquier modo, a mano cierta, don Juan, atravesándoos como a un perro rabioso; pero aún voy la última puerta a abriros.

**DON JUAN**

¡Una puerta!

**CAPITÁN**

Sí, de hierro.

Apeaos, don Juan: los dos a solas estamos: esa ermita tiene un piso embaldosado, igual, seguro y liso: dos espadas he traído y dos pistolas; que muera es uno de los dos preciso, para salir los dos de compromiso.

**DON JUAN**

Vuestra proposición es de comedia.

**CAPITÁN**

Aunque es caso en el día extraordinario, es un juicio de Dios de la Edad Media. Si os mato, de don Carlos la venganza cumpla: si me matáis sois, millonario, y os juro que nuestra ira a más no alcanza.

**DON JUAN**

No quiero.

**CAPITÁN**

No os halague la esperanza de poderme ganar a temerario. Batíos; o fuerza es que, aunque me pese, la espada por el cuerpo os atraviese.

**DON JUAN**

No quiero.

**CAPITÁN**

Voy a haceros una injuria que os excite la ira hasta la furia.

**DON JUAN**

No.

**CAPITÁN**

Tengo que ir a ver a vuestra esposa.

DON JUAN

¿Para qué?

CAPITÁN

Traigo cartas para Rosa.

DON JUAN

Basta: dad una espada.

CAPITÁN

¡Hola! Parece

que os toqué ya, don Juan, donde os es-  
[cucece.]

DON JUAN

Vamos.

CAPITÁN

Eso, don Juan, ya es otra cosa:  
vamos: precisamente ya amanece.

El paso enderezaron a la ermita:  
ataron los caballos, y en el santo  
recinto abandonado, que no habita  
ya monje alguno, entraron: y entretanto  
que su ropaje cada cual se quita,  
vió cada uno que el lugar es cuanto  
para negocio tal se necesita.  
Parecía que estaba ya prevista  
su llegada: está el piso sin escombros  
y seguro. Don Juan fijó la vista  
sobre su misterioso antagonista.  
Era alzado de pecho y ancho de hombros,  
de cuello muscular; más que mediana  
su estatura: una parte del semblante  
se cubre con la barba; lo restante

con una media máscara italiana  
que don Juan no había visto hasta este  
[instante  
porque era de color muy semejante  
a la tez natural. Desnudo el pecho  
mostró, para hacer ver que no le encierra  
bajo defensa alguna, y puso en tierra  
una de sus espadas; lo cual hecho,  
dió dos pasos atrás con hidalguía.

Don Juan permaneció de pie derecho  
mirando su antifaz con ironía,  
mas sin bajarse a recoger su acero.

CAPITÁN

¿Qué os detiene?

DON JUAN

La máscara. Yo quiero  
saber con quién me bató.

CAPITÁN

No se eluda  
por tan poco la lid. Ya está desnuda  
mi faz. ¿La conocéis? Y mostró entero  
su semblante a don Juan, que dando un  
[paso  
miró aquel rostro pálido y severo  
del naciente crepúsculo al escaso  
albor.

DON JUAN

No sé si sois el que primero  
pensé: de vuestra faz severa y ruda  
se me escapa el recuerdo por ligero.

CAPITÁN

Pues en guardia: tal vez os preste ayuda la lid a la memoria; porque espero que mi porte de que es no os deje duda el capitán Look-out un caballero.

DON JUAN

No: vuestro porte vuestro honor escuda. Don Juan tomó su espada: y fijamente sin dejar de mirarle, en su terreno pálido se plantó, pero sereno.

En su línea el inglés entró de frente y se trabó el combate cautamente. Don Juan tiraba bien: fué su maestro Cea, y no era cobarde: mas es frío.

Mientras no se ve sangre, un desafío a florete. Don Juan intentó diestro tantear a su enemigo: pero al punto conoció que su duelo era un asunto serio, y al capitán tiró derecho tres estocadas rápidas al pecho.

El inglés las paró, no sin trabajo: don Juan entró en calor; mas con extrema precaución empezó a tirar por bajo [ma a la italiana. El capitán tiró con flema; mas siempre sobre sí mientras ataja sus ataques le dijo: «Mal sistema don Juan; es mala escuela y os relaja la cintura: además, un hombre noble por afán de vencer nunca se baja tantos. Don Juan, con una finta doble, se corrió del inglés sobre la espada y le dió por respuesta una estocada.

Pero apenas sintió que había tocado don Juan, dijo el inglés: «No ha sido nada». Y entre las dos costillas sexta y quinta le devolvió el inglés su doble finta.

Con un puntazo recibido y dado es como en una lid se entra en materia, y el duelo es desde entonces cosa seria. Don Juan comprendió bien que era preciso o morir o matar: y aunque no quiso ni un punto descansar por no enfriarse, conoció que empezaba a fatigarse.

CAPITÁN

Creo que os he tocado.

DON JUAN

No fué cosa: mas si como decís sois caballero, no me canséis.

CAPITÁN

No es eso lo que quiero.

DON JUAN

¿Pues qué?

CAPITÁN

Saber si amáis a vuestra esposa.

DON JUAN

¿Por qué?

CAPITÁN

Vuestra pregunta es excusada: porque Carlos amaba mucho a Rosa.

DON JUAN  
 Pues bien; la amo: tomad esa estocada,  
 y tiró al capitán una furiosa.  
 La estocada iba bien: mas fué parada.  
 Don Juan bajó el florete: iba perdiendo  
 sangre: ijadeaba ya con anhelosa  
 respiración, y en la pared arrimo  
 un momento buscó, siempre curiosa  
 fijando en el inglés tenaz mirada.  
 El sol, que al horizonte fué subiendo,  
 brillaba ya con luz esplendorosa:  
 el inglés, que también bajó su espada,  
 con oculta intención siguió diciendo:

CAPITÁN  
 ¿Y Rosa os ama?

DON JUAN  
 Sí.

CAPITÁN  
 ¿Más que a su primo?

DON JUAN  
 Más.

CAPITÁN  
 ¿De veras?

DON JUAN  
 De veras.

CAPITÁN  
 Ya comprendo  
 porque os batís tan bien.

DON JUAN  
 Y yo estoy viendo  
 que me queréis matar como un villano.  
 Sois más fuerte que yo; tenéis más mano,  
 y me estáis fatigando expresamente.

CAPITÁN

No; pero viendo estoy que sois valiente;  
 y si os ama en verdad, impulsos siento  
 de compasión por vos. En tal momento  
 don Juan con imprevisto movimiento  
 sobre el inglés cayendo de repente,  
 le tiró una estocada tan traidora,  
 que a no haber hacia atrás andado listo  
 en saltar, era allí su última hora.  
 Mas volviendo a ponérsele de frente  
 con desprecio le dijo: «¡Vive Cristo!  
 »Ya te iba a perdonar por amor suyo;  
 »pero no la mereces por lo visto.  
 »¡Siempre has sido traidor! Fué vicio tuyo.»  
 De estas palabras al terrible acento,  
 y del inglés a la feroz mirada,  
 esclareció una idea el pensamiento  
 de don Juan... Mas no pudo decir nada:  
 porque de revelarla en el momento,  
 le pasó el corazón una estocada.

III

Era la tarde de aquel día: Rosa,  
 desde el balcón de su alto castillejo,  
 contemplaba la Vega tristemente  
 ir cambiando de tintas al reflejo  
 y reverberación esplendorosa  
 de la trémula luz del Sol poniente.  
 Cuando traspuso el horizonte en sombra,  
 tibia quedó la vega granadina.

del castillejo al pie, como la alfombra verde, según la ley, con flecos de oro que tiende el Muftí ante el Kalifa moro, cuando ora en la mezquita tunecina.

Rosa en el punto mismo que sus ojos deslumbrados no fueron del sol traspuesto con los rayos rojos, tendió su melancólica mirada por la llanura verde,

por la cual el camino de Granada bajo los frescos árboles se pierde; costumbre que conserva desde el tiempo en que a esperar en el balcón salía la vuelta de su amor, que no volvía.

Hoy, que ya a nadie espera, aquel pa-animando alcanzó por el sendero a ver adelantarse un caballero, cuyo caballo inglés, y cuyo traje de montar, cuyo jockey y escudero desde luego le dan por extranjero; y según el jinete va avanzando, más va el que llega su atención llamando.

Un hombre todo nervios y tendones, de hombros robustos y elevado pecho, y cuello de atleta, hercúleo y derecho, vista audaz, varoniles proporciones, y como los que viven en naciones cálidas, de las que él sin duda vino, trae larga barba y el color cetrino.

Y hombre parece a los trabajos hecho del mundo, familiar con las acciones de guerra, y con los riesgos del camino, que tuvo que arrostrar en las regiones que atravesar tal vez le hizo el destino; singular en el aire y las facciones, acaso militar, tal vez marino. Rosa miraba absorta aquel jinete que de inglés y oriental aires extraños tiene, y se puso a calcular qué asunto

le trae, o qué deleite se promete al visitar un punto que no visita nadie hace diez años. En tanto el caballero, de extraña faz, pero gentil talante, por la cuesta adelante del castillo tomó por el sendero. De su caballo a asir vino el rendaje su jockey, y apeóse ante el castillo: visita a recibir tan imprevista salió al punto Juan Diego de Astudillo, el paje y confidente de don Juan. Deteniendo en él su vista sólo un momento, pero fijamente le alargó el extranjero gravemente su tarjeta, y se puso de su traje y faz con su pañuelo de batista el leve polvo a sacudir del viaje. Al leer su tarjeta exclamó el paje: ¡el capitán Look-out! ¡Dios nos asista!

Tomó Juan de Astudillo la escalera para avisar a Rosa; mas aunque era ágil y mozo Juan, y aunque violento subió precipitado a la carrera, apreció tras él, en el momento de abrir de su señora el aposento, del capitán inglés la faz severa.

#### IV

#### ESCENA

Al recibir del paje la tarjeta Rosa, y del capitán al leer el nombre, trémula y sin acción, su vista inquieta fijó Rosa en el rostro de aquel hombre que estaba inmoble en la penumbra in-

en que la colgadura que decora  
su dintel deja el cuadro de la puerta.  
A Rosa, en la inquietud que la devora,  
momento tal le pareció una hora.

CAPITÁN

Creo que tengo el honor  
de encontrarme ante la esposa  
de don Juan.

ROSA

ROSA

Sí, señor.

CAPITÁN

CAPITÁN

¿Rosa  
de Rosales?

ROSA

Sí, señor.

CAPITÁN

Excusad; mas al intento  
que traigo importa no poco  
saber que no me equivoque  
por vos misma.

ROSA

No.

CAPITÁN

Un momento

de plática reservada  
deseo tener con vos.

ROSA

¿En nombre de quién?

CAPITÁN

De Dios,  
si estáis a gusto casada.

ROSA

¡Dios mío! Sí que lo estoy;  
pero ¿por qué lo dudáis?

CAPITÁN

Si un instante me escucháis...

ROSA

¡Sí! ¡Sí!

CAPITÁN

A deciroslo voy.

ROSA

Salid, Juan Diego.

CAPITÁN (Al paje)

Y cerrad:

Mas si os quedáis para oír  
a la puerta, os va a salir  
cara la curiosidad.

Mudo y mohino se alejó Astudillo,  
encajando la puerta en su pestillo.

CAPITÁN

Esa tarjeta al háceros pasar, supuse, señora, que mi nombre antes de ahora conocido debe seros.

¿Me hacéis la honra de decir si estoy o no en la verdad?

ROSA

¡No me hagáis, por Dios, sufrir! Hablad, capitán; hablad. Hablad de él. ¿No erais su amigo?

CAPITÁN

¿Lo sabéis?

ROSA

Su historia cruel he leído en un papel que llevo siempre conmigo. Rosa mostró el periódico en que estaba la relación fatal, y que consigo desde que vino a su poder llevaba, dando en el seno en que su amor moraba a aquel recuerdo material abrigo.

CAPITÁN

Entonces lo sabéis todo.

ROSA

Todo.

CAPITÁN

¡Y os habéis casado!

ROSA

Ya me lo habéis preguntado dos veces. Sí.

CAPITÁN

De ese modo tomad.

ROSA

¿Qué me decís?

CAPITÁN

—La cruz

que hice de traeros promesa: aunque hay ya muy poca luz servíros mirar si es esa.

Rosa, del lado del balcón volviéndose, dijo al mirar su cruz enterneciéndose:

ROSA

Esta es.

CAPITÁN

Tomad también estas cartas: son las solas que a través de azares y olas le llegaron: vedlas bien.

ROSA

Sí, sí: son mías.

**CAPITÁN**  
 Tal es, señora, la comisión que me ofrece la ocasión de ponerme a vuestros pies, y que yo he cumplido: ahora, antes de irme del castillo, servíos darme, señora, su última carta y su anillo.

**ROSA**  
 ¿Su anillo queréis?

**CAPITÁN**  
 ¿No os di su cruz?

**ROSA**  
 Sí: mas ¿para qué su anillo?

**CAPITÁN**  
 Para que aquí no haya prendas de su fe, que rescatar prometí.

**ROSA**  
 ¡Dios mío! Me estáis haciendo rodar dentro de un abismo.

**CAPITÁN**  
 Permitidme que lo mismo os diga yo. No comprendo

cómo vaciláis en darme unas prendas que no son para vuestro corazón caros.

**ROSA**  
 ¡Queréis insultarme!

**CAPITÁN**  
 ¿Pues aún amor le tenéis?

**ROSA**  
 Vuestra pregunta es osada para una mujer casada.

**CAPITÁN**  
 ¿Lo veis, señora? ¿Lo veis? Tenemos que ir a parar a lo mismo siempre.

**ROSA**  
 ¿A qué?

**CAPITÁN**  
 A que si aún le guardáis fe ¿cómo os pudisteis casar?

**ROSA**  
 Si una esperanza me hubiera quedado, no me casara: en su ira se condenara mi padre si a su postrera voluntad me hubiese opuesto.

CAPITÁN

Pero mi mente no alcanza  
cómo tener esperanza  
no podiais.

ROSA

¿Cómo?

CAPITÁN

¿Y esto?  
¿Y esta cruz? ¿No os dijo él  
que si esta cruz no os traían  
en cuanto hablaran mentían?

ROSA

¿Luego miente este papel?

CAPITÁN

No: todo en él es verdad  
en cuanto a los hechos: pero  
ya veis que el relato entero  
no está: falta la mitad  
de la historia: lo que allí  
pasaba era consecuencia  
de lo que vil en su ausencia  
fraguaba don Juan aquí.

ROSA

¡Dios mío!

CAPITÁN

La Compañía  
portuguesa, el capital

del Doctor, en Portugal  
y en las Indias existía.  
Pero don Juan, que escuchó  
sin duda su despedida  
con vos, desde su partida  
por perderle maquinó.  
Y como en sus relaciones  
y negocios comerciales  
tenía corresponsales  
en las índicas regiones,  
cuando él llegó ya tendida  
tenía una red traidora  
donde pie a pie y hora a hora  
se enredó su honra y su vida.

CAPITÁN

ROSA

¡Ay desventurado de él!

CAPITÁN

Su desventura causó  
don Juan, y eso es lo que no  
os dijo vuestro papel;  
porque él mismo le escribió.

ROSA

¡Él!

CAPITÁN

De su traición infiel  
y de su venganza cruel  
pruebas hay que tengo yo,  
pues, de paso, en Portugal,  
en Inglaterra y España,  
compré de esa historia extraña  
el escrito original.  
¡Qué! ¿Vos no sabiais eso?

ROSA

¿Cómo saberlo? ¡Ay de mí!  
Yo lloraba aislada aquí,  
de mi afán en el exceso  
esperando sin cesar:  
su muerte supe tan sólo;  
mas no la infamia y el dolor  
que la llegó a ocasionar.

CAPITÁN

Mas si no os pudo ocurrir  
eso, a don Juan conociendo,  
cómo os pudo no comprendo  
él al altar conducir.  
Carlos jamás ha podido  
persuadirse.

ROSA

¿Él lo supo?

CAPITÁN

Tal desventura le cupo.

ROSA

¡Infeliz!

CAPITÁN

—Sí que lo ha sido.  
Figuráosle cercado  
de calumniadores viles,  
prendido por alguaciles,  
ir de juzgado en juzgado,  
befado y escarnecido  
como infame petardista

y estafador, a la vista  
de un pueblo desconocido.  
Figuráosle marchando,  
solo y pobre por parajes  
insalubres y salvajes,  
con fe tenaz indagando  
los rastros de la presencia  
de un hombre caritativo,  
que hacia que no era vivo  
siglo y medio. La influencia  
calculada que ejercería  
sobre su espíritu fiero  
verse como un pordiosero  
visionario cada día  
despreciado por doquiera,  
por doquiera amenzado,  
despedido y rechazado  
por la sociedad entera.  
Figuráosle en la plaza  
pública, a fuerza, avenirse  
con un pirata a batirse;  
pues para todo eso traza  
se dieron, y el Capitán  
portugués sólo era en fin  
un pirata espadachín  
que envió contra él don Juan.  
Figuráosle metido  
por loco en un hospital,  
siendo ya rico, y cumplido  
estando el plazo fatal;  
figuráosle, señora,  
lanzándose despechado  
al agua, buscando a nado  
una cueva protectora.  
Figuráosle perdido  
por los bosques, solo, hambriento,  
escualido, y macilento  
como un cadáver huído  
del sepulcro; de manera

que para la misma gente que le amó y le odió igualmente desconocido al fin era. Figuráosle hasta a Dios olvidando en su delirio, y aquel horrendo martirio sufriendo con fe por vos... ¿Y para qué? ¡Para ver que por colmo de sus males del más vil de los Rosales os hicisteis la mujer! Tenéis, señora, razón para humillaros confusa, porque no tenéis excusa de haber vuestro corazón entregado a su enemigo. Mas olvidasteis, señora, que todo tiene a su hora en la tierra su castigo. Yo encomiendo al porvenir y a Dios el vuestro: tomad; esos tesoros guardad: vos debéis rica vivir: gozad los ricos caudales de vuestra familia entera: ya sois la única heredera del caudal de los Rosales. Pudo en un día fatal vuestro abandono saber, mas con vos no pudo ser avaro, ni desleal: tal es su voto postrero; si la vuestra le faltó, él su palabra cumplió como amante y caballero. Yo de don Carlos en nombre he cumplido ya con vos: sólo en presencia de Dios volveréis a ver a ese hombre.

Mas si por casualidad encontráis su sepultura, ponedle por escritura la palabra «LEALTAD»; y añadid, para que de él quede una justa memoria, este final a su historia escrita en vuestro papel. Ahora entregadme el anillo de don Carlos, y su carta de despedida: que parta es forzoso del castillo.

ROSA

Partid, pues, porque ha de ser sin recoger esas prendas, que de su amor son ofrendas que debo sola tener. Porque estáis en un error si creéis que oí confusa porque no tiene una excusa leal que daros mi amor. Jamás creí, a la verdad, tener que dárosla a vos, sino sólo a a él y a Dios un día en la eternidad. Mas veréis que en suponer hacéis, capitán, muy mal tan villana y desleal el alma de la mujer. Yo hice mal en no mirar vuestra historia a mejor luz, y en no esperar esta cruz antes de ir al altar. Pero mi padre al morir hizo de mi triste unión prenda de su salvación, y no pude resistir.

CAPITÁN

Carlos en su amor insano,  
con fe leal y alma fiera  
dejado morir hubiera  
a todo el género humano.

ROSA

Yo discurrí obrar mejor:  
porque su alma salvé  
y en la mía conservé  
puro, incólume, mi amor.  
Comprendí bien, capitán,  
el misterio de mi suerte,  
Yo me casé con la muerte:  
no me casé con don Juan.  
De mi casa era un secreto  
que debía de quedar  
en nuestra alma hasta expirar  
a hondo misterio sujeto:  
mas pues lo queréis saber,  
en mi unión matrimonial  
no hay tálamo conyugal:  
no hay marido, ni hay mujer.  
Don Juan ser barón quería:  
el título amaba en mí:  
yo lo que amaba le di,  
que es no más mi baronía.  
Existe en mí mi pasión  
única, pura, exclusiva:  
Dios tendrá, mientras que viva,  
la fe de mi corazón;  
pero ese otro amor terreno  
que da al hombre la mujer  
es de Carlos: no hay poder  
que le arranque de mi seno.

CAPITÁN

Dásele, alma mía, pues.

ROSA

¡Dios santo! Yo desvarío...  
Yo deliro...

CARLOS

No, bien mfo: que te  
don Carlos está a tus pies.

ROSA

¡Desventurada de mí!  
¡Luces! ¡Luces! Quiero verte,  
¡Luces!... Antes de mi muerte  
quiero saber que te vi.  
¡Luz!... Abre... pero no: espera;  
que no entre nadie; aquí hay fuego.  
Toma: enciende luces luego  
para verte antes que muera.

CARLOS

Ya hay luz, Rosa, mírame.

ROSA

¡Él... y no poder ser suya!

CARLOS

No hay quien tal dicha destruya.

ROSA

¿Y don Juan?

CARLOS

Yo le maté.

ROSA

¡Santos del Cielo!

CARLOS

Decía

que le amabas, y por poco  
no le perdono.

ROSA

Mentía:

pero no puedo tampoco  
ser tuya jamás.

CARLOS

¿Por qué?

ROSA

Porque tu fin di por cierto,  
Y... no me he casado... he muerto.

CARLOS

¡Muerto!

ROSA

A Dios me consagré.  
Mira el hábito que visto:  
ve de Roma la dispensa:  
ser tuya hacer una ofensa  
es, no a don Juan, sino a Cristo.  
Don Carlos quedó atónito un instante  
a tal revelación: tendió la vista  
en rededor de sí, y notó espantado  
lo que hasta el punto tal visto no había.

La habitación de Rosa era una celda.  
Su vestido era un hábito, y encima  
de un altar que hay del cuarto en un  
[testero,  
se alza la imagen de Jesús divino.  
Don Carlos quedó ante esto anonadado.  
Mas pasó aquel momento de atonía  
mental, y su carácter violento  
se reveló en un ímpetu de ira.

CARLOS

¡Condenación! Ese voto  
no es válido.

ROSA

Si a Dios temes,  
respétale, y no blasfemes:  
Dios es quien el nuestro ha roto.  
Su justicia y su poder  
reconoce... Tras la muerte  
que has hecho tú, ¿nuestra suerte  
podía dichosa ser?

Tintas tus manos están  
en la sangre de su pecho.  
Dormiría en nuestro lecho  
el espectro de don Juan.

Lo mismo la vil traición  
que el más disculpable crimen,  
Carlos mío, no se eximen  
jamás de un expiación.

CARLOS

¿Mi crimen, Rosa, no expía  
toda mi amarga existencia?  
¿Quién hizo una penitencia  
más terrible que la mía?

ROSA

¡Dios es justo!

CARLOS

¿Y así premia  
mis siete años de batalla  
contigo mismo?

ROSA

¡No! ¡Calla!

No digas esa blasfemia.

Calla. De mi amor en pos

fuiste a la India, y allí

por acordarte de mí

te has olvidado de Dios.

Tú me dijiste al partir:

si del martirio la palma

nos toca, guárdame el alma

hasta después de morir.

Yo, porque las de los dos

uniera una eterna suerte,

creyendo cierta tu muerte,

confié la mía a Dios.

En mi ser nada hay carnal:

mi pasión es infinita,

y de ti no necesita

más que tu alma inmortal.

CARLOS

No: no me puedo avenir

con tan imprevista suerte.

¡Perderte!... Vivir sin verte

y lejos de ti morir!

¡Imposible!

ROSA

Y arrostrabas

tal porvenir, temerario,

cuando mi amor voluntario

para tu primo juzgabas!

¿Tu pasión es, Carlos mío,

tan sórdida, tan terrena,

tan material... que la pena

de perderla te hace impío?

Fermentaba la vieja levadura

del pecado de Adán en las entrañas

de Carlos: revolvió la criatura

el limo vil de su materia impura

y le inspiró Satán dudas extrañas.

Todo el idealismo y poesía,

toda la exaltación santa y sublime

que su pasión cuando partió tenía,

en desesperación carnal e impía

cambió el pesar que el corazón le oprime.

Apoderóse de él por un momento

un mundano e injusto pensamiento:

y aquel mártir leal de un amor santo,

de la virtud desconoció el encanto;

del vicio tentador se hizo instrumento.

CARLOS

Mi corazón es de tierra,

Rosa: el amor de mi pecho

del mismo limo está hecho

que el ser de todo hombre encierra.

Dios millones de mujeres

creó; pero para mí

no ha creado más que a ti:

mi ser, mi esperanza eres.

Tras siete años de luchar

traerme a esta conclusión,

es como decir que son muchos años de esperar.

Y renegar hoy del mundo cuando yo al mundo volví, más es renegar de mí que de él. Si tu amor profundo es como el mío, en conciencia verás que si fué tu voto por mi muerte, queda roto con mi vida y mi presencia.

Yo no he peleado más que por tu amor, y a él fiel pactado hubiera por él con el mismo Satanás. Dios, o el diablo, entre los dos se puso: pero es el hecho que todo queda deshecho entre nosotros. Adiós.

Carlos sus pasos dirigió a la puerta: venció el genio del mal por un instante; triunfó el amor del corazón amante, y entre su Dios y su pasión incierta, dijo ella, dando un paso hacia adelante:

ROSA

Espera: puesto que a ser vives mi condenación, vas a ver el corazón con que nace la mujer. Si lo que quieres de mí no son más que viles placeres (*sic*), ven: cometeré si quieres un sacrilegio por ti. Tienta mi debilidad; insiste... y nos condenamos: mas al amor renunciarnos de toda la eternidad.

Dió la infeliz a su postrera frase tal inflexión, tan despechado acento, que antes que sus palabras acabase, hizo Dios que don Carlos se espantase al sonar tan terrible pensamiento. No podía vencer en almas tales el vicio a la virtud: Dios no podía abandonar sus almas inmortales. Sintió la voz de Dios Carlos Rosales, y el diabólico ser que les había tentado, huyó a los antros infernales. Carlos, llenos de lágrimas los ojos, dijo, cayendo ante el altar de hinojos:

«Señor, su idea comprendo; su fe y su virtud admiro; veo con mi amor horrendo que condenarla pretendo, y que contra ti conspiro.

Comprendo ¡oh Dios soberano! que en mi terrena pasión olvidé que era cristiano; mas que me ofrece tu mano un medio de expiación.

Tú sabes que el sentimiento que por ella concebí, hasta mi último momento en mi ser tendrá alimento: mas a él renuncio por Ti.

Accepta, Señor, propicio de mi mortal corazón este inmenso sacrificio: mas ten de mi compasión cuando me llames a juicio: te cedo en la tierra el ser que fué mi felicidad: mas yo pido a tu poder que el alma de esta mujer me vuelva en la eternidad.»

Carlos se puso en pie: pálido, mudo,  
trémulo, a Rosa contempló un momento.  
¡Grande era el sacrificio, el trance rudo!  
Rosa en él se sentía sin aliento.  
Su llanto al cabo contener no pudo,  
de Carlos penetrando el sentimiento;  
y hecho de pena el corazón pedazos,  
por la postrera vez le abrió los brazos.

—  
Con este abrazo último se dieron  
en su vida mortal su despedida;  
y en este último abrazo se dijeron  
las últimas palabras de su vida.

CARLOS

Adiós, Rosa: de esta edad  
no es nuestro amor.

ROSA

Dios lo quiso  
para sí.

CARLOS

A su voluntad  
semeternos es preciso.

ROSA

¡Carlos, hasta el paraíso!

CARLOS

Rosa, hasta la eternidad.

V

Resoluciones tales son asunto  
de ejecutarse pronto. Sin volverse  
a mirar separáronse, y al punto  
volvió en marcha don Carlos a ponerse;  
volvió el valle a cruzar a paso lento.  
La loma al trasponer del montecillo  
último desde el cual se ve el castillo,  
a contemplarle se paró un momento.  
Alumbraba el balcón del aposento  
de Rosa de una luz el débil brillo.  
¿Estaba Rosa allí? No lo veía.  
Tal vez hacia él desde el balcón miraba:  
tal vez su último adiós también le enviaba  
cuando a mirarla Carlos se volvía.  
Pero si Rosa en el balcón estaba,  
su forma en la distancia se perdía.  
Si este último favor a su amor cupo,  
ya ni lo vió don Carlos, ni lo supo.

## EPÍLOGO

Hoy, tras pesadumbre tanta,  
vive en Lima capuchino  
Carlos, en perpetua lid  
con su amor y su destino  
tal vez. Rosa es monja en Santa  
Clara de Valladolid.

Y entre la gente mundana  
se llaman ya primo y prima,  
de hoy para la eternidad,  
el Padre Carlos de Lima  
don Carlos, y ella la hermana  
Rosa de la Soledad.

—

Y es preciso convenir  
en que Dios a la mujer  
ha creado para ser  
desdichada hasta morir;  
pero es fuerza confesar  
que tan sólo la mujer  
es el ser que sabe amar  
y el que tiene más poder  
por su amor para luchar,  
y su amor para vencer.

JOSÉ ZORRILLA.

Habana, marzo 6 de 1859.

# HISTORIA DE UNA ROSA

## LECTURA DEL CUENTO DE LAS FLORES

En un pueblito había un señor  
que se llamaba don Juan  
y tenía una hija que se llamaba  
doña Rosa. Era una niña  
muy bonita y muy dulce.  
Un día don Juan se fue a  
la corte de su rey y dejó  
a doña Rosa en casa.

De una noche a otra  
se puso a llover y se  
fue haciendo cada vez  
más fuerte. Don Juan  
se preocupó mucho y  
le dijo a doña Rosa  
que se quedara en casa  
y que no saliera a la  
calle.

Doña Rosa se quedó  
en casa y se puso a  
llorar. Quería salir  
a la calle y ver  
cómo estaba el mundo.  
Pero don Juan se  
negó a dejarla salir.

Un día don Juan se fue a  
la corte de su rey y dejó  
a doña Rosa en casa.

Doña Rosa se quedó  
en casa y se puso a  
llorar. Quería salir  
a la calle y ver  
cómo estaba el mundo.  
Pero don Juan se  
negó a dejarla salir.

## FIN

Doña Rosa se quedó  
en casa y se puso a  
llorar. Quería salir  
a la calle y ver  
cómo estaba el mundo.  
Pero don Juan se  
negó a dejarla salir.

HISTORIA DE LA ROSA

LECTURA DEL CUENTO DE LAS FLORES

Alfonso López

## HISTORIA DE UNA ROSA <sup>56</sup>

### I

#### Episodio de la mía

es la historia de una rosa,  
tan punzante como hermosa;  
una Rosa a quien yo amé.  
En mi huerto se abrió un día;  
de mi huerto la arrancaron,  
a la corte la llevaron,  
y tras ella mi alma fué.

De una reina al pie del trono  
la pusieron, y aromaba  
el palacio donde estaba  
como un búcaro oriental;  
a la corte daba tono  
y adorada era en la corte:  
era la luz, era el norte,  
el encanto universal.

No había noble mancebo  
ni millonario hacendista  
que a la suprema conquista  
no aspirara de su amor.  
No salía un libro nuevo

que su nombre no llevara,  
ni un poeta que cantara  
ni otra mujer ni otra flor.

Yo era pobre..., mas mi acento  
que melódico y canoro  
encerraba en sí un tesoro  
de armonía y de pasión,  
una noche fió al viento  
esta amante serenata,  
que al oído de mi ingrata  
penetró por un balcón.

### II

#### SERENATA

Para huir de mi huerto, tus hojas, Rosa,  
se te tornaron alas de mariposa:  
pero yo que las alas del amor tengo,  
por tu rastro en el aire tras de ti vengo;  
y perderle no puedo, pues cuando subes  
por el éter te aplauden astros y nubes.  
Abre, pues, tus balcones a mis cantares,  
y a mi alma de tus ojos los luminares.

¡Sal, mi lucero,  
para que yo te diga cuánto te quiero!

Tras tu huella me guía cuando te alejas  
la estela luminosa que tras ti dejas;  
en vano estar oculta de mí pretendes:  
por el olor que exhalas doquier te vendes:  
y a ti, aunque no perciba tu luz ni esencia,  
como a la mar el río, va mi existencia:  
para que yo te siga jamás me cierra  
paso a través ni viento, ni mar ni tierra.

¡Sal, que te llamo  
para decirte a solas cuánto te amo!

Tu presencia es la vida que me sostiene:  
tu vista el alimento que me mantiene:  
son tus ojos espejos donde me miro  
y tu aliento es el aire con que respiro;  
son tus recuerdos dulces, ¡oh dulce dueño!,  
pabellón cuya sombra me guarda el sueño.  
Rompe el tuyo al instante, si estás dormi-  
[da;  
sal a dar con tus ojos luz a mi vida;

¡sal, mi tesoro,  
para que yo te diga cuánto te adoro!

Yo no cuento por horas de mi existencia  
las que de ti privado paso en tu ausencia.  
Mi corazón abiertos en el espacio  
de mi pecho te tiene templo y palacio;  
en su palacio vives de mí señora,  
e idólatra en su templo mi alma te adora.  
Perfumero de eterno vital perfume,  
faro que en mi alma nunca su luz consume,  
¡sal, vida mía,  
a que su ídolo adore mi idolatría!

De tu boca, más fresca que aura de río,  
cae la sonrisa en mi alma como un rocío;

tu voz es a mi oído música grata  
cual de arpa que en la sombra su son dilata  
palabras del cielo son armonía, [ta;  
los besos de tu boca miel y ambrosía.  
A tu balcón un punto sal, mi embeleso,  
y en el aura nocturna mándame un beso.

¡Sal, dueño mío;  
sentirás que yo en otro mi alma te envío!

Mas entre las mil lenguas del mundo  
[entero,  
no hay una que te exprese cuánto te quie-  
[ro;

en vano a cuantos genios me asisten llamo  
a que por mí te expliquen cuánto te amo.  
¡Ay!, tu amor me rebosa por cada poro,  
y a tus pies en silencio caigo y te adoro.  
Dame un átomo ardiente del amor tuyo,  
tendré luz en mí mismo como el eucuyo.

¡Sal, te lo ruego,  
para que abraze tu alma mi amor de fuego!

### DESPEDIDA

Pero no, ya no salgas, estrella mía,  
porque ya en el oriente despunta el día:  
no salgas, porque el doble sol de tus ojos  
a la luz de el del cielo va a dar enojos.  
¡Adiós, sol de las flores, rosa sultana;  
rosal de mis amores, hasta mañana!

### III

Esta cántiga amorosa  
que yo enviaba sólo a Rosa,  
en la noche silenciosa  
en palacio resonó:  
y la reina, que vivía  
en palacio y que la oía,

se encantó con la voz mía  
y al palacio me llamó.

Yo conté a la reina altiva  
mi pasión inmensa, insana;  
y la noble soberana  
en su corte me admitió:  
y mirando compasiva  
un amor tan violento,  
a mi Rosa en su aposento  
visitar me permitió.

Yo a los pies caí de Rosa;  
para mi alma enamorada  
era el mundo entero nada:  
sólo a Rosa vi yo en él;  
pero Rosa era orgullosa,  
y de un día en el espacio,  
con el aire del palacio  
se olvidó de mi vergel.

El loor que recibía,  
los festejos y las galas,  
daban viento y daban alas  
a su ciega vanidad.  
«Yo te quiero», me decía,  
¡mas al día muchas veces  
con desdenes y esquiveces  
me abrumaba sin piedad!

Yo la amaba como a un ángel,  
con celeste idolatría,  
y a mi amor correspondía  
como una mujer vulgar:  
yo un amor la consagraba  
emanado de los cielos;  
¡y ella el dogal de los celos  
me apretaba sin cesar!

Rosa era conmigo a solas  
toda expresión, toda fuego:  
llegaba un galán... y luego  
me dejaba a mí detrás.  
Este amor de eternas olas  
era un mar jamás en calma:  
y en tal tempestad, mi alma  
no reposaba jamás.

En esta marea eterna  
de desdén y de cariño,  
mi amor, débil como un niño  
y cobarde como él,  
contrajo profunda, interna  
y letal melancolía:  
nostalgia que me impelía  
sin cesar a mi vergel.

Mas... ¡volver sin ella! Un día  
proponerla osé la vuelta,  
y «no», me dijo resuelta.  
¡Era coquetal, así es  
que prescindir no podía  
de tener a cien galanes,  
inodoros tulipanes  
siempre abiertos a sus pies.

Un amor real, profundo,  
solitario y exclusivo,  
y otro amor banal del mundo  
no se pueden nunca atar.  
Era Rosa tan dichosa  
como yo infeliz y esquivo:  
yo en mi estancia silenciosa  
no me hartaba de llorar.

La reina, que se pagaba  
de mis cantos y mis cuentos,  
en uno de estos momentos

me pedía una canción:  
y yo, infeliz, que me ahogaba,  
caía a sus pies de hinojos,  
las lágrimas en los ojos,  
y el duelo en el corazón.

En las cortes, los pesares,  
el amor y el sentimiento  
son niebla presa del viento  
que jamás se posa allí:  
sin placer y sin cantares,  
a mi reina fuí enojoso:  
a mis rivales fuí odioso,  
todo el mundo huyó de mí.

Y como Rosa orgulloso  
y cuya alma ardiente y viva  
es como una sensitiva  
plantada en mi corazón,  
reventando de celoso,  
en mi aposento apartado  
me encerré desesperado  
a morir con mi pasión.

Mas de allí... tras la persiana  
de mi balcón, que caía  
a los jardines, veía  
noche y día coquetear  
a Rosa, llevando ufana  
en redor sus cien galanes:  
y al fin con tantos afanes  
pensé de un golpe acabar.

Rompí mi laúd sonoro,  
mis cantares y leyendas;  
destruí todas las prendas  
que guardaba de su amor.  
Aún la amo y aún la lloro,  
mas rompí su indigno yugo:

entre víctima y verdugo,  
morir solo era mejor.

Tomé, huyendo, del palacio  
la mármorea escalera:  
mas de Rosa mensajera  
me abordó una dueña allí  
y me dió una margarita:  
flor, oráculo de amores,  
que en la lengua de las flores  
significa: «¿Me amas?—Dí.»

Tan impudente descoco  
me pareció la ironía  
más amarga y más impía;  
a mi aposento volví,  
y de ira y de celos loco,  
esta carta por respuesta  
la escribí, y en manos puesta  
de su enviada, partí.

¡Aun recordarla me cuesta  
lágrimas! Decía así:

«Al huir de ti, traidora,  
»recibo de ti un mensaje,  
»que es, a fe, el postrer ultraje  
»qué me podías hacer.  
»Lo que preguntas ahora  
»con candidez tan artera,  
»debe por la vez postrera  
»respuesta mía tener.

»Me preguntas si te quiero;  
»no, Rosa, porque te adoro:  
»y el grande amor que atesoro  
»en mi ardiente corazón  
»es mayor que el mundo entero,  
»ciego, idólatra, profundo,  
»para el cual no tiene el mundo  
»lengua, voz, ni explicación.

«¿Me preguntas si te quiero!  
 «No hay idioma que te explique,  
 «aunque el hombre centupliche  
 «de sus lenguas el poder,  
 «el amor que absorbe entero  
 «toda mi alma y mi existencia:  
 «este amor que hace la esencia  
 «de la esencia de mi ser.

«¿Me preguntas si te quiero!  
 «Te idolatro, vida mía!,  
 «y la ciega idolatría  
 «con que te ama mi pasión,  
 «al amor más verdadero  
 «sobrepaja en tanto grado,  
 «que igual nunca ha germinado  
 «en humano corazón.

«¿Que si te amo! Dios lo sabe  
 «que este amor en mi alma puso:  
 «Dios, que en ella le envió infuso,  
 «cuando Él mismo la encerró  
 «en el pecho en que me cabe  
 «esta pasión tan inmensa,  
 «que no aguarda recompensa  
 «más que en Dios que la inspiró.

«Este amor, que tiene celos  
 «hasta de la luz que miras  
 «y del aire que respiras,  
 «es tan noble y tal leal,  
 «que es capaz de ir a los cielos  
 «a hacerte de mi alma ofrenda,  
 «cuando tu alma se desprenda  
 «de tu cuerpo terrenal.

«Con oír no más tu acento,  
 «con sentirme en tu presencia,  
 «siento abrirse a mi existencia

«una eterna juventud:  
 «y al contacto tuyo siento  
 «no el deleite del sentido,  
 «sino un placer desprendido  
 «de la eterna beatitud.

«Mas de esta pasión celeste  
 «que imprimió en mí un sello eterno,  
 «no quiero que haga el infierno  
 «una pasión infernal;  
 «y aunque la vida me cueste,  
 «voy lejos de ti a acabarla  
 «por no parar en cortarla  
 «rabioso con un dogal.

«Porque tú no has comprendido  
 «la pasión que me devora,  
 «voraz, única, señora  
 «soberana de mi ser;  
 «caí por ella rendido  
 «a tus pies como un esclavo;  
 «mas ¿qué me debes, si al cabo  
 «no pude otra cosa hacer?

«Cuando a tus plantas inermes  
 «caer de hinojos me viste,  
 «¡un esclavo más!, dijiste  
 «en tu orgullo de mujer.  
 «¡Nunca!, aprende a conocerme:  
 «yo seré tu esclavo: pero  
 «he de ser solo: no quiero  
 «que puedas otro tener.

«Tu amor..., no intentaré nunca  
 «sarrancármele del pecho:  
 «yo con tu amor satisfecho  
 «moriré sin tener más.  
 «Mas si mi amor no se trunca  
 «jamás, jamás se doblega:

»como entero a ti se entrega,  
 »no parte el tuyo jamás.

«¡Adiós! Exigir no debo  
 »que, si no puedes, me ames;  
 »no me busques, no me llames:  
 »me has perdido y te perdí.  
 »Yo tu amor en mi alma llevo  
 »puro, eterno... ¡Dios me asista!  
 »Tú tendrás mientras yo exista  
 »un altar dentro de mí.»

Y le tiene; aún arde ilesa  
 de su amor en mí la llama;  
 aún la llora y aún la ama  
 en silencio el corazón.  
 Ya la edad sobre mí pesa,  
 pero virgen todavía  
 guarda fiel el alma mía  
 su poética pasión.

Diz que Rosa fué duquesa:  
 mas vivió tan desdichada  
 que murió desesperada  
 acordándose de mí;  
 y a la boca de su huesa  
 que avarienta la esperaba,  
 con voz débil exclamaba:  
 «yo le amaba y le perdí.

¡Ay de mí!».

Comprendió sólo a la orilla  
 de la oscura sepultura  
 el amor y la ventura  
 que con mi alma la ofrecí.  
 Fué la gala de Castilla:  
 su vanidad satisfizo;  
 mas infelices nos hizo:  
 se perdió y me perdió a mí.

¡Ay de mí!

Yo perdí el juicio, el aliento,  
 el poder de mis cantares,  
 y los brezos a millares  
 brotar en mi huerto vi:  
 perdí la voz, el talento,  
 mis gérmenes creadores,  
 y los genios que en mis flores  
 se albergaban junto a mí.

Yo quedé sobre la tierra  
 sin objeto y sin destino:  
 a mi tumba me encamino  
 sin darme razón de mí.  
 El amor que en mí se encierra  
 en un loco no más cabe;  
 yo me ignoro... y nadie sabe  
 lo que soy, ni lo que fui.

Y ella, ¡ay!..., hasta perdió acaso  
 su derecho al paraíso,  
 porque Dios tal vez no quiso  
 recibir a su alma allí;  
 porque yo siento su paso  
 cada noche en mi aposento,  
 y todas las noches siento  
 su alma errante junto a mí.

Todas las noches se sienta  
 su sombra junto a mi lecho;  
 y apoyándose en el pecho  
 donde abrigo a su amor di,  
 con presión que no calienta,  
 con voz que apenas percibe  
 mi oído que la recibe,  
 me pregunta: «¿Me amas, di?»

Y yo siento que mi aliento  
 flaco y lento  
 la responde: «¡Te amo, sí!»  
 Y la sombra enamorada

en mi frente un beso deja,  
 y a pesar suyo arrastrada  
 por la atmósfera se aleja,  
 y exclama desesperada:  
 «Me ama!, ¡le amo... y le perdí!  
 ¡Ay de mí!»

Y del espacio infinito  
 allá en el vacío extenso,  
 se propaga en eco inmenso  
 aquel último ¡ay de mí!,  
 y yo pienso  
 que dentro del caos denso  
 de mi cerebro, repito  
 aquel flébil ¡ay de mí!

## IV

Así vivo: esta es mi historia;  
 mi postrera Rosa es ésta;  
 he aquí lo que me resta  
 de mis flores..., ¡ay de mí!

Si yo a exigir me atreviera  
 que el público me dijera  
 si aceptaba o no la Rosa  
 que vine a ofrecerle aquí,  
 ¿en todo el salón no hubiera  
 ni un amante calavera,  
 ni una enamorada hermosa  
 que me dijera que sí?







## CUATRO PALABRAS 57

Este libro no ha menester prólogo ajeno: en la *Introducción* y el *Prospecto* del autor lo tiene muy cabal y propio; bien harán, de consiguiente, los lectores en salvar estas breves páginas mías, para deleitarse en las otras cuanto antes. Su atención ocupó cortos momentos por complacer a su poeta favorito, que mal inspirado, se quiere valer de mi pluma; y como de esta distinción me resulta honra, y con la negativa diera mala paga a su amistad cordial y de antigua fecha, de buena voluntad me presto a probar aquí a decir algo.

Treinta años hizo el pasado febrero que empezó a sonar entre aplausos el nombre de don José Zorrilla. Sus primeros ecos partieron de entre los cipreses y sauces de un camposanto. Madrid oyólos impresionado hasta lo sumo. No fué su inspiración pasajera, como nacida accidentalmente de las circunstancias; dentro de su mente existía vigorosa; en aquella ocasión lamentable tomó vuelo por espontáneo impulso, y una vez desplegadas las alas, remontóse a brillantes esferas, de muy extensos horizontes. Con afán se leyeron por todos en *El Español* sus poesías dominicales; desde la tribuna del Liceo Artístico y Literario encantó, los jueves, a la sociedad más ilustrada con sus lecturas; frescos laureles ganó asimismo en el teatro; *Cada cual con su razón* fué su estreno; *La segunda parte del Zapatero y el Rey*, su gran adelanto; *Don Juan Tenorio*, su mayor triunfo. Ocho tomos de poesías suyas publicó el editor Delgado en muy poco tiempo; no menos volúmenes dió a luz de sus leyendas el editor Boix en corto espacio. Su estro era inagotable y, templado para la epopeya, ideó cantar *La Cruz y la Media Luna*. Fuera de España estaba ya cuando se imprimieron los primeros tomos; y cuando anhelosamente se esperaban los restantes, de súbito cundió la noticia de que don José Zorrilla se alejaba de Europa.

Cerca de tres lustros ha vivido fuera de su patria, durante los cuales, no más que algunos ecos de su voz conocida llegaron hasta nosotros. Pero aquí habían quedado sus populares canciones: de memoria las aprendieron los que a su partida eran todavía niños, y jóvenes le han saludado entusiastas a su vuelta: no las habíamos olvidado los que en la mocedad asistimos a sus triunfos, y ya viejos hacemos eco a los aplausos. ¿Qué fué del poeta durante su ausencia, harto larga? Con este libro satisface de plano

a la natural pregunta. Desde luego, acredita muy honrosamente que jamás hizo traición a su patriotismo, y que está resuelto *a morir de cara al sol que alumbe la bandera española*. Como poeta, es el mismo de siempre; no había de padecer su numen ilustre el menoscabo más leve en el suelo americano, donde todo excita la inspiración más que en el viejo mundo. Impresiones de viaje, cantos a soberanos, serenatas a damas, himnos a Dios y demandas por los pobres, y varias composiciones a otros asuntos se hallarán aquí en colección deleitable. Digno de especial mención es el poema titulado *La Intelligencia*. Toda la amenidad y gala de la poesía humorística y elevada consagra a trazar un cuadro de la historia de la humanidad hasta el día; con rasgos alternadamente vulgares o sublimes consigna verdades que deberían grabarse en los corazones e influir en el curso de los sucesos generales. Nunca me ha parecido Zorrilla tan poeta de su siglo; siempre deploré, más o menos a mis solas, que malograra su inspiración fecunda en abrillantar y embellecer lo pasado, ayudando así indeliberadamente a los ilusos que pugnan por reconstruirlo a todo trance. Mucho bien le han hecho rodar por el mundo y ver otras cosas más que catedrales góticas y feudales castillos. Hoy sólo es trascendental y fructuosa la poesía de Beranger y Quintana, la que de lo pasado sólo toma lo que fué ilustración y progreso, y desde lo presente pone la mira vivificante en lo futuro.

La libertad y la igualdad son solas  
 capaces ya de mantener en calma  
 de la agitada sociedad las olas;  
 los hombres de hoy comienzan en su alma  
 a concebir mejores pensamientos  
 sobre la dignidad de los humanos;  
 los pueblos, con más nobles sentimientos,  
 no son, como antes, tribus de mendigos  
 que tienen que ir hambrientos  
 a pedir al portón de los conventos  
 pan a la caridad de sus hermanos.

¡Qué bien suena la poesía en tan alto y verídico tono! Pues de estos pasajes hay muchos en el poema de Zorrilla. Su interés es tanto, que nada perderá, de fijo, aún cuando aquí revele yo la síntesis del conjunto, que los siguientes versos ponen muy en claro.

Aquí podría preguntarme alguno:

¿y a qué viene todo esto?

¿Para qué pensó usted que era oportuno

zureir todo este farrago indigesto

de historia universal, mal estudiada

y peor hilvanada,

en un metro monótono y molesto  
 y en unos versos, francamente, malos?  
 ¿Qué es lo que usted pretende  
 probar aquí? ¿Qué ataca, qué defiende,  
 qué quiere usted decir, al retortero  
 trayendo a los fenicios y a los galos,  
 persas, griegos... en fin, al mundo entero?

Esto: que el hombre, el ente que altanero  
 pretende ser del mundo el ser primero,  
 rey de la creación, para quien sólo  
 las maravillas que hay de polo a polo  
 Dios hizo y se las dió como regalos;  
 el hombre, en fin, de cuyo ser la esencia  
 es el alma, es decir, LA INTELIGENCIA,  
 debe de razonar, no andar a palos.

Y a fe que el pensamiento no puede ser más oportuno, ahora, que los grandes soberanos hablan de paz en todas las solemnidades, a la par que se ingenian a porfía para que todos sus súbditos sean soldados la mejor parte de su existencia, y para adoptar medios hostiles que en menos minutos dejen más gente sin vida sobre los campos de batalla.

Mal puede hoy perder Zorrilla un átomo de su popularidad bien ganada, cuando todos los hombres de buena voluntad han de simpatizar necesariamente con sus últimos cantos. En el momento de volver a pisar la frontera del suelo nativo, al mayoral del coche regaló su bolsa, porque *en su patria sólo lleva por capital sus versos*. No piensa, como el francés Lamartine, en suscripciones, ni en recompensas nacionales; ni pordiosea, a su semejanza, desde el seno del lujo, para ver de remediar las consecuencias de sus despilfarros; de sus cantos vivió antes, y de sus cantos vivirá ahora. Dignidad de carácter muestra siempre; por único Mecenas busca el trabajo; nada fué en el mundo más que poeta, y no quiere ser otra cosa, y resuelto está a morir de modo que gratis le dé sepultura la católica Iglesia. Todo esto, y más, hallarán, mejor dicho, los lectores en este apreciableísimo tomo; ya no les distraigo más indiscretamente; justo es que pasen pronto el mal trago, merced al buen sabor del libro; resarcidos quedarán con usura, y dispuestos a la indulgencia respecto de quien les ha robado unos cuantos minutos de fruición grande, porque los fueros de antigua amistad obligan a todo.

ANTONIO FERRER DEL RÍO.



# ALBUM DE UN LOCO

## INTRODUCCIÓN Y PROSPECTO

### I

Todo aquel que en un libro o un prospecto,  
[rídico,

determina imprimir sus opiniones, cree lo más necesario y más metódico dar a su escrito causas y razones, y en un prospecto, prólogo o programa, del público sobre él la atención llama. Allí, con más torpeza o más ingenio, ya en pretencioso o en humilde estilo, según es su carácter o su genio, empieza, en tono enfático o tranquilo, a torcer de su idea el primer hilo, e invocando muy recio santos nombres, RELIGIÓN, LIBERTAD, VIRTUD O CIENCIA, promete, cuando menos, a los hombres, riqueza, ilustración, independencia, paz, dicha, bienestar... Anuncia, en suma, que el bien universal tiene en su pluma.

### II

Yo supongo que tienen los prospectos  
inmensa utilidad, grandes efectos;

que tan precisos son como el Decálogo, mas, sea que el autor haga un monólogo; o que con el lector entable un diálogo, en el mejor prospecto y mejor prólogo, de estilo el más cortés y el más análogo, de períodos más puros y correctos ¿qué es lo que el escritor dice en resumen? En términos más claros e indirectos, que le pasen por alto sus defectos, y que compren su pliego o su volumen.

Esto a mí me parece indigno dolo de quien pasó por cátedras y escuelas, y medio de anunciarse digno sólo de un escamoteador o un sacamuelas. Esto a mí me parece bajo y pobre; pero, si yo atropello esa costumbre, puede que inquina el público me cobre, y al presentarme a él me haga ver lumbre. Así que, protestando contra el modo actual, que no es de gentes de mi fuste, mas mirando que es fuerza que ante todo a la costumbre general me ajuste, a escribir un prospecto me acomodo, aunque el mío tal vez a nadie guste. Allí va, ¡vive Dios! Mas hacer quiero una oportuna observación primero.

## III

Paso por los prospectos y los prólogos, ya en diálogos se escriban o en monólogos; mas por lo que no paso ni con bueyes, con lo que no estaré jamás conforme, por más que las costumbres se hagan leyes, por más que mi opinión sea falta enorme que a quien me lea enoje o atribule, es con que el escritor, al dar informe de su obra, servil se congratule antes con el lector, que disimule con su palabra lo que trae en mente; que le dé excusas; que taimadamente le engañe, y sobre todo que le adule.

¿A qué empezar con tal hipocresía, de piropos llenándole y de flores, y vendiendo modestia y cortesía, cuando el autor más bárbaro confía en que su libro encante a los lectores?

¿A qué dar a quien lee nombres bonitos, y fingirle amistad y hacerle honores, que no han de mejorar nuestros escritos?

—*Carísimo lector*—esto es mentira: el autor casi nunca le conoce, y maldito el cariño que le inspira, ni se le importa de que rabie o goce.

—*Respetable lector*—esto es bajeza, miedo a que le critique o le destroce con satírica lengua.

—*Lector sabio*—esto es una sandez, una torpeza del corazón servil, a quien el labio traición hace imprudente. Por de pronto puede el que abre su libro ser un tonto; puede ser, además, un hombre bueno, leal, de buena fe, de orgullo ajeno, que se conozca bien y tome a agravio tal vez, o a burla, que le llamen sabio;

y, al leer, con justísimo desprecio, diga del escritor: —¡Valiente necio!

—*Benévolo lector, lector preclaro, lector benigno*—esto es pedir amparo, indulgencia, perdón: y para eso, vale más que el que escribe diga claro que se mete a escribir porque es avaro o pobre, y que va a ver si gana un peso, Porque el hombre de fe, conciencia y seso, que la verdad expone, o que critica el vicio torpe, o que al social progreso cree que con sus escritos contribuye, no se excusa, no adula, no suplica, no en siervo del lector se constituye, no pide indulto, ni perdón, ni amparo, como si cometiera algún exceso; si dice la verdad, dígala claro; su libro haga en conciencia y sin reparo; en lo que diga en él téngase tieso.

El que tema la crítica, que viva siempre en la oscuridad y que no escriba; pero si escribe con razón, que tenga fe en ella; que a la luz su libro arroje y a soportar la crítica se avenga del que juzgar su libro se le antoje.

Al que tiene talento verdadero no le ahoga la crítica: le venga de la mordacidad, de la malicia, de la envidia de un Zoilo el mundo entero; y la posteridad le hace justicia.

Si se funda la crítica en razones, corrija juicioso y reconozca la exactitud de tales correcciones. Ninguno es infalible; mas si al paso le salen con mezquinas objeciones o con indecorosas invectivas, ni de éstas ni de aquéllas haga caso.

La sátira mordaz, las diatribas prueban claro que aquel que las escribe,

las hace con rencor o con envidia;  
y quien con odio o con envidia vive,  
él la pena mayor es quien recibe,  
pues con sus viles sentimientos lidia;  
y el que de nimiedades se apercibe,  
muestra, a más de que al público fastidia,  
su mezquindad y sus instintos bajos,  
y que, en su instinto ruin, mordiendo, vive,  
a los que van delante, los zancajos;  
gozque que, con risible impertinencia,  
sale audaz a ladrar la diligencia.

Así se piensa ya en el siglo nuestro;  
que, a los pasados sin hacer agravio,  
por ser más viejo que ellos, es más sabio  
y en verdades sociales más maestro;  
y en él comienzan a saber los hombres  
que Dios a los nacidos hizo iguales;  
que la excelencia no consiste en nombres,  
ni uniformes, ni títulos banales,  
sino en la rectitud de la conciencia.  
La dignidad la da la inteligencia,  
los pensamientos nobles, los servicios  
prestados del común de los mortales  
a la existencia universal, la ciencia,  
la humanidad, el celo y la creencia,  
que contribuyen a extirpar los vicios  
y a mejorar del hombre la existencia.

En este siglo liberal, los hombres  
que no abren su alma a sentimiento bajo,  
no buscan más Mecenas que el trabajo;  
no se abatan a títulos, ni a nombres;  
no se echan, como turcos, boea abajo.  
El hombre de pudor, el hombre digno,  
si no sabe hacer más, suda en el tajo;  
que, hecho con fe y honor, nada hay in-  
[digno;  
pero no se envilece, no se humilla,  
ni ante ídolos mortales se arrodilla,  
ni se arrastra a los pies del poderoso,

ni adula al que gobierna y al que manda,  
ni se aviene a servicio vergonzoso  
por oro, por favor, bastón, ni banda.

El trabajo da pan, si no riqueza;  
y como presta honor, y honor demanda,  
más vale pan ganado con nobleza,  
lecho de paja y choza de corteza,  
que palacio dorado, cama blanda  
y millones logrados con baja.

IV

Tal es la observación que hacer quería  
antes de comenzar; y aunque de exótica,  
ruda y extemporánea y estrambótica  
se la tache, tal es la opinión mía;  
y siempre una verdad será de a puño,  
y de la dignidad hecha en el cuño.

En consecuencia de ella, abandonando  
frases pomposas y protestas huecas,  
cosas que ya de moda van pasando,  
por viejas, por raquílicas y entecas,  
empiezo mi prospecto apellidando  
al que le quiera leer, *lector a secas*;  
y he aquí cómo ante el público me pongo,  
y así el prospecto de mi libro expongo.

V

Yo no tengo, lector, ningún motivo,  
ningún objeto, ni intención alguna,  
para darte a leer lo que aquí escribo.  
Nada espero, ni nada me propongo  
con ello: ni renombre, ni fortuna  
adquirir, ni importancia, ni dinero,  
ni favor; nada busco y nada esquivo,  
aunque no soy Quijote pendenciero.  
Nada soy, nada fui, ni he de ser nada

jamás; no tengo ni hijo, ni heredero, la hacienda a quien dejar por mí amasada, ni una higa se me da del mundo entero; y de mi vida al fin de la jornada, me basta para tumba un ahujero.

Y aunque no pegue aquí, lo advierto al [paso: este ahujero que mi polvo encierre, gratis me lo ha de dar, llegado el caso, la católica Iglesia que me entierre; porque, para mi entierro de poeta, no tengo de dejar ni una peseta.

Yo pagaré aranceles mientras viva: justos o no, es forzoso que los trague; pero ¿después de muerto? —No; que pague por mí la sociedad caritativa, a cuenta de los cuentos que la dejo, que la tierra con él de balde abone, o que haga un tamboril de mi pellejo; porque, después que mi alma le abandone, no le estimo yo en más que al de un [conejo.

Y tras este paréntesis o aparte, no dudo en esperar, lector, que creas que es buena la razón que voy a darte de por qué a escribir voy; y que esta parte es el lugar mejor de que la leas.

Voy, pues, a revelarte francamente la verdad; y, lector, me importa poco lo que de tal verdad piense la gente:  
YO ME DOY A ESCRIBIR, PORQUE ESTOY [LOCO.

Otros escriben, porque aspiran a algo; otros, porque son tontos y se precian en más de lo que son; yo no me salgo del lugar inferior a que mi ingenio llega; y aunque conozco más de cuatro que atrevidos, del mundo en el teatro avanzan, con orgullo, hasta el proscenio,

que al mundo entero al avanzar desprecian, que se creen dignos del laurel del genio, y que su ciencia creen de Apolo Píto, yo me quedo en el patio, que es mi sitio; tal vez no tanto por modestia mía, pues que de ella no está mi alma tan llena, cuanto porque me gusta a mí en escena del tonto ver la vanidad vacía.

Mas yo nací hablador y soy fanático por ensuciar papel: no es que presumo de sabio, de doctor, ni catedrático; yo no soy más que un loco, soy lunático; es un defecto natural; y en suma, sin darla de orador ni de retórico, cuando ya mi cerebro está pletórico, reviento por la lengua y por la pluma.

## VI

Y tal de este librito es el secreto: tal su razón de ser y tal su objeto; conque, lector, los sesos no te hiles en suponerme ocultas intenciones, ni literarias y altas pretensiones, ni miras diplomáticas u hostiles. Yo lo digo, y lo sé, no me equivoco:  
LE ESCRIBO NADA MÁS, PORQUE ESTOY [LOCO.

Puedes muy bien haberlo conocido en lo que hasta esta línea dicho llevo, y aun a esperar sin vanidad me atrevo que ha de dejarte de ello convencido lo que decir más adelante debo; porque, a través de fábulas poéticas, de mentiras tan raras y tan locas cual las de las sonámbulas magnéticas, con pluma muy cortés, pero muy libre, pienso decir verdades, aunque pocas, del más macizo, del mayor calibre;

pues ya sabes, lector, que las verdades mayores, sin retóricos aliños, dicho las han en todas las edades, con éxito, los locos y los niños. Yo, que de la vejez en la edad lacia, por mi desgracia o mi ventura, toco, no aspiro a que hagan mis verdades gracia por ser de niño, ni por ser de loco; mas tengo comecón irresistible de escribir y de hablar, y es imposible que calle; hablar de todo se me antoja: de religión, de ciencia, de política, de historia, de moral, de numismática, de botánica, esgrima y ortopédica, de heráldica, de amor, de ciencia médica (o arte de asesinar con privilegio), de guerra, de estadística, de crítica (o ciencia de pedantes de colegio), de agricultura, leyes y farmacia (o arte de envenenar sin compromiso). ¡Feliz aquel a quien le coge en gracia! Y, en fin, voy con audacia enciclopédica, y en versos hasta faltos de gramática, a meterme en estudios anatómicos, a innovar los sistemas astronómicos y a hacer bailar la gravedad enfática de la dorada farsa diplomática; que no es más (sea dicho entre nosotros) que el arte de engañarse unos a otros. Voy a escribir opúsculos, apólogos, calendarios, sermones, sainetes, sátiras, cuentos, diálogos, monólogos, trovas, novenas, églogas, motetes, tragedias, villancicos, tonadillas, y un poema de Job en seguidillas. Voy a hablar de los pueblos y las razas todas: de la de Cam y la semítica, hasta la americana y la sajona; de la más fuerte hasta la más raquítica,

desde la gigantea a la lapona; de sus costumbres, trajes, lengua y trazas, de sus juegos, peleas, bailes, cazas; y fenicios, asiáticos, mongoles, árabes, esquimales, mejicanos, hotentotes, canarios, españoles, industanis y chinos y romanos, negros, blancos, cobrizos, tornasoles, ricos, mendigos, nobles y villanos, con sus mantos, sus plumas y sus mazas, tirso, báculos, picas, quitasoles, calzoneras, carcaj, palios, corazas, incensarios, turbantes y capuchas, zorongos, palanquines y faroles, castañuelas, bonetes y cachuchas, guarda-infantes, casullas, sambenitos, tamboriles, dalmáticas y pitos, van a pasar revista entre mis manos; y aunque les traiga aquí por los cabellos, les voy a examinar con los frenólogos, y a dar mi parecer de todos ellos.

Mi religión no gustará a los teólogos, ni mi loca opinión a los políticos, ni mis extraños juicios a los críticos, ni mi moral excéntrica hará gracia a los que en todo ven una blasfemia, ni mi ley cuadrará a la diplomacia, ni mi lenguaje inculco a la Academia; pero hará mal en darse por sentido nadie de mi opinión; porque es sabido, y el testimonio universal invoco, sólo un tonto, de tonto convencido, puede hacer caso de lo que hable un loco.

## VII

Todos los que han tenido pretensiones de tildar los defectos o los vicios de creencias, costumbres u opiniones

del siglo y sociedad en que vivían, lo han hecho haciendo al mundo conce- y de sus convicciones, sacrificios [siones; han hecho *a algo*, de lo cual tenían recelo o esperaban beneficios; más claro: han inmolado sus conciencias a ese fantasma que se llama humanos respetos y sociales conveniencias; poner osando nada más las manos en detalles aislados, en abusos, ridiculeces de costumbres y usos de débiles, de pobres y villanos. Tildaron pequeñeces y patrañas; pero apenas han dicho alguna frase que fuera a herir al vicio en sus entrañas, que llegara a su origen y a su base; y hasta el de más valor, que fué Quevedo, ha escrito tal vez sin fe o con miedo. Yo, en mi razón lunática y raquítica, comprendo de más alto y noble modo la misión de la sátira y la crítica, y en mi fe y libertad no me acomodo a aspirar esa atmósfera mefítica que de la envidia vil exhala el lodo. Ensañarse en los débiles y bajos, atacar las personas, y no el vicio, es hacer profesión de escarabajos, y no es mi instinto ni será mi oficio; mi corazón, exento de perfidia, no tiene vanidad, rencor ni envidia. Yo la firme verdad tengo por norma de mis juicios de loco; yo no acuso a los pueblos que de ella hacen mal uso; sino, atento a la esencia y no a la forma, al que en viciosa institución la puso, al que dió por verdad una mentira, al que una infamia como ley impuso, a aquel por quien cual ley y verdad mira la mentira y la infamia el pueblo iluso.

Y esa verdad que la razón invade por su propio poder, que nunca cede a consideraciones de grandeza mundana, y que la crítica no evade; esa verdad, que es libre, y que haber puede quien la esconda, mas no quien la degrade, es, con educación y con nobleza, la que voy yo a decir cuando me agrade; no esa verdad impúdica, que ofende con su descaro y desnudez, que sale de una pluma que envidia o que se vende, que no enmendar, sino insultar, pretende, y que a una injuria estúpida equivale.

Mi verdad, ya de veras, ya de chanza, dicha será sin personal desdoro, con entereza sí, mas con decoro; pues no excluye verdad buena crianza,

## VIII

Todos los que de crítica escribieron, y que los vicios de su edad tacharon, ser más cuerdos que el vulgo pretendieron, y aunque al mundo enmendar se propu-

[sieron, ofender su amor propio recelaron, y con él, recelosos, transigieron; así que, al dirigirles sus verdades, al empezar hicieron salvedades; diciendo en el lugar más oportuno que su crítica, zumba y claridades dirigían a todos y a ninguno.

Yo, como loco estoy, y no las echo de cuerdo ni doctor, ni hablo en provecho de nadie, corrigiéndole importuno, ni de lo por mí dicho o por mí hecho se me importa que el vulgo satisfecho quede, o me ponga el gesto entreceja, ni tiro a ver si a tuerto o a derecho

la aprobación universal reúno, no me he de andar con tan ambiguos [modos; lo que yo digo, se lo digo a todos: aplíquese lo suyo cada uno, de la misma manera, que lo que por mí dicho y por mí hecho, tiene derecho a criticar cualquiera, y no niego a ninguno tal derecho.

Los libros no son onzas españolas, que en todas partes con aplauso corren, y que se recomiendan por sí solas, aunque un poco se gasten o se borren. A mí, quien me critica, no me aflige; a mí me hace un favor, quien me corrige. Por ahí andan los críticos mayores del mundo, que en justicia o por capricho, de mis escritos y de mí primores a placer en sus críticas han dicho; y en la unión más leal seguimos siendo los amigos mejores; sin que tengan de mí, según entiendo, ni motivos de queja, ni temores. No porque quiera yo afectar modestia, porque me crea yo más que otro bueno, ni porque de amor propio esté yo ajeno; sino porque, tal vez, como estoy loco, cuando una corrección se me dirige (de buena o mala fe, me importa poco), al sabio que se toma tal molestia, no me cuesta rubor, si me equivoco, decir: «Usted perdone, soy un bestia»; pues tiene más valor el que con calma reconoce un error o un disparate, que el que, su error por sostener, se bate, y por no desistir, se rompe el alma; aunque, según los humos que en mí aso- [man... dice un refrán: «Donde las dan, las toman.»

IX  
A pesar de lo dicho, pensamiento no tengo, ni esperanzas, ni intenciones, y de dar a respetar mis opiniones, y *ni enseñar, ni corregir* intento; porque, aunque loco soy, conocimiento tengo de los humanos corazones, y no tengo en la chola tanto viento. No intento corregir, porque es sabido que el amor propio de la raza humana al consejo leal no presta oído, y que una corrección de intención sana a muy pocos jamás ha corregido, si del que erró la petulancia vana, del consejo leal no se ha ofendido.

No pretendo enseñar, por tres razones: la primera, porque es mi ciencia corta para dar, ni consejos, ni lecciones; la segunda, porque hoy hay a montones sabios que tienen a la tierra absorta, o al menos tales son sus pretensiones, y yo a tal vanidad no me remonto; y la tercera, porque no me importa que nadie sea sabio o sea tonto.

Y a pesar de lo dicho, es muy posible que fatigado a lo mejor me sienta, y que a pesar de anuncio de tal pompa, o no salga mi libro inteligible, o el hilo ruin de mi relato rompa; o que, poniendo el colmo a mis locuras, me haga a la mar, en vez de ir a la imprenta, a lector y editor dejando a oscuras. Que es en lo que a parar, según mis cuentas vendrá, al fin, esta escrita pepitoria; que no es, lector, ni libro, ni diario, ni relación, ni crónica, ni historia, con pretensión de juicio, ni de ciencia;

esto es sólo un apunte estrafalario,  
 a manera de ayuda de memoria,  
 para que otro escritor de más conciencia  
 y de mayor saber, en prosa o verso,  
 dé una broma pesada al universo.  
 Esto es un papelucho mal zurcido,  
 donde consigno yo las opiniones  
 que he formado en el tiempo que he vivido  
 alucinando al vulgo con ficciones.  
 Estas son las verdades del barquero,  
 que le digo yo al mundo porque quiero;  
 no me pidas razón, forma ni esencia;  
 éstos, no versos, ásperos renglones,  
 son la prueba no más de mi demencia.  
 Yo estoy loco; si abordo las cuestiones  
 de sentido común con pretensiones,  
 al mundo voy a convencer muy pronto  
 de que no soy un loco, sino un tonto;  
 así, pues, abreviemos las razones.

## X

CONCLUSIÓN.—Mi papel escribo en ver-  
 lo primero, porque es mi gran manía [so,  
 dar a todo un barniz de poesía;  
 lo segundo, porque hoy al universo  
 va contagiando la locura mía,  
 y hoy usan ya del verso los primores  
 hasta las lavanderas y aguadores;  
 lo tercero, porque es, por su armonía,  
 más fácil de grabarse en la memoria  
 el verso; y una zumba en verso dada  
 tiene mucha más gracia, que se aumenta  
 repetida, y tal vez pica en historia;  
 y a aquel a quien la zumba va aplicada,  
 ¡Jesús!, le hace reír que es una gloria,  
 y hasta de pura risa le revienta.

Así, quien en mi fama la tijera,  
 con intención dañina, meter quiera,  
 yo mismo se lo advierto y no le engaño:  
 corte en verso, y que sea de manera  
 que tenga gracia, porque me haga daño.

Una cuarta razón hay todavía  
 para emplear aquí la poesía,  
 y es: que de nuestra historia en los re-  
 gios

consta que los poetas son ministros  
 y generales ya y embajadores;  
 y aunque yo creo, en mi razón raquítica,  
 que cuando los poetas ponen mano  
 en la fe y la política, es que es llano  
 que, no teniendo ya remedio humano,  
 se hunden la religión y la política,  
 yo no está bien que tal verdad exponga,  
 ni, de su cofradía siendo hermano,  
 de los poetas al favor me oponga.  
 Pues los que cuerdos son, si bien me fundo,  
 tienen empeño en estropear el mundo,  
 no tengo de ser yo quien le componga.

## XI

He aquí, pues, el prospecto de mi obra,  
 que un *totum revolutum* en sí encierra;  
 más bien cajón de sastrero que volumen,  
 que mi editor en publicar se emperna,  
 que en mi opinión me paga muy de sobra,  
 y del cual sacaremos, en resumen,  
 que yo estoy loco, y que quien no me crea,  
 será de mi opinión cuando me lea.

Ni atención pido, ni favor invoco;  
 no puede ser un hombre más solícito  
 en decir la verdad, ni más explícito.  
 MI EDITOR ESTÁ IDO Y YO ESTOY LOCO.

## PRIMERA PARTE

# LA NOCHE DE LA CELEBRACIÓN DE LOS JUEGOS FLORALES EN LA HABANA

Yo atravesé la soledad del Zahara,  
que, como inmenso piélago de arena,  
dos ciudades del África separa;  
el sol abrasador del mediodía,  
que en seco arenal reverberaba,  
el aire enardecía,  
y el pecho, al respirarle, nos quemaba.

Ni el fulgor del incendio de aquel cielo,  
que, encandecido y rojo,  
parece un pabellón ensangrentado,  
ni sobre el haz ardiente de aquel suelo,  
que refracta su lumbre  
como un vidrio azogado,  
fijar podía su mirada el ojo,  
ni aún a través del velo  
con que el rostro llevábamos guardado:  
cielo y arena se veía en torno,  
y el calor respirábamos de un horno.

El simún, tempestad de este oceano  
de arena, que, sus ondas revolviendo,  
cuál revuelve Aquilón las de los mares,

barre su inmenso llano,  
y sus arenas por el viento sube,  
las pasea sobre él como una nube,  
y las llueve después grano por grano,  
sepultando bajo ellas, sin estruendo,  
caravanas y aduares,  
mugía tras nosotros, entoldando  
el cárdeno horizonte;  
delante de nosotros, familiares  
uno con otro y en el riesgo pares,  
viamos ir, el arenal cruzando,  
la cueva oculta o el seguro monte  
por instinto buscando,  
al león, la gacela y el bisonte.

La sed nos anudaba la garganta;  
caballos y camellos  
alargaban los cuellos  
y detenían la cansada planta,  
para aspirar un aire necesario,  
en largos, pero inútiles resuellos,  
que no saciaban su voraz garganta;

negábase a avanzar el dromedario, que con jinete y carga no podía; sus últimos esfuerzos, voluntario, con voz y manos excitaba el guía, y desde su alto y enarcado lomo, la vista en vano con afán tendía; sólo del cielo el inflamado domo y la extensión del arenal veía a través del tejido tembloroso con que el denso vapor caliginoso entoldaba la atmósfera vacía.

Perdidos nos creímos;  
a la par musulmanes y cristianos  
al cielo nos volvimos,  
al par tendiendo a nuestro Dios las manos,  
y a Dios venir en nuestro auxilio vimos.

Una sonora ráfaga de viento,  
despejando la atmósfera un momento,  
nos dejó, compasiva,  
ver un jirón azul del firmamento  
y un pedazo de tierra productiva.

Un oasis, cubierto de verdura,  
isla de aquel océano de arena,  
que salvación y vida nos augura,  
se ofreció a nuestra vista, ya insegura,  
y nuestra alma alegró, de angustia llena.

Hombres, a un mismo tiempo, y ani-  
[males,  
le vimos; la esperanza recobramos,  
y las pérdidas fuerzas corporales,  
y a escape hacia el oasis nos lanzamos,  
salvando los ardientes arenales.

¡Con qué placer se encuentra en el  
[desierto  
un oasis ceñido de verdura,  
de céspedes cubierto,  
y sembrado de palmas y azahares!

¡Con qué placer se bebe el agua pura

del manantial por Dios en él abierto,  
y con cuánto placer su luz se mira  
a sombra de las palmas seculares,  
y con cuánto placer, libre de azares,  
a sus pies se reposa y se respira!

Yo atravesé la mar: mi osada nave,  
fiada del hombre en el saber, que doma,  
audaz, los elementos,  
salió del puerto, cual torceaz paloma  
que por primera vez sus alas tiende  
desde su nido a la florida loma.  
Mas ¿quién el fin a do camina sabe  
cuando a través del mar y de los vientos  
rumbo al azar sobre las aguas toma?  
Navegamos un día y otro día;  
el mar estaba azul, el cielo puro,  
el aura suavemente nos mecía.  
Una tarde, al confin del horizonte,  
sobre su línea azul un punto oscuro  
vimos aparecer; a cada instante  
creciendo, se hizo grande como un monte,  
luego, como una venda,  
cubrió al poniente sol; siguió gigante,  
extendiéndose en torno como un muro;  
se elevó hasta cubrir, como una tienda  
enlutada, el redondo firmamento;  
sopló luego una ráfaga de viento,  
que la mar removió hasta sus entrañas,  
y sacudiendo nuestra erguida nave,  
rompió sus masteleros como cañas.

Desgarró el huracán su hirviente seno  
con un fugaz relámpago, y bramando  
con la rugiente voz de un ronco trueno,  
barrió la mar el raudito torbellino;  
y la nave consigo arrebatando,  
en las tinieblas nos cegó el camino.

Un día y una noche, entre sus brazos,  
del viento y de la mar por los abismos,  
dejando fuimos del bajel pedazos,  
cuenta sin darnos de nosotros mismos.

Mas nos tendió el Altísimo su mano,  
y cual nos hizo ver sobre la arena  
del desierto africano,

de un fresco oasis la floresta amena,  
hizo entonces brillar a nuestros ojos  
de alto fanal los resplandores rojos,  
que dieron al bajel un rumbo cierto,  
y a pocas horas salvación segura.

¡Con qué placer se encuentra en el desierto  
un oasis ceñido de verdura!

¡Con cuánto más placer se ve del puerto  
el móvil fanal que centellea,  
iris de salvación y de ventura!

¡Con qué placer en la feraz frescura  
de un africano oasis se sesteá,  
y con cuánto placer en la bahía,  
después de la tormenta, se fondea,  
y el áncora en su fondo se asegura!

Pues bien: con más placer que alcancé  
un oasis a ver en el desierto, [un día  
con más placer que por la mar bravía  
el faro ví del anhelado puerto,  
mira en este salón el alma mía,  
y halla mi corazón, que yo creía  
a la emoción y al entusiasmo muerto,  
este oasis de amor y poesía,  
que con tan generosa cortesía  
hoy la cubana juventud me ha abierto.

¡Con cuán hondo placer halla mi alma  
este rincón tranquilo de la tierra,  
donde las fuentes del saber, en calma,  
el bien derraman que el saber encierra!  
¡Qué alegría tan íntima y tan pura

me infunde al corazón el aura suave  
de este oasis de paz y de ventura,  
do a las vigiliás del estudio grave  
premio dan la nobleza y la hermosura!

Yo he recorrido la mitad del mundo,  
y a mi pesar lo digo,  
y con pesar profundo;  
mas por doquier que visité la tierra,  
de sangrientas escenas fui testigo:  
doquier he visto caminar armada  
la civilización ensangrentada,  
la libertad apellidando guerra;  
mas con placer más franco y más pro-

[fundo  
puede mi corazón decir al mundo  
que por doquier que fui, crecer he visto,  
por corazones jóvenes plantados  
y por jóvenes manos cultivados,  
el árbol de la fe de Jesucristo,  
y de la santa paz las azucenas,  
bajo la sombra del laurel de Atenas.

¡Bendita seas, juventud, que bebes  
del raudal del saber las aguas vivas,  
que su semilla a cultivar te atreves  
y que su siembra con afán cultivas!  
Pues que ser gloria de tu patria debes,  
preparala cosechas productivas;  
ábrela con las ciencias el camino  
que lleva a una nación a un gran destino.

Porque, sábelo en fin, la fe y la ciencia,  
hermanas de la paz, dan a los pueblos  
gloria, poder, ventura y opulencia;  
gran nombre, grande ser, grande existen-  
hoy, mejor que la guerra fratricida, [cia,  
los dan la religión, la inteligencia,  
manantiales del bien, germen de vida.  
De ello la historia te dará lecciones:  
léelo en la de entrambos hemisferios.

¿Qué es lo que ha engrandecido a las na-  
ciones?

¿Quién ha civilizado los imperios?  
El saber y la fe, no las legiones.

La sangre derramada en las campañas  
nunca atrajo de Dios las bendiciones;  
brota sólo orfandad, odio y pasiones,  
no ricas mieses, ni jugosas viñas.  
Tú, pues, que el campo de la paz cul-

tivas,  
y que en las artes de la paz te empleas,  
fuerza es de Dios que galardón recibas:  
¡cubana juventud, bendita seas!

Y vosotras, mitad de nuestras almas,  
cuyo favor por complemento anhela  
siempre en su gloria el corazón humano;  
flores vivientes del pensil cubano,  
que os cimbráis al andar, como sus pal-

[mas,  
que tenéis el mirar de la gacela,  
la esbeltez del antilope africano  
y la voz de la tórtola, a vosotras,  
que, generosas, a la faz del mundo  
venís hoy a premiar con mano amiga,  
del estudio y del genio la fatiga,  
y a escuchar al poeta vagabundo;  
otro mejor que yo, con más brillante  
peroración, mi sentimiento os diga:  
un corazón, en frases infecundo,  
ruega a Dios en silencio que os bendiga;  
porque yo, que nací, pájaro errante,  
para cantar perdido a la ventura,  
sólo puedo decir a la hermosura:  
«Con oírme no más me honras bastante.»

Ceso aquí, pues; manifestarme vano  
fuera el hablar de mí. Noble academia,  
cuya benígna y generosa mano  
la insuficiencia de mi ingenio premia,

acordándome el título de hermano,  
un discurso locuaz nunca es sentido;  
la gratitud, mostrándola, se amengua,  
que es ave, que en el alma hace su nido;  
y está la fe del hombre agradecido,  
bien en el corazón, mal en la lengua.

### HISTORIA DE UNA VOZ (1)

*Se non è vero, è ben trovato.*

Dios ha henchido la tierra de armonía  
desde el rugiente mar que la circuye,  
hasta el gusano que en su centro cria,  
todo con una voz, mansa o bravía,  
a su armonía inmensa contribuye.  
Todo tiene una voz sobre la tierra,  
la cueva oscura y el peñasco hueco  
en su concavidad tienen un eco;  
mil rumores, eufónicos encierra  
en sus senos el aire; la espesura  
de los bosques dulcísimo un arrullo  
levanta con sus hojas, el arroyo  
que bajo el césped fresco se desliza,  
y el manantial que bulle en algún hoyo,  
tienen una voz suave en su murmullo,  
que la campestre soledad hechiza.

Tiene el león su cóncavo rugido,  
los pájaros su cántico sonoro,  
los errantes insectos su zumbido;  
todo a esta inmensa música hace eco  
con un eco, una voz, un son o grito;  
desde el hirviente mar que la rodea,  
hasta la infiltración que se gotea;  
desde el trueno que rueda en lo infinito,  
hasta el zumbido tenue del mosquito.

(1) Introducción a las lecturas públicas en el teatro del Liceo de la Habana.

Mas todo este concierto misterioso,  
 que en sus sonoros ámbitos encierra  
 bajo su azul atmósfera la tierra,  
 en la inquietud del día o el reposo  
 de la nocturna paz, desde el rugido  
 del león al zumbido del insecto,  
 desde la mar que se enfurece insana  
 hasta la gota que en la peña mana,  
 es un rumor monótono, imperfecto,  
 equiparado al musical efecto  
 de la armonía de la voz humana.

El mar, la fiera, el ave, el aura, el eco,  
 producen un rumor informe y hueco,  
 que del oído la atención seduce,  
 que vagamente la atención recrea;  
 la voz de cuanto existe se reduce  
 a unos compases de armonía fija,  
 que retumba, que trina, que gorjea,  
 que murmura, susurra o que golpea  
 tenaz, y sin cesar se reproduce,  
 invariable y tal vez impertinente;  
 pero la voz del hombre, como hija  
 de su alma inteligente,  
 como emanada de la voz divina  
 del sumo Criador omnipotente,  
 no gorjea monótona, no trina  
 invariable y tenaz, sino argentina,  
 suave, flexible, armónica, sonora,  
 cautiva la atención y la domina;  
 no hiere con su son sólo el oído,  
 que pasa por el alma su sonido;  
 rica de sentimiento, se introduce  
 dentro del corazón, y en él produce  
 la sensación que producir desea;  
 porque la humana voz no se reduce  
 a un son inútil, que en el aura ondea;  
 sino que es un son vivo, que traduce  
 de su alma noble la viviente idea.

La voz del hombre, lánguida, vehemen-  
 [mente,  
 bronca en su ira, en su placer aguda,  
 no es voz perdida, de expresión desnuda,  
 como la voz del aire o del torrente,  
 que, aunque eleva rumor, es siempre  
 [muda;  
 sino que es una voz que un ser encierra,  
 en sus mismos sonidos existente;  
 su voz es la palabra, que en la tierra  
 desparrama, veloz, rica y potente,  
 la luz de su cerebro inteligente.

Y cuando de esta luz germinadora,  
 de esta voz, de la idea productora,  
 un poeta inspirado se apodera,  
 y de su voz sonora la armonía  
 dobla con su sonora poesía,  
 su sonido vital se regenera,  
 su palabra mortal se diviniza,  
 su dulce voz al universo hechiza,  
 y le oye con placer la tierra entera,  
 que al poder de su voz se magnetiza.

## II

Pero, así como todo cuanto existe  
 tiene una voz, así sobre la tierra  
 todo tiene una historia,  
 todo un secreto encierra,  
 desde el peñón que al huracán resiste  
 hasta la humilde planta,  
 y el musgo inútil que el peñasco viste.

La historia de la voz con que levanta  
 sus himnos el poeta es cuento triste.  
 Yo sé la historia de su voz; yo he ido  
 a preguntar su historia a cuanto canta,  
 zumba, susurra, gime, trina o suena,  
 a cuanto tiene un eco o un sonido;

y de cuanto hay con voz, ruda o serena,  
a pedazos por fin la he recogido.

Es una historia efímera fantástica,  
como cuanto al poeta pertenece,  
como su porvenir, como su gloria:  
leve, voluble, rápida, ilusoria;  
humo, sueño, vapor que desaparece,  
sin dejar ni aún recuerdo en la memoria:  
mas que contarse alguna vez merece.

### III

En el primer vigor de sus alientos,  
al escuchar el hombre su armonía,  
la buscó por instinto los acordes,  
y encontró de su voz la melodía.  
Poco a poco inventó los instrumentos,  
para hacer a su acento compañía;  
pero faltaba aún algo a sus acentos,  
y su voz era pobre todavía.

Era ya tan melódica y tan suave  
como el murmullo manso de los vientos,  
el son del agua y el cantar del ave;  
mas no correspondía a sus intentos.

¿Qué le faltaba aún?, no lo sabía;  
mas no expresaba aún sus sentimientos.

Esta necesidad creó al poeta,  
que ignoraba el valor con que nacía,  
mas cuya ardiente inspiración inquieta,  
tal vez jugando con su voz un día,  
tendió sobre el pentágrama las frases,  
ajustó la palabra a sus compases,  
a la nota ajustó sus pensamientos;  
y, al lograr en la nueva melodía  
que la palabra al son fuese sujeta,  
al rumor de la música incompleta,  
su palabra prestó la poesía.

Peró entonces la música, traidora,  
al poeta la voz robó villana;

y brillante, gentil, fascinadora,  
como oscura crisálida en galana  
mariposa cambiada, en la sonora  
atmósfera lanzóse, audaz, ufana,  
embelesando al universo rudo,  
y al poeta infeliz dejando mudo.

Entonces el poeta desdichado,  
que palabra a la música había dado,  
viendo su muda poesía muerta,  
su palabra robada y su voz yerta  
bajo el poder de su traidora amiga,  
en los brazos se echó de la fortuna,  
por los campos vagó con planta incierta,  
y rendido de sed y de fatiga,  
fué sus inspiraciones una a una,  
como Homero, a narrar de puerta en

[puerta;

o, errante trovador, cantó a la luna  
a alguna dama que, en mullido lecho  
sumida en sueño, en perfumada alcoba,  
no escuchó nunca la amorosa trova  
que enronqueció su enamorado pecho.

Vino después Gutenberg con su im-  
[prenta,

en libros extendió su poesía,  
y al universo se la puso en venta,  
sin sonido, sin voz, sin armonía;  
y el infeliz poeta, sus cantares  
en el frágil papel reproducidos,  
ir por el universo vió a millares,  
y a los ojos llamar, no a los oídos.

Desde entonces la frase del poeta  
va a la tirana música sujeta.  
Ahora escuchad el fin de tal historia:  
peró tened su conclusión secreta,  
y aplaudid del poeta la victoria.

Hoy ha dado la música al olvido  
al poeta, y su orgullo la ha perdido.  
Hoy, vanidosa y en su triunfo ciega,  
se derrama la música en el viento  
con armonía tal, que ya no llega  
con su rumor a herir más que el oído,  
ahogando su rumor su pensamiento.

Hoy vierte por las auras derramada,  
un torrente riquísimo de notas,  
que sostenidas a su antojo o rotas,  
a través de la atmósfera rasgada,  
ruedan como una rápida cascada,  
o se van a perder en el ambiente,  
cual de un chubasco las postreras gotas  
traga voraz el arenal caliente.

Hoy, coqueta, mimada y opulenta,  
su placer nada más tomando en cuenta,  
y a placer por la atmósfera perdida,  
en necerse en sus auras se recrea,  
y ufana por el viento se pasea,  
y silba, triña y gorjea,  
y en sus trinos fantásticos olvida  
del poeta la voz, que la dió vida,  
y el mágico poder con que hoy campea.  
Hoy la música loca,  
sobre un tronó de ruido se levanta,  
y unos ecos titánicos provoca,  
con las orquestas monstrós con que toca,  
y al universo, a quien áturde, encanta.

Y hoy el poeta, que en cobrâr se em-  
su rima, que la música desdeña, [peña  
y la voz que robó de su garganta,  
vuelve a su voz de su palabra dueña  
a hacer, y, libre, sus endechas canta.

Pálidas hijas del ardiente suelo  
de esta isla feliz, que se adormece  
de la marina niebla bajo el velo,  
al son del oleaje del Atlántico,  
que en torno suyo con amor se mece,  
vuestro aliento mi ser rejuvенеce,  
el aire de este Edén rico y romántico  
la voz vuelve a mi musa, que envejece,  
y en él voy a lanzar mi último cántico.

Oíd: yo siempre amé la poesía;  
y sintiendo nutrirse en mis entrañas  
un volcán de entusiasmo y de armonía,  
fui a buscar una voz para la mía,  
por el viento, la mar y las montañas.

Yo la mitad del mundo he recorrido,  
y por doquiera que en la mar, el viento  
en el monte o el llano se perdido,  
un cantar, un suspiro o un lamento,  
una incógnita voz o un leve ruido,  
me he lanzado al momento  
a pedir a aquel son desconocido  
un eco musical para mi acento,  
para mis pobres versos un sonido.

Y de Fez en los bárbaros adoares,  
del Indus en las márgenes extrañas,  
del Rhin en los castillos seculares,  
del Nilo y del Jordán entre las cañas,  
de Grecia en los olímpicos altares,  
de Méjico en las miseras cabañas,  
por cuanto abarcan los opuestos mares,  
amparado por Dios y mi fortuna,  
he ido recogiendo una por una  
las notas de mis nómades cantares.

Y hoy, que mi voz, henchida de armonía,  
siento hervir otra vez en mi garganta,  
y siento de mi fe y mi poesía  
arder dentro de mí la llama santa,  
voy a dar a los vientos la voz mía  
con mi postrer cantar, para que suba  
a espirar mi postrera melodía  
al firmamento espléndido de Cuba.

Y ¡ojalá de mis cantos el sonido  
quede perpetuamente confundido  
con el del mar, a vuestros pies dormido,  
y el sonoro rumor de vuestras palmas;  
y eternos tras de mí, después de ido,  
mi nombre resonando en vuestro oído,  
mi recuerdo hospedado en vuestras almas!

## II. DELATORE

DI GIOVANNI PRATI

TEXTO, TRADUCCIÓN Y PARÁFRASI 59

### STROFA 1.ª

Le orecchie intente, gli sguardi bassi,  
tu come un ombra segui i miei passi;  
se un lieve accento nuovo al compagno,  
ratto ti sento sul mio calcagno.  
Va' sciagurato! mi metti orrore;  
sei delatore!

### TRADUCCIÓN

Con vista torva y oído atento,  
tras mí, cual sombra, venir te siento;  
si a hablar a alguno me paro acaso,  
sobre mi huella metes tu paso.  
¡Aparta, infame!, yo tengo horror  
de un delator.

### PARÁFRASI

¿Por qué te apuestas frente a mi casa?  
¿Por qué tu torva visión mil veces  
de mis balcones debajo pasa?  
¿Por qué do quiera te me apareces  
y por do quiera tras mí te encuentro,  
desde que salgo de madrugada  
hasta que vuelvo, y en mi morada  
en altas horas a dormir entro?  
¿Por qué de lejos doquier me sigues,  
y tus miradas de mí no quitas,  
y cuando avanzo, tú me persigues,  
y si me vuelvo, mi encuentro evitas?  
¿Por qué en la iglesia y en el paseo,  
y en los portales y el coliseo,  
junto a mí hallarté siempre me asombra,  
y en torno mío girar te veo,  
como si fueras mi misma sombra?  
¿Por qué, si encuentro cualquier amigo,  
cualquier paisano, deudo o pariente,  
de mis acciones siempre testigo,  
de mí en acecho, te veo en frente,  
o para oirme lo que les digo,  
te me aproximas calladamente?  
¿Qué es lo que buscas tras de mi paso?  
¿Quiéres un duelo conmigo acaso?  
Mas tú en tu porte valor no arguyes;  
tu faz es torva, de audacia ajena,  
tu andar es zurdo, como de hiena...  
no me provocas, puesto que me huyes...  
De una vez habla; quien quier que fueres,  
llégate y dime lo que trajeres;  
si es un secreto, solos estamos;  
si un duelo buscas, al campo vamos;  
mas... ¿te recatas y huirme quiereres?  
¡Por vida mía!  
Ya sé quién eres  
y lo que buscas y quién te envía.

Aborto infame del Santo Oficio,  
que con vergüenza de su servicio,  
matre en secreto la policía.  
¡Maldite seas! Tú eres' espía.

STROFA 2.<sup>a</sup>

Il ciel la luce dovria negarti,  
mai col tuo nome nessun chiamarti;  
ma con quell'altro che ti dispensa  
pane e vergogna sull'empia mensa.  
Va' sciagurato! mi metti orrore;  
Sei delatore!

TRADUCCIÓN

Luz no debían los cielos darte,  
ni por tu nombre nadie llamarte;  
sino por ése que te procura  
pan y vergüenza... ¡miseria oscura!  
¡Huye a esconderte; me das horror,  
vil delator!

PARÁFRASI

Para ti solo ser no debía  
ni el sol antorcha, ni el aire aliento,  
repose el sueño, la alba alegría,  
la tierra apoyo, ni nutrimento;  
porque tan sólo tu ser no encierra  
de amor un germen, ni un sentimiento;  
porque tú solo sobre la tierra,  
planta parásita sin alimento  
que en ella no echa raíz alguna,  
vegetas suelto, sin que se te una,  
con lazo suave de simpatía,  
ni de cariño, raza ninguna.  
¿De qué te sirve la luz del día,  
si tú no puedes jamás contento

alzar tus ojos al firmamento  
que sólo alumbra tu villanía?  
¡Desventurado!, la luz delante  
de nuestros ojos pone patente,  
iluminando tu faz sombría,  
el anatema que tu semblante  
grabado lleva sobre tu frente,  
de tu alma el mudo y hondo tormento;  
de tus perfidias y tu falsía  
el implacable remordimiento,  
la solitaria melancolía  
que te devora tenaz, impía,  
en la amargura de tu aislamiento.  
Porque si en calle, paseo o fiesta,  
tú con tu pueblo mezclarte quieres,  
cuando tu pueblo sabe quién eres  
su odio y desprecio te manifiesta;  
y en torno tuyo rueda formando,  
como a una fiera que va rabiando,  
como a una planta que el aire infesta,  
del odio mudo del pueblo centro,  
deja tu torva persona expuesta  
de aquel infame círculo dentro.  
Y si hay alguno que, traseúnte  
siendo, extranjero de ti ignorante  
«¿quién es ese hombre?» tal vez pregunta:  
nadie tu nombre propio recuerda,  
nadie concibe, nadie te acuerda  
que lleves nombre de ningún santo;  
y al extranjero mudo y confuso  
jamás le dicen el que te puso,  
cuando nacistes, el sacerdote,  
sino el horrible e infame mote  
que te rodea de odio y espanto,  
el que te atrajo tu villanía  
al inscribirte por Iscariote,  
el que te puso la policía,  
de tus hermanos por ser azote.  
¡Maldito seas, villano espía!

STROFA 3.<sup>a</sup>

Ma quando mangi pan guadagnato  
coll'abbiettezza del tuo peccato,  
la bieca larva del tradimento  
non ti stà presso?, non' hai spavento?  
Va' sciagurato! mi metti orrore;  
sei delatore!

## TRADUCCIÓN

Mas, cuando comes el pan ganado  
con la bajeza de tu peccado,  
¿tu conciencia no se levanta,  
paso a cerrarle por tu garganta?  
¡Desventurado, me das horror;  
vil delator!

## PARÁFRASI

Cuando a tu mesa sórdida pones,  
y al labio llevas el pan que ganas,  
en tus nocturnas revelaciones,  
con tus acechos y delaciones,  
chacal hambriento de honras humanas,  
¿en tus bocados, dime, no sientes  
que en tu pan crujen, entre los dientes,  
las anatemas y maldiciones  
de las familias por ti indigentes,  
de los que gimen por ti en prisiones,  
de los que roen en un destierro  
pan de limosna y humillaciones,  
que les arrojan manos extrañas,  
mientras con ira sus corazones  
forjan y aguzan tal vez el hierro  
que hundir ansían en tus entrañas?  
¡Desventurado segundo Judas,  
que a los que vencen no más ayudas,  
y a los tiranos no más auxilias;

si en calma fría, sacar no dudas  
de la miseria de las familias  
pan amasado con sangre y llanto  
de los proscritos y de las viudas,  
si comer puedes en calma fría,  
y el pan que comes no te da espanto,  
y dormir puedes sin agonía...  
¡Maldito seas, villano espial!

STROFA 4.<sup>a</sup>

Talora il ladro chiamo infelice,  
dega di pianto la meretrice;  
da me una ascossa lagrima ottiene  
Sin l'omicida, stretto in catene;  
ma tu... tu solo mi metti orrore;  
sei delatore!

## TRADUCCIÓN

El ladrón lástima tal vez merece,  
la prostituta me compadece,  
y hasta me duelo del homicida  
que por la ajena pierde su vida;  
mas tú, ¡tú sólo me das horror;  
vil delator!

## PARÁFRASI

Por los ladrones tal vez abogan  
la ira y el hambre de la pobreza,  
la honda miseria, donde se abogan  
virtud, instintos, prez y nobleza,  
el mal ejemplo, la ruin fortuna  
que haber les cupo desde la cuna;  
y en fin, la incuria con que los reyes  
y los gobiernos guardan las leyes.  
La prostituta tiene en su abono  
del otro sexo las seducciones.

el menosprecio y el abandono  
del sexo débil en las naciones  
todas; el mismo placer del vicio,  
a cuya sima la lanza acaso  
alguna infame traición villana,  
que hasta la boca del precipicio,  
sagaz arrastra paso tras paso  
a su inexperta flaqueza humana.  
Todos del crimen algo aprovechan,  
y al poner todos el vicio a precio,  
bien o deleite del mal cosechan;

pero tú, ¡pecio!,  
¿qué seducciones ves en tu oficio,  
que sólo mengua te proporciona?  
¿Quién una excusa le da propicio?  
¿Quién en tu infame crimen te abona?  
Ni aún quien te compra tu villanía  
mientras que le eres útil tan sólo;  
pues, aprendiendo tu mismo dolo,  
mientras le sirves te galardona;  
ayer, siendo útil, te sonreía,  
hoy no le sirves y te abandona.  
Así el tirano te subvenciona,  
así te paga la policía.  
¡Maldito seas, traidor espial!

STROFA 5.ª

Va' sciagurato; cala il cappello,  
ti ravviluppa nel tuo mantello;  
e, se un istante sul cor ti pesa  
la mia parola, cerca una chiesa,  
e piangi, e grida: «Pietà, Signore!  
son delatore!»

TRADUCCIÓN

Bajo el sombrero tus ojos tapá,  
tu faz emboza bien con la capa;

y si te mueve lo que te digo,  
busca una iglesia que te dé abrigo,  
y allí di a Cristo: «¡Piedad, Señor!  
¡Soy delator!»

PARÁFRASI

Si el anatema de mi palabra  
en las tinieblas de tu alma entra,  
y en ella un débil átomo labra,  
que de dormida virtud encuentra,  
deja a tu alma que a mi voz se abra;  
no desperdicies un buen momento;  
presta en tu alma caliente abrigo  
al buen impulso de un buen intento;  
tu virtud llama, tu fe recobra,  
y antes que pase su ardor, por obra  
pon mi consejo, que es de un amigo.  
Corre a una iglesia, busca un anciano  
buen sacerdote, y ante él de hinojos,  
de tu conciencia rompe el arcano;  
tu vida inicua con él confiesa,  
y manifiesto pon a sus ojos  
el fardo horrendo que en ella pesa.  
Si es que te absuelve, de un monasterio  
busca el oculto retiro santo;  
ante sus aras póstrate y llora,  
raudales vierte de amargo llanto,  
y la clemencia de Dios implora;  
y sin descanso di noche y día  
al Dios piadoso, que oye al que ora,  
y a la piadosa Virgen María:  
«¡Perdón, Dios mío! ¡Piedad, Señor!  
¡Yo he sido espial!»

STROFA 6.ª

La solamente, presso quel trono,  
può la tua colpa trovar perdono;

impauriti de' tuoi tranelli,  
più sulla terra non hai fratelli,  
Va' sciagurato! mi metti orrore;  
Sei delatore!

### TRADUCCIÓN

Dios solo puede perdón o abono  
dar a tus culpas ante su trono;  
horror por ellas de los humanos,  
ya no hay entre ellos para ti hermanos.  
Ve; desdichado, vil delator!

¡Me das horror!

### PARÁFRASI

Dios es quien puede juzgarte sólo  
en su justicia o en su clemencia;  
tanta perfidia, traición y dolo  
perdonar sólo su omnipotencia.  
Ve; de los hombres perdón no esperes,  
porque con ellos nada te enlaza;  
contra ellos fuiste; de ellos no eres.  
Tú maquinando contra su raza  
viviste; ahora ve cómo mueres  
lejos de su ira, que te amenaza.  
Tú ya no tienes raza, ni nombre,  
tú ya no tienes derechos de hombre;  
cuando firmaste sobre el registro  
de sus esbirros, cuando tu plaza  
por esa firma te dió el Ministro,  
y fué su sueldo por ti aceptado,  
de cuerpo y alma mercado hiciste,  
y en la ignominia de tal mercado,  
patria, familia y honor vendiste.  
De ser cambiaste desde aquel día;  
y por tu nuevo bautismo infame,  
cuanto hombre honrado te conocía,  
arrepentido y avergonzado

de haberte amigo suyo llamado,  
desató el lazo que a ti le unía.  
Ya no hay por suyo quien te reclame,  
nadie que busque tu compañía,  
nadie que quiera parte en tu historia;  
nadie te dice: «tu mano dame»;  
nadie te ruega: «tenme en memoria»;  
nadie a tu lado sin miedo pasa,  
ni hay quien no pase junto a ti aprisa;  
nadie visita tu infame casa,  
ni se arrodira junto a ti en misa;  
nadie te llama para testigo,  
y tu dinero tomar no quieren,  
ni la ramera vil, ni el mendigo;  
porque en el hambre morir prefieren  
al pan que comes partir contigo,  
y a él su mano sin tender, mueren;  
porque tu crimen, monstruo perverso,  
te abre un desierto de polo a polo,  
y aborrecido del universo,  
tú de él en medio te encuentras solo.  
¡Más te valiera no haber al día  
nacido, monstruo de infamia y dolo!  
¡Maldito seas, villano espial!

Mas oye... espera. Yo soy cristiano;  
Cristo por todos murió en un día;  
ambos tenemos un ser humano  
y su fe siempre fué la fe mía.  
Borrar tu crimen no está en mi mano;  
mas yo no puedo con saña impía  
pedir venganza contra mi hermano.  
Vuélvete al cielo; ve sin demora  
lejos del mundo; da a tu existencia  
un santo empleo de penitencia,  
y la clemencia de Dios implora;  
y si, vencida la Omnipotencia,  
en su justicia, merecedora  
juzga a tu alma de su clemencia.

oye: en el nombre de Jesucristo,  
 por quien a juicio tu alma y la mía  
 serán llamadas, ante Él desisto  
 de mi venganza, cedo en mi encono.  
 ¡Paz a tu alma! Yo te perdono  
 el mal que hacerme pudiste un día.  
 ¡Dios te perdone como yo, espía!<sup>60</sup>

A LA MEMORIA  
 DEL INSIGNE ACTOR MEXICANO

ANTONIO CASTRO. (1)

Tienes razón, ¡oh pueblo mejicano!  
 justo es al menos que la humana gloria  
 quede un grano de incienso a su memo-

ria.  
 Pongamos en su frente y en su mano  
 una corona al menos y una palma;  
 única recompensa del que parte  
 desde la vida mísera del arte  
 a la región incógnita del alma.

Mas, extraños tal vez a los arcanos  
 de la vida del arte, ¿habéis vosotros,  
 los que llenáis un ancho coliseo  
 por placer literario o por recreo  
 vulgar; sabios doctores, cortesanos  
 ilustres o sencillos artesanos;  
 los que, jueces del arte de los otros,  
 franéis las cejas o batís las manos,  
 habéis sondado alguna vez el alma  
 de aquel artista, a quien sentís con pasmo,  
 que a la social indiferente calma  
 poco a poco os arranca a pesar vuestro,  
 y a cuyo genio, inspiración y estro  
 dais ¡bravos! y palmadas de entusiasmo?

¿Ha escudriñado vuestro afán curioso  
 (mas... con el corazón, no con la vista)  
 lo que es en sí su triunfo estrepitoso,  
 lo que pesa la gloria del artista?

Yo, que viví en la atmósfera del arte  
 en mi edad juvenil y en otro suelo,  
 voy ante vuestros ojos, a una parte  
 de la vida del arte a alzar el velo.

De las glorias del arte, la más leve,  
 más pasajera, efímera y liviana,  
 ha cabido al actor; copa de nieve,  
 que derrite el albor de la mañana;  
 la gloria del actor tan sólo debe  
 de su vida durar el tiempo breve;  
 porque, al morir en el vacío viento  
 el aplauso que al público arrebató  
 su noble acción o su inspirado acento,  
 con el último soplo de su aliento  
 su propia creación él mismo mata.  
 Su figura, su acción y su semblante,  
 como la imagen que nos da un espejo,  
 que en quitándonos de él se desvanece;  
 como de un lago el vívido reflejo,  
 que cuando el sol se pone se oscurece,  
 del público al quitarse de delante,  
 todo con el actor desaparece.

Deja el pintor sus lienzos inmortales  
 a la sanción y admiración futuras;  
 sus rimas el poeta más banales  
 en un frágil papel deja seguras;  
 del músico los cantos celestiales,  
 del escultor las mágicas figuras  
 quedan, para honra suya y de su era,  
 delicia de la gente venidera.  
 El arquitecto en las soberbias moles  
 de puentes, obeliscos, catedrales,  
 que arrojando en sus sólidos cimientos  
 las lluvias y los vientos,

(1) Lectura hecha sobre la escena, en el Teatro Nacional de México.

ve de cien siglos los distantes soles,  
a la remota edad su nombre lega,  
y en sus moles inmóviles escrito,  
a la remota edad su nombre llega,  
no olvidado jamás, tal vez bendito.

Todo ingenio que crea, tras su paso  
deja un rastro más hondo o más escaso.  
En su ovación mayor, ¿cuál es la huella  
del actor de más fe, de más talento,  
en su mejor papel, en la más bella  
situación teatral, en el momento  
que en su difícil arte más descuella?  
Yo os le evoco; héle aquí que os le pre-  
[sento;  
abro la escena, y le coloco en ella.

Henchida tiene la redonda sala  
de un público selecto, inteligente;  
los palcos llenos de hermosura y gala;  
en el patio, esperándole, se instala  
un pueblo, de admirarle ya impaciente;  
todo es flores y luz, blondas, diamantes,  
sonrisas de placer, ojos brillantes,  
que hacen vibrar el perfumado ambiente;  
es la noche del día de una fiesta,  
y es una fiesta nacional; la gente,  
a recibir del arte predis puesta  
las varias y ofrecidas sensaciones,  
en anuncios escritos diestramente,  
espera ávidamente  
sentir y saborear sus emociones;  
el drama es de un autor a quien se ad-  
[mira;  
según en su argumento se adelanta,  
más interesa al público y le encanta;  
su versificación fresca y valiente  
deleita; la pasión sobre que gira,  
desarrolla el autor maestramente;  
y en una situación, que sólo inspira

a un poeta maestro un genio ardiente,  
se coloca el actor magistralmente;  
nada hay que en favor suyo no se adune,  
todo para su triunfo se reúne;  
acción, figura, voz, fisonomía,  
todo en él es verdad y poesía,  
todo arrebatado en él, todo convence,  
todo está en relación y en armonía.  
La ilusión es completa; el actor vence,  
fascina, magnetiza, descarría  
a la razón, la arrastra en su entusiasmo;  
y más veraz la muestra, en tal momento,  
que la misma verdad el fingimiento.  
La atención es profunda: el pueblo calla,  
sintiendo en su atención, con hondo pas-  
[mo,  
que el actor le subyuga, le avasalla;  
y embebecido de placer le mira,  
y embriagado en magnético marasmo,  
para no hacer rumor no se menea,  
para no perder frase no respira,  
por no perder acción no pestañea.  
El actor le domina, le adormece,  
le galvaniza; es suyo; y a su antojo  
infundiéndole amor, piedad, enojo,  
placer u horror, le exalta, le entorrece,  
le indigna, le horroriza, le embelesa;  
a su antojo le agita, le estremece;  
y en nerviosa tensión, que aumenta y  
[crece,  
su alma teniendo en sus palabras presa,  
sus fibras más sensibles tanto estira,  
que, arrebatado al fin, rompe la valla,  
de entusiasmo frenético delira,  
y en un aplauso universal estalla;  
y a aquel aullido colosal, titáneo,  
que del circo los ámbitos atruena,  
un movimiento unánime, espontáneo,  
cubre de flores y laurel la escena.

¡Triunfo brillante, merecido, inmenso!  
 del victorioso actor la alma se mece  
 sobre el vapor del popular incienso;  
 sintiendo poco a su anhelar la esfera,  
 y a su respiración el aire extenso.

Y no hay gloria más grata, más sincera,  
 que la de un grande actor, que, en lucha

[franca,  
 arrastra en su favor la sala entera,  
 y al pueblo un «¡bravo!» universal arranca.

Pero he aquí del arte los arcanos;  
 he aquí el coto que a la prez mundana  
 puso Dios en sus fallos soberanos;  
 he aquí el acibar que a los dulces granos  
 del fruto dió de nuestra gloria humana;  
 con el actor, que su ovación merece,  
 la creación de su talento vana  
 al caer el telón desaparece,  
 y el ruido apenas del aplauso expira,  
 cuando a traición su mérito rebaja  
 la crítica mordaz, la envidia baja,  
 la vil calumnia, la falaz mentira.

Y como su creación no permanece  
 en formas indelebles modelada;  
 como no puede ser, ni repetida,  
 ni a confundir a tiempo presentada,  
 la oposición de la malicia ajena,  
 como una prueba fácil aducida,  
 quien su bella creación no vió en la es-

[cena,  
 ni sabe si su gloria es de ley, buena,  
 ni puede comprender si es merecida;  
 porque es la imagen que se ve distinta,  
 del espejo en la lámina azogada;  
 miraos a él, y vuestra faz os pinta;  
 quitaos del cristal, ¿qué queda? Nada.

¿Damos un paso más? ¿Queréis más  
 [hondo

hueco abrir a vuestra ávida mirada,  
 y más del arte escudriñar el fondo?

¿Queréis que yo, que un día  
 en la gloria del arte logré un tanto,  
 cuando de él en la atmósfera vivía;  
 yo, que aunque ahora en voluntario en-

[cierro,

de la vida del arte me destierro,  
 mas de la voz del arte al eco santo,  
 como evocado espectro, me levanto,  
 a la vida del arte vuelvo un punto,  
 y en bien u honor del pobre o del difunto  
 elevo un panegírico o un canto;

y que, después del himno o la plegaria,  
 a hundirme torno, y el cancel de hierro  
 del olvido letal sobre mí cierro...

¿queréis que a mi existencia solitaria,  
 antes que vuelva desde aquí, un instante,  
 un pliegue de la tela funeraria  
 que envuelve su sarcófago levante,  
 y aunque un esfuerzo de dolor me cueste,  
 la realidad del arte os manifieste?

Os voy a presentar, aunque os asombre,  
 ante la gloria del artista, al hombre.

El actor, doblemente condenado  
 a la miseria, a la aflicción y al duelo,  
 por hombre y por actor, sufre doblado  
 el pesar que al que nace impone el cielo.  
 Pesa sobre él aún (ya no muy viva,  
 gracias a un siglo que al error derriba)  
 la preocupación de la Edad Media;  
 le corona en el foro, mas le esquiva  
 de la escena social, la gran comedia,  
 Para placer del público pagado,  
 esclavo vive del placer ajeno;  
 y a la hora del placer, está obligado  
 a verter el placer, aunque en su seno,  
 del más agrio pesar hierva el veneno.

¿Sabéis lo que es venir, atravesado del duelo el corazón, a hora precisa, y al público a arrancar, desde el tablado, llanto forzoso o espontánea risa?

¿La pena comprendéis, íntima y fiera, del que os divierte aquí, cuando allá

[fuera, el que os hace reír es fuerza que halle un pesar que en acecho allá le espera?

¡Pesar voraz, miseria verdadera de nuestra vida, de miserias valle!

¿Y comprendéis lo que en su alma pesa el manto recamado de oropeles,

la diadema de talco tan liviana y el cetro de cartón de sus papeles,

cuando, sin luz su hogar, sin pan su mesa, le aguarda en su mansión la madre an-

[ciana, la esposa enferma, la demente hermana, la hija adorada, de la fiebre presa,

alguna de ellas a expirar cercana?

Basta; sobre esta desnudez del arte, tendamos del teatro la cortina;

de la escénica gloria del que parte a otra vida mejor de esta mezquina,

encendamos no más la luz divina, y su llama fantástica, hechicera,

no más alumbre con su luz celeste que el poético mundo, toda entera

sumiendo en sombra la miseria de éste. La gloria del actor es muy ligera,

ev e, fugaz, versátil, pasajera; es verdad; mas las artes son hermanas;

y todas contribuyen, generosas, las glorias del actor, que son livianas,

a perpetuar, grabando y esculpiendo en mármoles su faz, su nombre en losas,

su historia en libros, su virtud en cantos;

y en brazos de ellas, si a la edad futura no llega de su ingenio los encantos entre guirnaldas de laurel y rosas, su nombre llega y su memoria dura.

Y así el de Castro vivirá; lo fio, no con orgullo audaz del canto mío que morirá con mi memoria oscura, sino del pueblo en que amanece el día de la moderna liberal cultura, que de sus hijos el talento aprecia, que, de su edad poniéndose a la altura, de las pasadas con desdén desprecia la preocupación y la manía, y al que en su patria con talento nace, coronas teje y ovaciones hace; porque al que hijo de Méjico ha nacido, no le pese jamás de haberlo sido.

Basta. Al que allí, llorando, corona-

[mos de frescas rosas y de verdes ramos, ya no veremos más; ya a su despejo

escénico, a su cómico gracejo, no temblará nuestra alma conmovida,

risa no brotará mal reprimida; ya se borró su imagen del espejo;

ya ha caído el telón sobre su vida.

Y yo, errante poeta castellano, brindado por el arte mejicano

con tan noble misión, su gentileza agradezco leal, y acepto ufano.

No os cause, pues, ni celos ni extrañeza que, español, en honor de un pueblo her-

[mano, venga a poner, con imparcial nobleza,

de Castro en prez, con mi última pie-

[glaria, flores y laurel la corona.

la última flor en su urna cineraria,  
la primera corona en su cabeza (1).

Cumpli; vuelvo a mi sombra solitaria;  
acaba mi cantar; su gloria empieza.

LOS POBRES (2)

¡Noble misión la nuestra! Premio santo  
de un santo afán, nuestro cantar sonoro,  
convertido mañana en pan y en oro,  
irá del pobre a restañar el llanto.  
Rayo del sol de la alma Providencia,  
cual cercano fanal en mar oscura,  
anunciará mañana a la indigencia  
un momento de tregua en su amargura,  
un oasis de sombra y de frescura  
en el seco arenal de su existencia,  
y acaso a una espirante criatura,  
ya por la garra de la muerte asida,  
llevará la salud, tal vez la vida.  
Porque la caridad es un perfume  
que, de la fe inmortal al fuego vivo,  
vivo se quema, y nunca se consume,  
dentro del corazón caritativo;  
su aroma celestial se desparrama  
sobre el alma del pobre, las mansiones  
penetra del pesar, las embalsama,  
y consuela los tristes corazones  
que gimen en sus lóbregas regiones,  
y de su fe la moribunda llama,  
el átomo dormido  
de su esperanza yerta,  
a su soplo vivífico se inflama,  
de su sopor letárgico despierta.

La caridad, cual lluvia del estío,  
que la tierra sedienta  
esponja y reverdece, haciendo río  
el pobre manantial y el seco arroyo,  
con cuyas aguas al regarse el suelo,  
sus gérmenes vitales alimenta,  
y las gotas que deja en cada hoyo,  
fermentadas después al sol del cielo,  
hacen brotar en los vecinos meses  
pastos nutridos y apretadas mieses,  
fecundiza en los tristes corazones  
en que las gotas de sus aguas echa,  
de sinceras y santas bendiciones  
larga, abundante y celestial cosecha.  
Mañana, pues, como fragante nube  
de la mirra oriental que, desprendida  
del incensario de oro, al techo sube  
del templo, y por su techo repelida,  
por el ambiente azul se desparrama,  
y sobre el pueblo fiel su ámbar derrama,  
de vuestra caridad la santa ofrenda  
perfumará del pobre, que reclama  
vuestro favor, la mísera vivienda.  
Mañana, como lluvia descendida  
de retrasada nube de verano,  
caerá sobre la tumba desvalida  
el generoso don de vuestra mano.  
¡Bendita, pues, la gente mejicana,  
que, de la guerra entre el fragor de muerte,  
sobre su pueblo miserable vierte  
amplio raudal de caridad cristiana!

Porque, no lo ignoráis, sería en vano  
intentar con un velo de ilusiones  
cubrir la realidad, en cuyo arcano  
penetran con terror los corazones.  
Y esa verdad, que el corazón encierra,  
la luz de la conciencia la ilumina;  
engendro horrible de tan larga guerra,

(1) El poeta español coronó el busto del actor.  
(2) Composición leída por su autor en el Teatro Nacional, en la función dada a beneficio de los pobres en la noche del 18 de Julio de 1890.

la miseria fúnebra germina  
sobre la faz de vuestra hermosa tierra.  
La capital sepulta en los rincones  
de sus oscuros barrios, de mendigos  
largas miríadas, sórdidos montones.  
Allí, en su negro fondo, se consumen  
en el cieno del vicio criaturas  
que nacieron tal vez nobles y puras,  
y a quienes hoy en la miseria sumen  
las patrias desventuras.  
Allí, en aquellas simas, sin testigos  
lloran en el rubor y en la indigencia  
familias, hoy sin pan y sin amigos,  
ayer en el poder y en la opulencia.  
Allí el anciano abandonado expira,  
harto de los de mal años prolijos  
de una existencia, que con odio mira;  
allí la viuda en soledad suspira,  
sin pan que dar a sus hambrientos hijos;  
allí la madre, sin hogar ni lecho,  
a Dios en vano desolada invoca,  
porque la leche del exhausto pecho  
vuelva del niño a la sedienta boca;  
y allí, acosada en su tugurio estrecho,  
su honor defiende la infeliz doncella  
contra la seducción, que ir en acecho  
siente por donde quier tras de su huella.

Vertamos ¡ay! de bálsamo una gota  
en ese hediondo cáliz de amargura;  
enviemos a esa sima, donde, rota  
la luz en niebla lúgubre, se embota,  
un rayo limpio de esperanza pura;  
sembremos esa senda, en que una espina  
hiere el pie a cada paso que camina,  
con algunos arbustos que den flores;  
alegremos ese antro de dolores  
con alguna alborada matutina,  
y al despertarse la ciudad mañana,

que con placer su pueblo se levante,  
y a nuestra fiesta respondiendo, cante  
de gratitud universal hosanna.

Porque tal es el fin de nuestra fiesta;  
porque los dulces ecos,  
que despertar pretende nuestra orquesta,  
no están de este salón bajo los huecos,  
no, sino en los recónditos rincones  
de vuestros generosos corazones.  
Nuestra voz es la voz de los que lloran;  
es el eco del ¡ay! de la pobreza;  
el eco de la voz de los que imploran  
los átomos que arrojan la riqueza;  
mas su voz, en cuyo eco se atesoran  
mil gemidos de duelo y de tristeza,  
la noble caridad, bajo su manto  
al ampararla, la convierte en canto.  
Mas nuestra voz no llama a los sentidos;  
voz del alma inmortal, no de la boca,  
no a los oídos, sino al alma, toca;  
abridla el corazón, no los oídos.

A esta voz, oh vosotros, que acidos  
de alta raza en alcázar opulento,  
recibisteis de Dios bienes sin cuento;  
los que podéis cumplir vuestros antojos,  
y tesoros guardar de oro y alhajas,  
dadnos de vuestra casa los despojos,  
dadnos de vuestra mesa las migajas;  
dadnos, en nuestra fiesta, para el pobre  
lo superfluo no más de lo que os sobre.  
Vosotros, que en modesta medianía  
con decoro vivís, si no con lujo,  
dadnos para la fiesta de este día,  
algo de los ahorros que os produjo  
de vuestro honesto hogar la economía.  
Vosotros, los que, a fuerza de desvelo,  
vivís de los productos de un trabajo,

dad un céntimo al pobre, dad al cielo  
de lo que el cielo a vuestra casa trajo.  
Dad: el que da a los pobres, aquí, en vida,  
recibe de su don la recompensa.  
No es la limosna cantidad perdida;  
réditos da de gratitud inmensa.  
Dad, dad; superstición que va conmigo  
desde mi infancia, o de los cielos alta  
Providencia, creedme, yo os lo digo:  
«A quien al pobre da, jamás le falta»

A vosotras, del valle mejicano  
hijas alegres, de su edén florido  
blancas huries, que la noble mano  
habéis al pobre, a nuestra voz, tendido,  
que a su tesoro con afán cristiano  
vuestro óbolo a traer habéis venido,  
yo os dejo en estos rústicos renglones,  
de los pobres de Dios las bendiciones.

Y ¡ojalá que al mandato de mi acento  
el Universo humilde obedeciera!  
Y ¡ojalá que la esencia de mi aliento,  
suave como calor de primavera,  
grata como la música del viento,  
la de algún genio del Oriente fuera,  
para alumbrar vuestra futura huella  
con la alma luz de la mejor estrella!

Y ¡ojalá que desde hoy hasta el pos-  
[treo  
día en que os dé calor la luz del mundo,  
queden como recuerdo lisonjero,  
grabados de vuestra alma en lo pro-  
[fundo,  
los cantares del pájaro extranjero,  
las trovas del poeta vagabundo,  
que osa venir, sin títulos mejores,  
a echar a vuestros pies versos y flores!

EN EL ÁLBUM DE MARIANA R...

Mariana, por si en la tierra  
a encontrarnos no volvemos,  
pues que yo sus cuatro extremos  
condenado a andar naclé,  
te dejo en estos renglones,  
a mi paso por tu hacienda,  
de mi amistad una prenda,  
y una memoria de mí.

Yo voy derramando flores:  
por donde quiera que paso,  
aunque mi alma es un vaso  
que sólo hiel guarda en sí;  
si hay un rincón en la tuya  
donde una flor tenga asiento,  
siembra allí este pensamiento  
para acordarte de mí.

El recuerdo de este valle,  
do el cielo cubre tu hacienda,  
cual pabellón de una tienda,  
de terciopelo turquí,  
no ahogarán en mi memoria  
las tempestades de mi alma;  
tú, de tu hacienda en la calma,  
piensa alguna vez en mí.

Y al contemplar esos cerros,  
de que eres dueña, Mariana,  
por los cuales con tu hermana  
y en tus caballos corrí,  
eleva al Dios que se esconde  
tras el espléndido velo  
de tu mejicano cielo,  
una plegaria por mí.

## EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

DEL COLEGIO NACIONAL DE SAN JUAN  
DE LETRÁN Y COMENDADORES JURISTAS  
DE SAN RAMÓN

Mucho halaga al orgullo el ser famoso,  
y mucho al amor propio el ser buscado;  
pero ¿quién ha de haber tan orgulloso,  
que esté seguro de quedar airoso,  
y de corresponder a lo esperado?

En mi edad juvenil fué la voz mía  
vigorosa y audaz; el entusiasmo  
tal vez mi falta de saber suplía;  
hoy siento ya que me la embarga, el  
[pasmismo  
del miedo, al dar al viento su armonía,  
y temo que mi vieja poesía  
revele la fatiga y el marasmo.

Cuando la juventud me dice «canta»,  
yo la obedezco, y canto todavía;  
pero el acento que mi voz levanta,  
no es ya la inspiración quien se le envía,  
porque envejece ya mi fantasía;  
le brota el corazón, no la garganta.

¡Oh mejicana juventud! Dos veces  
«canta» me has dicho, y elevé mi canto;  
mas, aunque tanto para mí mereces,  
¿qué ha de decirte quien te dijo tanto?  
Como quiera que sea, haré de mío  
cuanto en humana voluntad cupiere,  
pues aunque poco en mis talentos fío,  
pueden morir mi inspiración y brío,  
mas mi agradecimiento nunca muere;  
pronto a cantarte estoy, cuando lo quie-  
[ras,  
porque yo espero en ti, porque en mí  
[esperas;  
mas no me pidas hoy esos cantares,

ricos en melodiosas armonías,  
que aprendí en los arábigos aduarez,  
lentos de esencias de azahar y rosas,  
gratos, como el rumor de los palmares.  
Hoy mi inacción, mi hastío, mis pesares,  
y el ruido del tambor y los cañones,  
a mi musa oriental han vuelto muda,  
agria mi voz, y mi palabra ruda.  
Voy a decirte, pues, en frases breves,  
una árida verdad, fría, desnuda,  
repetida mil veces por doquiera,  
mas que tener en la memoria debes.  
Voy a decirte solamente: «Espera  
»y estudia; deja al huracán que pase,  
»deja pasar nuestra caduca era;  
»tú eres nuestra esperanza venidera,  
»de la futura libertad la base.  
»Espera, estudia y cree; la tierra es tuya.  
»Ya no puede volver la edad guerrera,  
»hoy tiene porvenir sólo el que sabe;  
»no hay mal ya que la ciencia no des-  
[truya,  
»el saber es del porvenir la llave.»

El hombre recibió la inteligencia  
de las manos de Dios, y Dios le dijo,  
del hondo caos al sacar su esencia:  
«Criatura suprema, yo te elijo  
»para testificar mi Omnipotencia.  
»Como yo, crea; como yo, concibe;  
»dentro del alma que en tu cuerpo vive,  
»he encendido una chispa de mi ciencia.  
»Piensa, juzga, concócame, comprende;  
»todo en torno de ti morirá un día;  
»mas la chispa que en ti mi soplo en-  
[ciende,  
»no morirá jamás, su luz es mía.»  
Y el hombre fué; y el hombre intelli-  
[gente  
criatura de Dios privilegiada.

crea como él, y cada edad naciente  
la huella encuentra de la edad pasada;  
y en el suelo que habita, señalada  
deja su huella a la futura gente.

He aquí cómo el hombre, a diferencia  
de cuanto en torno suyo fué creado,  
con las obras de su alma inteligenciosa  
prueba el valor de la divina esencia  
con que el Señor su espíritu ha amasado.  
Cuanto hizo Dios a su servicio toma,  
como él la luz y los espacios, mide;  
las edades, como él, cuenta y divide;  
avasalla la mar, y al bruto doma.

Ser inmortal, que piensa y que comprende,  
su cortinaje de átomos levanta,  
a la profunda creación se asoma,  
y sus decretos íntimos sorprende,  
y su fábrica inmensa no le espanta;  
antes, audaz, su mecanismo aprende,  
y su admirable máquina le encanta.

¡Tal es el privilegio y la excelencia  
y el poder de la humana inteligencial!  
En vano en torno al hombre se desploma  
cuanto brota o se eleva; en vano hierre  
la muerte, jamás harta, cuanto nace;  
como carne mortal, el hombre muere;  
la tierra como polvo se deshace;  
pero como la luz, como el aroma,  
la inteligenciosa de su ser renace;  
porque cuanto imagina, cuanto inventa,  
lega el hombre a sus hijos; eterniza  
su invento en la escritura y en la im-  
prenta;

la raza que le sigue le utiliza,  
vuelve a animar del tiempo la careoma,  
y da existencia a su mortal ceniza.  
¿Cuándo morirá Atenas? ¿Cuándo Roma?  
A visitarlas id; ya están en ruina;  
pero del mundo a la ignorancia ciega

alumbra aún la inteligencia griega,  
enseña aún la ilustración latina.  
Embriagado ha quedado el Universo  
con su gloria inmortal; miles de plumas  
preconizado la han en prosa y verso;  
aun estudiamos por sus obras sumas,  
aun por sus sabias leyes nos regimos;  
a mas los que glorias y poder se arrojan,  
a alcanzar, con sus glorias, os inspiren,  
y os alcancen coronas en racimos;  
yo intento hacer que vuestros ojos miren,  
yo aspiro a hacer que vuestras manos

[cojan  
del estudio otros frutos más ópimos.  
¡Bello premio es la gloria al que merece!  
¡Grande medio el poder para el orgullo!  
¡Sabroso de la fama es el arrullo,  
y todo humano oído le apetece!  
Mas yo, que al mundo, por extraño modo  
y castigo de Dios, nací entre el ruido  
del poder y la gloria; que en el lodo  
social de grandes cortes he vivido  
que a mi disposición lo tuve todo;  
que lo vano de todo he comprendido,  
y que por vanidad nada he querido;  
yo, que, o desengañado o indolente,  
como un ave de paso que no anida,  
por el mundo atravieso indiferente;  
yo, que, como ella, sin labrarme nido,  
vegeto entre los árboles perdido,  
y ni de gloria, ni poder presumo,  
deciros del poder y de la gloria  
puedo en dos frases rápidas la historia.  
He aquí lo que son ambos a lo sumo:  
«Una planta el poder de amargo zumo,  
la gloria un lauro estéril; francamente  
son, han sido y serán eternamente,  
inquietud el poder, las glorias humo.»  
Aprendedlo: el poder perpetuamente

con la ambición y las revueltas lidia,  
y es la gloria mayor constantemente  
presa de la calumnia y de la envidia.  
¿Qué es la celebridad? Una cadena  
al cuello de los célebres ceñida  
por uno de sus cabos, y por otro  
la oscura necesidad la tiene asida.  
De los hombres más célebres la vida  
tal vez en realidad no es más que un

[potro,  
cuyo peor dolor y mayor pena  
es el ver que la hiel, que la envenena,  
dulce miel por los necios es creída.

Yo soy quien te lo dice, mejicana  
juventud, para mí siempre querida!  
Siempre trae de sí en pos la gloria hu-  
mana,  
o lágrimas, o sangre. Mas escucha:  
la civilización sin tregua lucha  
con la ignorancia ruin; la inteligencia  
por doquiera los pueblos civiliza,  
doquier tiene las luces de la ciencia,  
el saber por doquiera se entroniza  
expira por doquier la edad guerrera,  
y otra gloria, otra prez más lisonjera,  
otro poder las almas magnetiza.  
El árbol del estudio da otros frutos  
mejores que la gloria para el hombre,  
de más utilidad que un gran renombre,  
de más sabor, de nutrición más sana  
que los frutos cortados con acero;  
menos brillantes que la pompa vana  
de la celebridad, que los tributos  
de la servil adulación, empero  
mucho más dignos de la raza humana.

El árbol del valor no da ni aun flores,  
produce el de la gloria sólo espinas;  
el del estudio da frutos mejores,

y las cosechas de él ya están vecinas;  
porque, pese al error, la luz avanza,  
la preocupación se hunde y fenece;  
el día de la paz y la esperanza,  
aunque leve crepúsculo, amanece,  
y el albor de su aurora nos alcanza.  
Cambia el hombre de ser; y aunque no  
[quiera  
verlo la vieja sociedad caduca,  
la sociedad actual se regenera,  
y es el hombre mejor, porque se educa,  
en vez de pelear como la fiera;  
y el hombre desde joven estudioso,  
que del tiempo las horas utiliza,  
es el que hoy tiene un porvenir precioso;  
ése es el que la tierra fertiliza;  
jamás impertinente, nunca ocioso,  
la vida ajena con la suya hechiza;  
grato a la sociedad, buen ciudadano,  
buen hijo, padre bueno, buen esposo,  
buen señor, buen amigo, buen hermano,  
siembra en silencio la semilla pura  
de la grandeza y libertad futura.  
Para ése es la amistad un nudo santo,  
el amor una fuente de placeres,  
no un yugo odioso de eternal tortura;  
la religión un ídolo; un encanto  
la sociedad de los humanos seres.  
Ése, seguro en sus principios fijos,  
su fe y su educación pasa a sus hijos;  
sólo en hacerles útiles se empeña,  
a dar honra a su patria les enseña,  
les inculca el amor de la familia,  
les inspira el aprecio del trabajo,  
que a la desgracia con honor auxilia,  
y no hunde al hombre en servilismo  
[bajo.  
Y ése, que criar héroes no pretende,  
es quien la gloria de su patria entiende.

y la deja en sus hijos ciudadanos,  
 cefebres y héroes no, sabios y humanos.  
 Y ése deja a sus hijos por herencia,  
 no la gloria, el trabajo que defiende  
 al doméstico hogar de la indigencia,  
 que da doquier a la familia humana  
 decoro, dignidad e independencia;  
 y ése es quien tiene gloria verdadera,  
 ése deja memoria duradera,  
 y a su presente y a su ejemplo listo,  
 ése es quien tiene caridad cristiana; Y  
 no como la villana hipocresía  
 o la especulación, que hoy la profana  
 en empleo de fe e interés mixto,  
 sino con la pureza y la fe sana  
 con que vino a enseñarla Jesucristo.

Mas basta, ¡oh cara juventud! ya es  
 [harto].  
 Quisiste oír mi voz a mi venida,  
 y hablé; hoy, del porvenir, a mi partida,  
 me pides parecer; dóytele, y parto.  
 ¡Ojalá mis palabras te convenzan!  
 ¡Ojalá mis augurios se realicen!  
 y estos principios en tu patria venzan,  
 y con la paz en ella te entronicen!  
 ¡Ojalá pronto tú por las regiones  
 de este país, sin par en la belleza,  
 puedas probar con prácticas lecciones  
 que la felicidad de las naciones,  
 su libertad, su gloria, su grandeza,  
 su arraiga el saber, no los cañones!

Estudia, pues, y espera; y cuando reines  
 por el saber y la justicia, cuando  
 hebras de plata por cabellos peines,  
 un pueblo venturoso gobernando;  
 cuando mi gloria con mi cuerpo muera,  
 cuando me acuerdas de mí, si lisonjera  
 si te acuerdas de mí, si lisonjera  
 resonando mi voz queda en tu oído.  
 Escucha solamente lo que quiero

en premio justo de mi amor sincero,  
 mis cantos y consejo tan leales:  
 no me des los laureles de la gloria,  
 que es humo vano; dame en tu memoria  
 tus sencillos recuerdos fraternales;  
 si te es mi nombre al corazón querido,  
 mi nombre, en tu memoria retenido,  
 graba en tu corazón, no en pedestales.

SEGUNDA PARTE

LA INTELIGENCIA

INTRODUCCIÓN

No siempre ha de mentir la poesía;  
 no es renombre, a mi ver, muy lisonjero  
 el que nos da el oficio de embustero  
 a los que le ejercemos hoy en día,  
 pues no puede ocultársele a ninguno  
 que embustero y poeta todo es uno.

Y como en esto de mentir, espero  
 que, después de veinte años de manía  
 de mentir por escrito, el mundo entero  
 me ha de tener al fin por el primero  
 de los que cursan hoy la embustería,  
 me ha venido al magín la fantasía  
 de decir la verdad una vez sola,  
 para hacer a mi fama una mamola.  
 Es verdad que parece mal consejo  
 el querer apartarme de un oficio  
 que me ha acarreado siempre beneficio,  
 y más cuando voy ya llegando a viejo;  
 mas me hartó de mentir; ya me fatiga  
 el hacer sin cesar ramos de flores  
 y el extraer los granos a la espiga,  
 para dar leche y mirar a mis lectores.  
 Empalágame ya, me tiene ahito

lo dulce de mis versos, y me aburreo  
 andar buseando siempre lo bonito,  
 y no decir jamás lo que me ocurre,  
 por escribir bonitas necesidades;  
 me canso de mentir, y tengo gana  
 de decir una vez cuatro verdades,  
 y de zurrar al mundo la badana.

Yo, que, de envidia y de rencor ajeno,  
 por doquiera que voy busco lo bueno,  
 y de ensalzarlo con placer me encargo,  
 ¿por qué no he de tener jamás el gusto  
 de dar a mis lectores algún susto,  
 dándoles en tazón de almibar lleno,  
 alguna gota de licor amargo,  
 algún homeopático veneno?

Si hay en ello algún mal, no le concibo,  
 pero, que le haya o no, como me siento  
 con una comezón irresistible  
 de fiar al papel un pensamiento  
 que en él me anda bailando, es imposible  
 no dejarle salir libre y contento  
 al aire; estoy resuelto; no me privo  
 del placer tentador de ocharle al viento;  
 en la tinta dulzaina con que escribo  
 años ha tantas páginas de almibar,  
 voy esta gota a derramar de acibar.

Dios, al sacar al hombre de la nada,  
 a su espíritu dió *la inteligencia*,  
 luz superior a la que al sol fué dada,  
 la chispa que por Dios mismo fué arrancada  
 de la alma luz de su divina esencia;  
 y Dios, al acordársela, le dijo:  
 «Este dote supremo que te infundo,  
 sea entre el bruto y tú la diferencia;  
 obra especial de mi poder te elijo;  
 Rey de creación, tuyo es el mundo.

Eres el ser primero de la escala  
 de los seres creados; todos ellos  
 están después de ti; nadie te iguala;  
 sobre ti, solo Yo, que soy tu origen.  
 Tú, de la inteligencia a los destellos,  
 las leyes sonda que los mundos rigen;  
 de cuanto en torno de tu ser se extiende,  
 de cuanto encima de tu frente gira,  
 goza la utilidad, la forma admira,  
 la esencia estudia y la razón comprende.

Y como en Dios no cabe error, ni dolo,  
 ni incompletez, ni mancha, ni defecto,  
 al hombre que creó no halló perfecto,  
 inteligencia al acordarle sólo;  
 y como complemento de su obra,  
 para que su alma inteligente sea  
 creadora como él, como él fecunda,  
 la luz vertiendo que a su mente sobra,  
 para que al hombre posterior difunda  
 la rica luz de tan divina tea  
 y el alto origen de su estirpe crea;  
 para que la razón en que se funda  
 la superioridad de que blasona  
 pueda probar a su mortal ralea;  
 y para que, en el plazo  
 de su vida en la tierra, con su gente  
 goce de su poder inteligente,  
 y pues que rey se ve, feliz se vea  
 desde que deje el maternal regazo,  
 hasta que el lecho de la tumba se abra,  
 con dos favores más su inteligencia  
 completó la creadora Omnipotencia:  
*el instinto social y la palabra.*

## II

## EL GÉNESIS

Es cosa convenida que la historia  
 del mundo por el Génesis comienza;

puesto que el mundo sabio se halla falto de más vieja y auténtica memoria, ni hay dato de evidencia más notoria que de cosa en contrario le convenza.

No extrañes, pues, lector, si no vacilo de aquesta relación, que es una trenza de largos cabos hecha, en ir tan alto clavado a buscar en que amarrar el hilo.

Verdad es que desde esta altiva cumbre, que al empezar mi relación asalto, para caer en nuestra edad de gloria, de luz, charlatanismo y desverguenza voy a tener, a fe, que dar buen salto; mas no temas, lector, que me acongoje, ni que mi poca gravedad me venza en la inmensa parábola que trace, cuando tal voltereta a dar me arroje.

Por mucho espacio que al caer abraza, no te pases afán; en esta era de fósforos, telégrafos y globos, de vapor y gimnástica, cualquiera en letras o en política se hace a dar tales cabriolas y coreos.

Yo soy hombre de alientos y de ahinco, y verás con qué gracia doy el brinco. Además de que siempre ha de haber

que nos tomen por genios estupendos, y vulgo que por sabios nos acoja, que nos crea doctores reverendos y nos tenga por unos Salomones, si la historia al contar de unos calzones, verbigracia, mostrar se nos antoja con erudición, probando que es preciso que hayan tenido origen en la hoja

que *Adán se salió del paraíso*. ¿Qué tal hoja, lector? Si paradoja te parece, convén en que no es floja;

y como la hallo original y nueva, agita y suéltola al viento; ahí va, si hay quien se atreva (y brinca más que yo), que la recoja, y entre las uñas se le torne breva. Te desafío a que, por más que hagas, me encuentres un bragólogo anticuario, de esos que los museos nos dirigen, chupándose un buen sueldo del erario, que nos sepa buscar para las bragas, ni más antiguo, ni mejor origen. Tal es la ciencia de hoy; tal es el uso de este siglo feliz, que, entre otras plagas, tiene la de tener sabios sin ciencia, tontos con borla, y pillos sin conciencia; de este siglo de ruido y de bambolla, de vanidad y de saber infuso, en que nadie se aturde ni se atolla, y en que, por recto o por torcido modo, todos podemos aspirar a todo.

Así, pues, hasta el *Génesis* subiendo, y hecha esta salvedad, sigo diciendo:

Del instinto social que Dios dió al hombre, ¿cómo usó el racional género humano? El *Génesis* lo dice; no te asombre, es la historia: Caín mató a su hermano.

El principio es atroz; mas es un hecho consumado, lector; a lo hecho, pecho; y ante la mancha que en la tierra humea de aquella sangre que vertió su mano, ante el aspecto de la muerte fea, que del cadáver de su yerto hermano con muda palidez se enseorea, blanco futuro del rencor humano, vivo baldón de su mortal ralea, del fratricidio al consumir el acto, quedó el feroz Caín estupefacto.

Su padre le maldijo; él se fué lejos;

a engendrar hijos y a fundar ciudades; y llegando a ser muchos y a muy viejos, llegaron a maestros en maldades.

Seth, otro hijo de Adán, es el origen de otra progenie buena: los dos nombres que llevan sus dos razas, se dirigen a marcarlas no más; los Cainitas se llamaron *los hijos de los hombres*; los hijos de Dios los de su hermano; empero las hijas de Caín eran bonitas, y a los hijos de Seth, pueblo severo y pío, logró amor prender, mañero, de las muchachas de Caín malditas.

La historia subsiguiente a estos amores no se halla muy explícita en autores, libro, ni tradición; mas tiene traza de haber sido la cosa peliaguda, puesto que, airado Dios, la humana raza disolvió en un diluvio de agua cruda.

Esta primera prueba que dió el hombre de su instinto social, no fué gran cosa que digamos, ni pudo gran renombre dar a su sociedad; mas es curiosa de consignar; y aunque nos dé vergüenza, lector, de confesarlo, así la historia de la social humanidad comienza; así empieza y concluye su memoria: EN UN ASESINATO FRATRICIDA Y UN CHAPUZ GENERAL DE AGUA LLOVIDA.

Tal es la introducción, el primer acto de la escena social. Salió la prueba ob mala. Sirve el diluvio de entreacto; llovió; cayó el telón; escena nueva.

### III

#### LA RAZA HUMANA

De la prole perversa y corrompida, a los vicios y crímenes extraño,

exceptuado por Dios, familia y vida salvó Noé del tremebundo baño.

Salió, como quien dice, en una tabla; pasó el turbión; desembarcó sin daño su gente; mas apenas tomó tierra, ya entre ella (aun es el Génesis quien

[habla])

se declararon síntomas de guerra. Cam, que era alegre, se burló del viejo; Sem y Jafet entre los dos mediaron; mas Cam, de sus hermanos comidos, despreció el ruego, desechó el consejo, y cerró a sus palabras los oídos.

Los síntomas de guerra se aumentaron; y en una posición al fin se hallaron tan fuera de equilibrio, tan precaria, que a comprender los hombres empezaron. (Iron que la separación es necesaria.

Quiebra la asociación de la familia; divídese la estirpe en tres partidos; Cam se instituye jefe de su bando; Sem y Jafet, aunque a Noé obedientes, van haciéndose aparte con sus gentes. Pronto nadie se atiende, ni se auxilia, del amor, la amistad y el parentesco poco a poco los lazos aflojando; a su genio mordaz y pícaro da suelta Cam; no hay medio de que

[hable], ofensivo sin ser e insoportable. Maldicele Noé; y mal prevenidos todos, unos por otros, y llevando en sus tres corazones resentidos, o recuerdos de hiel, u odio profundo, por la tierra se esparcen, engendrando tres enemigas razas en el mundo.

IV

LOS EGIPCIOS

Desde entonces acá, ¿cuál es la historia del hombre? De sus fastos posteriores hagamos una rápida memoria.

Primero, de pastores, pasan a cazadores; luego que se enriquecen, se convierten los fuertes en ladrones; mas, comprendiendo, al fin, que se envían viviendo así, de asaltos y rapiñas, en desastrosas y perpetuas riñas, como el lobo, el chacal y los halcones, hechos ya a vida tal, de bandoleros el título ennoblecen, llamándose guerreros, y sus *bandas* transforman en *legiones*; y para dar un manto de grandeza a su furia rapaz, una ilusoria razón a su ambición, una irrisoria majestad a su estúpida fiera, hacen la guerra oficio de nobleza, y decoran su bárbara memoria con el pomposo epíteto de GLORIA.

Levántanse ciudades, conviértense las tribus en naciones; establecen gobiernos, dignidades, clases, noblezas, fueros, distinciones; y hay nobles y villanos, ricos y pobres, siervos y tiranos. Márcanse con fronteras los terrenos, llámense imperios, reinos, posesiones; mas, ninguno contento con los propios, todos al fin codician los ajenos. Se hacen del oro y alimento acopios,

se disputan la hacienda los hermanos; y no acatando nadie los derechos que alegan los demás, con odio insano pasan de las palabras a los hechos, y arman de hierro su homicida mano.

Los anales del mundo, desde entonces, no son más que los nombres de guerreros que dejaron, de mármoles y bronces en monumentos grandes y altaneros, escritos a los siglos venideros los anales nefastos de sus feroces y sangrientos fastos.

Nemrod, Nino, Semíramis, perdida del crimen y los vicios en el cieno, Asur, Salmanasar, Sesóstris, Horos, con la de Faraón raza homicida, de fe y virtud el corazón ajeno, dejan con sangre el Asia enrojecida y el Egipto sembrado de tesoros monumentales; obras de titanes, mas alzadas a costa de la vida, la libertad, el llanto y los afanes de otra raza a su yugo sometida. Brotan, sí, por doquier virtud y ciencia, artes, comercio, industria; flores puras del vergel de la humana inteligencia; pero siempre, al pasar los huracanes de la guerra sobre ellas, las deshojan, y en brillantes fragmentos, detrás de sus ejércitos sangrientos las manos de los héroes las arrojan.

Quiere decir, hablando sin rodeos: que aquellos monumentos colosales, erigidos para útiles empleos, en vez de ser de la razón trofeos, son momias secas y esqueletos feos, que atestiguan no más hechos brutales.

## LOS FENICIOS

Progenie inteligente, los fenicios con su comercio extienden la cultura, y de la ilustración los beneficios desde la India al África derraman; sus ciudades, sin par en hermosura, fundan junto a la mar; se desparraman, buscando nuevas costas, en bajeles; y el oro de Sabá, las aromas gomadas de Arabia, las sabrosas mieles del Arad, las maderas olorosas del Líbano, los vinos saludables de las islas de Grecia, los tejidos de Biblos y Sidón, las admirables púrpuras de los mantos, que eran ropa de los reyes no más, desde el retiro de su opulenta capital de Tiro, llevan al Asia, al África y Europa.

Al adelanto universal propicia, útil al Universo, creadora del comercio, y del bien propagadora, ¿en qué paró la ilustración fenicia?

Envidiando la altura a que levanta su raza el fruto de su activo giro, hollaron gloria y opulencia tanta, Nabucodonosor bajo su planta, bajo los pies de su caballo Ciro. Quiere decir, sacando un consiguiente claro de estos históricos pasajes, que *a la raza fenicia, inteligente, se merendó otra raza de salvajes, más bestia que ella, pero más valiente.*

## VI

## GRECIA

Emporio de las ciencias y las artes, Grecia se levantó; filosofía,

leyes, lengua y creencias hubo un día, que llegaron allí de todas partes los hombres a buscar; su gente y sueño, de las otras naciones el modelo fueron; todo país civilizado griego hablaba, a la griega se vestía; todo cuanto en el mundo se sabía estaba en libros griegos consignado.

Grecia a esta perfección semidivina ¿cómo llegó? Alumbrada por la tea de la guerra también. Aún ilumina las hojas de su historia, y las gotas, el incendio de Sarda y Salamina, y la sangre de Leuctra y de Platea; en páginas también de sangre y fuego los anales están del nombre griego: Esparta, Creta, Macedonia, Atenas, Argos, la Acaya, Delos y Corinto, de mitos, gloria y poesía llenas, tienen manchas de sangre en su recinto. Guardan sus ríos sangre en sus arenas, y el genio de la guerra, en sangre tinto, convirtió sus olímpicas ciudades en escombros, que admiran las edades.

Cual valioso aderezo que empeñaron unos pródigos ricos a usureros, de cuya mano vil jamás osaron rescatarle mezquinos herederos, y ellos al fin sus piedras desmontaron para venderlas sueltas a extranjeros, así Grecia, diadema desmontada, para extranjeros fué despedazada.

Grecia es al fin esclava; cien saqueos la roban sus riquezas infinitas; las columnas sin par de sus liceos sostienen hoy las árabes mezquitas; a sus bellos Beocios y Cadmeos suceden los tostados moslemitas;

dan sus paseos a la siembra surcos,  
los circos pasto a los caballos tureos.

¡Doquier el mismo fin, la misma his-  
[torial

Artes, ciencia, virtud, belleza y gloria  
caen, de la fuerza a la agresión tirana;  
siempre una raza bárbara, victoria  
sobre otra raza inteligente gana;  
siempre son los anales de la tierra,  
sangre, rapiña, destrucción y guerra,

VII

ROMA

Engrandécese Italia; álzase Roma  
reina del Universo; las naciones  
provincias suyas son; al mundo doma  
bajo su férreo yugo; en las regiones  
más apartadas, cuando altiva asoma,  
acuartela en los templos sus legiones,  
y posesión del Universo toma.

Al supremo poder la abren camino  
el genio griego y el valor latino.

Heredera de Grecia, se levanta  
Roma, dando a la suya por cimiento  
la ilustración de Atenas; se amamanta  
con su ciencia y la hereda lo opulento;  
por doquiera que el paso se adelanta,  
se halla de su poder un monumento;  
Grecia no es más que una oriental sul-  
[tana;

Roma del mundo entero soberana.

Mas de otra luz sus luces son reflejos;  
toma de Grecia ejemplo y experiencia,  
leyes, artes, costumbres y consejos,  
letras, armas, vestidos y creencia;  
pero más vigorosa, va más lejos;  
y con su militar omnipotencia,

mayor haciendo cuanto de ella toma,  
Grecia más sabia fué, más grande Roma.

Poco creó; mas conservó lo antiguo,  
lo agrandó y lo selló. Todas las razas,  
y de su lenguaje guardan, aunque exiguo,  
rastros, y de su poder conservan trazas;  
lo mismo en territorio así contiguo,  
que en los remotos páramos y plazas,  
quedan sus vías, puentes y obeliscos;  
sus grandes acueductos unen riscos;

Sus magníficos templos y palacios  
son de las dimensiones de ciudades;  
sus estatuas, colosos; los espacios  
de sus circos, extensas heredades;  
sus fiestas son escándalos; no sacios  
sus plebeyos jamás de novedades,  
vierten en sus titáneas diversiones,  
de sangre ancho raudal, de oro millones.

Roma adoptó la inmensidad por sello,  
y hacer quiso del mundo un grande es-

Roma lo grande prefirió a lo bello,  
mas su poder inmenso fué basado  
sobre la esclavitud, sobre el degüello  
del vencido; su pueblo fué soldado  
no más; y cuando al orbe unció a su  
[yugo,  
su señora no fué, fué su verdugo.

Roma al fin se embriagó con su opu-  
[lencia;  
se estragó y se cegó con sus excesos;  
Roma llegó a creer, en su demencia,  
para siempre a sus pies los pueblos presos,  
y comió si del mundo la impotencia  
estuviera sus crímenes ilesos

obligada a dejar, hizo del mundo,  
de sus vicios sin par un lecho inundo;

Mientras hordas de bárbaros paganos  
aullan por devorarla a sus fronteras,

deifica, insensata, a sus tiranos; en un solo festín devora enteras las cosechas que dan todos sus llanos, y las que traen a Italia sus galeras; y bebe en su embriaguez de un solo día lo que a su sed de un año bastaría.

Cristo la envía apóstoles humanos a ayudarla en sus horas postrimeras; mas Roma, en vez de oír a los cristianos, les arroja en sus circos a las fieras, desgarras sus entrañas con sus manos y les quema en sacrílegas hogueras, porque Roma, al sentirse en la agonía, para no ver su fin, se embriaga, impía.

Y cae en su embriaguez; cae al influjo del instinto de crímenes insano, que a la sima del crimen la condujo. La luz fugaz del esplendor romano, la ilustración que a su pesar produjo, ahoga ella misma por su propia mano; y cae sin aguardar a que descuaje su poder otra raza más salvaje.

Roma, feroz, se emponzoñó a sí misma; ebria al fin, en sus cien anfiteatros, en lid eterna y en perpetuo cisma, a millares perdió sus hijos viles, degollados en circos y en teatros, en peleas y escándalos civiles, y sin fe, sin valor y sin riquezas, su túnica imperial rasgó en dos piezas.

Los restos de sus últimas legiones, su torpe fama y majestad roída envolvió en uno de sus dos jirones; y al dársele a Bizancio, que la vida debió a su herencia y los ajenos dones, a morir se tendió, desfallecida, sobre el otro jirón, detrás del solio de Augusto, en el umbral del Capitolio.

Al matutino albor de la fe pura

de la naciente religión cristiana, sin dioses, sin honor, sin hermosura, robada y despreciada por su hermana, del Capitolio en la desierta altura, ebria y embrutecida cortesana, la encontraron los bárbaros dormida, al peso de sus crímenes rendida.

Roma, pese a la olímpica grandeza, que el imperio la dió del mundo todo, manchó con lepra infame su belleza, y su gloria imperial con sangre y lodo. El hambre universal fué su riqueza; su título de grande, un grande apodo; y de la humanidad en vilipendio, se le alumbra el fulgor de un grande incendio.

De esa Roma que admiran las naciones, ¿cuál el resumen es de los anales? Hija de lobos, madre de Nerones, empieza en una banda de ladrones, vive engendrando monstruos imperiales y haciendo de cadáveres montones, y acaba, en sus inmensas bacanales, disputando su presa a los leones, sin que se pueda hartar la hambre romana con tan largo festín de carne humana.

Pregunta ahora mi imparcial conciencia: ¿Qué papel hizo aquí la intolerancia?

### VIII

Lux vers. Dent. 1840.

Aparece Jesús; la enseña planta de su cruz en el Gólgota, y predica

una nueva de paz, doctrina santa,  
de caridad y de esperanza rica,  
Jesús, que el signo de la cruz levanta  
y al turbulento mundo notifica,  
que son fe, paz y amor, no saña y guerra,  
los que al hombre han de hacer rey de

[la tierra.

Cristo, el único Rey del mundo entero,  
que leyes y moral sin egoísmo  
dicta, siendo en seguirlos el primero;  
el solo que practica por sí mismo  
lo que da, como justo y verdadero;  
que hace de la humildad un heroísmo,  
y que la fe sagrada que predica,  
con su ejemplo y su sangre ratifica;

Cristo, que se alza sin favor, sin ruido,  
que marcha sin poder, sin opulencia,  
solo, sin ser de ejércitos seguido;  
que basando su fe en la inteligencia  
del hombre, que, por Dios creado, ha sido  
dotado de razón y de conciencia,  
de su conciencia y su razón en nombre,  
habla no más al corazón del hombre;

Cristo, que al mundo la igualdad anun-  
cia,  
y acata los poderes de la tierra;  
que palabras de amor sólo pronuncia;  
que el cielo y la esperanza a nadie cierra,  
pues un Dios pío y paternal enuncia,  
que levanta al que cae, y que al que  
perdona; que de pena al hombre exime,  
tomando en sí su culpa, y la redime;

Cristo, que de su ley pone por base  
la paz, el bien y la ventura humana,  
y a la raza de Adán, en una frase  
de suprema equidad, haciendo hermana,  
dice al hombre: «No quieras que otro  
pase

lo que no pases tú...», su fe cristiana  
sembró tan honda, que, si Dios no fuera,  
un Dios de Cristo su equidad hiciera.

Su fe no se extendió rápidamente,  
iluminando espléndida la tierra,  
como la luz del sol desde su oriente;  
no destruyó el error y ahogó la guerra,  
poderosa, triunfante, omnipotente.  
Rayo que azota, pulveriza, aterra,  
«Gloria a Dios! ¡Paz al hombre!», era una  
[frase

que exigió al tiempo y la razón por base.  
Del pueblo rey la ciega idolatría  
luchó tenaz contra la fe cristiana;  
cedió ante la verdad, mas día a día,  
el decrepito error de la pagana;  
de Júpiter el rayo todavía  
mil y mil veces fulminó, tirana,  
la religión vencida, a la triunfante  
oponiendo su fuerza agonizante.

El genio griego y el valor romano  
sostuvieron del viejo paganismo  
el vacilante pie, la débil mano,  
ante el joven vigor del cristianismo;  
y el talento extraviado de Juliano  
galvanizó un instante al helenismo,  
que envió al resucitar, espectro escuálido,  
contra el cristiano sol un rayo pálido.

El cristianismo, humilde y tolerante,  
manso y sufrido, mas tenaz creyente,  
y en su profunda convicción constante,  
opuso mudo el corazón valiente  
al furor despechado y arrogante  
del viejo paganismo, aun insolente  
con sus dioses, fantásticos vestiglos,  
mas fe y veneración de tantos siglos.

Sangre y tiempo costó. La idolatría  
apoyada en los tronos de la tierra,  
ayudada después por la herejía,

que la prestó el veneno que en sí encierra la mentira traidora, logró, impía, sostener contra Cristo larga guerra; mas la razón y la verdad cristiana al fin triunfaron de la fe pagana.

Al fin la caridad, principio santo de suprema justicia equitativa, ley de fraternidad, que, bajo el manto de una igualdad universal, la viva raza de Adán cobija, y cuyo encanto en las delicias de la paz estriba, de la victoria arrebató la palma; porque Cristo su ley grabó en el alma.

Cristo triunfó; porque su ley, que en-

en un principio de equidad profundo la igualdad de los hombres en la tierra, venía a dar la libertad al mundo. La caridad, al proscribir la guerra, era (de bienestar germen fecundo) una nueva virtud, de cuya esencia iba el mundo a adquirir nueva existencia.

Cristo, legislador que osar podía a lo que el genio con la fe se atreve, nivelador de toda jerarquía, sacó sus sacerdotes de la plebe; y el orgullo, el poder, la tiranía, esto es, cuanto su vida y fuerza debe a la debilidad que a otro se fía, y el oro y sangre de los pueblos bebe, igualó ante la ley de su creencia con la debilidad y la indigencia.

Y el potente, el soberbio y el tirano, que, al caer del poder y la fortuna, caritativa hallaron una mano, que acudía a auxiliarles oportuna, en la virtud creyeron del cristiano; y aquella ley, que distinción ninguna

entre el esclavo y el señor hacía, tarde o temprano que regir tenía.

Esta ley, que acotaba la primera la ley de los poderes terrenales, al alma dando libertad entera, derechos y nobleza espirituales (aunque en la misma esclavitud yaciera su cuerpo por las leyes temporales); esta ley que de todas puso fuera al alma, quien, por leyes inmortales, siendo del cielo oriunda, sólo era responsable a las leyes celestiales; la ley, en fin, que al alma a dar venía la libertad que dominar tenía.

Y aquella ley, que al alma emancipaba, dió a la mujer (quien hasta aquella hora vivido había en la abyección de esclava) dignidad y derechos de señora. Y la ley que el amor santificaba, y a la maternidad acreedora de universal respeto instituíala... ¿cómo en el mundo de regir no había?

La ley de aquella fe consoladora comenzaba a extenderse a la caída de Roma, y de los mundos la señora vislumbró en la agonía de su vida esta ley, de sus leyes sucesora; Bizancio, que heredó su gloria hundida y su nombre imperial, fué la primera que enarbó la cruz, como bandera.

Las bárbaras naciones, que arrollaron por doquiera las águilas romanas, cuando como un turbión se derramaron por las ricas campiñas italianas, ya de Roma en las cúpulas hallaron, de águilas en lugar, cruces cristianas, y de sus lanzas a arrostrar los botes, vieron salir humildes sacerdotes.

A pesar de su furia los alanos,

de su difícil comprensión los godos,  
de su indómito orgullo los germanos,  
aquellos pueblos mil, bárbaros todos,  
fueron a sentimientos más humanos  
y a más civiles y corteses modos,  
tornando sus salvajes corazones  
y rindiendo sus bárbaras pasiones.

De los cristianos castos los modales,  
su mansedumbre y su modesto aliño,  
su caridad y auxilios fraternales,  
y sus dulces palabras de cariño,  
ganaron a estos hombres naturales,  
de ardor de fiera y corazón de niño,  
y movidos al fin por sus ejemplos  
de virtud, se acercaron a sus templos.

Admiróles su fe, su continencia,  
su afán en procurar el bien ajeno,  
ante los infortunios su paciencia,  
y ante la muerte su valor sereno;  
y empezando a entender en tal creencia  
los preceptos sencillos de un Dios bueno,  
a su vida de riesgos y de azares  
dieron reposo al pie de sus altares.

Cristo triunfó. Los bárbaros guerreros,  
que derrocaron la altivez romana,  
fueron a ser después los caballeros  
de la Edad Media. Por la mar cercana  
a los países fértiles costeros  
abordaron: Europa fué cristiana.  
¡Gloria a Dios! ¡Paz al hombre!; ¿fué

[una frase  
que el amor y la paz tuvo por base?  
¿La inteligencia dominó en la tierra?  
Se estableció la paz? ¿Cesó la guerra?

Estos pueblos, incultos todavía,  
no pudieron perder en un instante  
los restos de su antigua idolatría,  
ni su instinto y ardor beligerante.  
En sus almas la fe brillar debía

con luz entre tinieblas vacilante,  
y al par que altares a la cruz hicieron,  
de su espada en el puño la pusieron.

Y aunque pasando, al fin, generaciones,  
hicieron de estos bárbaros guerreros  
de Cristo los cruzados campeones,  
de Europa los galanes caballeros,  
no debían jamás sus corazones  
a sus instintos bárbaros primeros  
renunciar. De las épocas feudales  
lo prueban bien los bárbaros anales.

IX

BIZANCIO

Hija de Grecia, de Roma hermana,  
por patria griega, por ley romana,  
Bizancio, débil hermafrodita,  
un grande imperio rehabilita,  
del mundo anhela ser soberana.

Renace hermosa; pero se agita  
medio ortodoxa, medio pagana,  
siempre dudando si es favorita  
o emperadora, reina o sultana.  
Bajo los techos de oro en que habita,  
vive en deleites de sibarita  
y se gloria de ser cristiana.

Ora en templos que cubre de excelsos  
[domos,  
y se embriaga en teatros y en hipodro-  
[mos;  
coronada de flores, en sus jardines  
danza al son de los himnos de sus fes-  
[tines;  
del Bósforo azulado por la ribera  
sus legiones romanas tiende altanera,  
y en la lengua de Roma dictando leyes,  
se precia por esclavos de tener reyes.

Mas mientras canta,  
tejen ellos dogales a su garganta,  
y como fieras,  
los bárbaros añllan a sus fronteras. Y

Bizancio, absorta, sueña y dormita  
sin ver sus hordas, ni oír su grito.  
Bajo áureos techos y pabellones,  
de seda y grana sobre almohadones,  
como mimada mujer bonita,  
goza y admira sus perfecciones,  
y del espejo nunca se quita;  
y en córtesanas adulaciones,  
y en amorosas adoraciones,  
huyendo todo pesar y cuita,  
con halagüeñas conversaciones  
la verdad agria saber evita.

En atléticos juegos gasta sin tasa,  
y en circos e hipodromos el día pasa;  
sobre el Bósforo manso, que ante ella  
[ondea,  
en góndolas de noche canta y pasea;  
los palacios que se abren sobre sus olas  
orna con gallardetes y banderolas,  
y en columnas de puro mármol de Paros,  
para alumbrar sus noches enciende faros;  
y mientras canta,  
no siente al enemigo que se adelanta,  
y que hordas fieras  
las provincias arrancan de sus fronteras.

Bajo sus joyas de cortesana,  
tras su mirada siempre halagüeña,  
tras de su boca siempre risueña,  
Bizancio oculta su alma villana.  
De nombre grande y alma pequeña,  
celosa, ingrata, ruin e inhumana,  
venenos filtra, crímenes sueña.  
Vive en el miedo, como tirana,

lleva la muerte tras de su enseña;  
y si favores o gloria gana,  
a quien le sirve mata mañana,  
vil y traidora, con una seña.  
Entre eunucos infames y delatores  
busca sus generales y emperadores.  
Su amistad la más santa, la más estrecha,  
cambia en odio la sombra de una seña.  
Las gradas de su trono, de oro macizas,  
están siempre con sangre resbaladizas;  
jamás sube, ni baja nadie por ellas,  
sino dejando sangre tras de sus huellas;  
y mientras, loca,  
sus mil conspiraciones fragua y sofoca,  
como panteras,  
los bárbaros avanzan por sus fronteras.

Ceremoniosa, pueril y vana,  
intrigas teje, chismes devana...  
con sus casuistas enredadores,  
de pequeñeces disputa insana;  
presa de espías y delatores,  
por mil quimeras tiembla y se afana;  
contra sus pocos sostenedores,  
hijos leales y servidores,  
miel venenosa su lengua mana;  
y por tres bandos desgarradores,  
que se asesinan por tres colores,  
deja la guerra rugir cercana.  
Primera corruptura del cristianismo,  
su fe, de controversias es un abismo,  
y pérfida y astuta, no diplomática,  
ni es fiel, ni es ortodoxa, sino cismática.  
De sus triunfos con oro compra las glorias,  
vergonzosos tratados son sus victorias;  
pronta a volver bajezas sus arrogancias,  
son su fe y su política las circunstancias.

No es, pues, extraño  
que un jirón de su imperio pierda cada  
año,  
ni que banderas  
ememigas avancen por sus fronteras.

Tal fué Bizancio; desde su cuna  
dar vida a monstruos fué su destino; en  
no hay en sus fastos época alguna  
sin un verdugo, o un asesino.  
Tal vez la impuso tan ruin fortuna  
el paricidio de Constantino!

La envolvieron en cismas magos y teó-  
logos,  
la vendieron los Láscaaris y los Paleó-  
logos.  
De sus templos cristianos las aras castas  
profanaron los ciegos iconoclastas,  
y cuando ante los turcos se vió indefensa,  
amparó pidió a Roma, tras tanta ofensa.

Ella, en infaustas luchas civiles,  
bebió la sangre de sus entrañas;  
sus glorias fueron juegos pueriles,  
y en sus empresas y sus campañas  
la abandonaron sus hijos viles,  
la defendieron gentes extrañas;  
los múltiples códigos de Justiniano,  
la astucia y las traiciones de los Com-  
[menos]  
no impidieron que en ella pusieran mano  
búlgaros, indos, persas y sarracenos;  
y el genovés, el turco y el veneciano  
se partieron sus aguas y sus terrenos.

Vivió sin gloria,  
y sucumbió dejando mala memoria.  
¡No sin misterio

las crónicas la llaman el bajo imperio!  
Tal es la historia de Bizancio; y creo

que no habrá humanitario que, en con-  
[ciencia,  
pueda probar, con el mejor deseo,  
que haya sido un gimnasio ni un liceo  
que haga honor a la humana inteligencia;  
y por más que los sesos se taladre  
en discurrir y husmear cuanto le cuadre  
para excusar tal banda de asesinos,  
si eran hijos de Dios los bizantinos,  
no hicieron, en verdad, honra a su padre,

X

LOS BÁRBAROS

Hunnos, alanos, vándalos y godos,  
avaros, suevos, neustrios, merovingios,  
gépidos, longobardos, ostrogodos,  
hérulos, salios, francos y turingios,  
con otros pueblos mil, bárbaros todos,  
de carácter, ya rudo, ya perverso,  
de tan distinta faz, de tan diverso  
origen, ley y religión e idioma  
de los de Grecia y Roma;  
gente tan otra, tan extraña y fiera,  
como la patria ineógnita y lejana  
que sus hordas indómitas vomita  
cuando y en donde nadie las espera;  
como el genio infernal de quien emana  
el espíritu hostil que las excita  
a hacer en él su aparición primera,  
sobre el mundo en turbión se precipita.  
¿Quiénes son? ¿Quién los trae? ¿Qué es lo  
[que buscan  
en las regiones cultas? No se sabe;  
sus destinos recónditos se ofuscan  
a la vista mortal; de ellos la llave  
tiene tan sólo Dios, que de repente  
sobre Europa lanzó tan nueva gente.

«Bárbaros son; así nuestras naciones denominan sus hordas y legiones. Salieron, como nubes de langostas, de las selvas, las islas y las costas que azota ronco el mar, y turbia riega la corriente del Vístula, del Oder y del Volga, en la Prusia, la Noruega, la Suecia, la Pannonia, Escandinavia... ¿Quién sabe? De comarcas aun incultas, para su grande población angostas, y a la geografía poco sabia de Grecia y Roma todavía ocultas. Las tinieblas tal vez las produjeron; tal vez de un caos terrenal salieron, y ávidas de botín, pobres de bienes, dejando tras de sí ruinas y estragos, cruzaron montes, ríos, selvas, lagos, vadearon con audacia el Borysthenes y el Tánays; botaron en el Ponto y el Mar Negro sus lanchas; y muy pronto, con famélico afán y osada mano, sembraron muerte, asolación y fuego en el fecundo territorio griego y en el terreno rico del romano.

Asaltaron de Europa las regiones estas ciegas y bárbaras naciones; catástrofe tremenda, con que acaba la clásica y heroica tragedia de Roma; y se quedó la Europa esclava en el caos feroz de la Edad Media.

Así cuenta la Italia, amedrentada, la historia de esa gente, y se equivoca; así lo cree la Europa, sojuzgada también por ella, y la verdad disloca; Voltaire, Hume, Sismondí, en su extra-  
[viada  
filosofía y con conciencia poca,  
así hablan de esta edad mal estudiada,  
y si aun hoy nuestra edad, más ilustrada,

sigue llamando bárbara a esa gente, es que, o no la conoce, o que la apoca, o que, ser justa no queriendo, miente. Y no es aquí que tenga yo el capricho de echármela de sabio y de profundo, o de decir lo que ninguno ha dicho para contradecir a todo el mundo; no ¡por Dios! Para mí toda la gente que, creada por Dios inteligente, en vez de razonar, mata y pelea, es estúpida, vil, bárbara y rea de lesa ilustración; y es evidente que estas tribus guerreras, que invadie-

[ron  
la tierra occidental, bárbaras fueron; mas antes de arrojarlas a la cara tan degradante apodo, bueno fuera que con detenimiento las juzgara nuestra edad imparcial y justiciera, y a la luz de aquel siglo contemplara la gente y sociedad de aquella era.

«¿Quiénes son? ¿Quién los trae? ¿Qué es [lo que buscan en las regiones cultas? No se sabe. De sus hondos destinos, que se ofuscan a la vista mortal, tiene la llave tan solamente Dios, que de repente sobre Europa lanzó tan fiera gente.»

No es verdad; de su origen y destinos claros están la cuna y los caminos. ¿Quiénes son? ¿Quién los trae? ¿Qué es [lo que quieren? Son los bárbaros, sí; mas Dios los trae la herencia a recoger de los que mueren, y a renovar el mundo, que se cae.

Veamos su venida  
a una luz para verlos encendida.

Por el pronto estos bárbaros no hi-  
[cieron

en Europa irrupción cual torbellino  
 furioso, asolador y repentino,  
 sino por tribus y por razas fueron,  
 y en diferentes épocas camino  
 abriéndose y ganando, hasta que hun-  
 sus espadas, después de cien campañas,  
 de la caduca Roma en las entrañas.  
 Además, ¿por qué hacerles hoy la injuria  
 de no ver más que su guerrera historia,  
 de no considerar más que su furia,  
 y de su fe o virtud no hacer memoria?  
 ¿Por qué sólo pesar sus violencias,  
 y no de su invasión las consecuencias?  
 Es verdad: en sus fieras correrías  
 y en sus asoladoras invasiones,  
 cometieron horrendas tropelías  
 inmensas y sin par devastaciones;  
 mas no llegó su bárbaro apetito  
 de sangre, destrucción, venganza y gue-  
 rra, a dar un espectáculo a la tierra  
 tan sangriento, tan cruel, tan inaudito,  
 como el que dió en Salem en su victoria,  
 con vergüenza del tiempo y de la historia,  
 la atroz venganza del clemente Tito.  
 No hay en la historia de Áttila sangriento,  
 ni de los otros bárbaros triunfantes  
 de Roma, un espectáculo tan cruento,  
 unas carnicerías semejantes  
 a las que hizo en Cartago y en Tarento,  
 en Rodas y en Corinto, el violento  
 furor romano; ni de aquella fiera  
 desordenada edad hubo en la era  
 revuelta unos instantes  
 de sangrienta embriaguez, de tiranía,  
 de degüellos sin ley y a sangre fría,  
 tan contra la razón, tan repugnantes,  
 como los de las guerras protestantes,

y los que osaron dar, casi hoy en día,  
 Robespierre a París, Carrier a Nantes.

La civilización de la gran Roma,  
 doquier que apareció, no fué a los reyes  
 vencidos sólo a quienes hizo guerra,  
 sino que de los pueblos fué carcoma;  
 se la hizo a sus costumbres, a sus leyes,  
 a su honor, a su fe y hasta a su idioma,  
 y a sus hombres trató como a sus bueyes,  
 pues les quitó hasta el nombre con la

tierra; porque Roma por bárbaro tenía  
 a todo el que romano no nacía.

Roma se hundió bajo su mismo peso;  
 su altivez, su egoísmo soberano  
 la arrastraron al fin bajo el exceso  
 de su poder, dominador, tirano.  
 Su inmensa corrupción, la podredumbre  
 de sus costumbres sórdidas e impías,  
 su atroz ferocidad hizo costumbre,  
 y leyes sus atroces tiranías.  
 Todo lo acaparó, todo lo supo;  
 mas todo lo vició y aplicó, insana,  
 mal; todo crimen e injusticia cupo  
 en la impudente ilustración romana.

El desprecio en que tuvo al mundo en-  
 tero  
 trajo sobre ella al universo todo,  
 y al fin, un pueblo bárbaro y grosero  
 su infame ilustración hundió en el lodo.

Juzgáronse los bárbaros mejores  
 por su fuerza y valor, que los venidos;  
 pero los pueblos y épocas peores  
 sus gérmenes de bien llevan unidos,  
 y toda raza culta, a sí adheridos,  
 en su bajeza y abyección mayores,  
 conserva, aunque en su cieno adorme-

cidos, algunos de los átomos perdidos

que fueron de su ser germinadores; y dieron, pues, los romanos sometidos rubor con su cultura a sus señores, y al bárbaro triunfante venció al cabo la civilización del culto esclavo.

Como el bárbaro rudo comenzaba donde la sabia Roma concluía, su sociedad oscura iluminaba la misma luz que a Roma consumía, lo que Roma al morir caer dejaba, el bárbaro al nacer lo recogía;

lo que, harta de saber, Roma olvidaba, él, de saber ansioso, lo aprendía; y aunque vió a los vencidos con desprecio, por más cobardes, cuanto en ellos vía, que su barbarie a mejorar servía, supo adoptar con sensatez y aprecio.

Roma, al darle su foro y tribunales, le dió administración, orden, civismo; la justicia le dió formas legales, su fe y su humanidad el cristianismo al darle, sus instintos más brutales ahogó en él, y acotó su vandalismo; y adquiriendo unidad y patriotismo, dignidad y decoro personales, se empezaron a unir los elementos de aquella sociedad e instituciones, en los que están basados los cimientos de la moderna fe y constituciones. La luz tranquila de la fe cristiana, alumbrando a los bárbaros, su esencia no, su forma varió; dió a la villana gente otro porvenir, otra existencia más amplia, de la cual la independencia germinó; y comenzó la raza humana a sacudir la esclavitud romana.

Roma, con fin tiránico y perverso, había reunido al universo,

cual manada de esclavos, a sus plantas, el cristianismo, con poder diverso, le reunió bajo las leyes santas de la fraternidad, de los derechos comunes; proclamó de los mortales la igualdad; y los pueblos, libres hechos de esclavos, y de cosas, racionales, sacaron de sus límites estrechos la ley y libertad universales.

Al principio estas bárbaras naciones, de la fe y la cultura aun en la infancia, confundieron la fe y supersticiones de sus dos encontradas religiones, que, al tomar y perder preponderancia en sus rudos e ignaros corazones, su ser regeneraban; su ignorancia mezcló la caridad y la nobleza cristianas con la bárbara fiera que componía el fondo primitivo de su carácter bárbaro nativo.

Aceptaron de Cristo la doctrina y el culto de sus cándidos altares; mas no pudo extinguir su luz divina sus feroces instintos militares.

No pudo comprender su valor bruto, cómo no fuese la mayor grandeza, el título mejor, el instituto más elevado y la mejor nobleza, los de llevar al campo los debates y salir vencedor en los combates; y poniendo la cruz en sus espadas, llenos de fe, con bárbara fiera siguieron desgarrándose a estocadas, e, invocando a Jesús, largas jornadas pasaron en cortarse la cabeza.

Victima su razón de tales juicios, creyendo hacer a Cristo sacrificios, hicieron oblacones al demonio, de Dios bajo el amparo y los auspicios

poniendo a su valor por testimonio de virtud, de verdad y de derechos, a propiedad, herencia o beneficios; por prueba de inocencia y buenos hechos, de legitimidad de patrimonio y absolución de error y maleficios; por medio de lograr entre patricios la fe de una mujer en matrimonio, encomendando al brazo y al cuchillo la decisión del pleito más sencillo.

Presa su fe de aberraciones tales, juez hicieron a Dios de sus contiendas; escribieron su nombre en los puñales, colocaron la cruz sobre sus tiendas, en el casco y pendón de su milicia, de su corcel de guerra en los frontales; y aceptando los duelos personales por la prueba mejor de fe y justicia, llamaron a sentencias tan brutales. «Altos juicios de Dios; pruebas legales.»

He aquí la inteligencia sometida por la fuerza brutal; he aquí a la tierra teniendo siempre que nutrir la vida de las semillas, que en su seno encierra, con la sangre del hombre, que en la guerra la derrama sobre ella sin medida.

He aquí al hombre, por fin, que eterno de su globo feraz dueño absoluto, [mente, en vez de cultivarle, inteligente, para vivir en él dichosamente, muere sobre él riñendo, como el bruto.

Mas he aquí la feliz preponderancia de la fe liberal de Jesucristo; he aquí su caridad, su tolerancia patrocinando al débil desprovisto de poder, ayudando la constancia del pobre atropellado y la ignorancia de el pueblo (que en las guerras, está [visto,

siempre queda mal puesto y peor quisto) contra el poder, la fuerza y la arrogancia de los Reyes, los grandes y señores, de las inermes masas opresores.

He aquí a la noble religión naciente alzando sus basílicas enfrente de sus muradas torres y castillos, contra su fuerza osada e insolente para abrigar a la indefensa gente de los pueblos cobardes o sencillos.

Baluartes de los pueblos traficantes, ganaderos, labriegos o artesanos, entonces en las tierras habitantes de estos guerreros bárbaros imperios, a los hombres pacíficos, tranquilos, que, útiles al común de los humanos, podían con las obras de sus manos ser, o anudando con estudios serios de ciencias y artes los cortados hilos, para el saber y la virtud asilos, abrió la religión sus MONASTERIOS.

#### LOS MONASTERIOS

Por otra parte, aquellos religiosos cultivaban los campos, cantaban alabanzas a Dios, vivían en libertad, y eran hospitalarios; pudiendo servir su ejemplo para mitigar la ferocidad de aquellos tiempos de barbarie. (VOLTAIRE, *Essai sur les moeurs*).

Preciso es confesar que los benedictinos hicieron muchas obras notables; que los jesuitas prestaron importantes servicios a las letras; necesario es también bendecir a los hermanos de la Caridad y a los que se dedicaban a la redención de cautivos. El mayor de los deberes es el de ser justo.

Confesemos, a pesar de todo lo dicho respecto de sus abusos, que siempre existieron en su seno personas eminentes por su virtud; que si hicieron mucho daño, también prestaron grandes servicios; y que en general son más dignos de lástima, que de vituperio. (VOLTAIRE, *Dictionnaire Philosophique*).

En aquellos pacíficos lugares, que consagró por santos la creencia

y el agradecimiento populares, buscaron la virtud, la fe, la ciencia, la actividad, el arte y la inocencia trabajo, pan, seguridad y hogares; es decir, se amparó de los altares cuanto un germen sintió de inteligencia.

Los pobres por los bárbaros vencidos, los ricos de su bien desposeídos, las víctimas de bélicos horrores, los del error o el vicio arrepentidos, los sabios sin favor, los labradores echados de sus tierras, los villanos con vigor y sin pan, los artesanos de industria o artefacto productores, cuanto había, por fin, inteligente, útil o laborioso entre la gente de la época revuelta que corría, a ampararse venía, por instinto, de un monasterio; el único recinto donde vivir y trabajar podía.

Doquier que se veía el campo cultivado, los breñales desmontados, abiertos los caminos, preparados al riego los canales, tranquilos y en labor los campesinos, eran siempre inequívocas señales de que allí cerca un monasterio había; aquellas eran tierras monacales.

Puntos de reunión, libres y honestos refugios contra el fiero despotismo militar de gobiernos, sólo prestos de la lid y el saqueo al vandalismo; en una sociedad que no tenía medios aún de represión dispuestos, cárceles, hermandades, policía, para amparar sus pueblos siempre ex-  
[puestos  
de la fuerza a la injusta tropelia,  
y en cuya fe quedaban todavía

restos del derribado paganismo, fueron los monasterios elevados por la fe y caridad del cristianismo, centros de actividad, archivos dados a la ciencia, depósitos sagrados de cuanto, con vigor aún, contenía gérmenes de existencia en sí encerrados que oponer al espíritu maléfico de tiempos tan turbados; de cuanto, con un átomo fecundo, a la futura ilustración benéfico, necesitaba el porvenir del mundo. Núcleos de unidad, de inteligencia, de justa oposición y resistencia al gobierno brutal de aquellos días, cuya justicia estaba en impotencia; comunidades solas, que existencia lograban de vivir con garantías, los monasterios fueron los escudos de la ley, libertad, honra y derechos de los pueblos de Europa, que desnudos dejaban los guerreros en sus rudos combates, cuando no pedazos hechos. Ellos fueron pacientes, concienzudos (poco a poco sus límites estrechos ampliando, y campo conquistando a tre- [chos), los que a encajar volvieron en sus gones, los que volvieron a amarrar los nudos de nuestra humana sociedad, entonces por la romana esclavitud deshechos.

Porque la religión, estos asilos para tener seguros y tranquilos, al poder de los reyes propiedades para ellos arrancó, y a la opulencia pedazos de sus vastas heredades para dar de comer a la indigencia; reclamando a la par inmunidades para amparar los campos y ciudades

de la ilegalidad y la violencia;  
 todo, al posar sobre distinta base,  
 a mostrar empezó distinta fase.  
 Fundáronse los feudos; los señores  
 fueron del siervo amigos; los concejos  
 comenzaron a echar, en sus consejos,  
 un freno a los potentes opresores.  
 Sustituyó el trabajo voluntario  
 al forzado; al capricho de los reyes  
 los derechos del pueblo propietario,  
 y la igualdad civil ante las leyes.  
 La división de razas y de castas  
 a borrar empezaron los humanos  
 principios de una fe, que de las vastas  
 regiones de los ámbitos mundanos  
 a todos los vivientes hizo hermanos,  
 y a todos los mortales  
 ante el altar y la justicia iguales.  
 Libres, a tener patria los villanos  
 comenzaron y a amarla, a ser leales  
 a señores que no eran ya tiranos;  
 y empezaron así las asambleas  
 populares a unirse, a arriesgar hechos,  
 de impune oposición, que fueron teas  
 que alumbraron su juicio, y sus derechos  
 contemplando a su luz, a la justicia  
 rehusaron, y al Rey, injustos pechos;  
 esquivando el tributo o la milicia  
 por religiosa ley o inmunidades.  
 Y así fueron los pueblos sus caminos  
 abriendo para ser comunidades  
 civiles, que, a pesar de su impericia,  
 por su fuerza más tarde proclamaron  
 la libertad y la igualdad, y ajaron  
 el fuero real y la altivez patricia.  
 He aquí cómo empezó la inteligencia  
 a acotar y humillar la fuerza bruta,  
 y a preparar el campo a la existencia  
 mejor de que hoy la sociedad disfruta.

Así empezó nuestra moderna Europa  
 costumbres a tener, ciencias y leyes;  
 y así empezaron la rasgada ropa  
 de Roma hundida a recoger sus reyes,  
 y a hacer de sus jirones imperiales  
 sus sobrevestas y sus mantos reales.

Y así nació la dignidad humana,  
 la libertad y la igualdad terrenas;  
 así rompió la religión cristiana  
 de los pueblos esclavos las cadenas.

De su culto católico la pompa  
 opuso, en sus pacíficos misterios,  
 la armonía del órgano y salterios  
 al son marcial de la guerrera trompa.

Española en el lujo soberano  
 de sus fiestas sagradas, juntamente  
 necesitó el auxilio de la mano  
 del sabio, del artista y artesano,  
 y las recompensó prodigamente;  
 y a su amparo vivieron, y a su vista,  
 el sabio, el artesano y el artista.

Roma no es más artista por romana  
 que por cabeza de la fe cristiana.

La religión, con su fastuoso culto,  
 con sus conmovedoras procesiones,  
 con el misterio en cada paso oculto  
 de su ceremonial, de sus funciones  
 con el incienso y los solemnes sonos,  
 sus millares de flores y de luces  
 agrupadas en torno de sus cruces,  
 con sus tiernas imágenes de bulto,  
 que a la imaginación del pueblo inculto,  
 de su Dios representan las acciones  
 del pueblo inocularon en el alma  
 un nuevo germen de inocencia y calma.

A la suave influencia  
 de esta casta y pacífica creencia,  
 germinaron los nobles pensamientos,  
 que amansaron las bárbaras pasiones.

y brotaron los tiernos sentimientos  
que abrieron al amor los corazones;  
regeneró la sociedad el cebo  
de la nueva ilusión y el placer nuevo.

Así empezó a brotar el dulce instinto  
de nuestras dulces prácticas sociales,  
que a un pueblo en la raza y religión dis-

[tinto,  
y hasta enemigo en nuestra sangre tinto,  
nos hacen ver con ojos fraternales,  
e irle a tender, tras de la lid, la mano;  
no viéndole enemigo, sino hermano.

Los monjes, que en la paz del monas-  
[terio,

lejos del siglo y del mundano ruido,  
de solitario estudio en el misterio  
habían su existencia consumido,  
reunieron de Egipto, Roma y Grecia  
cuanto se hallaba al parecer perdido,  
cuanto hoy el mundo literario aprecia;  
y sus copias cargándose en el hombro,  
frutos de su paciencia y su profundo  
saber, de sus centurias con asombro,  
salieron a esparcir las por el mundo.

Cuanto hoy posee el profano clasicismo,  
se lo debe al saber del cristianismo,  
y de cuantos filósofos, poetas  
e historiadores tuvo el paganismo,  
conservamos por él obras completas.

Así nació la ciencia aventajada  
que a la moderna sociedad alumbró,  
en la de la alta antigüedad basada,  
y por el cristianismo conservada,  
de aquella oscura edad en la penumbra.  
Y así nació aquel genio pintoresco  
de la Edad Media, tan ingenuo, franco  
y original; tan ideal, tan fresco,  
y del desdén de los pedantes blanco.

Los que la antigüedad toman por norma

sistemáticamente,  
adoradores vanos de la forma,  
condenan de esa edad el genio ardiente,  
y a las artes de esa era que difaman,  
groseras y estrambóticas las llaman.

Pero no saben ver que en la riqueza  
de su genio, en las artes que produjo  
lo que perdió su artística belleza  
en corrección de formas y en dibujo,  
ganó en inspiración, en sentimiento,  
en pureza ideal de pensamiento.

Excelente sin par la arte pagana  
es, como el purismo,  
es, como el egoísta paganismo,  
beldad sin corazón; grande, mas vana:  
porque el espiritual idealismo,  
que su expresión la infunde soberana,  
no le comprende más que el cristianismo.

En medio del desorden y la incuria  
de aquellos toscos siglos, vacilante  
en basar e ímpeler hacia adelante  
su civilización cada centuria,  
mientras que la nobleza, la milicia,  
los reyes sin poder y la justicia  
mal respetada, por lidiar con furia,  
la sociedad revuelta abandonaban,  
aquellas religiosas sociedades  
de encarrilarla al orden se encargaban.  
llenando los deberes que olvidaban  
el gobierno civil y autoridades.  
En los páramos, yermos y caminos  
donde el gobierno débil no podía  
poner seguridad ni policía  
contra fieras, ladrones y asesinos,  
bajo los brazos de la cruz divinos  
la religión solícita ponía  
un templo un monasterio, una abadía  
alguna ermita o franca hospedería.

que, atrayendo comercio y peregrinos, al  
el desierto al poblar, le protegía.

Donde en las populosas capitales  
el cuidado y deber municipales,  
faltos de voluntad ó subvenciones,  
de hambre y peste en las épocas mor-  
no atendían sus pobres poblaciones,  
franqueaban los bienes monacales  
al hambre popular las provisiones  
de sus inmensas trojes, y a los males  
del contagiado pueblo las mansiones  
de sus caritativos hospitales.

Donde los descuidados ciudadanos  
no alumbraban sus pueblos, su recinto  
de noche abandonando al mal instinto  
y a la rapacidad de los villanos,  
por plazuelas, esquinas y rincones  
lóbregos, y en los puntos más cercanos  
a sitios turbulentos y profanos,  
mancebía, cuartel, juego ó taberna,  
ponían de un convento los hermanos  
una imagen de Dios y una linterna;  
sin rubor descendiendo muchas veces  
a las más ordinarias pequeñeces  
por remediar un mal, ó una costumbre  
mejorar de la tosca muchedumbre.

Así, por estas buenas sociedades  
cristianas, en las bárbaras edades,  
se empezaron a echar los fundamentos  
de nuestro orden social y policía;  
germinaron así los elementos  
de nuestra humanidad y cortesía.  
Galvanizando así el catolicismo,  
en época tan bárbara y guerrera,  
fué de la inteligencia el parasismo,  
debilmente, es verdad, con lento paso;  
pero ¿podía acaso  
obrar en tal edad de otra manera?

En la honda ceguedad de aquella era  
no se sabía aún lo que hoy se sabe,  
y al ser de niños en edad primera,  
vigor de adultos exigir no cabe.

Así de la Edad Media, no estudiada  
de su elucubración en los misterios,  
la católica Iglesia calumniada,  
en sus ya derribados monasterios  
nos conservó, tan sabia como osada,  
la ilustración, las ciencias y las artes,  
la fe, la libertad siempre buscada  
para el pueblo y por él jamás lograda;  
la igualdad, anhelada en todas partes;  
la civilización, vaticinada  
para los siglos de hoy en falansterios;  
cuanto bien gozan hoy nuestros imperios,  
desde aquellos católicos baluartes  
se derramó por ambos hemisferios.

Así las sociedades religiosas,  
en su edad primitiva, se presentan  
al criterio imparcial de los que cuentan  
la historia tal cual es; que de animosas  
pasiones a la luz no la comentan,  
y juzgan como son hombres y cosas.

A esas comunidades, que se ahuyentan  
de nuestra sociedad por onerosas  
ó innecesarias ya, deben, dichosas,  
los gérmenes de luz con que se ostentan  
las sociedades de hoy tan orgullosas.

XI

Suum cuique.

De modas, de costumbres y de gustos  
no hay leyes fijas; mas Voltaire lo dice:  
nuestro primer deber es el ser justos.  
No es bien que la verdad se martirice,  
gustos por halagar de otras edades,  
ni que en mal ó a través se preconice.

Justicia, y en su punto las verdades; cuando el siglo las juzgue o analice, nadie, falso o parcial, las descuartice.

Al fundarse, en desiertos o en ciudades, buenas fueron aquellas sociedades; ¡malhaya quien de tal se escandalice!

Fueron, no son; ya no las conserva-

[mos.]

Muchachuelos aún, caer las vimos en el fértil país donde nacimos; y aunque al verlas caer nos asombramos, y su caída cruenta no aplaudimos, en silencio caer las contemplamos, porque el poder del tiempo comprendimos.

En su revuelto curso, las edades son como los turbiones y los vientos, que traen en pos de sí las tempestades; átomos otra vez los elementos vuelven a hacer, y polvo los cimientos de las mejor basadas sociedades.

Cuando más tarde, a recorrer la tierra nos impulsó nuestra febril locura, en las naciones que la Europa encierra, que pasan por estar a más altura de civilización y de cultura, no las hallamos ya. Pasado habían también allí; sus grandes edificios en otro empleo y posesión se vían, y hacían al Estado otros servicios.

Había en todas partes su memoria pasado ya al dominio de la historia. Sus personajes ya de más polendas presentados al público veía, y juzgados en dramas y en leyendas sin repugnancia ni emoción; cual prendas de la pasada edad y antigua gloria, allí ya sus recuerdos recogía generosa, al pasar, la poesía. ¡Seña infalible y última de muerte!

La poesía es la inscripción mortuoria, el pomposo epitafio de la gloria;

la última flor que de su polvo inerte se eleva, y que perfuma su memoria.

Cuando al suelo de América abordamos, creyendo ya olvidado su estatuto, de hallarlas allí aún nos admiramos.

¿Falsearon ellas mismas su instituto?

¿Eran un árbol cuyos viejos ramos

no daban sombra ya, ni flor, ni fruto?

Es ley universal: todo envejece,

todo se usa por fin, todo feneces.

No es cuestión para locos. Suspendida la dejamos aquí, mas no perdida.

La revista al pasar al universo,

volveremos este árbol tan frondoso

a hallar, dando doquier fruto diverso,

o dañado o vital, agrio o sabroso,

según el suelo fértil o fangoso,

y el tiempo en que le hallemos arraigado;

no podemos aún poner la vista

en la presente edad, pues que revista

vamos haciendo aún de lo pasado;

ni pretendemos penetrar tampoco

el negro porvenir, que está cerrado.

¿Retorno puede el árbol que perece?

¿Guarda bajo la tierra

algún retoño, que escondido crece?

El porvenir en cálculos no cabe;

Dios en la negra eternidad lo encierra,

y él de ella nada más tiene la llave.

Cayó el árbol; sobre él importa poco

al mundo cuerdo la opinión de un loco;

mas que haya muerto en su postrer otoño,

o que nutra en la tierra algún retoño,

olvidar es injusto, cuando aterra

árbol tan grande el vendaval adverso,

que con su sombra cobijó la tierra,

que nutrió con su fruto al universo.

No hay aquí nada nuevo; nada he di-  
[cho,  
que otros antes que yo no hayan pro-

bado,  
y por sabido ya no esté olvidado;  
ni por oposición o por capricho  
plantar una verdad como en un nicho  
de un elevado altar, se me ha antojado.

Yo estoy loco, y de loco son mis jui-  
[cios;

mas no teniendo bando ni bandera,  
de ninguno esperando beneficios,  
porque ni *nada* fui en mi edad primera,  
ni tengo de ser *nada* hasta que muera,  
recojo la verdad donde la encuentro,  
la consigno cual es, la deixo entera,  
y no la descajo de su centro.

La ciencia de hoy a los conventos debe  
los ríos manantiales en que bebe;  
y los pueblos, por Cristo libres hechos,  
el conocer le deben sus derechos.

Es un punto de historia, en que no  
[caben  
dudas, ni aun a Voltaire, y que hoy en  
[día  
hasta los chicos de la escuela saben.

Pero ¿por qué (preguntará algún cuer-  
[do)  
hace ahora este loco tal recuerdo?

¿Por qué este punto de la antigua his-  
[toria  
trae en este momento a la memoria?

Porque (a más de que debe, en corte-  
[sía,  
y de que es el lugar donde ir debía  
en la revista del linaje humano)

cumple a la generosa poesía,  
al que rendido cae, tender la mano (1)

Y hablemos con franqueza e hidalguía:  
al secarse la flor, ¿justo sería  
al jardinero castigar que el grano  
de su semilla verde sembró un día?  
Porque los monjes que hoy se hayan per-  
[dido  
por inutilidad o por abuso,  
¿es justo al que por regla les impuso  
y hacer al mundo bien, dar al olvido?  
Porque ya nuestra capa gastó el uso,  
y sus jirones hoy el viento arrastre,  
¿es justo una paliza dar al sastre  
que de nueva en los hombros nos la puso?

El que diga que sí, sabrá bien poco,  
y probará no más que es un iluso,  
y que es mucho más tonto, que yo loco.

De todos estos datos, en conciencia,  
sacando alguna clara consecuencia,  
quiere decir, en puro castellano,  
que con la caridad el cristianismo  
rescató al infeliz género humano  
de esclavitud, barbarie y servilismo,  
de las bases inicuas del poder romano.

Quiere decir que, diques oponiendo  
de la fuerza brutal a la violencia  
con el santo poder de su creencia,  
fue ante la fuerza bruta estableciendo  
su noble tribunal la inteligencia.

Quiere decir que el hombre inteligente,  
el que podía ser de algún provecho,  
la tierra empezó a ganar sobre el valiente;

(1) Estas lecturas se publicaban en forma de pe-  
riódico semanal, al mismo tiempo que se cumplían  
los decretos del Gobierno de la extinción de los  
trailes y el derribo de los conventos en Méjico.

esto es: osó oponerse noblemente al poder de los puños, el derecho.

Quiere decir (si en el busilis toco) que Cristo, al imponerse la molestia de ir instalando en paz al mundo loco, con paciencia, razones y modestia, su razón fué alumbrando poco a poco, y empezó a ser el hombre-menos bestia.

Quiere decir que Cristo, a los humanos al inculcar sus leyes fraternales, y a los hijos de Adán haciendo hermanos y ante el altar y la justicia iguales, puso coto al poder de los tiranos y al pueblo en sus derechos naturales; esto es: vino a traer, si bien me fundo, la libertad y la igualdad al mundo.

Mas ¿la raza de Adán tomó el consejo pacífico de Cristo? ¿Los mortales fueron desde su edad libres e iguales? ¿Fué el tiempo nuevo superior al viejo? No. Siguiéron los hombres, tan brutales como siempre, rompiéndose el pellejo en pendencias y guerras desastrosas, y cambiaron los nombres, no las cosas.

Desde aquí no son ya los altaneros romanos los que turban las naciones, ni del Norte los bárbaros guerreros; pero empiezan las guerras religiosas y se arman los cristianos caballeros.

Dios hizo al hombre noble, inteligente, y le dió la razón para que fuera superior a la bestia y a la fiera; mas el hombre enmendó al Omnipotente, y opinando por sí de otra manera, al ver que Dios le dió cabeza y brazos, para hallar su razón, hace pedazos las leyes que le dió naturaleza, y se abre la cabeza a puñetazos, para ver si la tiene en la cabeza.

Continuemos siguiéndole la pista, y sigamos del mundo la revista.

## XIII

## CRISTO Y LA LIBERTAD

Aquí dice el cajista de la imprenta, (que es mozo que examina, por lo visto, lo que para imprimir se le presenta, y que no está de ingenio desprovisto) que lo que él casa mal, y mal le sienta, es que la libertad y Jesucristo sean guarismos de la misma cuenta; pues dos principios son y dos asuntos que, en cuantos libros lleva hasta hoy [impresos, por la primera vez encuentra juntos, y de su unión para encontrar los puntos, con inútil afán se hila los sesos.

Yo, que soy muy cortés, aunque estoy [loco, voy a hacer una pausa en mi revista, para ponerme a platicar un poco sobre su observación con mi cajista.

Que Cristo emancipó a la raza humana, y que hizo ante la ley y la creencia iguales a la raza soberana y a la que nace y muere en la indigencia; que ante la ley y ante el altar cristiano, al soberbio y al grande y al tirano de su arrogancia y su poder desmuda, es cosa en que a mi ver, no cabe duda, y aquí veo yo, loco, en mi demencia, más claro que la luz de la mañana la libertad y la igualdad cristiana.

Nadie dirá de entrambas religiones que a las de Cristo sobrepnje nada la libertad o religión de Roma;

Y a vuelta de poquitos renglones,  
será la fe de Cristo comparada  
con la fe intolerante de Mahoma.

Mas empiezo a creer en mi conciencia  
que mi edad, que anda ya, como yo,  
o no estudia los hechos, o equivoca,  
ciega, la LIBERTAD con la LICENCIA.  
En la balanza fiel del raciocinio  
pesemos de las dos la diferencia.

A un pueblo fuerte e invasor le plugo  
imponer a otro débil su dominio;  
toma el primer pretexto que a la vista  
le viene, y bajo el falso patrocinio  
de esa razón que fuerza a que le asista,  
feroz, por sus fronteras se adelanta,  
le vence, y cuando ya quien le resista  
no encuentra, se declara su verdugo,  
le hunde en la esclavitud, y exprime el  
jugo de su vitalidad bajo su planta.

En política es esto *una conquista*;  
en mi juicio es, en grande, *un latrocinio*;  
mas hay de juicios diferencia tanta,  
que no es raro que de éste a los extremos  
la política y yo nos encontremos.

Llámesese como quier lo sucedido,  
ello es que hay un triunfante y un ven-  
cido;

mas un día quebranta  
el rendido el tiránico dominio,  
bate en una campaña de exterminio  
al invasor, y la cerviz levanta  
independiente y libre; su victoria,

en himnos de placer, alegre canta,  
y eleva monumentos a su gloria  
y eleva monumentos a su gloria.  
He aquí la LIBERTAD, y es justa y santa.

La extraña ley tiránica destruye,

su gobierno y sus leyes restablece,  
su nacionalidad reconstituye,  
la cimenta, la nutre y fortalece;  
libre este pueblo, en fin, se constituye;  
se da la LIBERTAD, y la merece.

Un tribuno, una clase o una raza,  
conspirando con maña y con porfía,  
su popular prestigio, se da traza  
a acrecentando en ir de día en día.  
Se eleva, se entroniza, se abre plaza  
sobre todo poder; y su osadía  
todo en sí acaparándolo, amenaza  
convertir su favor en tiranía.

El pueblo, o seducido o engañado,  
le deja en su cerviz poner la planta,  
y cae por su poder avasallado;  
pero un día este pueblo se levanta,  
recobra sus derechos, y al osado  
tirano echa un dogal a la garganta.  
Esa es la LIBERTAD, y es justa y santa.

Ese pueblo, que abate, que destruye  
al que le veja, explota y envilece;  
que las falseadas leyes restablece,  
y a su constitución se restituye,  
se da la LIBERTAD, y la merece.

Mas si ese mismo pueblo, cuya mano,  
aprovechando la ocasión propicia,  
rompe y se quita el yugo de un tirano  
(ya de su propia tierra o extranjero),  
la noble causa de su triunfo vicia;  
si en lugar de volver, justo y severo,  
el curso del comercio y la justicia  
a encajar otra vez por buen sendero,  
a poner en su hacienda economía  
del pueblo a asegurar la subsistencia,  
a instalar en sus pueblos policía,  
cultura, educación, moral, labranza,  
que aseguren su paz e independencia;  
si de su justo triunfo en la alegría,

se aduerme en una inerte confianza, mira una reacción con indolencia, o con desprecio la invasión que avanza; si abre a las ambiciones la esperanza, y se deja arrastrar a la anarquía, y se divide en bandos, y se lanza con innoble furor y saña impía a saciar su rencor y su venganza, ¡ay de él! él mismo a muerte se sentencia; él en su mismo corazón se hiere, y él por sí mismo asesinado muere, su LIBERTAD ahogando en la LICENCIA. Porque la esencia que a los dos distingue tal es: la una es impía, la otra santa; y allí do la LICENCIA se levanta, su sacra luz la LIBERTAD extingue.

La LIBERTAD reforma y restablece lo que abolió o vició la tiranía; el comercio y las artes favorece, la justicia y las leyes establece iguales para toda jerarquía; a los pueblos ilustra y ennoblece dándoles dignidad, y llega un día en que de modo tal los enaltece, que, de poder y de tesoros dueños, llegar los hace a grandes de pequeños.

La LICENCIA derriba y atropella; mata al comercio, ahuyenta la justicia; las leyes borra, los derechos huella, y el buen instinto de los pueblos vicia; y de tal modo sus poderes mella, su dignidad e instituciones aja, destructora del bien, y al mal propicia, que en vez de enaltecerles, los rebaja.

La LIBERTAD es justa, digna, santa, generosa y leal; do va difunde la ilustración; seduce, atrae, encanta, causa placer, y confianza infunde.

La LICENCIA es estúpida y espanta, todo lo desordena y lo confunde; pervierte la moral, aras levanta a ídolos viles, las creencias hunde, y en un perpetuo y destructor litigio, sólo acierta a crear su desprestigio.

¿Ejemplos?—Hay cien mil.—Van tres

de esos que saben hoy hasta los chicos, porque en novelas ya y en el teatro los ven, y hasta en países de abanicos,

Suiza; indomable, sacudiendo un día del austríaco imperial la tiranía, batiéndole tenaz en seis campañas, clavando con heroica porfía su pendón liberal en sus montañas, cuantos tesoros e hijos poseía inmolando al pie de él, hasta aquel día en que fué libre, y libre permanece, se dió la LIBERTAD, y la merece.

Castilla, siete siglos por los moros (grey de otra fe y estirpe) sojuzgada, empeñando a judíos sus tesoros, para arrancar en lid desesperada uno a uno los granos a Granada, y el suelo que a sus hijos pertenece, se da la LIBERTAD, y la merece.

Francia, harta del reinado de tres Luis, que su sangre y sus arcas agotaron, ardiendo en sed de atropellar las lises, que del Rey y su corte en pro del gusto, al pueblo empobrecieron y humillaron, pensó en la LIBERTAD, y fué muy justo.

Luis Catorce, el orgullo en carne viva, la vanidad mortal entronizada, la majestad hipócrita y lasciva, para befa de un pueblo coronada:

Luis Quince, el egoísmo libertino.

derrochando por manos de rameras  
de su estado las rentas postrimeras,  
sin fe en Dios y sin miedo del destino;  
Rey que, sin interés y sin asombro,  
viendo a la Francia hervir como un Ve-  
[subio,  
de huir seguro del volcán vecino,  
la faz tornando y encogiendo el hombro,  
dijo: *Después de mí, vuelva el diablo;*

Luis Diez y seis, honrado, pero inútil,  
mejor que para rey, para artesano,  
distráido en trabajo ignoble y fútil;  
el cetro en vez de asir con firme mano,  
dieron a Francia la ocasión propicia  
de alzarse en LIBERTAD, y fué justicia.

Pero Suiza después, de sus cantones  
celosa, por mezquinas disensiones  
degollando sus bravos vecindarios,  
sin lograr con tan necias divisiones  
darse unidad, y exhaustos sus erarios,  
comercio haciendo del valor (herencia  
y blasón de su noble independencia),  
vendiendo al extranjero en batallones  
sus libres ciudadanos mercenarios,  
manchó su LIBERTAD con la LICENCIA,  
puso el valor a precio de salarios,  
y encenagó su honor en la indigencia.

Castilla, proponiendo a los moriscos  
el dogal o el bautismo, por los riscos  
escarpados de la áspera Alpujarra,  
hojeando hasta sus últimos apriscos;  
queriéndoles con ímpetu violento  
atraer a la fe, como se amarra  
una manada de salvajes toros,  
de venados o búfalos ariscos;  
Castilla, de su triunfo en el momento,  
pidiendo a los judíos sus tesoros,  
atándoles al banco del tormento,  
entre dos dominicos o franciscos,

que en injusticia tal se hacían tercio;  
Castilla, a los judíos y a los moros  
expulsando; es decir, con imprudencia  
privándose de industria y de comercio  
por escrúpulos vanos de conciencia,  
por un mal entendido sentimiento  
de religiosa fe e independencia,  
manchó su LIBERTAD con la LICENCIA,  
holló la caridad del cristianismo;  
y el rey, que para tal dió su anuencia,  
cambió la religión en fanatismo  
y acreditó escasez de inteligencia.

Francia, alzando en las calles y las  
[plazas  
patíbulos doquier y guillotinas,  
a cuantos de nobleza vió con trazas  
colgando en el farol de las esquinas;  
por sospechas no más y pareceres,  
descabezando a niños y a mujeres,  
por calumnias no más y delaciones,  
razas enteras de inocentes seres  
quemando en sus pacíficas mansiones,  
echó, desaforada, en sus blasones  
un borrón de barbarie y de ignorancia;  
y al darse libertad e independencia,  
ahogó su LIBERTAD en la LICENCIA,  
haciéndonos decir con repugnancia:

«Eso no es LIBERTAD, eso es demencia!»  
Porque la LIBERTAD es justa y santa,  
civiliza e ilustra, raciocina  
y convence, reforma y adelanta;  
no con el palo, con la ley domina,  
que sobre todos imparcial levanta,  
cuya balanza hacia ninguno inclina.

Porque la LIBERTAD tiene su planta  
puesta sobre un nivel que no se fuerce  
jamás, que es la IGUALDAD, justa, severa,  
que no se desnivele, ni se fuerce  
por mano alguna; universal, entera,

la misma para todos, no ludibrio del poderoso, que la esquivo, y yugo del pueblo débil, de quien es verdugo.

Y sobre este nivel en equilibrio, de la balanza fiel de la justicia la barra horizontal por ambas puntas nivelando, sin fraude ni malicia, la LIBERTAD y la IGUALDAD van juntas.

Y así es como están puestas, por lo que la LIBERTAD y la IGUALDAD de Cristo; pues que fundó la religión cristiana sobre una caridad sin restricciones, que no niega el favor de sus acciones ni a un individuo de la raza humana; haciendo a los esclavos y a los reyes iguales ante Dios y ante las leyes.

La libertad y la igualdad son solas capaces ya de mantener en calma a la agitada sociedad las olas; los hombres de hoy empiezan en su alma a concebir mejores pensamientos sobre la dignidad de los humanos; los pueblos, con más nobles sentimientos, no son, como antes, tribus de mendigos, que tienen que ir hambrientos a pedir al portón de los conventos pan a la caridad de sus hermanos.

Hoy con un sentimiento menos bajo, con más vigor y más conocimientos, basan la caridad sobre el trabajo; hoy, libres ya de bárbaros castigos, no son los pueblos hordas de villanos, tratados por un rey, como enemigos vencidos; hoy los pueblos no trabajan para un señor soberbio, no se rajan en trabajo servil las rudas manos, ni a vestir su librea se rebajan para dar tierra y oro a sus tiranos.

Hoy no son ya señores, sino amigos de su pueblo doquier los soberanos; hoy ya, por el trabajo libres hechos, de servidumbre vil emancipados, los pueblos, que están ya civilizados, no pagan a su rey infames pechos; hoy, libres, encomiendan a sus reyes, o a los hombres que rigen los estados, la ejecución de las comunes leyes; saben reyes y pueblos sus derechos, y recíprocamente autorizados, y en una unión recíproca apoyados, los populares fueros y los reales están exactamente nivelados por la IGUALDAD y LIBERTAD legales.

No la IGUALDAD y LIBERTAD francesas, ricas de utopias, largas en promesas, de su *noventa y tres*, en sangre hundido, que quiso equilibrar del universo las sociedades en sentido inverso, y no dejó tras sí más que pavesas, y de quien todo el mundo se ha reído después de haber al mundo estremecido.

No esa IGUALDAD y LIBERTAD impresas, sin gloria ya en el libro del olvido, que tuvieron, después de tanto ruido, que venir a expirar bajo la mano de un tribuno más hábil y atrevido, que se hizo emperador y soberano;

porque, para ir a dar sobre lo mismo de que huir se quería, era por cierto bien inútil trabajo haber abierto ante la ilustre Francia aquel abismo.

No esa furiosa LIBERTAD sin freno, que, armada de la crítica y el palo, destruye del furor lo que cree malo, sin saber construir lo que cree bueno.

No la IGUALDAD injusta, que rebaja al alto y superior en pro del chico;

que lo grande, lo ilustre y lo noble aja,  
sin añadir al pobre una migaja  
de lo que obliga a vomitar al rico;  
sino la LIBERTAD de nombre y hecho,  
que da al pobre valor, honra y trabajo,  
y un círculo a su ser menos estrecho;  
que abre a todos la senda y el derecho  
para subir, partiendo desde abajo;  
no la que al alto por placer derriba,  
otro mejor sin colocar arriba.

La IGUALDAD que nivela ante las leyes  
de toda sociedad las jerarquías,  
dando a los pueblos paz y garantías,  
de los fuertes, los grandes y los reyes,  
contra el abuso, fuerza y tropelías.

La LIBERTAD y la IGUALDAD severas,  
justas, universales, verdaderas,  
que se apoyan de Cristo en esta frase:  
*lo que para ti mismo no quisieras,*  
*libertad para tu prójimo lo quieras.*

LIBERTAD, IGUALDAD: ésta es su base.

#### XIV

##### ARABIA

No hay más que un Dios (1), y  
Mahoma es su profeta.

A extranjero dominio jamás rendida,  
la Arabia es una tierra mal conocida.

(1) Nunca he podido comprender por qué el mayor número de los orientalistas de todos los países traduce la primera parte de la profesión de fe musulmana en una frase tan bárbara como ésta: *No hay más Dios que Dios*. Esto es lo que se llama una verdad de Pedro Grullo: *No hay más puño que el puño*. La frase árabe dice: *Lá alláh íla alláh*; que traducida palabra por palabra, significa: *No Dios sino el Dios único (o el Dios verdadero)*; y esto, en buena castellano, quiere decir: *No hay más que un Dios*. El intento de Mahoma, al predicar el islamismo, fué destruir la idolatría, e inculcar en su pueblo la idea de un solo Dios. Traducir la frase árabe

Los egipcios, los persas y los romanos  
por someterla hicieron esfuerzos vanos;  
porque en redor tendida de un gran  
[desierto,  
cuya región estéril es *mar de arenas*,  
ante sus pueblos nómades doquier abierto,  
sus tribus, si amagadas de armas ajenas,  
del enemigo el triunfo calculan cierto,  
lánzanse en él, y esquivan yugo y cade-

[nas.  
El orgullo romano cuenta en sus glorias  
haber de ellos triunfado; mas si tal hizo,  
se redujeron sólo tales victorias  
a pueblos del terreno más fronterizo.

Romanos, persas,  
ni egipcios nunca osaron entrar, audaces,  
en aquel mar de polvo, tras sus dispersas  
tribus fugaces.

El desierto es el antro del desconsuelo;  
su soledad inmensa, que aflige el alma,  
son setecientas leguas de arena y cielo,  
silencio y calma.

La atmósfera abrasada de estos parajes,  
el pulmón no refresca de quien la aspira,  
y sólo alguna banda de aves salvajes  
con perezoso vuelo por ella gira.

Ni una roca, ni un árbol, ni un hilo de  
[agua  
entretiene al viajero que le atraviesa;  
el arenal exhala calor de fragua,  
y el aire pesa.

por cualquiera de éstas: *No hay más Dios que Dios*, o *no hay otro Dios sino Dios*, es no saber el árabe, e ignorar o querer estropear la lengua europea a la cual se traduce. Y a propósito de esta nota, ¿qué apostamos a que ahora, que estoy loco, se me antoja tirármelas de sabio y me meto a corregir a los maestros a quienes estudié mal cuando estaba cuerdo? ¡Tendría gracia!

Alguna vez el viento que se revuelve alza y cuaja nublados de polvo denso, y su arena al desierto cuando devuelve, forma, como la lluvia, turbión inmenso.

Bajo estos torbellinos desaparecen de todo derrotero huella y señales, y en torno del viajero, como el mar, [erecen los arenales.

Entonces Dios tan sólo, de quien emana todo bien, es quien puede salvar la tienda del Emir, del viajero la caravana, y al mercader que en ella lleva su ha- [cienda.

Mientras se tiene cerca tierra habitada, del desierto a los lindes, muestra el pai- [saje una vista de objetos accidentada, aunque salvaje.

Alguna vez se encuentran de trecho en [trecho coluquintidas acres, silvestres guindos, laureles venenosos, matas de helecho, zarzas de bayas agrias y tamarindos.

Alguna vez un coco de tronco enjuto, alguna datilera de jugo escaso, o algún nopal punzante, su pobre fruto brindan al paso.

A veces de aquél suelo bofo y caliente se encuentra dibujado sobre la arena el rastro prolongado de una serpiente, o el hoyo del cadáver que abrió una hiena.

Tal vez entre las ramas de un cina- [momo, de doradas abejas bulle un enjambre, o en un zarzal un búfalo de arqueado divierte el hambre. [lomo

Tal vez dos avestruces emparejadas, que enterraron sus huevos en las arenas,

huyen a largos trancos, amedrentadas de alguna caravana que ven apenas,

Tal vez, en fin, se miran cruzar dis- [tantes, como en el mar se avistan perdidas velas, un león perezoso o unas errantes [pardas gacelas.

Mas por el centro estéril cuando se [avanza, en medio de su muda quietud inerte, cuando ya arena y cielo no más se al- [canza, no queda en el desierto más esperanza que esta doble memoria: Dios y la MUERTE.

Marcó estas soledades inmensurables del pavor y el vacío Dios con el sello; los árabes las cruzan imperturbables sobre el deforme lomo de su camello; porque para estos llanos interminables, barcas de este arenisco mar solitario, fuertes, sobrios, pacientes, infatigables, creó Dios el camello y el dromedario.

El árabe viajero y el negociante jefe de caravana, por el camino cuidan más del camello, que del mar- [chante y el peregrino;

y si escasez de víveres hay un instante, le apartan alimento más abundante que al mismo comandante de la escolta que llevan contra el beduino. El camello prolonga por muchos años su austera vida,

y el árabe en sus valles, de ellos rebaños propaga y cuida.

Compañero del árabe, siervo y amigo, con su carne, su leche, su piel y pelo, alimento, bebida, traje y abrigo le da cual necesita bajo su cielo.

El árabe en su vida semisalvaje  
 adquiere a sus camellos hondo cariño,  
 y en sociedad con ellos durante un viaje,  
 que no es más que un perpetuo pere-  
 [grinaje,  
 criándose con ellos desde muy niño,  
 tomando su bebida del mismo aguaje,  
 tomando su comida del mismo escriño,  
 tributa a sus servicios justo homenaje;  
 como ellos reconocen su vasallaje,  
 del árabe obedientes a un leve guiño,  
 él al llegar *al alto* o al hospedaje,  
 se ocupa de su pasto, lecho y aliño  
 antes que de sí propio, con tan sincero  
 afecto, con tal gusto, con tal esmero,  
 con tan prolijos  
 cuidados, que olvidarse puede primero  
 de los más fijos  
 principios del creyente más verdadero;  
 del venerable amicano su pasajero,  
 del pan hospitalario del extranjero,  
 y hasta del que demandan sus propios  
 El árabe le estima como merece, [hijos.  
 pues, aunque de él se sirve, no le envilece;  
 parte con él su grano, su cantimplora,  
 su tienda mientras vive, y al fin le llora  
 cuando perece.  
 El árabe es un hombre cuya existencia  
 tiene por primer base la independencia;  
 según su raza,  
 así son sus costumbres, su genio y traza.  
 Aunque en verdad un tipo mismo do-  
 [mina  
 en sus razas más cultas o más groseras,  
 desde Argel y Marruecos a Palestina,  
 de Sabá y de su estrecho por las riberas,  
 hasta Capsina.

El árabe, ignorante, leal, severo,  
 valiente, rencoroso e independiente,  
 rapaz, agradecido, sobrio, altanero,  
 supersticioso, tanto como creyente,  
 del agreste salvaje y el caballero  
 cualidades y vicios tiene igualmente.  
 Comedido en su tienda y hospitalario,  
 abraza fiel la causa del extranjero,  
 y si ofrece un servicio por un salario,  
 aunque arriesgue la vida, le cumple en-  
 [tero.  
 Celoso de su honra, por la sospecha  
 más mínima a vengarse va temerario,  
 y el más horrendo crimen encima se echa  
 por saciar su venganza, como un sicario.  
 Cual quisquilloso en honra y en fe y  
 [amores,  
 vano está y orgulloso de sus mayores.  
 Las tribus pobladoras de sus comarcas,  
 hijas de los primeros reyes pastores,  
 a los santos profetas y patriarcas  
 cuentan por sus ilustres progenitores.  
 Libre y a todo yugo su raza esquivá,  
 la de Arabia es la raza más primitiva;  
 tal vez la más antigua de las naciones,  
 Arabia es la que osada va más arriba  
 del tiempo, la que un círculo mayor  
 [abarca;  
 de los tiempos más altos guarda memoria;  
 sólo la *Biblia* cuenta su antigua historia.  
 Su semítica raza saber pretende  
 los nombres y los hechos más primitivos  
 de la familia humana de quien desciende,  
 y de su nombre, estirpe y hogar nativos,  
 conserva los primeros recuerdos vivos.  
 El árabe por base da a su nobleza  
 no un feudo donde arraiga su patrimon-  
 [nio,  
 sino el nombre del jefe que fué eabeza

de su antigua familia; y en testimonio de su sangre y prosapia de la pureza, con una imperturbable clara firmeza, de su progenie entera dar puede el nombre, hasta Adán numerando, con gran certeza, a todos sus abuelos, hombre por hombre; el árabe guerrero, como el beduino, cuentan por las virtudes más eminentes las de ser generosos y ser valientes; mas de Agar no olvidando nunca el desierto, creen el desierto

campo de presa ante ellos por Dios y es el que los encuentra por su camino despojado por ellos y esclavo o muerto; mas, por virtud teniendo casi divina el ser hospitalarios, el que por suerte partió una vez con ellos su sal y harina, les gana por amigos hasta la muerte.

El árabe beduino, como el guerrero, es el mejor jinete del mundo entero. Sus caballos encastan ante testigos, y sus yeguas de raza paren a vista del dueño, de sus hijos, deudos y amigos, del nombre de sus potros llevan la lista; y nace cada yegua de raza pura, de su genealogía con testimonio, como en Europa un hijo de matrimonio, de su fe de bautismo con escritura. Su caballo de silla no tiene pares en la lid, en la marcha, ni en la carrera; criado con los hombres en sus adoares, pasando con su dueño la vida entera, se le hacen sus costumbres tan familiares, y el árabe le educa de tal manera,

que para sus servicios particulares no necesita un dedo mover siquiera. El caballo, en la calma de sus hogares, escucha sus palabras y sus cantares, está atento a sus pasos cuando está afuera, come en su mano y bebe con su escudilla, a un silbido del dueño viene a la silla, y a la voz del jinete parte o espera. En la lid y en campaña, como en el viaje, sufre el calor, el hambre, la sed y el sueño; no extraña la fatiga, ni el hospedaje, y vela mientras duerme sobre él su dueño.

Libre, de su jinete jamás se aleja; ensillado, está inmóvil donde le deja; con su jinete vive, con él se bate; y al sentir que le hieren en el combate, le saca a todo escape del mal empeño, y si pierde la silla, junto a él se abate; mas si él es el herido, cuando le hiere el hierro, avisa a su amo con un lamento, se revuelve, y del campo salirse quiere; mas si ve que en él muera su amo pre-combate hasta el postrero fatal momento; recoge, al despedirse, su último aliento, relincha y muere.

El árabe de todas las agarenas tribus, el que del Yemen las verdes lomas habita, el que en ciudades de lujo llenas vive rico, el que esclavo gime en cadenas, el que comercia en sedas, perlas y gemas,

lo mismo que el beduino de las arenas,  
cuenta sólo en la vida cinco placeres:

la guerra, los aromas,  
los caballos, los cuentos y las mujeres.  
La *jelláh*, que una tienda de cuero habita;  
la sultana, que en blando cogín reposa  
en un alcázar regio; la favorita,  
que en el harén hastiada, sola y celosa,  
por eunucos guardada, llora o dormita,  
y la *almée* vagabunda, que, licenciada,  
en los cafés y baños versos recita,  
dar necesita

al aire que respira y a su anchurosa  
vestidura un perfume que no se quita  
jamás, que los sentidos traidor incita  
al placer, y cuya aura vertiginosa  
suavemente el sistema nervioso excita.  
La mujer de esta raza, fea o hermosa,  
donde mora y por donde pasa o transita,  
en la atmósfera deja la aura que agita  
impregnada de esencia de ámbar o rosa.

Ellas y ellos,  
por oír una historia o una leyenda,  
dejarán sus caballos y sus camellos  
con hambre, sin aroma, barba y cabellos,  
y dos noches seguidas sola su tienda.

Y razón tiene el árabe por vida mía!  
porque, la más antigua de las naciones,  
la Arabia es una tierra de poesía;  
cuyas bellas leyendas y santas crónicas,  
que datan de las fábulas y tradiciones  
madianitas, sabeas y salomónicas,  
forman de sus desiertos las diversiones.

Naturalmente  
el lugar que está falto de seres vivos,  
su escasa gente  
llena con los fantasmas que crece en su  
mente,  
que a su vacío pueden dar atractivos.

Es instinto del hombre; su pensamiento  
fantástico, donde halla vacío espacio,  
en el llano o el monte, la mar o el viento  
a seres invisibles labra un palacio,  
y en su fábrica aérea coloca un cuento.  
Albión y Alemania de misteriosos  
genios o historias llenan la parda niebla,  
que entolda sus helados climas brumosos,  
y el árabe de cuentos maravillosos  
el hueco de sus anchos desiertos puebla.  
Los hombres de las selvas y las montañas,  
los poetas sombríos y visionarios  
del norte, de sus fábulas tristes y extrañas  
visten los personajes imaginarios  
con despojos de monstruos y de alima-  
ñas,  
y con paños sangrientos o funerarios;  
el árabe, que en torno ve de su tienda  
dos círculos calientes de arena y cielo,  
estos dobles vacíos secos y ardientes  
de éter y suelo,

en el relato dulce de una leyenda  
puebla de alegres genios, de hurís sin  
velo,  
y huertos que refrescan flores y fuentes.

Las narraciones árabes de maravillas  
hablan siempre o encantos; y sus escenas,  
que están siempre de arroyos a las ori-  
llas  
colocadas y a falda de frescos valles,

en hechos y argumentos son tan sencí-  
llas  
cuan pintorescas y amplias son en deta-  
lles.

El árabe del Yemen narra sus cuentos  
con tan voluble y móvil fisonomía,  
con expresión tan varia de movimientos,  
que la atención del que oye toda arre-  
bata.

y el oído y la idea siguen atentos los detalles que bordan sus argumentos; y es en sus inflexiones su voz tan grata que semeja una especie de salmodía, cuyos tonos se timbran sobre instrumentos de cuerdas, que aseguran cristal o plata. Su voz limpia, argentina, sonora y pura, nunca áspera o ingrata hiere el oído, de una cadencia sorda, cóncava o dura con un sonido.

#### LA LENGUA ÁRABE

El árabe no tiene letras nasales, ni sonidos confusos, dobles u hondos; de sus vocales da los sonos plateados, puros, redondos, y sus letras silbantes y guturales salen tan dulcemente de su garganta, de su lengua y sus labios brotan tan suaves, que a intervalos parece que el que habla, pues el son que, armonioso, su voz le pía, gorjea y trina como las aves. La lengua árabe tiene modulaciones mil, tan incomparables en armonía, que, al tiempo que cautivan sus narraciones la fantasía con sus vivas pinturas y descripciones, para oír de sus frases la melodía atraen a los oídos los corazones.

Su lengua es una lengua tan armoniosa como el son de las olas del mar en calma, como el que hacen la abeja, la mariposa y el colibrí al posarse sobre la rosa,

y, abanico del aire, la undosa palma; y en verso y prosa, encanta los oídos y arrulla al alma. Su verso es como prosa, fácil, sencillo, eufónico, flexible, sin elisiones; gira, ondula, se cruza, rueda y se enlaza como un hilo de seda sobre su ovillo, en miles de hemistiquios se despedaza, y al volver caprichoso sobre sí mismo, no se entorpece nunca, ni se embaraza su mecanismo, que va sin pena

brotando, y sin perderse circula y suena como en torno del árbol un pajarillo, cual su mansa corriente sobre la arena desarrolla un sonante manantialillo; y sin fuerza de rudas trasposiciones, revuelve su palabra clara y serena, cual revuelve sobre uno y sobre otro animal sus varios eslabones una cadena.

#### Las estrofas galanas

de sus canciones, que salpican doquiera mil africanas, monosílabas, rápidas exclamaciones, que animan pintorescas comparaciones, que esmaltan expresiones e imágenes chispeantes de gracia y brillan cortan doquier las múltiples repeticiones de un estribillo.

Su prosa es como verso; doquier cortada por rítmicos apoyos y desinencias, hace girar su frase, doquier sembrada de ricas consonancias y de cadencias, que a su curso flexible no estorban nada; antes hace n que rueda más armoniosa.

sin dejar que esta frase dulce, rimada  
y acompasada,  
conciban los oídos si es verso o prosa;  
porque el son de esta lengua bien pronun-

ciada  
se oye tan cadencioso, sonoro y terso,  
que parece, de ritmo siempre cargada,  
poesía su prosa bien acentuada,  
y melódica prosa su fácil verso.

Mas basta de arabescos y poesía;  
cortemos digresiones; cuestión más seria  
abordemos; toquemos mejor materia,  
que no estribe en lujosa palabrería  
y en vagaroso y fútil orientalismo,  
que es como flor de invierno, que dura

[un día;  
que por sí mismo  
de solidez carece; su idealismo,  
que se apoya en la magia y el empirismo,  
no tiene en sí más mérito, que el meca-  
nismo,  
cual filigrana frágil de orfebrería.

Como raza a su imagen por Dios creada,  
como familia de hombres inteligente,  
a la tierra, a la vida civilizada,  
¿qué dió el Oriente?

Traigamos a revista la árabe gente.  
Hijo de Abraham el árabe, deshere-

[dado,  
al llevar al desierto su descendencia,  
no renunció a la estirpe que le había  
[dado  
el ser, la fe y el nombre, sino la herencia;  
porque los desterrados israelitas  
son hijos de las tribus ismaelitas;

tienen el mismo origen, la misma histo-  
ria;

copia son unos de otros sus libros santos,  
tienen los mismos cuentos, los mismos  
[cantos;  
habitaron un tiempo la misma tierra;

en la misma ascendencia fundan su glo-  
ria,  
y aquel a quien su ingrata patria destie-  
[rra,  
siempre de ella en el alma guarda me-  
[moría.

Así que el agareno llevó al desierto,  
con sus audaces hijos desheredados,  
el amor de la patria, que nunca ha muer-

[to,  
y el odio a sus hermanos privilegiados,  
por Abraham preferidos,  
y en los lares paternos instituidos.

Pero jamás pudieron tiempo, distancia,  
odio infame de raza, venganza y guerra,  
borrarles el recuerdo de que en su infan-

[cía  
los crió el mismo padre, la misma tierra.  
Los hebreos en todos los cataclismos,  
con que la atroz venganza de otras na-  
[ciones

hondos abismos  
abrió a sus desdichadas generaciones,  
ya impelidos por ellas, ya por sí mismos,  
hicieron en el Yemen emigraciones;

y a familias de errantes, pobres cristia-  
[nos,  
que huían de la furia de los romanos,  
acogieron mil veces los imiaritas,  
y protección hallaron en los hiranos

ismaelitas.  
Así de las tres razas las existencias  
se confundieron,

y así en Arabia juntas se difundieron  
sus tres creencias.

Sus mixtas tradiciones son el venero  
del cual brota la historia del mundo en-  
[tero.

Hoy de los patriarcas y los profetas,  
con quienes Dios hablaba desde una

[mbe,  
y de los inspirados reyes poetas

en los libros sagrados, fuerza es que in-  
[cuba

sus gérmenes la historia; pues son las  
[vetas

del manantial más claro, do más com-  
[pletas

sus primeras noticias a beber sube.

El árabe, habitante de los lugares  
do Salomón, Job, Esdras y Jeremías  
cantaron sus amores y sus pesares,  
conserva en sus leyendas hasta estos

[días,  
bajo orientales formas desfiguradas

con mil supersticiones e idolatrías,  
sus historias, que damos como sagradas;

y en su Encologio reza cien salmodias,  
sobre textos hebreos por él forjadas,

comunes con las nuestras y las judías;  
y son, como los suyos, nuestros cantares,

y hermanas de las nuestras sus profe-  
[cias.

El árabe en sus preces particulares,  
de su tienda en la estrecha sombría es-

[tancia  
o a sombra de los fardos de sus camellos,

recita, aunque estropeados, los salmos be-  
[llos

que aprendemos nosotros en nuestra in-  
[fancia.

Los hebreos, los árabes y los cristianos,

que en una misma fuente la fe bebimos,  
hijos de primitivos pueblos hermanos,

las palabras sagradas guardamos de ellos.  
Recuerdos que no apagan tiempo y dis-

[tancia,  
del alba de la vida son los destellos,

de las flores del alma son la fragancia;  
cuya luz admiramos mientras vivimos,

de las que respiramos la suave esencia;  
porque son las primeras frases que oímos,

porque son las plegarias con que mori-  
[mos

al salir por las puertas de la existencia;  
porque en la sinagoga y en la mezquita,

como en el templo santo,  
con poca diferencia,

en las horas extremas su letra o canto  
la vida y la esperanza nos da o nos quita,

al venir a la vida e irnos del mundo;  
porque el imán y el párroco, como el le-

[vita,  
al ser recién nacido y al moribundo

se los recita.

Pero de Agar los hijos, cuando par-  
[tieron

con los hijos de Sara la patria tierra,  
cuando nación distinta formando, fueron

haciendo a sus hermanos impía guerra,  
privados de los sabios legisladores

y los santos profetas, conservadores  
de su fe y tradiciones, que a Israel dieron

una creencia firme, y en las mayores  
catástrofes en ella se mantuvieron,

de su fe las primeras  
puras nociones

viciaron extranjeras  
supersticiones.

La Arabia de la Persia, la Palestina

y los pueblos hebreos más primitivos, del Egipto y la Siria siempre vecina, en creencias, costumbres, lengua y doctrina recuerdos de todos hizo adoptivos, y con algo de todas las religiones amalgamó más tarde sus narraciones y creó su carácter y poesía. Los agarenos fueron de día en día perdiendo las memorias y narraciones de su origen hebreo; sus corazones invadió poco a poco la idolatría, separando hondamente las dos naciones. Pero el árabe de ambas se cree el primero; y de su noble raza da por seguro que el primitivo germen guarda más puro, y de su fe el espíritu más verdadero.

MAHOMA

Los cristianos en sectas y en herejías partidos aguardaban un Paracleto, los hebreos fiaban en un Mesías, las demás religiones, sin fe, en secreto continuaban sus ciegas idolatrías; y en toda fe las almas de Oriente frías, de Grecia, Egipto, Persia, Judea y Roma, estaban ya del tiempo por la carcoma roídas las añejas mitologías. He aquí que en la Meka por estos días, reformador profeta, nació Mahoma.

Destinado al comercio desde la infancia, Egipto y Persia por las regiones viajó, de sus hogares a gran distancia; y en las ricas ciudades de otras naciones

más cultas que la suya, donde hizo escuela, observó las costumbres y religiones, y aclaró las tinieblas de su ignorancia. Del culto de los magos tomó nociones, de las leyes judaicas y el sabeísmo; y un monje nestoriano, que en el misterio le hospedó de los claustros de un monasterio, le inició en las creencias del cristianismo.

Mahoma juzgó que era la hora propicia para extirpar el árabe politeísmo, y pensó de los dioses hacer justicia, y una fe fundar única, y con pericia Mahoma, sin fiarse más que en sí mismo, preparó las semillas del islamismo. Mahoma, ni ignorante, ni gran talento, concibió que era estúpida la idolatría, y un Dios solo admitiendo su pensamiento, una creencia sola resolvió un día predicar a la Arabia, su fundamento basando en la cristiana y en la judía.

Mahoma era de noble y antigua raza; tenía hermoso rostro, gentil presencia y ojos de luz; hablaba con elocuencia y en los lances más arduos siempre halló para sacarle airoso su inteligencia. No porque él fuera un genio claro y brillante; porque era más su pueblo, que él, ignorante. Cual todos los que intentan una reforma, empezó a las costumbres de su existencia la virtud más austera dando por norma,

e hizo que le tuvieran sus semejantes  
pe las virtudes árabes por vivo ejemplo,  
que ver pasar teniendo quince años antes  
de tener una cátedra, ni alzar un templo.

En ellos, firme ejemplo de fe y cons-  
[tancia,  
copiando los preceptos del cristianismo,  
fe, caridad, justicia, paz, tolerancia,  
anunció como bases del islamismo.

Cien veces tentó el vado y en planta  
[quiso  
poner su dogma nuevo; ciento se puso  
ante el pueblo, afectando saber infuso,  
profeta del Dios único, su paraíso  
prometiendo; mas ciento le fué preciso  
callar ante la befa del pueblo iluso.

Mahoma, mercader y algo poeta,  
como oriental, soñó desde la cuna  
con ser reformador, rey y profeta;  
y de su sueño, en época oportuna,  
a la feliz realización completa  
se encargó de llevarle la fortuna.

A no haberse engañado él el primero,  
fuera sólo un audaz titiritero;  
que hizo bien su papel sin gran trabajo,  
porque lo hizo ante un público grosero.  
Mahoma a su creencia no se atrajo  
la población de la mitad del mundo,  
ni por un gran talento diplomático,  
ni por medio de un plan sabio y pro-  
[fundo,  
combinación de un genio; fué un manía-

[tico,  
que, encastillado siempre en su manía,  
por engañarse comenzó a sí mismo,  
a, al fin, de sus delirios al abismo  
y su engañado pueblo arrastró un día.

Tras una juventud en continencia  
y en virtud casi ascética pasada,

después de predicar una creencia  
en la justicia y la equidad basada,  
santificó el placer y la violencia,  
se declaró el profeta de la espada;  
y volviendo su fe en sentido inverso,  
planteó una religión imaginada  
para inundar de sangre al universo;  
y cuando a juicio Dios llamarle quiso,  
murió de una mujer en el regazo,  
anunciando que se iba al paraíso,  
del que Alá le guardaba un buen pedazo.  
Murió, pues, en la calma más completa,  
creyendo que los seres celestiales  
le iban a recibir, como a un profeta  
verdadero, con trompas y timbales;  
mas con menor motivo nadie acaso  
el don se atribuyó de profecía,  
pues jamás de profeta en su existencia  
acertó a dar un paso  
del cual su razón fría  
supiera calcular la consecuencia  
que debía traerle al otro día.

Así que, los capítulos y estancias  
de su *Korán* imponen sus preceptos,  
según la situación y circunstancias  
en que se hallaban él y sus adeptos;  
y cuando el de hoy veía  
con el de ayer contradictorio, hacía  
descender a Gabriel del paraíso,  
quien de parte de Dios le prevenía  
que mudar de opinión era preciso;  
y siempre que en apuro se encontraba,  
Gabriel su error a subsanar bajaba.  
De modo que este arcángel, empleado  
en subir y bajar del firmamento  
mientras vivió Mahoma, hizo acostado  
de sus volidos la difícil suma,  
porque tuvo, tras tanto movimiento,  
que poner a sus alas nueva pluma.

Y ¿sabéis cuáles eran los mensajes con los que de Mahoma al aposento hizo Gabriel tan repetidos viajes?

Perdió una acción, su gente fué vencida; al otro día Dios le envió un capítulo, en el cual le avisaba que esta huída para su pueblo fiel no era una nota de infamia o cobardía, sino un título nuevo de nueva gloria; su derrota, su fe para probar fué permitida.

Mahoma predicó la continencia, como virtud; mas todo menos pura fué en sus últimos años su existencia.

Tuvo quince mujeres e infinitas concubinas y esclavas favoritas; mas Gabriel, del *Korán* trajo una sura, en que permití Dios la poligamia; y dijo con la calma más segura

que la prostitución no era una infamia, que a la mujer para eso dió hermosura.

Aixa fué la mujer a quien más quiso, y Aixa le hizo una noche un *gatuperio*; el pueblo murmuró; mas él, celoso

de su honra, hizo bajar del paraíso una sura, que el caso sospechoso de Aixa notificó que era un misterio;

que Aixa era inmaculada, y que el que [osado dudara de ello, estaba condenado.

Arbitrio celestial, sacro expediente de tal chichón para librar su frente!

Apóstol del placer y de la guerra, Mahoma, al instalar el islamismo,

halló en su derredor débil la tierra, y la invadió voraz su fanatismo.

EL KORÁN

El libro de *Korán*, que nada encierra original, que nada por sí mismo

creó, halagando sólo las pasiones, ganó pronto de Oriente las naciones.

El *Korán* es un libro dislocado, sin principio ni fin, sin plan alguno; atribuido a Dios, pero plagiado sin gusto, ni orden, ni pudor alguno, de auténticos y apócrifos escritos, que dan otras creencias por benditos.

El *Korán* conservó mil tradiciones de la Persia, la India y la Judea; y aunque desfiguró sus narraciones, y las embelleció con las ficciones

y las galas poéticas que emplea, se ve, sin ningún género de duda, que fué en el texto de la *Biblia* hebrea, y en los libros también de Braema y

[Budha,

a recoger su primitiva idea.

El *Korán* es un libro mentiroso, escrito por un loco presuntuoso, que zanjar pretendiendo por sí mismo las más arduas cuestiones,

en lugar de aclararlas con razones, las encamina, torpe o vanidoso, hacia las más absurdas conclusiones; o las corta, imperioso,

con almo inapelable despotismo; y sentado que todo está marcado

por un inevitable fatalismo, dice al morir, al pueblo que ha engañado:

«Ésta es la religión del islamismo; éste el código que Dios me ha enviado; tómale, es infalible y es sagrado; no hay más luz que el *Korán*; con él te

[quedas

libre y feliz en el terreno suelo; yo, profeta de Dios, me voy al cielo; compónte con mi libro como puedas.»

El *Korán* es un libro de brillantes

y de absurdos capítulos compuesto,  
escrito para pueblos ignorantes;  
a pedazos moral o deshonesto,  
poético sublime o indigesto,  
Mahoma y su *Korán* son un conjunto  
de virtudes y vicios, de bellezas  
y defectos, de máximas morales  
y de preceptos torpes y brutales;  
de rapiña, de sangre, de venganza,  
de generosidad y de vileza,

de ciego fatalismo y de esperanza;  
Mahoma y su *Korán* a cada punto  
nos dan, con su moral y su torpeza,  
de admiración y vituperio asunto.

El *Korán* está escrito en el dialecto  
árabe más castizo y más correcto;  
y éste es el solo título que tiene  
para aspirar a que la Arabia crea  
que le hizo Dios y que del cielo viene.  
Mahoma, en su *Korán* y en su existencia  
tiene una sola idea inteligente,  
digna de un racional y de un creyente,  
que es la unidad de Dios, cuya evidencia,  
la fe al cambiar de la agarena gente,  
trayéndola unidad y consistencia,  
modificó, regeneró la esencia  
de los pueblos idólatras de Oriente.  
Fuera de esta verdad grande y suprema,  
en todo lo demás miente o blasfema.

Fe sin misterios, culto sin oficios  
pomposos, religión sin sacrificios,  
vedó, por destruir la idolatría,  
toda arte liberal, y en todas partes  
donde se estableció, destruyó, impía,  
los nobles monumentos de las artes.  
No admitiendo más leyes, ni más ciencia  
que el *Korán*, sobre el cual las discusio-  
[siones  
y dudas prohibió, con su creencia

entenebró la luz de las razones;  
por inútiles dió libros y escritos,  
y condenó dibujos e impresiones  
como abortos del Bátorro malditos;  
en el *Korán* la imprenta y la pintura  
son de condenación vía segura.

El *Korán* en versículos, muy bellos  
alguna vez, según de lo que tratan,  
promete el paraíso a los que matan  
más enemigos, los que en lid con ellos  
mueren, mártires son; les arrebatan  
los ángeles de Alah por los cabellos,  
y les llevan a un cielo de placeres  
eróticos, sensuales y bucólicos;  
donde los justos, materiales seres,  
se hartan comiendo sin temor a cólicos,  
y gozan de millones de mujeres;  
esto es, reduce la mansión divina  
a un grande lupanar, con gran cocina.  
¿Cuál es la llave de este edén? La espada.  
La ciencia del *Korán* es ser creyente;  
la lid, la sola ocupación honrada;  
la más alta virtud, el ser valiente.

O creer o morir; predestinada  
el alma, discurrir no importa nada;  
pelear nada más es lo preciso  
para entrar de Mahoma al paraíso.

Quiere decir, hablando francamente,  
que la fe del *Korán*, así basada,  
deja a la raza humana destinada  
bestia de lid a ser, no inteligente.

Tal es, pues, el *Korán*; tal es, en suma,  
el código civil y religioso,  
cuyo texto divino y misterioso  
envió Dios, todo escrito de su pluma,  
al último y mayor de los profetas;  
tal es el libro cuyo encomio hacemos  
nosotros los poetas,  
que en general su texto no entendemos;

pero que no dudamos por divino  
 en declarar a faz del universo  
 el más desafortado desatino,  
*con tal que escrito nos le den en verso.*  
 Los que, cual Gibbon, Hume y Espinosa,  
 declaran el *Korán* mahometano  
 mejor que el Evangelio del cristiano,  
 prueban, a ni entender, sólo una cosa  
 de estas dos: *o que nunca le han leído,*  
*o que, más impostores que Mahoma,*  
 se burlan de su pueblo no instruído  
 con una impía y protestante broma.

Tal es el libro que a Mahoma trajo  
 el arcángel Gabriel del firmamento  
 hoja por hoja; cuyos mil pasajes  
 le hicieron, en perpetuo movimiento,  
 gastar sus alas en perpetuos viajes,  
 corriendo sin cesar de arriba abajo;  
 y en cuyo santo, pero ruin trabajo,  
 pescó más de un catarro por el viento.  
 Así que, al dar por él su último giro,  
 se tendió del Edén en una loma,  
 y al dormirse, exclamó, dando un sus-  
 piro: «Gracias a Dios que reventó Mahoma!»

He aquí la fe con que el salvaje Oriente  
 sobre el mundo cristiano  
 cayó, desolador como un torrente,  
 la civilización en él naciente  
 dejar haciendo con sangrienta mano.  
 Mientras del Occidente la existencia  
 llevaba hacia la luz el cristianismo,  
 inspirando la fe, la independenciam,  
 la igualdad, la justicia, el heroísmo,  
 basados en virtudes cuya esencia  
 era la caridad; mientras la ciencia,  
 desarrollando, como en nueva infancia,  
 las artes, la razón, la tolerancia,

hacia el conocimiento de sí mismo  
 al cristiano impulsaba, y la conciencia  
 de su alta dignidad dándole al cabo,  
 le elevaba de bárbaro y esclavo  
 a libre y ciudadano; el islamismo  
 oponía con bárbara arrogancia,  
 de la cristiana luz a la influencia,  
 la esclavitud, la infamia, el despotismo,  
 toda la lobreguez de la ignorancia  
 y la ferocidad del fanatismo.  
 Mientras el cristianismo emancipaba  
 la sociedad de trabas vergonzosas;  
 mientras la cruz ciudades populosas  
 y prodigios artísticos creaba,  
 predicando la paz sobre la tierra,  
 la asolaba el Islam, fe de la guerra.  
 Mientras el noble cristianismo daba  
 a la mujer, de madre y de señora  
 la dignidad, con que su honor decora,  
 Mahoma, *que con su alma no contaba,*  
 en el infame harén la hacía esclava.  
 Las civilizaciones  
 de todas las naciones  
 dejaron tras su huella  
 alguna sombra en que la luz destella,  
 algún buen rastro donde el genio asoma;  
 Arabia, virgen primitiva y bella,  
 ¿qué es lo que debe al impostor Mahoma?  
 Su civilización ¿en qué descuella?  
 Su religión feroz ¿qué es lo que avanza?  
 ¿Qué porvenir dió a Oriente? ¿Qué espe-  
 ranza?  
 De sus pueblos, tan pronto reunidos  
 al pie de sus pendones,  
 ¿qué hizo Mahoma?—Un pueblo de bau-  
 didos,  
 un ejército inmenso de ladrones,  
 por quien vió sus caminos obstruídos  
 la civilización de las naciones.

Sin gobiernos, sin ciencias, sin cultura, sin comercio, y sin artes, la ventura del árabe salvaje está cifrada en una libertad acorralada de sus desiertos en la yerma anchura; y en su ignorancia oscura, resignado al tiránico dominio de un sultán o de un bey, opuesto a todo progreso, a toda innovación trazada por el tiempo, vive hoy del mismo modo y en el atraso mismo que doce siglos ha; no debe nada la civilización al islamismo; en el libro del tiempo no figura más que como una mancha ensangrentada; cubre de sangre un mar su edad pasada, sangrienta lobreguez su edad futura.

He aquí del Islam a la creencia lo que debe la humana inteligencia.

Me hablarán de Damasco, de los Abd-er-rahmanes cordobeses y de Aarún-ar-Raschid.—¡Breve chubasco,

que brotar hizo musgo, mas no mieses! Cultura, ilustración de fantasías, filosofía, historia, astronomía, plagiadas, estropeadas e incompletas; como el *Korán*, en suma, casi nada. Su civilización es poesía de *las mil y una noches*; depurada la realidad, sus ciencias hoy en día, a la luz del análisis sujetas, nos deslumbran no más a los poetas

### LAS CRUZADAS

(Dios lo quiere!  
(Lema de los Cruzados)

Cunde rápido el mal. Feliz estrella, del Islam protectora, hacia Occidente impele su fortuna viento en popa; de sus fieros ejércitos la huella hacia él avanza, como mar rugiente, que, en marca creciente, ni diques halla, ni barreras topa, que pongan freno a su oleaje hirviente, y playas y campiñas atropella.

Las olas vivas de su armada gente oponiendo al progreso de la Europa, amenazó desparramar sobre ella, del fanático Oriente la grey rapaz y la salvaje tropa; y el Occidente, amedrentado un día, a un tiempo oyó sus *lelilis* guerreros resonar por Levante y Mediodía; y sus ejércitos vió de bandoleros romper al par con bárbara osadía por el mar y la tierra sus linderos, y flotar el pendón del islamismo por Calpe y Estambul al tiempo mismo.

A su doble invasión devastadora, la civilización, que el cristianismo empezaba a infiltrar germinadora, y a nutrir en las vírgenes entrañas de nuestra sociedad, tuvo en mal hora que sumir en un torpe parasitismo de su vitalidad, casi en la aurora, el germen, para abrir nuevas campañas y echar su ilustración, aun en la cuna, bajo un trofeo militar de hazañas, que rodea de sangre una laguna,

y de cuyas hazañas inauditas  
 las páginas extrañas  
 en renglones de sangre están escritas.

En su entusiasmo ardiente,  
 un oscuro y ascético ermitaño  
 fué el primero que alzó su voz valiente,  
 y señaló a la Europa por Oriente,  
 de la tormenta el inminente daño.

Su palabra, cual chispa candescente,  
 el fuego sacro de su fe ferviente  
 comunicó al pastor y a su rebaño.

Un papa, a quien despierta de repente  
 la voz de este ermitaño peregrino,  
 en su piadoso corazón cristiano  
 sobre la cristiandad sintió cercano  
 rugir el anunciado torbellino.

Desde la enhiesta cruz del Capitolio  
 el bélico clarín llamó a la guerra;  
 cada cristiano rey, desde su solio,  
 su eco de alarma repitió en su tierra;  
 de montaña en montaña,

de ciudad en ciudad, su eco gigante  
 corrió, desde el palacio a la cabaña,  
 la tierra occidental, como un solo hom-

[bre,

alzando en pie de guerra en un instante,  
 del Dios de paz en el augusto nombre.

¡Mahoma contra Cristo! anunció Roma;  
 y la cruz colocándose en el pecho,

pronta a lid por su fe y por su derecho,  
 gritó Europa: ¡Jesús contra Mahoma!

Como en Oriente, en la cristiana tierra,  
 bajo el sagrado nombre de *crusada*,

de Dios en nombre se anunció la guerra,  
 la infausta lid se declaró sagrada.

Forzado a abandonar en esperanza  
 su civilización, con heroísmo

noble, pero con ciega confianza,  
 corrió a la santa lid el pueblo entero;

el monarca, el barón, el caballero  
 vendió su feudo y empuñó su lanza;  
 y el labrador, haciéndose soldado,  
 en alabarda convirtió su arado;  
 mas la sangrienta fe del islamismo  
 inculcó en la grey del cristianismo  
 su sed atroz de sangre y de venganza,  
 y su vertiginoso fanatismo.

El austero eremita solitario  
 en las chozas, que esconden los breñales,  
 el párroco rural en su santuario,  
 el Papa y sus romanos cardenales,  
 el Obispo y el alto dignatario  
 de la Iglesia en sus ricas catedrales,  
 y hasta el cantor errante y mercenario  
 en los fuertes y alcázares feudales,  
 doquier y en lenguas cien esto anuncia-

[ron

a los pueblos, que absortos lo escucharon:  
 «El que tome la cruz quedará exento  
 de toda obligación, pecho o gravamen,  
 libre de todo pacto y juramento,  
 su conducta anterior libre de examen;  
 su haber, familia y compromisos toma  
 bajo su inmune patrocinio Roma.

Al que lidiando en Palestina muera,  
 toda culpa mortal se le perdona;  
 de todas le hace remisión entera  
 Dios, y le da de mártir la corona.

¡Sus, pues! ¡A Palestina! ¡Dios lo quiere!  
 ¡Feliz aquel que en Palestina muere!»

A esta lata indulgencia pontificia,  
 el deslumbrado vulgo creyó abierta  
 hallar del paraíso la ancha puerta,  
 y de su salvación la hora propicia.

Y el monje, descontento  
 de la calma claustral de su convento;  
 el casado, harto ya de ser marido;  
 el deudor insolvente, el feudatario

atrasado en su renta, el perseguido por odio hereditario, por canon sacro o por civil justicia; desde el sinceramente arrepentido hasta el penitente refractario, quién con fe y devoción, quién con ma-  
[licia,

llegaron a millares, atestando de Roma los caminos, a demandar al pie de los altares el bordón y la cruz de peregrinos.

El vulgo es siempre bestia; el pueblo  
[iluso,

si algún genio en el bien no le conduce, del más preciso bien da en el abuso, y en sus manos el bien males produce. Aquella multitud desordenada, compuesta de tan varios elementos de vicio y de virtud; amalgamada de entusiasmo en los fervidos momentos de un alubión de heterogéneos seres; monjes, labriegos, siervos, menestrales, juglaresas impúdicas, mujeres de virginales hábitos, hambrientos mendigos, penitentes criminales, trovadores, legistas, mercaderes, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, galos, germanos, cántabros, ingleses, catalanes, flamencos e italianos; sin más lazo de unión, ni de intereses, que la común creencia de cristianos, sin otro conductor que una fe ciega, sin otra protección que la divina, esperando un milagro, que no llega jamás a realizarse, se encamina, desprovisto e inerte, a Palestina.

Mas ¡al que tienta a Dios, Dios le aban-

[dona!

Este iluso tropel de peregrinos conquistó del martirio la corona tal vez; pero de Europa a los linderos, a manos pereció de bandoleros húngaros y moravos asesinos. ¡Oh imprevisión! Doscientos mil latinos, que, en su sagrada ceguedad, fiaron al cielo en este mundo sus destinos, por su fe alucinados, entregaron su alma erédula a Dios, a quien tentaron, y a los lobos su carne en los caminos.

## XVI

L'armi pietose, e'l Capitano  
Che'l gran sepolcro liberò de Cristo.

Con fe profunda y por cumplir su voto de consagrar su espada y su existencia al servicio de Dios, en penitencia de haber entrado en lid y lanzas roto en apoyo del cisma contra Roma, el alma libre de avaricia y miedo, con voluntad sincera, Godofredo la cruz sagrada con las armas toma.

Tan entusiastas, pero más prudentes que las turbas vulgares, que sólo en Dios fiándose, creyentes, perecieron incautas a millares, van tras de Godofredo a Palestina los más nobles guerreros de la Italia, la prez de la nobleza de la Galia, de la raza germana y la latina; y a través de peligros y de azares, atropellando idólatras naciones, ganando tierras y salvando mares, triunfando de asechanzas y traiciones, el valeroso capitán cristiano con prudencia sagaz y firme mano

condujo del Oriente a las regiones  
sus numerosas huestes militares.

Del infierno el furor le opuso en vano  
de Asia entera y de Livia el pueblo mixto;  
porque su fe, con el favor del cielo,  
plantó sus tiendas en el sacro suelo  
y en derredor de la ciudad de Cristo.

Godofredo es el símbolo viviente  
de su edad, la expresión del cristianismo  
de su tiempo. Sólo él, veraz creyente,  
atesorando, incólume, en sí mismo  
de la Europa el valor y la fe entera;  
sólo él, exento de avaricia y dolo,  
realizó el pensamiento de su era;  
con unos pocos de su temple, sólo  
él los pendones de la cruz latina  
tremoló vencedor en Palestina.

Los demás, que eran sólo aventureros;  
que llevaban sus almas devoradas  
de terrena ambición por la carcoma;  
que eran sólo en el nombre caballeros  
de la cruz, dieron fin a sus jornadas  
en las ciudades sirias conquistadas,  
enlodando la cruz que les dió Roma  
en los harenos torpes de Mahoma.

De cuatrocientos mil que con él fue-  
sólo cincuenta mil con él llegaron  
hasta Jerusalén; pero vencieron,  
y el sepulcro de Cristo rescataron.  
Y sólo él, el piadoso Godofredo,  
el fiel Raimundo, el liberal Tancredo,  
y unos cuantos valientes capitanes  
de su ejército ruin, cuyos afanes  
fueron cumplir la fe de su promesa,  
llevando a cabo la sagrada empresa  
de librar a Salem de musulmanes,  
son los nobles soldados  
que merecen el nombre de cruzados.

A este puñado de héroes solamente  
debe su porvenir y su existencia,  
su libertad, su religión, su ciencia,  
la civilización del Occidente.  
Cuando, de fe cual de valor ejemplo,  
Godofredo elevó la cruz triunfante  
sobre las santas cúpulas del templo  
de la santa ciudad, al resonante  
grito de triunfo de su escasa tropa,  
tembló el Islam y respiró la Europa.

¡Dios tome en cuenta de sus nobles pe-  
chos  
la fe no más del corazón cristiano,  
y no la sangre y los atroces hechos  
que en nombre suyo prodigó su mano!

A Godofredo, en su bondad suprema,  
Dios de Jerusalén dió la corona;  
pero el mejor florón de su diadema,  
el escudo mejor, y el mejor lema  
con que el tiempo su túmulo blasona,  
es del Tasso el magnífico poema.  
Y éste, de un genio personal tributo,  
fué para Europa de tan gran victoria  
la única adquisición, el mejor fruto;  
la Europa hizo ventaja transitoria  
su hazaña colosal; y sólo este hombre,  
poeta posterior a aquella historia,  
con su canto inmortal hizo su nombre  
cifra perenne de perpetua gloria.

XVII

Después... los reyes de Salem tomaron  
la ostentación y el aire de sultanes,  
y con sus vicios públicos causaron  
escándalo a los mismos musulmanes.  
Después... unos con otros pelearon

por oro los cristianos capitanes,  
y hasta auxilio, en contiendas tan insa-  
pidieron a las tribus musulmanas.

Con placer los emires del Oriente  
vieron crecer sus locas disensiones,  
y del cristiano reino cautamente  
trajeron en redor los escuadrones;  
y poco a poco a la cristiana gente,  
a quien tuvo por raza de leones,  
perdiendo el miedo, como a lobos, traza,  
vengativo buscó para dar caza.

Entonces los cruzados, vencedores,  
del Islam, en la Siria establecidos,  
de palacios y tierras poseedores,  
no eran aquellos héroes asistidos  
por el favor de Dios, sino señores  
mundanos ya y en la molicie huididos;  
presa anhelada ya por los voraces  
instintos de los árabes rapaces.

Llevaron los errantes peregrinos  
estas noticias lúgubres a Europa,  
y volvieron a abrirse los caminos  
a espesas huestes de cristiana tropa.  
Pero habían cambiado los destinos,  
el licor puro de la santa copa  
de la cristiana fe se había viciado,  
y su esencia vital evaporado.

Allá fueron los héroes ingleses,  
henchido el corazón de orgullo insano;  
llevaron a la Siria los franceses  
el genio audaz de su carácter vano;  
allá, en pos de terrenos intereses,  
fué con su vil codicia el italiano;  
siendo al fin, de la cruz los caballeros,  
un nublado de ilustres bandoleros.

Y... ¡este recuerdo el corazón que-  
[branta!  
Después de hacer esfuerzos sobrehumanos,

la gran Jerusalén, la ciudad santa,  
vencidos vió a su vez a los cristianos,  
salir con el dogal a la garganta  
y atrás atadas las inertes manos,  
y ocupar al muezzín sus alminares,  
y orar al musulmán en sus altares.

Después... ¿qué fueron las demás cru-  
Estériles, inútiles proezas; [zadas?  
religiosas o locas aventuras,  
por mundana ambición sin fe empezadas  
y en pactos sin honor mal acabadas;  
do millares de ciegas criaturas,  
armadas, ya de cruces, ya de cotas,  
según eran perversas o devotas,  
por ganar indulgencias o riquezas,  
dejaron de su patria las dulzuras,  
y de Siria en las áridas llanuras,  
a los pies de los turcos, sus cabezas.

Entonces (y al hallarlo hoy en la his-  
[toria  
nuestra presente edad lo lee con pasmo  
vino otra era de demencia y gloria,  
que, cambiando la faz del entusiasmo  
religioso de Europa, engendró en ella  
de la *caballería*  
la loca edad, mas como loca, bella;  
y que henchida en las crónicas descuella  
de ignorancia a la par y poesía.

Los cuentos de los santos peregrinos  
pasaron al laúd de los cantores,  
y un nuevo porvenir y otros destinos  
marcaron al valor los trovadores.  
El viento se llenó con los rumores  
de pías y poéticas patrañas;  
sueño gentil que se cambió en manía,  
y que engendró en los nobles corazones  
noble sed de aventuras y de hazañas,  
y ambición de magnánimas acciones

Entonces la feudal caballería  
 instituyó sus órdenes extrañas;  
 mezcla rara de fe y galantería,  
 de salvaje crueldad y de hidalguía,  
 de generoso honor y atroces sañas,  
 de ímpetus de barbarie y cortesía;  
 y fué la prez mayor armar campañas,  
 donde por la más fútil niñería

se arrancaban los hombres las entrañas.  
 Dando a la religión un giro extraño,  
 abandonaron su nación los reyes,  
 los obispos sus diócesis, sin leyes  
 su pueblo, sin pastores su rebaño.

Crédulo el entusiasta sacerdote,  
 dejó el altar y se ciñó la espada,  
 y armado de los pies hasta el cogote,  
 guardando su tonsura en la celada,  
 firmemente creyéndose el azote

de Dios contra el Islam, con fe extra-  
 [viada,  
 entró en lid por su Dios a dar un bote,  
 y a ganar el Edén de una lanzada.

Y ¡oh triste error del tiempo en que  
 [vivía!

Sacerdote del Dios, que como sello  
 de paz nos dió la cruz en que moría,  
 él, de la cruz armado, a voz en cuello  
 excitó a los cruzados al degüello.

Dejó el barón su parda fortaleza  
 sin señor, a su esposa sin marido,  
 y a Palestina fué con gentileza  
 por terrenal y celestial riqueza;  
 para ganar el cielo, decidido

a degollar con bárbara fiera  
 toda la raza de Ismael maldita,  
 a dar fuego a sus puertos y ciudades,  
 y a traerse cautivos  
 a cuantos en sus pueblos y heredades  
 el fuego y el puñal dejaran vivos.

¿En qué consistió entonces la nobleza?  
 En fiar su razón y su derecho  
 a la pujanza material del brazo;  
 la lanza en ristre y el broquel al pecho,  
 romperse a cada paso la cabeza,  
 y a estocadas ponerse hecho un cedazo  
 por la más leve causa; de manera  
 que un pobre badulaque entonces era  
 quien no tumbaba un buey de un puñe-  
 [tazo.

Entonces los cristianos caballeros,  
 a par con los ilusos musulmanes,  
 pusieron sus fanáticos afanes  
 en llevar la razón en sus aceros,  
 y en probar la verdad y la excelencia  
 de su ley y creencia,  
 cometiendo atropellos y desmanes,  
 y violencias sin tasa y desafueros,  
 que deshonran la humana inteligencia,  
 que repugna espantada la conciencia.

Y esto en nombre del Dios, que dejó  
 [el cielo  
 para dar a la humana descendencia  
 luz, ventura, razón, paz y consuelo.

Y ¡oh escándalo hasta entonces no pre-  
 [visto!  
 ¡Oh engaño de la fe, que lo creía,  
 mas sin reflexionarlo, por lo visto!

El clero, que como héroe se batía  
 para ponerse con su Dios bienquisto,  
 estaba con su tiempo en armonía,  
 pero en contradicción con Jesucristo.

XVIII

Nosotros, hoy, que vemos  
 en calma estas edades exaltadas  
 por su fe y sus pasiones, ¿no seremos  
 imparciales con ellas?—Las cruzadas,

¿han sido nada más grandes locuras,  
 causa no más de atraso y desventuras  
 en naciones por dicha encarriladas  
 ya por vías de error más despejadas?  
 ¿Nada influyó la religión en ellas?  
 ¿Nada ellas en el mundo? Su heroísmo,  
 ¿no dejó más que sangre tras sus huellas?  
 ¿Son no más que un borrón del cristia-  
 [nismo,  
 cuya fe las creó? Cuando la historia  
 sus hechos en sus fastos inventarie,  
 ¿cuál la marca será de su memoria?  
 ¿La civilización o la barbarie?

## XIX

Yo, que aunque es evidente que estoy  
 algunas veces reflexiono un poco, [loco,  
 tengo la convicción de que la guerra  
 es la más fuerte y vengonzosa valla  
 que el adelanto de los pueblos halla;  
 que es el mayor azote de la tierra.

Un gran conquistador, un gran guerrero,  
 que la razón poniendo en las espadas,  
 se la da a las naciones conquistadas  
 escrita con el filo de su acero,  
 en la piel de sus razas degolladas;  
 hablemos francamente,  
 por más que preconice el mundo entero,  
 la gloria de este bárbaro valiente,  
 desde Nembrod a Napoleón Primero,  
 nunca es más que un insigne bandolero.  
 Si el hombre, hecho por Dios inteligente,  
 ha de legitimar sus pretensiones  
 a ser hijo de Dios y hecho a su imagen,  
 como él dice, orgulloso e insolente,  
 por mucho que los sabios nos barajen  
 con sus razones la razón, yo entiendo  
 que creando ha de ser, no destruyendo.

Yo no creo en la gloria que se alumbra  
 del destructor incendio con la tea;  
 mi mente a concebir no se acostumbra  
 que la caliente sangre que gotea,  
 digno alimento de la gloria sea.  
 Pero no hay ningún mal que no conduzca  
 a algún futuro bien; no hay podredumbre  
 que la tierra no abone, y no produzca,  
 o pasto, o fruto, o flor. No nos seduzca  
 la opinión de parciales escritores,  
 que del catolicismo en las doctrinas,  
 muestran a la ignorante muchedumbre  
 los páramos no más que dan espinas,  
 no los jardines que producen flores.

## XX

Europa, en cien estados dividida,  
 su civilización aun no basada  
 en fundamentos sólidos, su vida  
 veía en su niñez amenazada  
 por la ambición de sus inquietos reyes  
 y la impotencia de viciosas leyes;  
 sus mal partidas y feudales tierras  
 palenque siendo de perpetuas guerras.  
 A la voz de un pontífice obedientes,  
 como al poder de irresistible encanto,  
 de aquellos mil principios disolventes  
 se amasaron los gérmenes nacientes  
 en un solo principio grande, santo:  
 LA FE.—Bajo esta enseña el cristianismo  
 envió a Oriente sus reyes ambiciosos  
 y sus fieros varones revoltosos,  
 una valla a oponer al islamismo.

Era una inmensa multitud cristiana,  
 que iba, de ciega fe en un desvario,  
 de sangre humana a derramar un río;  
 pero en esta fanática, guerrera

y sanguinaria multitud, armada con la cruz y la espada, reunida se vió por vez primera, y por primera vez se halló igualada con el pueblo vasallo, la nobleza, con la miseria hambrienta, la riqueza, con el siervo, la testa coronada; y por primera vez se contemplaron cien diferentes razas como iguales a una luz a la cual no se habían visto; y por la vez primera se encontraron atadas con los lazos fraternales de la ley liberal de Jesucristo, en cuyo santo nombre se juntaron. Los que ansia de oro o de pendencias, sin fe al Oriente su valor llevaron, logrado o no su afán, allá quedaron; los que con fe y en busca de indulgencias a Palestina fueron, promesas por cumplir o penitencias, con pensamientos de virtud volvieron; y los pueblos ganaron con perder los que en Siria se perdieron y con recuperar los que tornaron, pues los pueblos cristianos, sin las trabas de la dominación del feudalismo, a las razas del pueblo, hasta allí esclavas, dieron la libertad del cristianismo, y en ausencia de dueños y tiranos, llegaron a ser hombres los villanos; y adquiriendo en pro suyo inmunidades y franquicias los pueblos y ciudades, a los hombres en ellas moradores, vinieron a hallar hechos ciudadanos, al volver del Oriente, sus señores. Triunfó y volvió la audaz caballería; emperó, en grandes pensamientos

de nobleza, de gloria, de hidalguía y de equidad cristiana, con alientos quijotescos tal vez, pero con sana rectitud, reunió los elementos dispersos del poder de la justicia, y en la insegura sociedad cristiana, atajó del perverso la malicia.

Las naciones marítimas, abiertos, de amistad y comercio con tratados, cien remotos estados, enviaron sus bajeles a sus puertos; y según sus empresas extendía la marina europea, la mar brava señoreando audaz, acrecentaba su perfección conforme a su osadía; y como algo se aprende en tierra extraña siempre, y algo se trae de largos viajes, de allá al volver el labrador cristiano, trajo a Italia el azúcar en su caña; con el rico barón, con el rey vano, para el lujo oriental de adorno y trajes, vino a las playas que el terreno baña, de la seda en capullos el gusano; vino a la mesa la excitante especia y el azafrán, que aroma los manjares, y el vidrio (que después labró) a Venecia. Los caballeros y héroes latinos, tornados a su vuelta en peregrinos, trajeron de la India y de la Grecia, de Persia y Palestina yerbas, que utilizó la medicina, y átomos de saber, que como herencia de las cruzadas recibió la ciencia. La Europa peregrina mejoró de sus flores y sus frutas las familias de injertos, y de sus bestias con las razas brutas mezcló las bellas de orientales climas,

y de frutos inciertos y escasos en lugar, hizo a sus tierras, y libres de la rapiña de las guerras, cosechas producir amplias y opimas. La vista de los restos colosales del arte persa, egipcio, indico y griego, la suntuosa erección inspiró luego de nuestras gigantescas catedrales. Cuando después, calmado el entusiasmo de la fe descarriada y del sañudo guerrero ardor, la inteligencia pudo examinar la realidad, con pavor la abarcó y con terror el pensamiento; cuando luego el progreso y movimiento social e intelectual a las creencias un impulso imprimieron menos rudo, sintieron la razón y las conciencias vergüenza, humillación, remordimiento; cediendo a los terrores y exigencias del arrepentimiento por las atrocidades y violencias con que se deshonraron las cruzadas, creó el remordimiento penitencias, con promesas espléndidas selladas. De estas expiaciones vienen, con fe mejor, las fundaciones religiosas, dotadas con herencias de terrenos y rentas de millones. De ellas vienen mil templos, panteones de arrepentidos regios criminales, cuyas malas acciones doran los monumentos colosales, de esos gigantes nichos sepulcrales, donde creyeron reposar tranquilos. De ellos vienen mil santos hospitales, mil hospicios benéficos, asilos de la orfandad y la miseria; más de que no librarán a los mortales leyes, ni instituciones,

porque son excrecencias naturales, moho y exudaciones que roen los terrenos corazones.

He aquí cómo, por raras consecuencias, legaron a la Europa las cruzadas (empresas locas, por la fe empeñadas) artes, comercio, industria, gloria y ciencias; he aquí cómo la cruz, a sus desiertos rechazando a los turcos y a los moros, abrió al comercio universal sus puertos, y la sembró de artísticos tesoros, de riquezas sin par monumentales y de nuevas semillas liberales. He aquí cómo, por fin, aquella tropa de fieros o de ilusos peregrinos, que abrió lagos de sangre en los caminos y campos de batalla palestinos, al poder de la fe, salvó a la Europa.

He aquí cómo de aquellos extraviados de fanática fe, que produjeron luchas sangrientas, crímenes impíos, que al mundo de terror estremecieron, de aquel ciego y salvaje fanatismo supo sacar ventajas verdaderas, sólidas, duraderas, para los pueblos de hoy el cristianismo; pues, si todo la guerra lo destruye, todo mejor la fe lo reconstruye.

Porque tal es la religión cristiana, que en vida, luz y juventud convierte hasta los mismos gérmenes de muerte que siembra tras de sí la raza humana. Porque Dios es la ciencia; Dios es la luz, la fe, la inteligencia; es cuanto emana de Él, como Él, eterno, y el árbol de su fe jamás se pierde.

se marchita su flor algún invierno,  
pero al siguiente Abril retoña verde.

XXI

¿Y Cristóbal Colón? ¡Vaya una histo-

ria!  
Colón, la fe, el valor, la inteligencia,  
el honor de la ciencia,  
cuyo nombre es la cifra de la gloria,  
cuya inmortal memoria  
es blásón con que se honra medio mundo,  
tras largos años de antesala y tedio,  
por un error de su saber profundo,  
añadió medio mundo al otro medio;  
y ¡ni siquiera el nombre  
lleva aquel medio mundo de aquel hom-

bre!  
Modelo de constancia,  
apoyado no más en su conciencia,  
de los sabios sufrió la petulancia,  
de los reyes la ciega indiferencia,  
de sus aduladores la arrogancia;  
y vió coger el fruto de su ciencia  
a la ambición, la envidia y la ignorancia,  
que de hiel abrevaron su existencia;  
porque a través de la opinión mundana,  
y avasallando el mar, en evidencia  
puso de Europa incrédula a la vista,  
y a los pies de una reina castellana,  
la opulenta región americana.

Colón, la inteligencia desprovista  
de cálculo rapaz, el pensamiento  
que de la luz del Creador emana,  
la fe, que ni es avara, ni egoísta;  
Colón, alma de estirpe soberana,  
y no alma sanguinaria o calculista  
de guerrero feroz o de rentista,  
a América llamó DESCUBRIMIENTO;

mas la ambición, de su feliz invento  
lanzándose, voraz, sobre la pista,  
vogó a despecho de la mar y el viento,  
para llamar a América CONQUISTA.

Colón, el saber noble, la fe pura,  
la esencia del espíritu cristiano,  
llevaba al continente americano  
la caridad, la gloria, la ventura,  
la civilización con franca mano;  
Colón en cada nueva criatura  
de aquel nuevo país vió un nuevo her-  
y en cada nueva isla americana, [mano,  
un nuevo Edén para su fe cristiana.  
La ambición sólo vió en aquella tierra  
un nuevo campo de rapiña y guerra,  
una extensión de creación sin cabo,  
donde su ansia voraz, su sed de oro  
en cada nuevo ser vió un nuevo esclavo,  
en cada piedra frágil un tesoro,  
debajo de cada áspera colina  
y en cada gruta cóncava una mina.

Colón, esto es, la fe y la inteligencia,  
de civilización por elemento,  
¿qué diera a su inmortal descubrimiento?  
Paz, caridad, fraternidad y ciencia,  
artes, comercio, industria, agricultura,  
la luz, la libertad, el pensamiento,  
germinador del bien y la ventura;  
de aquel mundo que Dios abrirle quiso,  
hiciera de Colón el alma aliento  
un terrenal e inmenso paraíso.

¿Qué hizo de él la ambición? Un nuevo  
[infierno  
de eterna lid y de tumulto eterno.  
¿Qué dejó en él? Lo que tras sí en la  
[tierra

deja no más, con la ambición, la guerra; nieblas, superstición, odios, rencillas, ruines pasiones, hijas del averno, de desventura perennal semillas.

## XXII

Basta. Aunque la verdad decir me toca do con ella mi pluma se tropieza, verdades hay que, si a mi pluma loca cumple escribir, no cumple a mi nobleza; porque lanzarlas de mi osada boca, allá fuera valor, aquí bajeza. Hombres y tiempos a revista evoco; mas ni adulo, ni insulto, aunque estoy [loco.

## XXIII

Ya es tiempo de que pase más ligera mi revista; veloz, casi fosfórica puede tan sólo soportarla entera la lectura al vapor de nuestra era. Yo estoy loco; si abordó las cuestiones de sentido común con pretensiones, al mundo voy a convencer muy pronto de que no soy un loco, sino un tonto; así pues, abreviemos las razones.

## XXIV

En prueba de lo dicho, ahí va un [axioma: La humanidad es bestia. Leer da grima su historia desde Adán hasta Mahoma. El hombre nace estúpido; lástima tener que confesar, aunque sea en broma, que ésta es una verdad como una loma.

## LA EDUCACIÓN

## IXX

Como el hombre los pueblos en su infancia creen en la barbarie y la ignorancia, y en él y en ellos la razón no asoma, y no se civiliza su existencia, mientras la educación su inteligencia no despierta, ó la fuerza no les doma. Todos nacemos hoscos, berrinchudos y con mala intención; todos traemos instintos destructores y sañudos, que desde que nacemos demostramos; en cuanto mano o pie mover podemos, si un pájaro nos dan, le desplumamos; si atrapamos un trasto, le rompemos; y a nuestras propias madres arañamos, si pronto no nos dan lo que queremos, hasta que al fin, o a puros mojicones, o a fuerza de quebrarnos los antojos, nos meten en la cholla las razones, a la razón abriéndonos los ojos. Si nuestro buen papá desde chiquillos nos deja en libertad, no nos corrige, por los principios rectos y sencillos de la alma religión no nos dirige; si descuidado, en fin, no nos educa. ¿qué paramos en ser? Tontos o pillos. Muchachos, en perversas compañías aprendemos del vicio los caminos; juzga luego que son gracia muy eucua nuestra audaz juventud las fechorías que ponen en alarma a los vecinos; vicios pasan a ser los desatinos juveniles, y al crimen hay un paso, desde el vicio, no más; en nuestros días de ocio le damos sin sentirlo acaso.

la sociedad nos cierra sus hogares;  
 nuestro padre, abrevado de pesares,  
 del hijo infame que engendró reniega,  
 y nos maldice en su vejez caduca;  
 al fin, del crimen el castigo llega;  
 en nuestro mal camino, en un mal día,  
 nos pesca en mal lugar un policía;  
 ante un juez de bastón y de peluca  
 nos enreda un proceso un escribano;  
 al juez y al abogado, por dinero,  
 al juez y al escribano no embaúca,  
 para escarmiento del linaje humano,  
 en presencia del vulgo novelero,  
 el verdugo en la plaza nos desnucá.

Es la historia del hombre no educado  
 que vive en un país civilizado.

La mala educación es el vestíbulo  
 por donde entra al alcázar de la vida  
 el que de ella, en su tumba, a la salida,  
 salta desde el tablado de un patíbulo,

Y así un pueblo salvaje nace, crece,  
 y si no logra educación, perece.

Crece en la desnudez bajo el gobierno  
 del más fuerte; si llega numeroso  
 en tierra escasa a ser, desde lo interno  
 del bosque, valle o monte donde habita,  
 en armado turbión se precipita  
 sobre el vecino territorio externo;

y si sale en su empresa victorioso,  
 nombre, terreno y libertad le quita;

si con fortuna a la invasión se arroja,  
 por poco que este triunfo se repita,

con lo de que a los débiles despoja  
 se llega a hacer un pueblo poderoso.

Poderoso una vez, funda su gloria  
 en ser conquistador, en ser guerrero,

de grandes hechos en dejar memoria;

siente la sed del oro, ase el acero,  
 y da principio a su sangrienta historia.

Germinan las humanas ambiciones  
 en su seno; sus grandes capitanes  
 el poder se disputan en facciones;  
 y a fuerza de peleas y desmanes,  
 de fraguar y de ahogar conspiraciones,  
 engaña alguno a todos con ingenio,  
 o los vence a la fuerza y se entroniza,  
 y ese es un hombre grande, ese es un

[genio;  
 da a su antojo la ley, manda, dispone;  
 la ley de su ambición advenediza,  
 con hechos consumados autoriza,  
 y a su nación su voluntad impone;  
 mas, preparado siempre a la pelea,  
 lo primero que crea  
 es una fuerza militar, que arguya  
 con la fuerza en pro suya  
 cuando su ley, menospreciada sea.

Si es un genio en verdad, que entra en  
 [la liza

porque el bien de su patria se propone,  
 el curso de la ley regulariza,  
 una administración sistematiza,  
 reúne en torno suyo cuanta gente  
 encuentra racional e inteligente,  
 y a la fuerza a la plebe civiliza.

Si es un brutal soldado, que no tiene  
 más que la fuerza bruta que le abone,  
 al pueblo que le sufre tiranía,  
 mientras otro, a su vez, tras él no viene,  
 que con maña o con fuerza le destrone;  
 quien, cuando a su poder se sobrepone,  
 la paz entabla o la discordia atiza.

Así hasta la más noble inteligencia,  
 si un día del poder las riendas ase,  
 de su fe, su razón y su existencia  
 tiene a la fuerza que poner por base;

porque el hombre doquier, por ser va-  
[liente,  
se olvida de que nace inteligente.

Y no tiene otra historia ni otro origen  
la civilización del universo,  
y tales son las leyes que la rigen.  
De hombres y pueblos natural carcoma,  
el mal instinto o bárbaro o perverso,  
la fuerza sólo dulcifica y doma.  
A fuerza de trompazos se instituyen  
el orden y la paz; las sociedades  
tras una y otra lid se constituyen;  
y por entre estas mil barbaridades,  
que nada en pro de la razón arguyen,  
la vergonzante inteligencia asoma;  
y así fueron Egipto, Grecia y Roma,  
gloria a un tiempo y baldón de las eda-

[des.  
¡Triste necesidad! ¡Dar a la tierra  
siempre la paz por medio de la guerra!

## XXVI

Ya basta: inútil es ir en revista  
pasando de los siglos la memoria,  
y al hombre más allá seguir la pista;  
en todos es igual, una es su historia.  
Dios le hizo racional e inteligente,  
y él se empeña en ser bárbaro y valiente.

Siempre la inteligencia, luz divina,  
las espesas tinieblas ilumina  
que a la barbarie y al valor rodean;  
y aunque con ella sin cesar pelean,  
a la barbarie y al valor domina:  
pero ¿cómo su antorcha no brillara,  
si el universo entero  
de paz universal al fin gozara,  
y en vez de pelear, raciocinara?

¡Ay! de la fuerza entre el furor guerrero  
la inteligencia sobresale; empero,  
con ella en lucha, en perennal fatiga,  
como una rica mies entre maleza,  
do alguna que otra vigorosa espiga,  
asoma entre las zarzas la cabeza.

## XXVII

## RESUMEN

En resumen, el hombre, el primer ente  
del mundo, el noble rey del universo,  
como le han titulado osadamente  
cuantos han relatado en prosa y verso  
la loca historia de la humana gente;  
el hombre, hecho por Dios inteligente,  
dotado de razón, de pensamiento  
y de palabra, superior en todo  
a todo otro animal, no ha hallado modo  
de entenderse jamás; su entendimiento  
le ha servido de estorbo en su existencia  
terrenal; su razón no le ha bastado  
jamás, y en sus empresas ha apelado,  
en vez de a la razón, a la violencia;  
siempre en lugar de «hablemos y enten-

[dámonos,  
«matémonos, ha dicho, destruyámonos.»  
Y alguna vez que ha hablado, no ha que-  
[rido  
nunca entenderse, y siempre se ha ba-  
[tido.  
¿Por qué? ¿Cuál es la historia de la gue-  
[rra?  
¿Qué causas la han creado y la han nu-  
[trido?  
Este breve resumen la encierra.

Al hallarse sin garras y sin dientes  
contra los de las bestias montaraces.

buscó armas contra ellas suficientes el hombre, y supó hacérselas capaces de resistir sus ímpetus voraces, Hizo bien; además Dios le había dado para servicio suyo y alimento, cuanto animal con él había creado; pero a cada animal, en su elemento, de medios de defensa había dotado; pez, ave, fiera, en tierra, mar y viento, para su nutrición o su servicio; y discurrió y se armó, y obró con juicio.

Hasta aquí no iba mal la inteligencia del hombre; se sirvió de su talento; la bestia estaba que él mejor armada, el pez escurridizo, el ave alada y eran más fuertes que él en su elemento; fuerza fué equilibrar la diferencia: era cuestión en que iba su existencia, yendo su bienestar y su alimento. Hizo flechas y redes; fué acertada invención y oportuno pensamiento. Raciocinó y se armó; no digo nada.

Pero desde Caín, a quien la envidia un arma puso en la homicida mano, por qué el hombre, con furia o con perfidia, sus armas empleó contra su hermano? Ancha y feraz creó el Omnipotente la tierra, para todos suficiente; halló, empero, sus límites estrechos la ambición; apropiósela, insolente, el que se vió más fuerte y más valiente, y la fuerza fué ley y dió derechos. El débil, despojado de su tierra, no los reconoció, porque en los hechos el derecho no vió; he aquí la guerra.

El débil despojado fué un apoyo a buscar en sus débiles hermanos, y de pesar y de ira el pecho lleno, contra sus opresores inhumanos se unieron; fueron fuertes, y a las manos con la ambición vinieron... un arroyo de sangre marcó el linde del terreno primero donde hicieron los hermanos división *de lo propio y de lo ajeno*. De aquí los odios de familia y raza; huyendo de las fuertes agresoras las débiles, distancias protectoras entre ellas de poner se dieron traza. Y así, según, feroz o inteligente, anheló una familia paz o guerra, fué una patria a buscar para su gente en la región lejana de la tierra que halló a su condición más conveniente.

Unas, apeteciendo climas fríos, trasladaron su hogar al Occidente; otras a orillas de los grandes ríos su adoar sentaron bajo el sol ardiente de los tostados climas del Oriente. Otras en las riberas de los mares, a la codicia levantando altares, fueron, después de construirse puertos, en las opuestas a buscar lugares a su comercio y a su audacia abiertos. Unas cubrieron páramos extensos de verdes huertas y de gubias mieses; otras en valles de yerbajes densos razas criaron de fecundas reses. Cada cual adoptó creencia, traje, gobierno, usos, costumbres y lenguaje hijos de su carácter y ejercicio, y adaptados al clima y al paraje donde vivía en inocencia o vicio. Su población, al fin, multiplicaron

todas y en sus terrenos se extendieron; y tanto sus fronteras ensancharon, que a encontrarse, extendiéndose, volvíe. Pero ya las familias en naciones convertidas, y ya con caracteres distintos, con distintas opiniones, lengua, costumbres, trajes, religiones, el origen común desconocieron, y su diversidad de pareceres, su diferencia de habla y de facciones como razón de enemistad pusieron; y echando luego a un lado las razones, a reñir como bestias se pusieron.

Aquí sí tengo yo que decir algo; y aunque me digan que es atrevimiento, porque, ni nada soy, ni nada valgo para echarme a cruzar tan alto viento, y que del breve círculo me salgo en el cual encerrado estar me toca, voy a decir este algo, porque siento que se me está saltando de la boca. Y he aquí lo que digo, aunque este verso ramplón, que va a explicar mi idea loca, contra mí insurreccione al universo:

¿Cuáles son los motivos racionales, las causas y el origen que han tenido las que se llaman *guerras nacionales*? El color de la tez, de las facciones, la proporción, la depresión o anchura del ángulo facial, las expresiones distintas del lenguaje con el cual se expresaron las naciones, la estrechez ó la holgura que adoptó cada cual para su traje, lo que se llama, en fin, la catadura, la planta, el aire, el porte, y que a cada raza dieron sus costumbres, su clima y ejercicio; ya en las cumbres

de los montes helados en el Norte, ya el fuego perennal del sol ardiente en las llanuras cálidas de Oriente, ya las ásperas brisas peculiares de las tierras vecinas a los mares.

Miradas a la luz de la conciencia, éstas son las efímeras razones de los odios de razas y naciones, nutridas por la sórdida exigencia de la avara ambición, que con violencia tras sí conduce a las demás pasiones; ¿qué parte toma aquí la inteligencia?

El ser unos morenos y otros blancos, el ir unos descalzos por la arena, y el andar otros por la nieve en zancos, el ir rapados o llevar melena, el tener las narices aplastadas, curvas o prolongadas, el vestirse más amplio o más estrecho, el habitar palacios o cabañas, fabricados con mármoles o cañas, a las razas de Adán daban derecho a admirarse tal vez de las extrañas mudanzas que los tiempos habían hecho en ellas; pero nunca a los hermanos pudieron dar razón, como alimañas, para venir feroces a las manos y arrancarse, lidiando, las entrañas.

La tierra tiene espacio para todos; aun sobra; la mitad está vacía; pero buscan los pueblos con porfía ocasiones y modos de decirse: «Ésta es tuya y ésta es mía.»

Civilizadas hoy nuestras naciones, señalan por convenios sus fronteras,

saludan con galana cortesía,  
doquiera que los ven, sus pabellones;  
reconocen con fiestas placenteras  
sus límites; aceptan sus razones,  
sus protestas de fe, como sinceras;  
se muestran en su trato diplomático  
el amor más cordial y más simpático;  
de heraldos con vistosas procesiones,  
se demandan sus treguas y entrevistas;  
se reciben con salvas y revistas,  
se despiden con fuegos y funciones;  
pero luego, en volviéndose la espalda,  
a su frontera avanzan sus legiones:  
de todas sus alturas, en la falda,  
construyen fortalezas y trincheras,  
y ponen sus derechos, entre hileras  
de soldados, detrás de sus cañones;  
y en hallando el pretexto más mezquino,  
la de fuerza mayor mete la guerra  
en el pueblo vecino,  
y atrapa un buen pedazo de su tierra.

Si el asaltado pueblo se resiste,  
y si defiende su razón con brío,  
su derramada sangre forma un río  
e ilumina el incendio su fin triste;  
su territorio, en fin, queda baldío,  
y sus familias, las que quedan vivas,  
o esclavas son o emigran fugitivas.

¿Y el caudillo feo de aquella guerra?  
¿El héroe triunfador, el incendiario  
devastador, rapaz y sanguinario,  
que asoló, inicuo, la vencida tierra?  
Vuelve a su patria victoriosa ufano,  
al son de las campanas y timbales;  
le alza su capital arcos triunfales,  
le entapizan con flores y laureles  
las calles, que le guían hasta un templo,

donde, desde el obispo a los bedeles,  
salen a recibirle, palio en mano,  
del sacro peristilo a los dinteles;  
en un discurso un orador cristiano  
le ofrece a los presentes como ejemplo  
digno de admiración; se da al villano  
populacho una fiesta, con cantares  
licenciosos y danzas inmodestas,  
que es lo que llaman fiestas populares,  
en las que se harta el pueblo de pasteles,  
buñuelos y esas masas indigestas  
que traga todo pueblo en tales fiestas,  
destripando barricas y toneles  
en honor del que triunfa y del que paga;  
y entretanto que el vulgo sorbe y traga,  
una asamblea nacional le expide  
el título de ilustre ciudadano,  
gloria y prez de su época, y decide  
que por el hecho bárbaro, inhumano  
y cruel de exterminar toda la raza  
del pueblo a quien venció, que era su  
[hermano,  
se le eleve una estatua en una plaza.

Y pese a la opinión del mundo entero,  
he aquí lo que es el triunfo de un gue-  
[rrero;  
esto es lo que a la tierra  
trae nada más la gloria de la guerra;  
y he aquí, desde Adán a los actuales  
tiempos, el breve epitome que encierra  
la historia de los entes racionales.  
Desde Nembrod hasta ambos Napoleo-  
[nes  
la fuerza atropelló a la inteligencia;  
en todas las naciones  
de cualquier discusión se hace pendencia;  
y siempre se resuelven sus cuestiones  
de lanza a punta, a boca de cañones;  
y esto es lo que no entiende mi demencia.

Que allá en épocas bárbaras, en tierras pobladas por salvajes y paganos, encomendado se hayan a las manos la razón y el derecho; que haya guerras aún entre caribes y africanos; que una guerra que de iras se amamanta, que a la luz marcha del incendio y bebe ríos de sangre y lágrimas, aun lleve en Pekín o Estambul nombre de santa, me apesara tal vez, mas no me espanta; mas hoy, en pleno siglo diez y nueve, en nuestro mundo culto, entre cristianos, donde tenemos todos por creencia que somos los humanos todos hijos de Adán, todos hermanos; al contemplar en guerra a las naciones, pregunta mi demente impertinencia: si toda discusión pára en pendencia, si toda paz se firma entre cañones, ¿para qué diablos sirven las razones? ¿Para qué nos da Dios la inteligencia?

Si el tiempo que los hombres han gastado en arreglar sus cuentas a trompadas; si los millones de hombres que han ro- bado a la tierra sus guerras desastradas, se hubieran empleado en cultivar los celestiales dotes de su razón, y los extensos lotes de tierras, que por Dios les fueron dadas, sería el hombre actual menos perverso, serían (como Dios hacerlas quiso) la bien poblada tierra un paraíso, y la razón la ley del universo.

## XXIX

## CONCLUSIÓN

Aquí podría preguntarme alguno: ¿Y a qué viene todo esto? ¿Para qué pensó usted que era oportuno zurcir todo este fárrago indigesto de historia universal mal estudiada y peor hilvanada, en un metro monótono y molesto y en unos versos, francamente, malos? ¿Qué es lo que usted pretende probar aquí? ¿Qué ataca, qué defiende, qué quiere usted decir, al retortero trayendo a los fenicios y a los galos, persas, griegos...; en fin, al mundo entero?

Esto: que el hombre, el ente que, altamente, pretende ser del mundo el ser primero, rey de la creación, para quien sólo las maravillas que hay de polo a polo Dios hizo y se las dió como regalos; el hombre, en fin, de cuyo ser la esencia es el alma, es decir, LA INTELIGENCIA, debe de razonar, no andar a palos.

## TERCERA PARTE

## AL ATEO

Porque no ves a Dios, ¿no crees, ateo? Yo creo en él, porque doquier le veo. Ciego nacer debiste, puesto que dices que jamás le has visto; yo, aunque jamás le viera, de que existe

tendría convicción, porque yo existo,  
y mi sola existencia  
me revela su ser y omnipotencia.

Probarme que no le hay, te es imposible;  
luego, que existe Dios, es infalible.

Esta alma oculta que mi cuerpo anima,  
que le da movimiento, inteligencia,

palabra y voluntad, cuya existencia  
siento cernerse de mi polvo encima,

debe ser una chispa de su esencia.  
Mi alma tiende hacia Dios, Dios es su

[centro;  
luego hay algo de Dios, de mi alma den-

tro.  
Cuanto dentro de mí y en torno mío

suena con voz, con movimiento gira,  
brota con germen o con ser respira,

en la tierra, en el mar o en el vacío,  
desde el sol hasta el átomo más leve,

todo prueba que hay Dios, que haberle  
[debe.

¿Tú no le ves? ¿No crees en él, ateo?  
Te compadezco, porque soy tu amigo,

por ser tu hermano en Dios; mas ven  
[conmigo,

ven el libro a leer, en que yo leo  
la existencia de Dios; si no consigo

que tú le veas donde yo le veo,  
y que creas en él como yo creo,

renunciaré a la fe que en él abrigo.

Ateo, ¿crees en tí? ¿Tienes conciencia  
de que tienes un cuerpo que respira,

que oye, que ve, que siente la existencia  
material? ¿A tu cuerpo crees que inspira

otra oculta incorpórea inteligencia  
a voluntad con que tu cuerpo grita,

piensa, quiere, ama, odia, cree y razona?  
En fin, ¿crees o no crees en tu persona?

Sí, porque es imposible que no creas  
que vives, que tu espíritu en ti existe;

y que una alma hay en ti, fuerza es que  
[veas,

puesto que tú a ti mismo no te hiciste;  
y pues tú no has podido hacer que seas

por tí, hay alguno por quien hecho fuís-  
[te;

si tu ser por sí mismo ser no sabe,  
¿quién del ser de tu ser tiene la llave?

Alguien te dió el espíritu que tienes,  
el alma noble que tu cuerpo anima;

y ese ser superior, de quien tú vienes,  
para que en tu alma espiritual imprima

la inteligencia que en tu ser mantienes,  
de tu ser es preciso que esté encima;

que una esencia que tú sea más pura,  
pues él es Criador, tú criatura.

Y ¿quién mayor que tú, rey de la tie-  
[rra,

que la visible creación dominas,  
que sondas los misterios que en sí en-

cierra,  
que el curso de los astros examinas,

a cuya mano señorial no cierra,  
ni el mar sus senos, ni el peñón sus mi-

nas,  
y ante quien sólo está, tras de su velo

de impenetrable azul, cerrado el cielo?

Y allí ¿qué puede haber más que esa  
[esencia,

de quien dependes tú; el Ser perfecto,  
el Criador, la suma Omnipotencia,

la causa de quien eres el efecto; Dios; en fin, de quien prueba la existencia de Dios, si crees en él, cree en Dios, ateo; yo creí siempre en Dios, porque en mí

Conque, si crees en tí, cree en Dios, ateo; yo creí siempre en Dios, porque en mí [creo.

¿No crees aún? Pues mientes o te engañas, cerrando a mis razones los oídos, juzgándolas sofismas y patrañas; por fiarte no más de tus sentidos; mas voy a remover en tus entrañas los sentimientos que tienes escondidos en ellas, donde aun hasta estas horas no has osado mirar, si los ignoras.

¿Has visto algún cadáver en tu vida? ¿Has pensado por qué la carne inerte, la materia, del alma desprendida, se disuelve en las manos de la muerte? Su parte espiritual ¿adónde es ida? ¿Quién rompe unión al parecer tan fuerte? Si tal viste una vez, afirmar puedo que ante pregunta tal tuviste miedo.

¿Te hallaste alguna vez en las tinieblas, entre ese velo lóbrego, impalpable, cuyos pliegues múltiples de nieblas Y tupen la oscuridad impenetrable; su lobreguez, que de quimeras pueblas por un instinto interno, inexplicable,

con su tiniebla que vacía estaba, por qué te dió pavor? ¿Quién te le daba?

¿Qué había en el cadáver arrancado de su espíritu ya, qué es lo que había para tener el tuyo amedrentado en la desierta oscuridad vacía? Detrás de aquel cadáver olvidado y en aquellas tinieblas se escondía la presencia de Dios, y su presencia te probaba, temblando, tu conciencia.

Juez severo, tenaz, incorruptible, que en nuestro propio corazón se esconde, a quien la acción más leve reprobable juzgar de nuestra vida corresponde; voz que dentro del alma habla invisible, y que sin preguntarla nos responde, la conciencia nos prueba eternamente la existencia de Dios, siempre presente.

Oye la voz de tu conciencia, ateo, y crearás como yo, que la oigo y creo.

El mundo es una máquina, mas tiene una fuerza motriz que, en él impresa desde su creación, obrando viene con regularidad, que nunca cesa; jamás su movimiento se detiene, ni obstáculo jamás se le atraviesa.

¿Quién le infunde esa fuerza inextinguible? ¿Se la da él a sí mismo? Es imposible.

Todo en él es caduco, deleznable; todo comienza en él, pasa y concluye;

no hay parte de existencia perdurable  
de las con que su todo constituye;  
y esa fuerza motriz, infatigable,  
que se la imprime otro poder arguye:  
increada no es; su ser interno  
en sí mismo no tiene; fuera eterno.

Y que eterno no es, es cosa clara,  
pues cuanto nace en él pasa y perece.  
Deslumbradora, incomprensible, rara,  
su máquina, que nunca se entorpece,  
que jamás se equivoca, ni se para,  
tan sólo como máquina aparece;  
mas en el ser de máquina se implica  
el ser de un constructor que la fabrica.

Máquina y constructor a un tiempo  
no puede ser, ni a un tiempo criatura  
y criador. Sé lógico, ateísmo,  
y salir de este dédalo procura;  
mas cuenta, que tras él, se abre otro  
[abismo.

Tras las mil maravillas de su hechura,  
la creación, que encierra tanto hechizo,  
¿qué tiene? Un Criador, que es quien la  
[hizo.

Máquina o criatura, es evidente  
que autor o creador fuerza es que tenga,  
que, a ella superior e inteligente,  
su mecanismo material sostenga;  
y este ser superior omnipotente  
tiene que ser, pues ser quien la man-  
tiene [tenga  
no puede material, como su obra;  
conque, o le falta un Dios, o el mundo  
[sobra.

¿Hay mundo?—Luego hay un Dios,  
[ateo.  
Mira al mundo ante Dios, cual yo le veo;

Ese vital perpetuo movimiento,  
que en su marcha uniforme, igual, tran-  
[quila,  
anima tierra, sol, mar, firmamento,  
cuanto en la inmensa creación se apila,  
cuanto es del mundo parte o elemento,  
no es el febril temblor con que vacila  
sin voluntad un trémulo convulso;  
tiene que proceder de ajeno impulso.

Todos los días por detrás del monte  
su luz nos trae, y en el Oriente toca;  
todas las tardes baja al horizonte,  
y se hunde el sol tras de la opuesta roca;  
tiene horas fijas; a esperarle ponte;  
él no falta jamás, ni se equivoca;  
que nuestro globo gire, o él se mueva,  
alguien nos trae al sol, alguien nos lleva.

Todas las primaveras cubren de hoja  
los árboles, de mieses la llanura;  
la tierra flores en Abril arroja,  
del estío al calor frutos madura,  
al frío de Diciembre se despoja  
de su fértil y verde vestidura;  
mas flores, fruto, mies, nieve o turbiones,  
sólo a su tiempo traen las estaciones.

Si una máquina fuera, hecha al acaso,  
y que al acaso nada más marchara,  
se entorpeciera alguna vez su paso,  
se detendría alguna o tropezara;  
mas no sufre desorden ni retraso

jamás; nunca se turba, ni se para; ninguno es fuerza que su marcha rija, y tiene que ser Dios, quien la dirija.

El movimiento universal del mundo recibir de su Dios su impulso debe; el perenne calor que en lo profundo de la tierra sus gérmenes promueve, ese jugo prolífico y fecundo que de las lluvias infiltradas bebe, deben tomar su creadora esencia de un Dios, germen primero de existencia.

Del movimiento universal, ateo, ¿no ves la fuerza en Dios?—Yo sí la veo.

### V

Ese orden admirable con que todo prueba en la creación que hay un sistema, del cual cada elemento va, a su modo, parte a formar con precisión extrema, hasta el vapor más leve, que del lodo se exhala, tiene una razón suprema de ser, y contribuye a la armonía universal del mundo en que se cría

la creación, espléndido palacio que, para prueba y gloria de sí mismo, fabricó el Criador en un espacio que era sólo de sombras un abismo, y en el cual, como chispas de topacio, lanzó con misterioso mecanismo mundos de luz, que en infinita copia giran con propio ser y con luz propia;

y esa tierra que rueda en el vacío, cual negra aparición, en medio de ellos,

como un fantasma pálido y sombrío, que va errando a través de sus destellos, por cinturón llevando un mar bravío, mil selvas ondulantes por cabellos, dejando tras de sí vagos rumores y una estela de aromas y vapores;

esta tierra, que lleva exactamente en derredor del sol medido el paso, saliéndole a buscar por el Oriente, y yéndole a dejar por el Ocaso, para que el seno fértil la caliente y la abra, como flor puesta en un vaso, ofreciéndonos luego, madre tierna, la que nos guarda nutrición materna;

esta tierra, que acordes vivifican, cuando en marcadas estaciones llegan, tempestades, que su aire purifican, lluvias tranquilas, que sus plantas riegan, pastos, que sus ganados multiplican, mareas, que equilibran y sosiegan sus mares, que la prestan contrapeso, ¿no prueban que hay un Dios, que hizo [todo eso?

Ríndete, pues, a la evidencia, ateo, y cree por fin en Dios, como yo creo.

### VI

Si que hay Dios; su existencia está palpable en cuanto el hombre con su mente abarca, de este mundo en la fábrica admirable, del cual le instituyó dueño y monarca. Nada hay en ella que de Dios no le hable,

todo en la tierra su presencia marca,  
de cualquier elemento en el sistema  
se ve del Criador la ley suprema.

Dios pobló el mar de monstruos y de  
[peces,  
y le alfombró de perlas y corales,  
y Él, del vapor de sus salobres heces,  
crea en la tierra dulces manantiales;  
y Él sus aguas arrastra y las da creces,  
hasta que son al fin ríos caudales,  
que, volviendo a buscar su centro mis-  
[mo,  
vuelven del mar al turbulento abismo.

Dios acordó entre sí cada elemento  
para el fin de sus planes creadores;  
e, invisible abanico, orea el viento,  
yerbas, arbustos, árboles y flores;  
da el sol del aire a la humedad fermento,  
y a todo, con su luz, vista y colores;  
todos los elementos, obedientes  
a Dios, son de su Ser pruebas latentes.

Todo en el mundo su existencia prueba,  
todo en la creación su gloria canta,  
todo la marca de su mano lleva,  
todo se postra en su presencia santa;  
todo nuestra alma a nuestro Dios eleva,  
y a dar de Él testimonio se levanta;  
y en cuanto hay en los mundos existente,  
la existencia de Dios está patente.

Dios criador, espíritu supremo,  
¿hay quien pueda dudar de tu existen-  
[cia?  
¿Hay quien la niegue, estúpido o blas-  
[femo,  
de sí mismo y tus obras en presencia?

¿Hay ceguedad que raye en el extremo  
de no reconocer tu omnipotencia  
en esta noble fábrica del Orbe,  
donde nada hay que huelgue, ni que es-  
[torbe?

VII

Todo prueba que hay Dios; búscale,  
[ateo,  
y en todo le hallarás, como yo le hallo;  
verásle en todo, como yo le veo,  
y harás, como yo al fin, que no batallo  
con mi fe en Él; que en su existencia  
[creo,  
y en su presencia me prosterno, y callo. 61

CONFIDENCIAS Y SERENATA

A

S. M. C. DOÑA ISABEL II

1864

I

CONFIDENCIAS (I)

De la casa de naide  
Que no hable naide:  
Porque no sabe naide  
Lo que hace naide.

CANTAR GITANO.

Me habéis mandado invitar  
para que os cuente una historia  
u os entone algún cantar;  
no os lo puedo rehusa:  
ese es mi arte y fué mi gloria.

(1) Composición leída en el casino español de Méjico.

Mas pudiendo suponer  
que estamos en nuestra casa  
y en familia aquí, a mi ver,  
debo hablaros sin poner  
a mis confidencias tasa.

Hablar de sí mismo, sea  
bien o mal, creo en verdad,  
que es siempre una cosa fea:  
quien habla de sí, da idea  
de una pueril vanidad.

Mas insisto en que me creo  
con los míos aquí a solas;  
y así, no ha de ser tan feo  
decir de mí, a mi descao,  
dos verdades españolas.

Seré breve en todo caso,  
pues no intento en realidad  
más que deciros al paso  
*algo*, que no estará acaso  
fuera de oportunidad.

Me han puesto por condición,  
al llamarme a vuestra fiesta,  
que mi historia o mi canción  
fuera para esta ocasión  
expresamente compuesta:

y como la vida extraña  
que llevo fuera de España,  
hace muchos años ya,  
contra mí han puesto en campaña  
muchos *supuestos* quizá,

será bien, si ma no infiero,  
de haceros oír primero  
mis estrofas baladíes,  
que os ponga yo, como quiero,  
los puntos sobre las íes.

Yo me he empeñado en vivir  
en sombra y en soledad,  
viendo a mi fama morir;

y hay quien no quiere sufrir  
este afán de oscuridad.

Mi mismo empeño en callar  
es tal vez lo que os impele  
a quererme hacer hablar;  
y bueno es que yo os revele  
lo que os hace irme a buscar.

¿Sabéis por qué todavía  
me pedís nuevos cantares?  
Porque os recuerdan que un día  
el vapor os los traía,  
ecos de los patrios lares.

Mi apellido era un cantar  
de la tierra que os dió a luz,  
que, por encima del mar,  
os traía sin cesar  
la voz patria a Veracruz.

Mis libros, como palomas  
mensajeras de consuelo,  
os llegaban entre aromas,  
recogidos en las lomas  
y valles del patrio suelo.

Mi caliente fantasía,  
con audacia juvenil,  
en la vuestra os infundía  
de mi loca poesía  
la fermentación febril.

Mis trovas, tristes o gayas,  
en sueño os hacían ver  
los castillos y atalayas  
de los cerros y las playas  
de Burgos y Santander.

En mis leyendas, la historia  
de las góticas centurias  
mecía en vuestra memoria  
la cuna de nuestra historia,  
las nobles breñas de Asturias.

Mis orientales cantares  
os hacían percibir

la brisa que, entre azahares,  
susurra en los olivares  
que riega el Guadalquivir;

y en mis tonos berberiscos  
siluetas bizarras,  
los alminares moriscos  
en que rematan los riscos  
de las hocas Alpujarras.

Por eso con patrio afán  
fuisteis veces más de cuatro,  
con aullidos de huracán,  
a Don Pedro y a Don Juan  
a aplaudir en el teatro.

Mi osada imaginación  
con mi poesía extraña  
os hizo tal impresión,  
porque os enviaba en montón  
memorias frescas de España.

Y eso es lo que os place en mí,  
que soy un recuerdo vivo  
de la tierra en que nací;  
los que habéis nacido allí  
creéis que aun de allá os escribo.

Mas yo os digo, y no os asombre,  
que lo que obró tal hechizo  
no fué el talento del hombre;  
la distancia fué quien hizo  
un talismán de mi nombre.

Por eso me comprendéis  
ahora como soy, pequeño,  
porque ya me conocéis;  
porque a la luz no me veis  
de la ilusión de aquel sueño.

Y ahora que a mí se me antoja  
ir de mí fama el laurel  
arrancando hoja por hoja,  
el no sentir ya os enoja  
el rumor del viento en él.

Si hubo razón que causó

silencio tal, yo la sé;  
por qué mi arpa enmudeció,  
revelar no hay para qué;  
basta que lo sepa yo.

Porque yo os he consagrado  
mi imaginación no más;  
mi mente es lo que he franqueado,  
mi corazón se ha quedado,  
de ella escondida detrás.

Y en mí hay algo de salvaje;  
yo me rebelo, bilioso,  
contra todo vasallaje;  
y en todo intento curioso  
recelo un espionaje.

Si yo no os quiero franquear  
más que mi imaginación,  
¿por qué no os ha de bastar?  
¿Por qué os habéis de empeñar  
en busearme el corazón?

Mas si a él queréis asomaros,  
forzando mi voluntad,  
sea; no os andéis en reparos;  
hablemos, de una vez, claros,  
y en mi corazón entrad.

Pero vais, al irle a abrir,  
la verdad a hallar en él,  
y es verdad que, en mi sentir,  
amarga, aunque está sin hiel...  
¡no os vayáis a arrepentir!

Confesad que habéis creído  
que mi nacionalidad  
en mis viajes se ha perdido;  
que la han dado o la han vendido  
desidia y debilidad.

Confesad que habéis pensado,  
si tal vez no lo habéis dicho,  
que Méjico me ha embriagado;  
que en él me ha narcotizado  
la pereza o... el capricho.

Confesad que no entendéis  
mi amor a esta hermosa tierra,  
donde cual sombra me veis,  
sin que para mí alcancéis  
el interés que se encierra.

Confesad que en la grandeza  
con que he desdenado habilllas  
que atacaron mi nobleza,  
creído habéis ver semillas  
de temor o de bajaiza.

Pues ved en mi corazón  
el intento que se encierra:  
borrar en esta nación  
una preocupación  
que no existe en nuestra tierra.

Estudiarla; y convencido  
de que nos mira a través  
de un error envejecido,  
no de un odio merecido,  
de ella escribir tal cual es.

Yo amo a Méjico, aunque ignoro  
si por instinto o por raza;  
yo no busco aquí un tesoro;  
aún valen mis versos oro  
sobre la española plaza;

y cuando yo desde allí,  
de Méjico escriba en pro,  
pensará mejor de mí;  
comprendiéndonos así  
vosotros, Méjico y yo.

Mi corazón visteis ya;  
la verdad escrita en él  
ya a vuestros ojos está;  
cualquiera en él leer podrá,  
como yo, en este papel,

que, apoyada mi entereza  
en mi fe y en mi razón,  
no da entrada mi nobleza,

ni al orgullo en mi cabeza,  
ni al odio en mi corazón.

Que, no intentando enseñar,  
ni lucir, ni dominar,  
mi fe y mi convencimiento  
me dan un solo talento:  
el de saber esperar.

Que, como nunca he caído  
en políticos errores,  
jamás dañar han podido  
mi corazón, nunca herido,  
los políticos rencores.

Que, en lo que cuento de edad,  
por doquier, bien o malquisto,  
con su fe y su caridad  
fui predicando, con Cristo,  
concordia y fraternidad.

Que, aunque pese al odio insano  
de raza y de tradición,  
doquier que halle a un mejicano  
le daré siempre la mano  
sin hiel en el corazón;

Porque antes de mi venida  
a esta tierra occidental,  
a la hora de mi partida,  
debí en París honra y vida  
a un mejicano leal;

y sabéis que en la nación  
en que nos cupo nacer,  
en hombres de condición,  
la gratitud es deber,  
la palabra, obligación.

Otra, y no hablo más de mí.  
No canto en Méjico a España,  
porque, desde que nací,  
a tener siempre aprendí  
cortesía en casa extraña.

Mi padre siguió el pendón  
contrario a la libertad

por Don Carlos de Borbón;  
mi padre, con su opinión,  
duerme ya en la eternidad.

Mas si creéis que en mí se encierra  
un átomo de amargura,  
ni un leve intento de guerra,  
por la Reina de la tierra  
donde está su sepultura;

mi corazón si al sondar,  
creéis que fermenta en él,  
el más ruin germen de hiel,  
que me amargue al entonar  
un himno real a Isabel,

habéis creído un error  
y me habéis juzgado mal;  
miradme desde hoy mejor;  
yo soy siempre el trovador  
de nuestra tierra natal.

Yo he de morir, cuando muera,  
mirando de cara al sol  
que alumbre nuestra bandera,  
y a Dios mi oración postrera  
dirigiendo en español.

Olvidad mi confidencia:  
Esto que de mí os he dicho  
ha sido en la inteligencia  
de que, en familia, indulgencia  
obtiene cualquier capricho.

De mí, pues, no es ya cuestión;  
ahora de lo que se trata  
es de una composición  
hecha para esta ocasión;  
y que es una *Serenata*

para ISABEL DE BORBÓN.

II

SERENATA

PRELUDIO

Estro mío, que duermes, despierta y  
[toma  
las dos alas ligeras de la paloma;  
si es poco, que te preste la golondrina  
las dos con que ella el viento surca y do-  
[mina;  
si no fías en alas, con tu fe sube  
donde el ángel del aire te dé una nube.  
Cuando sobre ella flotes, cruza el Atlán-  
[tico,  
de Isabel al alcázar lleva este cántico;

llama a su puerta,  
y si duerme, no importa; dila: «Despier-  
[ta!»

Llega, y no te acobardes, ni te avi-  
[zores;  
a las reinas no ofenden versos, ni flores;  
Isabel, aunque reina, jamás fué altiva,  
y si te oye, no dudes que te reciba.  
A sus plantas augustas cuando te veas,  
dila en tu árabe estilo: «Bendita seas!»  
En el nombre de un bardo de quien oías  
halagüeña las trovas en otros días,  
vengo, Señora,  
en un himno los tuyos a darte ahora.»

Y aquí, galán como eres y cortesano,  
pide, para besarla, su regia mano;  
besa y no te avergüences; que allá en  
[Castilla  
besar manos de damas a nadie humilla.

Luego en la arpa, en que has hecho tan  
[largo estudio,  
su atención te cautiva con un preludio;  
y con tu voz más dulce, sonora y grata,  
lanza al aura serena mi serenata;

canta con brío:

no imagine, si tiembblas, que no eres mío.

### SERENATA

De libertad y gloria tu nombre fero,  
abrió a España otro nuevo porvenir claro:  
tus abuelos pagaron pecho a Mahoma;  
hoy África a tus leyes su cuello doma.  
Tus abuelos enviaron doquier la guerra;  
tú llenas de embajadas de paz la tierra;  
donde sembraron ellos odio y rencores,  
para ti tal vez pronto sembrarán flores.

Reina, que creas

porvenir nuevo a España, ¡Bendita seas!

Mas perdona que en tono tan alto

[rompa,

tomando, en vez del arpa, la épica trom-

[pa;

yo sé que de estas playas a ti debía

ir cual trova de amores mi poesía;

que debía a tus plantas ir con mi aliento;

coronado de flores mi pensamiento;

mas cuando con tu nombre tu gloria as-

[piro,

mi canción no es de mi alma más que un

[suspiro.

Cuando la leas,

verás que sólo dice: ¡Bendita seas!

Reina, desde las playas occidentales

hacen por ti tus hijos votos leales.

Como saben, Señora, que me conoces,

han fiado a la mía todas sus voces.

En su nombre te envío mi serenata;

mas va en ella otra ofrenda mucho más  
[grata:  
engarzada en los hilos de estos renglones,  
te envío una guirnalda de corazones;  
cuando los veas,

leerás impreso en todos: ¡Bendita seas!

Y si aun amiga,  
del poeta te acuerdas... ¡Dios te bendiga!

### COMPOSICIÓN

LEÍDA EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS,  
HECHA POR EL EMPERADOR Y LA EMPE-  
RATRIZ, EN EL COLEGIO DE LA ESCUELA  
IMPERIAL DE MINAS DE MÉJICO EL 18  
DE NOVIEMBRE DE 1864.

### A S. M. EL EMPERADOR

Sucesor imperial de Carlos Quinto,  
lo que a mi voz franquea este recinto,  
no es mérito o saber, que en mí se en-

[cierra;

es honor que se me hace en esta tierra.

Los que nacemos nobles en la mía,

no importa a qué opinión pertenezcamos,

acatamos por ley y cortésia

la augusta majestad donde la hallamos;

por eso antes de leer mi poesía,

cortés y *sin servil* palabrería,

caballero español, poeta rudo,

¡majestad imperial, yo te saludo!

### A LOS ALUMNOS DE MINERÍA

Ya, mejicana juventud, dos veces  
al poeta extranjero a tu presencia  
a cantar has llamado, su aquiescencia  
con tal honor pagándole con creces.

El poeta, esta vez, cree que mereces algo más que el murmullo soñoliento de sus versos, que, pobres de sentido, son acaso no más gárrulo ruido, que vibrando en la atmósfera un momento, va a expirar, al nacer, presa del viento.

Yo amo a la juventud, porque la he por doquiera que fué, ser el apoyo de la ventura patria, y he previsto que en nuestra edad va a ser como un arroyo que nace al pie de un monte en pobre fuente, mas que, cruzando un valle hondo y umbrío, va cobrando al rodar, cauce y corriente; y al llano sale caudaloso río. Yo amo la juventud de nuestra era, porque la veo que serena avanza, del porvenir dorando por doquiera, con la luz de la ciencia, la esperanza,

Yo amo a la juventud más cada día, porque de ella me va, según me alejo, menguando la fuerza y la osadía, cada día voraz que tras mí dejo. Por eso, ¡oh juventud, amada mía! hoy, que es la última vez que voy a hablar, (no por poeta, por amigo viejo), como al venir, al irme, voy a darte, en vez de una canción, un buen consejo.

Dios dijo al tiempo: «¡Marcha!» y desde la hora en que le abrió la eternidad su mano, con pasos que no cuenta el hombre [sanó

va hacia la eternidad que le devora; mas cada siglo de él trae y se lleva un sello peculiar por su camino; cada generación cae o se eleva, rastro dejando en pos, grande o mezquino; herencia que recoge la edad nueva.

La muestra no heredó de la pasada más que legados de odio y de rencores, porque en odio y rencor fué amantada; mas aunque un mar de sangre hay a su entrada, da paso a un porvenir de luz y flores.

El vapor y el telégrafo a la idea dando una rapidez desconocida, van más de una mitad a hacer que sea del espacio y del tiempo suprimida.

Al fuego del vapor, centuplicada la producción de industria, artes e imprenta, la producción en ellos presentada bajará a los mercados casi a nada, cuanto en precio menor, mayor en venta. Todo a alcance de todos, adquirida y la idea para todos publicada, por todos, y por todos extendida, va a ser doble el saber, doble la vida, doble la ilustración, y cimentada sobre un doble poder, establecida, la civilización y entronizada.

Va a empezar a reinar la intolerancia; los pueblos y soberanos, sus derechos deslindando a la luz de la conciencia, van a dar y cobrar rentas, no pechós, y de sus pueblos van los soberanos los amigos a ser, no los tiranos.

Quizás dentro de poco las naciones, sobradas ya de buques y de trenes,

en vez de ciudadelas y bastiones,  
labrarán astilleros y almacenes.  
En poder niveladas, con conciencia  
tomarán y darán comercio y ciencia;  
van a sembrar por todas las regiones  
fe, saber, amistad, paz, opulencia.

A fuerza de inventar y adquirir modos  
de matarse mejor y aniquilarse,  
han de parar en comprenderse todos,  
en conocerse al fin y respetarse;  
y a fuerza de añadirles perfecciones,  
pararán en romperse los cañones.

Juventud, que tal vez me oyes absorta,  
tal es tu perspectiva verdadera;  
la vida del error va a ser ya corta;  
aunque oyes el cañón por donde quiera,  
todavía estallar, ten fe; no importa;  
es el postrer aullido con que aborta,

bajo el peso del siglo sofocada,  
la guerra, de cadáveres preñada.  
Ley, justicia, equidad, paz duradera;  
ese es el porvenir de nuestra era.

Entra en la vía por tu edad marcada,  
echa tierra al rencor de odios vulgares,  
y a la verdad y a la razón entrada,  
abre en tu corazón y en tus hogares.

Dignidad nacional ten en buena hora;  
nación que no la tiene, se desdora;  
mas que tu orgullo nacional no sea  
pueril y quisquilloso patriotismo,  
que, dando en vanidad o en fanatismo,  
el desdén o el ridículo acarrea.

Ten leyes, libertad, instituciones,  
que te hagan grande y sin rival mañana;  
mas de los otros pueblos y naciones  
no te hagan enemiga, sino hermana.  
Individuo o nación, mientras que vive,  
tiene algo que aprender; y vive y crece,  
si en saber y en comercio da y recibe;

si se aísla, en su abandono desfallece;  
rey indigno del trono, que envilece,  
de su manto a jirones se despoja;  
árbol que apollillado se envejece,  
su follaje da al viento hoja por hoja.  
Para ser grande y respetada un día,  
sé justa, sé leal, sé generosa;  
observa perspicaz, oye prudente;  
no te fies no más en tu osadía;

siempre, quien menos sabe, es quien más  
y es más útil saber, que ser valiente;  
sé sabia, sé prudente, sé ilustrada,  
y querida serás y respetada.

Cubre la faz de tu fecunda tierra  
de una red de caminos y canales;  
y en vez de tropa y munición de guerra,  
con mano liberal haz que a raudales  
corra el oro y el pan por sus ramales.

¡Juventud mejicana!  
Tuyo es el porvenir; Dios te le entrega.  
¡Marcha! Tú la nación serás mañana;  
tú has nacido ya libre; no doblega  
tu instinto ajena ley; rompe la insana  
ruin preocupación del tiempo viejo.

Marcha a par con tu siglo; borra, olvida  
el recuerdo de ayer; con él no luches;  
nuevo es tu porvenir, nueva tu vida.

Tal es mi convicción, tal mi consejo;  
y es sano y es leal; como le escuches,  
en el camino de tu bien te dejo.  
No lo olvides jamás: Dios me es testigo;  
nacé español y moriré tu amigo.

Ahora sólo me resta hacer un voto  
para hacer que ese albor que ya refleja  
fúlgido sol, del porvenir remoto

en el Oriente azul se determine;  
para volver a su equilibrio roto  
la ley que la vorágine domine,  
que la guerra civil tras de sí deja.  
Mejicana nación, ¡Dios te proteja!  
Augusto Emperador, ¡Dios te ilumine!

## INAUGURACIÓN DEL TEATRO NACIONAL DE MÉJICO

S. M. el Emperador Maximiliano dirigió, con fecha 12 de Octubre de 1865, una carta a su Ministro de la Gobernación, manifestándole su propósito de crear en aquella corte un teatro nacional, bajo la dirección de D. José Zorrilla: dispuso también S. M. que para inaugurarle provisionalmente, se diera, como se verificó, una función en palacio, bajo la dirección del autor de Don Juan Tenorio, drama elegido con tal objeto por el mismo Emperador. La constancia y el empeño del poeta se vieron coronados por un éxito feliz. Unas doscientas personas, entre damas y caballeros, asistieron al gran espectáculo. Luego que SS. MM. ocuparon sus asientos, el poeta subió al escenario y leyó las dos composiciones que van a continuación, escritas expresamente para aquella fiesta, y cuyos manuscritos autógrafos puso en manos de SS. MM.

### A S. M. EL EMPERADOR

Augusto Emperador, por donde quiera  
que me lleve mi instinto vagabundo,  
llevaré un buen recuerdo, hasta que muer-  
[ra,

de nuestro buen encuentro en este mun-  
[do.

Ambos hemos venido a estas regiones  
predicando la paz; Vos con grandeza  
imperial, con corona en la cabeza,  
con oro, con poder y con legiones;  
mas en la mano al par, con ansia viva,  
mostrando al pueblo de la paz la oliva.

Yo vine solo, aquí, con la nobleza  
del corazón leal de un castellano,  
extraño a las políticas pasiones,

ajeno a odios de raza y opiniones,  
a visitar cortés a un pueblo hermano.  
Mi nombre sin temor traje en mi frente,  
mi laúd traje en la siniestra mano,  
y la diestra, cual Vos, sinceramente  
tendida para el pueblo mejicano.  
Vinimos ambos con intento amigo:  
con Vos la luz espléndida venía  
de un nuevo y rico porvenir; conmigo  
vino un aura de amor y poesía.  
No imaginéis que, vanidoso, anhelo,  
en un exceso audaz de orgullo insano,  
entrar con Vos, Señor, en paralelo;  
mi padre me enseñó de pequeñuelo  
que nadie va a la par del Soberano.  
Sólo aspiro a marcar en mi memoria  
la página mejor que hay en mi historia,  
nuestro encuentro, Señor, en este suelo.  
Una noche, Señor, mi buen destino  
la línea de mi artístico sendero  
llevó a encontrar vuestro Imperial ca-  
[mino:  
allí os habló el poeta peregrino,  
y os saludó cortés el caballero.  
Vos comprendistes a ambos; y he aquí el  
[punto  
en que el camino de los dos va junto.

Vos, como yo, Señor, amáis el arte,  
y al tender a las artes vuestra mano,  
en la empresa me dais la mejor parte;  
la de abrir vuestro alcázar soberano  
al ingenio y al arte mejicano.

«Quiero un teatro nacional, y os ffo  
su primordial impulso—¡me dijisteis!  
¡Gracias, Señor, por la honra que me hi-  
[cisteis!...  
Porque la gloria es vuestra, el honor  
[mío,

Señor, los elementos son escasos, porque en este país todo se encierra; mas su savia feraz fermenta en vasos que ahoga aún su ensangrentada tierra.

Su teatro es un niño mal nutrido, que aún no ha podido andar, por entu- [mido; yo le voy a quitar los andadores; pero al lanzarle en sus primeros pasos, todavía en sus pies mal sostenido, va a marchar entre espinas, no entre flo- [res.

Yo cargo, empero, con misión tan alta; en Méjico, Señor, no falta ingenio; protección es hasta hoy lo que le falta. Dádsela, y le abro el Imperial proscenio. Ya está franco para él vuestro palacio; ahora, Señor, con generoso aliento, impulso dadle, procuradle espacio; que él volará, Señor, si le dáis viento. Vuestro el mérito es, la gloria vuestra; yo, en Méjico extranjero, me contento de vuestro alto favor con la alta muestra; y parto satisfecho con la gloria de dejar tras de mí buena memoria.

Nada soy para daros un consejo, ni lo osara intentar, aunque algo fuera; mas toleradme una opinión sincera en la senda de gloria en que hoy os dejo.

Arte, virtud, valor, gloria y talento, prendas son de alta prez, cuya memoria labra, Señor, al hombre un monumento en el panteón inmenso de la historia. El guerrero, el político, el artista van ansiosos al par a la conquista de un lugar en el templo de la gloria;

mas la gloria del arte y de la guerra dejan, Señor, un rastro tan diverso, que una alumbrá, incendiándola, la tie- [rra, y otra ilumina pura al universo.

¿Ambicionáis, Señor, gloria futura? ¿Anheláis a la gente venidera dejar de Vos una memoria pura, que se trasmita de una en otra era? Pues la gloria, Señor, más duradera de las glorias mundanas, porque abarca de todas las demás la gloria entera; la más propia y más digna de un mo- [narca libre de sangre, lágrimas y penas, es la gloria de Augusto y de Mecenas.

Tal vez se olvida la maestra mano que labra el obelisco, el mausoleo, las termas, la naumaquia, el coliseo; mas vive el de Artemisa, el de Trajano; viven el de Cleopatra y Diocleciano, que al olvidado autor dieron empleo. Las artes son, Señor, agradecidas; el arte, libre, audaz, independiente, pueblos sin incendiar, sin costar vidas, del que las protegió liberalmente la gloria cuenta a la futura gente. Protegedlas; que aquí ni están perdidas, ni se pierden jamás las nobles sumas que se emplean en mármoles y en plu- [mas.

No es, Señor, que compréis aduladores, ni que paguéis serviles charlatanes, que entonen sin sazón vuestros loores y os deshonren con sórdidos afanes; no; sino concienzudos escritores,

artistas de talento verdadero,  
 hombres de corazón sano y entero,  
 de la fe del país mercedores;  
 a quien de servilismo nadie arguya;  
 que con vuestra intención se identifi-  
 [quen,  
 que velen vuestra gloria como suya,  
 que os aconsejen, con afán sincero,  
 que esparzan por igual vuestros favores,  
 que vuestros pueblos a ilustrar se apli-  
 [quen,  
 y que mueran por Vos, si el caso llega,  
 por fe de convicción, no por fe ciega.

Perdonad a mi instinto algo salvaje  
 la osadía leal de mi lenguaje.

He aquí cumplida mi misión: ahora,  
 que la piedra asenté sustentadora  
 del pedestal del arte mejicano,  
 si prospera, Señor, si llega a grande,  
 tolerad a mi orgullo castellano  
 que otro favor, por último, os demande,  
 aunque mi orgullo ibérico os asombre;  
 y es, que deje, al firmarle vuestra mano,  
 un modesto lugar para mi nombre  
 detrás de vuestro nombre soberano.

## LA CORONA DE PENSAMIENTOS

### GALANTERÍA POÉTICA

#### A S. M. LA EMPERATRIZ

Me han ido acaso a decir,  
 y lo he osado esperar,  
 que de mi boca un cantar  
 os dignaríais oír;  
 y no queriendo perder

dicha para mí tan buena,  
 una tosca cantilena  
 os he venido a traer.

Me asalta, empero, el temor  
 de que, al írosle a entonar,  
 no corresponda el cantar  
 a vuestro imperial favor;

y además, como mi mano  
 mezcló en mi lira sonora  
 cuerdas de la guzla mora  
 con las del laúd cristiano,

duda mi musa, discreta  
 mirando a vuestro decoro,  
 si os la cante el *rawí* moro,  
 o el castellano poeta.

La libre gala oriental  
 de mi mora poesía,  
 tal vez lastimar podría  
 vuestro decoro imperial;

tal vez en el cancionero  
 del cristiano trovador  
 os enojará el cantor  
 con mote rudo o severo.

Voy, pues, a hacer que a la par  
 os canten ambos a dos;  
 y dignaos tomar, Vos,  
 lo que os plazca del cantar.

Tomad lo galán del uno,  
 y del otro lo sincero;  
 y, si no algo bueno, espero  
 que hallaréis algo oportuno.

No sé, augusta Emperatriz,  
 si mi loca vanidad  
 trae a Vuestra Majestad  
 un pensamiento feliz;

mas, prevenfroslo quiero:  
 tal vez en mi obra incompleta  
 quedará mal el poeta,  
 pero bien el caballero.

Allá va, pues, mi canción,  
que entre hispano y musulmán,  
lleva, a fuer de introducción,  
este preludio galán.

### PRELUDIO

#### EL POETA CRISTIANO

Si es cierto, augusta Señora,  
que os place mi poesía,  
eso es no más, a fe mía,  
lo que desde hoy la avalora.  
¡Bien hayan vuestros antojos!  
Desde hoy va a pasar por bella,  
tan sólo porque por ella,  
han pasado vuestros ojos.

#### EL RAWÍ ÁRABE

¡Bendiga Alah tus caprichos,  
Sultana! Pues los deseas,  
después de que tú los leas,  
van a ser perlas mis dichos.  
No van a tener valor,  
que a su valor correspondan,  
los diamantes de Golconda  
ni los chales de Lahor.

#### EL CRISTIANO

En vano mi inspiración  
con la edad se debilita;  
que lo que el tiempo la quita,  
se lo da vuestra opinión.  
Desde hoy va a correr impune,  
puesto que desde hoy la abona  
de vuestra imperial corona  
la sombra, que la hace inmune.

#### EL ÁRABE

Desde hoy más, Sultana, toma  
mi pluma en tus labios tinta,  
y luz, en la que el sol pinta  
en tus ojos de paloma.

Mi canción va a ser, en suma,  
más que las esencias grata,  
pues tu gusto la aquilata,  
y tu aliento la perfuma.

#### EL CRISTIANO

Oíd, noble Soberana,  
inmaculada azucena  
de los jardines del Sena  
y de sus lises hermana;  
y si el son de mi canción  
os parece hosco y bravío,  
pensad bien que el canto mío  
es la voz del corazón.

#### EL ÁRABE

Nobilísima Sultana,  
hija de los lirios blancos  
del pabellón de los francos,  
de sus águilas hermana;  
oye mi árabe canción,  
y ¡haga Alah que el canto mío,  
como aura fresca de río,  
refresqué tu corazón!

### TROVA CASTELLANA Y KÁSIDA ÁRABE

#### SALUTACIÓN

#### EL CRISTIANO

Señora, ¡que os tenga Jehová en su res-  
guardo!

EL ÁRABE

*Essalam atéika; sohiannat nuari* (1).

EL CRISTIANO.

Llamadme; Señora; yo soy vuestro bardo;

EL ÁRABE.

Deténme; Sultana; yo soy tu rawí.

TROVA

Yo tengo en el arpa que guía mi canto  
el lánguido encanto del ruido del mar,  
las íntimas notas que arrancan el llanto,  
las que hacen a un tiempo sentir y gozar.  
Yo soy el poeta cuyo estro se inspira,  
del Dios de los mundos lanzándose en  
yo soy el poeta de fe, que respira [pos;  
el aura que viene del sople de Dios.  
Yo soy el poeta, que sabe el camino  
del cielo en que radia la faz del Señor;  
yo leo en las hojas de un libro divino  
la letra viviente del Dios creador.

Yo sé cómo un día prendió en los espa-

cial toldo flotante de ingrávido tul,  
en lazos y broches de sueltos topacios,  
aliento del mundo, la atmósfera azul.

Yo veo la estela que en pos de sí deja  
la tierra a quien guía su fuerza interior;  
yo sé por qué es dulce la miel de la abeja;  
yo sé por qué vuela tan alto el cóndor.

Yo sé cómo el viento se lleva la nave;  
yo sé cómo al cielo la luz da color;

(1) Traducción literal: *La salud sobre tí, Sultana de mis flores.*

yo sé por qué silban el viento y el ave;  
yo sé por qué mece la brisa a la flor.  
Yo sé lo que el hombre sin fe nunca sabe,  
yo soy el que tiene del alma la llave;  
yo soy el que sabe quién es el amor.

KÁSIDA

Yo tengo en mi guzla de son berbe-  
[risco  
el germen del cuento y el ser del cantar,  
y se oye en el son de mi canto morisco,  
la brisa marina que orea el lentisco  
y el río que bulle, cruzando el palmar.  
Yo vivo entre flores y duermo entre aro-

[mas;  
mi kiosco perfume con indicas gomas  
y esencias de rosa, de mirto y zahar;  
arrullo en la siesta me dan las palomas,  
mi vida es un sueño sin hiel, ni pesar.

Yo sé cuántos mithos la Grecia produjo;  
sé cuántos Egipto del Asia introdujo  
doquier que, con pobre misterio o con

[lujo,  
alzaron los hombres a un Dios un altar.  
De cantos y cuentos poseo un tesoro;  
yo soy el encanto del indú y del moro;  
yo soy la delicia del árabe aduar.

Yo sé lo que nadie en el mundo ya sabe;  
yo sé las mil lenguas en que hablan el ave,  
la flor y el insecto y el viento y el mar.

Yo tengo de todas las lenguas la clave;  
yo sé lo que el viento le dice a la nave;  
yo sé lo que pía la alondra al volar.

Yo sé lo que augura la mustia corneja;  
yo sé lo que dice zumbando la abeja;  
del silfo, que gime, comprendo la queja;  
del fénix, que expira, comprendo el can-

[tar,

EL CRISTIANO

Mi trova cristiana ya oisteis, Señora;  
¡adiós! y excusadme, placer si no os di.

EL ÁRABE

Sultana, ya oíste mi kásida mora;  
¡adiós! ya te dije bastante de mí.

EL CRISTIANO

¡Adiós!... y si os place, seré vuestro bardo.

EL ÁRABE

¡Adiós!... si me aceptas, seré tu rawí.

EL CRISTIANO

¡Adiós, hija blanca de un hada y un nar-  
[do!

EL ÁRABE

¡Adiós, almo engendro de un sol y una  
[hurí!

EL CRISTIANO

¡Adiós, y que os tenga Jehová en su res-  
[guardo!

EL ÁRABE

*Essalám, aleika, solhannat nuari,*

## CONCLUSIÓN

Tal, Señora, es la pobre canción que os  
y si os extrañan de ella ritmo y lenguaje,  
del poeta y su canto pensad que ignoro  
si es himno o ramillete, cristiano o moro;  
pero de ambos, Señora, con elementos,

os tejí esta corona de pensamientos,  
que por mis manos  
envían a las vuestras los mejicanos.

Esta noche, aunque en Méjico soy ex-  
[tranjero,  
del arte mejicano soy mensajero.  
En mi misión tan alta Méjico fia,  
porque sabe lo noble del alma mía;  
por él, pues, a ofreceros vengo en persona  
de versos y de flores una corona,  
que por mis manos  
envían a las vuestras los mejicanos.

Si os parece extremada galantería,  
recordad de do viene mi poesía.  
En mi patria, que es tierra de gentileza,  
ser galán con las damas prueba nobleza,  
Lo galán perdonadme: Vos sois, Señora,  
como el sol, que, donde entra, todo lo  
[dora.  
Mi poesía  
es oro por ser vuestra, no por ser mía.

Como algo en los poetas hay de hechi-  
[ceros,  
no extrañéis que un encanto pretenda ha-  
[ceros.  
Con el poder del arte, que aquí me abona,  
voy, Señora, a tejeros vuestra corona.  
Vosotros que de mi arte sois elementos,  
enlazad en corona mis pensamientos (1);  
en vuestras manos  
me envían a ponerla los mejicanos.

(1) Los actores cercaron al poeta, formando círculo, y tejieron la corona con los pensamientos que tenían en la mano; y abierto otra vez el círculo, el poeta bajó de la escena al salón, y tuvo el honor de ofrecer a S. M. la Emperatriz una corona de pensamientos, sirviéndole de azafate el papel de su propia composición.

CONFIDENCIAS, Y, CANTILENA

S. M. C. DOÑA ISABEL II

1865

CONFIDENCIAS

I

Ha un año os envié un cantar,  
y aún no sé de él, ni de Vos;  
por si tal vez en el mar  
que se hundiera quiso Dios,  
con éste os le vuelvo a enviar.  
¡Que Dios ampare a los dos!

II

No sospechéis, Isabel,  
que en este encabezamiento  
se oculta un ruín sentimiento;  
no lleva escondida hiel.

Vos sois la Reina, y yo soy  
vuestro súbdito doquiera;  
mi nombre vuestra bandera  
sombrea por donde voy.

Ha un año, que andando en pos  
de mi honra algo asendereada,  
mi alma abrí, hasta allí cerrada,  
para España y para Vos.

Hice aquí una confidencia  
con hidalguía española;  
mas hoy os hablo a Vos sola;  
entrad sola en mi conciencia.

Veréis cerrada en mi pecho  
sólo una puerta; dejarla

dignaos así; a forzarla  
sólo Dios tiene derecho.

Mas si por la idea os pasa  
tomar el lugar de Dios,  
yo os la abriré, y... seréis Vos  
igual a Dios en mi casa.

Por mi Reina os reverencio;  
mas os vuelvo a suplicar  
que os dignéis, Reina, pasar  
ante esa puerta en silencio.

De vuestra fe en el crisol  
al poner mi confidencia,  
nada os dará mi conciencia  
que deshonre a un español.

Así, lo que os voy a enviar  
este año en este papel,  
ignoro, Reina Isabel,  
si es historia o es cantar.

Tomadlo como os parezca,  
que a ambos nos está mejor;  
pero atended a mi honor,  
y al darle lo que merezca.

III

Pregúntanme en vuestro nombre  
qué hago tanto tiempo aquí;  
yo os lo diré, aunque hoy a mí  
el que lo ignoréis me asombre.

No estoy, ambicioso de oro,  
ni de mi Reina ofendido,  
de ella y de mi patria huído,  
acumulando un tesoro.

Yo vivo en un mundo rico  
de gloria y de poesía,  
y nunca con mi hidalguía,  
como mercader, trafico.

Yo oyo, noble Soberana,  
con sólo el favor de Dios,

siembro flores para Vos,  
que germinarán mañana.

Nunca tan pronto creí  
tenérselo que contar;  
pero ahí va, historia o cantar,  
lo que preguntáis de mí.

#### IV

Yo vine aquí lealmente;  
la calumnia ruin acaso  
salióme, al llegar, al paso,  
pero la arrostré valiente.

Comprendí que había error,  
a mí y a España al juzgar,  
y me resolví a esperar  
a que me vieran mejor.

Los españoles tenemos  
un defecto, que es tal vez  
una virtud de alta prez;  
y es, que todos nos cremos  
que a España representamos;  
que la nacionalidad  
nuestra individualidad  
simboliza en donde estamos.

Esperé, vi y estudié;  
y al fin de uno y otro día,  
me convencí de que había  
más error, que mala fe.

Ser enemigo de España  
prueba era de patriotismo,  
y era el perpetuar tal saña  
monomaniaco heroísmo.

Mas ¿por qué han de andar, insanos,  
divididos tantos soles,  
siendo dos pueblos hermanos,  
mejicanos y españoles?

Fuimos un día enemigos;  
mas no es razón tal verdad

para no ser nunca amigos  
por toda la eternidad.

Pues fuerza es que diga alguno  
esta verdad el primero,  
y que emprenda, caballero,  
probarla, yo soy ese uno.

¿Qué es un poeta en la tierra?  
El átomo más mezquino,  
que arrastra por su camino  
la atmósfera que le encierra;  
mas un átomo brillante,  
sonoro y con pensamiento,  
que tal vez radia un momento,  
como el sol más rutilante.

Propúseme, pues, tentar  
si ese átomo iba yo a ser,  
y me dije, aquí al llegar:  
«Pues no pudo en mí caber  
lo que me han ido a imputar,  
yo me haré aquí conocer,  
y aquí me habrán de matar,  
o aquí me habrán de querer.»

Anduve en la soledad,  
tal vez pasando por loco,  
y exhibiendo poco a poco  
fui mi individualidad.

Doquier que llamado fui,  
fraternidad prediqué,  
los desmanes afronté,  
los argumentos volví;  
yo en las escuelas entré,  
y a sus tribunas subí;  
por las campañas vagué,  
y hasta el palacio llegué,  
en donde honrado me vi.  
Y en todas partes con fe  
mi lealtad restablecí,  
y mi nobleza probé,  
y las almas conquisté,

y a la calumnia vencí,  
y en todas partes dejé  
memoria dulce de mí.

Cortés, mas sin servilismo;  
justo, mas sin acritud,  
me mostré en la plenitud  
de la fe que hallé en mí mismo;

y hoy... ¡es más claro que el sol!  
tengo una fama completa,  
no de ser un gran poeta,  
sino un leal español;

y no hallo ya un mejicano  
de talento y buena fe,  
que su mano no me dé  
al tenderle yo mi mano.

Sé que hay quien, sin caridad,  
me tacha aún de egoísmo,  
y cree que hablo de mí mismo  
con absurda vanidad;

mas si doquier a exhibir  
mi persona se me obliga,  
¿podré nunca en lo que diga  
de mí mismo prescindir?

Si es la calumnia tenaz  
quien me personalizó,  
¿dejaré yo de ser yo  
doquier que la dé mi faz?

Que ese fallo, pues, revoque  
de la crítica el murmullo;  
quien mi fe crea aún orgullo,  
que en mi lugar se coloque.

Yo cedo mi posición;  
en once años que ha durado,  
me habrá el talento faltado,  
pero nunca el corazón.

En mí, siendo hombre no más,  
por mi humana pequeñez,  
quedar mal en tiempo atrás

pudo el poeta tal vez,  
pero el español jamás.

He aquí, noble Reina mía,  
mi respuesta a las preguntas  
que vuestro Gobierno juntas  
a hacerme a Méjico envía.

Y a los que ante Vos presumen  
de fallar de mí en mi ausencia,  
dignaos de mi existencia  
dar este osado resumen.

«Yo sé mi deber cuál es,  
y hombre soy a quien jamás  
harán dar un paso atrás,  
ni el temor, ni el interés.

«Yo creí en mi corazón  
que en pro Vuestro en esta tierra  
harían, más que la guerra,  
la lealtad y la razón.

«Creí, que andar a tropozos  
no prueba mejor derecho,  
sino más ira en el pecho  
y más poder en los brazos.

«Creí (y estoy en mis trece)  
que al recibir una ofensa,  
antes que en vengarla, piensa  
el cuerdo en si la merece.

«Creí que más corazón  
tiene, quien da a tiempo excusa,  
que quien ciego se rehusa  
a toda satisfacción;

«y como al llegar aquí  
vi que a todos lo pasado  
nos manchaba algo, he empezado  
por lavarme de ello a mí.

«Ni adulé, ni acriminé,  
ni provoqué, ni temí,

y la verdad proclamé  
como en conciencia la vi.

«Así hablé a los mejicanos  
desde que al país llegué,  
y así el favor me capté  
de ellos y sus soberanos;

«y, en honor de los poetas,  
sabed que por Vos, sospecho  
que aquí mis versos han hecho  
más que vuestras bayonetas.

«Cristo predicó la paz;  
y donde hablen castellano  
yo por Vos iré, cristiano,  
predicándola tenaz;

«y si la paz no os conquisto,  
coronado habré valiente  
mi corazón y mi frente  
con la corona de Cristo.»

He aquí el papel, Isabel,  
que tomé a cargo por Vos.  
¡No me le quitéis, por Dios;  
que es muy noble mi papel!

## VI

Reina, de un buen castellano  
que el lenguaje no os ofenda;  
hijo de un corazón sano,  
hablo con él en la mano,  
y anhelo que se me entienda.

No extrañéis que os hable así;  
recordad, Reina y Señora,  
que en el tiempo que viví,  
nada han ido para mí  
a pedirnos hasta ahora;

y que si hoy en este tono  
os entono mi canción,  
no es que os pido, ni me abono;  
que, al mirar por vuestro trono,  
cumplí con mi obligación.

Y cuál es la mía sé:  
cada año que aún aquí esté,  
del golfo desde la orilla  
en la lengua de Castilla  
un cantar os enviaré.

Y si, por adverso azar,  
no os dignáis, Señora, Vos,  
admitir bien mi cantar,  
yo pago, al fiarle al mar,  
lo que debo al Rey y a Dios.

Olvidad mi confidencia;  
os la hice, Reina, a Vos sola  
para abriros mi conciencia;  
y ahora oíd con indulgencia  
mi cantilena española.

## CANTILENA MERIDIONAL

### PRELUDIO

Tanto viento dan a una  
mejicanos y españoles  
al bajel de mi fortuna,  
que recelo que en la luna  
van a tocar sus penoles.

Mi suerte vuela tan loca,  
y con humos tan livianos  
tan arriba me coloca,  
que en tres semanas me toca  
cantar a tres soberanos.

Isabel es la tercera;  
mas, como la mía es,  
si Dios de tan alta esfera  
me precipita, Dios quiera  
que vaya a dar a sus pies.

Mucho el orgullo provoca  
de mi poesía loca  
cantar a tres Soberanos;  
mas hoy, que a Isabel la toca...

¡Dios ponga gracia en mi boca!  
¡Dios ponga tiento en mis manos!

CANTILENA

Reina, bendice el sino que aquí me  
[cupo,  
sin preguntar qué hago, ni en qué me  
[ocupo.

Ya te lo dije, estrella del Mediodía:  
para ti siembra flores mi poesía.  
Con el sol que amanece cada mañana,  
para ti una flor nueva se abre galana.  
Yo, que tu huerto cuido, como te amo,  
cada año, de sus flores te envío un ramo;  
y te le envío  
atado con los versos de un canto mío.

Ve del huerto los frutos en once soles;  
por tu bardo me aclaman los españoles;  
los versos que te envío, ya como herma-  
[nos,  
escuchan y me aplauden los mejicanos.  
En su alcázar los nobles emperadores  
admiten de mi mano versos y flores;  
mas el favor de Anáhuac, Isabel mía,  
para ti sola acopia mi poesía;

yo te le envío  
todo entero en los versos del canto mío.  
Mas empiezo a asustarme; dos sobera-  
[nos

juntos con españoles y mejicanos  
son, Isabel, ya muchos para mí solo.  
Líbrame de mi gloria, que yo te inmolo;  
Isabel, Reina hermosa del Mediodía,  
libra de tanto viento mi poesía:  
tú, que puedes, a pueblos y a soberanos,  
paga por mí a españoles y a mejicanos.

MI HONOR TE FÍO,  
porque aquí, más es tuyo mi honor, que  
[mío.

DEL ALMA  
Isabel, hada blanca del Mediodía,  
cuyo aliento es el aura de Andalucía,  
cuando de estos cantares las notas sien-  
[tas,  
mándame un soplo de aire del que tú  
[alientas;  
cuando, para leerlos, tus labios abras,  
mándame la más dulce de tus palabras.  
Mándamela, Señora, para que aspire  
el ámbar de tu aliento mientras respire;  
porque no fio  
que de hoy más, sin tu aliento, me baste  
[el mío.

N O T A

La composición dirigida al Sr. Conde de la Cortina fué con motivo de dedicarle un tomo de *La Flor de los recuerdos*.

Y bueno será también consignar aquí, que el Casino Español de Méjico es una sociedad fundada y sostenida por españoles, con el objeto de que los que de nuestra nación habiten aquel país tengan un centro de reunión en donde conocerse y tratarse.

Además esta Sociedad cuenta con un fondo para pensiones de viudas y huérfanos españoles, y sostiene una especie de hospital con camas para enfermos.

En sus salones, abiertos diariamente a los socios, se dan funciones de declamación, y en el día 19 de Noviembre un gran baile, precedido de una función dramática y un himno a la Reina.

La Junta Directiva había impuesto al Sr. Zorrilla la obligación de ser el poeta de S. M. en aquella noche.

He aquí el origen y la razón de las dos composiciones que, con el título de *Confidencias*, se publican en este tomo.



## EL DRAMA DEL ALMA

ALGO SOBRE MÉXICO Y MAXIMILIANO

## EL DRAMA DEL ALMA

INTRODUCCION Y PROLOGO

### ALGO SOBRE MÉXICO Y MAXIMILIANO

#### MIRAMAR

Castillo de Miramar  
que en el mar azul te miras  
por qué miras sin cesar  
mar adentro en ese mar  
cuyas ráfagas aspiras?

¿Por qué va tu castellana  
de un balaón a otro balaón,  
y a través de sus pechunas  
contempla la mar lejána  
con febril agitaci6n?

Cierra todos tus balcones,  
castillo de Miramar:  
cuélgate de negras arañas  
tus gallardos balcones  
y no mires más al mar.

Ya es en vano que te miras,  
en vano enfirras tus salias,  
en vano tu mirador pulas,

y sus perfumes exhalas  
sobre sus ondas azules.

Haces mal al en el lavio  
flas del voluble mar:  
te arrojara delagado:  
- que por tu-a- cosa  
pasa el mar siempre es traidor.

Miramar, de hoy en día  
en las ondas pasabero  
del mar que cubren las rocas,  
que se te arrojan juntas  
al que por ellos pasas.

Quita de ese torcedo  
ese mirador señorial;  
ya se rasgo el pabell6n  
que ostent6 en sí tu honor  
bajo forma imperial.

Tu mirador alega hoy  
como una árabe leyenda,  
que repunchar dala placer,  
va a ser una historia letrada  
que dar6 mi6to leer.

ALGO SOBRE MÉXICO Y MAXIMILIANO  
EL DRAMA DEL ALMA

## EL DRAMA DEL ALMA 62

## ALGO SOBRE MÉXICO Y MAXIMILIANO

## INTRODUCCIÓN Y PROSPECTO

## MIRAMAR

## I

Castillo de Miramar  
que en el mar azul te miras  
¿por qué miras sin cesar  
mar adentro en ese mar  
cuyas ráfagas aspiras?

¿Por qué va tu castellana  
de un balcón a otro balcón,  
y a través de su persiana  
contempla la mar lejana  
con febril agitación?

Cierra todos tus balcones,  
castillo de Miramar:  
cuelga de negros crespones  
tus gallardos torreones  
y no mires más al mar.

Ya es en vano que le adules;  
en vano enfloras tus salas,  
en vano tu mármol pules,

y tus perfumes exhalas  
sobre sus ondas azules.

Haces mal si en el favor  
fías del voluble mar:  
te arrullará halagador,  
y tus pies irá a besar;  
pero el mar siempre es traidor.

Miramar, no fies más  
en las ondas pasajeras  
del mar que mirando estás;  
que no te traerán jamás  
al que por ellas esperas.

Quita de ese torreón  
ese mástil señorial;  
ya se rasgó el pabellón  
que ostentó en él tu blasón  
bajo corona imperial.

Tu crónica alegre ayer  
como una árabe leyenda  
que escuchar daba placer,  
va a ser una historia horrenda  
que dará miedo leer.

Castillo de Miramar,  
que vas desde hoy tu belleza  
con crespones a enlutar,  
castillo de la tristeza  
te has de venir a llamar.

## II

Castillo ayer tan risueño,  
hoy triste mansión mortuoria,  
ayer pensaba tu dueño  
que escribiera yo tu historia....  
¡la suya me quita el sueño!

Hoy que del mundo salió  
del martirio con la palma,  
no la historia que él pensó,  
sino el drama de su alma  
vengo a revelarte yo.

Otro pasaba en la mía  
que enlazado está con él:  
y es esta doble agonía  
lo que va mi poesía  
a confiar a un papel.

Mas no vayas a olvidar  
si llegas mi libro a ver,  
que sólo a luz de tu hogar  
so se debe de leer:  
né discreto, Miramar.

Yo soy quien a tu señor  
hacía de otros lectura,  
mientras era Emperador  
allá donde hoy el rencor  
le niega hasta sepultura.

Yo soy quien a tu señora  
canté allá una salmodía:  
no sepa por ti, en malhora,  
que canto por él ahora  
los salmos de la agonía!

Castillo de Miramar,

si llegan a ti estas hojas,  
no se las des a hojear:  
tíralas antes al mar  
en donde los pies te mojas.

Llanto de pena verter  
no hará a *la loca* infeliz,  
quien lágrimas de placer  
derramar la supo hacer  
cuando era *la Emperatriz*.

Castillo de Miramar,  
puesto para dar pavura  
entre cielo, tierra y mar,  
castillo de la locura  
te has de venir a llamar.

## III

Castillo que a tu señora  
hoy como prisión encierras,  
yo la vi, poco ha de ahora,  
de otro alcázar moradora  
y señora en otras tierras.

Y la vi con inquietud  
ir por aquella región,  
fiada en la rectitud,  
en la fe y en la virtud  
de su leal corazón.

Yo crucé en el campo un día  
mi corcel con su corcel;  
y temblé, porque sabía  
que de aquel campo podía  
salir cautiva sobre él.

Tuve allá asiento en su mesa  
y en su presencia sitial:  
pero siempre tuve priesa  
de verla salir ilessa  
de aquel país desleal.

Y cuando que el mar surcaba  
oí decir en Castilla,

cuando supe que arribaba  
del mar de Francia a la orilla,  
la creí en salvo... y erraba.

Respirado el aire había  
de aquella letal región  
y herida de allá venía.  
¡Bien allá me lo decía  
sin cesar mi corazón!

Mas bendigo al juicio Eterno  
que el suyo quitarla quiso:  
pues, sin juicio hoy de lo externo,  
no comprenderá en qué infierno  
se tornó su paraíso.

Yo, aunque otra vez se le dé  
Dios, jamás a verla iré:  
¡no vaya a pensar de mí  
que por traidor me salvé  
y que también le vendí!

Miramar, si en darla un día  
rumor con tus ecos das,  
no des en la fantasía  
de repetir la voz mía:  
no la hables de mí jamás.

IV

Castillo de Miramar,  
tú, que si al fin Dios la cura  
la tendrás que aposentar  
en sus días de pesar,  
como en los de su locura,  
empieza a ensanchar con tiento  
la red de su incertidumbre,  
para que con paso lento  
entre en su alma el sentimiento  
de su inmensa pesadumbre.

Ya de su casa no soy  
como en su imperio: no puedo  
leer la historia desde hoy:

mas con la suya me quedo  
y a España a contarla voy.

Castillo de Miramar,  
por cuyos balcones mira  
la que cree que por el mar  
a tu playa ha de arribar  
el amor por quien delira;  
di a tu infeliz castellana  
que del balcón se retire,  
que cierre bien su persiana,  
y que al mar con ansia vana  
ya desde hoy más nunca mire.

Dila que ya que esperar  
no tiene más que en el cielo;  
que el que esperó ver tornar  
no halló senda por el suelo,  
ni navío por el mar:  
y si en tan salvaje guerra  
tal vez ni aun tumba le encierra,  
que no le envíe a buscar  
ni vivo sobre la mar  
ni muerto bajo la tierra.

Mas que su honor queda entero:  
pues quiso hacerse primero  
coronado allá matar,  
que entrar como aventurero  
sin corona en Miramar.

¡Oh castillo sin ventura,  
prisión hoy en donde llora  
coronada la locura,  
castillo de la amargura  
te han de llamar desde ahora!

V

Castillo de Miramar  
que ya al mar en vano miras,  
quédate con tu pesar:

que temo que me ha de ahogar  
la atmósfera en que respiras.

Castillo de Miramar,  
que en duelo tan infinito  
envuelto vas a quedar...  
¡guay!, que el castillo maldito  
no te lleguen a llamar.

¡Adiós, triste fortaleza  
que al mar que te azota miras:  
quédate con tu tristeza,  
que a darme vértigo empieza  
la tristeza que me inspiras.

Yo me voy con mis cantares  
a la tierra en que nací,  
a echar ante sus altares  
mis flores y mis pesares:  
y apréndelo tú de mí.

Pues ya *aquel* no ha de llegar  
que esperábamos los dos...;  
castillo de Miramar,  
vamos en Dios a esperar,  
que quien nunca falta es Dios.

## VI

Mas oye aún, Miramar:  
me pesa a mi hogar partir,  
sin poder en ti sondar  
*algo* que, a poder hablar,  
me pudieras tú decir.

Mas semejante poder  
Dios no puso en tí ni en mí:  
¡otro el cuento había de ser,  
si me dieras tú a leer  
lo escrito dentro de tí!

¡Y si al tesoro común  
de tu cuenta *capital*  
otro cuento cada cual

pudiéramos dar aún...  
fuera cuenta más cabal.

Porque tú debes saber,  
pues se fué en tí a concebir,  
cómo y quién dió tan ruin ser  
al imperio que, al nacer,  
se envió a México a morir;

y debes saber también  
cómo tu dueña infeliz  
perdió su juicio y por quién,  
y si hay quiénes razón den  
de la de la Emperatriz.

## VII

¡Delira mi mente loca!  
Castillo, empresa tan ruda  
a más poderosos toca:  
tú, que lo sabes sin duda,  
eres una muda roca;  
y a mí me tiene la boca  
mi propia ignorancia muda.

Conque, castillo, esperar.  
Pues ninguno de los dos  
cuentas de ello hemos de dar  
y el tiempo lo traerá en pos,  
yo me vuelvo a mi lugar:  
y pues Dios es justo... a Dios,  
castillo de Miramar.

A D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

## EL POETA

Pedro, tu voz leal fué la primera  
que me dió al regresar la bienvenida:  
fué luego tu amistad mi consejera:  
y hoy a España mi alma agradecida  
su triste voz al dirigir, espera